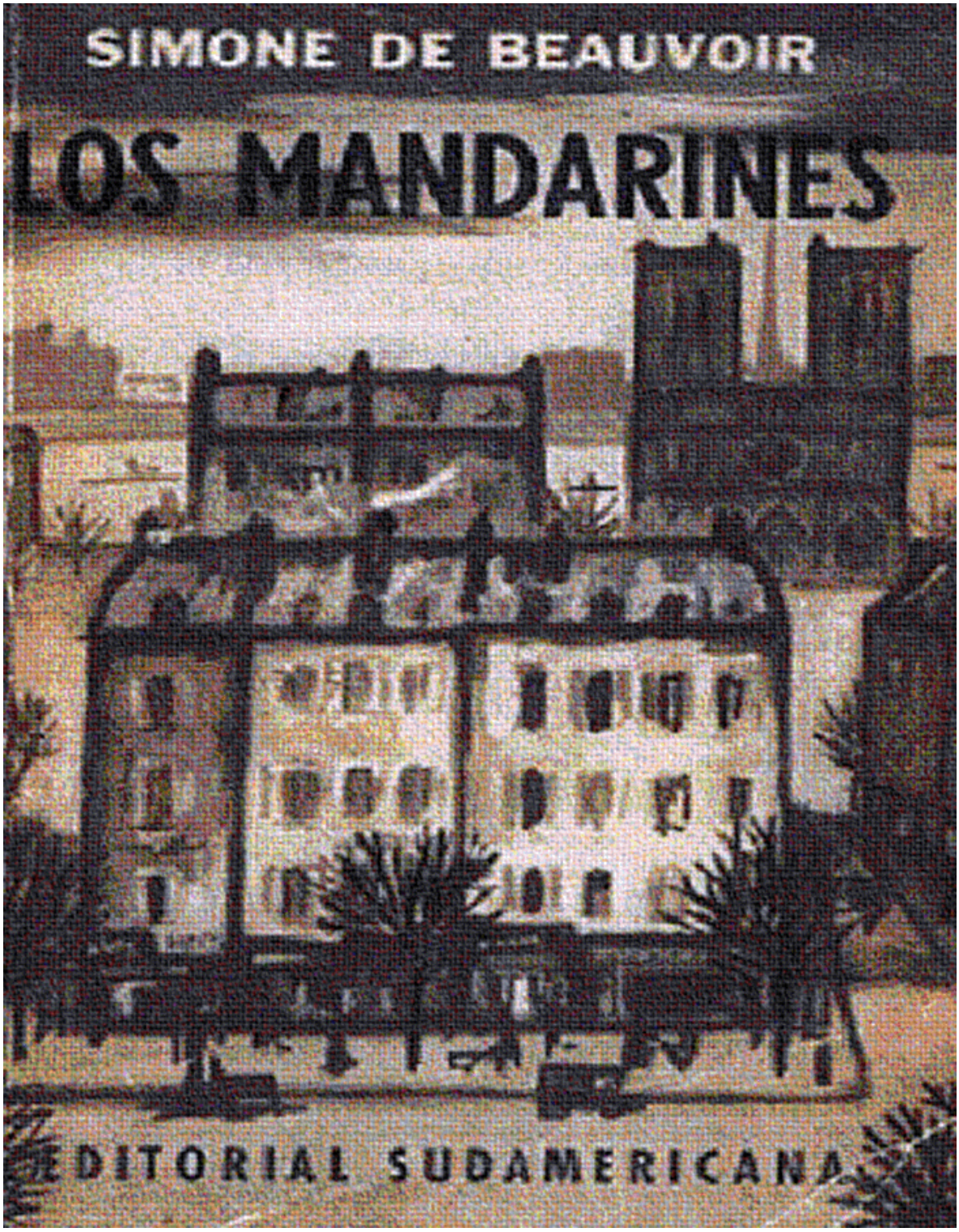
LOS MANDARINES
SIMONE DE BEAUVOIR



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

SIMONE DE BEAUVOIR

LOS MANDARINES

(PREMIO GONCOURT 1954)

Traducción de

SILVINA BULLRICH

A

NELSON ALGREN

Librodot

CAPÍTULO PRIMERO

I

Enrique lanzó una última mirada hacia el cielo: un cristal negro. Mil aviones desgarrando ese silencio, era difícil de imaginar; sin embargo, las palabras se entrechocaban en su cabeza con ruido triunfal: ofensiva detenida, derrota alemana, voy a poder partir. Al llegar a la esquina dobló. Las calles olerían a aceite ya azahares, la gente conversaría en las terrazas iluminadas y él tomaría café auténtico al son de las guitarras. Sus ojos, sus manos, su piel tenían hambre; ¡qué largo ayuno! Subió lentamente la escalera iluminada.

- ¡Por fin! -Paula lo oprimió como si lo hubiera recobrado después de largos peligros; por encima del hombro de ella, él miró el árbol de Navidad reflejado al infinito por los grandes espejos; la mesa estaba cubierta de platos, de vasos, de botellas; ramas de muérdago y de acebo yacían amontonadas al pie de un escabel; él se desprendió de ella y tiró su gabán sobre el sofá.

- ¿Has oído la radio? Hay buenas noticias.

-Ah, pronto, cuéntame. -Ella nunca escuchaba la radio; sólo de boca de él quería oír las noticias.

- ¿No has notado cómo está de clara la noche? Se habla de mil aviones en la retaguardia de von Rundstedt.

- ¡Díos mío! Entonces no volverán.

-Nunca se trató de que volvieran.

Para ser sincero, esa idea también había cruzado por su mente.

Paula sonrió misteriosamente:

-Yo había tomado mis precauciones.

- ¿Qué precauciones?

-En el sótano, al fondo, hay una piecita; le pedí a la portera que la vaciara; te hubieras escondido ahí.

-No debiste hablar de eso con la portera; así se crean los pánicos.

Ella apretaba con la mano izquierda los flecos de su chal como si estuviera protegiéndose el corazón.

-Te hubieran fusilado -dijo-. Todas las noches los oigo: golpean, abro, los veo.

Inmóvil, los ojos entreabiertos, parecía verdaderamente oír voces.

-No ocurrirá -dijo Enrique alegremente.

Ella abrió los ojos y dejó caer las manos.

- ¿La guerra ha terminado realmente?

-Ya falta poco. -Enrique instaló el escabel bajo la gruesa viga que cruzaba el cielorraso.- ¿Quieres que te ayude?

-Los Dubreuilh van avenir a ayudarme.

- ¿Por qué esperarlos?

Tomó el martillo; Paula puso su mano sobre el brazo de él:

- ¿No trabajas?

- Esta noche no.

-Todas las noches dices lo mismo. Ya hace más de un año que no escribes nada.

-No te inquietes: tengo ganas de escribir.

-Ese diario te toma demasiado tiempo; mira la hora en que vuelves. Estoy segura de que no has comido nada; ¿no tienes hambre?

-Por el momento, no.

- ¿No estás cansado?

-Pero, no...

Tras esos ojos que lo devoraban con solicitud, él sentía un gran tesoro frágil y peligroso: era lo que lo cansaba. Se encaramó sobre el escabel y se puso a golpear contra un clavo con golpecitos prudentes: la casa no era nueva.

-Hasta puedes decir lo que escribiré: una novela alegre.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Paula con voz inquieta. ,

-Sólo lo que digo: tengo ganas de escribir una novela alegre.

Por poco hubiera inventado inmediatamente esa novela; le habría divertido elaborarla en voz alta, pero Paula clavaba sobre él una mirada tan intensa que calló.

-Pásame esa gran rama de muérdago.

Colgó con precaución la bola verde salpicada de pintas blancas y Paula le tendió otro clavo. Sí, la guerra había terminado; al menos para él; esta noche era una fiesta de verdad, la paz comenzaba, todo renacía: las fiestas, los ocios, el placer, los viajes, quizá la dicha, seguramente la libertad. Terminó de colgar a lo largo de la viga el muérdago, el acebo, las guirnaldas de papel.

-¿Está bien? -preguntó bajando del escabel.

-Está perfecto. -Ella se acercó al pino, enderezó una vela:- ¿Si no hay más peligro vas a irte a Portugal?

-Naturalmente.

-¿Tampoco trabajarás durante ese viaje?

-Supongo que no.

Ella manoseaba con aire vacilante una de las bolas doradas que pendían de las ramas, y él dijo las palabras que ella esperaba:

-Lamento no llevarte.

-Sé muy bien que no es por tu culpa. No te preocupes; cada vez tengo menos ganas de recorrer el mundo. ¿De qué sirve? -Sonrió.- Te esperaré; esperar en la certidumbre no resulta aburrido.

Enrique sintió ganas de reír: ¿de qué sirve? ¡Vaya una pregunta! Lisboa. Porto. Cintra. Coimbra. ¡Qué lindos nombres! Y ni siquiera necesitaba pronunciarlos para sentirse loco de alegría. Le bastaba decirse: ya no estaré aquí; estaré en otra parte. En otra parte. Era una palabra todavía más hermosa que los más hermosos nombres.

-¿No vas a vestirte? -preguntó.

-Ya voy.

Ella subió la escalera interior y él se acercó a la mesa. Pensándolo bien, tenía hambre, pero en cuanto confesaba algún apetito la inquietud devastaba los rasgos de Paula; extendió una tajada de paté sobre una rebanada de pan y empezó a comer. Se dijo con decisión: “Al volver de Portugal iré a instalarme en el hotel”. ¡Es tan agradable volver por la noche a una habitación donde nadie lo espera a uno! Aun en la época en que estaba enamorado de Paula, siempre había querido tener sus cuatro paredes para él. Pero entre el 39 y el 40 Paula se desplomaba noche a noche, muerta, sobre su cadáver atrozmente mutilado; cuando él le había sido devuelto vivo, ¿cómo atreverse a negarle algo? y además el toque de queda hacía que esta combinación resultara cómoda. Ella le decía: "Siempre podrás irte"; pero todavía no había podido. Tomó una botella y hundió el tirabuzón en el corcho crujiente. En un mes Paula se habría habituado a vivir sin él; y si no se habituaba tanto peor. Ya Francia no era una prisión, las fronteras se abrían, la vida no debía ser más una prisión. Cuatro años de austeridad, ' cuatro años ocupándose de los demás; es mucho, es demasiado. Ya era hora de ocuparse un poco de sí mismo. Y para eso necesitaba estar solo y estar libre. No es fácil recobrarse al cabo de cuatro años; había un montón de cosas que tenía que aclarar. ¿Cuáles? Bueno, no lo sabía exactamente, pero ahí, mientras paseara por las callejuelas que huelen a aceite, tratarla de ver claro. De nuevo le palpitó el corazón: el cielo sería azul, la ropa flotaría en las ventanas. Caminaría, las manos en los bolsillos, como turista, en medio de personas que no hablaban su idioma y cuyos problemas no le concernían. Se dejaría vivir, se sentiría vivir: quizá eso bastara para aclararlo todo.

¡Qué bien! ¡Has destapado todas las botellas! -Paula bajaba la escalera con pasitos suaves. ...

Decididamente te has consagrado al violeta -dijo él sonriendo.

-¡Pero tú adoras el violeta! -Él adoraba el violeta hacía diez años: diez años es mucho.- ¿No te gusta este vestido?

Él se apresuró a contestar:

-Sí, es precioso. Pero pensaba que hay otros colores que te quedarían bien: el verde, por ejemplo -concluyó al azar.

-¿El verde? ¿Me ves vestida de verde?

Se había plantado ante uno de los espejos con aire desamparado; ¡era tan inútil!; de verde o de amarillo, nunca la recobraría tal como diez años antes la había deseado, cuando ella le había tendido con ademán indolente sus largos guantes violeta. Él le sonrió: -Ven a bailar.

-Sí, bailemos -dijo ella con una voz23/05/2005 tan ardiente que congeló a Enrique.

Su vida en común había sido tan opaca durante ese último año que hasta Paula parecía haberle perdido el gusto; pero había cambiado bruscamente a principios de septiembre; ahora, en todas sus palabras, sus besos, sus miradas, había un estremecimiento apasionado. Cuando la tomó en sus brazos, ella se pegó a él y murmuró:

-¿Recuerdas la primera vez que bailamos juntos?

-En la Pagoda, sí; me dijiste que bailaba muy mal.

-Era el día en que te revelé el Museo Grévin; tú no conocías el Museo Grévin, no conocías nada -dijo con voz enternecida. Apoyó su frente contra la mejilla de Enrique-: Estoy viéndonos.

Él también volvía a verse. Se habían encaramado sobre un zócalo en medio del Palacio de los Espejos y por todos lados alrededor de ellos su pareja se había multiplicado al infinito entre los bosques de columnas: "Dime que soy la más linda de todas las mujeres." "Eres la más linda de todas las mujeres." "Y tú serás el hombre más glorioso del mundo." Volvió los ojos hacia uno de los grandes espejos: la pareja enlazada se repetía al infinito a lo largo de una avenida de pinos y Paula le sonreía con aire maravillado. ¿No se daba cuenta acaso que ya no formaban la misma pareja?

-Han golpeado -dijo Enrique. Se precipitó hacia la puerta; eran los Dubreuilh cargados de cestos y de paquetes; Ana oprimía entre sus brazos un ramo de rosas y Dubreuilh llevaba sobre el hombro enormes racimos de pimientos rojos; Nadine los seguía con aire hosco.

-¡Feliz Navidad!

-¡Feliz Navidad!

-¿Saben la noticia? Por fin la aviación acertó.

-Sí, mil aviones.

-Los limpiaron.

-Esto es el fin.

Dubreuilh dejó sobre el diván la brazada de frutos rojos:

-Para que decoren su burdelcito.

-Gracias -dijo Paula sin entusiasmo. Le fastidiaba que Dubreuilh llamara burdel a ese estudio: a causa de todos esos espejos y de esas cortinas rojas, decía. Inspeccionaba la habitación.

-Hay que colgarlos de la viga del centro; quedará más bonito que ese muérdago.

-Me gusta el muérdago -dijo Paula con voz firme.

-Es tonto el muérdago, es redondo, es histórico; y además es un parásito.

-Cuelguen los pimientos en lo alto de la escalera, a lo largo de la balaustrada -sugirió Ana.

-Aquí quedaría mucho mejor -dijo Dubreuilh.

-No cedo mi muérdago ni mi acebo ,-dijo Paula.

-Bueno, bueno, está en su casa -dijo Dubreuilh; llamó a Nadine-: Ven a ayudarme.

Ana desembalaba chicharrones, manteca, quesos, pasteles...

-Esto es para el ponche -dijo colocando sobre la mesa dos botellas de ron. Puso un paquete en manos de Paula-. Toma, es tu regalo; y esto es para usted -dijo tendiéndole a Enrique una pipa de barro, una garra de pájaro sosteniendo un huevito; exactamente la pipa que Luis fumaba quince años atrás.

-Es formidable; hace quince años que tengo ganas de una pipa como ésta. ¿Como lo adivinó?

-Porque usted me lo dijo.

-¡Un kilo de té! Me salvas la vida -exclamó Paula-; y qué aroma: ¡té verdadero! .

Enrique se puso a cortar rebanadas de pan; Ana las untaba con manteca y Paula agregaba los chicharrones mientras observaba ansiosamente a Dubreuilh que introducía los clavos a grandes martillazos.

-¿Saben lo que falta aquí? -le gritó a Paula-. Una gran araña de caireles. Voy a conseguirle una.

-Pero yo no quiero.

Dubreuilh colgó los racimos de pimientos y bajó la escalera.

-No está mal -dijo examinando su trabajo con ojo crítico.

Se acercó a la mesa y abrió un paquetito de especies; hacía años que en todas las ocasiones confeccionaba ese ponche, cuya receta había traído de Haití. Apoyada en el pasamanos, Nadine mordisqueaba un pimiento; a los dieciocho años, a pesar de sus vagabundeos en las camas francesas y americanas, todavía parecía estar en plena edad ingrata.

-No comas el decorado -le gritó Dubreuilh. Vació una botella de ron en la ensaladera y se volvió hacia Enrique-: Anteayer me encontré con Samazelle y me alegro porque parece dispuesto a marchar con nosotros. ¿Usted está libre mañana a la noche?

-No puedo dejar el diario antes de las once -dijo Enrique.

-Pase a las once -dijo Dubreuilh-. Tenemos que discutir el caso y me gustaría que usted estuviera presente.

Enrique sonrió:

-No veo bien por qué.

-Le dije que usted trabajaba conmigo, pero su presencia tendrá más peso.

-No creo que para un tipo como Samazelle tenga mucha importancia -dijo Enrique siempre sonriendo-. Debe saber muy bien que no soy un hombre político.

-Pero piensa como yo que no hay que abandonar la política a los políticos -dijo Dubreuilh-. Venga aunque sea un momento; Samazelle tiene un grupo interesante detrás de él, tipos jóvenes, los necesitamos.

-¡Escuchen, no van a seguir hablando de política! -dijo Paula con voz enojada-. Esta noche es fiesta.

-¿Y qué hay con eso? -dijo Dubreuilh-. ¿Los días de fiesta está prohibido hablar de lo que a uno le interesa?

-Pero ¿por qué se empeña en embarcar a Enrique en esta historia? -dijo Paula-. Ya se agota bastante y le ha dicho veinte veces que la política le aburre.

-Ya sé, usted me considera como a un vicioso que trata de pervertir a sus compañeritos -dijo Dubreuilh sonriendo-. Pero la política no es un vicio, preciosa, ni un juego de sociedad. Si estallara una nueva guerra dentro de tres años, usted sería la primera en quejarse.

-Eso es un chantaje -dijo Paula-. Cuando esta guerra haya acabado de terminar nadie tendrá ganas de empezar otra.

-¿Usted cree que cuentan las ganas de la gente? -dijo Dubreuilh.

Paula iba a contestar, pero Enrique la interrumpió:

-Verdaderamente -dijo-, no es cuestión de mala voluntad, pero no tengo tiempo.

-El tiempo nunca falta -dijo Dubreuilh.

-A usted no -dijo Enrique riendo-, pero yo soy un ser normal, no puedo trabajar veinte horas seguidas ni privarme de sueño durante un mes.

-¡Ni yo tampoco! -dijo Dubreuilh-. Ya no tengo veinte años. No se le pide tanto -agregó, probando el ponche con aire inquieto.

Enrique lo miró alegremente: con veinte años u ochenta, Dubreuilh siempre parecería igualmente joven a causa de esos ojos enormes y risueños que lo devoraban todo. ¡Qué fanático¡ En comparación, Enrique se inclinaba a menudo a juzgarse disipado, haragán, inconsistente; pero era inútil forzarse. A los veinte años admiraba tanto a Dubreuilh que se había creído obligado a imitarlo; resultado: siempre tenía sueño, se llenaba de drogas, caía en la imbecilidad. Era necesario acatar su realidad; privado de ocios perdía el gusto de vivir y al mismo tiempo el de escribir, se transformaba en máquina. Durante cuatro años había sido una máquina; ahora le importaba ante todo volver a ser un hombre.

-Me pregunto, ¿de qué puede servirle mi inexperiencia?

-Tiene sus buenos lados la inexperiencia -dijo Dubreuilh; esbozó una sonrisita-: Y además a la hora actual tiene un nombre que representa mucho para mucha gente -su sonrisa se acentuó-: Samazelle se arrastró antes de la guerra por todas las fracciones y fracciones de fracciones, pero no es por eso que quiero tenerlo, sino porque es un héroe del maquis, su nombre impresiona.

Enrique se echó a reír: nunca Dubreuilh le parecía tan ingenuo como cuando quería ser cínico; Paula tenía razón de acusarlo de chantaje; si creyera en la inminencia de una tercera guerra no estaría de tan buen humor. La verdad es que veía abrirse posibilidades de acción y ardía en ganas de explotarlas. Enrique se sentía menos entusiasta. Evidentemente, había cambiado desde el 39. Antes era de izquierda porque la burguesía lo asqueaba, porque la injusticia lo indignaba, porque consideraba a todos los hombres como a hermanos: hermosos sentimientos generosos que no lo obligaban a nada. Ahora sabía que si quería verdaderamente desolidarizarse con su clase tenía que pagar con su persona. Malefilatre, Bourgoin, Picard habían dejado el pellejo ala vera del bosquecito, pero él pensaría siempre en ellos como en personas vivas. Se había sentado con ellos ante un guiso de conejo, bebían vino blanco, y sin creer mucho en ello hablaban del porvenir: cuatro pichones; pero después de la guerra serían de nuevo un burgués, un campesino, dos metalúrgicos; Enrique había comprendido en ese instante que ante los ojos de los otros tres y ante los suyos él representaría un privilegiado más o menos vergonzante, pero consentido; ya no sería uno de ellos; para seguir siendo su compañero no habría más que un camino: continuar haciendo cosas con ellos. Lo había comprendido todavía mejor cuando en el 41 había trabajado con el grupo de Bois-Colombes; al principio no había sido fácil. Flamand lo exasperaba repitiendo todo el tiempo: "No puedes comprender, yo soy un obrero, razono como un obrero." Pero gracias a él Enrique había tocado con el dedo algo que antes ignoraba y cuya amenaza siempre sentiría en adelante: el odio. Lo había desarmado: en la acción común lo habían reconocido como aun camarada; pero si volvía a ser un burgués indiferente, el odio renacería con todo derecho. A menos de probar lo contrario, era un enemigo para centenares de millones de hombres, un enemigo de la humanidad. Él no quería eso a ningún precio: haría sus pruebas. La desgracia era que la acción había cambiado de faz. La resistencia era una cosa, la política otra. La política estaba lejos de apasionar a Enrique. Él sabía lo que significaba un movimiento como el que encaraba Dubreuilh: comités, conferencias, congresos, mítines, se habla, se habla; y hay que maniobrar sin fin, transigir, aceptar compromisos que cojean; tiempo perdido, concesiones rabiosas, tedio sombrío: nada más repelente. Dirigir un diario, eso era un trabajo que le gustaba; pero, evidentemente, una cosa no impedía la otra, y hasta las dos se completaban; imposible utilizar L'Espoir como pretexto. No, Enrique no se sentía con derecho a desertar, trataría solamente de limitar las pérdidas.

-Mi nombre, algunos actos de presencia, no puedo negarle eso -dijo-. Pero no hay que pedirme mucho más.

-Ciertamente le pediré más -dijo Dubreuilh.

-En todo caso, no en seguida. De aquí a mi partida estoy loco de trabajo.

Dubreuilh plantó su mirada en los ojos de Enrique:

-¿Marcha ese proyecto de viaje?

-Más que nunca. Tres semanas a más tardar y me voy.

Dubreuilh dijo con voz fastidiada:

-Eso no es serio.

-¡Ah!, por supuesto -dijo Ana-. Si tuvieras ganas de ir a pasear irías y explicarías que es la única cosa inteligente que se puede hacer.

-Pero no tengo ganas, esa es mi superioridad -dijo Dubreuilh.

-Debo confesar que eso de los viajes me parece un mito -dijo Paula; le sonrió a Ana-: Una rosa que tú me traes me da más que los jardines de la Alhambra después de quince horas de tren.

-¡Ah!, puede ser apasionante un viaje -dijo Dubreuilh-; pero en este momento es todavía más apasionante estar aquí.

-Y bien, yo tengo tantas ganas de estar en otra parte que si fuera necesario partiría a pie con los zapatos llenos de garbanzos -dijo Enrique.

-Y L'Espoir, ¿lo planta así durante un mes entero?

-Lucio se arreglará muy bien sin mí -dijo Enrique.

Los miró a los tres con asombro. "¡No se dan cuenta! Siempre las mismas caras, el mismo decorado, las mismas conversaciones, los mismos problemas; por más que cambie, siempre es lo mismo: al final uno se siente un muerto en vida. La amistad, las grandes emociones históricas, él había apreciado todo eso en su valor; pero ahora tenía necesidad de otra cosa: una necesidad tan violenta que hubiera sido irrisorio tratar de explicarlo.

-¡Feliz Navidad!

La puerta se abría: Vicente, Lambert, Sézenac, Chancel, todo el equipo del diario. Traían botellas y discos, sus mejillas estaban enrojecidas por el frío, cantaban a voz en cuello la cantinela de las jornadas de agosto:

No los veremos más,
se acabó, están jorobados.

Enrique les sonrió alegremente; se sentía tan joven como ellos y al mismo tiempo tenia la impresión de haberlos creado un poco a todos. Se puso a cantar con ellos; de pronto la electricidad se apagó, el ponche ardía, las luces de bengala crepitaban, Lambert y Vicente cubrían a Enrique de chispas; Paula encendía en el árbol de Navidad las velas infantiles.

-¡Feliz Navidad!

Llegaban por parejas, por grupos; escuchaban la guitarra de Jango Reinhardt, bailaban, bebían, todos reían. Enrique enlazó a Ana y ella dijo con voz emocionada:

-Es lo mismo que la víspera de la invasión; el mismo lugar, la misma gente.

-Si. Y ahora se acabó.

-Para nosotros, se acabó -dijo ella.

Él sabía lo que ella pensaba: en ese momento aldeas belgas ardían, el mar inundaba las praderas holandesas. Sin embargo, aquí era una noche de fiesta: La primera Navidad en paz. Es necesario que alguna vez sea fiesta, si no, ¿para qué servirían las victorias? Era fiesta; él reconocía ese olor del alcohol, del tabaco y del polvo de arroz, el olor de las noches largas. Mil juegos de aguas color de arco iris danzaban en su memoria; antes de la guerra había habido tantas noches: en los cafés de Montparnasse donde uno se emborrachaba con palabras y café con leche, en los ateliers con olor a pintura al aceite, en los pequeños dancings donde oprimía entre sus brazos a la más bella de las mujeres, Paula; y siempre al alba con rumores metálicos una voz dulcemente delirante murmuraba en él que el libro que estaba escribiendo seria bueno y que nada era más importante en el mundo.

-¿Sabe? -dijo-, he resuelto escribir una novela alegre.

-¿Usted? -Ana lo miró con aire burlón. - ¿Cuándo empieza?

-Mañana.

Si, no veía el momento de volver a ser lo que era, lo que siempre había querido ser: un escritor. También reconocía esa alegría inquieta: empiezo un nuevo libro. Iba a hablar de cosas, de esas cosas que empezaban a renacer: los amaneceres, las largas noches, los viajes, la alegría.

-Parece estar de muy buen humor esta noche -dijo Ana.

-Lo estoy. Tengo la impresión de salir de un largo túnel; ¿usted no?

Ella vaciló:

-No lo sé. Hubo, sin embargo buenos momentos en ese túnel.

-Por supuesto.

Le sonrió. Estaba bonita esta noche Ana, y la encontraba romántica con su traje sastre austero. De no haber sido una vieja amiga y la mujer de Dubreuilh, le hubiera hecho levemente la corte. Bailó con ella varias veces seguidas y luego invitó a Claudia de Belzunce, que muy escotada y cubierta de joyas de familia había venido a encanallarse con la élite intelectual. Invitó a Jeannette Cange, a Lucía Lenoir. Conocía demasiado a todas esas mujeres; pero habría otras fiestas, habría otras mujeres. Enrique le sonrió a Preston, que avanzaba a través del estudio tambaleándose ligeramente; era el primer americano amigo que Enrique había encontrado en agosto y uno había caído en brazos del otro.

-He querido venir a festejar con ustedes -dijo Preston.

-Festejemos -dijo Enrique.

Bebieron y Preston- se puso a hablar sentimentalmente de las noches de Nueva York. Estaba un poco borracho y se apoyaba sobre el hombro de Enrique.

-Tiene que venir a Nueva York -repetía con voz imperiosa-. Le garantizo que será un gran éxito.

-Por supuesto, iré a Nueva York -dijo Enrique.

-En cuanto llegue alquile un avioncito, es la mejor manera de ver el país -dijo Preston.

No se pilotear.

-¡Bah! Es más fácil que guiar un, auto.

-Aprenderé a pilotear -dijo Enrique.

Sí, Portugal no era sino un comienzo; luego vendrían Estados Unidos, México, el Brasil, y quizá Rusia, China: todo. Enrique guiaría autos nuevamente; pilotearía aviones. El aire gris azulado estaba preñado de promesas, el porvenir se extendía al infinito.

De pronto se hizo un silencio. Enrique vió con sorpresa que Paula se sentaba al piano. Empezó, a cantar. Hacía mucho tiempo que eso no había ocurrido. Enrique trató de estucharla con un oído imparcial: nunca había conseguido tener una opinión exacta sobre el valor de aquella voz; sin duda no era una voz indiferente; por momentos uno hubiera creído oír, ahogado en terciopelos, el eco de una campana de bronce. Una vez más se preguntó: "En verdad, ¿por qué dejó de cantar?" En aquel momento había visto en su sacrificio una enloquecedora prueba de amor; más adelante se había asombrado de que Paula eludiera todas las oportunidades de probar su suerte y se había preguntado si ella no había tomado el amor como pretexto para sustraerse a la prueba.

Los aplausos estallaron; él aplaudió con los demás y Ana murmuró:

-¡Su voz es siempre tan bella! Si reapareciera en público, estoy segura de que tendría éxito.

-¿Usted cree? Es un poco tarde, ¿no? -dijo Enrique.

-¿Por qué? Tomando algunas lecciones. ..-Ana miró a Enrique con aire un poco vacilante-. Me parece que a ella le haría mucho bien. Usted debería alentarla.

-Quizá -dijo él.

Miró fijamente a Paula, que escuchaba sonriendo las alabanzas entusiastas de Claudia de Belzunce. Evidentemente le cambiaría la vida. La ociosidad no le sentaba nada. "Y a mí me simplificaría las cosas", se dijo. Después de todo, ¿por qué no? Sonrió y se acercó a Nadine, que de pie junto a la estufa masticaba chiclet con aire taciturno.

-¿Por qué no baila?

Ella se encogió de hombros:

-¿Con quién?

-Conmigo si quiere.

No era bonita, se parecía demasiado a su padre y era molesto encontrar ese rostro rudo al extremo del cuerpo de una joven; los ojos eran celestes como los de Ana, pero tan fríos que parecían a la vez gastados y pueriles; sin embargo, bajo el vestido de lana el talle era más flexible, los pechos más firmes de lo que suponía Enrique.

-Es la primera vez que bailamos juntos -dijo.

-Sí -agregó-. Baila bien.

-¿Le extraña?

-Por supuesto. Ninguno de estos mocosos sabe bailar.

-No han tenido oportunidad de aprender.

-Ya sé -dijo-. No hemos tenido oportunidad para nada.

Él le sonrió; aun fea, una mujer joven es una mujer; le gustaba su olor austero de agua de colonia, de ropa limpia. Bailaba mal pero no tenía importancia, había esas voces jóvenes, esas risas, el coro de esa trompeta, el gusto del ponche, en el fondo de los espejos esos pinos floridos de pequeñas llamas, detrás de las cortinas un puro cielo sombrío. Dubreuilh estaba haciendo un número de prestidigitación: cortaba en pedacitos un diario y volvía a armarlo con un juego de manos; Lambert y Vicente se batían en duelo con botellas vacías; Ana y Lachaume cantaban una ópera; los trenes, los aviones, los barcos giraban alrededor de la tierra y uno podía tomarlos.

-Usted no baila mal -le dijo cortésmente.

-Bailo como un ternero -dijo ella-, pero se me importa un rábano, no me gusta bailar. -Lo examinó con aire desconfiado:- Los dancings, el jazz, las cuevas que apestan a tabaco y sudor, ¿le divierte eso a usted?

-De tanto en tanto. -Preguntó: - ¿Y a usted qué le divierte?

-Nada.

Ella había contestado con una voz tan huraña que él la miró con curiosidad; se preguntaba si era la decepción o el placer lo que la había arrojado en tantos brazos. Quizá al turbarse se dulcificaba el duro esqueleto de su rostro. La cara de Dubreuilh sobre una almohada ¿a qué se parecería?

-Cuando pienso que se va a Portugal, la verdad es que tiene suerte -dijo con rencor.

-Pronto volverá a ser fácil viajar -dijo él.

-¡Pronto! ¡Quiere decir dentro de un año, dentro de dos años! ¿Cómo se las arregló usted?

-Son los servicios de propaganda francesa que me pidieron conferencias.

-Evidentemente, nadie me pedirá conferencias a mí -murmuró ella-. ¿Dará muchas?

-Cinco o seis.

-¡Y paseará durante un mes!

-Los viejos tenemos que tener alguna compensación -dijo él en tono de broma.

-¿Y cuáles se tienen cuando uno es joven? -dijo Nadine; suspiró ruidosamente-: ¡Si al menos ocurrieran cosas!

-¿Qué cosas?

-¡Desde el tiempo que hace que teóricamente estamos en revolución! y después no pasa nada. ..

-En agosto, sin embargo, tembló un poco el piso -dijo Enrique.

-En agosto se decía que todo iba a cambiar y está igual que antes: siempre son los que trabajan más los que comen menos y a todo el mundo eso sigue pareciéndole muy bien.

-Aquí nadie encuentra eso bien -dijo Enrique.

-Pero todo el mundo se acomoda con ese orden de cosas -dijo Nadine con voz irritada-. Ya es bastante desagradable verse obligado a perder el tiempo trabajando: si ni siquiera sirve para matar el hambre, yo preferiría hacerme gangster.

-Estoy de acuerdo, todos estamos de acuerdo -dijo Enrique-. Pero espere un poco, está demasiado apurada.

Nadine lo interrumpió:

-Imagínese que en casa me han explicado a lo largo y a lo ancho que hay que esperar; pero desconfío de las explicaciones. -Se encogió de hombros.- A decir verdad, nadie intenta nada.

-¿Y usted? -dijo Enrique sonriendo- ¿Usted intenta algo?

-¿Yo? No tengo bastante edad -dijo Nadine-; soy un cero a la izquierda.

Enrique se echó a reír francamente.. ,

-¡No se desespere; ya llegará; la edad viene pronto!

-¡Pronto! ¡Se necesitan trescientos sesenta y cinco días para hacer un año! -dijo Nadine. Bajó la cabeza y durante un rato se quedó rumiando en silencio; bruscamente alzó los ojos-: Lléveme.

-¿Adónde?

-A Portugal.

Él sonrió:

-No me parece muy posible.

-Bastaría que lo fuera un poco. -No contestó él, y ella preguntó con voz insistente:- ¿Por qué no es posible?

-En primer lugar, no darían dos órdenes de misión.

-¡Vamos! Usted conoce a todo el mundo. Diga que soy su secretaria: -La boca de Nadine reía, pero su mirada estaba apasionadamente seria.

Él dijo seriamente:

-Si llevara a alguien, llevaría a Paula.

-No le gusta viajar.

-Pero le alegraría acompañarme.

-Hace diez años que lo ve todos los días y tiene para rato; ¿un mes más o menos qué pude importarle?

De nuevo Enrique sonrió:

-Le traeré naranjas.

La cara de Nadine se endureció y Enrique tuvo ante !os ojos la mascara intimidante de Dubreuilh.

-Ya no tengo ocho años, ¿sabe?

-Ya sé.

-No; para usted siempre seré la mocosa insoportable que daba puntapiés a la chimenea.

-Nada de eso; la prueba es que la saqué a bailar.

-¡Ah, es una velada familiar! Pero no me invitaría a salir con usted.

Él la miró con simpatía. Una por lo menos que deseaba cambiar de aire; deseaba un montón de cosas: otras cosas. ¡Pobre chica! Es verdad que no había tenido ocasión de hacer nada. Dar la vuelta a l'Ile de France en bicicleta es más o menos todo cuanto había tenido como viaje; una juventud austera y además ese muchacho había muerto; parecía haberse consolado pronto, pero debía ser un recuerdo embromado.

-Pues se equivoca -dijo-. La invito.

-¿Verdad? -Los ojos de Nadine brillaban. Era mucho más agradable cuando su rostro se animaba.

-El sábado a la noche no voy al diario: encontrémonos a las ocho en el Bar Rojo.

-¿Y qué haremos?

-Usted decidirá.

-No tengo idea.

-De aquí a allí yo tendré alguna. Venga a tomar una copa.

-No bebo, pero comeré un sandwich.

Se acercaron a la mesa; Lenoir y Julián estaban discutiendo: era crónico. Cada uno le reprochaba al otro haber traicionado su juventud de la peor de las maneras. Antaño, considerando la extravagancia del surrealismo demasiado medido, habían fundado juntos el movimiento para-humano. Lenoir se había hecho profesor de sánscrito y escribía poemas herméticos; Julián era bibliotecario y había dejado de escribir, quizá porque después de éxitos precoces le había temido a una madura mediocridad.

-¿Qué piensas? -dijo Lenoir-. Hay que tomar medidas contra los escritores colaboracionistas, ¿no?

-Esta noche no pienso en nada -dijo Enrique alegremente.

-Mala táctica la de impedirles publicar -dijo Julián-; mientras ustedes redacten laboriosamente sus libelos, ellos con toda calma escribirán buenos libros.

Una mano imperiosa se posó sobre el hombro de Enrique: Scriassine.

-Mira lo que traigo: whisky americano; pude pasar dos botellas; el primer réveillon parisien: buena ocasión para beber.

-¡Magnífico! -dijo Enrique. Llenó un vaso y se lo tendió a Nadine.

-No bebo -dijo ella con aire ofendido.

Le volvió la espalda y Enrique se llevó el vaso a los labios; había olvidado completamente ese gusto; a decir verdad, antes bebía más bien whisky escocés, pero como también había olvidado el gusto del escocés, no había mucha diferencia.

-¿Quién quiere un trago de whisky verdadero?

Lucas se acercó arrastrando sus pesados pies gotosos, Lambert y Vicente lo seguían. Llenaron sus vasos.

-Prefiero un buen coñac -dijo Vicente.

-No es malo -dijo Lambert sin convicción; interrogó a Scriassine con la mirada-: ¿es verdad que se toman doce por día en América?

-¿Quién se toma? -dijo Scriassine-. Hay ciento cincuenta millones de americanos y no todos se parecen a los héroes de Hemingway.

Su voz era desagradable; no solía ser amable con los tipos más jóvenes que él; volvió deliberadamente hacia Enrique:

-Acabo de conversar seriamente con Dubreuilh; estoy muy inquieto.

Parecía preocupado; era su aspecto habitual; se hubiera dicho que todo lo que ocurría allí donde él estaba, y aun donde él no estaba, le incumbía personalmente. Enrique no tenía ganas de compartir sus inquietudes.

Preguntó sin interés:

-¿Por qué?

-Este movimiento que él está formando, yo creía que tendría como fin esencial desarraigar el proletariado del P. C., y esto no es lo que Dubreuilh parece encarar -dijo Scriassine con voz sombría.

-No, en absoluto -dijo Enrique.

Pensó abrumado: "Esta es la clase de conversación que tendré que soportar a lo largo de los días cuando me haya dejado convencer por Dubreuilh." De nuevo se sintió invadido de pies a cabeza por unas ganas devorantes de estar en otra parte.

Scriassine lo miró en los ojos: -¿Marchas con él?

-Muy despacio -dijo Enrique-. La política no es mi fuerte.

-Sin duda, no has comprendido lo que Dubreuilh está cocinando -dijo Scriassine. Fijó en Enrique una mirada reprobadora-. Está juntando una izquierda que se dice independiente, pero que acepta la unidad de acción con los comunistas.

-Sí, ya sé -dijo Enrique-, ¿y qué hay con eso?

-Y bueno, que les está haciendo el juego; hay un montón de gente a las que les asusta el comunismo y las va a acercar a él.

-No me digas que está contra la unidad de acción -dijo Enrique- ¡Sería bonito si la izquierda empezara a dividirse!

-¡Una izquierda esclavizada a los comunistas! Es una mistificación -dijo Scriassine-. Si están decididos a marchar con ellos, inscríbanse más bien en el P. C., será más franco.

-No se trata de eso. En un montón de puntos no estamos de acuerdo -dijo Enrique.

Scriassine se encogió de hombros:

-Entonces, de aquí a tres meses los stalinistas los denunciarán como traidores sociales.

-Ya veremos -dijo Enrique.

No tenía ninguna gana de continuar la discusión, pero Scriassine hundió su mirada en la suya:

-Me han dicho que L'Espoir tiene muchos lectores en la clase obrera. ¿Es verdad?

-Es verdad.

-Así que tienes entre manos el único diario no comunista que llega al proletariado. ¿Te das cuenta de tu responsabilidad?

-Me doy cuenta.

-Si pones L' Espoir al servicio de Dubreuilh, eres cómplice de una maniobra asquerosa -dijo Scriassine-. Dubreuilh puede ser tu amigo -agregó-, pero hay que vigilarlo.

-Escúchame; en lo que respecta al diario, no estará nunca al servicio de nadie: ni de Dubreuilh ni de ti -dijo Enrique.

-Algún día L'Espoir tendrá que definir su programa político -dijo Scriassine.

-No. Nunca tendré programa a priori -dijo Enrique-. Quiero decir lo que pienso, como lo pienso, sin dejarme regimentar.

-Eso no se tiene en pie -dijo Scriassine.

La voz plácida de Lucas se elevó de pronto:

-No queremos programa político, porque queremos salvar la unidad de la resistencia.

Enrique se sirvió un vaso de whisky. "¡Todo eso son tonterías!", rezongó entre dientes. Lucas no tenía más que esas palabras en la boca: el espíritu de la resistencia, la unidad de la resistencia. Y Scriassine veía rojo en cuanto le hablaban de la Unión Soviética. Harían mejor en irse a delirar cada cual por su cuenta. Enrique vació su vaso. No necesitaba que le dieran consejos, tenía sus ideas propias sobre lo que debía ser un diario. Por supuesto, L'Espoir se vería obligado a tomar partido-políticamente; pero con toda independencia. Si Enrique había conservado el diario, no era para hacer un pasquín igual a los de preguerra; en ese entonces toda la prensa engañaba al público a golpes de autoridad; se había visto el resultado: privada de su oráculo cotidiano, la gente se había sentido completamente desorientada. Hoy, todo el mundo se entendía más o menos en lo esencial; basta ya de polémicas y de campañas partidarias: había que aprovechar para formara los lectores en vez de rellenarles la cabeza. No dictarles opiniones sino enseñarles a juzgar por sí mismos. No era tan sencillo; a menudo exigían respuestas; no había que darles una impresión de ignorancia, de duda, de incoherencia. Pero justamente a eso había que aspirar: a merecer su confianza en, vez de robarla. La prueba de que el método era bueno es que compraban L'Espoir en todos los ambientes. "No vale la pena reprochar a los comunistas su sectarismo si uno es tan dogmático como ellos", se dijo Enrique. Interrumpió a Scriassine:

-¿No crees que podríamos dejar esta discusión para otro día?

-Muy bien, dame una cita -dijo Scriassine. Sacó su agenda del bolsillo-. Creo que es urgente confrontar nuestras posiciones.

-Esperemos hasta que yo vuelva de mi viaje -dijo Enrique.

-¿Te vas de viaje? ¿Un viaje de información?

-No, de placer.

-¿Ahora?

-Y sí -dijo Enrique.

-¿No te parece una deserción? -dijo Scriassine.

-¿Una deserción? -dijo Enrique burlón-. No soy soldado -señaló con un movimiento de la barbilla a Claudia de Belzunce-. Deberías bailar con Claudia, esa señora muy desnuda que lleva joyas por todos lados; es una verdadera mujer de mundo y te admira mucho.

-Las mujeres de mundo son uno de mis vicios -dijo Scriassine con una sonrisita. Meneó la cabeza-. Confieso que no te comprendo.

Fue a sacar a Claudia; Nadine bailaba con Lachaume, Dubreuilh y Paula giraban alrededor del árbol de Navidad: a ella no le gustaba Dubreuilh, pero a menudo conseguía hacerla reír.

-Has escandalizado bárbaramente a Scriassine -dijo Vicente riendo.

A todos los escandaliza que me vaya de viaje -dijo Enrique-. A Dubreuilh más que a nadie.

-Son formidables -dijo Lambert-. Has hecho más que ellos, ¿no? Tienes derecho a tomarte unas vacaciones.

"Decididamente -se dijo Enrique- con los jóvenes me entiendo mejor." Nadine lo envidiaba, Vicente y Lambert lo comprendían: ellos también, en cuanto habían podido, se habían apresurado a ir a ver lo que pasaba en otras partes, se habían hecho inscribir en seguida como corresponsales de guerra. Permaneció largo rato con ellos y se contaron por centésima vez las jornadas en que habían ocupado los escritorios del diario y en que vendían L'Espoir en las narices de los alemanes, mientras Enrique escribía su editorial con un revólver al alcance de la mano. Esta noche le encontraba un encanto nuevo a todas esas viejas historias porque las oía desde muy lejos: él estaba acostado sobre la arena blanda, el mar era azul, él pensaba con indolencia en los tiempos idos, en amigos lejanos y le encantaba hallarse solo y libre; era feliz.

De pronto volvió a encontrarse en el estudio rojo; eran las cuatro de la mañana. Ya mucha gente se había ido, todos iban a irse y él se quedaría con Paula. Tendría que hablarle, acariciarla.

-Querida, tu reunión ha sido una obra maestra -dijo Claudia abrazando a Paula-. Y tienes una voz maravillosa. Si quisieras, serías una de las leonas de la posguerra.

-No pretendo tanto -dijo Paula riendo.

No, no tenía esa clase de ambiciones; sabía lo que deseaba: volver a ser la más linda de las mujeres en los brazos del hombre más glorioso del mundo; y no sería un juguete hacerla cambiar de sueño. Los últimos invitados se iban; bruscamente el estudio quedó vacío; hubo ruido en la escalera, los pasos turbaron el silencio de la calle y Paula se puso a recoger los vasos olvidados sobre los sillones.

-Claudia tiene razón -dijo Enrique-, tu voz no ha perdido su belleza. Hacía tiempo que no te oía. ¿Por qué ya no cantas nunca?

El rostro de Paula se iluminó:

-¿Te gusta mi voz? ¿Quieres que cante para ti, a veces?

-Por supuesto -sonrió- ¿Sabes lo que me dijo Ana? Que deberías volver a cantar en público.

Paula lo miró con aire escandalizado:

-Ah; no, no me hables de eso. Es un asunto terminado.

-¿Y por qué? -dijo Enrique-. ¿Viste cómo aplaudieron? Estaban todos conmovidos. Hay un montón de boîtes que se abren en este momento y la gente está deseando estrellas nuevas.

Paula lo interrumpió:

-No; te suplico que no insistas. Exhibirme en público me causaría horror. No insistas -repitió con voz implorante.

Él la miró con perplejidad.

-¿Horror? -dijo con tono incierto-. No comprendo: no te causaba horror antes, y no has envejecido, ¿sabes?; más bien has mejorado.

-Era otra época de mi vida -dijo Paila-, una época enterrada para siempre. Cantaré para ti y para nadie más -agregó con tanta pasión que Enrique no respondió. Pero se prometió volver a la carga. Hubo un silencio y ella dijo-: ¿Subimos?

-Subamos.

Paula se sentó sobre la cama; se quitó los aros y los anillos.

-¿Sabes? -dijo con voz calmada-, si parecí desautorizar tu viaje te pido disculpas.

-¡Qué idea! Tienes derecho a que no te gusten los viajes y a decirlo -dijo Enrique. Le incomodaba pensar que durante toda la noche ella había alimentado escrupulosamente ese remordimiento.

-Comprendo perfectamente que tengas ganas de irte -dijo ella-. Hasta comprendo muy bien que quieras irte sin mí.

-No es que quiera.

Ella lo interrumpió con un gesto:

-No necesitas ser cortés -tenía las manos extendidas sobre las rodillas, los ojos fijos, el busto muy erguido; parecía una serena pitonisa-. Nunca pensé encerrarte en nuestro amor. No serías tú mismo si no desearas horizontes nuevos, alimentos nuevos -se inclinó hacia adelante y clavó en él su mirada fija-: Me basta con serte necesaria.

Enrique no contestó. No quería ni desesperarla ni alentarla. “Si al menos pudiera tenerle rencor -pensaba-. Pero no, ni un agravio.”

Paula se incorporó y sonrió; su rostro recobró humanidad; puso sus manos sobre los hombros de Enrique, su mejilla contra su mejilla:

-¿Podrías vivir sin mí?

-Sabes muy bien que no.

-Sí, ya sé -dijo ella alegremente-. Si me dijeras lo contrario, no te creería.

Se dirigió hacia el cuarto de baño; era imposible no abandonarle de tanto en tanto un jirón de frase, una sonrisa; ella conservaba esas reliquias en su corazón y les arrancaba milagros cuando su fe vacilaba. "Pero a pesar de todo sabe que ya no la quiero", se dijo para tranquilizarse. Empezó a desvestirse y se puso el piyama. Ella lo sabía, sí, pero eso no conducía a nada mientras no lo consintiera. Oyó un susurro de seda, luego un ruido de agua y de cristal: esos ruidos que antes le cortaban la respiración. Se dijo con desagrado: "No, esta noche no." Paula apareció en el marco de la puerta, el pelo desparramado sobre los hombros, grave y desnuda; era casi tan perfecta como antes, pero para Enrique esa belleza ya no significaba nada. Se deslizó entre las sábanas y se, apretó contra él sin decir una palabra: no encontraba ningún pretexto para rechazarla; ya ella suspiraba con éxtasis pegándose más estrechamente a él; él se puso a acariciarle el hombro, las caderas familiares y sintió que la sangre afluía dócilmente a su sexo: mejor; Paula no estaba en humor de contentarse con un beso en la sien y le tomaría menos tiempo satisfacerla que explicarse. Besó la boca ardiente que se abría bajo la suya según la rutina ordinaria. Pero al cabo de un instante Paula apartó sus labios y él se sintió incómodo al oírla murmurar viejas palabras que ya no le decía nunca:

¿Soy siempre tu divino racimo de glicinas?

-Siempre.

-¿Y me quieres? -insistió-. ¿Verdad que siempre me quieres?

Él no tenía coraje de provocar un drama; estaba resignado a prometer cualquier cosa y ella lo sabía: "Es verdad."

-¿Eres mío?

-Soy tuyo.

-Dime que me quieres, dilo.

-Te quiero.

Ella emitió un largo quejido crédulo; él la abrazó con violencia, apretó su boca bajo sus labios; sin esperar entró en ella: para terminar de una vez. Ella veía rojo como en el estudio demasiado rojo; se puso a gemir y a gritar palabras como antes.

Pero antes el amor de Enrique la protegía; sus gritos, sus quejas, sus risas, sus mordiscos eran ofrendas sagradas; hoy él estaba acostado sobre una mujer trastornada que decía palabras obscenas y cuyos zarpazos hacían daño. Sentía horror de ella y de él. La cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, los dientes desnudos, estaba tan totalmente entregada, tan horrorosamente perdida que él tuvo ganas de abofetearla para traerla a la tierra y decirle: eres tú, soy yo y estamos haciendo el amor, eso es todo. Le parecía estar violando a una muerta o a una loca y no lograba alcanzar el placer. Cuando por fin se dejó caer sobre Paula oyó un gemido triunfal y la oyó murmurar:

-¿Eres feliz?

-Por supuesto.

-¡Soy tan feliz! -dijo ella; lo miraba con ojos iluminados donde brillaban lágrimas. Él escondió contra su hombro ese rostro cuyo resplandor le resultaba insostenible. "Los almendros están en flor..., se dijo cerrando los ojos. Y los naranjos estarán cargados de naranjas."

II

No, hoy no conoceré mi muerte; ni hoy ni ningún otro día. Estaré muerta para los otros sin haberme visto morir jamás.

Cerré los ojos pero sin poder volver a dormirme. ¿Por qué la muerte ha atravesado de nuevo mis sueños? Ronda, la siento rondar. ¿Por qué?

No siempre supe que iba a morir. De niña he creído en Dios. Un vestido blanco y dos alas relucientes me esperaban en los vestuarios. del cielo: ansiaba cruzar las nubes. Me extendía sobre mi acolchado, juntando las manos, y me abandonaba a las delicias del otro mundo. A veces, en sueños, me decía: "Estoy muerta", y mi voz vigilante me garantizaba la eternidad. El silencio de la muerte lo descubrí con horror. Una sirena expiraba a orillas del mar; por amor a un joven había renunciado a su alma inmortal y sólo quedaba de ella un poco de espuma blanca sin recuerdo, sin voz. Yo me decía para tranquilizarme: "¡Es un cuento¡."

No era un cuento. La sirena era yo. Dios se convirtió en una idea abstracta en el fondo del cielo y una noche la borré. Nunca eché de menos a Dios: me robaba la tierra. Pero un día comprendí que al renunciar a él me había condenado a muerte; tenía quince años; en el departamento desierto, grité. Al recobrarme me pregunté: “¿Cómo hace la demás gente? ¿Cómo haré? ¿Tendré que vivir con este miedo?”

Desde el momento en que quise a Roberto ya nunca tuve miedo de nada. Me bastaba pronunciar su nombre para sentirme segura. Está escribiendo en la habitación contigua: puedo levantarme y abrir la puerta. ..Pero continúo acostada; no estoy segura de que él no oiga a su vez este ruidito roedor. La tierra cruje bajo nuestros pies; arriba de nuestras cabezas hay un abismo y no sé más quiénes somos ni lo que nos espera.

Me erguí sobresaltada; abrí los ojos: ¿cómo admitir que Roberto corra peligro?, ¿cómo tolerarlo? No me ha dicho nada verdaderamente inquietante, no me ha dicho nada nuevo. Estoy cansada, he bebido demasiado; es un leve delirio de las cuatro de la mañana, pero ¿quién puede decidir a qué hora se ve con lucidez? ¿No sería cuando creía estar segura que deliraba? ¿Lo creía acaso verdaderamente?

No puedo recordarlo; no estábamos muy atentos a nuestra propia vida. Sólo los acontecimientos contaban: el éxodo, el regreso, las sirenas, las bombas, las colas, nuestras reuniones, los primeros números de L’Espoir .En el estudio de Paula una vela oscura humeaba: con dos latas de conserva habíamos fabricado un calentador donde quemábamos papel, el humo nos hacía arder los ojos. Afuera había charcos de sangre, el chasquido de las balas, el rugido de los cañones y de los tanques; en todos nosotros había el mismo silencio, la misma hambre, la misma esperanza. Cada mañana nos despertaba la misma pregunta: ¿la cruz svástica flota todavía sobre el Senado? Había la misma alegría en nuestros corazones cuando

bailábamos en el cruce de Montparnasse alrededor de una pira triunfal. y después pasó el otoño, y hace un rato, mientras a la luz del árbol de Navidad acabábamos de olvidar a nuestros muertos, advertí que volvíamos a existir, cada cual por su cuenta. “¿Crees que el pasado puede resucitar?”, preguntaba Paula, y Enrique me dijo: “Tengo ganas de escribir una novela alegre.” Pueden hablar nuevamente en voz alta, publicar sus libros; discuten, se organizan, hacen planes; es por eso que están todos contentos: en fin, casi todos; yo no debería elegir este momento para atormentarme. Esta noche es fiesta: la primera Navidad en paz; la última Navidad de Buchenwald, la última Navidad en la tierra, la primera Navidad que Diego no ha vivido. Bailábamos, nos abrazábamos alrededor del árbol centelleante de promesas, y eran numerosos, ¡ah, tan numerosos!, los que no estaban ahí. Nadie había recogido sus últimas palabras y no estaban enterrados en ninguna parte: el vacío los había devorado. Dos días después de la liberación. Genoveva había tocado un féretro: ¿era el que correspondía? El cuerpo de Jaime no había sido hallado; un compañero pretendía que había enterrado cuadernos bajo un árbol: ¿qué cuadernos?, ¿qué árbol? Sonia había mandado pedir una tricota y medias de seda, luego nunca más había pedido nada. ¿Dónde estaban los huesos de Raquel y los de la hermosa Rosa? Entre sus brazos, que tantas veces habían abrazado el cuerpo de Rosa, Lambert apretaba a Nadine, y Nadine reía como en los tiempos en que Diego la oprimía entre sus brazos. Yo miraba la avenida de pinos en el fondo de los grandes espejos y pensaba: He aquí las velas, el muérdago, el acebo que ellos no ven; todo lo que me es dado es como si se lo estuviera robando a ellos. "Los han liquidado." ¿A quién primero? ¿A él o a su padre? La muerte no entraba en sus planes. ¿Habrá sabido que iba a morir? Y ahora que ha muerto, ¿qué importancia tiene?

Ni aniversario, ni tumba: es por eso que lo busco todavía a tientas en esta vida que él amaba tumultuosamente. Tiendo la mano hacia la perilla de la luz y la dejo caer de nuevo; en mi escritorio hay una fotografía de Diego, pero por más que la mire durante horas nunca recobraré bajo su pelo revuelto su rostro de carne, ese rostro donde todo era demasiado grande: los ojos, la nariz, las orejas, la boca. Estaba sentado en el escritorio y Roberto preguntaba: "En caso de una victoria nazi, ¿usted qué haría?" Él contestó: "La victoria nazi no entra en mis planes” Sus planes eran casarse con Nadine y ser un gran poeta. Lo hubiera logrado, quizá: a los dieciséis años ya sabía cambiar las palabras en brasas; quizá no necesitaba sino muy poco tiempo: cinco años, cuatro años. Vivía tan de prisa. ..Nos apretujábamos alrededor de la estufa eléctrica y me divertía mirándolo devorar a Hegel o a Kant: él volvía las páginas tan rápidamente como si hubiera hojeado una novela policial; y el hecho es que comprendía. Sólo sus sueños eran lentos.

Estaba en casa casi todo el tiempo. Su padre era un judío español que se empeñaba en ganar dinero haciendo negocios; se decía protegido del cónsul de España. Diego le reprochaba su lujo y una opulenta querida rubia. Nuestra austeridad le gustaba. Y como estaba en la edad en que se admira, admiraba a Roberto: un día había venido a traerle sus poemas y así lo habíamos conocido. Desde el primer instante en que vió a Nadine le entregó impetuosamente su amor: su primero, su único amor; a ella le había conmovido intensamente sentirse por fin necesaria. A la noche, Nadine exigía que yo fuera a darle un beso como antes, y él, acostado a su lado, me decía: " ¿Y a mi no me besa?" Yo lo besaba. Aquel año fuimos amigas, mi hija y yo. A mí me gustaba verla capaz de un amor sincero; y ella me agradecía que no contrariara su corazón. ¿Por qué iba a hacerlo? Tenía sólo diecisiete años, pero Roberto y yo pensábamos que nunca es demasiado temprano para ser feliz.

¡Sabían ser dichosos con tanta fogosidad! Junto a ellos yo recobraba mi juventud. "Venga a comer con nosotros. ..Ven, esta noche es fiesta.", decían tironeándome cada cual de un brazo. Aquella noche Diego le había robado a su padre una moneda de oro: prefería tomar que recibir, eran cosas de su edad; había cambiado sin dificultad su tesoro y había pasado la tarde con Nadine en las

montañas rusas del Luna Park. Cuando los encontré por la noche en la calle, estaban devorando una enorme torta comprada en la trastienda de un panadero: era el sistema que tenían para abrirse el apetito. Roberto, convidado por teléfono, se negó a dejar su trabajo; yo los acompañé. Tenían la cara sucia de dulce, las manos negras del polvo de la feria y había en sus ojos la arrogancia de los criminales dichosos; el camarero creyó sin duda que venían a gastar apresuradamente el dinero de algún robó. Nos designó una mesa al fondo y preguntó con helada cortesía: "¿El señor no tiene saco?" Sobre la vieja tricota agujereada de Diego Nadine echó su propia chaqueta, descubriendo una blusa arrugada y manchada; sin embargo, nos sirvieron. Pidieron primero helados y sardinas, y después bifes, papas fritas, ostras y nuevamente helados. "De todas maneras, todo se mezcla en el estómago", me explicaban hundiéndose en el aceite y en la crema. ¡Estaban tan felices de comer hasta saciarse! Por más que yo hiciera milagros, siempre teníamos más o menos hambre. "Coma, coma", me decían con autoridad. Y guardaron en sus bolsillos pedazos de pastel para Roberto.

Poco tiempo después una mañana, los alemanes golpearon a la puerta del señor Serra: el cónsul de España había sido cambiado sin que se lo avisaran. Diego había dormido en casa de su padre aquella noche. A la rubia no la molestaron. "Dígale a Nadine que no tema por mí -dijo Diego-. Volveré porque quiero volver." Fueron las últimas palabras que se hayan recogido de él: todas las demás palabras se han esfumado para siempre; ¡y a él le gustaba tanto hablar!

Era la primavera, el cielo estaba celeste; los durazneros, rosados. Cuando andábamos en bicicleta Nadine y yo por los jardines empavesados, había en nuestros pulmones la alegría de los domingos de paz. Los rascacielos de Drancy reventaban bruscamente esa mentira. La rubia le había dado tres millones a un alemán llamado Félix que nos transmitía mensajes de los prisioneros y que había prometido hacerlos escapar; dos veces a través de unos prismáticos pudimos ver a Diego asomado a una ventana lejana; habían rapado sus rizos lanudos y ya no era completamente él quien nos sonreía: su imagen mutilada flotaba fuera del mundo.

Una tarde de mayo encontramos los grandes cuarteles desiertos; había colchones ventilándose en el alféizar de las ventanas abiertas sobre cuartos vacíos. En el café, donde habíamos dejado nuestras bicicletas, nos dijeron que tres trenes habían salido aquella noche. De pie junto al alambre electrizado acechamos durante mucho rato. Y de pronto distinguimos, muy lejos, muy arriba, dos siluetas solitarias que se inclinaban hacia nosotras. El más joven agitó su boina con un gran gesto triunfal: Félix no había mentido, Diego no había sido embarcado. La alegría nos sofocaba mientras volvíamos hacia París.

"Están en un campamento de prisioneros americanos -nos dijo la rubia-; están bien; toman baños de sol." Pero ella no los había visto; les mandamos tricotas, chocolates; nos agradecían por boca de Félix; pero ningún mensaje escrito llegaba a nosotros; Nadine reclamó una prueba: la sortija de Diego, un mechón de pelo; pero justamente los habían cambiado de campo; estaban en alguna parte, lejos de París. Poco a poco su ausencia dejó de situarse en un punto: eran ausentes, nada más. No estar en ninguna parte, no estar más, no hace mucha diferencia. No hubo ningún cambio cuando Félix dijo por fin con fastidio: ..Hace tiempo que los liquidaron."

Nadine aulló durante noches enteras. De la mañana a la noche yo la tenía entre mis brazos. Luego pudo dormir; al principio Diego poblaba sus sueños y parecía malvado. Poco después hasta su fantasma se evaporó. Tiene razón, no la critico: ¿Qué hacer con un cadáver? Ya sé: se los utiliza para confeccionar banderas, escudos, fusiles, decoraciones, altoparlantes y también adornos para el hogar: es mejor dejar sus cenizas en paz. Monumentos o polvo: y habían sido nuestros hermanos. Pero no podemos elegir; ¿por qué nos han dejado? Que nos dejen en paz ellos también. Olvidémoslos. Permanezcamos entre nosotros. Ya tenemos bastante que hacer con nuestras vidas. Los muertos están muertos; para

ellos no hay problemas; pero nosotros, los vivos, después de esta noche de fiesta vamos a despertarnos, y entonces, ¿cómo haremos para vivir?

Nadine reía con Lambert, un disco giraba, el piso temblaba bajo nuestros pies, las llamitas verdes titilaban. Miré a Sézenac, que estaba acostado cuan largo era sobre la alfombra: sin duda soñaba con los días gloriosos en que paseaba por París con su fusil en bandolera. Miré a Chancel, que había sido condenado a muerte por los alemanes y canjeado a último momento por uno de sus prisioneros; y Lambert, cuyo padre había denunciado a la novia, y Vicente, que había matado con su propia mano a doce milicianos. ¿Qué van a hacer de su pasado tan pesado, tan corto, y de su informe porvenir? ¿Sabré ayudarlos? Ayudar es mi oficio: puedo extenderlos sobre un diván y hacerles contar sus sueños; pero no resucitaré a Rosa ni a los doce milicianos que Vicente exterminó con su propia mano y aun si logro neutralizar el pasado, ¿qué porvenir puedo ofrecerles? Borro los miedos, limo los sueños, aplaco los deseos, adapto, adapto, pero ¿a qué puedo adaptarlos? Ya no veo nada a mi alrededor que se mantenga en pie.

Decididamente he bebido demasiado; yo no he creado el cielo ni la tierra, nadie me pide cuentas: ¿por qué me paso el tiempo ocupándome de los demás? Sería mucho mejor que me ocupara un poco de mí. Ah, si me preguntan quién soy puedo mostrar mi fichero; para hacerme psicoanalista he tenido que hacerme psicoanalizar; me encontraron un complejo de Edipo bastante pronunciado que explica mi casamiento con un hombre veinte anos mayor que yo, una marcada agresividad hacia mi madre, algunas tendencias homosexuales que se liquidaron correctamente. A mi educación católica debo un superyó bastante pronunciado: es la causa de mi puritanismo y de la deficiencia de mi narcisismo. La ambivalencia de mis sentimientos hacia mi hija proviene de mi enemistad hacia mi madre, de mi indiferencia hacia mí misma. Mi historia es de las más clásicas, se ha plegado muy dócilmente a, los marcos previstos. A los ojos de los católicos mi caso también es muy corriente: dejé de creer en Dios cuando descubrí las tentaciones de la sensualidad; mi casamiento con un librepensador terminó de perderme. Socialmente, Roberto y yo somos intelectuales de izquierda. Nada de esto es totalmente inexacto. Heme aquí claramente catalogada, y aceptando que así sea, adaptada a mi marido, a mi oficio, a la vida; a la muerte, al mundo, a sus horrores. Soy yo, apenas yo, es decir, nadie.

No ser nadie es después de todo un privilegio. Yo los miraba ir y venir a través del estudio a todos ellos, que tenían nombres, y no los envidiaba. Roberto, de acuerdo, era un predestinado; pero los demás, ¿cómo se atreven? ¿Cómo se puede ser la bastante arrogante o lo bastante aturdido para servir de pasto a una jauría de desconocidos? Miles de bocas ensucian sus nombres; los curiosos espían sus pensamientos, su corazón, su vida: si yo me viera entregada así a la codicia de todos esos ropavejeros terminaría por mirarme a mí misma como a un montón de trapos viejos. Me felicitaba de no ser alguien.

Me acerqué a Paula; la guerra no había abatido su elegancia agresiva; llevaba una larga falda de seda con reflejos violeta y pendían de sus orejas racimos de amatistas.

-Estás muy linda esta noche -dije.

Se miró de soslayo en uno de los grandes espejos.

-Sí, estoy linda- dijo tristemente.

Estaba preciosa, pero bajo sus ojos se dibujaban unas ojeras que hacían juego con el vestido; en el fondo sabía muy bien que Enrique habría podido llevarla a Portugal, sabía más de lo que pretendía.

-Debes de estar contenta: tu cena es un éxito.

-A Enrique le gustan las fiestas -dijo Paula. Sus dos manos cargadas de sortijas de obispo alisaban maquinalmente la seda tornasolada de su vestido.

-¿Por qué no nos cantas algo? Me encantaría escucharte.

-¿Cantar? -dijo con sorpresa. ,

-Sí, cantar -dije riendo-. ¿Has olvidado que antes cantabas?

-Antes está lejos -dijo.

-Ahora no; ahora ya es de nuevo como antes.

-¿Tú crees? -su mirada se hundió hasta el fondo de mis ojos y parecía que consultaba más allá de mi rostro una bola de cristal-: ¿Crees que el pasado puede resucitar?

Yo no sabía qué respuesta esperaba de mí y me puse a reír con cierto malestar:

-No soy un oráculo.

-Roberto tiene que explicarme lo que es el tiempo -dijo en tono meditabundo.

Estaba dispuesta a negar el espacio y el tiempo antes de admitir que el amor puede no ser eterno. Yo temía por ella. Había comprendido durante esos cuatro años que Enrique no le concedía sino un afecto hastiado; pero después de la Liberación no sé qué loca esperanza se había despertado en ella.

-¿Recuerdas ese negro espiritual que me gustaba tanto? No nos lo quieres cantar?

Se dirigió hacia el piano, levantó la tapa. Tenía la voz un poco sorda pero siempre tan conmovedora. Le dije a Enrique: "Debería presentarse de nuevo en público." Parecía sorprendido. Después de acallados los aplausos se acercó a Nadine y se pusieron a bailar: no me gustaba la manera en que ella lo miraba. A ella tampoco me era posible ayudarla. Le había dado mi único vestido decente y le había prestado el más bonito de mis collares: era todo cuanto podía hacer. Inútil explorar sus sueños: sé muy bien. Lo que necesita es el amor que Lambert está dispuesto a darle, pero ¿cómo impedirle que lo estropee? Sin embargo, cuando Lambert entró al estudio ella bajó de dos en dos la escalerita desde la alto de la cual nos vigilaba con aire de crítica; se quedó petrificada en el último peldaño, avergonzada de su impulso; él se adelantó hacia ella, le sonrió gravemente: -¡Estoy encantado de que hayas venido!

Ella dijo en tono brusco:

-Vine para verte.

Estaba buen mozo de veras esa noche, con su elegante traje azul; viste con un austero rebuscamiento de cuarentón; tiene modales ceremoniosos, una voz pausada y vigila sus sonrisas; pero la confusión de su mirada, la dulzura de su boca revelan su juventud. Su seriedad halaga a Nadine y su debilidad la tranquiliza; lo miraba fijamente con una complacencia un poco tonta:

-¿Te has divertido mucho? ¡Parece que Alsacia es tan lindo!

-Bueno, en cuanto un paisaje está militarizado se vuelve lúgubre.

Fueron a sentarse sobre un peldaño de la escalera, conversaron, bailaron y rieron durante un largo rato; y luego, para cambiar, deben de haber peleado: con Nadine siempre se acaba así. Ahora Lambert estaba sentado junto a la estufa, parecía enojado y no era cuestión de ir a buscarlos, cada cual en una punta del estudio, y juntarles las manos.

Caminé hacia la mesa, tomé una copa de coñac. Mi mirada bajó a lo largo de mi falda negra y se detuvo en mi pierna: era gracioso pensar que tenía una pierna, nadie lo sospechaba, ni siquiera yo; era delgada y decidida bajo su funda de seda color pan tostado, no era peor que otra; y un día estaría enterrada sin haber existido jamás: parecía injusto. Yo estaba absorta contemplándola cuando Scriassine vino hacia mí:

-No parece divertirse mucho...

-Hago lo que puedo.

-Hay demasiados jóvenes aquí, los jóvenes nunca son alegres. Y demasiados escritores -con un movimiento de cabeza señaló a Lenoir, a Pelletier, a Cange--. Todos escriben, ¿verdad?

-Todos.

-¿Usted no escribe?

Le dije riendo:

-¡No, por Dios!

Sus modales abruptos me gustaban. Antaño yo había leído, como todo el mundo, su famoso libro El Paraíso Rojo, pero sobre todo me había conmovido su obra sobre el nazismo en Austria: era mucho mejor que un reportaje, era un testimonio apasionado. Después de huir de Rusia había huido de Austria y se había hecho naturalizar francés; pero había pasado esos cuatro años en Estados Unidos y lo habíamos encontrado por primera vez este otoño. En seguida había tuteado a Roberto y a Enrique, pero nunca había parecido notar mi existencia. Su mirada se apartó de mí:

-Me pregunto qué será de ellos.

-¿De quiénes?

-De los franceses en general, pero de éstos en particular .

A mi vez lo examiné; ese rostro triangular de pómulos marcados, de ojos vivaces y duros, boca delgada y casi femenina, no era un rostro francés; Rusia soviética era para él un país enemigo, no le gustaba América; no había un lugar sobre la tierra donde se sintiera en su casa.

-Volví de Nueva York en un barco inglés -dijo con una sonrisita-. Un día el steward me dijo: "Los pobres franceses no saben si han ganado o si han perdido la guerra." Me parece que esto resume bastante bien la situación.

Había en su voz una complacencia que me irritó. Dije:

-Los nombres que quieran darles a los acontecimientos pasados no tienen interés; de lo que se trata es del porvenir .

-Justamente -dijo con vivacidad-, para acertar en el porvenir hay que mirar el presente de frente; y tengo la impresión que la gente de aquí no se da cuenta de eso; Dubreuilh me habla de una revista literaria, Perron de un viaje de placer: parecen creer que podrán vivir como antes de la guerra.

-¿Y el cielo lo ha enviado para abrirles los ojos?

Mi voz era cortante y Scriassine sonrió:

-¿Sabe jugar al ajedrez?

-Muy mal.

Continuaba sonriendo y toda pedantería se había borrado de su rostro; éramos desde siempre amigos íntimos, cómplices; pensé: me está desplegando encantos eslavos; pero el encanto obraba; sonreí yo también.

-Cuando miro un partido de ajedrez como espectador veo cada movimiento mucho más lúcidamente que los jugadores, aunque no juegue mejor que ellos. Aquí me pasa lo mismo: vengo de afuera, entonces veo.

-¿Qué?

-El callejón sin salida.

De pronto lo interrogué con ansiedad; durante tanto tiempo habíamos vivido entre nosotros, codo con codo y sin testigos: esa mirada venida de afuera me inquietaba.

-Los intelectuales franceses están en un callejón sin salida. Les toca el turno -dijo con una especie de satisfacción- ; su arte, su pensamiento sólo conservarán un sentido si cierta civilización logra perdurar; y si quieren salvarla ya no les quedará nada para dar al arte ni al pensamiento.

-No es la primera vez que Roberto hace política activamente y eso nunca le impidió escribir .

-Sí, en el 34, Dubreuilh sacrificó gran parte de su tiempo en la lucha antifascista-dijo Scriassine con voz cortés-, pero le parecía moralmente conciliable con las preocupaciones literarias -agregó con una especie de rabia-: en Francia ustedes nunca han sentido con toda su urgencia la presión de la historia; en Rusia, en Austria, en Alemania, era imposible eludirla. Yo, por ejemplo, no escribí por eso.

-Usted escribió.

-¿Usted cree que yo no soñaba con otros libros? Pero no era el caso.-Se encogió de hombros.- Había que tener detrás de sí una tremenda tradición humanista para interesarse en problemas de cultura frente a Stalin y a Hitler. Evidentemente, en el país de Diderot, de Víctor Hugo, de Jaures, uno se imagina

que la cultura y la política marchan de la mano. Paris durante mucho tiempo se creyó Atenas. Atenas ya no existe, se acabó.

-Si se trata de sentir la presión de la historia, creo que Roberto podrá matarle el punto-dije.

-No ataco a su marido -dijo Scriassine con una sonrisita que negaba toda autoridad a mis palabras; las reducía a una explosión de lealtad conyugal-. En realidad -agregó- considero que las dos inteligencias más grandes de estos tiempos son Robert Dubreuilh y Thomas Mann. Pero justamente si predigo que abandonará la literatura es porque confio en su lucidez.

Me encogí dé hombros; si quería dulcificarme se equivocaba: aborrezco a Thomas Mann.

-Nunca Roberto renunciará a escribir -dije. .

-Lo que tiene de admirable la obra de Dubreuilh -dijo Scriassine-, es que supo conciliar las altas exigencias estéticas con una inspiración revolucionaria. En su vida había logrado un equilibrio análogo: organizaba los comités de vigilancia, escribía novelas. Pero justamente es ese hermoso equilibrio lo que se ha vuelto imposible.

-Roberto inventará otro, cuente con él -dije.

-Sacrificará sus exigencias estéticas -dijo Scriassine. Su rostro se iluminó; preguntó con aire triunfante-,-: ¿Ha estudiado la prehistoria?

-Más o menos como el ajedrez.

-Pero quizá sepa que durante un vasto período las pinturas murales y los objetos encontrados en las excavaciones demuestran un progreso artístico; continuo. Bruscamente, dibujos y esculturas desaparecen, se comprueba un eclipse de varios siglos que coincide con el impulso de las nuevas técnicas. Y bien, abordamos una era en que por distintas razones la humanidad será presa de problemas que ya no le permitirán el lujo de expresarse.

-Los razonamientos por analogía no prueban gran cosa-dije.

-Dejemos caer esta comparación -dijo Scriassine con voz paciente-. Supongo que usted ha vivido esta guerra desde demasiado cerca para comprenderla bien; esto es otra cosa que una guerra, es la liquidación de una sociedad y hasta de un mundo, el principio de la liquidación. Los progresos de la ciencia y de la técnica, los cambios económicos van a revolucionar el mundo a tal punto que hasta nuestro modo de pensar y de sentir cambiarán por completo: nos costará recordar quiénes hemos sido. Entre otras cosas, el arte y la literatura nos parecerán diversiones anacrónicas.

Meneé la cabeza y Scriassine agregó con calor:

-Dígame, ¿qué alcance tendrá el mensaje de los escritores franceses el día en que la hegemonía del mundo pertenezca a la Unión Soviética o a los Estados Unidos? Ya nadie los comprenderá; ni siquiera hablarán el mismo idioma.

-Parecería que esa perspectiva lo alegra -dije.

Se encogió de hombros:

-Es una reflexión muy de mujer; son incapaces de quedarse en un terreno objetivo.

-Quedémonos -dije-. Objetivamente no está probado que el mundo tenga que ser americano o ruso.

-Sin embargo, a plazo más o menos largo, es fatal -me detuvo con un gesto y me hizo una linda sonrisa eslava-. La comprendo, la liberación está todavía muy fresca; todos ustedes navegan en plena euforia; durante cuatro años han sufrido mucho; piensan que han pagado bastante: nunca se paga bastante -dijo con una brusca aspereza. Me miró en los ojos-: ¿Sabe que hay en Washington una facción muy poderosa que quisiera prolongar la campaña de Alemania hasta Moscú? Desde el punto de vista de ellos, tienen razón. El imperialismo americano como el totalitarismo ruso exigen una expansión} ilimitada: uno de ellos tendrá que ganar. -Su voz se entristeció.- Ustedes creen que están festejando la derrota alemana; pero es la tercera guerra mundial que se abre.

-Son pronósticos personales, suyos -dije.

-Sé que Dubreuilh cree en la paz y en las posibilidades de una sola Europa -dijo Scriassine; sonrió con indulgencia-.Hasta los grandes cerebros se equivocan. Seremos anexados por Stalin o colonizados por los Estados Unidos.

-Entonces no hay problema -dije riendo-. Inútil preocuparse; los que se divierten escribiendo no tienen más que continuar.

-Escribir cuando no hay nadie que lea, ¡qué juego idiota!

-Cuando todo se ha derrumbado sólo queda jugar a juegos idiotas.

Scriassine calló y luego una sonrisa astuta cruzo por su rostro.

-Ciertas conjeturas serían, sin embargo, menos desfavorables que otras -dijo en tono confidencial-. En el caso en que la Unión Soviética ganara, no hay problema: es el fin de la civilización y el fin de todos nosotros. En el caso de que los Estados Unidos ganaran, el desastre sería menos radical. Si logramos imponerles ciertos valores, mantener algunas de nuestras ideas, se puede esperar que las generaciones futuras reanudarán un día nuestra cultura y nuestras tradiciones; pero hay que encarar la movilización integral de todas nuestras posibilidades.

-No me diga que, en caso de un conflicto, desearía la victoria de los Estados unidos -dije.

-De todas maneras la historia debe fatalmente desembocar en el advenimiento de una sociedad sin clases -dijo Scriassine-, es cuestión de dos o tres siglos. Por la felicidad de los hombres que vivirán en el intervalo, deseo ardientemente que la revolución se haga en un mundo dominado por los Estados Unidos y no por la Unión Soviética.

-En un mundo dominado por los Estados Unidos tengo la impresión de que la revolución se hará esperar bastante -dije

-¿Y usted se imagina lo que sería una revolución hecha por los stanilistas? La revolución era preciosa en Francia hacia 1930. ¡En Rusia le aseguro que lo era menos! -Se encogió de hombros.- ¡Ustedes se están preparando cada sorpresa! El día en que los rusos ocupen a Francia empezarán a darse cuenta. ¡Desgraciadamente será demasiado tarde!

-No va a decirme que usted cree en una ocupación rusa -dije.

-¡Ay! -dijo Scriassine suspirando-. En fin, seamos optimistas. Admitamos que Europa tiene alguna salida. Pero sólo se le podrá salvar con una lucha de todos los instantes. Ni soñar en trabajar para uno mismo.

Callé a mi vez; todo cuanto deseaba Scriassine era reducir al silencio a los escritores franceses; yo comprendía muy bien por qué; y sus profecías no eran nada convincentes; sin embargo, su voz trágica despertaba un eco en mí: "¿Cómo viviremos?" La pregunta me desgarraba desde el principio de la velada, ¿desde hacía cuántos días y semanas?

Scriassine me amenazó con la mirada:

-Una de dos: o bien los hombres como Dubreuilh y Perron mirarán la situación de frente, se comprometerán en una acción que exigirá una entrega total; o bien harán trampa, se obstinarán en escribir; sus obras serán ajenas a la realidad y estarán privadas de todo porvenir. Serán trabajos de ciegos, tan lamentables como la poesía en alejandrinos.

Es difícil discutir con un interlocutor que mientras habla del mundo y de los demás habla sin cesar de sí mismo. Yo no podía tranquilizarme sin herirlo. No obstante dije:

-Es ocioso encerrar a la gente en dilemas; la vida siempre los hace estallar.

-No en este caso. Alejandría o Esparta, no hay otra elección. Es mejor decirse estas cosas hoy -dijo con una especie de dulzura-: los sacrificios cesan de ser dolorosos cuando han quedado atrás.

-Estoy segura de que Roberto no sacrificará nada.

-Volveremos a hablar de esto dentro de un año -dijo Scriassine-En un año o habrá desertado o no escribirá más; no lo veo desertando.

-No dejará de escribir.

El rostro de Scriassine se animó:

-¿Qué apostamos? ¿Una botella de champaña?

-No apuesto nada.

Sonrió:

-Usted es como todas las mujeres; necesita estrellas fijas en el cielo y mojones indicadores en las rutas.

-¿Sabe? -le dije, encogiéndome de hombros-: se han desplazado bastante durante estos cuatro años las estrellas fijas.

-Sí, pero, sin embargo, usted sigue convencida que Francia siempre será Francia y Roberto Dubreuilh, Roberto Dubreuilh; si no, se creería perdida.

-Dígame -contesté alegremente-, su objetividad me parece muy dudosa.

-Estoy obligado a seguirla en el terreno en que usted se ha colocado: usted no me opone más que convicciones subjetivas -dijo Scriassine. Una sonrisa avivó sus ojos inquisidores-. Usted toma las cosas muy en serio, ¿verdad?

-Depende.

-Me habían prevenido -dijo-, pero me gustan las mujeres serias.

- ¿Quién lo había prevenido?

Con un ademán vago señaló a todo el mundo y a nadie:

-La gente.

- ¿Qué le dijeron?

-Que usted era lejana y austera, pero no me parece.

Apreté los labios para no hacer más preguntas; la trampa de los espejos he sabido evitarla; pero las miradas, ¿quién puede resistirse a ese abismo vertiginoso? Me visto de negro, converso poco, no escribo y todo eso compone una imagen de mí y los demás la ven. No soy nadie, es fácil de decir: soy yo. ¿Quién soy? ¿Adónde encontrarme? Tendría que estar del otro lado de todas las puertas, pero si soy yo quien golpea, callarán. De pronto sentí que mi cara ardía, hubiera querido arrancármela.

- ¿Por qué no escribe? -dijo Scriassine.

-Ya hay bastante libros así.

-No es la única razón. -Me clavaba sus ojitos curiosos.- La verdad es que no quiere exponerse.

-¿Exponerme a qué?

-Parece muy segura de sí misma, pero en el fondo es extremadamente tímida. Usted es de esas personas que ponen su orgullo en lo que no hacen.

Lo interrumpí:

-No trate de hacer mi psicología; la conozco en todos sus recovecos: soy psiquiatra.

-Ya lo sé -me sonrió-. ¿No podríamos comer juntos una noche de éstas? Uno se siente tan perdido en este París oscuro; ya no se conoce a nadie.

Pensé bruscamente: “Para él tengo piernas.” Saqué mi agenda. No tenía ningún motivo para no aceptar.

-Comamos juntos -dije-. ¿Le viene bien el 3 de enero?

-Perfecto. ¿A las ocho en el bar del Ritz? ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Me sentía molesta. Bah, después de todo, qué me importaba la que podía pensar de mí; cuando adivino en el fondo de una conciencia extraña mi propia imagen, siempre tengo un momento de pánico, pero no dura, pasa de largo; lo que me desconcertaba era haber visto a Roberto a través de unos ojos que no eran los míos. ¿Estaba verdaderamente en una encrucijada? Había tomado a Paula por la cintura y la hacía dar vueltas en redondo y con su otra mano dibujaba no sé qué en el aire; quizá le explicaba el curso del tiempo; en todo caso, ella reía, él reía, no parecía estar en peligro; si hubiera estado en peligro, lo habría sabido: no se equivoca a menudo y no se miente nunca. Fui a ocultarme en el marco de un ventanal detrás de una cortina roja. Scriassine había dicho muchas tonterías, pero había hecho algunas preguntas de las que yo no podía liberarme tan fácilmente.

Durante todas esas semanas yo había huido de los interrogantes; habíamos esperado tanto ese momento, la liberación, la victoria; quería aprovecharlo; siempre estaríamos a tiempo mañana para pensar en el día siguiente. Y ahora me encontraba pensando en eso y preguntándome lo que Roberto pensaría. Sus dudas nunca se traducen por el abatimiento sino por un exceso de actividad: esas conversaciones, esas cartas, esos golpes de teléfono, ese derroche de trabajo nocturno, ¿no disimulaban acaso una inquietud? No me oculta nada, pero asimismo a veces guarda provisoriamente para él alguna inquietud. "Y además -pensé con remordimiento- esta noche le dijo a Paula: Estamos en una encrucijada." Lo decía a menudo y es por cobardía que yo evitaba darle su verdadero peso a estas palabras. La encrucijada. Por lo tanto, a los ojos de Roberto el mundo estaba en peligro. Para mí el mundo es él: él estaba en peligro. Mientras volvíamos del brazo costeando el río a través de las tinieblas familiares, su voz voluble no llegaba a tranquilizarme. Había bebido enormemente y estaba muy alegre; cuando ha permanecido días y noches encerrado, la menor salida se convierte en una epopeya; esta noche cobraba en su boca tanto relieve que me parecía haberla cruzado como una ciega. Él tenía ojos alrededor de la cabeza y doce pares de orejas; yo lo escuchaba, pero en sordina continuaba interrogándome. ¿Por qué no terminaba esas memorias que había escrito con pasión durante toda la guerra? ¿Era un síntoma? ¿De qué?

-¡Infortunada Paula! Es una catástrofe para una mujer ser amada por un literato -decía Roberto-. Ha creído ser todo lo que Perron le ha hecho creer que ella era.

Traté de concentrar mi interés en Paula.

-Temo que la liberación se le haya subido a la cabeza .-dije-. El año pasado ya no se hacia ilusiones; y ahora vuelve a empezar el juego del loco amor, pero está jugando sola.

-Quería a toda costa hacerme decir que el tiempo no existe -dijo Roberto. Agregó-: Lo mejor de su vida está detrás de ella. Ahora que la guerra ha terminado espera recobrar el pasado.

-Todos hemos esperado eso, ¿no? -pregunté. Mi voz me había parecido alegre, pero Roberto me oprimió el brazo:

-¿Qué es lo que anda mal? .

-Nada, todo anda muy bien -dije afectando soltura.

-Vamos, vamos; sé muy bien lo que quieres decir cuando tomas tu voz de mujer de mundo -dijo Roberto-. Estoy seguro de que en este momento te está trabajando fuerte la cabeza. ¿Cuántas copas de ponche bebiste?

-Seguramente menos que tú; y el ponche no tiene nada que ver con esto.

-¡Ah, confiesas! -dijo Roberto en tono triunfal-. Hay alguna cosa y el ponche no tiene nada que ver. ¿Entonces qué?

-Es Scriassine -dije riendo-. Me explicó que los intelectuales franceses estaban liquidados.

-¡A él le encantaría!

-Ya sé, pero así y todo me da miedo.

-¡Una mujer de tu edad que se deja influir por el primer profeta llegado! Me gusta mucho Scriassine; se agita, divaga, hierve, todo vive a su alrededor, pero no hay que tomarlo en serio.

-Dice que la política va a devorar te y que no escribirás más.

-¿Y tú le creíste? -dijo Roberto riendo.

-Sin embargo, la verdad es que no terminas tus memorias -dije.

Roberto vaciló un segundo.

-Es un caso especial -dijo.

-¿Por qué?

-¡Doy tantas armas contra mí en esas memorias!

-Es por eso que el libro vale lo que vale -dije con entusiasmo- ¡Un hombre que se atreve a descubrirse es tan raro! Y finalmente, cuando se atreve, gana la partida.

-Sí, después de muerto -dijo Roberto. Se encogió de hombros-. He entrado a la vida política, tengo montones de enemigos; ¿te das cuenta de su regocijo el día en que aparezcan esas memorias?

-Tus enemigos encontrarán siempre armas contra ti, ésas u otras -dije.

-Imagina esas memorias en manos de Lafaurie, o de Lachaume, o del chico Lambert. O en las de un periodista -dijo Roberto.

Apartado de toda vida política, de todo porvenir, de todo público, hasta ignorando si ese libro sería publicado alguna vez, Roberto había recobrado al escribirlo la soledad anónima del principiante que se arriesga sin murallas, sin parapetos, a la aventura. A mi modo de ver nunca había escrito nada mejor. Dije con impaciencia:

-Entonces, ¿cuando se hace política ya no hay derecho a escribir libros sinceros? ,

-Sí, pero no libros escandalosos -dijo Roberto-. Bien sabes que hoy hay miles de cosas de las que un hombre no puede hablar sin escándalo -sonrió-. A decir verdad, todo lo individual se presta al escándalo.

Dimos algunos pasos en silencio.

-Te has pasado tres años escribiendo estos recuerdos, ¿y lo mismo te da arrojarlos al fondo de un cajón?

-Ya no pienso en él. Pienso en otro libro.

-¿En qué?

-Te hablaré de esto dentro de unos días.

Miré a Roberto con desconfianza.

-¿Y crees que encontrarás tiempo para escribir?

-Por supuesto. ,

-No me parece tan seguro; no dispones de un minuto para ti.

-En política el principio es lo más duro; después todo se ordena.

Su voz me pareció demasiado serena; insistí:

-¿Y si no se ordenara? ¿Abandonarías tu partido o dejarías de escribir?

-Bueno, no seria tan trágico si me detuviera un momento -dijo Roberto con una sonrisa-. ¡Mira si he borroneado papeles en mi vida!

Se me estrujaba el corazón.

-El otro día decías que tu obra aún estaba por hacerse.

-Sigo pensándolo; pero puede esperar.

-¿Esperar: un mes, un año, diez años? -pregunté.

-Escucha -dijo Roberto con voz conciliadora-, un libro más o menos en el mundo no es tan importante. Y la situación es apasionante, trata de darte cuenta: es la primera vez que la izquierda tiene su suerte entre las manos, es la primera vez que se puede tentar un conglomerado independiente de los comunistas sin correr el riesgo de servir a la derecha, ¡no vamos a dejar pasar esta oportunidad! La he esperado durante toda mi vida.

-Yo encuentro que tus libros son muy importantes -dije-. Le dan a la gente algo único. En cambio, no eres el único que puede encargarse de un trabajo político.

-Soy el único que puedo conducirlo a mi manera -dijo Roberto alegremente-. Deberías comprenderme: los comités de vigilancia, la resistencia, era muy útil; pero era negativo. Hoy se trata de construir, es mucho más interesante.

-Comprendo muy bien, pero tu obra me interesa todavía más.

-Siempre hemos pensado que no se escribe por escribir -dijo Roberto-. En ciertos momentos otras formas de acción son más urgentes.

-No para ti. Tú eres ante todo un escritor.

-Sabes muy bien que no -dijo Roberto en tono de reproche-. Para mí lo que cuenta ante todo es la revolución.

-Si -dije-. Pero la mejor manera que tienes para servir a la revolución es escribir tus libros.

Roberto meneó la cabeza.

-Depende de las circunstancias. Estamos en un momento crítico: primero hay que ganar la partida en el terreno político.

-¿Y qué pasará si no la ganamos? -dije-. ¿No crees seriamente que corremos el riesgo de otra guerra?

-No creo que una nueva guerra estalle mañana -dijo Roberto-. Pero lo que hay que evitar es que se cree en el mundo una situación de guerra: en ese caso tarde o temprano volveremos a darnos de palos. También hay que evitar que esta victoria sea explotada por el capitalismo -se encogió de hombros-. Hay que impedir un montón de cosas antes de divertirse escribiendo libros que quizá nadie lea jamás.

Me paré petrificada en medio de la calle. ,

-¿Qué? ¿Tú también piensas que la gente va a desinteresarse de la literatura?

-A decir verdad, van a tener otras cosas de que ocuparse.

Decididamente su voz era demasiado tranquila. Dije con indignación:

-No parece conmoverte mucho. Pero sería horriblemente triste un mundo sin literatura y sin arte.

-De todas maneras, a la hora actual hay millones de hombres para los cuales la literatura es cero -dijo Roberto.

-Sí, pero tú contabas con que cambiaría.

-Siempre cuento con eso, ¿qué te crees? -dijo Roberto-. Pero justamente si el mundo se decide a cambiar atravesaremos sin duda un período en que no se tratará de pensar en literatura.

Entrábamos al escritorio y me senté en el brazo de un sillón de cuero; sí, había tomado demasiado ponche, las paredes giraban a mi alrededor. Miré la mesa en la cual día y noche Roberto escribía desde hacía veinte años. Ahora tenía sesenta; si ese período duraba mucho tiempo corría el riesgo de no ver nunca el fin. Eso no podía serle tan indiferente.

-Piensa un poco, crees que tu obra está todavía por hacer; decías hace cinco minutos que ibas a empezar un nuevo libro: eso supone que hay gente para leerte. ..

-Ah, es lo más probable -dijo Roberto-. Pero, en fin, también hay que encarar la otra hipótesis -se sentó en el sillón junto a mí-. No es tan terrible como dices. La literatura ha sido hecha para los hombres y no los hombres para la literatura -agregó alegremente.

-Para ti sería muy triste -dije-. Si no escribieras más, no serías nada feliz.

-No sé -dijo Roberto; sonrió-. No tengo imaginación.

La tiene; y yo recordaba cómo estaba de ansioso la noche en que me dijo: "Mi obra está todavía por hacer." Le importa que esa obra pese, que quede. Por más que proteste es ante todo un escritor. Al principio quizá sólo pensaba en servir a la revolución; la literatura era sólo un medio; ahora es un fin, la quiere por sí misma, todos sus libros lo prueban; y en particular esas memorias que ya no quiere publicar; las escribió por el placer de escribir. No, la verdad es que le fastidiaba hablar de sí mismo y esa repugnancia no era un buen augurio.

-Pues yo la tengo -dije.

Las paredes giraban pero me sentía muy lúcida, mucho más lucida que en ayunas. En ayunas uno tiene demasiadas defensas, uno se las arregla para no saber lo que sabe. De pronto veía claro. La guerra acababa, una nueva historia empezaba donde ya no había ninguna garantía. En el porvenir de Roberto no había garantía: era posible que dejara de escribir y hasta que toda su obra pasada se hundiera en el vacío.

-¿Qué piensas en verdad? -pregunté-. ¿Que las cosas -andarán bien o mal?

Roberto se echó a reír.

-¡Ah, no soy profeta! Sin embargo, tenemos muchos triunfos en la mano -agregó.

-¿Pero cuántas posibilidades de ganar?

-¿Quieres que te tire las cartas? ¿O prefieres la borra del café?

-No vale la pena que te burles de mí -dije-. Se pueden hacer preguntas de tanto en tanto. .

-Yo me hago muchas, ¿sabes? -dijo Roberto.

Se interrogaba y más seriamente que yo; yo no obraba, es por eso que me ponía fácilmente patética; me daba cuenta de que no tenía razón, ¡pero con Roberto cuesta tan poco no tener razón! ,

-Tú sólo te interrogas sobre la que puedes. contestar -dije.

Rió nuevamente.

-De preferencia sí. Las otras preguntas no sirven de mucho.

-No es una razón para no plantearlas -dije. Mi voz se había agresiva, pero no era contra Roberto, era contra mí misma, contra mi ceguera de las últimas semanas-. De todas maneras me gustaría hacerme una idea de la que va a ocurrirnos.

-¿No te parece que es muy tarde, que hemos bebido mucho y que nuestras ideas estarán más claras mañana por la mañana? -dijo Roberto.

Mañana por la mañana las paredes ya no bailarían, los muebles y los adornos estarían en orden, siempre en el mismo orden, mis ideas también, y yo volvería a vivir al día, sin volver la cabeza hacia atrás, y mirando hacia adelante, a lo lejos, ya no me ocuparía de estos menudos desórdenes de mi corazón. Ya estaba cansada de esta higiene. Miré el almohadón sobre el cual Diego se sentaba junto a la chimenea; decía: "La victoria nazi no entra en mis planes." Y luego lo abatieron.

-Las ideas son siempre demasiado claras -dije-. Hemos ganado la guerra, esa es una idea clara. y bueno, a mí me pareció una extraña fiesta la de esta noche, ¡con todos esos muertos que no estaban ahí!

-Sin embargo, es distinto decirse que su muerte ha servido para algo o no ha servido para nada -dijo Roberto.

-La de Diego no ha servido para nada -dije-. ¿Y aunque hubiera servido? -dije con irritación-. Es muy cómodo para los vivos ese sistema en que todo trasciende hacia otra cosa; pero los muertos siguen muertos; se les traiciona, no se les trasciende.

-No se les traiciona obligatoriamente -dijo Roberto.

-Se les traiciona cuando se les olvida y también cuando se les utiliza -dije-. Una nostalgia debe ser inútil; si no, no es una nostalgia.

Roberto vaciló.

-Supongo que no estoy dotado para las nostalgias -dijo con aire perplejo-. Las preguntas a las que no puedo responder, los acontecimientos que no puedo cambiar, no me ocupan mucho. No digo que tenga razón -agregó.

-Oh -dije-. No digo que no la tengas. De todas maneras los muertos están muertos y nosotros vivimos. Las nostalgias no cambian nada.

Roberto puso su mano sobre la mía:

-No te inventes remordimientos. Nosotros también moriremos, ¿sabes? , eso nos acerca a ellos.

Retiré mi mano; en ese instante toda amistad me resultaba enemiga; no quería ser consolada; no todavía.

-Ah, es verdad que ese maldito ponche me ha trastornado el corazón -dije-. Me voy a dormir.

-Vete a dormir. Y mañana nos haremos todas las preguntas que quieras, hasta las que no sirven para nada -dijo Roberto.

-¿Y tú no vas a dormir?

-Creo que voy a darme una ducha y a trabajar.

"Evidentemente Roberto está mejor armado que yo contra los pesares -me dije al acostarme-. Trabaja, obra; entonces el porvenir existe para él más que el pasado. Y escribe: todo lo que cae fuera de su radio de acción, la desdicha, el fracaso, la muerte les da un lugar en sus libros y se siente a mano con ellos. Yo no tengo ningún recurso. Lo que pierdo no lo recupero en ninguna parte y nada rescata mis infidelidades." De pronto me eché a llorar. Pensé: "Son mis ojos los que lloran; él lo

ve todo, pero no con mis ojos." Lloraba y por primera vez desde hacía veinte años estaba sola, sola con mis remordimientos, con mi miedo. Me dormí y soñé que estaba muerta. Me desperté sobresaltada y el miedo estaba siempre ahí. Desde hace una hora me debato con él; está todavía ahí y la muerte sigue rondando. Enciendo, apago; si Roberto ve que hay luz bajo mi puerta puede inquietarse; es inútil; esta noche no puede ayudarme. Cuando quise hablarle de él eludió mis preguntas: se sabe en peligro. Tengo miedo por él. Hasta aquí tuve confianza en su destino; nunca traté de tomarle la medida: la medida de todas las cosas era él; he vivido con él como en mí misma, sin distancia. Pero de pronto ya no tengo confianza en nada. Ni estrella fija, ni mojón. Roberto es un hombre, un hombre de sesenta años, falible y vulnerable, que el pasado ya no protege y que el porvenir amenaza. Me apoyo en la almohada, los ojos abiertos. Tengo que arreglármelas para retroceder, para verlo como si no lo hubiera querido durante veinte años sin vacilar jamás.

Es difícil. Hubo un tiempo en que yo lo veía a distancia; pero yo era demasiado joven, lo miraba desde demasiado lejos. Unos compañeros me lo habían señalado con el dedo en la Sorbona, se hablaba enormemente de él, con una mezcla de admiración y de escándalo. Se susurraba que bebía y que iba a los prostíbulos. Eso más bien me hubiera atraído; me sentía mal curada de mi infancia piadosa; ante mis ojos el pecado manifestaba patéticamente la ausencia de Dios y si me hubieran dicho que Dubreuilh violaba a las niñitas lo hubiera tomado por una especie de santo. Pero sus vicios eran menores y las glorias demasiado establecidas me fastidiaban. Cuando comencé a seguir sus cursos estaba decidida a tomarlo cómo un falso gran hombre. Evidentemente era distinto de todos los otros profesores; llegaba como un ventarrón, siempre con una demora de cuatro o cinco minutos; durante un instante nos inspeccionaba con sus grandes ojos pícaros, luego se ponía a hablar con un tono muy amistoso o muy agresivo. Había algo provocativo en su rostro huraño, en su voz violenta, en sus carcajadas, que a veces nos parecían un poco enloquecidas. Llevaba ropa muy blanca, sus manos estaban cuidadas, se hallaba impecablemente afeitado, de modo que sus camperas, sus tricotas, sus zapatos pesados no podían tener por excusa la negligencia. Prefería su bienestar a la decencia con una desenvoltura que yo declaraba afectada. Yo había leído sus novelas y no me habían gustado; esperaba que me revelaran algún mensaje exaltante y me hablaban de gente cualquiera, de sentimientos frívolos, de un montón de cosas que no me parecían esenciales. En cuanto a sus clases, eran interesantes, de acuerdo, pero no decía nada genial: y estaba tan seguro de tener razón que me daban unas ganas irresistibles de contradecirlo. Ah, yo también me hallaba convencida de que la verdad estaba en la izquierda; desde mi infancia le sentí al pensamiento burgués un olor a tontería y a mentira, un olor muy feo; y además había aprendido en el Evangelio que los hombres son todos iguales, todos hermanos, y seguía creyéndolo a pies juntillas.. Pero para mi alma, durante mucho tiempo henchida de absoluto, el vacío del cielo volvía irrisoria cualquier moral, y Dubreuilh se imaginaba que podía haber una salvación en este mundo: en mi primera disertación me expliqué. "La revolución, bueno -dije-, ¿y después?" Cuando me devolvió mi deber ocho días después, a la salida de clase, se burló ferozmente de mí; mi absoluto era, según él, un sueño abstracto de burguesita incapaz de enfrentarse con la realidad. Yo no era de talla para hacerle frente, él ganaba siempre, por supuesto, pero eso no probaba nada y se lo dije. Una semana después volvimos a discutir y esta vez trató de convencerme y no de abrumarme. Tuve que reconocer que frente afrente estaba muy lejos de tomarse por un gran hombre. Se puso a conversarme a menudo después de los cursos, a veces me acompañaba hasta la puerta dando rodeos y luego salimos juntos a la tarde, a la noche; ya no hablábamos de moral ni de política ni de ningún otro tema elevado. Me contaba cuentos y a veces me llevaba a pasear; me mostraba calles, plazas, muelles, canales, cementerios, zonas, depósitos, terrenos baldíos, bodegones; un montón de rincones de París que yo no conocía; y me daba cuenta de que nunca había visto las cosas que creía conocer. Con él todo cobraba mil sentidos: los rostros, las voces, la

Librodot

ropa de la gente, un árbol, un cartel, un aviso de neón, cualquier cosa. Dubreuilh daba la impresión de escribir caprichosamente, por su placer personal, cosas completamente gratuitas; y sin embargo, una vez cerrado el libro uno se encontraba sublevado por la ira, el asco, la indignación y quería que las cosas cambiaran. Al leer ciertos pasajes de su obra se le podía tomar por un esteta puro: le gustan las palabras; y se interesa sin segunda intención en la lluvia y en los días de sol, en los juegos del amor y del azar, en todo; pero ocurre que no se detiene ahí: de pronto uno se encuentra arrojado en medio de la muchedumbre de los hombres y todos los problemas ajenos nos conciernen. Por eso me interesa tanto que siga escribiendo. Sé por mí misma lo que aporta a sus lectores. Entre su pensamiento político y sus emociones poéticas no hay distancia. Es porque le gusta tanto la vida por lo que quiere que todos los hombres tengan ampliamente su parte; y porque quiere a los hombres, todo lo que atañe a la vida de ellos lo apasiona.

Yo releía sus libros, lo escuchaba, lo interrogaba, estaba tan ocupada que no pensaba en preguntarme por qué exactamente estaba a gusto conmigo: ya me faltaba tiempo para descifrar lo que ocurría en mi propio corazón. Cuando me tomó entre sus brazos una noche en medio de los jardines del Carroussel dije escandalizada: "No besaré sino a un hombre a quien quiera." Me contestó tranquilamente. "Pero a mí me quiere." Y en seguida supe que era verdad. Si no lo había advertido antes es porque había ocurrido demasiado pronto: ¡Con él todo andaba tan de prisa! Es eso lo que al principio me subyugó; las demás personas eran tan lentas; la vida, tan lenta. ..Él quemaba el tiempo y atropellaba todo. Desde el momento en que supe que lo quería fui con entusiasmo de sorpresa en sorpresa. Aprendí que se podía vivir sin muebles y sin horarios, no almorzar, no acostarse de noche, dormir de tarde, hacer el amor en los bosques igual que en una cama. Me pareció sencillo y alegre hacerme mujer entre sus brazos; cuando el placer me asustaba su sonrisa me tranquilizaba. Una sola sombra sobre mi corazón: se acercaban las vacaciones y la idea de una separación me aterrorizaba. Evidentemente, Roberto se dió cuenta: ¿por eso me propuso casarnos? En ese entonces esta idea ni siquiera me rozó: a los diecinueve años parece tan natural ser querida por el hombre al que uno quiere como serlo por padres respetados o por Dios omnipotente.

“¡Pero yo te quería!”, me contestó Roberto mucho más tarde. En su boca ¿qué significan exactamente esas palabras? ¿Me habría querido un año antes cuando todavía estaba entregado en cuerpo y alma a la lucha política? ¿y ese año, para consolarse de su inactividad no habría podido elegir a otra? Esta es la clase de preguntas que no sirven para nada; pasemos de largo. Lo seguro es que quiso mi felicidad con entusiasmo y que no erró el golpe. Hasta entonces yo no era desdichada, no, pero tampoco era feliz. Me sentía bien, entonces tenía momentos de alegría, pero pasaba la mayor parte del tiempo desesperándome. Tontería, mentira, injusticia, sufrimiento: a mi alrededor era un caos muy negro. ¡Y qué absurdo, esos días que se repiten de semana en semana, de siglo en siglo, sin ir a ninguna parte! Vivir es esperar la muerte durante cuarenta o sesenta años chapaleando en el vacío. He ahí por qué yo estudiaba con tanto fervor: sólo los libros y las ideas aguantaban, sólo ellos me parecían reales.

Gracias a Roberto las ideas bajaron a la tierra y la tierra se volvió coherente como un libro, un libro que empieza mal, pero que acabará bien; la humanidad iba a alguna parte, la historia tenía un sentido y mi propia existencia también; la opresión, la miseria encerraban la promesa de su desaparición. El mal ya estaba vencido; el escándalo, barrido. El cielo se cerró, sobre mi cabeza y los viejos terrores se apartaron de mí. No es a golpe de teorías como Roberto me liberó: me demostró que la vida se bastaba viviendo. La muerte le importaba un rábano y sus actividades no eran diversiones: amaba lo que amaba, quería lo que quería, no huía de nada.. En resumen, lo único que yo deseaba era parecerme a él. Si había planteado la justificación de la vida era sobre todo porque me aburría en casa: y ahora ya no me aburría. Roberto había sacado del caos un mundo pleno,

Librodot

ordenado, purificado por ese porvenir que él producía: ese mundo era el mío. El único problema era hacerme mi propio lugar. Ser la mujer de Roberto no me bastaba; nunca antes de casarme con él había encarado una carrera de esposa. Por otra parte, no pensaba ni por un minuto en ocuparme activamente de política. En ese terreno las teorías pueden apasionarme y tengo algunos sentimientos fuertes, pero la práctica me repele. Debo confesar que me falta paciencia: ¡La revolución está en marcha, pero marcha tan lentamente, con pasitos tan inciertos! Para Roberto, si una solución es mejor que otra, es buena; un mal menor, lo considera un bien. Tiene razón, por supuesto, pero sin duda yo no he liquidado del todo mis viejos sueños de absoluto: eso no me satisface. Y además el porvenir me parece tan lejano, me cuesta interesarme en los seres que todavía no han nacido, más bien tengo ganas de ayudar a los que les toca vivir justo en este momento. Es por eso que este oficio me tentaba. Ah, nunca he pensado que uno pueda desde afuera traer alguna salvación prefabricada, pero a menudo son necedades las que separan a la gente de su dicha y quería liberarlos de ellas. Roberto me alentó; en eso se aparta de los comunistas ortodoxos, cree que puede haber un empleo válido del psicoanálisis en la sociedad burguesa y que quizá todavía tenga un papel que desempeñar en la sociedad sin clases; hasta le parecía un trabajo apasionante recrear el psicoanálisis clásico a la luz del marxismo. El hecho es que me apasionó. Mis días estaban tan llenos como la tierra que me rodeaba. Cada mañana se despertaba la alegría de la mañana anterior y me encontraba a la noche enriquecida de mil novedades. ¡Es una gran suerte a los veinte años recibir el mundo de la mano amada! ¡Es una gran suerte ocupar exactamente su lugar! Roberto también logró ese milagro: me protegió del aislamiento sin privarme de la soledad. Todo nos era común: sin embargo, yo tenía mis amistades, mis placeres, mi trabajo, mis preocupaciones. Podía a mi antojo pasar la noche en la ternura de un hombro, o si no, como hoy, sola en mi cuarto, como soltera. Miro estas paredes, el hilo de luz bajo la puerta: cuántas veces he conocido esta dicha: dormirme mientras él trabajaba al alcance de mi voz. Hace años ya que entre nosotros el deseo se ha gastado; pero estábamos demasiado estrechamente unidos para que la unión de nuestros cuerpos pudiera tener una gran importancia; al renunciar se puede decir que no hemos perdido nada. Podría creer que fue una noche de preguerra. Esta misma inquietud que me mantiene despierta no es nueva. A menudo el porvenir del mundo ha sido muy negro. ¿Qué hay de cambiado? ¿Por qué la muerte ha vuelto a rondar? Sigue rondando, ¿por qué?

¡Qué insensata terquedad! Me da vergüenza. Durante estos cuatro años, a pesar de todo, me convencí que después de la guerra íbamos a recobrar la preguerra. Hace un rato todavía le dije a Paula: "Ahora es de nuevo como antes.." He aquí que trato de decirme: antes era igual que ahora. Pero no, miento: no es, no será nunca más como antes. Antes, yo estaba segura de que saldríamos de las crisis más inquietantes; Roberto tenía que salvarse, a la fuerza; su destino me garantizaba el del mundo y recíprocamente. Pero con ese pasado a la espalda, ¿cómo confiar todavía en el porvenir? Diego ha muerto, fueron demasiados los muertos, el escándalo ha vuelto a la tierra, la palabra felicidad ya no tiene sentido: a mi alrededor es de nuevo el caos. Quizá el mundo logrará escapar, pero ¿cuándo? Es demasiado largo dos o tres siglos, los días nuestros están contados: si la vida de Roberto termina en el fracaso, en la duda y en la desesperación, nada remediará esto jamás.

Hay leves movimientos en su escritorio; lee, reflexiona, hace planes. ¿Triunfará? y si no ¿qué? No hay necesidad de encarar lo peor; nadie nos ha devorado; simplemente vegetamos al azar de una historia que ya no es la nuestra. Roberto está reducido al papel de testigo pasivo: ¿qué hará con sus huesos? Sí, hasta qué punto la revolución se le ha entrado en la médula: es el absoluto de él, su juventud lo ha marcado para siempre. Durante todos esos años en que creció entre casas y vidas color hollín. el socialismo era su única esperanza; no creyó en él ni por generosidad ni por lógica sino por necesidad. Ser un hombre significaba para él

Librodot

ser como su padre. un militante. Tuvieron que mediar muchas cosas para apartarlo de la política: la decepción furiosa del 14, su ruptura con Cachin dos años después de Tours, su impotencia para despertar en el partido socialista la vieja llama revolucionaria. En la primera oportunidad se lanzó de nuevo a la acción; en este momento está más apasionado que nunca. Me digo para tranquilizarme que tiene muchos recursos. Después de nuestro casamiento, durante los años que pasó sin militar, escribió mucho y era feliz. ¿Pero en verdad lo era? En verdad me convenía creerlo y hasta esta noche nunca me atreví a espiar lo que se decía cuando estaba solo: ya no me siento muy segura de nuestro pasado. Si quiso tener un hijo tan pronto fué porque sin duda yo no le bastaba para justificar su existencia; quizá también buscaba una revancha contra ese porvenir sobre el cual ya no tenía poder. Sí, ese deseo de paternidad me parece muy significativo. Significativa también la tristeza de nuestra peregrinación a Bruay. Paseábamos por las calles de su infancia; él me mostraba la escuela donde enseñaba su padre y el oscuro edificio en el que a los nueve años había oído a Jaures; me contaba sus primeros encuentros con la desgracia diaria, con el trabajo sin esperanza; hablaba demasiado rápido. en un tono demasiado indiferente; y de pronto dijo con voz muy agitada: "Nada ha cambiado, pero yo escribo novelas." Quise creer en una emoción fugaz; Roberto estaba demasiado alegre para que le supusiera serias nostalgias. Pero después del congreso de Amsterdam, durante toda la época en que organizó los Comités de Vigilancia, vi que podía estar todavía mucho más alegre y tuve que confesarme la verdad: antes tascaba el freno. Si vuelve a encontrarse condenado a la impotencia, a la soledad, todo le parecerá vano, hasta escribir; sobre todo escribir. Entre el 25 y el 32, mientras tascaba el freno escribía, sí. Pero era distinto. Continuaba ligado con los comunistas y ciertos socialistas; conservaba la esperanza de la unidad obrera y de una victoria final; sé de memoria esa frase de Jaures que él repetía en cualquier ocasión: "El hombre de mañana será el más complejo, el más rico de vida que haya conocido la historia." Estaba convencido de que sus libros ayudaban a construir el porvenir y que ese hombre de mañana los leería: entonces, evidentemente, escribía. Ante un porvenir cerrado, ya eso no conservaba ningún sentido. Si sus contemporáneos no lo escuchan más, si la posteridad no lo comprende más, sólo le queda callar.

Y entonces, ¿qué será de él? Una criatura viva que se transforma en espuma es atroz, pero hay una suerte peor: la del paralítico que tiene la lengua trabada. Más vale la muerte; ¿llegaré a desear algún día la muerte de Roberto? No. No es imaginable. Ha tenido golpes fuertes, siempre salió bien de ellos, volverá a salir. No se cómo, pero inventará algo. No es imposible, por ejemplo, que se afilie un día al partido comunista; por supuesto, en este momento no piensa en ello, critica demasiado violentamente su política; pero supongamos que cambien de línea; supongamos que no exista, aparte de los comunistas, ninguna izquierda coherente: antes que permanecer inactivo, me pregunto si Roberto no terminaría por unirse a ellos. No me gusta esta idea. Le resultaría más duro que a cualquiera plegarse a órdenes con las cuales no estuviera de acuerdo. Siempre ha tenido ideas propias sobre la táctica a seguir. Y además, por más que ensaye el cinismo, sé que siempre seguirá fiel a su vieja moral.; el idealismo de los demás lo hace sonreír: tiene también el suyo; hay ciertos procedimientos comunistas que nunca podrá tragar. No, esa solución no es tal. Demasiadas cosas lo separan de ellos; su humanismo no es el mismo que el de ellos. No solamente ya no podría escribir nada sincero, sino que estaría obligado, a renegar de todo su pasado.

"Paciencia", me dirá. Hace un rato decía: "Un libro más o menos no tiene gran importancia." Pero ¿acaso lo piensa? Yo doy mucho valor a los libros, quizá demasiado. En la época de mi propia prehistoria los prefería al mundo real; algo de eso me ha quedado; han conservado para mí un gustito de eternidad. Sí, es una de las razones que me hacen tomar tan a pecho la obra de Roberto: si ella muere volvemos a ser dos mortales; el porvenir es sólo una tumba. Roberto no ve las cosas así; pero tampoco es un militante ejemplar perfectamente olvidado de sí mismo;

Librodot

tiene la esperanza de dejar un nombre detrás de sí, un nombre que signifique mucho, para mucha gente. Y además, escribir es lo que más le gusta en el mundo, es su alegría, su necesidad, es él mismo. Renunciar a ello sería un suicidio.

Y bien, tendría que resignarse a escribir bajo una dirección, otros lo hacen: otros, pero no Roberto. En último caso lo imagino militando sin ganas, pero escribir es otra cosa; si no pudiera seguir expresándose a su antojo se le caería la pluma de la mano.

¡Ah, cómo veo el callejón sin salida! Roberto cree sólidamente en algunas ideas y estábamos seguros antes de la guerra que algún día se encarnarían en la realidad; toda su vida se dedicó a la vez a enriquecerlas y a preparar su encarnación: pero supongamos que ésta no deba producirse jamás. Supongamos que la revolución del humanismo que Roberto defendió siempre se cumpla sin él. ¿Qué puede hacer Roberto? Si ayuda a construir un porvenir hostil a todos los valores en los cuales cree, su acción es absurda; pero si se empeña en mantener valores que nunca bajarán a la tierra, se convierte en uno de esos viejos soñadores a los cuales por encima de todo no quiere parecerse. No, en esta alternativa ninguna elección es posible: es en todo caso el fracaso, la impotencia; para Roberto es enterrarse vivo. He aquí por qué se arroja en la lucha con tanta pasión: me dice que la situación le ofrece una posibilidad que ha esperado toda su vida: sea; pero encierra también un peligro más grave que ninguno de los que ha conocido y lo sabe. Si, estoy segura de que él también se dice todo lo que acabo de decirme. Se dice que para él el porvenir quizá sea una tumba, que se hundirá sin dejar más rastro que Rosa y Diego. Y aun peor que eso; acaso los hombres de mañana lo mirarán como a un retrógrado, a un engañado, un mistificador: inútil o culpable, un harapo humano. Puede ser que un día se sienta tentado a mirarse a sí mismo con sus ojos crueles; entonces terminará su vida en la desesperación. No, no soportaré despertarme mañana y los días venideros con esa enorme amenaza en el horizonte. No. Pero puedo repetir cien veces: no, no y no, nada cambiará. Me despertaré ante esa amenaza mañana y los días venideros. De una certidumbre uno puede morir; pero este miedo sin fondo va a ser preciso vivirlo.

CAPÍTULO II

I

Al día siguiente la radio confirmó la derrota alemana. "Es verdaderamente la paz que comienza -se repitió Enrique sentándose a su escritorio-. ¡Por fin puedo escribir!" Resolvió: "Me las arreglaré para escribir todos los días." ¿Escribir qué? No lo sabía y se alegraba; las otras veces sabía demasiado. Esta vez trataría de dirigirse al lector sin premeditación, como se escribe a un amigo; y quizá lograría decirle todas esas cosas que nunca habían encontrado lugar en sus libros, demasiado construidos. ¡Tantas cosas que uno quisiera retener con palabras y que se pierden! Alzó la cabeza y miró a través de la ventana el cielo frío. Lástima pensar que iba a ser una mañana perdida; todo parecía tan precioso esta mañana: el papel blanco, el olor a alcohol y a tabaco enfriado, la música árabe que subía del café vecino; Notre-Dame estaba fría como el cielo, un atorrante bailaba en medio de la callejuela, llevaba un enorme cuello de plumas azules y dos mujeres endomingadas lo miraban riendo. Era Navidad, era la derrota alemana y algo se reanudaba. Sí, todas esas mañanas, todas esas noches que había dejado correr entre sus dedos durante esos cuatro años, Enrique trataría de recuperarlos durante treinta años; no se puede decir todo, de acuerdo; pero por lo menos se puede tratar de expresar el verdadero gusto de la propia vida: cada una tiene un gusto que no es sino de ella y hay que decirlo o no vale la pena escribir. "Hablar de lo que he amado.. de lo que amo, de lo que soy." Dibujó un ramo. ¿Quién era él? ¿A quién encontraba después de esa larga

Librodot

ausencia? Es difícil desde adentro definirse y limitarse. No era un maniático de la política ni un fanático de la literatura, ni un gran apasionado; se sentía más bien mediocre; pero en realidad no le molestaba. Un hombre como todo el mundo que hablara sinceramente de sí mismo, hablaría en nombre de todo el mundo, para todo el mundo. La sinceridad: era la única originalidad a la que apuntaba, la única consigna que tenía que imponerse. Agregó una flor a su ramo. No es tan fácil ser sincero. No encaraba la posibilidad de confesarse. y quien dice novela dice mentira. Ah, ya estudiaría eso más adelante. Por el momento no había que complicarse con problemas. Partir al azar, empezar no importa cómo; por los jardines de El-Oued bajo la luna. El papel estaba desnudo, había que aprovechar .

-¿Has empezado tu novela alegre? -preguntó Paula.

-No sé.

-¿Cómo no sabes? ¿No sabes lo que escribes?

-Me hago una sorpresa a mí mismo -dijo riendo.

Paula se encogió de hombros; sin embargo, era verdad: no quería saber; fijaba desordenadamente sobre el papel un montón de momentos de su vida, eso lo divertía enormemente, no pedía más. La noche en que había citado a Nadine lamentó abandonar su trabajo. Le habla dicho a Paula que salía con Scriassine; había aprendido durante ese último año a economizar su franqueza; esas simples palabras; "Salgo con Nadine" hubieran provocado tantas preguntas y tantos comentarios que prefirió pronunciar otras; pero era verdaderamente absurdo esconderse para salir con esa muchacha ingrata, que él consideraba como a una especie de sobrina; era sobre todo absurdo haberle dado esa cita. Empujó la puerta del Bar Rojo y se sentó a la mesa donde ella estaba sentada con Lachaume y Vicente.

-¿Hoy no hay líos?

-Cero -dijo Vicente, defraudado.

Los jóvenes se amontonaban en esa covacha roja, menos para encontrarse entre camaradas que para afrontar a sus adversarios; todas las fracciones políticas estaban representadas. Enrique solía venir a pasar un rato; le hubiera gustado sentarse y conversar distraídamente con Lachaume y Vicente, mirando a los parroquianos; pero Nadine se levantó en seguida.

-¿Me lleva a comer?

-Para eso vine.

Afuera estaba oscuro, la acera estaba cubierta de un barro helado; ¿que iba a hacer con Nadine? Preguntó;

-Adónde quiere ir, ¿al restaurante del italiano?

-Sí, al del italiano.

No estaba con ánimo de contrariar; lo dejó elegir la mesa, pidió como él peperoni y ossobuco; aprobaba todo lo que él decía con un aire regocijado que le pareció sospechoso a Enrique; en verdad no lo escuchaba, comía con una rapidez plácida. sonriéndole al plato; él dejó caer la conversación sin que ella pareciera advertirlo. Después de tragar el último bocado se limpió la boca con un ademán amplio.

-¿Y ahora adónde me lleva?

-¿No le gusta ni el jazz ni el baile?

-No.

-Ensayemos el Trópico de Cáncer.

-¿Es divertido?

-¿Usted conoce boîtes divertidas? En el trópico no se está mal para conversar.

Ella se encogió de hombros.

-Para conversar, los bancos del subterráneo están muy bien.-Su rostro se iluminó.- Hay unas boîtes que me gustan mucho; son esas donde hay mujeres desnudas.

-No es posible. ¿Eso la divierte?

-Ah sí, es más divertido, en los baños turcos; pero en los cabarets tampoco se está mal.

-¿No será un poquito viciosa? -dijo Enrique riendo.

-Es posible -dijo secamente-. ¿Tiene algo mejor para proponerme?

Mirar mujeres desnudas en compañía de esa muchacha que no era ni virgen ni mujer, era lo más incongruente que podía imaginar; pero en fin, Enrique se había encargado de distraerla y le faltaba inspiración. Se sentaron en “Astarté” ante un balde con champaña; la sala estaba todavía vacía; alrededor del bar las mujeres animadoras conversaban. Nadine las examinó largamente.

-Si yo fuera hombre, todas las noches me llevaría una mujer distinta.

-Todas las noches una mujer distinta termina por ser la misma.

-¡Qué esperanza! La morochita y la pelirroja, que tienen pechos falsos tan bonitos, bajo el vestido no se parecen en nada -apoyó su barbilla contra la palma de la mano y miró fijamente a Enrique- ¿No le divierten las mujeres?

-Así, no.

-Y entonces ¿cómo?

-Y bueno, me gusta mirarlas cuando son bonitas, bailar con ellas y conversar.

-Para conversar son mejores los hombres -dijo Nadine. Su mirada se hizo desconfiada-. ¿En realidad, por qué me invitó? No soy bonita, bailo mal y no converso bien.

Él sonrió.

-¿No se acuerda? Me reprochó que no la invitara nunca.

-¿Cada vez que le reprochan por no hacer una cosa la hace?

-¿Y usted, por qué aceptó mi invitación? -dijo Enrique.

Ella le deslizó una mirada tan ingenuamente provocadora que se sintió desconcertado. ¿Sería verdad que, como decía Paula, no podía ver a un hombre sin ofrecerse a él?

-Nunca hay que rechazar nada -dijo ella en tono sentencioso.

Durante un rato batió su champaña en silencio; la conversación se reanudó, pero de tanto en tanto. Nadine callaba con insistencia, miraba fijamente a Enrique y había en su rostro un aire de reproche asombrado. "No tengo por qué hacerlo" se decía Enrique; le gustaba sólo a medias, la conocía demasiado, era demasiado fácil y además le molestaba a causa de los Dubreuilh; por lo tanto trataba de llenar los silencios, pero ella bostezó dos veces con afectación. A él también le parecía que el tiempo no pasaba nunca. Algunas parejas bailaban, sobre todo americanos y mujerzuelas, y uno o dos falsos matrimonios de provincia. Decidió irse en seguida después del número de variedades y le alivió ver que comenzaba. Eran seis muchachas con corpiño y taparrabos de lentejuelas, tocadas con galeras con los colores franceses y americanos; no bailaban ni bien ni mal, eran feas sin exceso, era un espectáculo sin interés y que no hacía reír; ¿por qué Nadine parecía tan divertida? Cuando las muchachas se sacaron el corpiño para descubrir sus pechos bañados en parafina, ella le lanzó á Enrique una mirada astuta:

-¿Cuál le gusta más?

-Son todas iguales. .

-¿No le parece qué la rubia de la izquierda tiene un ombligo precioso?

-Pero una cara muy triste.

Nadine calló; observaba a las mujeres con una mirada experta y un poco hastiada; cuando salieron retrocediendo, agitando el taparrabos con una mano, aplicando contra el sexo el sombrero tricolor, Nadine preguntó:

-¿Qué es más importante, tener una cara bonita o ser bien hecha?

-Depende.

-¿De qué?

-Del conjunto y también de los gustos.

-¿Qué nota merezco en conjunto y según su gusto?

La miró de arriba a abajo:

-Se lo diré dentro de tres o cuatro años; todavía no está terminada de hacer.

-Nadie está terminado antes de estar muerto -contestó ella con voz enojada. Su mirada erraba alrededor de la sala, se detuvo sobre la bailarina que había ido a sentarse al bar y llevaba un vestidito negro-. Es verdad que parece triste, debería sacarla a bailar.

-No creo que la alegre mucho.

-Todas sus compañeras tienen algún tipo; ésta parece dejada como seña. Sáquela, ¿qué le cuesta? -dijo con repentina vehemencia; su voz se dulcificó y se volvió suplicante-: ¡Una sola vez!

-Si usted lo desea tanto. ..-dijo Enrique.

La rubia lo siguió hasta la pista sin entusiasmo; era trivialmente tonta y no comprendía por qué Nadine se interesaba por ella; a decir verdad, los caprichos de Nadine empezaban a fastidiarle. Cuando él volvió a la mesa ella había llenado las dos copas de champaña y las contemplaba con aire meditabundo.

-¡Cómo es de bueno! -dijo mirándolo con dulzura; sonrió bruscamente-: ¿Usted es divertido cuando está borracho?

-Cuando estoy borracho me creo divertido.

-¿Y los demás qué piensan?

-Cuando estoy borracho no me ocupo de lo que piensan. .

Ella señaló la botella: -Emborráchese

-Con champaña no llegaré muy lejos.

-¿Cuántas copas puede tomar sin estar borracho?

-Montones.

-¿Más de tres?

-Por supuesto.

Ella lo miró con aire incrédulo.

-Me gustaría verlo. ¿Si se tomara estas dos copas de un trago no le harían nada?

-Absolutamente nada

-Tómelas.

-¿Para qué?

-La gente siempre se jacta; hay que ponerlos entre la espada y la pared.

-¿Después de eso me va a pedir que camine de cabeza? -preguntó Enrique.

-Después de esto podrá irse a dormir. Vamos, beba un trago tras otro.

Él sorbió una de las copas y sintió un choque en el estómago; ella le puso la otra copa en la mano:

-Hemos dicho trago tras trago.

Bebió la otra copa.

Se despertó acostado en una cama, desnudo, al lado de una mujer desnuda que le sacudía la cabeza; él murmuró:

-¿Quién está ahí?

-Soy Nadine, despiértate; es tarde.

Él abrió los ojos; la luz estaba encendida, era un cuarto desconocido, un cuarto de hotel; sí, recordaba la recepción, la escalera; antes había tomado champaña, le dolía la cabeza.

-¿Qué pasó? No comprendo.

-Tu champaña estaba cortado con coñac al setenta por ciento -dijo Nadine en una carcajada.

-¿Le pusiste coñac al champagne?

-¡Un poco! Es un truco que suelo emplear con los americanos cuando necesito que estén borrachos -sonrió-. Era la única manera de tenerte.

-Y me tuviste.

-Si puede llamarse así.

Él se tocó la cabeza:

-No recuerdo nada.

-Oh, no hay mucho que recordar.

Ella saltó de la cama, sacó un peine de su cartera y desnuda ante el espejo del ropero empezó a peinarse; ¡qué joven era su cuerpo! ¿Había oprimido verdaderamente contra sí ese busto delgado de hombros redondos, pechos livianos? Ella sorprendió su mirada:

-No me mires así -tomó su combinación y se la puso rápidamente:

-¡Eres muy bonita!

-No digas tonterías -dijo ella con voz huraña.

-¿Por qué te vistes? Ven.

Ella meneó la cabeza y él dijo con un poco de inquietud:

-¿Tienes algo que reprocharme? Bien sabes que estaba borracho.

Ella volvió hacia la cama y lo besó en la mejilla:

-Has estado encantador; pero no me gusta repetir -y agregó al alejarse- no el mismo día.

Era verdaderamente humillante no acordarse de nada; ella se ponía los zoquetes; él se sentía incómodo, desnudo bajo esas sábanas.

-Voy a levantarme: vuélvete.

-¿Quieres que me vuelva?

-Por favor.

Ella se plantó en un rincón, la nariz contra la pared, las manos detrás de la espalda como una colegiala en penitencia; enseguida preguntó con voz burlona:

-¿No basta así?

-Si, basta -dijo él, abrochándose el cinturón.

Ella lo examinó con aire crítico:

-¡Cómo eres de complicado!

-¿Yo?

-¡Pues ya armas líos para meterte en la cama y para salir de ella!

-¡Qué dolor de cabeza me has endilgado!

Enrique lamentaba que ella no hubiera querido volver a acostarse. Tenía un bonito cuerpo y era una chica extraña.

Cuando estuvieron instalados ante sus falsos cafés, en el Biard que amanecía junto a la estación Montparnasse, él preguntó alegremente:

-En realidad, ¿por qué se te había antojado acostarte conmigo?

-Para conocerte.

-¿Siempre te las arreglas así para conocer a la gente?

-Cuando uno se acuesta con alguien se rompe el hielo; después se está mejor juntos que antes, ¿no?

-El hielo se ha roto -dijo Enrique riendo-. Pero ¿por qué tenías tanto empeño en conocerme a fondo?

-Quería que me encontraras agradable.

--Te encuentro muy agradable.

Ella la miró con un aire a la vez malicioso y confundido:

-Quiero que me encuentres la bastante agradable como para llevarme a Portugal.

-¡Ah, era eso! -Colocó su mano sobre el brazo de Nadine.- Te he dicho que es imposible.

-¿Por Paula? Pero puesto que ella no va contigo, puedo ir yo.

-Pero no, no puedes: se desesperaría.

-No se lo digas.

-Sería una mentira demasiado grande -sonrió-:. Además, lo sabría.

-Entonces, por evitarle una pena me privas de algo que deseo tanto. . .

-¿Tienes verdaderamente tantas ganas?

-Un país donde hay y sol y comida vendería mi alma por ir.

-¿Tuviste hambre durante la guerra?

-¡Si la tuve! Y eso que mamá era formidable; se mandaba ochenta kilómetros en bicicleta para traernos un kilo de hongos o un pedazo de carroña; pero no bastaba. El primer americano que me dió su caja de ración, me dejó loca.

-¿Por eso te gustaban tanto los americanos?

-Sí; y al principio me divertían -se encogió de hombros-: Ahora están demasiado organizados, ya no es divertido. París está de nuevo siniestro. -Miró a Enrique con aire suplicante:- Llévame.

A él le hubiera gustado darle ese placer; darle a alguien una verdadera dicha, ¡es tan reconfortante! Pero ¿cómo hacerle tragar eso a Paula?

-Ya has tenido otros líos -dijo Nadine- y Paula no se murió.

-¿Quién te ha contado eso?

Nadine rió con aire entendido:

-Una mujer que habla de sus amores con una amiga, habla en voz alta.

Sí, Enrique le había confesado a Paula algunas infidelidades que ella había disculpado con soberbia; la dificultad de hoy consistía en que una explicación lo llevaría fatalmente o a hundirse en una mentira, en la que no quería volver a caer, o a reivindicar cruelmente su libertad; y para eso le faltaba coraje.

Murmuró:

-Un viaje de un mes es otra cuestión.

-¡Pero nos separaremos a la vuelta! ¡No quiero robarte a Paula! -Nadine rió con insolencia.- Quiero pasear, eso es todo.

Enrique vaciló. Pasear por calles desconocidas, sentarse en las terrazas de los cafés, con una mujer risueña: a la noche en el cuarto de hotel encontrar su joven cuerpo tibio; sí, era tentador. Y puesto que estaba resuelto a terminar con Paula, ¿qué ganaba esperando? El tiempo no arreglaba nada, al contrario.

-Escucha -dijo-, no puedo prometerte nada. Entiende bien que no se trata de una promesa, pero voy a tratar de hablar con Paula y si me parece posible llevarte. .. Y bueno, de acuerdo.

II

Descorazonada miré el cuadrito. Dos meses antes le había dicho al chico: "Dibuja una casa", y él había dibujado una villa con su tejado, su chimenea, su humo; ni una ventana; ni una puerta y alrededor una alta reja negra de barrotes puntiagudos. "Ahora dibuja una familia". y había dibujado un hombre que tenía a un niño de la mano. Hoy había dibujado nuevamente una casa sin puerta rodeada de barrotes negros y acerados: no adelantábamos. ¿Era un caso particularmente difícil o era que yo no sabía tratarlo? coloqué el dibujo en una carpeta. ¿No sabia o no quena? Quizá la resistencia del chico traducía la que yo sentía en mí: ese desconocido que había muerto dos años antes en Dachau me horrorizaba expulsarlo del corazón de su hijo. "Entonces debería abandonar esta cura", me dije. Permanecí de pie junto a mi mesa de trabajo. Tenía dos horas ante mí, podía ordenar mis notas pero no me resolvía. Por supuesto, siempre me he hecho un montón de preguntas; a menudo curar es mutilar; en una sociedad injusta el equilibrio individual ¿vale acaso algo? Pero me apasionaba tener que inventar para cada caso una respuesta. Mi meta no era procurar a mis enfermos un confort interior mentiroso; si trataba de liberarlos de sus quimeras íntimas era, para hacerlos capaces de afrontar los verdaderos problemas que se plantean en el mundo; y cada vez que lo lograba consideraba haber hecho un trabajo útil; la tarea es tan vasta, reclama la cooperación de todos: es lo que yo pensaba ayer. Pero eso suponía que para cada hombre sensato hay un papel en la historia que lleva a la humanidad hacia la dicha. Ya no creo en esa hermosa armonía. El porvenir se nos escapa, se hará sin nosotros. Entonces, si nos limitamos al presente, ¿qué ventaja hay en que Fernandito se convierta en un chico risueño y aturdido como los demás chicos? “Estoy pasando un mal momento -me dije- y si esto dura, sólo me queda cerrar el consultorio.” Me dirigí al cuarto de baño, traje una palangana y un montón de diarios viejos, me arrodillé ante la chimenea donde ardían sin fuerza bolas de papel; humedecí las hojas impresas, empecé a apretarlas. Sentía menos

Librodot

repugnancia que antes por esta clase de trabajos; con la ayuda de Nadine, y a veces una manita de la portera, conseguía manejar la casa. Al menos, mientras trituraba esos diarios viejos estaba segura de hacer algo útil. El fastidio es que sólo ocupaba mis manos. Conseguí dejar de pensar en Fernandito y en mi oficio, pero no gané gran cosa; el disco volvió a girar en mi cabeza: "En Stavelot ya no hay cajones para enterrar a todos los chicos asesinados por la S.S." Nosotros nos habíamos salvado, pero en otras partes eso había ocurrido. Apresuradamente las banderas habían sido escondidas, las armas sumergidas, los hombres habían huido hacia los campos, las mujeres habían atrancado las puertas, y en las calles abandonadas a la lluvia se habían oído voces roncas; esta vez no llegaban como conquistadores magnánimos, volvían con el odio y la muerte en el corazón. Se habían ido luego; pero de la aldea feliz sólo quedaba una tierra calcinada y montones de pequeños cadáveres.

Me recorrió un largo escalofrío; Nadine había abierto bruscamente la puerta:

-¿Por qué no me pediste que te ayudara?

-Creía que te estabas vistiendo.

-Hace tiempo que estoy lista. -Se arrodilló a mi lado y tomó un diario.- ¿Tienes miedo que no sepa hacerlo? Sin embargo, está a mi alcance.

El hecho es que lo hacía mal: mojaba demasiado el papel, no lo comprimía bastante; a pesar de todo debí haberla llamado. La observé.

-Déjame que te arregle un poco -dije.

-¿Para quién? ¿Para Lambert?

Fui a buscar a mi armario un pañuelo de seda y un broche antiguo y le tendí los zapatos con suela de cuero que me había regalado una clienta que se creía curada. Vaciló:

-Pero si sales esta noche, ¿qué te vas a poner?

-Nadie mirará mis pies -dije riendo.

Tomó los zapatos y gruñó:

-Gracias.

Tuve ganas de contestarle: "¡No hay de qué!" Mis cuidados, mis liberalidades la ponían incómoda porque no lograba sentir gratitud y se lo reprochaba; yo la sentía vacilar entre la gratitud y la desconfianza, mientras amasaba torpemente las bolas. Tenía razón de desconfiar; mi abnegación, mi generosidad, era la más injusta de mis astucias: le creaba una culpabilidad cuando en realidad sólo quería eludir mis remordimientos. Remordimientos porque Diego había muerto, porque Nadine no tenía un vestido de fiesta, porque reía mal y porque la tristeza la afeaba. Remordimientos porque no sabía hacerme obedecer y porque no la quería bastante. Hubiera sido más honesto no aturdirla con mis dones. Quizá también habría logrado aliviarla si la hubiera tomado entre mis brazos diciéndole: "Perdóname hijita mía, si no puedo quererte más." Quizá tenerla abrazada me hubiera defendido contra esos pequeños cadáveres que no había posibilidad de enterrar.

Alzó la cabeza:

-¿Has vuelto a hablarle a papá de ese secretariado?

-Desde anteayer, no. -Agregué en seguida:- La revista no sale hasta abril, tenemos tiempo.

-Pero necesito saber a qué atenerme -dijo Nadine; echó una bola en el fuego-. No comprendo verdaderamente por qué no quiere.

-Ya te lo ha dicho: le parece que vas a perder el tiempo.

Un oficio, responsabilidades de persona mayor: yo pensaba que sería bueno para Nadine, pero Roberto era más ambicioso.

-¿Y la química no es tiempo perdido? -dijo encogiéndose de hombros.

-Nadie te obliga a estudiar química.

Era para ofendernos que Nadine había elegido estudiar química; la castigada era ella.

-Lo que me pudre no es estudiar química sino ser estudiante -dijo-. Papá no se da cuenta: soy mucho más vieja de lo que tú eras a mi edad; quiero hacer algo positivo.

Librodot

-Sabes muy bien que estoy de acuerdo -dije-. Puedes estar tranquila; si tu padre ve que no cambias de opinión terminará por acceder.

-Accederá, pero ya veo con qué tono -dijo Nadine con aire resentido.

-Lo convenceremos -dije-. ¿Sabes lo que yo haría si estuviera en tu pellejo?: aprendería en seguida a escribir a máquina.

-En seguida, no puedo -dijo. Vaciló, luego me miró desafiándome-: Enrique me lleva con él a Portugal.

Me tomó sin perros.

-¿Decidieron eso anoche? -pregunté con una voz que ocultaba mal mi disgusto.

-Hace tiempo que yo lo había decidido -dijo Nadine; agregó en tono agresivo-. Naturalmente, ¿me desapruebas? ¿Me desapruebas por Paula?

Amasé una bola húmeda entre mis manos:

-Pienso que vas a hacerla sufrir.

-¡Qué puede importarme!

-En efecto.

No agregué nada; sabía que mi silencio la irritaba, pero me crispa verla rechazar en tono cortante las explicaciones que busca; quiere que le fuerce la mano y a mí me repugna entrar en su juego. Sin embargo, hice un esfuerzo:

-Enrique no te quiere -dije-. No está en humor de querer.

-En cambio Lambert es lo bastante estúpido como para casarse conmigo -dijo con hostilidad.

-Nunca te empujé a casarte -dije-. El hecho es que Lambert te quiere.

Me interrumpió:

-Para empezar, no me quiere; ni siquiera me ha pedido jamás que me acueste con él; la otra noche en el réveillon, le hice insinuaciones y me mandó al diablo.

-Espera otra cosa de ti.

-Si no le gusto es cuestión suya; además comprendo que un hombre se vuelva difícil después de haber tenido una mujer como Rosa; créeme que se me importa un rábano. Pero no vengas a contarme que está loco por mí.

La voz de Nadine subía. Me encogí de hombros.

-Puedes hacer lo que quieras -le dije-. Te dejo libre, ¿qué más quieres?

Tosió como hacía siempre cuando estaba intimidada.

-Entre Enrique y yo sólo se trata de una aventura. A la vuelta nos separaremos.

-Francamente, Nadine, ¿lo crees de veras?

-Sí, lo creo -dijo sin demasiada convicción.

-Cuando hayas pasado un mes con Enrique estarás atada a él.

-¡Qué esperanza! -De nuevo el desafío se encendió en sus ojos.- Si quieres saberlo, me acosté con él ayer y no me impresionó nada.

Aparté los ojos; no tenía interés en saberlo. Dije, sin confesar mi incomodidad:

-No es una razón; estoy segura que a la vuelta querrás conservarlo y él no querrá.

-Ya veremos -dijo ella.

-¡Ah, lo admites! Esperas guardarlo. Te equivocas, todo cuanto desea actualmente es su libertad.

-Hay un partido que jugar: me divierte.

-Calcular, maniobrar, acechar, esperar, te divierte, ¡y ni siquiera lo quieres!

-Quizá no lo quiera -dijo-, pero quiero tenerlo.

Arrojó en el hogar un puñado de bolas.

-Con él viviré, ¿comprendes?

-No tiene necesidad de nadie para vivir -dije, rabiosa.

Nadine miró a su alrededor:

-¡A esto le llamas vivir! Francamente, pobre mamá, ¿crees que has vivido? ¡Conversar con papá la mitad del día y la otra mitad cuidar a unos chiflados, vaya existencia!

Librodot

Se incorporó y sacudió el polvo de sus rodillas; su voz se exasperaba:

-Suelo hacer tonterías, no digo que no; pero preferiría terminar en un prostíbulo antes que pasearme por la vida con guantes de cabritilla: nunca te sacas los guantes. Te lo pasas dando consejos. ¿y qué sabes de los hombres? Estoy segura de que nunca te miras en el espejo y que nunca tienes pesadillas.

Su práctica consistía en atacarme cada vez que ella había obrado mal o sencillamente cuando dudaba de sí misma; no contesté nada y se dirigió hacia la puerta; en el umbral se detuvo y preguntó con una voz más tranquila:

-¿Vas a tomar una taza de té con nosotros. ..?

-En cuanto me llames.

Me levanté, encendí un cigarrillo. ¿Qué podía hacer? Ya no me atrevía a hacer nada. Cuando Nadine empezó la persecución y la huida de Diego de cama en cama, traté de intervenir; pero había descubierto demasiado brutalmente la desdicha, estaba todavía demasiado desesperada en su rebeldía y su desequilibrio para poder influir en ella. En cuanto intenté hablarle se tapó los oídos, gritó, huyó: no regresó a casa hasta el alba. A mi pedido, Roberto trató de hacerla razonar; aquella noche no fué a juntarse con su capitán americano, permaneció encerrada en su cuarto; pero al día siguiente desapareció dejando una nota: “Me voy.” Durante toda una noche, todo un día y una noche más Roberto la buscó; yo esperaba en casa. ¡Horrible espera! Hacia las dos de la mañana un barman de Montparnasse telefoneó. Encontré a Nadine tirada en una banqueta del bar, totalmente ebria y con un ojo en compota. "Déjala libre. No hay que contrariarla", me dijo Roberto. No tuve otro remedio. De haber empezado a luchar, Nadine hubiera empezado a aborrecerme y me habría contrariado a propósito. Pero sabe que he cedido a pesar de mí y que no la apruebo: me guarda rencor . Quizá no esté equivocada; si yo la hubiera querido más, nuestras relaciones habrían sido diferentes; quizá también hubiese sabido impedir que llevara una vida que condeno. Permanecí mucho rato de pie mirando las llamas y repitiéndome: "No la quiero bastante."

Yo no la deseé; fué Roberto quien quiso tener en seguida un hijo. Nunca le perdoné a Nadine que se cruzara entre nosotros. Yo quería demasiado a Roberto y no me interesaba bastante en mí misma para que me enterneciera reconocer sus rasgos o los míos en esa pequeña intrusa. Observé sin indulgencia sus ojos azules, su pelo, su nariz. La reprendí lo menos posible, pero notó mis reticencias: siempre le resulté sospechosa., Ninguna chica se encarnizó tanto en triunfar sobre su rival en el corazón de su padre, y nunca se resignó a pertenecer a la misma raza que yo; pero cuando le expliqué que pronto iba a ser mujer y lo que eso significaba me escuchó con una atención desaforada y luego estrelló contra el piso su florero predilecto. Después de su primera menstruación su ira fué tan grande que pasó dieciocho meses sin sangrar. Diego había creado entre nosotros un clima nuevo: ella poseía por fin un tesoro que le pertenecía totalmente, se había sentido mi igual y una amistad había nacido entre nosotras. Pero después todo fué peor; ahora todo es peor.

-Mamá.

Nadine me llamaba. Mientras iba por el corredor calculé: si me quedo demasiado tiempo dirá que acaparo a sus amigos; si me voy demasiado pronto pensará que los desprecio. Abrí la puerta; ahí estaban Lambert, Sézenac, Vicente, Lachaume; ninguna mujer. Nadine no tenía ninguna amiga. Tomaban nescafé alrededor de una estufa eléctrica; me tendió un pocillo de agua negra y áspera.

-Mataron a Chancel -dijo bruscamente.

Yo no conocía mucho a Chancel; pero diez días, antes lo había visto reír con los otros alrededor del árbol de Navidad; quizá Roberto tenía razón: no hay tanta distancia entre los vivos y los muertos; sin embargo, esos futuros muertos que tomaban su café en silencio parecían avergonzados como yo de estar vivos. Los ojos de Sézenac estaban todavía más vacíos que de costumbre, parecía un Rimbaud sin cerebro. Pregunté:

-¿Cómo ocurrió?

-No se sabe nada -dijo Sézenac-. Su hermano recibió unas líneas diciendo que había muerto en el campo de honor.

-¿No lo habrá hecho a propósito?

Sézenac se encogió de hombros:

-Quizá.

-A lo mejor no le pidieron su opinión -dijo Vicente-. Nuestros generales no economizan el material humano, son grandes señores.

-En medio de su rostro pálido, sus ojos inyectados de sangre parecían dos llagas; y su boca parecía una cicatriz; uno tardaba en darse cuenta que tenía rasgos regulares y finos. La cara de Lachaume era, por el contrario, a la vez plácida y atormentada como un peñasco.

-Cuestión de prestigio -dijo-. Si todavía queremos jugar a la gran potencia, necesitamos un número correcto de muertos.

-Y además, ¿qué te parece?, desarmar a los F. F. I. no estaba mal, pero sería mejor para esos señores si se los pudiera liquidar sin ruido -dijo Vicente: su cicatriz se abrió en una especie de sonrisa.

-¿Qué insinúas? -preguntó Lambert con voz severa, mirando a Vicente en los ojos-. ¿De Gaulle le dió la orden a Delattre de librarse de todos los comunistas? Si es eso lo que quieres decir, dilo: ten por lo menos el valor.

-La orden no es necesaria -dijo Vicente-. Se comprenden con medias palabras.

Lambert se encogió de hombros:

~ Tú mismo no lo crees.

-Tal vez sea verdad -dijo Nadine con voz agresiva.

-Por supuesto que no es verdad.

-¿Quién te lo prueba?

-¡Ah, pescaste la técnica! -dijo Lambert-. Inventan un hecho y después nos piden que probemos que es falso. Evidentemente no puedo demostrarte que Chancel no ha sido matado de un tiro por la espalda.

Lachaume sonrió:

-Vicente no ha dicho eso.

Siempre era así; Sézenac callaba; Vicente y Lambert discutían y en el momento oportuno Lachaume intervenía; generalmente le reprochaba a Vicente su izquierdismo y a Lambert sus prejuicios burgueses. Nadine se incorporaba a uno o a otro, según sus humores. Evité mezclarme en su disputa; fué más vehemente que de costumbre, sin duda porque la muerte de Chancel los había conmovido. De todas maneras Vicente y Lambert no estaban hechos para entenderse. Lambert olía a niño bien; con su campera y su fino rostro malsano, Vicente parecía más bien un canallita; había algo poco tranquilizador en sus ojos, pero, sin embargo, yo no conseguía creer que había matado verdaderos hombres con un verdadero revólver. Cada vez que lo veía pensaba en eso, pero sin llegar a creerlo. Por otra parte, quizá Lachaume también había matado, pero no lo había comentado con nadie y eso no le molestaba.

Lambert se volvió hacia mí.

-Ya no se puede hablar ni con los compañeros -dijo-. ¡Ah!, no está divertido París en este momento. Me pregunto si Chancel no tuvo razón, no digo de hacerse liquidar, sino de ir a pelear.

Nadine lo miró con aire enojado.

-Nunca estás en París -dijo.

-Estoy lo bastante para encontrar que está siniestro. Y cuando paseo por el frente no me siento orgulloso.

-Sin embargo, hiciste todo lo posible por ser corresponsal de guerra -dijo ella con voz agria.

-Prefería eso a quedarme aquí, pero es una medida a medias.

-Ah, si te revienta estar en París nadie te retiene -dijo Nadine, cuyo rostro estaba francamente indignado-. Parece que a Delattre le gustan los muchachos buenos mozos. Ve a jugar al héroe, vete.

-No es un juego peor que otros -gruñó Lambert, clavándole una mirada llena de sobreentendidos.

Nadine lo miró durante un rato.

-No quedarías mal como herido grave, vendado de arriba abajo. -Emitió una risita.- Pero no cuentes conmigo para ir al hospital a visitarte. Dentro de quince días estaré en Portugal.

-¿En Portugal?

-Perron me lleva como secretaria -dijo en tono desdeñoso.

-Pues ya tiene suerte -dijo Lambert-, te tendrá para él solo durante un mes entero.

-No todos son tan difíciles como tú -dijo Nadine.

-Sí, actualmente los hombres son fáciles -dijo Lambert entre dientes-, fáciles como mujeres.

-¡Cómo eres de grosero! -dijo Nadine.

Yo me preguntaba con fastidio cómo cada cual caía en las pueriles maniobras de los otros. Sin embargo, estaba convencida de que hubieran podido ayudarse a revivir; juntos habrían logrado vencer esos recuerdos que los unían y los separaban. Pero quizá se desgarraban justamente por eso: cada uno aborrecía en el otro su propia infidelidad. En todo caso intervenir hubiera sido la peor torpeza. Los dejé pelear y salí de la habitación. Sézenac me siguió hasta el vestíbulo.

-¿Puedo decirle dos palabras?

-Diga.

-Se trata de un servicio -dijo-, de un servicio que quiero pedirle.

Recordé qué aspecto imponente tenia el 25 de agosto con su barba, su fusil, su pañuelo rojo: un verdadero soldado del 48. Ahora sus ojos azules estaban muertos, su cara hinchada; y al darle la mano yo había notado que las suyas estaban húmedas.

-Duermo mal -dijo-. Tengo. ..Tengo dolores. Una vez un amigo me dió un supositorio de eubina y me alivió mucho. Pero los farmacéuticos exigen una receta. ..

Me miró con aire suplicante.

-¿Qué clase de dolores?

-En todas partes. En la cabeza. Sobre todo pesadillas. ..

-Las pesadillas no se curan con eubina.

Su frente se humedeció como sus manos.

-Voy a decirle todo. Tengo una amiga, una amiga a quien quiero mucho; quisiera casarme con ella; pero. ..no puedo hacer nada con ella si no tomo eubina.

-La eubina es a base de opio -dije-. ¿Suele tomar a menudo?

Tomó un aire escandalizado:

-¡No! Muy de tanto en tanto, cuando paso la noche con Lucía.

-Tanto mejor, porque uno se intoxica fácilmente con esas cosas. -Me miraba con aire suplicante. Tenía la frente cubierta de gotas de sudor.- Venga a verme mañana por la mañana -dije-; veré si puedo darle esa receta.

Volví a mi cuarto; Sin duda ya estaba más o menos intoxicado. ¿Cuándo había empezado a drogarse? ¿Por qué? Suspiré. Otro que extendería sobre el diván para tratar de vaciarlo. A ratos me excedían todos esos yacentes; afuera, erguidos sobre sus piernas, representaban bien o mal su papel de adultos; aquí volvían a ser niños de pecho con la cola sucia y yo tenía que lavarlos de sus infancias. Sin embargo, yo hablaba con una voz impersonal que era la voz de la razón y de la salud. Su verdadera vida estaba en otro lado: la mía también; no era raro que yo estuviera cansada de ellos y de mí.

Yo estaba cansada. "Guantes de cabritilla", decía Nadine. "Distante, intimidante', había dicho Scriassine. ¿Así me veían? ¿Sería yo así? Recordaba mis rabietas de infancia y mi corazón palpitante de adolescente, y las fiebres de aquel mes de agosto, pero todo eso ya estaba lejos. El hecho es que nada más se agitaba dentro de mí. Me pasé el peine, me retoqué los labios. No se puede perseverar

eternamente en el miedo, uno se cansa; y además Roberto empezaba un libro, estaba de un humor excelente; yo ya no me despertaba de noche bañada en sudores de angustia; pero seguía deprimida. No veía ninguna razón para estar triste, no; lo que pasa es que me hace desdichada no sentirme dichosa; sin duda me han mimado demasiado. Tomé mi cartera, mis guantes y golpeé a la puerta de Roberto. No tenía ninguna gana de salir.

-¿No tienes demasiado frío? ¿No quieres que te encienda un fueguito de papel?

Empujó su sillón hacia atrás, me sonrió:

-Estoy muy bien.

Por supuesto. Roberto siempre se encontraba bien. Se había alimentado alegremente durante dos años de repollo con nabos; nunca tenía frío; era de creer que él mismo producía su calor como los yoguis; cuando yo regresara a medianoche todavía estaría escribiendo envuelto en su manta escocesa, y se asombraría: " ¿Pero qué hora es?" Hasta ahora me había hablado confusamente de su nuevo libro, pero tenía la impresión de que estaba contento; me senté.

-Nadine acaba de anunciarme una noticia muy extraña -dijo-. Se va con Perron a Portugal -alzó vivamente los ojos hacia mí-: ¿Te contraría?

-Sí; Perron no es del tipo de hombre que se toma y se deja: va a enamorarse demasiado de él.

Roberto puso su mano sobre la mía:

-No te preocupes por Nadine; para empezar me asombraría que se enamorara de Perron; y en todo caso no tardará en consolarse.

-No puede pasarse la vida consolándose -dije.

Roberto se echó a reír:

-No hay nada que hacer... siempre te chocará que tu hija se acueste con todo el mundo como un muchacho. Yo hacía lo mismo a su edad.

Nunca Roberto había querido aceptar que Nadine no era un muchacho; le dije:

-No es lo mismo; Nadine se aferra a hombre tras hombre porque cuando está sola no se siente vivir; eso es lo que me inquieta.

-Escúchame; hay que comprender que tenga miedo de estar sola; la historia de niego está todavía muy fresca.

Sacudí la cabeza:

-No es sólo a causa de Diego.

-Ya sé, pretendes que tenemos parte de culpa -dijo él en tono escéptico. Se encogió de hombros-. Cambiará, tiene tiempo de cambiar.

-Así lo espero. -Miré a Roberto con insistencia.- ¿Sabes que sería muy importante para ella tener una ocupación en la que pudiera interesarse de veras? Consíguele ese puesto de secretaria; acaba de volver a hablarme de eso; lo desea enormemente.

-Sin embargo, no tiene nada de apasionante -dijo Roberto-. Escribir sobres a máquina y llevar ficheros a lo largo del día: con su inteligencia es un crimen.

-Se sentirá útil, la alentará.

-¡Puede hacer tantas cosas mejores! Que siga estudiando.

-Por el momento necesita hacer algo bien hecho y sería una buena secretaria -agregué-; no hay que pedir demasiado a la gente.

Para mí, las exigencias de Roberto habían sido siempre tonificantes, pero a Nadine habían terminado por descorazonarla. Nunca le daba órdenes: confiaba en ella, esperaba; a ella el juego la excitaba; había leído siendo demasiado joven libros demasiados serios, había participado demasiado precozmente en las conversaciones de los adultos. Y además ese régimen la había cansado, primero se había decepcionado de sí misma y ahora tomaba una especie de revancha dedicándose a decepcionar a Roberto. Él me miró con perplejidad como cada vez que presiente en mis palabras un reproche.

-Si crees verdaderamente que eso le conviene. ..-dijo-. Sabes mejor que yo.

-Lo creo verdaderamente -dije.

-Entonces, sea.

Librodot

Había cedido muy fácilmente: eso probaba que Nadine había conseguido decepcionarlo; cuando ya no puede darse sin reserva a un efecto o a una empresa, Roberto se desinteresa en seguida.

-Evidentemente, un oficio que la independizara de nosotros sería aun mejor -dije. .

-Pero no es lo que ella quiere: quiere jugar a la independencia -dijo Roberto secamente.

Ya no tenía ganas de hablar de Nadine y yo no podía transmitirle entusiasmo por un proyecto que él desaprobaba. Dejé caer el tema. Él dijo en un tono de pronto animado:

-No comprendo que Perron haga ese viaje.

-Tiene ganas de tomarse unas vacaciones -dije-. Yo lo comprendo -agregué con calor-: Me parece que tiene todo el derecho a pasarlo bien un tiempo; bastante ha hecho. ..

-Ha hecho más que yo -dijo Roberto-, pero no se trata de eso -me miró con aire imperioso-. Para que, el S. R. L. arranque necesitamos un diario.

-Ya sé -dije. Agregué vacilante-: Me pregunto. ..

-¿Qué?

-Si Enrique les cederá alguna vez ese diario: para él es tan importante...

-No se trata de cederlo -dijo Roberto.

-Se trata de que se ponga a las órdenes del S. R. L.

-Pero él forma parte y le convendría mucho adoptar un programa definido: un diario sin programa político no se mantiene.

-Cada cual tiene su idea.

-¡A eso le llamas una idea! -dijo Roberto, encogiéndose de hombros.

-"¡Perpetuar el espíritu de la resistencia más allá de las fracciones!" Muy bonito para ese pobre Lucas, ese tipo de macaneo. Ese espíritu de la resistencia me hace pensar en el espíritu de Locarno. Perron no es de los que creen en las mesas de tres patas. Estoy muy tranquila, terminará por ceder; pero entretanto perdemos tiempo.

Temía que Roberto se preparara una mala sorpresa; cuando se empeña en un proyecto cree que las personas son simples instrumentos. Enrique se había entregado en cuerpo y alma a ese diario, era su gran aventura, no se dejaría dictar programas.

-¿Por qué no le has hablado todavía? -pregunté.

-Sólo piensa en irse a pasear.

Roberto parecía tan descontento que le sugerí:

-Trata de convencerlo de que se quede.

Por Nadine me hubiera convenido que Enrique renunciara a ese viaje; pero por él lo hubiera lamentado: ¡le alegraba tanto!

-Lo conoces -dijo Roberto-, cuando se empeña en algo, se empeña. Es mejor esperar su vuelta. -Envolvió la manta alrededor de sus rodillas.- No es por echarte, pero en general odias ser impuntual -dijo alegremente.

Me puse de pie: -Tienes razón, debo irme. ¿Estás seguro de que no quieres venir?

-¡Ah, no! No tengo ninguna gana de hablar de política con Scriassine; a ti a lo mejor te ahorrará el tema.

-Así lo espero -dije.

En los períodos en que Roberto se enclaustraba yo solía salir sin él; pero esta noche, cuando me hundí en el frío, en la oscuridad, lamenté haber aceptado la invitación de Scriassine. Comprendía muy bien mi reacción: estaba cansada de ver siempre las mismas caras; a los amigos los conocía demasiado; durante cuatro años habíamos vivido codo con codo, eso confortaba; ahora nuestra intimidad se había enfriado, olía a encierro, sin ningún beneficio; yo había cedido a la atracción de la novedad. ¿Pero de qué íbamos a hablar? Yo tampoco tenía ganas de hablar de política. Me detuve en el vestíbulo del Ritz y me miré en un espejo; para ser elegante

Librodot

a pesar de los bonos de textil hubiera habido que dedicarse sólo a eso; yo había preferido abandonarme completamente: con mi saco avejentado y mis zapatos con suela de madera, mi aspecto no era muy atrayente. Mis amigos me tomaban tal como era; pero Scriassine acababa de llegar de los Estados Unidos, donde las mujeres se visten tan bien, y sin duda notaría mis zuecos. . “No debía abandonarme tanto”, pensé.

Por supuesto, la sonrisa de Scriassine no lo traicionó. Me besó la mano, cosa que detesto; una mano es algo más desnudo que un rostro, me molesta que la miren tan de cerca.

-¿Qué quiere tomar? -preguntó-. ¿Un Martini?

-Bueno, un Martini.

El bar estaba lleno de oficiales americanos y de mujeres bien vestidas; el calor, el olor a cigarrillos, el gusto cortante del gin se me subieron en seguida a la cabeza y me alegró estar allí. Scriassine había pasado cuatro años en los Estados Unidos, el gran país liberador, el país donde las fuentes escupen chorros de jugos de fruta y de cremas heladas; lo interrogué ávidamente. Él contestaba con gusto mientras yo tomaba un segundo Martini. Fuimos a comer a un pequeño restaurante, donde me llené sin escrúpulos de carne roja y de bombas de crema.. A su vez Scriassine me hacía hablar; era difícil responder a sus preguntas demasiado precisas. Si yo trataba de recobrar el gusto cotidiano de mis días -el olor de la sopa de repollo en la casa atrancada por el oscurecimiento, ese silencio en mi corazón cuando Roberto tardaba en volver de una reunión clandestina- me interrumpía con autoridad; escuchaba muy bien, se sentía que las palabras hacían un largo camino dentro de él; pero había que hablar para él, no para uno: pedía informes prácticos: ¿cómo nos las arreglábamos para fabricar documentos de identidad falsos, para imprimir L’Espoir, para distribuirlo? y también reclamaba vastos frescos: ¿en qué clima moral vivíamos? Yo me aplicaba por satisfacerlo, pero lo conseguía mal; todo había sido peor o más soportable de lo que él imaginaba; las verdaderas desdichas no me habían ocurrido a mí y, sin embargo, habían envenenado mi vida: ¿cómo hablar de la muerte de Diego? Las palabras eran demasiado patéticas para mi boca, demasiado secas para mi memoria. Por nada del mundo hubiera querido volver a ese pasado; y, sin embargo, cobraba a distancia una sombría dulzura. Yo comprendía que Lambert se aburriera en esa paz que nos devolvía a nuestras vidas sin devolvernos nuestra razón de vivir. Al volver a encontrar en la puerta del restaurante el frío, la oscuridad, yo recordaba con qué orgullo los afrontábamos antes; ahora yo tenía ganas de luz, de calor; tenía ganas yo también de algo más; Scriassine acababa de lanzarse sin provocación en una larga diatriba y yo deseaba que cambiara de tema; le reprochaba furiosamente a De Gaulle su viaje a Moscú.

-Lo grave -me dijo con voz acusadora- es que todo el país parece aprobarlo. Ver a Perron ya Dubreuilh, hombres honestos, caminar de la mano con los comunistas es un desgarramiento sin nombre para alguien que sabe.

-Roberto no anda de la mano con los comunistas -dije para aplacarlo-. Trata de crear un movimiento independiente.

-Ya me habló de eso; especificó muy bien que no piensa trabajar contra los stalinistas. ¡Al lado de ellos, pero no contra ellos! -dijo Scriassine abrumado.

-Me imagino que no pretenderá que haga anticomunismo en este momento -dije.

Scriassine me miró severamente:

-¿Ha leído mi libro El Paraíso Rojo?

-Por supuesto.

-Entonces tiene una noción de lo que nos ocurrirá cuando le hayamos regalado Europa a Stalin.

-No se trata de eso -dije.

-Es exactamente de lo que se trata.

-¡Pero no! Hay que ganar la partida contra la reacción, y si la izquierda empieza a dividirse está perdida.

Librodot

-¡La izquierda! -dijo Scriassine con voz irónica; hizo un gesto cortante-. Ah, no hablemos de política; me horroriza hablar de política con las mujeres.

-No soy yo quien empezó -dije.

-Es justo -dijo con una gravedad inesperada-; le pido perdón.

Volvimos asentarnos al bar del Ritz y Scriassine pidió dos whiskies. Ese gusto me agradaba porque era un gusto nuevo; y Scriassine tenía el gran mérito de no resultar familiar. Era una noche imprevista y por eso exhalaba un perfume de juventud: antes había noches que no se parecían a las otras; uno encontraba gente desconocida que decía palabras inesperadas; y a veces algo ocurría. Montones de cosas habían ocurrido desde hacía cinco años: a Francia, a París, a otros; a mí no. ¿Es que nunca más me pasaría nada?

-Es extraño estar aquí -dije.

-¿Por qué extraño?

-El calor, el whisky, ese ruido, esos uniformes. ..

Scriassine miró a su alrededor:

-No me gusta este lugar; me consiguieron un cuarto porque soy corresponsal de una revista Francia-América -sonrió-. Felizmente se está poniendo demasiado caro para mí. Tendré que irme.

-¿No puede irse sin estar obligado?

-No; por eso el dinero me parece demasiado corruptor -un brillo de alegría rejuveneció su rostro-. En cuanto lo tengo trato de sacármelo de encima.

-Víctor Scriassine, ¿verdad? -un viejito con ojos muy dulces se había acercado a nuestra mesa.

-¿No me reconoce? He envejecido mucho desde Viena. Manés Goldman; me había prometido a mí mismo si alguna vez lo encontraba ir a agradecerle: gracias por su libro.

-¡Manés Goldman! Por supuesto -dijo Scriassine con calor-. ¿Ahora está viviendo en Francia?

-Desde el 35. He pasado un año en los campos de concentración de Gurs, pero salí justo a tiempo -hablaba con una voz todavía más dulce que su mirada, tan dulce que parecía muerta-. No quiero molestarlo; me alegra haberle dado un apretón de manos al hombre que escribió Viena, la parda.

-Me alegro de haberlo vuelto a ver -dijo Scriassine.

Ya el pequeño austríaco se había alejado a pasos apagados, desapareció por la puerta de vidrios detrás de un oficial americano. Scriassine lo había seguido con la mirada; dijo bruscamente:

-¡Otra derrota!

-¿Una derrota?

-Debí hacerlo sentar, hablarle; sin duda quería algo, y no sé su dirección, ni le di la mía. -Había rabia en la voz de Scriassine.

-Si quiere volver a encontrarlo vendrá aquí.

-No se atreverá; yo debía haber tomado la iniciativa, haberlo interrogado; ¡no era tan difícil! Un año en Gurs y supongo que durante otros cuatro años se ha escondido. Tiene mi edad y parece un anciano. Seguramente esperaba algo, y lo dejé ir!

-No parecía decepcionado. A lo mejor solamente quería darle las gracias.

-Es el pretexto que se daba a sí mismo -Scriassine vació su vaso de un trago- ¡Era tan sencillo decirle que se sentara; cuando uno piensa en todo lo que podía hacer y que no hace! ¡Todas las ocasiones que uno deja escapar! Nos falta la idea, el impulso; en lugar de abrirse uno se cierra; ese es el mayor de los pecados: el pecado por omisión. -Hablaba sin asociarme a sus monólogos en una pasión de remordimientos.- Yo durante esos cuatro años estaba en Estados Unidos al amparo, bien abrigado, bien alimentado.

-No podía quedarse aquí -dije.

-Yo también hubiera podido ocultarme.

-No veo de qué hubiera servido.

Librodot

-Cuando mis compañeros fueron deportados a Siberia yo estaba en Viena; otros fueron asesinados en Viena por los camisas pardas y yo estaba en París; y estaba en Nueva York durante la ocupación de París. La cuestión es saber si sirve de algo seguir vivo.

El acento de Scriassine me conmovía; nosotros también nos avergonzábamos cuando pensábamos en los deportados: no nos reprochábamos nada, pero no habíamos sufrido bastante.

-Uno se siente culpable de las desdichas que no comparte -le dije, y agregué-: Es odioso sentirse culpable.

Bruscamente Scriassine me sonrió con un aire de secreta convivencia:

-Depende.

Durante un instante escruté ese rostro astuto y atormentado:

-Usted quiere decir que hay ciertos remordimientos que nos protegen contra otros.

Me miró a su vez:

-Verdaderamente, usted no es tonta. En general, no me gustan las mujeres inteligentes: quizá porque no son bastante inteligentes; entonces quieren dar pruebas, hablan todo el tiempo y no comprenden nada. Lo que me impresionó la primera vez que la vi fué su manera de callar.

Me eché a reír:

-No tenía otro remedio.

-Hablábamos todos demasiado, Dubreuilh, Perron, yo mismo; usted escuchaba con aire tranquilo. ..

-¿Sabe? -dije-, escuchar es mi oficio.

-Sí, pero hay que saber hacerlo -meneó la cabeza-. Usted ha de ser una buena psiquiatra; si yo tuviera diez años menos me pondría en sus manos.

-¿Le tienta hacerse analizar?

-Ahora es demasiado tarde; un hombre formado es un hombre que ha aprovechado sus deficiencias y sus taras para construirse; se le puede demoler, pero no curarlo.

-Depende de qué enfermedad.

-Hay una sola que cuenta: ser uno mismo, sólo uno mismo.

Tenía una expresión desarmada de pronto por una sinceridad casi insoportable; la tristeza confiada de su voz me llegó al corazón; dije en un arranque:

-Los hay más enfermos que usted.

-¿Cómo es eso?

-Hay personas que uno se pregunta al verlas cómo pueden soportarse; pienso que amenos de estar reblandecidos deben horrorizarse de sí mismos. No es el efecto que usted me produce.

El rostro de Scriassine continuaba grave.

-¿Nunca se horroriza de usted misma?

-No -sonreí-, pero tengo muy pocas relaciones conmigo misma.

-Por eso descansa tanto estar con usted -dijo Scriassine-, en seguida me pareció una persona que descansa: parecía una señorita bien educada que deja conversar a las personas mayores.

-Tengo una hija de dieciocho años -dije.

-Eso no quiere decir nada. Además, no puedo hacer sufrir a las chicas, Pero una mujer que parece una chica, eso es encantador -me examinó minuciosamente:

-Es raro; en el medio en que usted vive todas las mujeres son muy libres: me pregunto si nunca ha engañado a su marido.

-Engañar: ¡qué palabra horrible! Roberto y yo somos libres y no nos ocultamos nada.

-Pero nunca usó esa libertad?

Dije con cierta molestia:

-A veces,

Librodot

Vacié mi vaso de Martini por hacer algo. No había habido muchas oportunidades; en ese terreno yo era muy distinta de Roberto; le parecía normal recoger en un bar a una mujerzuela bonita y pasar una hora con ella. Yo nunca hubiera aceptado por amantes hombres que no pudieran ser mis amigos y mi amistad era exigente, Durante esos cinco años yo había vivido casta sin lamentarlo y pensaba que siempre seguiría siéndolo; era natural que mi vida de mujer hubiera terminado: había tantas otras cosas que se habían acabado para siempre...

Scriassine me miraba en silencio:

-En todo caso, apostaría que no ha habido muchos hombres en su vida:

-Es exacto -dije.

-¿Por qué?

-No se dió,

-Si las cosas no se dieron es porque no las buscó.

-Para todo el mundo soy la mujer de Dubreuilh o la doctora Ana Dubreuilh: eso inspira sólo respeto,

Rió:

-No me siento muy tentado de respetarla,

Hubo un silencio y dije:

-¿Por qué una mujer libre va a tener que acostarse con todo el mundo?

Me miró seriamente:

-Si un hombre por el que usted sintiera alguna simpatía le propusiera a boca de jarro pasar la noche con él, ¿lo haría?

-Dependería.

-¿De qué?

-De él, de mí, de las circunstancias.

-Supongamos que yo se lo proponga ahora.

-No sé.

Lo veía venir desde hacía un rato y, sin embargo, me tomaba sin perros.

-Se lo propongo: ¿dice sí o no?

-Va demasiado rápido -dije.

-Odio los remilgos: festejar a una mujer es degradante para ella y para uno. Supongo que no le gustan los coqueteos...

-No. Pero me gusta reflexionar antes de tomar una decisión.

-Reflexione.

Pidió otros dos whiskies. No, yo no tenía ganas de acostarme con él ni con ningún otro hombre; mi cuerpo estaba instalado desde hacía demasiado tiempo en un sopor egoísta: ¿qué perversión podría empujarme a turbar su descanso? Además me parecía imposible. A menudo me había sorprendido que Nadine pudiera entregarse tan fácilmente a desconocidos; entre mi carne solitaria y el hombre que bebía solitariamente a mi lado no había el menor lazo; Imaginarme desnuda entre sus brazos desnudos era tan incongruente como suponer que lo hiciera mi anciana madre. Dije:

-Esperemos a ver qué giro toma la noche.

-Es absurdo. ¿Cómo quiere que hablemos de política o de psicología con este problema rondando en nuestra cabeza? Usted ya debe saber lo que va a resolver: dígalo en seguida.

Su impaciencia me confirmaba que después de todo yo no era mi anciana madre; había que creer que aunque fuera por una hora era deseable, puesto que él me deseaba. Nadine sostenía que era exactamente lo mismo ir a la cama que a la mesa: quizá tuviera razón; me acusaba de afrontar la vida con guantes de cabritilla. ¿Sería verdad? "Mi vida ha terminado", solía repetirme razonablemente; pero contra toda razón todavía me quedaban muchos años que matar.

Dije bruscamente:

-Bueno, sí.

-¡Ah, esa es una buena respuesta! -dijo con una voz alentadora de médico o de profesor. Quiso tomarme la mano, pero rechacé esa recompensa.

-Quisiera un café. Temo haber bebido demasiado.

Él sonrió:

-Una americana pediría otro whisky -dijo-. Pero usted tiene razón: sería feo que uno de nosotros dos no estuviera lúcido.

Pidió dos cafés y hubo un silencio incómodo. Yo había dicho sí, en gran parte por simpatía hacia él, a causa de esa intimidad precaria que había sabido crear entre nosotros: y ahora ese sí congelaba mi simpatía. En cuanto hubimos vaciado nuestras tazas dijo:

-Subamos.

El cuarto estaba atrabancado de valijas; había dos camas de bronce, una de ellas cubierta de ropa y de papeles; sobre una mesa redonda, botellas de champaña vacías. Me tomó entre sus brazos, sentí contra mi boca una boca violenta y alegre; sí, era posible, era fácil; algo me ocurría: otra cosa. Cerré los ojos, entré en un sueño tan pesado como la realidad y del cual me despertaría al amanecer con el corazón liviano. Entonces oí su voz: “La niña parece intimidada, no le haremos daño a la niña; la desfloraré sin hacerle daño.” Esas palabras que no se dirigían a mí me despertaron duramente. Yo no había venido aquí a jugar a la virgen violada, ni a ningún otro juego. Me arranqué de su abrazo.

-Espere.

Me refugié en el cuarto de baño, me lavé rápidamente rechazando todos los pensamientos: era demasiado tarde para pensar. Nos encontramos en la cama antes de que ninguna idea hubiera tenido tiempo de abrirse paso en mí y me aferré a él: ahora era mi única esperanza. Sus manos arrancaron mi combinación, acariciaban mi vientre y me fui abandonando a la ola negra del deseo; arrastrada, sacudida, sumergida, levantada, precipitada; por momentos caía a pique en el vacío; iba a ir a parar al olvido, a la noche; ¡qué viaje! Su voz me devolvió a la cama: “-¿Tengo que tomar precauciones? -Sería mejor.- ¿No te hiciste atar?”La pregunta era tan brutal que me estremecía: "No -dije-. Ah, ¿por qué?" Era difícil recobrar el envión. De nuevo me recogí bajo sus manos, junté el silencio en mí, me pegué a su piel y devoré su calor por todos mis poros: mis huesos, mis músculos, se fundían en ese fuego y la paz se enroscaba a mi alrededor en sedosas espirales cuando él dijo imperiosamente: “Abre los ojos.” Alcé los párpados, pero pesaban mucho, volvían a caer por sí solos sobre mis ojos heridos por la luz. “Abre los ojos -decía-. Eres tú, Soy yo” Tenía razón, yo tampoco quería huir de nosotros. Pero primeramente tenía que habituarme a esa presencia insólita: mi carne; su rostro de extraño y bajo su mirada perderme en mí misma, era demasiado a la vez. Yo lo miré puesto que así lo exigía: me detuve a mitad camino de la turbación, en una región sin luz y sin noche donde yo no era ni cuerpo ni carne. El apartó la sábana y pensé al mismo tiempo que el cuarto no estaba bastante abrigado y que yo ya no tenía un vientre juvenil; entregué a su curiosidad un despojo que no tenía ni frío ni calor. Su boca jugueteó con mis senos, luego se arrastró sobre mi vientre y continuó jugueteando. Cerré rápidamente los ojos, me refugié entera en el placer que me arrancaba: un placer lejano, solitario, como una flor cortada; allí la flor mutilada se exaltaba, se deshojaba y él balbucía para sí solo palabras que yo trataba de no oír; pero me aburría. Volvió hacia mí; durante un instante su calor me reanimó; con autoridad me estrechó entre sus brazos; lo acaricié sin entusiasmo y Scriassine dijo en tono de reproche:

-Hay cosas por las cuales no sientes un verdadero amor.

Esta vez me ponía una mala nota. Pensé: " ¿Cómo amar algunas partes si no se ama a todo el hombre? ¿y para este hombre de dónde sacaré ternura?" Había en sus ojos una hostilidad que me descorazonaba; sin embargo, yo no era culpable hacia él, ni siquiera por omisión.

No sentí gran cosa cuando entró en mí; y en seguida volvió a decir palabras sueltas. Mi boca parecía, llena de cemento, no hubiera podido dejar filtrarse un suspiro entre mis mandíbulas. El calló un momento, luego dijo: "Mira." Yo sacudí débilmente la cabeza: lo que ocurría allí me concernía tan poco que hubiera sido

como mirar un acto ajeno. Dijo: "¡Tienes vergüenza! La niña tiene vergüenza." Ese triunfo lo ocupó durante un rato, luego habló de nuevo: "Dime lo que sientes. Dímelo." Yo continuaba muda. Adivinaba una presencia en mí, sin sentirla verdaderamente, como uno se asombra del acero del dentista en una encía dolorida. " ¿Sientes placer? Quiero que sí sientas placer." Su voz se irritaba, exigía rendición de cuentas. " ¿No lo sientes? No importa: la noche es larga." La noche sería demasiado corta, la eternidad demasiado corta: habíamos perdido la partida, yo lo sabía. Me preguntaba cómo poner punto final: una se siente muy desarmada cuando se encuentra de noche, sola, desnuda, en brazos enemigos. Aflojé los dientes, me obligué a pronunciar palabras:

-No te ocupes tanto de mí; déjame. ..

-Sin embargo, no eres fría -dijo con rabia-. Resistes con la cabeza, pero te obligaré.

-No -dije-. No. -Había un odio verdadero en sus ojos y sentí vergüenza de haberme dejado cazar en el espejismo dulzón del bienestar carnal: un hombre no es un baño caliente; ahora lo advertía.

-¡Ah, no quieres! -dijo-. No quieres. ¡Cabeza de mula!

Me golpeó levemente en la barbilla; yo estaba demasiado cansada para evadirme en la ira; me puse a temblar: un puño que se abate, mil puños... "La violencia está en todas partes" pensé; temblé y mis lágrimas empezaron acorrer.

Empezó a besar mis ojos, murmuraba: "Bebo tus lágrimas"; había en su rostro una ternura conquistadora que lo volvía a la infancia y tuve tanta piedad de él como de mí: estábamos los dos igualmente perdidos, igualmente decepcionados. Acaricié su pelo, me obligué al tuteo ritual.

-¿Por qué me odias? -

-Es natural -me dijo-. Es natural.

-Yo no te odio. Me gusta mucho estar entre tus brazos.

-¿Es verdad?

- Es verdad.

En un sentido era verdad; algo ocurría: era un fracaso, triste, ridículo, pero era real. Sonreí.

-Me haces pasar una noche extraña; nunca he pasado una semejante.

-¿Nunca?, Ni siquiera con muchachos jóvenes? ¿No me mientes?

Las palabras habían mentido por mí: endosé la mentira.

-Nunca.

Me apretó fogosamente contra él; y luego de nuevo entró en mí.

-Quiero que goces al mismo tiempo que yo -dijo-. ¿Quieres? ¿Me lo dirás? Ahora. ..

-Yo pensaba con fastidio: esto es lo que ha encontrado: ¡la sincronización! Como si eso probara alguna cosa; como si pudiera reemplazar el entendimiento, ¿Acaso si gozáramos juntos estaríamos menos separados? Sé muy bien que mi placer no tiene eco en su corazón, y si espero el suyo con impaciencia es simplemente para que me deje en paz. Sin embargo, estaba vencida: -aceptaba suspirar, gemir; no muy hábilmente, me imagino, puesto que me preguntó:

-¿No gozaste?

-Sí, te aseguro.

Él también estaba vencido porque no insistió. Casi enseguida se durmió contra mí y yo también me dormí, Su brazo cruzándome el pecho me despertó:

-Ah, ¿estás ahí? -dijo. Abrió los ojos-. Tenía una pesadilla; siempre tengo pesadillas. -Me hablaba desde muy lejos, desde el fondo de las tinieblas:- ¿No tienes un lugar donde puedas esconderme?

-¿Esconderte?

-Sí; sería lindo desaparecer. ¿No podríamos desaparecer juntos por algunos días?

-No tengo ningún lugar y no puedo irme.

-¡Qué lástima! -dijo y agregó-: ¿Nunca tienes pesadillas?

-Casi nunca.

-¡Ah!, te envidio. Necesito a alguien junto a mí, de noche.

-Pero voy a tener que irme -dije.

-No tan pronto. No te vayas. No me dejes.

Me tomaba del hombro; yo era un salvavidas, ¿de qué naufragio? Dije:

-Esperaré a que te hayas dormido. ¿Quieres que volvamos a vernos mañana?

-Por supuesto. Estaré a mediodía en el café frente a tu casa ¿Te conviene?

-Por supuesto. Trata de dormir tranquilamente.

Cuando su respiración se regularizó me deslicé fuera de la cama; era duro arrancarme de esa noche que se pegaba a mi piel; pero no quería despertar las sospechas de Nadine; cada una tenía su manera de engañar a la otra: ella me decía todo, yo no le decía nada. Mientras reconstruía ante el espejo una máscara de decencia, no pude dejar de pensar que ella había influido en mi decisión y se lo reproché. En un sentido no lamentaba nada. ¡Se aprenden tantas cosas sobre un hombre en una cama!, mucho más que obligándolo durante semanas a divagar sobre un diván. Lo malo es que para ese tipo de experiencias yo era demasiado vulnerable.

Durante toda la mañana estuve muy ocupada; Sézenac no vino pero tuve muchos otros clientes. Sólo pude pensar sordamente en Scriassine; tenía necesidad de volver a verlo. Nuestra noche me pesaba sobre el corazón, inconclusa, absurda y yo pensaba que al volver a vernos lograríamos concluirla, salvarla. Llegué al café antes que él; un café muy rojo, de mesas lisas, donde yo solía comprar cigarrillos pero donde nunca me había sentado; en los boxes había parejas que susurraban; pedí un falso Oporto; tenía la impresión de estar en una ciudad extraña y ya no sabía muy bien lo que esperaba. Scriassine llegó como un ventarrón:

-Pido disculpas, tenía diez compromisos.

-Gracias por haber venido a pesar de todo.

Me sonrió: -¿Durmió bien?

-Muy bien.

Pidió él también un falso oporto, luego se inclinó hacia mí; en su rostro ya no había nada hostil.

-Quisiera hacerle una pregunta.

-Hágala.

-¿Por qué aceptó tan fácilmente subir a mi cuarto?

Sonreí.

-Por simpatía -dije.

-¿Pero no estaba borracha?

-En absoluto.

-¿Y no lo lamentó?

-No.

Vaciló; yo sentía que deseaba para su catálogo íntimo una nota crítica detallada.

-Quisiera saber: en un momento dado usted. me dijo que nunca había pasado una noche semejante. ¿Era verdad?

Reí con una leve molestia:

-Sí y no.

-Ah, es lo que yo pensaba -dijo decepcionado-. Nunca es verdad.

-Es verdad en el momento; lo es menos al día siguiente.

Él tomó su vino de un sorbo y yo continué:

-¿Sabe lo que me congeló? Es que por momentos usted tenía un aire tan hostil. ..

Él se encogió de hombros:

-Era inevitable.

-¿Por qué? ¿La lucha de los sexos?

-No pertenecemos al mismo clan. Quiero decir políticamente.

Me quedé un instante estupefacta:

-¡La política ocupa tan poco lugar en mi vida!

-La indiferencia también es una manera de tomar posición -dijo secamente- En ese terreno, ¿sabe?, si no se está enteramente conmigo se está muy lejos de mí.

-Entonces no debió pedirme que subiera a su cuarto -dije con reproche.

Una sonrisa astuta plegó sus ojos.

-Pero me da lo mismo que una mujer esté lejos de mí, si la deseo: podría acostarme muy bien con una fascista.

-No le da lo mismo puesto que estaba hostil.

Volvió a sonreír:

-En la cama no es malo aborrecerse un poco.

-Es horrible -dije. Le clavé la mirada-: ¡Le cuesta salir de usted mismo! -dije-. Puede encontrarse con la gente en la piedad, en el remordimiento, pero con seguridad no en la simpatía.

-¡Ah!, hoy es usted quien está haciendo mi psicología -dijo-. Siga, me encanta.

Había en sus ojos la misma avidez maniática que cuando me espiaba, de noche: sólo hubiera podido soportarla en un chico o en un enfermo.

-¿Cree que la soledad puede quebrarse a golpes de autoridad? En amor- no hay nada más inhábil.

Acusó el golpe:

-En resumen, esta noche fué un fracaso.

-Más o menos.

-¿Volvería a empezar?

Vacilé.

-Si. No me gusta quedarme en un fracaso.

Su rostro se endureció.

-Es una mala razón -dijo. Se encogió de hombros-. No se hace el amor con la cabeza.

Era también mi opinión: si sus palabras y sus deseos me habían herido es porque venían de su cerebro. Dije:

-Supongo que los dos tenemos demasiada cabeza.

-Entonces es mejor no volver a empezar -dijo.

-Es lo que yo también pienso.

Sí; un segundo fracaso hubiera sido peor; y un éxito no era concebible: no nos queríamos nada; hasta las palabras eran inútiles, no había nada que salvar y esta historia no encerraba ninguna conclusión; cambiamos todavía cortésmente algunas frases y volví a casa.

No le guardo rencor; él está apenas resentido. Además, como Roberto me lo dijo en seguida, no tiene gran importancia: sólo un recuerdo que se arrastra por nuestras memorias y que a nadie más le importa. Pero cuando subí a mi cuarto me prometí que nunca más trataría de arrancarme mis guantes de cabritilla: “Es demasiado tarde -murmuré mirándome al espejo-. Ahora mis guantes están injertados a mi piel; para sacarlos tendría que desollarme.” No, no era únicamente la culpa de Scriassine si las cosas habían salido mal, era también la mía. Yo me había acostado en esa cama por curiosidad, por desafío, por cansancio y para probarme no sé muy bien qué: sin lugar a duda había probado lo contrario. Me quedé plantada ante el espejo. Pensaba vagamente que hubiera podido tener una vida diferente; hubiera podido vestirme, exhibirme, conocer los pequeños placeres de la vanidad, o las grandes fiebres de los sentidos. Era demasiado tarde. Y de pronto comprendí por qué mi pasado a veces me parece el de otra; es ahora cuando soy otra: una mujer de treinta y nueve años, una mujer que tiene una edad.

Dije en voz alta: “Tengo una edad.” Antes de la guerra era demasiado joven para sentir el peso de los años; luego, durante cinco años me olvidé completamente de mí. Me recupero para enterarme de que estoy condenada: mi vejez me espera, ninguna posibilidad de escaparle; ya la entreveo en el fondo del espejo. Ah, todavía soy una mujer, todavía sangro cada mes, nada ha cambiado, pero ahora sé. Levanto mi pelo; esas estrías blancas ya no son ni una curiosidad ni un signo: un comienzo;

mi cabeza va a ir cobrando, en vida, el color de mis huesos. Mi rostro todavía puede parecer liso y duro, pero de un momento a otro la máscara va a caer, desnudando esos ojos resfriados de vieja. Las estaciones se repiten, las derrotas se reparan; pero no hay ningún medio de detener mi decrepitud. "Ya ni siquiera estoy a tiempo de inquietarme -pensé apartándome de mi imagen-. Ya es muy tarde para lamentarlo; sólo me queda continuar."

CAPÍTULO III

Nadine fué a buscar a Enrique varias noches seguidas al diario; una noche hasta subieron de nuevo a un cuarto de hotel, sin gran provecho. Para Nadine, hacer el amor, era evidentemente una ocupación fastidiosa. Enrique, a su vez, no tardó en aburrirse. Pero le gustaba salir con Nadine, verla comer, oírla reír, hablar con ella. Ella era ciega para muchas cosas; pero reaccionaba con viveza ante todo lo que veía y Nunca hacía trampas; él se decía que sería una agradable compañera de viaje y se sentía conmovido por su avidez. Cada vez que lo veía, ella le preguntaba:

-¿Has hablado?

-Todavía no.

Ella bajaba la cabeza con un aire tan desolado que él se sentía culpable; el sol, de qué comer, un viaje verdadero, todo lo que le había faltado y de lo que él continuaba privándola. Puesto que estaba decidido a romper, que por lo menos alguien aprovechara; además, hasta por el interés de Paula era mejor explicarse antes de partir, en lugar de dejarla consumirse de esperanzas durante la separación. Lejos de ella, él se sentía en su derecho: él no le había mentido, ella le mentía cuando fingía creer en la resurrección de un pasado muerto y enterrado.

Pero cuando estaba junto a ella encontraba que él también tenía su parte de culpa: " ¿Soy un cochino por haber dejado de quererla?" Estaba en el Dôme con Julián y Luis y en una mesa cercana se hallaba esa mujer color glicina que leía La Mésaventure con afectación; había dejado sobre la mesa largos guantes violeta; al pasar ante ella le había dicho: "¡Tiene unos guantes preciosos!" ¿Le gustan? Son suyos. " ¿y qué haré con ellos?" "Guardarlos en recuerdo de nuestro encuentro." Juntos habían nublado sus miradas; algunas horas más tarde la oprimía contra él, desnuda, y decía: "Eres demasiado hermosa." No, no podía condenarse. Era natural que lo hubiera deslumbrado la belleza de Paula, su voz, el misterio de su lenguaje, la serenidad lejana de su sonrisa. Era un poco mayor que él, sabía un montón de pequeñas cosas que él ignoraba y que le parecían mucho más importantes que las grandes. Lo que más admiraba en ella era su desprecio por los bienes de este mundo; planeaba en una región sobrenatural donde a él le parecía imposible alcanzarla; y estaba anonadado de que ella se dignara hacerse carne entre sus brazos. "Por supuesto, me trabajé un poco la cabeza", se confesó. Ella había creído en los juramentos de eternidad y en el milagro de ser ella misma; sin duda es ahí donde residía su culpa: cuando había exaltado desmesuradamente a Paula para tomar luego demasiado lúcidamente su medida. Sí, culpas tenían los dos, ese no era el problema: el problema era salir de ahí. Daba vuelta a las frases en su boca: ¿sospechaba ella algo? Por lo general, cuando él se quedaba silencioso ella lo interrogaba enseguida.

-¿Por qué cambias esos adornos de lugar? -preguntó Enrique.

-¿No te parece que así es más bonito?

-¿Te importaría sentarte un minuto?

-¿Te irrito?

-No; pero quisiera hablarte.

Ella tuvo una risita crispada; -¡Qué aspecto solemne tienes! ¿No vas a decirme que ya no me quieres?

-No.

Librodot

-Entonces, todo el resto me es igual -dijo sentándose; se inclinó hacia él con aire paciente, un poco burlón-. Habla, mi amor, te escucho.

-Quererse, no quererse; ese no es el único problema -dijo él.

-Para mí es el único.

-Para mí bien sabes que hay otras cosas que cuentan.

-Sí, ya sé, tu trabajo, los viajes; nunca te aparté de ellos.

-Hay otra cosa que me importa, te lo he dicho a menudo: mi libertad.

Ella sonrió de nuevo:

-¡No vas a contarme que no te dejo libre!

-Tan libre como lo permite una vida en común; pero para mí, libertad quiere decir primeramente soledad. ¿Recuerdas?, cuando me instalé aquí habíamos convenido que sería solamente mientras durará la guerra.

-No creí serte pesada -dijo. Ya no sonreía.

-Nadie podría serlo menos que tú. Pero encuentro que era mejor cuando cada cual vivía por su lado.

Paula sonrió: -Venías aquí todas las noches; decías que sin mí no podías dormir.

Había dicho eso durante un año, no más, pero no protestó; dijo:

-De acuerdo, pero escribía en mi cuarto de hotel. ..

-Era una de tus manías de muchacho ese cuarto -dijo ella con voz indulgente-. Nada de promiscuidad, nada en común, reconoce que tu código era muy abstracto; ni puedo creer que todavía lo tomes en serio.

-Pero no, no era abstracto. La vida en común trae a la vez la tensión y el abandono; me doy cuenta de que a menudo soy desagradable o negligente y que eso te apena. Es mejor verse solamente cuando uno tiene verdaderamente ganas.

-Yo siempre tengo ganas de verte -dijo ella con reproche.

-Pero yo, cuando estoy cansado o de mal humor, o cuando estoy escribiendo, prefiero estar solo.

Hablaba con voz seca; Paula sonrió de nuevo:

-Vas a estar solo un mes entero. Ya veremos a la vuelta si no has cambiado de opinión.

-No, no cambiaré -dijo firmemente.

Bruscamente, la mirada de Paula vaciló;

-Júrame una cosa. ..

-¿Qué?

-¿No te instalarás nunca con otra mujer?

-¡Estás loca! ¡Qué idea! Por supuesto, te lo juro.

-Entonces puedes recobrar tus queridas costumbres de muchacho -dijo en tono resignado.

Él la miró con curiosidad: -¿Por qué me preguntaste eso?

De nuevo la mirada de Paula se enloqueció; guardó un momento de silencio.

-Oh, sé muy bien que ninguna mujer ocupará jamás mi lugar en tu vida -dijo en un tono falsamente sereno-. Pero me ato a algunos símbolos. -Esbozó nuevamente el movimiento de levantarse como si temiera oír algo más; él la detuvo.

-Espera -dijo-; tengo que hablarte francamente; nunca viviré con otra, nunca. Pero es sin duda a causa de la austeridad de estos cuatro años: tengo ganas de novedad, de aventuras; tengo ganas de líos sin trascendencia, con mujeres.

-Pero tienes uno, ¿no es cierto? -dijo Paula tranquilamente-. Con Nadine.

-¿Cómo lo sabes?

-Mientes muy mal.

¡A veces era tan ciega y a veces tan perspicaz! Estaba desconcertado; dijo, molesto:

-Fué una tontería mía no contártelo; pero tenía miedo de apenarte y sin razón; no ha ocurrido casi nada y no durará mucho tiempo.

-¡Tranquilízate! ¡No estoy celosa de una chica y sobre todo de Nadine! -Se acercó a Enrique y se sentó en el brazo de su sillón:- Te lo dije la noche de Navidad:

un hombre como tú no está sujeto a las mismas leyes que los demás. Hay una forma trivial de fidelidad que yo nunca reclamaría de ti. Diviértete con Nadine y con quien quieras -acarició alegremente el pelo de Enrique-: ¿Ves que respeto tu libertad?

-Sí -dijo él; estaba aliviado y decepcionado, esta victoria demasiado fácil no lo conducía a ninguna parte. Por lo menos había que llevarla hasta el final-. En realidad, Nadine no siente ni una sombra de amor por mí -agregó-; lo único que quiere es que la lleve de viaje; pero está convenido que a la vuelta nos separaremos.

-¿De viaje?

-Va a acompañarme a Portugal.

-¡No! -dijo Paula. Bruscamente su máscara serena voló hecha añicos y Enrique tuvo ante él un rostro de carne y hueso con labios temblorosos, con ojos brillantes de lágrimas-. ¡Me dijiste que no podías llevarme!

-No te importaba demasiado, entonces no me empeñé.

-¡No me importaba demasiado! Pero hubiera dado una mano por ir contigo. Sin embargo, comprendí que querías estar solo. Acepto sacrificarme por tu soledad -gritó sublevada-, ¡pero no por Nadine, no!

-Solo o con Nadine no le veo la diferencia -dijo con mala fe-, puesto que no tienes celos de ella.

-Hay toda la diferencia del mundo -dijo con voz desesperada-. Solo, yo estaba contigo, continuábamos juntos. El primer viaje de postguerra no tienes derecho a hacerlo con otra.

-Escucha -dijo-, si ves en esto un símbolo cualquiera te equivocas. Nadine tiene ganas de ver mundo, es una pobre chica que nunca ha visto nada; me da gusto pasearla: eso es todo.

-Entonces, si verdaderamente eso es todo -dijo Paula lentamente-, no la lleves -miró a Enrique con aire suplicante-: Te lo pido en nombre de nuestro amor.

Sé miraron un instante en silencio; el rostro entero de Paula no era más que una súplica; pero Enrique se sentía de pronto tan empecinado como si hubiera tenido que afrontar no a una mujer suplicante sino a torturadores armados.

-Acabas de decirme que respetabas mi libertad -dijo.

-Sí -dijo ella en tono hosco-, pero si te empeñaras en destruirte te lo impediría. No te dejaría traicionar nuestro amor.

-En resumen, soy libre de hacer lo que tú quieres -dijo con voz irónica.

-¡Qué injusto eres! -dijo ella en un sollozo-. Acepto todo de ti, todo. Pero eso sé que no debo aceptarlo. Nadie más que yo debe irse contigo.

-Tú lo decretas -dijo él.

-Pero es evidente.

-No para mí.

-¡Porque te ciegas, porque quieres cegarte! Escucha -dijo con voz razonable-, esa chica te tiene sin cuidado y mira qué pena me causas. No la lleves.

Enrique guardó silencio; no había mucho que contestar a ese argumento; sentía por Paula el mismo rencor que si ella hubiese empleado contra él una fuerza física.

-Está bien, no la llevaré -dijo. Se puso de pie y caminó hacia la escalera-. Pero no vuelvas a hablarme de libertad.

Paula lo siguió y le puso las manos sobre los hombros:

-¿Tu libertad consiste en hacerme sufrir?

Él se liberó bruscamente:

-Si resuelves que sufres cuando hago lo que tengo ganas de hacer, tengo que elegir entre mi libertad y tú.

Dió un paso y ella clamó con voz inquieta:

-Enrique -había pánico en sus ojos-, ¿qué quieres decir?

-Lo que digo.

-¿No vas a estropear nuestro amor a propósito?

Enrique se volvió hacia ella:

-¡Bueno, puesto que te empeñas, expliquémonos de una vez por todas! -dijo. Estaba bastante irritado contra ella para llegar por fin hasta el extremo de la verdad-. Hay un malentendido entre nosotros. No tenemos la misma idea del amor. ..

-No hay ningún malentendido -dijo Paula precipitadamente-. Sé lo que vas a decirme: el amor es toda mi vida y tú quieres que sea solamente una cosa en tu vida. Lo sé y estoy de acuerdo.

-Sí, pero a partir de ahí se plantean los problemas.

-¡Ah, no! -dijo Paula-. Pero todo esto es estúpido -agregó con voz agitada-. ¡No vas a poner nuestro amor en tela de juicio porque te pido que no te vayas con Nadine!

-No me iré con ella; convenido. Pero ya no se trata de eso. ..

-Bueno, escucha -dijo Paula bruscamente-, terminemos. Si te resulta absolutamente necesario llevarla para probarte que eres libre, prefiero que la lleves. No quiero que pienses que te tiranizo.

-Puedes estar segura de que no la llevaré si vas a amargarte durante todo ese viaje.

-Me amargaré mucho más si te diviertes en destruir nuestro amor por despecho -se encogió de hombros-. Eres muy capaz de hacerlo: ¡les das tanta importancia a tus menores caprichos!

Lo miró con aire implorante; esperaba que él contestara: "No te guardaré ningún rencor"; podía esperar mucho tiempo. Suspiró:

-Me quieres, pero no quieres sacrificar nada a nuestro amor; yo soy la que tengo que dar todo.

-Paula. -dijo él con voz amistosa-, si hago ese viaje con Nadine te repito que a la vuelta dejaré de verla y que entre tu y yo nada habrá cambiado.

Ella calló. “Estoy cometiendo una extorsión -pensó Enrique-, es un poco abyecto.” Lo más vil era que también Paula lo sabía; jugaba la carta de la generosidad sabiendo que aceptaba un trato bastante sórdido. Pero ¿qué se le va a hacer? Hay que querer lo que se quiere. Él quería llevarse a Nadine.

-Harás lo que quieras -dijo Paula. Suspiró-. Supongo que les doy demasiada importancia a los símbolos. En verdad, que esa chica te acompañe o no tiene muy poca importancia.

-No tiene ninguna importancia -dijo Enrique con autoridad.

Paula no volvió sobre el tema en los días que siguieron, pero cada uno de sus gestos, cada silencio, significaba: "Estoy indefensa y abusas." Es verdad que no tenía ningún arma, ni la más mínima; pero estar tan desvalida también era una trampa. No le dejaba a Enrique más salida que la de ser víctima o verdugo; no tenía ninguna gana de jugar a la víctima; lo fastidioso es que tampoco era un verdugo. Se sentía más bien incómodo en su pellejo la noche en que se juntó con Nadine en el andén de la estación de Austerlitz.

-No llegaste temprano -dijo ella en tono rezongón.

-Tampoco tarde.

-Subamos rápido, el tren podría irse.

-No va a salir antes de hora.

-Uno nunca sabe.

Subieron y eligieron un compartimiento vacío. Durante un largo rato Nadine se quedó plantada con aire perplejo entre las dos banquetas y luego se sentó junto a la ventana, dando la espalda a la locomotora; abrió su maleta y se dedicó a instalarse con prolijos cuidados de solterona: se ponía un batón, unas zapatillas, envolvía una manta alrededor de sus piernas, colocaba una almohada bajo su cabeza; de la bolsa que le servía de cartera sacó una tableta de chiclet; entonces recordó la existencia de Enrique y sonrió con aire atrayente:

-¿Berreó mucho Paula cuando vió que decididamente me llevabas?

Enrique se encogió de hombros:

-Evidentemente no le causó placer.

Librodot

-¿Qué te dijo?

-Nada que te importe.

-Pero me divierte saber.

-No me divierte contarte.

Sacó de su bolsa un tejido color granate y se puso a hacer chasquear sus agujas mientras mascaba su chiclet. "Está exagerando", pensó Enrique malhumorado; tal vez lo estaba provocando a propósito porque sospechaba que los remordimientos de Enrique se detenían en el departamento rojo; Paula lo había abrazado sin lágrimas: “Que tengas un buen viaje.” Pero en este momento lloraba. "Le escribiré en cuanto llegue", se dijo. El tren se movía, se deslizaba a través de un triste crepúsculo de suburbio y Enrique abrió una novela policial; echó una mirada sobre el rostro hosco que tenia enfrente. Por el momento no podía nada contra la tristeza dé Paula, no valía la pena estropear el placer de Nadine; hizo un esfuerzo y dijo con entusiasmo:

-Mañana a estas horas atravesaremos España.

-Sí.

-No me esperan tan pronto en Lisboa, tendremos dos días para nosotros.

Ella no contestó; durante un momento siguió tejiendo con aplicación; luego se extendió sobre la banqueta, se puso bolas de cera en los oídos, se vendó los ojos con un pañuelo y le volvió la espalda a Enrique: "¡Yo que esperaba que sus sonrisas me recompensarían de las lágrimas de Paula!", se dijo con ironía; terminó su novela y apagó; ya los cristales no parecían pintados de azul, las praderas completamente negras se extendían bajo un cielo sin estrellas, hacía frío en el compartimiento, ¿por qué estaba en ese tren frente a esa extraña que respiraba ruidosamente? De pronto parecía imposible que el pasado los esperara en la cita.

"Por lo menos podría ser más amable", se dijo al día siguiente con rencor en la ruta que conducía a Irún; Nadine ni siquiera había sonreído cuando al salir de la estación de Hendaya habían sentido sobre la piel el sol y el viento liviano; mientras él hacía visar los pasaportes, ella bostezaba sin disimulo; ahora caminaba ante él a grandes zancadas de muchacho; él llevaba dos pesadas maletas, sentía calor bajo ese sol nuevo y miraba sin placer las piernas fuertes un poco velludas cuyos zoquetes subrayaban la ingrata desnudez. Una barrera se había cerrado tras ellos; por primera vez, desde hacía seis años, pisaba un suelo que no era francés; una barrera se levantó ante ellos y oyó el grito de Nadine: "¡Oh!" Era ese gemido apasionado que él había intentado en vano arrancarle con sus caricias.

-¡Oh! ¡Mira!

A la vera de la ruta, junto a una casa incendiada habían armado un mostrador: naranjas, bananas, chocolate; Nadine se abalanzó, tomó dos naranjas y le tendió una a Enrique; ante esta alegría fácil que dos kilómetros separaba inexorablemente de Francia, él sintió en su pecho algo negro y duro, que desde cuatro años antes hacía las veces de corazón, transformarse en estopa; había mirado sin parpadear las fotografías de los chicos holandeses agonizando de hambre: y ahora tenía ganas de sentarse al borde del camino, la cabeza entre las manos y de no moverse más. Nadine había recobrado su buen humor; se atragantó de frutas y de bombones a través de los campos vascos y de los desiertos castellanos; miraba sonriendo el cielo de España. Pasaron otra noche más, acostados en medio del polvo de las banquetas; por la mañana costearon un arroyo celeste que serpenteaba entre los olivos que se tornó en río y luego en lago. El tren se detuvo: Lisboa.

-¡Cuántos taxis!

Una fila de taxis esperaba cerca del andén; Enrique dejó las maletas en la estación y dijo al chofer: "Llévenos a pasear." Nadine le apretaba el brazo gritando de terror, mientras bajaban a una velocidad que parecía vertiginosa las calles abruptas donde corrían estruendosos tranvías: habían perdido la costumbre de andar en auto. Enrique reía también oprimiendo el brazo de Nadine; volvía la

cabeza a derecha e izquierda con una alegría incrédula: el pasado los esperaba en la cita. Una ciudad del sur, una ciudad ardiente y fresca con la promesa del mar en el horizonte, y un viento salado golpeando sus promontorios: él la reconocía. Y sin embargo, lo asombraba más que antaño Marsella, Atenas, Nápoles, Barcelona, porque hoy toda novedad lindaba con el prodigio; era hermosa esa capital de corazón juicioso, de colinas desordenadas, con sus casas de colores tiernos y sus grandes barcos blancos.

--Déjenos en algún lugar del centro -pidió. El taxi se detuvo junto a una gran plaza rodeada de cinematógrafos y de cafés; en las terrazas estaban sentados hombres de trajes oscuros: no había mujeres; las mujeres se atareaban en la calle de las tiendas que bajaba hacia el estuario; Enrique y Nadine miraban deslumbrados:

-¡Te das cuenta!

Cuero, verdadero cuero grueso y flexible cuyo olor se adivinaba; maletas de cuero de chancho, guantes de pecarí, tabaqueras rojizas, y sobre todo esos zapatos de suelas espesas de goma con los cuales se podría caminar sin hacer ruido y sin mojarse los pies. Seda verdadera, lana verdadera, trajes de franela, camisas de poplin. Enrique advirtió de pronto que debía tener un aspecto miserable con su traje de fibrana y sus zapatos rajados que se abrían en las puntas; y entre esas mujeres que llevaban pieles, medias de seda, finos escarpines, Nadine parecía una pordiosera.

-Mañana vamos a comprar cosas -dijo-. Montones de cosas.

-¡No parece verdad! -dijo Nadine-. ¡Qué dirían si vieran esto los amigos de París!

-Lo mismo que estamos diciendo -dijo Enrique riendo.

Se detuvieron ante una confitería y esta vez no fué la codicia sino el escándalo lo que endureció la mirada de Nadine; él también permaneció un rato petrificado de incredulidad y empujó a Nadine por el hombro;

-Entremos. .

Aparte de un anciano y de un chico, no había sino mujeres alrededor de las mesitas, mujeres de cabello brillante, abrumadas de pieles, de joyas y de celulitis que cumplían religiosamente con su gula cotidiana. Dos chiquilinas de trenzas negras que llevaban en bandolera una cinta azul y un montón de medallas colgando del cuello, saboreaban con aire reservado un espeso chocolate cubierto de crema batida.

-¿Quieres? -dijo Enrique.

Nadine hizo sí con la cabeza; cuando la camarera hubo colocado la taza ante ella, la llevó a sus labios y la sangre se retiró de su rostro.

-No puedo -dijo; y agregó en tono de excusa-: Mi estómago ha perdido la costumbre.

Pero su malestar no había venido de su estómago; había pensado en algo o en alguien. Él no le hizo ninguna pregunta.

El cuarto del hotel estaba tapizado de cretona flamante; en el cuarto de baño había agua caliente y verdadero jabón, toallas de género esponja. Nadine recobró toda su alegría. Exigió frotar a Enrique con un guante de crin y cuando tuvo la piel roja y ardiente de pies a cabeza lo tumbó riendo sobre la cama. Hizo el amor con tan buen humor que parecía que sentía placer. Le brillaban los ojos a la mañana siguiente cuando palpaba con su mano ruda las lanas opulentas, las sedas:

-¿Hay tiendas tan lindas en París?

-Las había mucho más lindas. ¿No lo recuerdas?

-No iba a las tiendas lujosas, era demasiado chica. -Miró a Enrique con esperanza:- ¿Crees que eso renacerá algún día?

-Algún día, quizá.

-Pero ¿cómo son tan ricos aquí? Yo creía que era un país pobre.

-Es un país pobre donde hay gente muy rica.

Compraron para ellos y para la gente de París géneros, medias, ropa, zapatos, tricotas. Almorzaron en un sótano tapizado de carteles multicolores donde los toreros a caballo desafiaban toros furiosos. "Carne o pescado: también tiene sus restricciones", dijo Nadine riendo. Comieron bifes color ceniza y luego, ambos calzados con zapatos de un amarillo agresivo pero de suelas lujosas, escalaron las calles, empedradas con guijarros redondos, que subían hacia los barrios populosos. En una encrucijada unos chicos descalzos miraban sin reír un teatro de títeres descolorido; la calzada se estrechaba, los frentes estaban descascarados, el rostro de Nadine se ensombreció.

-Es repugnante esta calle, ¿hay muchas así?

-Creo que sí.

-No parece indignarte.

N o estaba con humor de indignarse. En verdad, hasta era con un cierto placer que volvía a ver la ropa abigarrada que se secaba en las ventanas asoleadas, sobre un pozo de sombra. Siguieron en silencio por una callejuela y Nadine se detuvo en medio de una escalera de piedras mugrientas.

-Es repugnante -repitió-, vámonos.

-Sigamos un poco más -dijo Enrique.

En Marsella, en Nápoles, en el Pireo, en el Barrio Chino, había pasado horas vagando por callejuelas miserables; por supuesto, entonces, como hoy, deseaba que se terminara con toda esa miseria; pero ese voto permanecía abstracto, nunca había tenido ganas de huir: ese violento olor humano lo aturdía. De arriba a abajo de la colina era el mismo hervidero viviente, el mismo cielo azul ardía encima de los tejados; a Enrique le parecía que de un momento a otro iba a recobrar en toda su intensidad la vieja alegría; la perseguía de calleja en calleja: pero no la encontraba. Las mujeres, sentadas en cuclillas ante las puertas, asaban sardinas sobre pedazos de carbón de leña; el olor a pescado podrido cubría el del aceite caliente; estaban descalzas; aquí todo el mundo andaba descalzo. En los sótanos abiertos a la calle, ni una cama, ni un mueble, ni una imagen: catres, chicos sarnosos, y de tanto en tanto una cabra: afuera ni una voz alegre, ni una risa, ojos muertos. ¿La miseria era más desesperada aquí que en otras ciudades? ¿O será que en vez de endurecerse uno se sensibiliza a la desgracia? El azul del cielo parecía cruel encima de la sombra malsana, y Enrique se sentía invadido por la consternación muda de Nadine. Se cruzaron con una mujer cubierta de harapos negros con un chico colgando de su pecho desnudo, que corría con aire desesperado, y Enrique dijo bruscamente:

-¡Ah, tienes razón, vámonos!

Pero de nada había servido irse. Enrique lo advirtió al día siguiente en un cocktail dado por el consulado francés. La mesa estaba cargada de sandwiches y de dulces fabulosos, las mujeres llevaban vestidos de colores olvidados, todos los rostros reían, se hablaba francés, la colina de Gracia estaba muy lejos, en un país completamente extraño cuyas desdichas no le incumbían a Enrique, reía cortésmente con los demás cuando el viejo Mendoz das Viernas lo arrastró hasta un rincón de la sala; llevaba cuello duro, una corbata negra, había sido ministro en la dictadura de Salazar; clavó en Enrique una mirada desconfiada:

-¿Qué impresión le ha causado Lisboa?

-¡Es una ciudad magnífica! -dijo Enrique. La mirada se ensombreció y agregó con una sonrisa-: Debo decirle que todavía no he visto gran cosa.

-Por lo general, los franceses que vienen aquí se las arreglan para no ver absolutamente nada -dijo das Viernas con rencor -. Valery admiró el mar, los jardines; para el resto, un ciego -el viejo hizo una pausa-. ¿Usted también está resuelto a taparse los ojos?

-Al contrario -dijo Enrique-. Sólo pido emplearlos.

-Por lo que me habían dicho de usted es lo que esperaba -dijo das Viernas con voz dulcificada-. Vamos a concertar una cita para mañana y me encargo de mostrarle Lisboa. Una hermosa fachada, sí, pero ya verá lo que hay detrás.

-Ayer ya di una vuelta por la colina de Gracia -dijo Enrique.

-¡Pero no entró en las casas! Quiero que compruebe con sus propios ojos cómo vive, cómo come esa gente: no me creería.-das Viernas se encogió de hombros-. ¡Toda esa literatura alrededor de la melancolía portuguesa y de su misterio! Es muy sencillo, sin embargo; sobre siete millones de portugueses, hay setenta mil que no pasan hambre.

Imposible zafarse: Enrique pasó la mañana siguiente visitando tugurios. El ex ministro había convocado a algunos amigos al final de la tarde a propósito para que él los conociera: imposible negarse. Todos llevaban trajes oscuros, cuellos duros, galeritas, hablaban ceremoniosamente, pero de tanto en tanto el odio transfiguraba sus rostros razonables. Eran ex ministros, ex periodistas, ex profesores, arruinados por haberse negado a unirse al régimen; todos tenían parientes y amigos deportados, estaban pobres y perseguidos; los que todavía se obstinaban en luchar sabían que la isla del infierno los acechaba: un médico que atendía gratuitamente a los pordioseros, que trataba de abrir un dispensario o de introducir un poco de higiene en los hospitales, era en seguida sospechoso; cualquiera que organizara un curso nocturno, cualquiera que hiciera un gesto generoso o sencillamente caritativo, era un enemigo de la Iglesia o del Estado. Sin embargo, se empecinaban. Y querían creer que la ruina del nazismo arrastraría consigo ese fascismo clerical. Soñaban con derrocar a Salazar y crear un Frente Nacional análogo al que se había reconstituido en Francia. Se sabían muy solos: los capitalistas ingleses tenían fuertes intereses en Portugal, los americanos negociaban con el gobierno la compra de bases aéreas en las Azores. "Francia es nuestra única esperanza", repetían. Suplicaban: "Dígales a los franceses la verdad, ellos no saben, si supieran vendrían en nuestra ayuda." Impusieron a Enrique entrevistas cotidianas, la abrumaban con hechos, cifras, le dictaban estadísticas, lo paseaban por los barrios hambrientos: no eran exactamente la clase de vacaciones que él había soñado, pero no podía elegir. Prometía mover a la opinión con una campaña de prensa: la tiranía política, la explotación económica, el terror policial, el atontamiento sistemático de las masas, la vergonzosa: complicidad del clero, diría todo. "Si Carmona supiera que Francia está dispuesta a sostenernos marcharía con nosotros", afirmaba das Viernas. Había conocido anteriormente a Bidault y pensaba proponerle una especie de tratado secreto: a cambio de su apoyo el futuro gobierno portugués podría ofrecerle a Francia transacciones ventajosas respecto a las colonias de África. ¡Resultaba imposible explicarle sin grosería hasta qué punto ese proyecto era quimérico!

-Veré a Tournelle, su jefe de gabinete -prometió Enrique la víspera de su partida para Algarve-. Es un camarada de la resistencia.

-Voy a poner a punto un proyecto preciso que le confiaré a su vuelta -dijo das Viernas.

Enrique estaba contento de dejar Lisboa. Los servicios franceses le prestaban un automóvil para que hiciera cómodamente su jira de conferencias; podría disponer de él todo el tiempo que quisiera y pasaría por fin verdaderas vacaciones. Desgraciadamente, sus nuevos amigos contaban con que pasaría su última semana conspirando con ellos: iban a reunir una documentación exhaustiva y a coordinar encuentros con algunos comunistas de las canteras de Zamora. Ni pensar en negarse.

-Total, tenemos apenas quince días para pasear -dijo Nadine en tono rezongón.

Estaban comiendo en un bodegón del otro lado del Tajo; una camarera había puesto sobre la mesa pedazos de merluza frita y una botella de vino color rosa sucio; a través del vidrio veían las luces de Lisboa que se escalonaban entre el cielo y el agua.

-¡En quince días, con un auto, se pueden ver muchas cosas! -dijo Enrique-. ¡Te das cuenta de la suerte que tenemos!

-Justamente: es una lástima no aprovecharla.

-No puedo decepcionar a todos esos tipos que cuentan conmigo, ¿no?

Se encogió de hombros:

-No puedes hacer nada por ellos.

-Puedo hablar en nombre de ellos; es mi oficio; de lo contrario, ni vale la pena ser periodista.

-Quizá no valga la pena.

-No pienses ya en la vuelta -dijo él en tono conciliador-; vamos a hacer un viaje estupendo. Y mira esas lucecitas a orillas del agua cómo son de lindas.

-¿Qué tienen de lindas? -dijo Nadine. Era el tipo de preguntas irritantes que le gustaba hacer. Él se encogió de hombros-. No, de veras -insistió-, ¿qué les ves de lindo?

-Es lindo y basta.

Ella apoyó su frente contra el vidrio.

-Quizá fueran lindas si no supiéramos lo que hay detrás; pero cuando se sabe. ..Es otra impostura -concluyó con rabia-. Aborrezco esta horrible ciudad.

Era una impostura sin duda alguna y, sin embargo, no podía dejar de pensar que esas luces eran lindas; el cálido olor de la miseria, sus alegres disfraces ya no lo engañaban; pero esas llamitas que centelleaban a lo largo de las aguas oscuras lo conmovían a pesar de todo; quizá porque le recordaban un tiempo en que él ignoraba lo que se oculta detrás de esas bambalinas; quizá lo único que aquí le gustaba era el recuerdo de un espejismo. Miró a Nadine: ¡dieciocho años y ni un espejismo en su memoria! Él, al menos, había tenido un pasado. "Y un presente, y un porvenir -protestó en sí mismo-. Felizmente, aún quedan cosas para amar."

Aun quedaban, felizmente. ¡Qué placer tener de nuevo un volante entre las manos y esas rutas ante sí hasta donde no llega la vista! Después de todos esos años, Enrique, el primer día, se sentía intimidado; el auto parecía dotado de una vida personal; tanto más que era pesado, tenía mala suspensión, era ruidoso y caprichoso; y sin embargo, obedecía tan espontáneamente como una mano.

-¡Qué rápido anda, es formidable! -decía Nadine.

-Ya has paseado alguna vez en auto, ¿no?

-En París, en jeeps, pero nunca anduve tan ligero.

Eso también era una impostura, la vieja ilusión de libertad y de poderío, pero ella la aceptaba sin escrúpulo. Bajaba todos los vidrios, bebía golosamente el viento y el polvo. Si Enrique la hubiera escuchado, nunca habrían bajado del coche; lo que a ella le gustaba era correr lo más rápido posible entre la rutas y el cielo; apenas se interesaba en los paisajes. Y sin embargo, ¡que hermosos eran! El polvo dorado de las mimosas, los juiciosos paraísos primitivos que repetían al infinito los azahares de cabezas redondas, los delirios de piedra de Battaglia, el dúo majestuoso de las escaleras que subían entrelazadas hacia una iglesia blanca y negra, las calles de Beja, donde se arrastraban los antiguos gritos de una monja enferma de amor. En el sur, con olor a Afrika, unos burritos giraban alrededor de una noria para arrancar un poco de agua al suelo árido; de tanto en tanto se divisaba en medio de los aloes azules que apuñaleaban la tierra roja, la falsa frescura de una casa lisa y blanca como la leche. Subieron hacia el norte por una ruta donde las piedras parecían haber robado a las flores sus colores más violentos: violeta, rojo, ocre; y luego los colores volvieron a convertirse en flores entre las suaves colinas del Minho. Sí, un hermoso decorado y que se desenvolvía demasiado pronto para que uno tuviera tiempo de pensar en lo que había detrás. A lo largo de las costas de granito, como sobre las rutas ardientes del Algarve, los campesinos caminaban descalzos, pero parecía no haber muchos. Fué en Oporto el rojo, donde la mugre tiene el color de la sangre, donde se acabó la fiesta. Sobre los muros de los tugurios, todavía más sombríos y más húmedos que los de Lisboa e hirvientes de chicos desnudos, habían pegado carteles: "Insalubre. Prohibido vivir aquí." Unas chiquitas de cuatro o cinco años vestidas con bolsas agujereadas hurgaban en la basura. Para almorzar, Enrique y Nadine se ocultaron en un lugar oscuro, pero adivinaban rostros pegados a los vidrios del restaurante. "¡Aborrezco las ciudades!",

dijo Nadine con furor. Permaneció encerrada toda la tarde en su cuarto y al día siguiente apenas abrió la boca. Enrique no trató de alegrarla.

En el día fijado para el regreso se detuvieron a almorzar en un pequeño puerto a tres horas de Lisboa; dejaron el coche ante la hostería para escalar una de las colinas que dominaban el mar; en la cima se erguía un molino blanco con un tejado de tejas verdes; habían colgado de sus alas unos jarritos de barro de boca angosta donde el viento cantaba. Enrique y Nadine bajaron la colina entre los olivos y los almendros en flor y la música pueril los perseguía. Se dejaron caer sobre la arena de la playa; unas barcas con velas rojizas vacilaban sobre el mar pálido.

-Aquí estaremos bien -dijo Enrique.

-Sí -dijo Nadine con aire desapacible; y agregó-: Me muero de hambre.

-Evidentemente. No has comido nada.

-Pido huevos pasados por agua y me traen un bol de agua tibia y huevos crudos.

-El bacalao era muy bueno; las habas también.

-Una sola gota de aceite y mi estómago desbordaba -escupió Con furia-. Tengo aceite en la saliva.

Con un ademán decidido se arrancó la blusa.

-¿Qué haces?

-¿No lo ves?

No llevaba corpiño y, acostada de espaldas, ofrecía al sol la desnudez de sus pechos livianos.

-No, Nadine; si alguien viniera. ..

-No vendrá nadie.

-Te conviene creerlo.

-Me tiene sin cuidado; quiero sentir el sol. -Los pechos al viento, el pelo abandonado sobre la arena, miraba el cielo con reproche.- Hay que aprovechar, puesto que es el último día.

Él no contestó, y ella dijo con voz plañidera:

-¿Estás verdaderamente decidido a volver a Lisboa esta noche?

-Sabes muy bien que nos esperan.

-No hemos visto la montaña; todos decían que era lo más lindo; en ocho días podríamos todavía dar una vuelta espléndida.

-Te digo que tengo gente que ver.

-¿Tus viejos con cuello duro? Quedarían muy bien en las vitrinas del Museo del Hombre; pero, como revolucionarios, déjame reír.

-Yo los encuentro conmovedores -dijo Enrique-. Y te prevengo que corren grandes riesgos.

-Hablan mucho -hizo chorrear la arena entre sus dedos-.Palabras, como dice el hermano, palabras.

-Siempre es fácil tomar un aire de superioridad ante la gente que intenta algo -dijo él con un poco de fastidio.

-Lo que les reprocho es no intentar nada en serio -dijo ella con irritación-. En vez de hablar tanto, yo liquidaría a Salazar de un buen golpe.

-No adelantarían gran cosa.

-Adelantarían que estaría muerto. Como dice Vicente, la muerte al menos no perdona -miraba el mar con aire meditativo-. Si alguien estuviera resuelto a saltar con él, el golpe resultaría fácil.

-No lo intentes -dijo Enrique sonriendo; puso su mano sobre el brazo cubierto de arena-. ¡Te das cuenta mi papel!

-Sería un lindo fin -dijo Nadine.

-¿Tienes mucha prisa por llegar al fin?

Ella bostezó: -¿Te divierte vivir?

-No me aburre -dijo él alegremente.

Ella se irguió sobre un codo y lo examinó con curiosidad.

-Explícame, ¿borronear cuartillas como lo haces de la mañana a la noche te llena verdaderamente la vida?

-Cuando escribo sí, me llena la vida -dijo-. Hasta tengo unas ganas terribles de volver a empezar. .

-¿Cómo te empezó eso de querer escribir?

-¡Oh, se remonta a muy lejos! -dijo Enrique.

Se remontaba a muy lejos, pero él no sabía demasiado qué importancia conceder a sus recuerdos.

-Cuando yo era joven, un libro me parecía algo mágico.

-A mí también me gustan los libros -dijo Nadine con viveza: ¡Pero ya hay tantos! ¿De qué sirve fabricar uno más?

-Nadie tiene exactamente las mismas cosas que decir que los demás: cada cual tiene su vida, sus relaciones propias con las cosas, con las palabras.

-¿Y no te molesta pensar que hay tipos que han escrito cosas tan superiores a lo que tú harás? -dijo Nadine con un tono levemente irritado.

-Al principio no lo pensaba -dijo Enrique sonriendo-; uno es arrogante cuando no ha hecho nada. y luego, cuando uno ya está metido en el baile, se interesa en lo que escribe y no pierde más tiempo en comparaciones.

-¡Por supuesto, uno se las arregla! -dijo ella con voz enfadada, dejándose caer cuan larga era sobre la arena.

Él no había sabido contestarle; es muy difícil explicarle por qué a uno le gusta escribir, a alguien que no le gusta. ¿Por otra parte, ¿podía explicárselo a él mismo? Él no imaginaba que lo leerían eternamente y, sin embargo, cuando escribía se sentía instalado en la eternidad; lo que lograba poner en palabras le parecía salvado, absolutamente; ¿qué había de verdad en todo eso? ¿En qué medida no era también un espejismo? Esa era una de las cosas que hubiera tenido que aclarar durante sus vacaciones, pero en realidad no había aclarado nada. Lo seguro es que sentía una piedad casi angustiada por todas esas vidas que ni siquiera intentaban expresarse: las de Paula, de Ana, de Nadine. .'¡A la hora que es -pensó-, mi libro ya ha aparecido!" Hacía tiempo que no había afrontado el público y lo intimidaba pensar que había gente que estaba leyendo su novela y hablando de ella. Se inclinó sobre Nadine y le sonrió:

-¿Estás bien?

-Sí, aquí se está bien -dijo con un tono un poco regalón.

-Se está bien.

Entrelazó sus dedos con los de Nadine y se pegó a la arena caliente; entre el mar sin violencias que el sol desteñía. Y el azul imperioso del cielo, había una dicha suspendida para que él pudiera apoderarse de ella; habría bastado una sonrisa de Nadine: era casi bonita cuando sonreía; pero el rostro salpicado de pecas permanecía inerte; él dijo:

-¡Pobre Nadine!

Ella se irguió bruscamente:

-¿Por qué pobre?

Había motivos para compadecerla, pero no sabía exactamente cuáles:

-Porque este viaje te ha decepcionado.

-Bah, tampoco esperaba tanto.

-Sin embargo, tuvimos buenos momentos.

-Todavía podríamos tenerlos -el azul frío de sus ojos volvió a cobrar calor-. Deja caer a esos viejos soñadores; no hemos venido para eso. Paseemos. Divirtámonos, mientras nos quede carne sobre los huesos.

Él se encogió de hombros:

-Bien sabes que no es tan fácil divertirse.

-Intentémoslo. Una gran excursión por las montañas sería lindo, ¿no? Te gusta andar en auto. En cambio, esas reuniones, esas encuestas te hartan.

-Por supuesto.

-¿Entonces? ¿Quién te obliga a hacer cosas que te pudren? ¿Es una vocación?

Librodot

-Trata de darte cuenta: ¿puedo explicarles a esos pobres viejos que sus desdichas no interesan a nadie, que Portugal es demasiado pequeño, que tiene sin cuidado al mundo entero?

-Enrique se inclinó hacia Nadine sonriendo-. ¿Puedo hacerlo?

-Puedes telefonearles que estás enfermo y nos vamos a Evora.

-Les destrozaría el corazón -dijo Enrique-. No, no puedo.

-Mejor dicho, no quieres -dijo Nadine agriamente.

-Bueno -dijo con impaciencia-, no quiero.

-Eres todavía peor que mi madre -rezongó hundiendo la nariz en la arena.

Enrique se dejó caer cuan largo era junto a ella. “Divirtámonos.” Antes sabía divertirse; los sueños de los viejos conspiradores los hubiera sacrificado en un impulso a esas alegrías que había conocido antes. Cerró los ojos. Estaba acostado en otra playa al lado de una mujer de carne dorada, vestida con un "pareo" florido, la más hermosa de las mujeres, Paula; sobre sus cabezas oscilaban palmas y a través de los juncos miraban avanzar sobre el mar, trabadas por sus vestidos, sus tules, sus joyas, unas gordas judías risueñas; a veces, por la noche, espiaban a las mujeres árabes que se aventuraban en el agua, envueltas en sus sudarios, o si no en la taberna de basamentos romanos bebían un espeso jarabe de café; o bien se sentaban en la plaza del mercado y Enrique fumaba el narguillé conversando con Amour Harsine; y luego volvían al cuarto lleno de estrellas y caían sobre la cama. Pero las horas que Enrique recordaba con más nostalgia eran esas mañanas que pasaba en la terraza del hotel entre el azul de cielo y el olor apasionado de las flores; en la frescura del día naciente, en el ardor del mediodía, escribía, y bajo sus pies el cemento ardía cuando por fin, aturdido de sol y de palabras, bajaba a la sombra del patio a tomar un anís helado. Era el cielo, las flores, las aguas violentas de Djerba que había venido a buscar aquí, era la alegría de sus noches charlatanas, y sobre todo, el fresco y el ardor de sus mañanas. ¿Por qué no recobraba ese gusto ardiente, y tierno que antes había tenido su vida? Sin embargo, había deseado ese viaje; durante días y días no había pensado en otra cosa; durante días y días había soñado que se acostaba sobre la arena, al sol; y ahora estaba aquí, había sol y arena: era dentro de él donde faltaba algo. Ya no sabía bien lo que querían decir las viejas palabras: felicidad, placer. Sólo tenemos cinco sentidos y se aburren tan pronto. Ya su mirada se aburría de deslizarse incesantemente sobre ese azul que no terminaba más de ser azul. Tenía ganas de desgarrar ese raso, de lastimar la suave piel de Nadine.

-Empieza a hacer fresco -dijo.

-Sí -bruscamente ella se pegó a él; a través de su camisa él sintió contra su pecho los jóvenes senos desnudos-: Abrígame.

Él la rechazó con suavidad.

-Vístete. Volvamos al pueblo.

-¿Tienes miedo de que nos vean? -Los ojos de Nadine brillaban; un poco de sangre había afluido a sus mejillas, pero él sabía que su boca continuaba fría.- ¿Qué crees que nos harían? ¿Nos lapidarían? -preguntó en tono seductor.

-Levántate; es hora de volver.

Ella pesaba sobre él con todo su peso y él resistía mal al deseo que lo embotaba; le gustaba su busto joven, su piel límpida; si al menos consintiera en dejarse mecer por el placer en vez de saltar en la cama con un impudor buscado... Ella lo observaba entornando los ojos; su mano bajaba hacia el pantalón de brin.

-Déjame. ..Déjame acariciarte. ..

Su mano, su boca eran hábiles, pero él odiaba el triunfo seguro que había leído en sus ojos cada vez que había cedido.

-No, no -dijo-. Aquí no. Así no.

Se liberó de ella y se irguió; la blusa de Nadine yacía sobre la arena y él se la echó sobre los hombros.

-¿Por qué? -preguntó ella con despecho; agregó con voz arrastrada-: A lo mejor.. al aire libre hubiera sido un poco más divertido.

Él sacudía la arena que cubría su ropa.

-Me pregunto si alguna vez serás verdaderamente una mujer -murmuró en tono falsamente indulgente.

-Oh, mira, mujeres a las que les guste acostarse, estoy segura que sobre cien no hay una; se dan corte por esnobismo.

-Vamos, no discutamos -dijo él tomándola del brazo-. Ven. Voy a comprarte tortas y chocolates para que comas en el auto.

-Me tratas como a una chica.

-No. Sé muy bien que no eres una chica; te comprendo mejor de lo que crees.

Ella lo miró con desconfianza y una sonrisita asomó a sus labios.

-No siempre te aborrezco -dijo.

Él le oprimió el brazo un poco más fuerte y caminaron en silencio hacia la aldea. La luz declinaba; las barcas volvían al puerto: iban arrastradas hacia la arena por bueyes. De pie o sentados en rueda los aldeanos miraban. Las camisas de los hombres, las amplias faldas de las mujeres, llevaban cuadros de colores alegres; pero esa alegría se petrificaba en una opaca inmovilidad; los pañuelos negros encuadraban rostros de piedra; los ojos fijos en el horizonte no esperaban nada. Ni un gesto, ni una palabra. Parecía que una maldición había paralizado todas las lenguas.

-Me dan ganas de gritar -dijo Nadine.

-Supongo que ni siquiera te oirían.

-¿Qué esperan?

-Nada. Saben que no esperan nada.

En la plaza mayor la vida balbuceaba débilmente. Los chicos gritaban; sentadas en el borde de las aceras las viudas de los pescadores muertos en el mar mendigaban. Los primeros tiempos Enrique y Nadine habían mirado con odio a las burguesas con gruesas pieles que respondían majestuosamente a los mendigos: "Tengan paciencia." Ahora huían como ladrones cuando las manos se tendían hacia ellos: había demasiadas.

-Cómprate algo -dijo Enrique deteniendo a Nadine ante una confitería.

Entró; dos chicos con las cabezas rapadas aplastaban la nariz contra el vidrio; cuando ella salió cargada de bolsas de papel, gritaron. Ella se detuvo.

-¿Qué dicen?

Él vaciló.

-Que tienes suerte de poder comer cuando tienes hambre.

-¡Oh!

Con un ademán furioso les tiró en los brazos las bolsas llenas.

-No. Voy a darles dinero -dijo Enrique.

Ella lo arrastró

-Deja. Esos malditos mocosos me han cortado el apetito.

-Tenías hambre.

-Te digo que ya no tengo hambre.

Subieron al auto y durante un rato anduvieron en silencio; Nadine dijo con voz ahogada:

-Debimos haber ido a otro país.

-¿Adónde?

-No sé. Pero tú debes saber.

-No, no sé -dijo él.

-Pero debe de haber un país donde se pueda vivir -dijo Nadine.

Bruscamente se echó a llorar y él la miró con estupor: las lágrimas de Paula eran naturales como la lluvia; pero ver llorar a Nadine era casi tan molesto como si hubiera sorprendido a Dubreuilh sollozando. Pasó su brazo alrededor de sus hombros y la atrajo hacia él.

-No llores. No llores -acariciaba su pelo lacio. ¿Por qué no había sabido hacerla sonreír? ¿Por qué le pesaba el corazón?

Nadine enjugó sus lágrimas y se sonó ruidosamente

-Pero tú, cuando eras joven, ¿fuiste feliz?

-Sí, he sido feliz.

-¡Ya ves!

Él dijo:

-Tú también serás feliz un día.

Hubiera habido que apretarla más fuerte y decirle.: "Yo te haré feliz." En ese instante lo deseaba: el deseo de un instante de comprometer toda su vida. No dijo nada. Pensó bruscamente: “El pasado no se repite; el pasado no se repetirá.”

-¡Vicente! -Nadine se precipitó hacia la salida. Vestido con su uniforme de corresponsal de guerra. Vicente agitaba la mano sonriendo. Nadine resbaló sobre sus suelas de goma y recobró el equilibrio aferrándose al brazo de Vicente.

-¡Hola, qué tal!

-¡Hola, los viajeros! -dijo Vicente alegremente. Silbó de admiración-. ¡Cómo estás vestida!

-Una verdadera señora, ¿eh? -dijo Nadine girando sobre sí misma; con su abrigo de piel, sus medias, sus zapatos, parecía elegante y casi femenina.

-Dame esto -dijo Vicente apoderándose de una gran bolsa marinera que Enrique arrastraba tras sí-. ¿Es un cadáver?

-Cincuenta kilos de comida -dijo Enrique-. Nadine abastece a su familia; el problema es llevarlos hasta el quai Voltaire.

-No hay problema -dijo Vicente con aire triunfal.

-¿Robaste un jeep? -dijo Nadine.

-No he robado nada.

Atravesó con decisión el hall de entrada y se detuvo ante un autito negro: -Es lindo, ¿eh?

-¿Es para nosotros? -dijo Enrique.

-Sí; por fin Lucas se las rebuscó. ¿qué te parece?

-Es chiquito -dijo Nadine.

-Va a sernos bárbaramente útil -dijo Enrique abriendo la puerta. Se amontonaron como pudieron con el equipaje atrás.

-¿Me llevarás a pasear? -preguntó Nadine.

-¿Estás chiflada? -dijo Vicente-. Es un instrumento de trabajo. Evidentemente, con toda esa carga que se trajeron estamos un poco apretados -concedió; se sentó al volante y el coche arrancó con unos sobresaltos dolorosos.

-¿Estás seguro que sabes manejar? -preguntó Nadine.

-Si me hubieras visto la otra noche arremeter en jeep, sin faros, sobre rutas minadas, no me insultarías gratuitamente. -Vicente miró a Enrique:- ¿Dejo a Nadine y te llevo al diario?

-De acuerdo. ¿Cómo va L’Espoir? No he visto ni un solo número en ese maldito país. ¿Siempre seguimos con el formato estampilla?

-Siempre; han autorizado dos nuevos pasquines. pero para nosotros no encuentran papel; Lucas te lo contará mejor que yo: acabo de llegar del frente.

-¿Pero el tiraje no bajó?

-No creo.

Enrique estaba ansioso por llegar al diario; pero sin duda Paula había llamado a la estación y sabía que el tren había llegado a horario; esperaba, los ojos fijos en el reloj, espiando todos los ruidos. Cuando hubieron dejado a Nadine en el ascensor en medio de todo su equipaje, Enrique dijo:

-Pensándolo bien, prefiero pasar primero por casa.

-Pero los muchachos te esperan -dijo Vicente.

-Diles que estaré en el diario dentro de una hora.

-Entonces te dejo el Rolls -dijo Vicente. Detuvo el coche ante el dispensario para perros y preguntó-: ¿Saco las valijas?

-La más chica, no más. Gracias.

Con un suspiro Enrique empujó la puerta, que golpeó violentamente un tacho de basura; el perro de la portera se puso a ladrar; antes de que Enrique hubiera golpeado Paula abrió.

-¡Eres tú! ¡Eres tú! -Quedó un momento inmóvil entre sus brazos; luego retrocedió.- ¡Tienes un aspecto espléndido; estás tostado! ¿No fué muy cansador ese viaje de vuelta? -Sonreía, pero un pequeño músculo temblaba espasmódicamente en la comisura de su boca.

-No, nada -puso la maleta sobre el diván-. Esto es para ti.

-¡Qué bueno eres!

-Ábrela.

La abrió: medias de seda, sandalias de gamuza, una cartera que hacía juego, telas, bufandas, guantes, había elegido cada artículo con un cuidado inquieto; se sintió un poco decepcionado porque ella miraba sin tocar nada, sin inclinarse, con un aire conmovido y vagamente indulgente: "¡Eres tan bueno!", repetía; volvió bruscamente la cabeza hacia él:

-¿Y tu maleta dónde está?

-Abajo, en el coche. Quizá sepas que L'Espoir consiguió un coche: Vicente fué a buscarme en él -dijo con voz animada.

-Voy a llamar a la portera para que suba tu maleta.

-No vale la pena -dijo Enrique y sin transición-. ¿Cómo pasaste este mes? ¿El tiempo no fué muy malo? ¿Saliste un poco?

-Un poco -dijo ella en tono evasivo. Su rostro se había petrificado.

-¿A quién has visto? ¿Qué has hecho? Cuéntame.

-No tiene ningún interés -dijo-. No hablemos de mí -y continuó con animación, pero con voz distraída-. ¿Sabes que tu libro es un éxito?

-No sé nada. ¿Anda bien?

-Los críticos no comprendieron ni una palabra, por supuesto; pero olfatearon la obra maestra.

-Estoy muy contento -dijo él con una sonrisa forzada; hubiera querido hacerle algunas preguntas, pero el vocabulario de Paula le resultaba insoportable. Cambió de tema-. ¿Has visto a los Dubreuilh? ¿Qué es de ellos?

-He entrevisto a Ana; tiene mucho trabajo.

Contestaba con el borde de los labios, y él estaba tan impaciente por volver a tomar contacto con la vida. Preguntó:

-¿Guardaste los números de L' Espoir?

-No los leí.

-¿No?

-Tú no habías escrito nada y tenía otras cosas en qué pensar. -Buscó su mirada y su rostro se reanimó.- He pensado mucho durante este mes y he comprendido muchas cosas. Lamento la escena que te hice antes de tu partida: la lamento sinceramente.

-No hablemos de eso -dijo Enrique-. En realidad, no me hiciste ninguna escena.

-Sí -dijo ella-. y te repito que lo lamento. Mira, en el fondo, sé desde hace tiempo que una mujer no puede serlo todo para un hombre como tú; ni siquiera todas las mujeres; pero no lo aceptaba de veras; ahora estoy dispuesta a quererte con una generosidad total; por ti, no para mí. Tienes una misión que debe pasar ante todo.

-¿Qué misión?

Ella logró sonreír:

-Me he dado cuenta que a menudo te he resultado un poco pesada; comprendo que hayas tenido ganas de recobrar un poco de soledad. Pero puedes estar tranquilo: la soledad, la libertad, te las prometo -miró a Enrique con intensidad-. Eres libre, mi amor, quiero que lo sepas bien; por otra parte, acabas de probarlo, ¿no? ,

-Sí -contestó y agregó débilmente-. Pero te he explicado. ..

-Lo recuerdo -dijo-, pero te afirmo que dado el cambio que se ha producido en mí ya no tienes ninguna razón de ir a instalarte al hotel. Escucha: ¿tienes ganas de independencia, de aventuras, pero también me quieres?

-Por supuesto.

-Entonces no te vayas; no lo lamentarás, te lo juro; verás qué trabajo se ha hecho en mí y como en adelante te resultaré de poco peso, -Se levantó y tendió la mano hacia el receptor:- El sobrino de la portera va a subirte la valija.

Enrique se levantó también y caminó hacia la escalera interior. "Más adelante", se dijo. No podía volver a torturarla desde los primeros minutos.

-Voy a lavarme un poco -dijo-, Me esperan en el diario. Vine justo a darte un beso.

-Comprendo muy bien -dijo ella tiernamente.

"Ahora va a dedicarse a probarme que soy libre -pensó sin benevolencia, instalándose en el autito negro-. Ah, pero esto no va a durar. No me quedaré mucho en su casa." Se prometió con rencor y decidió: "Mañana mismo voy a ocuparme de arreglar esto." Por el momento no quería pensar más en ella; ¡estaba tan contento de estar de regreso en París! El tiempo era gris, la gente había tenido frío y hambre ese invierno, pero todos llevaban zapatos; además se les podía hablar, hablar con ellos; lo que resultaba tan deprimente en Portugal era sentirse un testigo completamente inútil de una desdicha ajena. Al bajar del coche miró con ternura la fachada del edificio ¿Cómo habría andado L'Espoir? ¿Era verdad que su novela tenía éxito? Subió rápidamente la escalera y en seguida hubo un clamor; una banderilla cruzaba el cielorraso del corredor: "Bienvenida al viajero." De pie contra las paredes hacían un cerco, a guisa de espadas blandían sus lapiceras y cantaban un refrán ininteligible donde Salazar rimaba con azar; sólo faltaba Lambert, ¿por qué?

-¡Todos al bar! -gritó Lucas. Colocó pesadamente la mano sobre el hombro de Enrique-. ¿Te fué bien?

-¡Cómo estás de quemado!

-¡Mira esos zapatos!

-¿Nos traes un reportaje?

-¡Viste la camisa!

Palpaban el traje, la corbata, exclamaban, hacían pregunta tras pregunta, mientras el barman llenaba los vasos. Él también interrogaba; el tiraje había bajado un poco, pero iban a salir de nuevo en gran formato y eso restablecería las cosas; había habido un lío con la censura, nada grave; todo el mundo alababa su libro, era una barbaridad la cantidad de cartas que habían llegado, encontraría sobre su escritorio toda la colección de L'Espoir, tal vez se podría obtener un suplemento de papel por Preston, el americano. Eso permitiría sacar un suplemento los domingos, había muchas otras cosas que discutir. Se sentía un poco idiotizado por tres noches mal dormidas, por ese ruido, esas voces, esas risas, esos problemas; idiotizado y dichoso. Que idea la de ir a buscar a Portugal un pasado muerto y enterrado cuando el presente era tan alegremente vivo.

-Estoy encantado de haber vuelto -dijo en un impulso.

-Nosotros tampoco estamos descontentos de volver a verte -dijo Lucas. Agregó-: Ya empezábamos a necesitarte; vas a tener mucho trabajo, te advierto.

-Así lo espero.

Las máquinas de escribir tabletearon; todos se deslizaron por los corredores con patinadas y risas: qué jóvenes parecían al salir de un país donde nadie parecía tener edad.

Enrique empujó la puerta de su escritorio y se sentó en su sillón con una satisfacción de viejo empleado de oficina. Extendió ante él los últimos números de L 'Espoir, las firmas habituales, una buena compaginación, ni un centímetro de papel perdido. Saltó un mes atrás y se puso a recorrer los números uno tras otro; se las habían arreglado muy bien sin él y eso mismo probaba su éxito: L'Espoir no era solamente una aventura de guerra, era una empresa muy sólida; excelentes los

Librodot

artículos de Vicente sobre Holanda, y aun mejores los de Lambert sobre los campos de concentración; decididamente habían sabido encontrar el tono: ni tonterías, ni mentiras, ni vaciedades; L'Espoir conmovía a los intelectuales por su probidad y atraía al grueso público porque estaba lleno de vida. Un solo punto débil: los artículos de Sézenac eran lamentables.

-¿Puedo entrar?

Lambert sonreía tímidamente en el marco de la puerta.

-¡Por supuesto! .¿Dónde te escondías? ¡Bien podías haber ido a la estación, falluto!

-Pensé que no habría lugar para cuatro:-dijo Lambert con aire incómodo- y la fiestita de éstos. ..-agregó con una mueca; se interrumpió-. Lo que pasa es que ahora te molesto.

-En absoluto; siéntate.

-¿Agradable el viaje? -Lambert se encogió de hombros.- Te lo habrán preguntado veinte veces.

-Agradable y desagradable; un hermoso decorado y siete millones de muertos de hambre.

-Tienen buenas telas -dijo Lambert examinando a Enrique con aprobación; sonrió-. ¿Están de moda allí los zapatos anaranjados?

-Naranja o limón, pero es un buen cuero. Para los ricos hay de todo, eso es lo feo; ya te contaré, pero primeramente dame noticias de aquí. Acabo de leer tus artículos, son buenos, ¿sabes?

-Parecía una composición de colegio -dijo Lambert con voz irónica-. Describa sus impresiones durante la visita a un campo de concentración; creo que hemos sido más de veinte los que tocamos el tema -su rostro se iluminó-. ¿Sabes lo que es muy bueno?: tu libro; yo estaba reventado, había andado un día y una noche sin pegar los ojos cuando lo empecé: lo leí de un tirón, no pude dormirme antes de haberlo terminado.

-No sabes qué placer me das -dijo Enrique.

Las alabanzas resultan incómodas; sin embargo, Lambert le había dado un placer verdadero; es exactamente así como había soñado ser leído: a lo largo de una noche por un joven impaciente. Sólo por eso valía la pena escribir; sobre todo para eso.

-He pensado que te divertiría leer las críticas -dijo Lambert. Arrojó sobre la mesa un grueso sobre amarillo-. Yo también me mandé mi notita.

-Por supuesto, me divierte; gracias -dijo Enrique.

Lambert lo miró con aire levemente ansioso:

-¿Allí escribiste?

-Un reportaje.

-Pero ahora nos darás otra

-En cuanto tenga tiempo.

-Encuentra el tiempo -dijo Lambert-. Pensé durante tu ausencia. ..-se ruborizó-. Tienes que defenderte.

-¿Contra quién? -dijo Enrique sonriendo.

De nuevo Lambert vaciló.

-Parece que Dubreuilh te espera con impaciencia. No te dejes embarcar en su organización. ..

-Ya estoy más o menos embarcado -dijo Enrique.

-Y bueno, trata de salir.

Enrique sonrió:

-No. Ya no es posible seguir apolítico.

El rostro de Lambert se ensombreció:

-¿Entonces me censuras?

-¡Qué esperanza! Quiero decir que para mí ya no es posible. No tenemos la misma edad.

-¿Qué tiene que ver la edad? .-preguntó Lambert.

Librodot

-Ya verás. Uno comprende cosas, cambia.-Sonrió.- Te prometo que encontraré tiempo para escribir.

-Es necesario -dijo Lambert.

-Pero ya que hablamos, es muy fácil sermonear a los otros; sin embargo no veo dónde están esos famosos relatos que me habías anunciado.

-No valen nada -dijo Lambert.

-Tráemelos; después, una de estas noches, podemos ir a comer juntos y te daré mi opinión.

-De acuerdo -dijo Lambert. Se levantó. Supongo que no quieres recibirla pero ahí está esa chica, María Ángel Bizet, que quiere reportearte a toda costa; espera desde hace dos horas. ¿Qué le digo?

-Que nunca acepto que me reporteen y que estoy loco de trabajo.

Lambert cerró la puerta tras sí y Enrique vació sobre la mesa el sobre amarillo. En una carpeta hinchada la secretaria había escrito: "Correspondencia novela." Vaciló un segundo. Había escrito esa novela durante la guerra sin pensar en la suerte que le esperaba, ni siquiera estaba seguro que le esperara destino alguno; y ahora el libro estaba publicado, la gente lo había leído; Enrique era juzgado, discutido, clasificado como tan a menudo él juzgaba y discutía a los demás. Desparramó los recortes y se puso a recorrerlos. Paula decía: "Un triunfo", y él había pensado que exageraba; pero el hecho es que los críticos empleaban también palabras definitivas. Lambert era evidentemente parcial, Lachaume también y todos esos jóvenes críticos que acababan de nacer eran de una benevolencia decidida hacia los escritores de la Resistencia; pero las cartas calurosas enviadas por amigos y por desconocidos confirmaban el veredicto de la prensa. Verdaderamente, aun sin darse cuerda, había de qué estar contento: esas páginas escritas con emoción habían emocionado. Enrique se desperezó alegremente. Era algo un poco milagroso lo que acababa de producirse. Dos años antes espesas cortinas velaban los vidrios pintados de azul, él estaba separado de la ciudad oscura y de la tierra, su lapicera vacilaba sobre el papel: hoy esos rumores inciertos en su garganta habían estallado en el mundo en una voz viviente; los secretos movimientos de su corazón se habían trocado en verdades para otros corazones. "Debí explicarle a Nadine -se dijo-. Si los demás no cuentan no tiene sentido escribir. Pero si cuentan es enorme suscitar con palabras su amistad, su confianza; es enorme oír resonar en ellos los pensamientos de uno." Alzó los ojos; la puerta se abría.

-He esperado dos horas:-dijo una voz quejumbrosa-, bien puedes concederme un cuarto de hora -María Ángel se plantó ante su escritorio-. Es para Lendemain, un gran aparato en primera página, con foto.

-Sabes muy bien que nunca acepto reportajes.

-Por lo mismo; así el mío valdrá como oro en polvo.

Enrique meneó la cabeza y ella continuó con indignación.

-No vas a arruinar mi carrera por una cuestión de principio.

Él sonrió: ¡para ella significaba tanto un cuarto de hora de conversación y a él le costaba tan poco! A decir verdad hasta se sentía con humor de hablar de sí mismo. Entre la gente que admiraba su libro había seguramente algunos que deseaban conocer mejor al autor; tenía ganas de informarles. Para que esa simpatía se dirigiera verdaderamente a él.

-Está bien -dijo-. ¿Qué quieres que te diga?

-Y bueno; para empezar, ¿de dónde sales?

-Mi padre era farmacéutico en Tulle. .

-¿Después?

Enrique vaciló, no era cómodo empezar a boca de jarro a hablar de sí mismo.

-Vamos -dijo María Ángel-. Cuéntame uno o dos recuerdos de infancia.

Recuerdos, él los tenía como todo el mundo, pero no le parecían muy importantes: salvo esa comida en el comedor Enrique II durante el cual se había liberado del miedo.

-Bueno, ahí va uno -dijo-. No es casi nada pero para mí fué el principio de muchas cosas.

María Ángel lo miró con aire alentador, el lápiz suspendido sobre su libreta de anotaciones, y él agregó:

-El gran tema de conversación entre mis padres eran las catástrofes que amenazaban al mundo: el peligro rojo, el peligro amarillo, la barbarie, la decadencia, la revolución, el bolchevismo; yo veía eso como monstruos horribles que iban a devorar a la humanidad. Aquella noche mi padre profetizaba como de costumbre: la revolución era inminente, la civilización se hundía, Y mi madre opinaba con aire aterrorizado. Bruscamente pensé: "Pero de todas maneras los que ganarán serán hombres." Quizá no fueron exactamente esas palabras las que me dije, pero era ese el sentido -Enrique sonrió-. El efecto fue milagroso. No hubo más monstruos, estábamos sobre la tierra entre criaturas humanas, entre nosotros.

-¿Y entonces? -dijo María Ángel.

-Entonces, desde ese día, me dediqué a cazar monstruos.

María Ángel miró a Enrique con aire perplejo:

-Pero ¿cómo termina tu historia?

-¿Qué historia?

-La que acabas de empezar -dijo ella con impaciencia.

-No hay otro fin. Está terminada -dijo Enrique.

-¡Ah!-dijo María Ángel; agregó quejumbrosa-. Hubiera querido algo pintoresco.

-Mi infancia no tuvo nada de pintoresco -dijo Enrique-. La farmacia me hartaba y me humillaba vivir en provincias. Felizmente tenía un tío en París que me hizo entrar en Vendredi.

Se detuvo; de sus primeros años en París veía muchas cosas para decir, pero no sabía cuales elegir.

-¿Vendredi era un diario de izquierda? -dijo María Ángel-. ¿Ya tenías ideas de izquierda?

-Sentía sobre todo horror por todas las ideas de derecha.

-¿Por qué?

Enrique reflexionó: Era ambicioso cuando tenía veinte años; justamente por eso era democrático. Quería ser el primero; pero el primero entre iguales. Si había trampa en la largada de la carrera el juego perdía todo valor.

María Ángel borroneó sobre su libreta; no parecía inteligente. Enrique buscó palabras fáciles: "Entre un chimpancé y el último de los hombres hay mucha más diferencia que entre éste y Einstein. Una conciencia que atestigua de sí misma es un absoluto." Iba a volver a decir algo pero María Ángel se le anticipó.

-Háblame de tus comienzos.

-¿Qué comienzos?

-Tus comienzos en la literatura.

-He escrito más o menos siempre.

-¿Qué edad tenías cuando apareció La Mésaventure?

-Veinticinco años.

-¿Quién te lanzó? ¿Dubreuilh?

-Me ayudó mucho.

-¿Cómo lo conociste?

-Me mandaron a hacerle un reportaje: él me hizo hablar a mí; me dijo que volviera a verlo y volví. ..

-Dame detalles -dijo María Ángel con voz quejumbrosa-. Cuentas muy mal. -Lo miró en los ojos:- ¿De qué hablan cuando están juntos?

Él se encogió de hombros.

-De todo y de nada, como todo el mundo.

-¿Él te alentó a escribir?

-Sí. y cuando terminé La Mésaventure se la dió a leer a Mauvanes, que la aceptó en seguida. ..

-¿Tuviste mucho éxito?

-Un éxito de estima. ¿Sabes?, es divertido. ..

-Sí, cuéntame algo divertido -dijo ella encantada.

Enrique vaciló:

-Es divertido ver que uno empieza con grandes sueños de gloria y después está loco de alegría por el primer éxito minúsculo.

María Ángel suspiró:

-Los títulos de tus otros libros y las fechas los tengo. ¿Te movilizaron?

-En la infantería, como segunda clase. Nunca quise ser oficial. Herido el 9 de mayo en el Mont-Dieu cerca de Vouziers, evacuado en Montélimar; vuelta a París en septiembre.

-¿Qué hiciste exactamente en la Resistencia?

-Lucas y yo fundamos L'Espoir en 1941.

-¿Pero tuviste otras actividades?

-No tiene interés; déjalas.

-Bueno. ¿Cuándo escribiste tu último libro?

-Entre el 41 y el 43.

-¿Has empezado otra cosa?

-No; pero voy a hacerlo.

-¿Qué? ¿Una novela?

-Una novela; pero está todavía muy vaga.

-He oído hablar de una revista.

-Si; me ocuparé con Dubreuilh de una revista mensual que aparecerá en la editorial Mauvanes y que se llamará Vigilance.

-¿Qué es ese partido político que Dubreuilh está creando?

-Sería muy largo de explicar.

-¿Pero qué es?

-Pregúntaselo a él.

-No es posible acercársele. -María Ángel suspiró.- Son increíbles. Yo, si fuera célebre, me haría hacer reportajes sin cesar.

-Entonces no tendrías tiempo de hacer nada y no serías ni un poquito célebre. Ahora vas a ser buena y me vas a dejar trabajar.

-Pero me faltan todavía un montón de preguntas: ¿qué impresiones traes de Portugal?

Enrique se encogió de hombros.

-Es repugnante.

-¿Por qué?

-Por todo.

-Explícate un poco; yo no puedo decirles a mis lectores, simplemente: es repugnante.

-Y bueno, diles que el paternalismo de Salazar es una innoble dictadura y que los americanos deberían apresurarse en sacarlo- dijo Enrique con voz rápida- Desgraciadamente no estamos en víspera de ello: acaba de venderles bases aéreas en las Azores. -María Ángel frunció el ceno y Enrique agregó-: Si te molesta no hables de esto; yo voy a ocuparme en L'Espoir.

-¡Claro que hablaré! - dijo María Ángel. Miró a Enrique con aire profundo -. ¿Qué razones interiores te empujaron a ese viaje?

-Mira, no estás obligada a destacarte en el oficio de hacer preguntas idiotas. Y te repito que ya basta: ahora vete.

-Hubiera querido anécdotas.

-No tengo ninguna.

María Ángel se alejó a pasitos cortos. Enrique se sintió un poco decepcionado: ella no había hecho las preguntas necesarias, él no había dicho nada de lo que tenía que decir. Después de todo, ¿qué tenía que decir? "Quisiera que mis lectores supieran quién soy, pero ni yo mismo tengo una idea hecha sobre mi persona." En fin, dentro de algunos días iba a volver a escribir y trataría de definirse con método.

Volvió a recorrer su correspondencia ¡cuántos telegramas y recortes de prensa para examinar, cartas para escribir, gente a quien ver! Lucas lo había prevenido: había mucho trabajo. Pasó los días siguientes encerrado en su escritorio; sólo iba a casa de Paula para dormir, y apenas encontraba tiempo para redactar su reportaje, que los tipógrafos le arrancaban hoja por hoja. Después de sus vacaciones, demasiado largas, le gustaba esta orgía de actividad. Reconoció sin entusiasmo la voz de Scriassine en el teléfono.

-Especie de ingrato, hace cuatro días que has vuelto y todavía no te he visto. Ven en seguida a L'Isba, calle Balzac.

-Lo lamento; tengo que trabajar

-No lo lamentes, ven; te esperamos para tomar el champaña de la amistad.

-¿Quién me espera? -dijo Enrique alegremente.

-Yo, entre otros -dijo la voz de Dubreuilh-, Ana y Julián. Tengo cincuenta cosas que decirle. ¿Qué diablos está haciendo? ¿No puede salir de su madriguera una hora o dos?

-Pensaba ir a su casa mañana -dijo Enrique.

-Más bien venga en seguida a L'Isba.

-Bueno, voy.

Enrique colgó y, sonrió; tenía ganas de ver a Dubreuilh. Descolgó el receptor y llamó a Paula:

-Soy yo. Los Dubreuilh y Scriassine nos esperan en L'Isba. L'Isba, sí; qué sé yo; voy a buscarte con el auto.

Media hora más tarde bajaba con Paula por una escalera flanqueada de cosacos engalonados; ella llevaba un vestido largo, nuevo, y pensándolo, el verde no le quedaba bien.

-Qué lugar disparatado -dijo ella.

-Con Scriassine hay que prepararse a todo.

Afuera la noche estaba tan desierta, tan muda, que el lujo de L 'Isba parecía inquietante: uno imaginaba así la antecámara perversa de una sala de torturas. Las paredes acolchadas estaban pintadas de un rojo sangriento, la sangre chorreaba por los pliegues de las cortinas y las camisas de los músicos cíngaros estaban satinadas de rojo.

-¡Ah, por fin llegó! ¡Consiguió escaparse! -dijo Ana.

-Parecen sanos y salvos -dijo Julián.

-Acabamos de ser atacados por periodistas -dijo Dubreuilh.

-Dubreuilh estuvo formidable -dijo Julián con voz entusiasta y tartamuda-. Dijo. ..ya no sé lo que dijo, pero estaba bien mandado. Un poco más y los destripa. ..

Hablaban todos a la vez, salvo Scriassine que sonreía con un aire un poco superior.

-Creí, de veras, que Roberto iba a pegarles-dijo Ana.

-Dijo: No somos monos sabios -agregó Julián con aire iluminado.

-Siempre he considerado que mi cara era de mi propiedad personal -dijo Dubreuilh con dignidad.

-Lo que pasa -dijo Ana- es que para las personas como tú la desnudez comienza en la cara; mostrar su nariz y sus ojos ya es exhibicionismo.

-A los exhibicionistas no los fotografían -dijo Dubreuilh.

-Es un error -dijo Julián.

-Bebe -dijo Enrique tendiéndole a Paula un vaso de vodka-. Bebe, llevamos mucho retraso. -Vació su copa y preguntó.- Pero ¿cómo pudieron saber que ustedes estaban aquí?

-Es verdad -dijeron mirándose con sorpresa-. ¿Cómo?

-Supongo que el camarero les telefoneó -dijo Scriassine.

-Pero no nos conoce -dijo Ana.

Librodot

-A mí me conoce -dijo Scriassine. Mordisqueó su labio inferior con un aire confuso de mujer descubierta en falta-. Yo quería que los tratase a la altura de sus méritos y entonces le dije quiénes eran.

-¡Y veo que la acertaste! -dijo Enrique. La pueril vanidad de Scriassine lo asombraba siempre.

Dubreuilh se echó a reír.

-Él mismo nos denunció. ¡Sería imposible inventar algo mejor! -Se volvió vivamente hacia Enrique.- y ese viaje, ¿qué tal? Cómo vacaciones parecería que pasó todo su tiempo en conferencias y en encuestas.

-Sin embargo, paseé bastante -dijo Enrique.

-Su artículo da más bien ganas de ir a pasear a otro lado: ¡triste país' .

-Era triste pero era hermoso -dijo Enrique alegremente-. Es triste sobre todo para los portugueses.

-No sé si lo hizo a propósito -dijo Dubreuilh-; pero cuando dice que el mar es azul, el azul se convierte en un color siniestro.

-Lo era a veces, no siempre -Enrique sonrió-. Usted sabe lo que es cuando uno escribe.

-Sí -dijo Julián-. Hay que mentir para no ser verídico.

-De todas maneras me alegro de haber vuelto -dijo Enrique.

-Pero no se muere de ganas por ver a sus amigos.

-Sí, me moría de ganas -dijo Enrique-. Todas las mañanas me decía que iba a hacer un salto hasta su casa y luego bruscamente era más de medianoche.

-Sí -dijo Dubreuilh con aire de reprimenda-. Pues mañana arrégleselas para vigilar mejor su reloj; tengo que ponerlo al corriente de montones de cosas -sonrió-. Creo que estamos partiendo con buen pie.

-¿Empieza a reclutar? ¿Samazelle se decidió? -preguntó Enrique.

-No está de acuerdo en todo, pero llegaremos a una transacción -dijo Dubreuilh.

-Nada de conversaciones serias esta noche -dijo Scriassine; hizo una seña al camarero--. Dos botellas de Mumm, bruto.

-¿Es absolutamente necesario? -dijo Enrique.

-Sí, son las órdenes -Scriassine seguía con los ojos al camarero-. Ha pegado un bajón desde el 39, es un ex coronel.

-¿Eres un cliente de esta cueva? -dijo Enrique.

-Cada vez que tengo ganas de que se me quiebre el corazón vengo a escuchar esta música.

-¡Hay tantos medios menos costosos! -dijo Julián-. Además todos los corazones están hechos trizas desde hace tiempo -concluyó con un aire vago.

-Mi corazón sólo se quiebra cuando oigo jazz -dijo Enrique-; estos cíngaros más bien me rompen la cabeza.

-¡Oh! dijo Ana.

-El jazz -dijo Scriassine-. He escrito páginas definitivas sobre el jazz en Los hijos de Abel.

-¿Usted cree que alguna vez se escribe algo definitivo? -dijo Paula con voz altiva.

-No discuto, léalo -dijo Scriassine-. La edición francesa va a aparecer en estos días -se encogió de hombros-. ¡Cinco mil ejemplares es irrisorio! Para libros de valor debería haber medidas de excepción. ¿Cuántos ejemplares sacaste?

-Cinco mil -dijo Enrique.

-Absurdo. Porque en fin, has escrito el libro de la ocupación. Semejante libro debería tener una tirada de cien mil ejemplares.

-Explícate con el ministro de Informaciones dijo Enrique.

El entusiasmo imperioso de Scriassine lo había fastidiado; entre amigos uno trata de no hablar de sus libros: molesta a todo el mundo y no divierte a nadie.

-Vamos a sacar una revista el mes próximo -dijo Dubreuilh-. Pero obtener papel le juro que no fué fácil.

-Es que el ministro no sabe su oficio -dijo Scriassine-. ¡Yo se lo encontraría el papel!

Cuando atacaba con su voz didáctica un problema técnico, Scriassine era inagotable. Mientras inundaba complacientemente a Francia de papel, Ana dijo en voz baja:

-¿Sabe?, creo que desde hace veinte años ningún libro me ha conmovido tanto como su novela; es un libro. .. justo lo que uno tenía ganas de leer después de estos cuatro años. Me conmovió tanto, que varias veces tuve que cerrarlo y salir a pasear por las calles para calmarme. -Se ruborizó bruscamente:- Es estúpido decir estas cosas, pero también es estúpido no decirlas; no pueden apenar.

-Más bien dan placer -dijo Enrique.

-Ha conmovido a mucha gente -dijo Ana-, a todos los que no tienen ganas de olvidar -agregó con una especie de pasión. Él le sonrió con simpatía; llevaba esa noche un vestido escocés que la rejuvenecía, tenía la cara bien arreglada, en un sentido parecía mucho más joven que Nadine. Nadine nunca se ruborizaba.

Scriassine instaló su voz:

-Esa revista puede ser un instrumento de cultura y de acción francamente considerable, pero a condición que no exprese solamente las tendencias de un clan. Estimo que un hombre como Luis Volange debe formar parte de su equipo.

-De ninguna manera -dijo Dubreuilh.

-Una debilidad de orden intelectual no es tan grave -dijo Scriassine-. ¿Qué intelectual no se ha equivocado nunca? -Agregó con voz sombría:- ¿Hay que soportar toda la vida el peso de las propias faltas?

-Ser miembro del partido en la U. R. S. S. en 1930 no era una falta -dijo Dubreuilh.

-Si no hay derecho a equivocarse, era un crimen.

-No es una cuestión de derecho -dijo Dubreuilh.

-¿Cómo se atreven a erigirse en jueces? -dijo Scriassine sin escucharlo-. ¿Conoce usted las razones de Volange, sus excusas? ¿Están acaso seguros de que todas las personas que aceptan en su equipo valen más que él?

-No juzgamos -dijo Enrique-. Tomamos partido. Es muy distinto.

Volange había sido lo bastante hábil como para no comprometerse seriamente; pero Enrique se había jurado no volver a darle la mano; además no se sorprendió cuando leyó en los diarios que Luis escribía en zona libre: desde que habían salido del colegio, la amistad entre ambos se había convertido en una franca enemistad, casi confesada.

Scriassine se encogió de hombros con aire escéptico e hizo una seña al camarero.

-Otra botella -de nuevo examinaba de reojo al viejo emigrado-. ¿No les impresiona esa cara? Las bolsas bajo los ojos, el pliegue de la boca, todos los síntomas de la decadencia; antes de la guerra todavía había altivez en ese rostro; pero lo corroe la vileza, su casta de crápulas y su traición.

Clavaba en el hombre; una mirada fascinada y Enrique pensó: "Es su ilota." Él también habia huido de su país y allí lo llamaban traidor; era sin duda eso lo que explicaba su vanidad: no tenía más patria ni más testigo que sí mismo; entonces tenía que asegurarse que en alguna parte del mundo su nombre significaba algo.

-¡Ana! -exclamó Paula-. ¡Qué horror!

Ana vaciaba su vaso de vodka en la copa de champaña.

-Es para animar el champaña -explicó-. Prueba, te va a gustar.

Paula sacudió la cabeza.

-¿Por qué no bebes nada? -dijo Ana-. Uno está más alegre cuando bebe.

-Beber me emborracha -dijo Paula.

Julián se echó a reír.

-Me hace pensar en esa muchacha, una chica encantadora que encontré en la puerta de un hotelucho en la calle Montparnasse, que me decía: A mí, vivir me mata. ..

Librodot

-No lo dijo -opinó Ana.

-Hubiera podido decirlo.

-Además tenía razón -dijo Ana con voz sentenciosa de ebria-. Vivir es morir un poco. ..

-Callen, por Dios -dijo Scriassine-. Si no escuchan, por lo menos dejen escuchar.

La orquesta acababa de atacar con ímpetu "Ojos negros".

-Dejemos que se le quiebre el corazón -dijo Ana.

-Sobre las ruinas de un corazón quebrado... -murmuró Julián.

-¡Pero callen!

Callaron. Scriassine, los ojos fijos sobre los dedos movedizos de los violinistas, escuchaba con aire arrebatado algún antiguo recuerdo. Creía viril imponer sus caprichos, pero le cedían como a una mujer nerviosa; esa docilidad debería haberle parecido sospechosa: quizá lo notaba. Enrique sonrió mirando a Dubreuilh que tamborileaba sobre la mesa; su cortesía parecía infinita si no se le ponía demasiado tiempo a prueba: pronto uno advertía que tenía límites. Enrique tenía muchas ganas de conversar tranquilamente con él, pero no sentía impaciencia; no le gustaba ni el champaña, ni la música cíngara, ni ese falso lujo: no impide que era una fiesta estar sentado a las dos de la mañana en un lugar público. "Estamos de nuevo en lo nuestro", se dijo. Ana, Paula, Julián, Scriassine, Dubreuilh: "mis amigos". La palabra crepitó en su corazón con la alegría de una piña.

Mientras Scriassine aplaudía con furia, Julián arrastró a Paula a la pista; Dubreuilh se volvió hacia Enrique:

-¿Todos esos tipos que usted ha visto allí esperan una revolución?

-La esperan; desgraciadamente, Salazar no caerá antes de que hayan sacado a Franco, y los americanos no parecen impacientes.

Scriassine se encogió de hombros.

-Comprendo que no tengan ganas de crear bases comunistas en el Mediterráneo.

-¿Por miedo al comunismo llegarías hasta endiosar a Franco? -dijo Enrique con voz incrédula.

-Temo que ustedes no comprendan muy bien la situación -dijo Scriassine.

-Tranquilícese -dijo Dubreuilh alegremente-, la comprendemos muy bien.

Scriassine abrió la boca, pero Dubreuilh lo detuvo riendo:

-Sí, usted ve el porvenir, pero sin embargo no es Nostradamus; sobre la que pasará dentro de cincuenta años no tiene más luces que nosotros. Lo seguro es que por el momento el peligro staliniano es un invento americano.

Scriassine miró a Dubreuilh con aire sospechoso.

-Usted habla exactamente como un comunista.

-¡Ah, perdón! Un comunista no diría en voz alta lo que acabo de decir -dijo Dubreuilh-. Cuando uno ataca a Estados Unidos lo acusan de hacerle el juego a la quinta columna.

-La consigna cambiará muy pronto -dijo Scriassine-. Usted los precede en algunas semanas, eso es todo -frunció el ceño-. Me preguntan muy a menudo en qué puntos se diferencian ustedes de los comunistas; y confieso que no sé qué contestar.

Dubreuilh se echó a reír: -No conteste.

-Vamos -dijo Enrique-. Creí que las conversaciones serias estaban prohibidas.

Encogiéndose de hombros con aire fastidiado, Scriassine demostró que ya no era el momento de ser frívolo.

-¿Es una manera de no contestar? -preguntó clavando en Dubreuilh una mirada acusadora.

-Pero no, no soy comunista, usted lo sabe muy bien -dijo Dubreuilh.

-Lo sé mal -el rostro de Scriassine cambió; sonrió con su aire más encantador-: Verdaderamente, me gustaría conocer su punto de vista.

-Me parece que en este momento los comunistas la están embarrando -dijo Dubreuilh-. Sé muy bien por qué sostienen a Yalta, quieren dejar a la U. R. S. S. el tiempo de levantarse; pero el resultado es que el mundo va a encontrarse de nuevo dividido en dos campos que tendrán todos los motivos para golpearse entre sí.

-¿Eso es todo lo que les reprocha? ¿Un error de cálculo? -dijo Scriassine con severidad.

-Les reprocho que no vean más allá de sus narices. -Dubreuilh se encogió de hombros.- La reconstrucción es muy linda; pero no por cualquier medio. Aceptan la ayuda americana, uno de estos días se morderán los dedos; poco a poco Francia va a caer bajo el dominio de Estados Unidos.

Scriassine vació su copa de champaña y volvió a colocarla bruscamente sobre la mesa.

-¡He aquí una predicción muy optimista! -continuó con voz seria-: No me gustan los Estados Unidos; no creo en la civilización atlántica; pero deseo la hegemonía americana porque la cuestión que hoy se plantea es la de la abundancia, y sólo los Estados U nidos pueden dárnosla.

-¿La abundancia para quién? ¿A qué precio? -dijo Dubreuilh y agregó con voz indignada- ¡Será lindo el día en que seamos una colonia de los Estados Unidos!

-¿Usted prefiere que seamos anexados por la U. R. S. S.? -dijo Scriassine. Detuvo a Dubreuilh con un gesto-. Ya sé, sueña con una Europa unida, autónoma, socialista. Pero si rechaza la protección de los Estados Unidos caerá fatalmente en manos de Stalin.

Dubreuilh se encogió de hombros.

-La U. R. S. S. no quiere anexar nada.

-De todas maneras esa Europa no se hará -dijo Scriassine.

-Es usted quien lo dice -dijo Dubreuilh. Agregó con vivacidad-: En todo caso, aquí, en Francia, tenemos una meta bien precisa: es la de formar un verdadero gobierno de frente popular; para eso es necesario una izquierda no comunista que pueda soportarlo. -Se volvió hacia Enrique:- No hay que perder tiempo. En este momento la gente tiene la impresión de que el porvenir está abierto: no esperemos que estén descorazonados.

Scriassine tomó un vaso de vodka y cayó en la contemplación del camarero; renunciaba a hablar razonablemente con locos.

-¿Usted decía que habían partido bien? -dijo Enrique.

-Sí, arrancamos bien; pero ahora hay que continuar. Quisiera que usted se reuniera con Samazelle lo antes posible. El sábado hay una reunión de comité, cuento con usted.

-Déjeme respirar -dijo Enrique. Miró a Dubreuilh con un poco de inquietud. No sería fácil defenderse contra esa buena sonrisa exigente.

-He demorado la discusión para que usted pueda asistir -dijo Dubreuilh con un leve reproche.

-No hubiera debido hacerlo -dijo Enrique-. Le aseguro que sobrestima mi competencia.

-Y usted su incompetencia -dijo Dubreuilh. Miró a Enrique con severidad-: Usted ha dado la vuelta completa de la situación durante estos cuatro días; la evolución fué mala. Se habrá dado cuenta que ya la neutralidad no es posible.

-Pero yo no he sido neutro -dijo Enrique-. Siempre acepté marchar con el S. R. L.

-¡Vamos! Su nombre y algunos actos de presencia, eso es todo lo que prometió.

-No se olvide que tengo un diario a mi cargo -dijo Enrique con impetuosidad.

-Justamente; es sobre todo en su diario en lo que pensaba; no puede seguir siendo neutro.

-¡Pero no lo es! -dijo Enrique con sorpresa.

-¡Qué más quiere! -Dubreuilh se encogió de hombros-. Estar del lado de la Resistencia no constituye un programa.

-No tengo programa -dijo Enrique-, pero cada vez que es necesario L'Espoir toma partido.

-Pero no, no toma partido; por otra parte, tampoco lo toman los demás diarios; todos discuten por nimiedades pero están de acuerdo en lo fundamental -había ira en la voz de Dubreuilh-. Desde Le Figaro hasta L'Humanité, son todos mistificadores; dicen sí a De Gaulle, sí a Yalta, a todo; fingen creer que todavía hay una Resistencia y que estamos en marcha hacia el socialismo; uno que descarriló de veras en sus últimos editoriales es su amigo Lucas. En verdad nos movemos sin adelantar; hasta hemos empezado a dar marcha atrás, ¡y ninguno de ustedes se atreve a tomar posición!

-Yo creía que usted estaba de acuerdo con L'Espoir -dijo Enrique; su corazón se había puesto a latir más rápido; se sentía consternado; durante estos cuatro días había coincidido con ese diario como uno coincide con su propia vida; y de pronto L'Espoir era acusado, y por Dubreuilh.

-¿De acuerdo con qué? -dijo Dubreuilh-. L'Espoir no tiene línea. Todos los días deplora que no se hayan hecho las nacionalizaciones. ¿Y qué hay? Lo que sería interesante decir es quién las frena y por qué.

-No quiero colocarme en un terreno de clases -dijo Enrique-. Las reformas se harán cuando la opinión lo exija; trato de ganar la opinión. Para eso no debo indisponer a la mitad de nuestros lectores.

-¿No pensará que la lucha de clases está superada? -dijo Dubreuilh con aire sospechoso.

-No.

-Entonces no venga a hablarme de la opinión -dijo Dubreuilh-. Está de un lado el proletariado, que quiere las reformas, y del otro la burguesía, que no las quiere. La clase media vacila porque no sabe muy bien dónde está su interés; pero no espere influir en ella. La situación decidirá.

Enrique vaciló. La lucha de clases no estaba superada, eso condenaba todo llamado a la buena voluntad de la gente, a su buen sentido.

-Sus intereses son complejos -dijo-. No estoy muy seguro de que no sea posible influir en ella.

Dubreuilh hizo un gesto, pero Enrique lo detuvo.

-Otra cosa -dijo enérgicamente-, los obreros que leen L'Espoir lo hacen porque los cambia de L'Humanité, los ventila; si me coloco en el mismo terreno que los diarios comunistas sólo me quedarán dos alternativas: o repetir las mismas cosas que dicen ellos, o tomar partido contra ellos; y los obreros me dejarán caer. -Agregó con voz conciliadora:- Yo llego a mucha más gente que ustedes. Estoy obligado a tener una plataforma mucho más amplia.

-Sí, usted llega a mucha gente -dijo Dubreuilh-, pero usted mismo acaba de decir por qué. Si su diario gusta a todo el mundo es porque no molesta a nadie. No ataca nada, no defiende nada. elude todos los verdaderos problemas. Se le lee con placer, pero como se lee una gaceta local.

Hubo un silencio. Paula había vuelto a sentarse junto a Ana; parecía ofendida y Ana muy molesta; Julián había desaparecido; Scriassine se había arrancado de su meditación, y miraba tan pronto a Enrique, tan pronto a Dubreuilh como si estuviera midiendo los golpes; pero no se jugaba ningún partido. Enrique estaba anonadado por la violencia del ataque.

-¿Adónde quiere ir? -dijo.

-Encare las cosas francamente -dijo Dubreuilh-, y sitúese con respecto al P. C.

Enrique clavó en Dubreuilh una mirada cargada de sospechas; solía mezclarse a menudo fogosamente en los asuntos de los demás, pero también a menudo se advertía que lo había convertido en un asunto propio.

-En resumen, lo que me propone es el programa del S. R. L.

-Sí -dijo Dubreuilh.

-¿No pretende, sin embargo, que L'Espoir se convierta en el diario del movimiento?

-Sería normal -dijo Dubreuilh-. La debilidad de L'Espoir viene de que no representa nada; por otra parte, sin diario, el movimiento no tiene casi ninguna posibilidad de triunfar. Como nuestras finalidades son las mismas. ..

-Nuestras finalidades, pero no nuestros métodos -dijo Enrique. Pensó con pena: "¡Por eso Dubreuilh estaba tan impaciente por verme!" Toda su alegría había caído: "¿No se puede acaso pasar una noche entre amigos sin hablar de política?", se dijo. No era tan urgente esa conversación. Dubreuilh hubiera podido diferirla uno o dos días; se había vuelto casi tan maniático como Scriassine.

-Precisamente saldría ganando si cambiara de método -dijo Dubreuilh.

Enrique meneó la cabeza:

-Le mostraré las cartas que recibo; cartas de intelectuales sobre todo: profesores, estudiantes; lo que les gusta en L'Espoir es su buena fe. Si enarbolo un programa pierdo la confianza de ellos.

-Por supuesto. Los intelectuales están encantados cuando se les alienta a no ser ni chicha ni limonada -dijo Dubreuilh-. La confianza de ellos. .. como decía el otro, ¿para qué?

-Déme dos o tres años y se los llevo de la mano al S. R. L. -dijo Enrique.

-¿Usted cree? ¡Vaya un idealista! -dijo Dubreuilh.

-Posible -dijo Enrique con un poco de irritación-. En el 41 también me trataron de idealista -agregó con voz decidida-: Tengo mis ideas sobre lo que debe ser un diario.

Dubreuilh hizo un ademán evasivo.

-Ya volveremos a hablar. Pero créame, dentro de seis meses L'Espoir entrará en los rangos de nuestra política o no será más que una hoja anodina.

-Volveremos a hablar dentro de seis meses -dijo Enrique.

Se sentía de pronto cansado y desamparado. La proposición de Dubreuilh lo había tomado desprevenido. Estaba absolutamente decidido a no darle curso. Pero necesitaba volver a estar solo para recobrarse.

-Debo irme -dijo.

Paula hizo todo el trayecto en silencio, pero en cuanto llegaron a su casa atacó:

-¿No quieres darle ese diario?

-Por supuesto que no -dijo Enrique.

-¿Estás completamente seguro? -dijo ella-. Dubreuilh lo quiere y es testarudo.

-Yo también soy testarudo.

-Pero siempre terminas por cederle -dijo Paula, cuya voz explotó bruscamente-. ¿Por qué aceptaste entrar en el S. R. L? ¡Cómo si ya no tuvieras bastante trabajo! Hace cuatro días que has vuelto y no hemos tenido ni cinco minutos para conversar, ni has escrito una línea de tu novela.

-Mañana por la mañana vuelvo a empezar. Ya el diario se está ordenando.

-No es una razón para cargarte con nuevas tareas -la voz de Paula subía-. Dubreuilh te hizo un favor hace diez años; no te lo va a hacer pagar durante toda tu vida.

-Pero, Paula; no es por hacerle un favor por lo que voy a trabajar con él; me interesa.

Ella se encogió de hombros.

-¡Vamos!

-Puesto que te lo digo.

-¿Crees en lo que andan diciendo que va a haber otra guerra? -preguntó ella con un poco de inquietud.

-No -dijo Enrique-, quizás haya algunos exaltados en Estados Unidos, pero allí no les gusta la guerra. La verdad es que el mundo va a cambiar seriamente: para mejor o para peor. Hay que tratar que sea para mejor.

-El mundo ha cambiado todo el tiempo. Y antes de la guerra lo dejabas cambiar sin inmutarse -dijo Paula.

Enrique subió la escalera con decisión.

-Ya no estamos antes de la guerra -dijo en un bostezo.

-¿Pero por qué no podemos vivir como antes de la guerra?

-Las circunstancias son distintas y yo también -bostezó de nuevo-. Tengo sueño.

Tenía sueño, pero cuando estuvo acostado al lado de Paula no pudo dormir: era culpa del champaña, del vodka, de Dubreuilh. No, no cedería L'Espoir, era una de esas evidencias que no necesitaban justificación; pero de todas maneras le hubiera gustado encontrar algunas buenas razones. Un idealista, ¿era verdad? ¿Y qué quiere decir ser idealista? Evidentemente; en cierta medida creía en la libertad de la gente, en su buena voluntad, en el poder de las ideas. " ¿No creerá que la lucha de clases está superada?" No, no lo creía, pero ¿qué conclusión debía sacar? Se extendió sobre la espalda; tenía ganas de encender un cigarrillo, pero hubiera despertado a Paula, y a ella le hubiera alegrado distraer su insomnio; no se movió. "¡Dios mío -se dijo con un poco de angustia-, que ignorantes somos!'. Sin embargo, leía mucho, pero sólo tenía conocimientos dignos de ese nombre en literatura, ¡y aun en eso! Hasta aquí no lo había incomodado. No se necesitan conocimientos especiales para luchar en la resistencia, ni para fundar un diario clandestino: había creído que todo seguiría así. Sin duda se había incomodado. ¿Qué es la opinión? ¿Qué es una idea? ¿Qué pueden las palabras, en quién, en qué circunstancias? Para dirigir un diario habría que poder responder a esas preguntas y así todo va entrando en el juego. "Uno está obligado a decidir en la ignorancia", se dijo Enrique; hasta Dubreuilh, con toda su ciencia, solía obrar a ciegas; Enrique suspiró; no podía contentarse con esas derrotas; había grados en la ignorancia: el hecho es que estaba particularmente mal preparado para la vida política. "Lo único que me queda es ponerme a trabajar", se dijo. Pero si quería profundizar las cosas necesitaría años: economía, historia, filosofía, ¡no terminaría jamás! ¡Sólo para estar más o menos en claro frente al marxismo, qué trabajo! Ya no podría escribir. Y quería escribir. Sin embargo no podía abandonar L'Espoir por el hecho de no conocer en todos sus recovecos el materialismo histórico. Se sentía obligado como todo el mundo a ocuparse de política; pero eso no debería exigir un aprendizaje especial; si era un dominio reservado a los técnicos, que no le pidieran que se mezclara.

"Lo que necesito es tiempo", pensó Enrique despertándose. "El único problema es encontrar tiempo." La puerta del estudio acababa de abrirse y luego de cerrarse. Paula ya había salido y al volver circulaba por la habitación con pasos prudentes. Él apartó sus cobijas. .'¡Si viviera solo ganaría horas!" Nada de conversaciones ociosas ni de comidas organizadas; leería los diarios mientras tomaba el desayuno en la lechería de la esquina, trabajaría hasta la hora de ir al diario: un sandwich haría las veces de almuerzo; terminado el trabajo comería rápidamente y por la noche leería hasta muy tarde. Así lograría sacar adelante L'Espoir, su novela y sus lecturas. "Voy a hablar con Paula esta mañana mismo", decidió.

-¿Dormiste bien? -dijo Paula alegremente.

-Muy bien.

Canturreaba mientras disponía flores sobre la mesa; desde el regreso de Enrique estaba siempre alegre con ostentación.

-Te he hecho café verdadero y queda manteca fresca.

Se sentó y se puso a cubrir una tostada con manteca.

-¿Ya comiste algo?

-No tengo hambre.

-Nunca tienes hambre.

-Te aseguro que como; como muy bien.

Él mordió su tostada, ¿qué hacer? No podía alimentarla con sonda. -Te levantaste muy temprano.

-Sí, ya no podía dormir más. -Puso sobre la mesa un gran álbum de cantos dorados:- Aproveché para ordenar tus fotos de Portugal. -Abrió el álbum y señaló la escalera de Braga: Nadine, sentada en un peldaño, sonreía.

-Ves que no trato de huir de la verdad -dijo.

-Lo sé muy bien.

No huía de la verdad, pasaba a través de ella, era mucho más desconcertante. Volvió las páginas: "Ya en tus fotos de chico tenías esa sonrisa desconfiada; cómo te pareces a ti mismo." Antaño él la había ayudado a reunir esos recuerdos; hoy le parecía vano; le fastidiaba que Paula todavía se divirtiera exhumándolos, embalsamándolos.

-Aquí estás cuando te conocí.

-No tengo un aire muy brillante -dijo él rechazando el álbum.

-Eras joven; eras exigente -dijo ella. Se plantó ante Enrique y dijo con una brusca pasión-: ¿Por qué contestaste al reportaje de Lendemain?

-¡Ah! ¿Apareció el nuevo número?

-Sí. Lo traje -fué a buscar la revista al fondo del estudio y la arrojó sobre la mesa-. Habíamos decidido que nunca aceptarías un reportaje.

-Si uno tuviera que cumplir todas las decisiones que toma. ..

-Ésta era seria. Decías que cuando uno empieza a sonreír a los periodistas está a punto para la Academia francesa.

-He dicho muchas cosas.

-Me hizo daño físicamente ver tu foto en el diario.

-Estás encantada cuando ves mi nombre.

-Para empezar, no estoy encantada. Y además es muy distinto.

Paula era la reina de las contradicciones, pero ésta mortificaba particularmente a Enrique: quería que fuera el más glorioso de todos los hombres y afectaba despreciar la gloria; es que se empeñaba en verse a sí misma tal como él la había imaginado antes: altanera, sublime; y al mismo tiempo, por supuesto, vivía sobre la tierra como todo el mundo. "No tiene una vida muy divertida -pensó él con una brusca piedad-. Es natural que necesite compensaciones."

Dijo en tono conciliador.

-Quise ayudar a esa chiquilina; es una debutante; se las arregla mal.

Paula sonrió tiernamente:

-Y además no sabes decir que no.

No había ningún doble sentido en su sonrisa; él sonrió también.

-No sé decir que no.

Él extendió el semanario. En primera plana su fotografía sonreía. Entrevista con Enrique Perron. Lo tenía sin cuidado lo que María Ángel pensaba de él; sin embargo, ante esas líneas impresas recobraba un poco la fe ingenua del campesino que lee la Biblia: como si a través de esas frases que él mismo había suscitado hubiera podido por fin enterarse de quién era. "En la sombra de la farmacia de Tulle, la sombra de los frascos rojos y azules. ..Pero el niño juicioso aborrece esa vida estrecha; el olor de los medicamentos, las calles mezquinas de su ciudad natal. ..Crece y el llamado de la gran ciudad se hace más apremiante. Se ha jurado elevarse por encima de las brumas de la mediocridad; en un rincón secreto de su corazón espera fundar un diario más elevado que los otros. ..Un providencial encuentro con Robert Dubreuilh. ..Deslumbrado, desconcertado, compartido entre la admiración y el desafío, Enrique Perron cambia sus sueños de adolescente por una verdadera ambición de hombre; trabaja encarnizadamente. ..Un librito y es bastante para que de pronto la gloria entre en su vida: tiene veinticinco años. Moreno, ojos exigentes, una boca severa, directo, abierto y, sin embargo, secreto. .." Apartó el diario. María Ángel no era idiota, lo conocía bastante bien y, sin embargo, había hecho de él un Rastignac para modistillas.

-Tienes razón -dijo-. Hay que rehusarse a los periodistas. Para ellos, una vida no es más que una carrera, y una obra, nada más que un medio de llegar. Lo que llaman triunfo es el ruido que se hace y el dinero que se gana. Imposible hacerlos salir de ahí.

Paula sonrió con indulgencia:

-Advierte que esa chica ha dicho cosas simpáticas sobre tu libro; pero es como los demás. Admiran sin comprender.

-No es para tanto lo que admiran -dijo Enrique-. Es la primera novela que aparece desde la Liberación; entonces están obligados a hablar bien.

A la larga resultaba más bien incómodo ese concierto de elogios; demostraba la oportunidad de su libro, pero no informaba en absoluto sobre sus méritos. Enrique estaba a punto de pensar que debía su éxito a los malentendidos. Lambert creía que había querido, a través de la acción colectiva, exaltar el individualismo, y Lachaume, al contrario, que predicaba el sacrificio del individuo a la colectividad. Todos subrayaban el carácter edificante de la novela. Sin embargo, era casi por un azar que Enrique había situado esa historia durante la resistencia; había pensado en un hombre y también en una situación; en una cierta relación entre el pasado de su personaje y la crisis que atravesaba; y en muchas otras cosas de las que no hablaba ningún crítico. ¿Era culpa suya o de los lectores? El público admiraba un libro totalmente distinto del que Enrique había creído ofrecerle.

-¿Qué vas a hacer hoy? -preguntó con voz afectuosa.

-Nada especial.

-¿Pero qué?

Ella reflexionó:

-Y bueno, voy a llamar a mi costurera para mirar con ella esas hermosas telas que me has traído.

-¿Y después?

-¡Ah, tengo siempre tantas cosas que hacer!

-Es decir que no haces nada -dijo Enrique. Miró a Paula con severidad-. He pensado mucho en ti durante este mes. Me parece criminal que pases tus días vegetando entre estas cuatro paredes.

-¡A esto le llamas vegetar! -dijo Paula. Sonrió con dulzura y como antaño había toda la sabiduría del mundo en su sonrisa-: Cuando uno ama no vegeta.

-Pero amar no es una ocupación.

Ella lo interrumpió:

-Discúlpame; pero a mí me ocupa.

-He pensado en lo que te dije en Nochebuena -empezó él-. Y estoy seguro de que tenía razón: debes volver a cantar.

-Hace años que vivo como en este momento -dijo Paula-. ¿Por qué te inquietas bruscamente?

-Durante la guerra uno podía contentarse con matar el tiempo; pero la guerra ha terminado. Escúchame -dijo con autoridad-, vas a ir a decirle al viejo Grépin que quieres volver a trabajar; yo te ayudaré a elegir tu repertorio; hasta trataré de escribir una canción para ti y de pedirles otras a los muchachos: mira: está justamente en la cuerda de Julián; estoy seguro de que te escribirá canciones encantadoras. Brugère les pondrá música, verás el repertorio que tendrás dentro de un mes. El día en que estés preparada, Sabririo te oirá y te garantizo que hará de ti la estrella del club 45. A partir de ese momento estarás lanzada.

Se dió cuenta de que había hablado con demasiada volubilidad y con demasiado entusiasmo; Paula le clavaba los ojos con un aire de reproche asombrado.

-¿Y qué hay con eso? -dijo-. ¿Seré más importante para ti el día en que veas mi nombre en los carteles?

Él se encogió de hombros.

-No seas tonta. Por supuesto que no. Pero es mejor hacer algo que no hacer nada. Yo trato de escribir; tú deberías cantar porque estás dotada para eso.

-Vivo, te quiero, ¿no es poco decir?

-Juegas con las palabras -dijo él con impaciencia-. ¿Por qué no quieres intentarlo? ¿Te has vuelto tan haragana? ¿O tienes miedo? ¿O qué?

-Escucha -dijo ella con una voz que se endureció de pronto-, aun si todas esas vanidades: el éxito, la celebridad, tuvieran todavía algún sentido para mí, no iría a empezar a los treinta y siete años una carrera de segundo orden. Cuando te

sacrifiqué esa jira por el Brasil era una renuncia definitiva. No lo lamento; pero no volvamos sobre eso.

Enrique abrió la boca para protestar; ese sacrificio que ella había decidido con entusiasmo, sin consultarlo, ahora parecía hacerlo cargar con la responsabilidad. Se contuvo y miró á Paula con perplejidad. Él nunca había sabido si ella despreciaba verdaderamente la fama o si temía no alcanzarla.

-Tu voz es tan linda como antes -dijo él-. y tú también.

-Pero no --dijo ella con impaciencia; se encogió de hombros-. Ya lo sé; habrá un puñado de intelectuales que por darte el gusto decretarán durante unos meses que tengo talento; y después, buenas noches. Hubiera podido ser Damia o Edith Piaf; dejé pasar la oportunidad; peor para mí, pero no volvamos sobre eso.

Sin duda no llegaría a ser una gran vedette; pero bastaba que tuviera un poco de éxito y ya bajaría sus pretensiones. De todas maneras su vida sería menos lamentable si se interesara activamente en algo. .'¡Y a mí me vendría tan bien!", se dijo. Sabía perfectamente que lo que estaba en juego era su propia vida más que la de Paula.

-Aunque no llegues al gran público, vale la pena -dijo él-. Tienes tu voz, tus dones propios. Sería interesante tratar de sacar partido de ellos. Estoy seguro que lograrías verdaderas alegrías.

-Tengo muchas alegrías en mi vida -dijo ella; su rostro se exaltó-. No pareces comprender lo que es mi amor por ti.

-Pero sí -dijo él con vivacidad y agregó con voz cruel-: Pero no serías capaz de hacer lo que te pido por amor a mí?

-Si tuvieras verdaderas razones de pedírmelo lo haría -dijo ella gravemente.

-Lo único es que prefieres tus razones a las mías.

-Sí -dijo ella con tranquilidad-, porque son mejores. Me hablas desde un punto de vista completamente exterior, un punto de vista mundano que no es verdaderamente el tuyo.

-¡No veo cuál es el punto de vista tuyo! -dijo él malhumorado. Se levantó; inútil discutir, más bien trataría de ponerla ante el hecho consumado: le traería canciones, concertaría entrevistas para ella-. Está bien, no hablemos más. Pero estás equivocada.

Ella sonrió sin contestar:

-¿Vas a trabajar?

-Si.

-¿En tu novela?

-Si.

-Está bien -dijo ella.

Él subió la escalera; tenía ansias de ponerse a escribir. Y se felicitaba ante la idea de que esta novela no sería nada edificante; todavía no tenía una idea precisa de lo que iba a hacer; su única consigna era divertirse gratuitamente en ser sincero. Extendió sus borradores ante él; casi cien páginas; estaba bien haberlas dejado descansar durante un mes, iba a releerlas con ojos nuevos. Primeramente se abandonó al placer de recobrar, vertidas en frases pensadas, un montón de impresiones y de recuerdos; y poco a poco una inquietud lo acosó. ¿Qué iba a hacer con todo eso? No tenían ni pie ni cabeza esos borroneos. Había algo de común entre ellos, un cierto clima: la preguerra. Y justamente era lo que de pronto la molestaba. Había pensado vagamente; "Tratar de expresar el gusto de mi vida", Como si se hubiera tratado de un perfume Con etiqueta y marca de fábrica, el mismo a través de todos los años. Pero, por ejemplo, la que él decía sobre los viajes concernía exclusivamente al joven de veinticinco años que era él en 1935; nada que ver con lo que había sentido en Portugal. Su historia con Paula era igualmente anacrónica; ni Lambert, ni Vicente, ni ninguno de los muchachos que él conocía tendrían hoy semejantes reacciones; y además, Con cinco años de ocupación a sus espaldas, una joven de veintisiete años sería muy distinta de la que era Paula. Había una solución; situar deliberadamente su novela más o menos en 1935; pero él no tenía

Librodot

ninguna gana de componer una novela de época, evocando un mundo superado. Lo que deseaba, al contrario, al trazar esas líneas, era arrojarse vivo en el papel; entonces había que escribir esa historia al presente, transponiendo los personajes y los acontecimientos. "Transponer": ¡qué palabra irritante!, ¡qué palabra idiota!, se dijo; Son insensatas las libertades que uno Se toma con los personajes de novela; uno los transporta de un siglo al otro, los pasea de un país al otro, se pega el presente de éste con el pasado de aquél, introduciendo fantasmas personales; si uno los mira de cerca son todos monstruos y todo el arte consiste en impedir que el lector mire demasiado de cerca. Bueno; no transpongamos; bien puedo fabricar, pieza por pieza, hombrecitos que nada tengan que ver con Luis, con Paula ni conmigo; lo he hecho en otras oportunidades, pero esta vez lo que yo quería pintar era la realidad de mi propia experiencia. Rechazó los borradores. Juntar materiales al azar: pésimo método. Había que hacer lo de siempre, partir en forma global y de una intención precisa. ¿Cuál? ¿Qué verdad deseo expresar? Mi verdad; qué significa exactamente. Miraba estúpidamente la página en blanco. Zambullirse en el vacío con las manos vacías es intimidante. Quizá ya no tengo nada que decir, pensó; pero le parecía, por el contrario, que nunca había dicho nada. Tenía todo qué decir, como todo el mundo, en todo momento. Todo es demasiado. Recordaba una vieja frase descifrada en el fondo de un plato: "Uno entra, grita y es la vida; uno grita, sale y es la muerte." ¿Qué agregar? Vivimos todos en el mismo planeta, nacemos de un vientre y alimentaremos a los gusanos; todos tenemos la misma historia, ¿por qué decidir que es mía y que yo debo contarla? Bostezó; no había dormido bastante y esa página desnuda le daba vértigo; caía en el fondo de la indiferencia; no se puede escribir nada en la indiferencia; había que remontarse a la superficie de la vida, allí donde los instantes y los individuos cuentan, uno por uno. Pero no, lo único que encontraba si sacudía su sopor eran preocupaciones. L'Espoir, una gaceta local, ¿es verdad? Cuando trato de tener influencia sobre la opinión ¿soy un idealista? En vez de soñar sobre ese papel hubiera sido mejor que se dedicara a estudiar seriamente a Marx. Sí, era urgente: tenía que trazarse un programa y ponerse a trabajar fuerte. Hacía tiempo que debió haberlo hecho. Su excusa era que los acontecimientos lo habían tomado desprevenido y había atendido lo más urgente. Pero también había habido aturdimiento en su caso: desde la Liberación vivía en una especie de euforia que nada justificaba. Se levantó. Esa mañana no era capaz de concentrarse en ningún trabajo, su conversación con Dubreuilh lo había sacudido demasiado. Además, la víspera había dejado su correspondencia inconclusa, tenía que hablar con Sézenac, estaba ansioso por saber si Preston le procuraría papel, todavía no había entregado al Quai d'Orsay la carta del viejo das Viernas. "Bueno, voy a llevarla en seguida", decidió.

-¿Podría ver cinco minutos al señor Tournelle, de parte de Enrique Perron? Tengo un mensaje para él.

-Si quiere escribir su nombre y el motivo de la visita. -dijo la secretaria tendiéndole un formulario impreso.

Sacó su lapicera: ¿qué motivo?, el respeto de una quimera; él sabía hasta qué punto ese paso era vano; escribió: Confidencial. "Tome."

La secretaria tomó la ficha con aire indulgente y se dirigió hacia la puerta; su sonrisa, la dignidad de su andar, significaban claramente que un jefe de gabinete es un señor demasiado importante para ser molestado sin premeditación. Enrique miró con piedad el grueso sobre blanco que llevaba en la mano; había ido hasta el extremo de la comedia pero ahora ya no podía eludir la realidad: el pobre das Viernas iba a estrellarse contra una respuesta cruel o el silencio,

La secretaria reapareció:

-Para el señor Tournelle será un placer concederle Una entrevista lo más pronto posible; puede dejarme su mensaje, se lo transmitiré en seguida.

-Muchas gracias -dijo Enrique. Tendió el sobre: nunca le había parecido tan absurdo como entre las manos de esa joven respetable. En fin, bueno, había hecho lo que le habían pedido que hiciera, el resto no le incumbía. Decidió pasar por el

Librodot

Bar Rojo; era la hora del aperitivo; sin duda estaría Lachaume y quería agradecerle su artículo. Al empujar la puerta vió a Nadine que estaba sentada entre Lachaume y Vicente; dijo con voz enojada: -No se te ve a menudo.

-Trabajo.

Se sentó junto a ella y pidió un turin-gin.

-Hablábamos de ti -dijo alegremente Lachaume-, de tu reportaje en Lendemain; está bien que digas la verdad: quiero decir a propósito de la política aliada en España.

-¿Por qué no lo hacen ustedes? -dijo Vicente.

-Nosotros no podemos, no en este momento; pero está bien que alguien lo haga.

-Tiene gracia -dijo Vicente.

-No quieres comprender nada -dijo Lachaume.

-Comprendo muy bien.

-No, no comprendes.

Enrique bebió su turin-gin escuchando distraídamente. Lachaume nunca perdía una ocasión de explicar el presente, el pasado, el porvenir, vistos y corregidos por el partido; pero no era posible guardarle rencor: a los veinte años había descubierto a la vez, en el maquis, la aventura, la camaradería, el comunismo; eso excusaba su fanatismo. "Lo quiero porque le hice un favor", pensó Enrique con ironía. Lo había ocultado durante tres meses en el estudio de Paula, le había conseguido documentos falsos, al separarse de él le había regalado su único abrigo.

-Oye, te agradezco tu artículo -dijo bruscamente-. Es verdaderamente muy generoso.

-Dije lo que pensaba -contestó Lachaume-. Por otra parte, todo el mundo está de acuerdo: tu libro es estupendo.

-Sí, es divertido -dijo Nadine--, por una vez, todos los críticos están de acuerdo: parecería que entierran a alguien o que disciernen un premio a la virtud.

-Hay algo de eso -dijo Enrique. "Pedazo de víbora", pensó con un rencor divertido. "Encontró justo las palabras que yo no quería decirme." Le sonrió a Lachaume-: Te equivocaste en una cosa: nunca mi personaje será comunista.

-¿Qué otra cosa quieres que sea?

Enrique se echó a reír:

-Y bueno, lo que yo soy.

Lachaume también rió:

-¡Justamente! -Miró a Enrique en los ojos.- Dentro de seis meses el S. R. L. no existirá más y habrás comprendido que el individualismo no sirve. Te inscribirás en el P. C.

Enrique sacudió la cabeza:

-Les resulto mucho más útil así. Estás bien contento de que yo haya hecho la denuncia en lugar de ustedes. ¿y de qué serviría que L'Espoir repitiese lo que repite L'Humanité? Hago un trabajo mucho más útil tratando de que la gente piense, planteando preguntas que ustedes no hacen, diciendo ciertas verdades que ustedes no dicen.

-Habría que hacer ese trabajo siendo comunista -dijo Lachaume.

-No me lo permitirían.

-Pero sí. Por supuesto, en este momento hay demasiado sectarismo en el partido; pero es culpa de las circunstancias; eso no durará indefinidamente -Lachaume vaciló-. No lo repitas, pero con los muchachos esperamos tener muy pronto una revista nuestra, una revista un poco al margen, en la cual entablaríamos discusiones con toda libertad.

-Una revista no es un diario -dijo Enrique-, y en cuanto a lo de la libertad, ya lo veremos -miró a Lachaume con amistad-. De todas maneras sería magnífico si tuvieras una revista tuya. ¿Crees de veras que va a engranar?

-Hay muchas posibilidades.

Librodot

Vicente se inclinó y clavó en Lachaume una mirada desafiante: -Si verdaderamente te dejan hablar, explícales a los camaradas que es una porquería abrirles los brazos a todos esos cochinos que se dicen arrepentidos.

-¿Nosotros? ¿Que nosotros recibimos a los colaboracionistas con los brazos abiertos? Anda a decirles eso a los lectores del Figaro, los alegrará un poco.

-Hay un montón de crápulas perdonados por ustedes.

-No compliques todo -dijo Lachaume-; si uno decide pasar la esponja es porque el tipo es recuperable.

-Por ese camino, ¿cómo sabes si los tipos que hemos liquidado no eran recuperables?

-En ese momento no había alternativa: había que matarlos.

-¡En ese momento! Yo los he matado para toda mi vida.

-Vicente sonrió con malicia-. Pero voy a decirte algo tranquilizador: eran todos unas basuras, sin excepción, y lo único que hay que hacer es liquidar a todos los que hemos dejado olvidados.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Nadine.

-Quiero decir que deberíamos organizarnos -dijo Vicente. Su mirada buscó la de Enrique.

-¿Organizar qué? ¿Expediciones punitivas? -dijo Enrique riendo.

-Sabes que en Marsella están deteniendo a todos los nuestros, los del maquis, como a criminales de delitos comunes -dijo Vicente-. ¿Hay que permitir eso?

-El terrorismo no es un remedio -dijo Lachaume.

-No -dijo Enrique. Miró a Vicente-. Me han hablado de algunas bandas que se divierten en jugar a los justicieros. Si se trata de arreglar cuentas personales, comprendo. Pero tipos que se imaginen salvar a Francia abatiendo a un colaboracionista aquí, a otro allí, son enfermos o cretinos.

-Ya sé; lo que es sano es afiliarse al P. C. o al S. R. L. -dijo- Vicente. Sacudió la cabeza-: No me convencerán.

-Nos las arreglaremos sin ti -dijo Enrique con voz cordial.

Se levantó; Nadine se levantó también.

-Te acompaño.

Había caído en su disfraz de mujer; había tratado de maquillarse, pero sus pestañas parecían espinas de puerco espín y había unas líneas negras bajo sus ojos. Apenas estuvo afuera preguntó: -¿Almorzamos juntos?

-No; tengo que hacer en el diario.

-¿A esta hora?

-A toda hora.

-Entonces comemos juntos.

-No, me quedo en el diario hasta muy tarde. Y luego voy a ver a tu padre.

-¡Oh, ese diario! ¡No tienes otra palabra en la boca! No es el centro del mundo.

-No digo que lo sea. .

-No, pero lo piensas. -Se encogió de hombros.- ¿Entonces cuándo nos vemos?

Vaciló:

-Verdaderamente, Nadine, en este momento no tengo un minuto.

-Sin embargo, alguna vez te has de sentar ante una mesa y has de comer, ¿no? No veo por qué no puedo sentarme frente a ti -miró a Enrique en los ojos-: A menos que te reviente.

-Por supuesto que no.

-¿Entonces?

-Bueno. Ven a buscarme mañana entre nueve y diez.

-De acuerdo.

Tenía mucha simpatía por Nadine y no le fastidiaba verla, pero ahí no estaba el problema; el problema era que necesitaba organizar su vida con la más estricta economía: no había lugar para Nadine.

-¿Por qué le contestaste tan duramente a Vicente? -dijo Nadine-. No debiste hacerlo.

Librodot

-Temo que haga tonterías.

-Tonterías. En cuanto alguien quiere obrar, ustedes dicen que son tonterías. ¿Crees que una de las peores tonterías no es escribir libros? Te aplauden, te enorgullece; pero después la gente pone el libro en un rincón y nadie piensa más.

-Es mi oficio -dijo él.

-Vaya un oficio.

Siguieron caminando en silencio y ante la puerta del diario Nadine dijo secamente:

-Bueno. Me voy. Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Seguía plantada ante él con aire indeciso:

-Entre nueve y diez es muy tarde; no tendremos tiempo de hacer nada. ¿No podríamos empezar la noche un poco más temprano?

-No estoy libre antes.

Ella se encogió de hombros:

-Entonces a las nueve y media. ¿Pero de qué sirve ser célebre si uno no tiene tiempo para vivir?

"Vivir -pensó él mientras ella giraba bruscamente sobre sus talones-, en boca de ellas quiere decir: ocuparse de ellas. Pero hay más de una manera de vivir." Le gustaba ese olor a rincones polvorientos y a tinta fresca. Los locales estaban todavía vacíos, el sótano silencioso: muy pronto todo un mundo iba a surgir de ese silencio, un mundo que era. su creación. "Nadie pondrá la mano sobre L'Espoir", se repitió. Se sentó ante su escritorio y se desperezó. No valía la pena exaltarse. No cedería el diario; tiempo se encuentra siempre; y cuando hubiera dormido durante una buena noche su trabajo marcharía mejor.

Liquidó rápidamente la correspondencia y miró el reloj; tenía una cita con Preston dentro de media hora, lo que le dejaba ampliamente tiempo para explicarse con Sézenac. "¿Quiere llamar a Sézenac?", pidió a su secretaria. Volvió a sentarse ante su escritorio. Es muy bonito confiar en la gente, pero ocurre que un montón de muchachos hubieran querido ocupar. El lugar de Sézenac y lo merecían más que él. La oportunidad que se empeñaba en darle a uno, hacía que privara arbitrariamente a otro, cosa nada aceptable. "Lástima", dijo Enrique. Recordaba qué aspecto importante tenía Sézenac cuando Chancel se lo había traído; durante un año había sido el más fervoroso agente de unión; quizá necesitaba circunstancias extraordinarias: pálido, hinchado, los ojos vidriosos, iba a remolque de Vicente y ya no era capaz de escribir dos frases coherentes.

-Ah, eres tú, siéntate.

Sézenac se sentó sin pronunciar una palabra; y Enrique advirtió de pronto que había trabajado un año con él, pero que no lo conocía; estaba más o menos al corriente de la vida, de los gustos, de las ideas de los demás; éste siempre había callado.

-Quisiera saber si vas a resolverte, sí o no, a escribir algo mejor que esos borroneos informes -dijo con una voz más seca de lo que hubiera querido.

Sézenac se encogió de hombros con aire de impotencia.

-¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? ¿Tienes preocupaciones?

Sézenac apretaba un pañuelo entre sus manos y miraba fijamente el piso; era verdaderamente difícil encontrar un punto de contacto con él.

-¿Qué te pasa? -repitió Enrique-. Acepto darte otra oportunidad.

-No -dijo Sézenac-, el periodismo no es mi fuerte.

-Los primeros tiempos no salía tan mal.

Sézenac sonrió vagamente:

-Chancel me ayudaba un poco.

-¿No te hacía todos tus artículos, supongo?

-No -dijo Sézenac sin seguridad; sacudió la cabeza-. No vale la pena insistir en un trabajo que no me gusta.

-Podías haberlo dicho antes -dijo Enrique con un poco de fastidio. Hubo un nuevo silencio y Enrique preguntó-: ¿Qué quisieras hacer?

-No te inquietes, ya me las arreglaré.

-Sí, ¿pero qué?

-Doy lecciones de inglés; y además me han prometido traducciones -se puso de pie-. Te agradezco que me hayas aguantado tanto tiempo.

-Si alguna vez quieres mandarnos algo. ..

-Si se presenta.

-¿Puedo hacer algo por ti?

-Podrías prestarme mil francos -dijo Sézenac.

-Toma dos mil -dijo Enrique-, pero eso no es una solución.

Sézenac metió su pañuelo en el bolsillo y por primera vez sonrió:

-Es una solución provisoria: son las más seguras. -Empujó la puerta.- Gracias.

-Buena suerte -dijo Enrique.

Se sentía desconcertado; parecía que Sézenac no esperaba sino la ocasión de escapar. "Tendré noticias suyas por Vicente", pensó para tranquilizarse; pero lo mortificaba un poco no haber sabido hacerlo hablar. Sacó su lapicera y extendió ante él un papel de carta. Preston llegaría en un cuarto de hora. No quería pensar demasiado en esa revista antes de estar seguro, pero tenía la cabeza llena de proyectos; todos los semanarios que aparecían en ese momento eran lamentables; por lo tanto, sería todavía más divertido lanzar algo verdaderamente bueno.

La secretaria entreabrió la puerta:

-El señor Preston desea verlo.

-Hágalo pasar.

Vestido de civil, Preston no tenía en absoluto el aspecto de un americano; sólo la perfección de su francés la hacía un poco sospechoso. Entró en seguida en materia.

-Sin duda, su amigo Lucas le habrá dicho que nos hemos encontrado varias veces durante su ausencia -dijo-. Juntos hemos deplorado la condición actual de la prensa francesa, que es verdaderamente lamentable. Para mí sería una gran alegría poder ayudar a su diario procurándole un suplemento de papel.

-¡Ah, qué bien nos vendría! -dijo Enrique-. Por supuesto, no podemos encarar ninguna modificación del formato -agregó-, somos solidarios con los otros periódicos. Pero nada nos prohibe sacar un suplemento el domingo y eso abre un montón de posibilidades.

Preston sonrió con aire tranquilizador.

-Prácticamente no hay problema -dijo-; ese papel pueden tenerlo mañana - encendió largamente su cigarrillo con un encendedor de laca negra-. Tengo que hacerle muy francamente una pregunta: ¿la línea política de L'Espoir no va a cambiar?

-No -dijo Enrique-. ¿Por qué?

-L'Espoir presenta a mis ojos exactamente el guía que su país necesita -dijo Preston-, y por eso mis amigos y yo queremos ayudarlo. Admiramos su independencia de criterio, su coraje, su lucidez.

Calló pero su voz continuaba en suspenso.

-¿Y que más? -dijo Enrique.

-Seguí con mucho interés el principio de sus crónicas sobre Portugal; pero esta mañana quedé un poco sorprendido al leer en un reportaje que usted tenía la intención, a propósito del régimen de Salazar, de criticar la política americana en el Mediterráneo.

-En efecto, esa política me parece lamentable -dijo Enrique un poco secamente-. Hace tiempo que Franco y Salazar deberían estar liquidados.

-Las cosas no son tan sencillas, usted lo sabe muy bien -dijo Preston-. Por supuesto, pensamos ayudar a los españoles y a los portugueses a recobrar las libertades democráticas; pero cuando llegue el momento.

-El momento ha llegado --dijo Enrique-. Hay condenados a muerte en las prisiones de Madrid. Cada día cuenta.

-Ese es también mi criterio -dijo Preston-, y sin duda es el que va a adoptar el Departamento de Estado. .-Sonrió.- Por eso me parece inoportuno levantar contra nosotros la opinión francesa.

Enrique sonrió también:

-Los políticos nunca están apurados; me parece útil ponerlos entre la espada y la pared.

-No se haga demasiadas ilusiones -dijo Preston amablemente-. Su diario es muy apreciado en los ambientes políticos americanos. Pero no espere influir sobre Washington.

-¡Oh, no lo espero! -dijo Enrique. Agregó rápidamente-: Digo lo que pienso, eso es todo. Usted me felicitaba por mi independencia...

-Justamente, esa independencia va a comprometerla -dijo Preston. Miró a Enrique con reprobación-. Al abrir esa campaña usted haría el juego de los que quieren presentarnos como imperialistas -agregó-. Usted se coloca en un punto de vista humanitario con el cual yo simpatizo plenamente, pero que no es válido políticamente. Déjenos un año y la República quedará restablecida en España en mejores condiciones.

-No tengo la intención de abrir una campaña -dijo Enrique-. Sólo quiero señalar ciertos hechos.

-Pero esos hechos serán utilizados contra nosotros- dijo Preston.

Enrique se encogió de hombros:

-Eso no es cuestión mía. Soy periodista. Digo la verdad; es mi oficio.

Preston miró a Enrique:

-Si usted está seguro de que una cierta verdad traerá consecuencias nefastas, ¿la dice?

Enrique vaciló:

-Si estuviera seguro de que la verdad es perjudicial, entonces no vería más que una solución: renunciaría; abandonaría el periodismo.

Preston sonrió con aire cordial:

-¿No es esa una moral muy formal?

-Tengo amigos comunistas que me han hecho exactamente la misma pregunta -dijo Enrique-. Pero no es tanto la verdad lo que respeto, sino a mis lectores. Admito que en ciertas circunstancias la verdad puede ser un lujo; quizá sea el caso de la U. R. S. S. -dijo sonriendo-, pero en Francia, hoy no le reconozco a nadie el derecho de acapararla. Quizá para un político sea menos sencillo; pero yo no estoy del lado de los que maniobran: yo estoy con los que los demás tratan de manejar; cuentan con que los informe lo mejor posible y si me callo o miento, los traiciono.

Se detuvo un poco avergonzado de ese largo discurso; no iba únicamente dirigido a Preston; se sentía vagamente cercado y se defendía a Preston; se sentía vagamente cercado y se defendía al azar como todo el mundo.

Preston sacudió la cabeza:

-Volvemos al mismo malentendido; lo que usted llama informar yo lo veo como una manera de obrar. Temo que usted sea víctima del intelectualismo francés. Yo soy pragmático; ¿usted no conoce a Dewey?

-No.

-Lástima. Nos conocen muy mal en Francia. Es un gran filósofo. -Preston hizo una pausa.- Advierta bien que no nos oponemos a que nos critiquen. No hay país más abierto que los Estados Unidos para la crítica constructiva. Explíquenos cómo podemos hacer para conservar el afecto de los franceses y lo escucharemos con el mayor interés. Pero Francia está mal colocada para juzgar nuestra política mediterránea.

-Sólo hablaré en mi nombre -dijo Enrique con fastidio-. Bien o mal colocado, uno siempre tiene derecho a dar su opinión.

Hubo un silencio y Preston dijo por fin:

-Usted comprende, evidentemente, que si L'Espoir toma partido contra los Estados Unidos, yo no puedo conservarle mi simpatía.

-Comprendo -dijo Enrique secamente-. Usted comprenderá por su lado que yo no puedo encarar someter L'Espoir a su censura.

-¡Pero quién habla de censura! -dijo Preston con aire contrariado-. Todo cuanto deseo es verlo permanecer fiel a esa neutralidad de la que se había hecho una regla.

-Justamente, permanezco fiel -dijo Enrique con una brusca ira-. L'Espoir no está en venta por algunos kilos de papel.

-¡Oh, si lo toma en ese tono! -dijo Preston; se levantó-. Créame que lo lamento.

-Yo no lamento nada -dijo Enrique.

Durante todo el día se había sentido vagamente irritado; y bien, ahora tenía una linda ocasión para enfurecerse. Había sido un idiota al imaginar que Preston iba a hacer de Papá Noel. Era un agente del State Department y Enrique había dado pruebas de una ingenuidad imperdonable discutiendo con él como con un amigo. Se levantó y se dirigió hacia la sala de redacción.

-Y bien, mi pobre Lucas, se voló el suplemento -dijo sentándose al borde de una gran mesa.

-¿No? -dijo Lucas-. ¿Por qué? -Tenía una cara hinchada y vieja como la de un enano; en cuanto estaba contrariado parecía que iba a echarse a llorar.

-Porque ese americano quiere impedirnos que abramos la boca contra los Estados Unidos: venía a ofrecerme el negocio.

-¡No es posible! ¡Parecía tan buen tipo!

-En un sentido es halagador -dijo Enrique-, nos codician demasiado. ¿No sabes lo que Dubreuilh me sugirió anoche? Que L'Espoir se convierta en el diario del S.R.L.

Lucas alzó hacia Enrique un rostro consternado:

-¿No aceptaste?

-Por supuesto.

-Todos esos partidos que resucitan, esas facciones, esos movimientos. ..hay que quedar afuera de todo eso -dijo Lucas con voz suplicante.

Las convicciones de Lucas eran tan íntegras que aun cuando uno las compartía se sentía tentado de inquietarlo un poquito.

-Sin embargo, es cierto que la unidad de la Resistencia ya no es más que una palabra -dijo Enrique-, va a haber que definir claramente nuestra posición.

-Son ellos los que están saboteando la unidad -dijo Lucas con una brusca pasión-. Al S. R. L. la llaman agrupación; en realidad, crean una nueva escisión.

-No, la escisión la crea la burguesía; y cuando uno pretende situarse más allá de las luchas de clase arriesga hacerles el juego.

-Escucha -dijo Lucas-, la línea política del diario la decides tú, tienes más cabeza que yo; pero someterse al S. R. L. Es otra historia: ahí estoy en contra, absolutamente en contra -su rostro se puso firme-. Te he evitado el detalle de nuestras dificultades del lado de las finanzas, pero te he prevenido que no estábamos muy arriba. Si nos ponemos de chinchorro de un movimiento que no significa gran cosa para nadie, eso no arreglará nuestros negocios.

-¿Piensas que perderemos aun más lectores? -dijo Enrique.

-¡Evidentemente!, y entonces estamos liquidados.

-Sí, parece más que probable -dijo Enrique.

Para comprar un minúsculo diarucho los provinciales preferían sus gacetas locales a los diarios parisienses, el tiraje había bajado mucho; aun recobrando su formato normal, no era seguro que L'Espoir recobrara su clientela; en todo caso no podía pagarse el lujo de una crisis: "¡Decididamente, no soy más que un idealista!", pensó Enrique; le había opuesto como objeciones a Dubreuilh cuestiones de confianza, de influencia, de papel que representar, y la verdadera respuesta estaba

Librodot

escrita en las cifras: quebraremos. Era uno de esos argumentos robustos contra los cuales ni los sofismas ni la moral pueden nada; tenía prisa de utilizarlo.

Enrique llegó a las diez al quai Voltaire, pero el ataque previsto no se desató en seguida. Como de costumbre, Ana trajo sobre una mesita con ruedas una especie de comida: salchichón portugués, jamón, una ensalada de arroz, y para festejar el regreso de Enrique una botella de Meursault. Cambiaron en frases deshilvanadas impresiones de viaje y los últimos chismes de París. A decir verdad, Enrique no se sentía con humor combativo. Le alegraba encontrarse de nuevo en ese escritorio; esos libros viejos, pero por lo general dedicados, los cuadros firmados por pintores conocidos, pero que no habían sido comprados, los adornos exóticos que eran todos recuerdos de viaje; toda esa vida discretamente privilegiada, él la apreciaba a distancia y al mismo tiempo, era ese su verdadero hogar; se sentía al calor, en la intimidad de su vida propia.

-Se está bien en casa -le dijo a Ana.

-¿No es cierto? En cuanto salgo me siento perdida -dijo ella alegremente.

-Hay que confesar que Scriassine eligió un lugar que espantaba -dijo Dubreuilh.

-Sí, ¡qué cueva!, pero en realidad fué una noche agradable -dijo Enrique; sonrió-. Salvo el final.

-¿El final? No, para mí lo más duro fué el momento de los "Ojos Negros" -dijo Dubreuilh con aire inocente.

Enrique vaciló; quizá Dubreuilh había decidido no volver a la carga demasiado pronto; había que aprovechar su discreción, sería una lástima estropear ese momento; pero Enrique estaba impaciente por confirmar su secreta victoria.

-La verdad es que dejó a L'Espoir como trapo de piso -dijo con voz alegre.

-Pero no...-dijo Dubreuilh con una sonrisa.

-¡Ana es testigo! Todo no era falso en su acusación -agregó Enrique-. Pero quería decirle: su propuesta de ligar L'Espoir al S. R. L. he vuelto a pensarla, hasta hablé con Lucas; es totalmente imposible.

La sonrisa de Dubreuilh se borró.

-Espero que no sea su última palabra -dijo-. Porque sin diario el S. R. L. nunca será nada. y no me diga que hay otros: ninguno tiene exactamente nuestra tendencia. Si usted se niega, ¿quién aceptará?

-Ya sé -dijo Enrique-. Pero dése cuenta: en este momento L'Espoir está en crisis, como la mayoría de los diarios; creo que saldremos de ésta, pero durante mucho tiempo tendremos que apretarnos el cinturón. El día en que decidiéramos ser el órgano de un partido político, el tiraje bajaría inmediatamente; no estamos en situación de soportar el cimbronazo.

-El S. R. L. no es un partido -dijo Dubreuilh-. Es un movimiento lo bastante amplio como para que sus lectores no se espanten.

-Partido o movimiento, prácticamente es lo mismo -dijo Enrique-. Todos esos obreros comunistas o comunizantes de los que yo le hablaba, compran junto con L'Humanité un diario de información, pero no otro pasquín político. Aun si el S. R. L. marcha de la mano con el P. C. ocurrirá lo mismo: L'Espoir se volverá sospechoso en cuanto lleve una etiqueta

-Enrique se encogió de hombros-. El día en que sólo nos lean los miembros del S. R. L. no nos quedará más que cerrar.

-Los miembros, del S. R. L. serán infinitamente más numerosos cuando tengamos el apoyo de un diario -dijo Dubreuilh.

-Entre tanto habrá un largo período de incertidumbre -dijo Enrique-, y esto nos bastará para irnos a pique, cosa que no está en el interés de nadie.

-No, no está en el interés de nadie -concedió Dubreuilh, guardó un momento de silencio; la yema de sus dedos golpeteaban el papel secante-. Evidentemente hay un riesgo -dijo.

-Un riesgo que no podemos permitirnos el lujo de correr -dijo Enrique.

Librodot

Dubreuilh reflexionó nuevamente durante unos instantes y dijo con un suspiro:

-Necesitaríamos dinero.

-Justamente no lo tenemos.

-No lo tenemos -concedió Dubreuilh con voz soñadora.

Por supuesto, no se daba tan fácilmente por vencido; todavía le daba vueltas a sus esperanzas en la cabeza; pero el argumento había sido eficaz: no volvió a la carga durante la semana siguiente; sin embargo, Enrique lo vió a menudo, quería probarle su buena voluntad; hubo dos entrevistas con Samazelle, asistió a las reuniones del comité, prometió publicar el manifiesto en L'Espoir. "Haz lo que quieras -decía Lucas-, mientras sigamos independientes."

Seguían independientes, era una cosa resuelta: pero había que saber qué hacer con esa independencia. En septiembre todo parecía tan sencillo: un poco de buen sentido y de buena voluntad, y bastaba, uno estaba protegido. Ahora los problemas se planteaban sin tregua y todos obligaban a volver a fojas uno. Lachaume había comentado tan efusivamente los artículos de Enrique sobre Portugal que L'Espoir iba a ser considerado un instrumento del P. C. ¿Había que desmentir? Enrique no quería perder ese público de intelectuales que apreciaban L'Espoir por su imparcialidad; tampoco quería indisponer a sus lectores comunistas; sin embargo, cuidando a todo el mundo se condenaba a la insignificancia y por ahí contribuía a adormecer a la gente. ¿Entonces qué? Le iba dando vueltas al problema en su cabeza mientras se dirigía hacia el Scribe, donde Lambert lo esperaba para comer. Cualquiera fuera su decisión, cedería a un capricho y no a una evidencia; a pesar de todas sus resoluciones estaba siempre en el mismo punto: no sabía bastante, no sabía nada. "Sin embargo, sería lógico informarse primero y hablar después", se dijo. Pero las cosas no ocurren así. Primero hay que hablar, es urgente; luego los acontecimientos nos desmienten o nos dan la razón. "Eso es justamente lo que llamo macanear -se dijo disgustado-. Yo también les macaneo a mis lectores." Se había prometido decirle a la gente cosas que iluminaran y ayudaran a pensar, cosas verdaderas, y ahora macaneaba. ¿Qué hacer? ¡No podía cerrar las oficinas, despachar a todo el personal y confinarse un año en un cuarto entre libros! El diario debía vivir y para que viviera Enrique estaba obligado a consagrarse a él por entero día a día. Se detuvo ante el Scribe; le alegraba comer con Lambert; le fastidiaba un poco tener que hablarle de sus relatos, pero confiaba en que Lambert no les diera demasiada importancia. Empujó la puerta giratoria; podía haberse creído transportado bruscamente a otro continente: hacía calor; hombres y mujeres llevaban uniformes americanos, el aire olía a tabaco rubio y las vitrinas ostentaban adornos lujosos. Lambert avanzó sonriendo, disfrazado él también con un uniforme de teniente; en la sala del restaurante, que servía de cantina a los corresponsales de guerra, había sobre las mesas manteca y prismas de pan muy blanco.

-¿Sabes?, se puede tomar vino francés en este drug-store -dijo Lambert alegremente-. Vamos a comer tan bien como un prisionero de guerra alemán.

-¿Te indigna que los americanos alimenten correctamente a sus prisioneros?

-No es eso especialmente, aunque cae mal en los lugares donde los franceses tragan ladrillos. Lo feo es el conjunto: ver cómo tratan a los Fritz, aun a los nazis, y cómo tratan a los tipos de los campamentos.

-Me gustaría saber si es verdad que la Cruz Roja francesa tiene prohibida la entrada a los campamentos -dijo Enrique.

-Es lo primero que voy a verificar -dijo Lambert.

-Decididamente, los Estados Unidos no nos tienen muy embalados estos últimos tiempos -dijo Enrique llenando su plato de tallarines.

-¡No hay de qué estarlo! -Lambert frunció el ceño.- Lástima que esto alegre tanto a Lachaume.

Librodot

-Pensaba en esto al venir -dijo Enrique-. ¡Si dices una palabra contra el P. C. le haces el juego a la reacción! Si criticas a Washington eres comunista. A menos que sospechen que perteneces a la quinta columna.

-Felizmente una verdad corrige otra -dijo Lambert.

Enrique se encogió de hombros.

-No hay que fiarse demasiado. ¿Recuerdas?, la noche de Navidad decíamos que L 'Espoir no debía dejarse regimentar .Y ya ves, no es fácil.

-Tenemos que seguir hablando según nuestra conciencia -dijo Lambert.

-¡Te das cuenta! -dijo Enrique-. Todas las mañanas les explico a cien mil tipos lo que deben pensar, ¿y sobre qué me baso? ¡Sobre la voz de mi conciencia! -se sirvió un vaso de vino-. Es una estafa.

Lambert sonrió.

-Cítame periodistas más escrupulosos que tú -dijo afectuosamente-. Tú mismo abres todos los telegramas, estás al tanto de todo.

-Día a día trato de ser honesto -dijo Enrique-. Pero justamente no tengo un minuto para estudiar a fondo las cosas de que hablo.

-¡Vamos! Tus lectores están muy contentos así -dijo Lambert-Conozco un montón de estudiantes que no juran más que por L'Espoir.

-Eso me hace sentirme aun más culpable -dijo Enrique.

Lambert lo miró con aire inquieto.

-¿No vas a ponerte a estudiar estadísticas durante todo el día?

-Es lo que debería hacer -dijo Enrique. Hubo un breve silencio y bruscamente Enrique se decidió; lo mejor era librarse cuanto antes de ésa tarea-. Te he traído tus relatos -dijo. Sonrió-. Es raro, tienes un montón de experiencias detrás de ti, las has vivido intensamente y a menudo me las has contado muy bien; tus reportajes están siempre llenos de cosas. Y luego en tus relatos no ocurre nada. Me pregunto por qué.

-¿Los encuentras malos? -dijo Lambert. Se encogió de hombros-. Te había prevenido.

-Lo que pasa es que no has puesto nada tuyo -dijo Enrique.

Lambert vaciló:

-Las cosas que me atañen de veras no son interesantes para nadie.

Enrique sonrió:

-Se siente demasiado que éstas no te atañen en lo más mínimo. Parecería que has escrito esos cuentos como quien hace un deber.

-Bah, ya sospechaba que no tenía dones -dijo Lambert.

Sonreía, pero con un aire forzado. Enrique tuvo la impresión de que en verdad les daba mucha importancia a sus relatos.

-¿Quién tiene dones y quién no los tiene? No se muy bien lo que eso quiere decir -dijo Enrique-. No. Tu error es elegir temas que te son tan ajenos, eso es todo. La próxima vez ponte más tú mismo.

-No sabría -dijo Lambert. Tuvo una risita-. Soy el tipo perfecto del pobre intelectual incapaz de ser nunca un creador.

-¡No digas tonterías! -dijo Enrique-. Estos relatos no prueban nada; es normal que uno falle la primera vez.

Lambert meneó la cabeza.

-Me conozco; nunca haré nada valedero. Y es deplorable un intelectual que no hace nada.

-Harás algo si te empeñas en hacerlo. Por otra parte, ser un intelectual no es una tara.

-No es una gracia -dijo Lambert.

-Soy uno y, sin embargo, me concedes tu estima.

-Tú eres otra cosa -dijo Lambert.

-Pero no, soy un intelectual. Me revienta que hagan de esa palabra un insulto: hay tipos que parecen creer que el vado del cerebro les amuebla la virilidad.

Buscaba a Lambert con la mirada, pero Lambert miraba su plato con obstinación; dijo:

-Me pregunto qué será de mí cuando haya terminado la guerra.

-¿No quieres seguir en el periodismo?

-Ser corresponsal de guerra tiene una defensa, pero ser corresponsal de paz ya no camina -dijo Lambert. Agregó con voz animada-: Hacer periodismo como lo haces tú, vale la pena: es una verdadera aventura. Pero ser redactor, aun en L'Espoir, tendría que necesitar verdaderamente ganarme la vida para que tuviera un sentido. Por otra parte, tendría un peso de conciencia si viviera como rentista -vaciló-. Mi madre me dejó demasiado dinero; de todas maneras me pesa sobre la conciencia.

-Todos estamos en las mismas -dijo Enrique.

-No, tú posees lo que ganas, no hay problema.

-Nunca se tiene la conciencia limpia -dijo Enrique-. Por ejemplo, comer aquí y rechazar los restaurantes del mercado negro: es pueril. Todos tenemos nuestras astucias. Dubreuilh finge considerar el dinero como un elemento natural; tiene enormes cantidades, pero no hace nada para ganarlo; nunca se lo niega a nadie, deja que Ana lo administre. Ella se las arregla considerándolo como ajeno: lo gasta para su marido y su hija, les hace una existencia confortable y ella la aprovecha. A mí lo que me ayuda es que nunca termino de ajustarme a un presupuesto; entonces tengo la impresión de que no poseo nada de sobra; es otra manera de hacer trampa.

-Sin embargo es distinto.

Enrique sacudió la cabeza.

-Cuando la situación es injusta no puedes vivirla correctamente; por eso uno se ve obligado a hacer política: para tratar de cambiar la situación.

-A veces me pregunto si yo no debería rechazar ese dinero -dijo Lambert-. ¿Pero de qué serviría? -Vaciló.- Además, confieso que la pobreza me da miedo.

-Trata más bien de emplearlo en forma útil.

-Y bueno, justamente, ¿cómo? ¿Qué puedo hacer?

-Hay montones de cosas que te importan.

-Me pregunto. ..-dijo Lambert.

-Hay cosas que te gustan, ¿no? ¿O no te gusta nada? -dijo Enrique con un poco de impaciencia.

-Me gusta tener compañeros, pero desde la Liberación no hacemos más que pelearnos; las mujeres son idiotas o insoportables; de libros ya estoy harto, y en cuanto a viajar. la tierra es igualmente triste en todos lados. Y además, desde hace algún tiempo ya no sé distinguir el bien del mal -concluyó.

-¿Cómo es eso?

-Hace un año era simple como una estampa de Épinal; ahora advertimos que los americanos son unos brutos tan racistas como los nazis y que les importa un pito que la gente siga reventando en los campos de concentración; los campos, también parece que los hay en la U. R. s. S. y que están lejos de ser lindos; a algunos colaboracionistas los fusilan y a otros igualmente puercos los cubren de flores.

-Si te indignas es porque todavía crees en ciertas cosas.

-N o, francamente, cuando uno empieza a interrogarse ya nada resiste. Hay montones de valores que se dan por sentados. ¿En nombre de qué? En el fondo, ¿por qué la libertad, por qué la igualdad, qué justicia tiene un sentido? ¿Por qué preferir los demás a uno mismo? ¿Un tipo como mi padre, que sólo pensó en gozar de la vida, estaba tan equivocado? -Lambert miró a Enrique con inquietud.- ¿Te escandalizo?

-En absoluto; son preguntas que uno debe hacerse.

-Sería necesario sobre todo que alguien las contestara -dijo Lambert, cuya voz se acaloraba-. Nos tienen hartos con la política, ¿pero por qué una política y no otra? Primeramente necesitamos una moral, un arte de vivir -Lambert miró a

Enrique un poco desafiante-. Eso deberías darnos; eso sería más interesante que ayudar a Dubreuilh a redactar manifiestos.

-Una moral encierra forzosamente una actitud política -dijo Enrique-. Y a la inversa: una política es algo vivo.

-No me parece -dijo Lambert-. En política uno se preocupa de cosas que no existen: el porvenir, las colectividades; cuando la concreto es el momento presente, los individuos uno a uno.

-Pero los individuos están interesados por la historia colectiva -dijo Enrique.

-La desgracia es que en política no se vuelve nunca de la historia al individuo -dijo Lambert-. Uno se pierde en generalizaciones y a nadie le importan los casos particulares.

Lambert había hablado con una voz tan reivindicante que Enrique lo miró con curiosidad:

-¿Por ejemplo?

-Y bueno, por ejemplo, toma la cuestión de la culpabilidad. Políticamente, abstractamente, un individuo que ha trabajado con los alemanes es un cochino, todos la escupen, no hay problema. Ahora, si ves de cerca de uno en particular, ya no pasa lo mismo.

-¿Piensas en tu padre? -dijo Enrique.

-Sí; hace algún tiempo que quería pedirte un consejo: ¿debo empeñarme verdaderamente en darle la espalda?

-¡El año pasado hablabas de él en un tono! -dijo Enrique sorprendido.

-Porque en ese momento yo creía que había denunciado a Rosa; pero sobre ese punto me ha convencido: no tiene nada que ver; todo el mundo sabía que era judía. No, mi padre hizo colaboración en el terreno económico; ya es bastante feo; pero en fin; va a ser llevado a los tribunales y sin duda condenado; es Viejo.

-¿Has vuelto a verlo? "

-Una vez; y desde entonces me ha mandado varias cartas, cartas que más bien me han impresionado, te lo confieso.

-Si tienes ganas de reconciliarte con él eres libre -dijo Enrique-. Pero creía que estaban en muy malas relaciones -agregó.

-Cuando te conocí, sí -Lambert vaciló y dijo con esfuerzo-: Él me educó; creo que a su manera me quería mucho; pero no había que desobedecerle.

-¿Nunca le habías desobedecido antes de conocer a Rosa?-preguntó Enrique.

-No. Eso es lo que lo volvió loco de rabia: era la primera vez que yo le hacía frente -dijo Lambert. Se encogió de hombros-. Más bien me convenía pensar que él la había denunciado; así ya no había más problema: lo hubiera matado con mi propia mano en ese momento.

-¿Pero cómo llegaste a sospecharlo? ~

-Algunos amigos me metieron esa idea en la cabeza: Vicente entre otros. Pero volví a hablarle de esto; no tiene absolutamente ninguna prueba, ni la más mínima. Mi padre juró sobre la tumba de mi madre que era falso; y ahora que he recobrado mi sangre fría estoy seguro de que nunca hubiera hecho semejante cosa. Nunca.

-Parece más bien monstruoso -dijo Enrique. Vaciló.

Lambert deseaba a su padre inocente como dos años antes lo había deseado culpable, sin pruebas, sin duda no había ningún medio de conocer la verdad.

-Vicente cae fácilmente en la novela truculenta -dijo Enrique-. Escucha: si ya no sospechas más de tu padre, si personalmente no le guardas rencor, no te corresponde hacer de justiciero. Vuelve a verlo, haz lo que te guste y no te ocupes de nadie.

-¿Crees verdaderamente que puedo? -dijo Lambert.

-¿Quién te lo impide?

-¿No crees que sería una prueba de infantilismo?

Enrique miró a Lambert con sorpresa:

-¿De infantilismo?

Lambert se puso rojo:

-Quiero decir de cobardía.

-No, hombre. No es cobarde vivir como uno siente.

-Sí. tienes razón, voy a escribirle -dijo Lambert-. He hecho bien en hablarte -agregó con voz agradecida.

Metió su cuchara en el engrudo rosa que temblaba sobre su plato:

-Podrías ayudarnos de veras -murmuró-. No sólo a mí: hay un montón de muchachos que están en mi caso.

-¿Ayudarlos a qué? -dijo Enrique.

-Tienes el sentido de la realidad. Deberías ayudarnos a vivir al día.

Enrique sonrió:

-Una moral. un arte de vivir, no está dentro de mis planes.

Lambert alzó hacia él una mirada brillante:

-Me he expresado mal. No pensaba en tratados teóricos. Pero a ti te importan ciertas cosas, crees en ciertos valores. Entonces deberías mostrarnos las cosas amables que hay en este mundo. Y también hacerlo un poco más habitable escribiendo buenos libros. Me parece que ese es el papel de la literatura.

Lambert había largado ese discursito de un tirón. Enrique tuvo la impresión de que lo había preparado de antemano y que esperaba desde hacía varios días el momento de colocarlo.

-La literatura no tiene por qué ser alegre -dijo.

-Sí, tiene que serlo -dijo Lambert-. Hasta lo triste se vuelve alegre cuando uno lo transforma en arte -vaciló-. Quizá alegre no sea la palabra, pero en fin, se justifica -se interrumpió y se puso rojo-. No vayas a creer que quiero dictarte tus libros. Simplemente no debes olvidar que eres ante todo un escritor, un artista.

-No lo olvido -dijo Enrique.

-Ya sé, pero. ..-de nuevo Lambert se turbó-. Por ejemplo, tu crónica sobre Portugal está muy bien, pero recuerdo esas páginas tuyas sobre Sicilia. Lamenté un poco no encontrar nada semejante.

-Si alguna vez vas a Portugal no tendrás ganas de describir los granados en flor -dijo Enrique.

-¡Ah, quisiera que esas ganas te volvieran! -dijo Lambert con voz apremiante-. ¿Por qué no? Uno tiene derecho a pasearse a orillas del mar sin preocuparse por el precio de las sardinas.

- El hecho es que no pude -dijo Enrique.

-Después de todo -agregó Lambert con vehemencia- hemos hecho la resistencia para defender al individuo, su derecho a ser él mismo y a ser dichoso; es hora de recoger lo que hemos sembrado.

-La desgracia es que hay algunos millares de individuos para quienes ese derecho sigue siendo letra muerta -dijo Enrique. Se encogió de hombros-. Creo que justamente porque empezamos a interesarnos en ellos ya no podemos detenernos.

-¿Entonces cada cual debe esperar que todo el mundo sea dichoso antes de tratar de serIo? -dijo Lambert-, ¿Al arte y la literatura hay que despacharlos a la edad de oro? Sin embargo, es justamente ahora cuando nos harían falta.

-No digo que no haya que escribir más -dijo Enrique. Vaciló. El reproche de Lambert le había llegado directamente al corazón; sí, había muchas otras cosas que decir sobre Portugal, no era sin nostalgia que las había apartado. Un artista, un escritor: eso quería ser, no había que olvidarlo. Se había hecho grandes promesas antaño, era hora de cumplirlas. Éxitos de juventud, un libro demasiado oportuno, alabado sin ton ni son: quería otra cosa-. En realidad -agregó-, estoy justamente escribiendo una novela según tu idea. Una novela completamente gratuita en la que cuento cosas por el solo placer de hacerlo.

-¿Es verdad? -dijo Lambert. Su rostro se iluminó-. ¿Te falta mucho? ¿Camina?

-Los principios siempre son un poco ingratos. Pero camina.

-¡Ah, me alegro!-dijo Lambert-. Sería verdaderamente una lástima si te dejaras devorar.

-No me dejaré devorar -dijo Enrique.

-¿Avanza tu novela? -preguntó Paula.

-Sí, avanza -dijo Enrique.

Ella se recostó sobre la cama, a sus espaldas. y él sentía en su nuca su mirada meditabunda; una mirada no hace ruido, él hubiera demostrado mala voluntad al despedirla, pero le pesaba. Hizo un esfuerzo para volver a concentrar su atención en su novela. Había tomado decisiones durante ese mes, se había resignado a situar su historia en 1935; quizá fuese un error, hacía días que las frases morían en el extremo de su lapicera.

"Sí, es un error", se dijo con decisión. Quería hablar de sí mismo: y bueno, ya no tenía nada que ver con lo que había sido en 1935. ¡Su indiferencia política, su curiosidad, su ambición, todo ese individualismo obcecado, cómo era de limitado, de tonto! Eso suponía un porvenir sin choques, con un progreso garantizado, una fraternidad inmediata entre los hombres, una posteridad amistosa; suponía sobre todo egoísmo y aturdimiento. Ah, sin duda podrían encontrarse excusas. Pero escribía ese libro para tratar de decir la verdad de su vida y no para explicar las faltas. "Hay que escribir al presente", decidió. Releyó las últimas páginas. Lástima pensar que ese pasado iba a quedar enterrado definitivamente: la llegada a París, los primeros encuentros con Dubreuilh, el viaje a Djerba. “Oh, si lo he vivido basta”, se dijo. Pero encarándolo así, el presente también se bastaba, la vida se bastaba: el hecho es que no se bastaba, puesto que tenía necesidad de escribir para sentirse completamente vivo. En fin, paciencia: de todas maneras no es posible salvarlo todo. La cuestión era saber lo que tenía que decir sobre sí mismo, hoy. “¿En qué estoy? ¿Qué quiero?” Cosa rara: si uno desea tanto expresarse es porque se siente singular y ni siquiera es capaz de decir en qué: " ¿Quién soy?" Antes no se lo preguntaba; antes las otras personas eran todas definidas, tenían límites: él no; sus libros y su vida estaban ante él, eso le permitía recusar todos los juicios que recaían sobre él, y considerar a todo el mundo, hasta a Dubreuilh, con un poco de condescendencia, desde lo alto de su obra futura. Pero ahora tenía que confesarse que era un hombre hecho: los jóvenes lo trataban como a un mayor, los adultos como a uno de ellos y hasta algunos le daban muestras de consideración. Hecho, limitado, terminado, él y no otro, solamente él: ¿Quién? En un sentido sus libros lo decidirían, pero a la inversa, para escribirlos tenía que conocer su propia verdad. A primera vista el sentido de estos meses que acababa de vivir era bastante claro, pero si uno miraba de cerca todo se turbaba. Ayudar a la gente a pensar mejor, a vivir mejor, ¿le importaba verdaderamente tanto o no era más que un vago sueño humanitario? ¿Se interesaba de veras en el destino ajeno o tan sólo en la paz de su conciencia? y la literatura, ¿en qué se había convertido para él? Querer escribir es muy abstracto cuando uno no tiene nada urgente que decir. Con la pluma en suspenso pensó con fastidio que Paula veía que no escribía. Se volvió.

-¿Vas a ver a Grépin mañana temprano? -preguntó.

Paula dejó escapar una risita:

-¡Tú, cuando tienes una idea en la cabeza!

-Escucha: esa canción parece hecha para ti; dices que te gusta, la música de Bergère es preciosa, Sabririo te oirá el día que quieras, ¡bien puedes poner algo de tu parte! En vez de dormitar sobre esa cama, trabajarías tu voz, y te aseguro que no seria peor.

-No dormito.

-En todo caso, ahora que te he conseguido esa entrevista, ¿vas a ir?

-Puedo ir a ver a Grépin y aprender a cantar bien tu canción -dijo.

-Pero no cantarás para el público; ¿es eso lo que quieres decir?

Ella sonrió: -Hay algo de eso.

-¡Me desalientas!

-Reconoce que nunca te alenté -sonrió de nuevo-. No te ocupes de mí -dijo tiernamente.

Él hubiera preferido ocuparse de ella una vez por todas y no sentirla así, a sus espaldas, espiándolo; pero quizá ella se daba cuenta. Él había hablado con Sabririo, había escrito dos canciones, compuesto todo un repertorio y telefoneado a Grépin, había hecho por ella todo lo que podía. Ella aceptaba de buena gana cantar para él, y hasta demasiado a menudo; pero continuaba terca en su negativa. Él volvió a alinear sin alegría frases muertas.

Hacia dos horas que se aburría ante el papel cuando golpearon animadamente a la puerta del estudio. Miró el reloj: más de medianoche.

-Han golpeado.

Paula dormitaba sobre la cama. Se incorporó.

-¿Abro?

Golpearon de nuevo y oyeron una voz alegre:

-Soy yo, Dubreuilh, ¿los molesto?

Bajaron juntos la escalera y Paula abrió la puerta:

-¿No ha ocurrido nada?

-¿A quién? -dijo Dubreuilh sonriendo-. Vi luz, pensé que podía subir, son apenas las doce. ¿Iban a acostarse? -Ya se había instalado en el sillón de cuero donde se sentaba de costumbre.

-Tenía justamente ganas de tomar una copa -dijo Enrique-, y no me hubiera atrevido a tomarla solo. Es mi ángel malo quien lo trae.

-¿Coñac? -preguntó Paula abriendo el armario.

-Con gusto -dijo Dubreuilh; volvió hacia Enrique un rostro resplandeciente- Le traigo calentita una noticia que va a interesarle mucho.

-¿Qué es?

-Habíamos renunciado más o menos a la idea de hacer de L'Espoir el diario del S. R. L. a causa de la crisis financiera que podía provocarse. ...

-Sí -dijo Enrique. Tomó el vaso que Paula le tendía y bebió un trago con una vaga inquietud.

-¡Y bien! Salgo de casa de un tipo podrido en oro que está dispuesto a sostenernos en caso de necesidad. ¿Ha oído hablar de un tal Trarieux? ¿Un zapatero que hizo un poco la resistencia?

-Me dice algo.

-Tiene millones del año que le pidan y una admiración sin límites por Samazelle; feliz combinación que lo lleva a ayudar sustancialmente al S. R. L. Esta noche Samazelle me arrastró a su casa. Está dispuesto a financiar el mitin de junio, nos proporcionará todos los capitales necesarios si L'Espoir se convierte en el diario del movimiento.

-Samazelle tiene muy buenas relaciones -dijo Enrique. Vació su vaso de un trago; estaba levemente fastidiado por la alegría demasiado comunicativa de Dubreuilh.

-Samazelle es de esa clase de tipos que van a comer fuera -dijo Dubreuilh riendo-. Usted y yo es lo último que haríamos; yo preferiría pedir limosna en las plazas; pero a él le gusta, y gusta. Mejor, porque así consigue dinero: en finanzas no sé dónde estaríamos sin él. Conoció a Trarieux durante la ocupación y lo cultivó.

-¿Es del S. R. L. ese zapatero con todos sus millones?

-¿Le asombra?

Paula se había sentado frente a Dubreuilh, fumaba un cigarrillo mirándolo fijamente con aire hostil. Iba a abrir la boca y Enrique adivinaba su voz indignada: le previno:

-No le diré que su proposición me entusiasma

Dubreuilh se encogió de hombros:

-Mire: todos los diarios se van a ver obligados, tarde o temprano, a aceptar subsidios privados; la prensa libre: ¡otra bonita mentira!

-L'Espoir, sin embargo, se ha restablecido -dijo Enrique-. Podemos bastarnos durante mucho tiempo si seguimos siendo lo que somos.

-Usted se basta, ¿y qué hay con eso? -dijo Dubreuilh vivamente-. Comprendo bien: usted creó L'Espoir, solo; quisiera seguir solo soportando el chubasco; comprendo -repitió-. ¡Pero piense en el papel que usted tiene que representar! Se ha dado cuenta durante este mes de la necesidad que tiene de un diario el S. R. L., ¿no?

-Sí -dijo Enrique.

-Entonces, ¿está de acuerdo con la importancia de nuestra tentativa?

-Si ese señor financia L'Espoir, querrá meter la nariz -dijo Enrique.

-¡Ah, no se trata de eso! -dijo Dubreuilh-. No intervendría absolutamente en nada en la dirección del diario. En el fondo, usted sería mucho más independiente con semejante comanditario de lo que lo es ahora. Porque, en fin, ahora está amordazado por el miedo de perder a sus lectores.

-Me parece un extraño filántropo su hombrecito.

-Si usted viera al tipo comprendería en seguida -dijo Dubreuilh.

-Sin embargo, no puedo creer que no me impondría ninguna condición -dijo Enrique.

-Ninguna, se lo garantizo; es una cosa absolutamente aclarada.

-¿Usted está seguro que todo eso no son palabras en el aire?

-Escuche: háblele usted mismo -dijo Dubreuilh-. Llámelo por teléfono, está dispuesto a firmar mañana.

Dubreuilh había hablado con tanta vivacidad que Enrique sonrió.

-Espere un poco; primero tengo que ver a Lucas. Y aun si resolviéramos declararnos por el S. R. L., quizá trataríamos de arreglárnoslas solos; yo lo preferiría.

-Personalmente estoy convencido que L'Espoir no perderá a sus lectores -dijo Dubreuilh-. Estoy completamente de acuerdo para intentarlo sin Trarieux -vaciló-. Sin embargo, sería mejor que usted tuviera una conversación con él.

-No me dirá más de lo que le dijo a usted -dijo Enrique-. Y no deseo que me ofrezca sus billetes mientras lo pueda impedir.

-Como usted quiera -Dubreuilh miró a Enrique con aire inquieto-. Se lo ruego: trate de decidirse hemos ¡ Ya hemos perdido tanto tiempo!

-Usted sabe que es grave lo que me está pidiendo -dijo Enrique-. No estoy yo solo en juego. Usted trate a su vez de ser un poco paciente.

-No tengo otro remedio -dijo Dubreuilh con un suspiro. Se levantó y le dirigió a Paula una gran sonrisa-. ¿No viene a dar una vuelta conmigo?

-¿Adónde? -dijo Paula.

-A cualquier parte; es una linda noche; una noche de verano.

-No, tengo sueño -dijo Paula con mala voluntad.

-Yo también -dijo Enrique.

-Paciencia, pasearé solo -dijo Dubreuilh dirigiéndose hacia la puerta-. Hasta el sábado.

-Hasta el sábado.

Enrique corrió el cerrojo; cuando se volvió, Paula estaba de pie frente a él; el rostro convulsionado:

-¡Es insensato! ¡Quiere robarte tu diario!

-Escucha: no se trata de un robo -dijo Enrique. Bostezó con afectación; en esos casos soportaba muy mal discutir con Paula: cuando ella estaba de acuerdo con él. Él también estaba irritado: ¡extraño juego de prestidigitación! Había bastado que Dubreuilh reclamara ese diario para crearse derechos sobre él-. Mis repugnancias personales le importan un pito; su amistad no vale mucho cuando resuelve servirse de uno.

-Debiste mandarlo a paseo -dijo Paula-. Nunca te tomará en serio; serás eternamente el jovencito que él lanzó en la literatura y que le debe todo.

-Después de todo no exige nada extraordinario -dijo Enrique-; pertenezco al S. R. L. y dirijo L'Espoir; es más bien natural que ambas cosas se fusionen.

-Ya no serás tú dueño, estarás obligado a recibir órdenes de ellos -la voz de Paula temblaba de indignación-. Y además vas a estar hundido hasta la coronilla en la política; ya no dispondrás de un minuto para ti. Ya te quejas de que te falta tiempo para tu novela.

-No te agites tanto; todavía no está nada decidido -dijo Enrique-. No he dicho que aceptaba.

El rencor de Enrique se disipaba al escuchar las protestas de Paula; su misma vehemencia hacía aparecer los motivos frívolos; y eran exactamente los que, Enrique rumiaba en su interior. "Me sublevo porque temo que la política me devore, porque temo las nuevas responsabilidades, porque deseo tener ocios, y sobre todo ser el dueño en mi casa." Razones muy fútiles en realidad. Cuando llegó al diario al día siguiente esperaba desde el fondo del corazón que Lucas le daría otras mejores.

Pero Lucas estaba sobrepasado por los acontecimientos. Decididamente, Lachaume le había hecho un flaco servicio a L'Espoir; se susurraba que Enrique estaba bajo las órdenes de los comunistas; eso le resultaba mucho más irritante por el hecho de que en ese momento les reprochaba un montón de cosas: la confusión que establecían entre la resistencia y el partido, el patrioterismo, la demagogia de su propaganda electoral, sus indulgencias desvergonzadas y sus severidades arbitrarias respecto a los colaboracionistas. Pero los diarios de derecha explotaban complacientemente el equívoco; muchos lectores se quejaban. Lambert pedía que tomaran medidas, la mayoría de los colaboradores del diario se sentían incómodos; Lucas también. "Etiqueta por etiqueta -dijo cuando Enrique le hubo expuesto la situación-, es todavía mejor representar el S. R. L. que pasar por comunistas." Era más o menos la opinión general. "Yo no creo en el S. R. L. ni en el P. C., el uno no es mejor que el otro -dijo Vicente-. Resuelve lo que quieras."

"En resumen, están todos de acuerdo -dijo Enrique cuando se encontró solo en su escritorio-. No ven ninguna razón para negarse." Se le oprimió el corazón; iba a verse obligado a aceptar. El S. R. L. necesitaba un diario y él representaba una oportunidad que era imposible negarle. El mundo vacilaba entre la guerra y la paz, el porvenir dependía quizá de un imponderable: sería un crimen no intentar todo en favor de la paz. Enrique miró el escritorio, el sillón, las paredes, escuchó el runrún de las rotativas, y le pareció de pronto que se despertaba de un largo sueño de frivolidad. Hasta ahora había considerado a L'Espoir como una especie de juguete: el equipo completo del pequeño impresor, tamaño natural, un juguete magnífico; y era un instrumento, un arma; tenían derecho a pedirle cuentas de la manera en que lo empleaba. Caminó hacia la ventana. Oh, exagera un poco; tan fútil no era; la euforia de septiembre se había disipado desde hacía rato, él se agitaba mucho a causa de ese diario; pero, sin embargo, pensaba no tener que rendir cuentas sino a sí mismo. Se equivocaba; "Es raro -se dijo-. En cuanto uno hace algo correcto, en lugar de adquirir derechos adquiere deberes." Había fundado L 'Espoir y eso lo llevaba a lanzarse con cuerpo y alma en la feria política.

Ya imaginaba las intrusiones de Samazelle, sus arengas, los golpes de teléfono de Dubreuilh, los coloquios, las consultas, las disputas, las transacciones. Se había jurado no dejarse devorar. Ahora los dados estaban echados, iba a ser devorado. Salió de su despacho y bajó la escalera. Bajo la niebla, la ciudad esa noche parecía una inmensa estación: a él le habían gustado las estaciones, la niebla. Ahora ya nada le gustaba: ya se había dejado devorar. Por eso, cuando trataba de hablar de sí mismo no encontraba nada que decir. "Hay cosas que te importan, dinos cuáles." ¿Cuáles? No quería ni a Paula ni a Nadine; viajar no le tentaba, nunca se le ocurría leer por placer, ni pasear, ni escuchar música; ya no hacía nada por su propio placer. Ya nunca se detenía a contemplar un paisaje, nunca le divertía un recuerdo. Gente que ver, cosas que hacer; vivía como un ingeniero en un universo de instrumentos; no era sorprendente que se hubiera vuelto seco como una piedra. Apresuró el paso; le horrorizaba esa sequedad. Se había dicho tanto en aquella Nochebuena que iba a recobrarse: no recobraba nada. Para colmo se sentía todo el tiempo incómodo en su pellejo, todo el tiempo a la defensiva, tendido, irritable,

irritado. Sabía muy bien que todas esas tareas que se infligía las hacía mal y no le traían más que remordimientos. "No sé bastante, no veo claro, tomo partido a la ligera, no tengo tiempo, nunca tendré tiempo." Era hartadora esa cantinela. Y ya no dejaría de oírla, todo iba a ser peor que antes, infinitamente peor. Comido, devorado, limpiado hasta los huesos. Ya no se trataría de escribir. Escribir es un estilo de vida, él iba a elegir otro; ya no tendría nada que comunicar a nadie. "No quiero", se dijo sublevado. No, sus repugnancias no eran fútiles; con un poco de patetismo podía decirse, al contrario, que ahí se planteaba para él una cuestión de vida o muerte: su vida o su muerte de escritor estaban en juego; tenía que defenderse. "Después de todo el S. R. L. no tiene entre sus manos el destino de la humanidad -pensó-. Ni yo entre las mías el destino del S. R. L." Se lo había dicho a menudo: "La gente se toma demasiado en serio. En verdad nuestros pactos no pesan mucho en la balanza; este mundo no pesa mucho: es fibroso, r poroso, sin consistencia." Los transeúntes se apresuraban en medio de la bruma como si hubiera sido importante que llegaran un poco antes aquí o allí; para terminar, morirán n todos, y yo también; eso alivia la vida. No se puede nada contra la muerte; entonces uno no puede hacer nada por nadie, no le debe nada a nadie; es inútil envenenarse la existencia. Entonces debía hacer lo que era capaz de hacer. Dejar caer L'Espoir y el S. R.. L., irse de París, instalarse en un rincón del Mediodía y consagrarse a escribir. "Recoger lo que se ha sembrado", decía Lambert. Tratar de ser dichoso sin esperar a que todo el mundo lo sea. ¿Por qué no? Enrique imaginaba la casa solitaria, los pinos, el olor a hierba. Pero ¿qué escribiré? Seguía caminando, la cabeza vacía. "La trampa está bien hecha -se dijo-. En el momento en que uno cree escapar, se cierra sobre uno." Recuperar el pasado, salvar el presente con palabras, es muy bonito; pero sólo puede hacerse contándolo a los demás; sólo tiene sentido si el pasado, si el presente, si la vida tienen peso. Si este mundo no tiene importancia, si los otros hombres no cuentan, ¿para qué escribir? Sólo queda bostezar de aburrimiento. La vida no se detalla, hay que tomarla en bloc, es todo o nada; pero no se tiene tiempo, eso es todo, ese es el drama. De nuevo la zarabanda se desencadenó en la cabeza de Enrique. Él quería su diario; y sus preocupaciones a propósito de la guerra, de la paz, de la justicia no eran pamplinas. No se trataba de arrojar todo eso por encima de la borda; y sin embargo, era un escritor, quería escribir. Hasta ahora se las había arreglado para conciliarlo todo bien o mal: más bien mal. Si cedía a Dubreuilh, no saldría nunca más del pantano. Entonces ¿qué hacer? ¿Ceder? ¿No ceder? ¿Obrar? ¿Escribir? Se fué a la cama.

Al cabo de algunos días Enrique se sentía igualmente vacilante. "¿Sí o no?""Esa obsesión terminaba por ponerlo de mal humor. Reparó en esto cuando vió en el marco de la puerta el rostro sonriente de Lachaume.

-¿Puedes concederme cinco minutos?

Lachaume solía pasar por el diario para ver a Vicente; y cuando llegaba al despacho de Enrique siempre era el bienvenido; pero esta vez Enrique dijo con una voz demasiado seca:

-Preferiría mañana; tengo que terminar un artículo.

-Es que quisiera hablarte hoy -dijo Lachaume sin desconcertarse. Se sentó con decisión.

-¿De qué se trata?

Lachaume miró a Enrique con una especie de severidad:

-Por lo que dice Vicente, ¿se trataría de que L'Espoir se uniera al S. R. L.?

-Vicente es muy charlatán -dijo Enrique-. Es una cosa totalmente en el aire.

-¡Ah, lo prefiero así! -dijo Lachaume.

-¿Por qué? ¿Qué puede importarte? --dijo con un tono un poco agresivo.

-Sería un grave error -dijo Lachaume.

-¿Qué tendría de grave? -dijo Enrique.

Librodot

-Suponía que no te dabas cuenta -dijo Lachaume-, por eso quise prevenirte. -Su voz se endureció.- En el Partido se considera que. el S. R. L. se está convirtiendo en un movimiento anticomunista.

Enrique se echó a reír:

-¡Verdaderamente, a mí solo nunca se me hubiera ocurrido eso!

-No hay motivo para reírse -dijo Lachaume.

-¡Tienes la risa difícil! -dijo Enrique. Miró a Lachaume con ironía-. Cubres L'Espoir de flores, un poco demasiado para mi gusto; y Dubreuilh, que dice las mismas cosas que yo, está contra ustedes. ¿Qué ha ocurrido? -agregó-: Lafaurie no podía estar más amable la semana pasada.

-Un movimiento como el S. R. L. es muy equívoco -dijo .Lachaume con su voz tranquila-. Por un lado atrae a la gente de izquierda, eso es un hecho; pero si se anexa un diario y organiza un mitin es porque tiene la intención de bombearnos. Al principio el P. C. deseaba una alianza; pero si se declaran contra nosotros no tenemos más remedio que estar contra ellos.

-¿Quieres decir que si el S. R. L. hubiera sido un grupito insignificante, silencioso, trabajando dócilmente a la sombra de ustedes, ustedes la habrían tolerado y hasta alentado? Pero si se pone a existir por su cuenta, la unión sagrada ya no corre.

-Te repito que trata de bombearnos -dijo Lachaume-; entonces ya no hay unión sagrada.

-Sí, así razonan ustedes -dijo Enrique-. Y bien, un consejo vale otro: no empiecen a atacar al S. R. L. No le harán creer a nadie que es un movimiento anticomunista; y le darán la razón a todos los que piensan que el frente nacional es una mistificación. ¡Entonces es verdad que no soportan una izquierda fuera de ustedes!

-No se trata por el momento de atacar públicamente al S. R. L. -dijo Lachaume-; lo vigilamos, eso es todo -miró a Enrique con aire grave-. El día en que disponga de un diario empezará a ser peligroso; no les cedas L'Espoir.

-Pero dime. ¡eso es un chantaje! -dijo Enrique-. Si el S. R. L. renuncia a tener un diario podrá vegetar tranquilo, ¿no es eso?

-¡Chantaje! -dijo Lachaume con reproche-. Si el S. R. L. se queda en su lugar seguimos amigos, si no, no; es lógico.

Enrique se encogió de hombros:

-Cuando Scriassine me afirmaba que no se puede trabajar con ustedes, yo no quería creerlo. y bueno, tenía razón; el único derecho que se tiene con ustedes es obedecerles sin chistar, -nada más,

-No quieres comprender -dijo Lachaume. Agregó con voz apremiante-. ¿Por qué no seguir independiente? Es tu fuerza.

-Si marcho con el S. R. L. diré exactamente las mismas cosas que antes -dijo Enrique-. Cosas que tú apruebas.

-Pero las dirás en nombre de cierta facción y tomarán otro sentido.

-¿Mientras que hasta ahora se podía suponer que estaba de acuerdo con el P. C. en toda la línea? A ustedes les venía bien.

-Si es verdad que estás de acuerdo -dijo Lachaume con fervor-. Si estás harto de jugar al franco tirador, ven con nosotros. El S. R. L., de todas maneras, no tiene porvenir; nunca tendrán al proletariado. En el P. C. si hablas, hay gente que te escucha; ahí se puede hacer un trabajo serio.

-Pero es un trabajo que no me gusta -dijo Enrique. Y pensó con irritación: "Me han atado de pies y manos." Lachaume continuaba exhortándolo; debía darse cuenta de que esa clase de líos no daban ganas de acercarse a ellos. ¿Había venido a prevenir a Enrique como amigo o a tratar de manejarlo? Sin duda ambas cosas iban juntas, eso era lo más feo. Enrique dijo bruscamente-: Perdemos el tiempo y tengo que terminar mi artículo.

Lachaume se levantó:

-Convéncete que tener L'Espoir sirve los intereses de Dubreuilh, pero no los tuyos.

-Cuenta conmigo para defender mis intereses -dijo Enrique.

Se dieron la mano más bien fríamente.

Dubreuilh había sido informado de la actitud del P. C.; Lafaurie lo había conminado cortésmente a renunciar a la idea del mitin. "Temen que cobremos demasiada importancia-dijo Dubreuilh-. Tratan de intimidarnos; pero si nos resistimos no se atreverán a atacarnos, por lo menos seriamente." Se hallaba decidido a resistir y Enrique estaba de acuerdo. Pero de todas maneras había que plantearle la cuestión al comité: era una consulta puramente formal, el comité siempre terminaba por estar de acuerdo con Dubreuilh. "¡Cuánto tiempo perdido!", pensaba Enrique escuchando el bullicio de las voces apasionadas. Miró por la ventana el magnífico cielo azul: "Lo mejor que podría hacer sería salir a pasear", se dijo. El primer día de primavera; la primera primavera de paz; y no había encontrado un minuto para aprovecharla. Por la mañana había tenido la conferencia con los corresponsales de guerra americanos y luego el conciliábulo con los norafricanos; había almorzado un sandwich recorriendo los diarios y ahora estaba encerrado en esa oficina. La voz de Lenoir temblaba de pasión y de timidez, casi tartamudeaba:

-Si ese mitin puede parecer hostil al partido comunista lo considero como nefasto.

-Es nefasto si no denuncia la tiranía del P. C. -dijo Savière-; es por esa cobardía que la izquierda está muriendo.

-No creo ser un cobarde -dijo Lenoir-. Pero quiero tener derecho a cantar con mis camaradas la noche en que enciendan las antorchas del triunfo.

-Vamos, en el fondo estamos todos de acuerdo, sólo se trata de una cuestión de táctica -dijo Samazelle.

En cuanto tomaba la palabra todo el mundo callaba, no había lugar para otra voz al lado de la suya; era enorme y amplia; cuando la hacía rodar en su boca parecía que estaba bebiendo vino tinto. Explicaba que el mitin constituía en sí una declaración de independencia respecto al P. C. y por lo tanto convenía que el contenido de los discursos fuera neutro, más bien amistoso. Hablaba tan hábilmente que Savière pensó que se trataba de una maniobra destinada a asegurar la ruptura con los comunistas haciéndoles cargar con las culpas, mientras Lenoir comprendió que se mantenía la alianza a cualquier precio.

"¿Pero de qué sirve esa habilidad?, -se preguntó Enrique-. Disfrazar nuestras diferencias no es salvarlas." Por el momento Dubreuilh imponía fácilmente sus decisiones. "Pero si la situación se agravara; por ejemplo: si los comunistas nos atacaran, ¿cuáles serían las reacciones de cada uno?" Lenoir estaba fascinado por los comunistas; sólo sus gustos literarios y su amistad por Dubreuilh le impedían afiliarse. A Savière, por el contrario, le costaba dominar sus rencores de ex militante socialista. Enrique no sabía muy bien lo que pensaba Samazelle, desconfiaba vagamente de él. Era el tipo acabado del político. A causa de su corpulencia y de su cálida voz ronca parecía sólidamente enraizado en la tierra, uno imaginaba que amaba vigorosamente a la gente y las cosas; pero en verdad sólo le servían para alimentar su impetuosa vitalidad: se embriagaba con ella. ¡Cómo le gustaba hablar! ¡Y a cualquiera! ¡Le sentaba ir a comidas! Cuando un hombre le da más importancia al sonido de su voz que al sentido de sus palabras, ¿dónde está su sinceridad? Bruneau y Morin eran sinceros pero vacilantes; exactamente esos intelectuales de los que hablaba Lachaume, que quieren sentirse eficaces sin sacrificar su individualismo: "Como yo -se dijo Enrique-, como Dubreuilh. Mientras podamos marchar con los comunistas sin ser uno de ellos, vamos bien; pero si llegaran a decidir excomulgarnos, qué lío se armaría." Enrique alzó los ojos hacia el cielo azul. Inútil querer resolver hoy el problema, ni siquiera se le podía plantear concretamente: todas las perspectivas cambiarían si la actitud del P. C. cambiaba. Lo seguro era que no había que dejarse intimidar; todo el mundo coincidía y esos

debates eran ociosos. "En este momento hay tipos que van a la pesca", se dijo Enrique. A él no .le gustaba la pesca, pero a los pescadores les gustaba, qué suerte tenían.

Cuando por fin el comité se hubo pronunciado por unanimidad en favor del mitin, Samazelle se acercó a Enrique.

-!Es necesario que el mitin sea un éxito! -dijo. Había un vago reproche en su voz.

-Sí -dijo Enrique.

-Para eso el ritmo de reclutamientos debería acentuarse considerablemente -dijo Samazelle.

-Es de desearlo.

-¿Se da cuenta?; si tuviéramos un diario estaríamos seguros de tener una repercusión mucho más vasta.

-Ya sé -dijo Enrique.

Examinaba sin alegría el sólido rostro de sonrisa abundante. "Si cedo tendré que vérmelas con él casi tanto como con Dubreuilh", pensó. Samazelle era de una -actividad infatigable.

-Necesitamos la respuesta con urgencia -dijo Samazelle.

-Le advertí a Dubreuilh que necesitaba algunos días de reflexión.

-Sí, ya hace algunos días de eso -dijo Samazelle.

"Decididamente no me gusta", se repitió Enrique. Se dijo, condenándolo: "¡He aquí una típica reacción de individualista!" Un aliado no es necesariamente un amigo. "Además, ¿qué es un amigo?", se preguntó mientras le daba un apretón de manos a Dubreuilh. Amigos: ¿hasta qué punto? Si no cedo, ¿qué será de esta amistad?

-No se olvide que hay unos manuscritos que lo esperan en Vigilance -dijo Dubreuilh.

-Voy en seguida -dijo Enrique.

Le hubiera gustado ocuparse más de esa revista, le divertía ayudar a Dubreuilh a juntar textos, a seleccionarlos; pero estaba siempre la misma cantinela: hubiera necesitado tiempo para leer cuidadosamente los manuscritos, para escribir a los autores, para conversar con ellos. Ni soñarlo; debía limitarse a hojear apresuradamente los escritos anónimos. "Liquido todo", pensó instalándose al volante de su autito negro. También liquidaba ese lindo día. Así, día tras día, uno termina por liquidar su vida,

-¿Has venido a buscar tu correspondencia -dijo Nadine. Le tendió con aire importante un grueso sobre amarillo; tomaba muy en serio su papel de secretaría-. y aquí están los Argos, si quieres echarles un vistazo,

-Otro día -dijo Enrique, Examinó con compasión las pilas de papeles que cubrían la mesa; cuadernos negros, rojos, verdes, paquetes de hojas mal atados, registros; tantos manuscritos, y para su autor cada uno es único. ..

-Dame la lista de los que te llevas -pidió Nadine trajinando entre sus fichas

-Tomo este paquete dijo enrique-. y también éste; parece más bien buena - dijo señalando una novela cuya primera página le había gustado.

-El libro de ese chico Peulevey? Parece simpático ese mocoso, ¿pero qué puede escribir a esa edad? No tiene más de veintidós años, -Posó sobre el cuaderno una mano imperiosa.- Déjamelo, Te lo llevaré esta noche.

-No estoy muy seguro de que sea bueno,

-Quiero mirarlo -dijo Nadine. Su única pasión era esa curiosidad glotona-. ¿Nos vemos esta noche? -agregó en tono desconfiado,

-De acuerdo, A las diez en el boliche de la esquina.

-¿No vienes antes a casa de los Marconi? Es para festejar la caída de Berlín, estarán todos los muchachos,

-No tengo tiempo.

-Parece que Marconi tiene todos los últimos discos; a mi me importa un comino, pero como pretendes que te gusta el jazz. ..

-Me gusta el jazz, pero tengo que hacer.

-¿Entre las cinco y las diez no puedes encontrar un minuto?

-No. A las siete voy a ver a Tournelle, que por fin me dio una audiencia.

Nadine se encogió de hombros:

-Se te va a reír en la cara.

-Lo supongo. Pero quiero poder escribirle al pobre das Viernas que le hablé personalmente.

Nadine terminó su lista en silencio.

-Bueno, hasta esta noche -dijo alzando la cabeza.

Enrique le sonrió:

-Hasta esta noche.

La vería a las diez; alrededor de las once subirían juntos al hotelito frente al diario: era ella quien había insistido para volver a acostarse con él; era un consuelo pensar que ese día árido se abriría dentro de unas horas sobre una noche tibia y rosada. Enrique se sentó de nuevo en su coche y partió hacia el diario. La noche todavía estaba lejos y la tarde iba a terminarse sin alegría. Oír jazz inédito, beber con los compañeros, sonreír a las mujeres, sí, le hubiera gustado mucho; pero sus minutos estaban contados: en el diario ya había gente que contaba sus minutos. Le hubiera gustado detener el auto junto al Sena, acodarse al parapeto, mirar el agua asoleada; o si no, correr, hacia las tímidas praderas que rodean París, ¡le hubieran gustado tantas cosas! Pero no. Este año también las viejas piedras de París iban a reverdecer sin él. "Nunca un descanso: sólo existe el porvenir y retrocede indefinidamente. Y eso es lo que se llama obrar." Discusiones, conferencias, ninguna de esas horas era vivida por sí misma. Ahora iba a empezar su editorial, ver a Tournelle, tendría justo tiempo antes de las diez para terminar su artículo y bajar al boliche. Detuvo el coche ante el edificio del diario; era una suerte haber conseguido esa cafetera; sin ella, nunca hubiera podido dar abasto. Abrió la portezuela y su mirada rozó el cuenta kilómetros: 2.327. Volvió a leer la cifra con sorpresa. Estaba seguro de que anoche marcaba 2.102. Eran cuatro los que tenían la llave del garaje: Lambert estaba en Alemania, Lucas había pasado la mañana entera en el diario, ¿y por qué Vicente iba a hacer 225 kilómetros entre las doce de la noche y las doce del día? No era de esa clase de tipos que salen a pasear con mujeres, tenía un gusto demasiado exclusivo por los prostíbulos. Además, ¿de dónde hubiera sacado nafta? Y se lo habría advertido, uno siempre advierte. Enrique subió la escalera y en el umbral de su escritorio se inmovilizó. Esa historia de f kilometraje lo intrigaba. Se dirigió hacia la sala de redacción y puso su mano sobre el hombro de Vicente:

-Dime. ..

Vicente se volvió y sonrió; Enrique vaciló. No era ni siquiera una sospecha, pero hace un rato, leyendo France-Soir, había visto abajo, en la primera página, algo que le había recordado cierta sonrisa de Vicente en el Bar Rojo; y ahora Vicente sonreía. él recordaba el suelto. Dejó la pregunta en suspenso y preguntó:

-¿Vienes a tomar una copa?

-Nunca digo que no -dijo Vicente.

Subieron juntos al bar. se sentaron ante una mesita junto a la puerta que se abría a la terraza. Enrique pidió dos vinos blancos y agregó:

-Dime, ¿eres tú el que tomó el auto esta mañana?

-¿El auto? No.

-Qué raro; entonces alguien más tiene las llaves. Lo guardé anoche a las doce y después alguien hizo 225 kilómetros.

-Debiste equivocarte de cifra -dijo Vicente.

-No, estoy seguro que no; había notado que veníamos justo de pasar los 2.100 -Enrique hizo una pausa-. Lucas estaba aquí esta mañana. Si no sacaste el coche, me pregunto verdaderamente quién puede ser. Tengo que aclarar esto.

-¿Qué puede importarte? -dijo Vicente. Había algo insistente en su voz y Enrique lo miró un momento en silencio.

-No me gustan los misterios -dijo.

-No es un misterio muy importante.

-¿Lo crees?

- De nuevo hubo un silencio y Enrique preguntó:

-Tu lo sacaste, ¿verdad?

Vicente sonrió:

-Escucha, voy a pedirte un favor. Olvida esta historia; olvídala a fondo. El coche no ha salido desde anoche, eso es todo.

Enrique vació su vaso; 225 kilómetros; Attichy está a unos 100 kilómetros de París. El suelto de France-Soir refería que el doctor Brumal, sospechoso de haber trabajado con la Gestapo y que acababa de ser absuelto, había sido encontrado asesinado a la madrugada en su casa de Attichy. Enrique examinó de nuevo a Vicente. Esa historia olía a folletín y Vicente sonreía en carne y hueso; era bien real. Enrique se levantó. En Attichy había un cadáver bien real y los asesinos de carne y hueso estaban en alguna parte.

-Estaríamos mejor afuera para hablar -dijo.

-Sí, es un lindo día -dijo Vicente adelantándose hacia el parapeto por encima del cual se podía ver el espejeo de los techos de París.

-¿Dónde estabas anoche? -dijo Enrique.

-¿Te empeñas en saberlo?

Sonreía a sus pensamientos. Enrique dijo bruscamente:

-Estabas en Attichy.

El rostro de Vicente cambió; miró sus manos; no temblaban.

Alzó vivamente los ojos hacia Enrique:

-¿Qué te hace decir eso?

-Es demasiado claro -dijo Enrique.

En verdad había lanzado palabras sin creer en ellas; y de pronto era verdad. Vicente formaba parte de una de esas bandas; anoche había estado en Attichy.

-¿Es tan claro? -dijo Vicente con voz decepcionada. Estaba desolado de haberse vendido tan fácilmente y todo el resto le resultaba perfectamente indiferente.

Enrique lo tomó por el hombro:

-Pareces no darte cuenta; son muy feos estos líos, son verdaderamente feos.

-El doctor Baumal -dijo Vicente con voz tranquila- es el que iba a la calle de la Pompe para atender a los muchachos que se habían desmayado; los reanimaba y volvían a torturarlos. Hizo ese trabajo durante dos años.

Enrique apretó con más fuerza el hombro huesudo:

-Sí; era un cochino. ¿y qué hay con eso? ¿Ganas mucho con un cochino menos en la tierra? Liquidar a los colaboracionistas en el 43, estoy de acuerdo. Pero ahora no sirve de nada, casi no hay riesgo, no es ni acción, ni trabajo, ni siquiera deporte: apenas un jueguito malsano. Hay cosas mejores que hacer.

-Reconoces que la depuración es una comedia asquerosa -dijo Vicente.

-Esto también es una comedia igualmente asquerosa -dijo

Enrique-. ¿Quieres que te diga algo? -agregó con voz irritada-. Les desespera a ustedes que la aventura haya terminado, fingen prolongarla. Pero Dios mío, lo que contaba no era la aventura: eran las cosas que defendíamos.

-Siempre se defienden las mismas cosas -dijo Vicente con su voz tranquila. Parecía que discutía un problema de casuística completamente abstracto-. ¿Sabes? -agregó-: estos incidentes son muy útiles para refrescar la memoria de la gente. Lo necesitan. Mira: la semana pasada me crucé con Lambert, que paseaba con su padre; es un poquito abusivo, ¿no te parece?

-Le aconsejé que lo viera si tenía ganas -dijo Enrique-. No es cuestión tuya. ¡Refrescar la memoria de la gente! -agregó, encogiéndose de hombros-. Hay que estar loco para creer que cambiaremos algo.

-¿Quién cambia algo? --dijo Vicente en tono irónico.

-¿Sabes por qué estamos empantanados? -dijo Enrique con furia-. Porque no somos bastante numerosos. Y eso es culpa tuya, de tus compañeros, de todos los muchachos Que se divierten con tonterías en vez de hacer un trabajo verdadero.

-¿Quieres que me afilie al S. R. L.? -dijo Vicente con voz irónica.

-¡Sería mucho mejor! -dijo Enrique-. En fin, date cuenta: ¿qué significa hacer puntería sobre un cochino cualquiera que no interesa a nadie? No por eso la derecha anda peor.

Vicente le cortó la palabra:

-Lachaume dice que el S. R. L.. sirve a la reacción, y Dubreuilh que el P.C. traiciona al proletariado; ¡ trata de entenderte! -Se dirigió deliberadamente hacia la puerta:- Olvida esta historia. Te prometo que no usaré más el auto -agregó con una sonrisa.

-Me importa un comino el auto -dijo Enrique.

Vicente lo paró:

-No te ocupes del resto.

Atravesaron el bar y Vicente preguntó:

-¿Vas a casa de Marconi luego?

-No. Tengo demasiado trabajo.

-Lástima. ¡Por una vez que podemos alegrarnos todos juntos de una misma cosa! Nos hubiera gustado tenerte.

-A mí también me hubiera gustado.

Bajaron la escalera en silencio; Enrique hubiera querido agregar algo, un argumento convincente: no encontraba nada. Se sentía muy deprimido. Vicente tenía doce macabeos detrás de él, trataba de olvidarlos continuando la matanza; y entre tanto se emborrachaba mucho: bebería como una cuba en casa de Marconi. Pero ¿como impedírselo? “Hay algo podrido en alguna parte”, se dijo Enrique. ¡Tantas cosas que hacer! ¡Y tantos tipos que no sabían qué hacer! Debería engranar y después no engranaba. "Voy a mandarlo muy lejos a hacer un largo reportaje", decidió. Pero era una solución provisoria. Hubiera necesitado tener algo sólido que ofrecerle a Vicente. Si el S. R. L. anduviera mejor, si representara verdaderamente una esperanza, Enrique habría podido decirle: "Te necesitamos." Por el momento estaban lejos de eso.

Cuando Enrique llegó al Quai d'Orsay dos horas más tarde estaba deprimido. Había previsto exactamente la amable acogida de Tournelle, su sonrisa circunspecta.

-Dile a tu amigo das Viernas que su carta será tomada en consideración, pero aconséjale que tenga paciencia -dijo Tournelle-. Me encargo de hacer llegar tu respuesta por valija diplomática -agregó-, entrégasela a mi secretaria; pero de todas maneras debe ser muy prudente.

-Por supuesto; el pobre viejo ya es bastante sospechoso -Enrique miró a Tournelle con un leve reproche-. Son soñadores, no se dan cuenta de las cosas, pero, sin embargo, tienen mucha razón de querer derrocar a Salazar.

-¡Evidentemente que tienen razón! -dijo Tournelle; había una especie de rencor en su voz y Enrique lo miró con más atención.

-Entonces, ¿no te parece que deberíamos tratar de ayudarlos de una manera o de otra? -dijo.

-¿De qué manera?

-Yo no sé: es tu trabajo.

Tournelle se encogió de hombros:

-Tú conoces la situación tan bien como yo. ¡Cómo quieres que Francia haga algo por Portugal si no puede hacer nada por ella misma!

Enrique miró con inquietud el rostro irritado. Tournelle había sido uno de los primeros en organizar la Resistencia, nunca había dudado de la victoria: no parecía de él esa confesión de derrota.

~¿Pero tenemos un poco de crédito? -dijo Enrique.

-¿Lo crees? ¿Eres de esos que se sienten orgullosos porque Francia ha sido invitada a San Francisco? ¿Qué te imaginas? La verdad es que ya no contamos.

-No pesamos mucho, por supuesto -dijo Enrique-. Pero en fin, podemos hablar, defender puntos de vista, ejercer presiones. ..

-Recuerdo -dijo Tournelle en tono amargo-. Queríamos salvar el honor para que Francia pudiera hablarles a los aliados con la cabeza alta; hay tipos que se dejaron matar por eso. ¡Cuánta sangre perdida!

-¡No vas a decirme que no había que resistir! -dijo Enrique.

-No sé. ¡Todo lo que sé es que no hemos adelantado mucho!

-Tournelle puso la mano sobre el hombro de Enrique-. ¡No vayas a repetir lo que te estoy diciendo!

-Por supuesto que no -dijo Enrique.

Los labios de Tournelle recuperaron una sonrisa mundana:

-Me alegra haber tenido la oportunidad de volver a verte.

-Yo también -dijo Enrique.

Atravesó de un paso rápido los corredores y el zaguán. Tenía el corazón oprimido. “¡Pobre das Viernas. Pobres viejitos!” Veía los cuellos duros, las galeras, esa indignación razonable en sus ojos; decían: "Francia es nuestra única esperanza." No había esperanza en ninguna parte, ni en Francia ni en ningún lado. Atravesó la calzada, se apoyó contra el parapeto que daba al río. Desde Portugal, Francia conservaba todavía el brillo terco de las estrellas muertas, y Enrique se había dejado atrapar. De pronto descubría que vivía en la capital moribunda de un pequeño país. El Sena corría en su lecho, la Madeleine, la Cámara de Diputados estaban en su lugar, el obelisco también: se podría creer que la guerra milagrosamente había evitado a París. "Queríamos creerlo", pensó Enrique mientras conducía su coche por el Boulevard Saint-Germain, donde florecían fielmente los castaños; todos se habían dejado engañar complacientemente por esas casas, esos árboles, esos bancos que imitaban tan exactamente el pasado; pero en verdad se había dejado aniquilar la orgullosa ciudad erguida sobre el corazón del mundo. Enrique no era más que el ciudadano deleznable de una potencia de quinto orden; L’Espoir una gaceta local, algo así como el Petit Limousin. Subió con paso cansado la escalera del diario. "Francia no puede hacer nada." Informar, indignar, apasionar a gente que no puede hacer nada, ¿adónde conduce? Enrique había cuidado su informe sobre Portugal, como si estuviera destinado a levantar la opinión de un polo al otro. Y a Washington se le importaba un comino y el Quai d'Orsay no podía hacer nada. Se sentó en su escritorio y releyó el principio de su artículo: ¿para qué? Las personas la leerían, menearían la cabeza, tirarían el diario al canasto y se acabó. ¿Qué importancia tenía que L’Espoir continuara o no independiente, que tuviera más o menos lectores o hasta que quebrara? “No vale la pena obstinarme”, pensó Enrique bruscamente. Dubreuilh y Samazelle creían poder utilizar el diario; creían también que a Francia le quedaba un papel que representar si no continuaba aislada; todas las esperanzas estaban de su lado; enfrente, solo el vacío. “Entonces, ¿por qué no telefonear que acepto?, se dijo Enrique; miró durante un largo rato el teléfono que estaba sobre su escritorio; pero su mano no se decidía. Volvió al artículo.

-¡Hola, Enrique! Es Nadine -había un estremecimiento angustiado en su voz-, ¿no me has olvidado?

Miró su reloj con sorpresa:

-Pero no, iba a bajar; no son más de las diez y cuarto, ¿no?

-Diez y diecisiete.

-Y bueno, tenía que trabajar.

Colgó con impaciencia. Para eso tenía el don: se las arreglaba siempre para estropear los encuentros. Durante ese día árido él había pensado en el momento en que tomaría en sus brazos ese cuerpo liso y fresco; entonces tendría por fin su parte de primavera. Y ahora de un golpe el rencor sumergía su deseo. “Otra que se cree con derechos sobre mí -se decía mientras bajaba la escalera-, Ya basta con

Paula...” Empujó la puerta del café; Nadine leía con aire juicioso tomando agua mineral.

-¿Qué hay? ¿No puedes esperar veinte minutos?

Ella alzó la cabeza:

-Perdóname, no quería apurarte. Pero es más fuerte que yo. En cuanto empiezo a esperar me parece que nunca más veré a la persona que espero.

-No se desaparece así.

-¿Tú crees?

Él apartó la mirada con un poco de vergüenza; recordaba de pronto que tenía dieciocho años y recuerdos pesados.

-¿Pediste algo?

-Sí, esta noche tienen bifes -agregó con una sonrisa conciliadora-. Hiciste bien en no ir a casa de Marconi; no ha sido divertido.

-¿Vicente se emborrachó?

-¿Cómo lo sabes?

-Se emborracha siempre. Deberías tratar de convertirlo.

-Ah, Vicente tiene todos los derechos -dijo Nadine con voz soñadora.- Es tan diferente de los demás; es un arcángel.

Clavó la vista en Enrique:

-Entonces, ¿viste a Tournelle?

-Lo vi. Dice que no se puede hacer nada.

-Ya sabía que nos estábamos rompiendo para nada -dijo

Nadine.

-Pero yo también lo sabía.

-¡Entonces, verdaderamente no valía la pena! -dijo Nadine. Su cara había vuelto a ensombrecerse; le tendió a Enrique el cuaderno negro-: Te traje el manuscrito.

-¿Vale algo?

-Cuenta cosas de Indochina que son muy divertidas -dijo Nadine con voz imparcial.

-¿Crees que podemos publicar algunos pasajes en la revista?

-Seguramente; o hasta la daría entera -miró el manuscrito con una especie de rencor-. Hay que no tener pudor para atreverse a hablar así de sí mismo; yo no podría.

Enrique le sonrió:

-¿Nunca tienes ganas de escribir?

-Nunca -dijo Nadine con énfasis-. En primer lugar, no comprendo que uno escriba si no tiene genio.

-A veces tengo la impresión de que te ayudaría escribir -dijo Enrique.

La expresión de Nadine se endureció:

-¿Me ayudaría a qué?

-A desenvolverte en la vida.

-Me desenvuelvo muy bien, gracias -dijo ella atacando su bife-. Son graciosos ustedes -agregó-, peores que morfinómanos.

-¿Por qué morfinómanos?

-Porque los morfinómanos quieren drogar a todo el mundo: ustedes quieren que todo el mundo escriba.

Enrique abrió el manuscrito y de nuevo las frases dactilografiadas resonaron en él con un ruido claro, seco y alegre como una lluvia de piedritas.

-Para un chico de veintidós años está muy bien -dijo.

-Sí, está muy bien -contestó ella; se encogió de hombros-. ¿Cómo puedes entusiasmarte a causa de un tipo que no conoces?

-No me entusiasmo; compruebo que tiene talento.

-¿Y qué hay con eso? ¿No hay bastantes escritores de talento en esta tierra? Explícame -agregó con aire terco-, ¿qué necesidad tienen papá y tú de descubrir obras de arte incipientes?

-Si uno escribe es porque cree en la literatura -dijo Enrique-. Da placer verla enriquecerse con un buen libro.

-¿Quieres decir que eso repercute sobre las actividades de ustedes y las justifica?

-En cierto modo, sí.

-Es lo que yo pensaba -dijo ella con voz satisfecha-. El interés que sienten por los jóvenes, en el fondo, es egoísmo.

-¡.Qué cinismo barato!

-¿No se obra siempre por egoísmo?

-Digamos en todo caso que hay ciertas formas de egoísmo más o menos agradables para los demás.

Sobre todo no quería discutir; ella estaba raspándose los dientes con un pedazo de fósforo y él estaba francamente crispado. Ella dejó caer el fósforo:

-¿Tú también piensas que cometí un error al entrar de secretaria?

-¿Por qué me preguntas eso? Lo haces muy bien.

-No es por el interés de la revista por la que hablo, sino por mí. ¿Tuve o no tuve razón?

A decir verdad, él no tenía opinión; a pesar de su cinismo, Nadine se habría asombrado si hubiera sabido hasta qué punto sus problemas lo dejaban indiferente.

-Evidentemente, podías haber continuado tus estudios -dijo con desgano.

-Quería ser independiente.

Trabajar en la revista de su padre era una extraña independencia; en verdad, se aplicaba en despreciar a sus padres, hasta en aborrecerlos, pero no hubiera soportado que la vida de ellos no fuera la suya: necesitaba llevarles la contra de cerca. Él dijo blandamente:

-Eres el mejor juez.

-Entonces, ¿te parece que tuve razón?

-Tienes razón de hacer lo que se te antoja.

Contestaba sin ganas; sabía que Nadine adoraba hablar de sí misma, pero que cualquier juicio, aun benévolo, la hería. A decir verdad, no tenía ganas de hablar de nada esta noche; todo cuanto deseaba era acostarse con ella.

-¿Sabes la que harías si fueras buena?

-¿Qué?

-Cruzarías la calle conmigo.

El rostro de Nadine se ensombreció.

-Sólo para eso me ves -dijo con despecho.

-No creía insultarte.

Ella dijo quejumbrosa:

-Yo quería conversar.

-Y bueno, conversemos. ¿Quieres un coñac?

-Sabes muy bien que no.

-Siempre tan sobria como una hija de María. ¿Cigarrillos tampoco?

-No.

Él pidió un coñac; encendió un cigarrillo.

-¿De qué querías hablar?

Su voz no era amable, pero Nadine no se dejó desconcertar:

-Tengo ganas de afiliarme al P. C.

-Inscríbete.

-Pero ¿qué opinas?

-No hay nada que opinar -dijo él vivamente-. Tú debes saber lo que quieres.

-Pero vacilo, no es tan sencillo; por eso quisiera conversar.

-Las discusiones nunca han convencido a nadie.

-Con otras personas discutes -dijo Nadine y su voz se agrió bruscamente-. Conmigo nunca quieres; supongo que es porque soy una mujer; las mujeres sólo sirven para acostarse con ellas.

-Paso mis días discutiendo. Si supieras cómo termina por hartar.

El hecho es que con Lambert o Vicente no habría eludido el tema. Nadine estaba tan necesitada de ayuda como ellos; pero había aprendido a sus costillas que ayudar a una mujer es siempre concederle un derecho; del menor don hacían una promesa; él se mantenía a la defensiva.

-Lo que pienso es que si entras en el partido no permanecerás mucho tiempo -dijo con un esfuerzo.

-Mira: los escrúpulos de ustedes los intelectuales no me devoran. Lo único seguro -dijo apasionadamente- es que si hubiera estado afiliada no habría tenido tantos remordimientos cuando veíamos en Portugal a esos pibes muertos de hambre.

Él no contestó; sí, librarse de una vez por todas de los remordimientos es muy alentador; pero si uno se afilia, sólo por eso es seguro que se equivoca.

-¿En qué piensas? -dijo Nadine.

-Pensaba que si tienes ganas de afiliarte debes hacerlo.

-¿Pero a ti te gusta más seguir en el S. R. L. que entrar en el P. C.?

-¿Por qué quieres que haya cambiado de idea?

-Entonces, ¿piensas que ser comunista es bueno para mí y no para ti?

--Hay un montón de cosas que no soporto en ellos; si tú las soportas, adelante.

-¿Ves?, no quieres discutir -dijo ella.

-Discuto.

-¡Tan por encima! Pareces aburrirte tanto conmigo -agregó en tono de reproche.

-No, no me aburro. Pero esta noche estoy embrutecido.

-Siempre estás embrutecido cuando me ves.

-Porque te veo a la noche; sabes muy bien que no tengo otro momento libre.

Hubo un corto silencio y ella dijo:

-Escucha, voy a pedirte algo; pero, por supuesto, me lo negarás.

-Qué?

-Pasa conmigo el próximo week-end.

-Pero no puedo -dijo. De nuevo el rencor se le subió a la garganta; le negaba ese cuerpo que él deseaba y exigía tiempo, atención. ..-Sabes muy bien que no puedo.

-A causa de Paula.

-Exactamente

-¿Cómo un hombre puede aceptar seguir siendo toda la vida el esclavo de una mujer a la que no quiere?

-Nunca te he dicho que no quería a Paula.

-Tienes piedad de ella y tienes remordimientos: todas esas cocinas sentimentales son tan asquerosas... Cuando ya no se tienen ganas de ver a la gente, se la larga; eso es todo.

-En ese caso nunca hay que pedir nada a nadie -dijo él mirándola con insolencia-. y sobre todo no indignarse cuando la respuesta es: no.

-No me habría indignado si me hubieras dicho francamente: no tengo ganas de pasar el week-end contigo, en vez de hablarme de tus deberes.

Enrique emitió una risita: “No -pensó- esta vez no me dejaré agarrar Con el golpe de la franqueza: reclama la verdad, la tendrá.” Dijo en voz alta:

-Admitamos que te lo digo francamente. ..

-No tendrás que decírmelo dos veces.

Tomó su cartera y la cerró de un golpe seco;

-No soy del genero estampilla -dijo-. No me pego; y además puedes estar tranquilo; no te quiero -lo miró un instante en silencio-. ¡Cómo se puede querer a un intelectual! Tienen una balanza en el lugar del corazón y un pequeño cerebro en la punta del sexo. Y en el fondo -concluyó-, son todos fascistas.

-No te sigo.

-Nunca tratan a la gente de igual a igual; disponen de ellos a su antojo; tienen una generosidad que es imperialismo y una imparcialidad que es suficiencia.

Hablaba sin rabia, con aire soñador; se levantó y lanzó una risita.

-No tomes ese aire dolorido. Te fastidia verme y en el fondo a mí tampoco me divierte mucho: no es ningún drama; hablaremos cuando nos encontremos. Sin rencor.

Desapareció en la oscuridad de la calle y Enrique pidió la cuenta. No estaba contento de él. " ¿Por qué fui tan grosero con ella?" Lo fastidiaba, pero le tenía cariño. "Me impaciento demasiado a menudo -se dijo-. Todo me impacienta: hay algo que no anda bien." Vació su vaso de vino. No era sorprendente: pasaba sus días haciendo cosas que no tenía ganas de hacer, vivía de la mañana a la noche a contrapelo. "¿Cómo he llegado a esto?" A primera vista, no parecía tan ambicioso lo que se había propuesto al día siguiente de la Liberación: recobrar su vida de preguerra y enriquecerla con algunas actividades nuevas; creía que podría dirigir L'Espoir y trabajar en el S. R. L. sin dejar por eso de escribir ni de ser dichoso; no podía. ¿Por qué? No era una cuestión de tiempo; de haberlo deseado verdaderamente se las habría arreglado esta tarde para vagabundear por las calles o ir a casa de Marconi, y justo ahora tenía tiempo para trabajar, podía pedirle papel al camarero, pero esa idea le repugnaba. "¡Vaya un oficio!", decía Nadine. Tenía razón. Los rusos estaban saqueando a Berlín, una guerra terminaba o la otra empezaba. ¿Cómo podía uno divertirse en contar historias que no habían ocurrido jamás? Se encogió de hombros: esa también es la clase de pretexto que uno se da cuando el trabajo no adelanta. La guerra amenazaba, la guerra había estallado, y él todavía se divertía en contar cuentos: ¿por qué no ahora? Salió del café. Recordaba otra noche, una noche de niebla, en que se había pronosticado que la política iba a devorarlo: ya estaba devorado. ¿Pero por qué no se había defendido mejor? ¿De dónde venía esa aridez interior que lo paralizaba? ¿Por qué ese muchacho, cuyo manuscrito tenía entre sus manos, encontraba cosas que decir y él no? Él había tenido veintidós años y cosas que decir, había caminado por esas calles soñando con su libro: el libro. .. Aminoró el paso. Ya no eran las mismas calles. Antes deslumbraban con su luz y surcaban la capital del mundo; hoy la luz de un farol cortaba de tanto en tanto la noche y uno advertía hasta qué punto la calzada era estrecha y las casas decrépitas. La Ciudad Luz se había apagado. Si un día brillaba de nuevo, el esplendor de París sería el de las ciudades venidas a menos: Venecia, Praga, Brujas la muerta. No eran las mismas calles ni la misma ciudad, ni el mismo mundo. Enrique se había prometido en aquella Nochebuena contar con palabras la dulzura de la paz; pero esa paz no tenía dulzura. Las calles eran tristes y triste la carne de Nadine; esta primavera no tenía nada que ofrecerle: el cielo azul, los retoños obedecían a la rutina de las estaciones, no llevaban promesas. "Contar el gusto de mi vida." Ya no tenía gusto, porque las cosas ya no tenían sentido. También ahí Nadine tenía razón: uno no puede complacerse en describir las lucecitas a lo largo del Tajo cuando uno sabe que alumbran una ciudad que revienta de hambre. Y la gente que revienta de hambre no es un pretexto para hacer frases. El pasado no había sido más que un espejismo: del espejismo disipado, ¿qué quedaba? Desdicha, peligro, tareas inciertas, un caos. Enrique había perdido un mundo, no le daban nada en cambio. No estaba en ninguna parte, no poseía nada, no era nadie. "Y bueno, sólo me queda callar", pensó. Si termino por resignarme dejaré de sentirme crucificado. Quizá haga con más gusto las tareas que estoy obligado a llevar a cabo." Se detuvo ante el Bar Rojo; a través del vidrio vió a Julián sentado solitariamente en un banquito. Empujó la puerta y oyó que susurraban su nombre. Todavía ayer eso lo hubiera conmovido; pero mientras se abría camino a través de la muchedumbre indígena, se indignó por haberse dejado engañar por tan pobre espejismo: llegar a ser un gran escritor en Guatemala o en Honduras, ¡qué triunfo irrisorio! Antes creía habitar un lugar privilegiado del mundo desde donde cada palabra se propagaba a través de la tierra entera; pero ahora sabía que todas sus palabras morían a sus pies,

-¡Demasiado tarde! -dijo Julián.

-¿Por qué demasiado tarde?

-Te perdiste las patadas. ¡Oh!, no era nada extraordinario -agregó-. Ya ni siquiera saben romperse la cara.

-¿A propósito de qué?

-Un tipo llamó a Pétain "el mariscal" -dijo Julián con voz incierta. Sacó de su bolsillo un frasco chato-. ¿Quieres scotch?

-Quiero,

-Señorita; otro vaso y otra soda, por favor -dijo Julián.

Llenó hasta la mitad el vaso de Enrique,

-Estupendo -dijo Enrique; tomó un gran trago-. Tenía necesidad de un estimulante: tuve un día tan lleno. ..es una locura, ¿no has notado cómo se siente uno de vacío después de un día bien lleno?

-Los días están siempre llenos, nunca falta una hora; las botellas es distinto, por desgracia.

Julián tocó el cuaderno que Enrique había puesto sobre el mostrador:

-¿Qué es esto? ¿Documentos secretos?

-La novela de un joven.

-Dile a tu joven que la convierta en bonetes de papel para su hermanita; que se coloque de bibliotecario como yo, es un oficio encantador, y además es más sano. ¿Has, notado?: si les has vendido manteca o cañones a los alemanes, te perdonan, te abrazan, te condecoran; pero si has escrito una palabra de más aquí o allí, entonces: ¡apunten, fuego! Deberías escribir un artículo sobre eso.

-Lo pienso.

-Piensas en todo, ¿eh? -Julián vació el frasco de scotch en los vasos.- ¡Pensar que puedes llenar columnas y columnas para reclamar sobre las nacionalizaciones! Trabajo y justicia: ¿crees que será divertido? y las nacionalizaciones de salvo sea la parte, ¿para cuánto serán? -alzó su vaso-, ¡A los asesinatos de Berlín!

-¿Los asesinatos?

-¿Qué crees que están haciendo en Berlín esta noche los buenos cosacos? ¡Asesinatos y violaciones! ¡Vaya un prostíbulo! Es la victoria, nuestra victoria, ¿no te sientes orgulloso?

-¡Ah, no me vas a jorobar tú también con la política!

-¡Ah, no! Al cuerno la política.

-Si lo que quieres decir es que este mundo no es muy atrayente, pienso como tú -dijo Enrique.

-Yo también. Mira esta cueva: se llama un bar. Hasta los borrachos hablan de levantar a Francia. ¡y las mujeres! Ni una mujer alegre en el barrio: todas impresionantes.

Julián bajó de su banco.

-Vamos a Montparnasse. Allí por la menos hay muchachas encantadoras; quizá no sean verdaderas, verdaderas señoritas, pero son muy complacientes y nada impresionantes.

Enrique sacudió la cabeza:

-Me voy a la cama.

-Tú tampoco eres muy divertido -dijo Julián con asco-. ¡No, como postguerra no está muy lograda!

-¡No está muy lograda! -dijo Enrique. Siguió con la mirada a Julián qué caminaba dignamente hacia la puerta; él tampoco era muy divertido, se estaba volviendo más bien envenenado. Pero después de todo, ¿por qué tenía que ser especialmente divertida la postguerra? Sí, bajo la ocupación se la imaginaba muy linda: vieja historia. Basta de canturrear la canción del mañana; mañana era hoy, ya no se cantaba. En verdad, París había sido destruido y todo el mundo había muerto en la guerra. "Yo también", se dijo Enrique. ¿y qué hay con eso? No es incómodo estar muerto si uno renuncia a fingir que está vivo. Basta de escribir, basta de vivir. Una sola consigna: obrar. Obrar en equipo, sin ocuparse de sí;

Librodot

sembrar, seguir sembrando, no cosechar jamás. Obrar, unirse, servir, obedecer a Dubreuilh, sonreír a Samazelle. Telefonearía: "El diario es suyo." Servir, unirse, obrar. Pidió un coñac doble.

CAPÍTULO IV

Sobrevivir, habitar del otro lado de su vida: después de todo es muy confortable; no se espera más nada, no se teme más nada, y todas las horas se parecen a los recuerdos. Es lo que descubrí durante la ausencia de Nadine; ¡qué descanso! Nadie golpeaba las puertas, yo podía conversar con Roberto sin frustrar a nadie y quedarme despierta hasta muy tarde, de noche, sin que nadie viniera a llamar a mi puerta; yo aprovechaba. Me gustaba sorprender el pasado en el fondo de cada instante. Bastaba un minuto de insomnio: la. ventana abierta sobre tres estrellas resucitaba todos los inviernos, las praderas heladas, Navidad; con el ruido de los tachos de basura todas las mañanas de París se despertaban desde mi infancia. Había siempre el mismo silencio en el escritorio de Roberto mientras escribía, los ojos enrojecidos, sordo, insensible; ¡y qué familiar me resultaba el murmullo de esas voces agitadas! Tenían rostros nuevos, hoy se llamaban Lenoir, Samazelle; pero el olor del tabaco grisáceo, esas voces violentas, esas risas conciliadoras yo las reconocía. Por la noche escuchaba los relatos de Roberto, miraba nuestros adornos inmutables, nuestros libros, nuestros cuadros, y me decía que quizá la muerte fuera más clemente de lo que yo sospechaba. .

Pero hubiera tenido que atrancarme en mi tumba. Ya en las calles mojadas cruzábamos a hombres de piyamas rayados: los primeros deportados que volvían. Sobre las paredes, en los diarios, las fotografías nos revelaban que durante todos esos años ni siquiera habíamos presentido lo que significaba la palabra "horror", nuevos muertos venían a engrosar la muchedumbre de los muertos que nuestras vidas traicionaban; y yo veía aparecer en mi consultorio sobrevivientes que no podían descansar en el pasado. "Desearía tanto dormir una noche sin recordar", suplicaba esa muchacha de mejillas todavía frescas, pero de cabello blanco. Generalmente, yo sabía defenderme; todos los neuróticos que durante la guerra habían contenido su locura, tomaban hoy revanchas frenéticas y yo no les concedía sino un interés profesional; pero ante esos fantasmas sentía vergüenza: vergüenza de no haber sufrido bastante y de estar ahí, indemne, dispuesta a aconsejarlos desde lo alto de mi salud. Ah, las preguntas que me había planteado me parecían muy vanas: cualquiera fuese el porvenir del mundo, había que ayudar a esos hombres y a esas mujeres a olvidar, a curarse. El único problema es que aunque le robara tiempo al sueño mis días resultaban cortos.

Y mucho más ahora que Nadine volvió a París. Arrastraba tras ella una gran bolsa marinera llena de salchichones color herrumbre, jamones, azúcar, café, chocolate; de su maleta sacó pasteles pegajosos de azúcar y de huevos, medias, zapatos, bufandas, telas, aguardientes. "¡Confiesen que no me las arreglé mal!", decía con orgullo. Llevaba puesta una falda escocesa, una blusa roja bien cortada, un abrigo de piel vaporosa, zapatos con suela de goma. "Tienes que hacerte un vestido en seguida, mi pobre madre, estás demasiado atorranta", me dijo arrojando en mis brazos una tela de ricos colores otoñales. Durante dos días nos describió impetuosamente a Portugal; no sabía contar; dibujaba con grandes ademanes frases que sus palabras no conseguían llenar; había en su voz una intensidad inquieta; parecía que necesitaba deslumbrarnos para complacerse en sus recuerdos. Inspeccionó la casa con suficiencia:

-¡No te das cuenta: esas baldosas, esos pisos! No, ahora que los clientes vuelven, ya no puedes arreglártelas sola.

Roberto también insistía; a mí me repugnaba un poco hacerme servir, pero Nadine decía que eran escrúpulos de burguesita; me consiguió inmediatamente una

sirvienta joven, cuidada, trabajadora, que se llamaba María. Estuve apunto de despedirla la primera semana. Roberto había salido bruscamente, como suele ocurrirle en los últimos tiempos, y había dejado sus papeles tirados sobre la mesa; al oír ruido en su escritorio entreabrí la puerta y vi a María inclinada sobre sus manuscritos.

-¿Que esta haciendo?

-Pongo orden -dijo María plácidamente-. Aprovecho que el señor no está.

-Le he dicho que nunca toque esos papeles, y además no estaba ordenando, ¡estaba leyendo!

-No puedo leer la letra del señor -dijo con pena; me sonrió; tenía una carita triste que su sonrisa no iluminaba-. Es tan raro ver al señor escribir durante todo el día: ¿saca todo eso de su cabeza? Quería saber cómo quedaba en el papel. No he estropeado nada.

Vacile y al final me faltaron las fuerzas; pasar el día limpiando y acomodando, ¡qué aburrimiento! A pesar de su aire dormido no parecía idiota, yo comprendía que tratara de distraerse.

-Está bien -dije-, pero que no se repita -agregué-. ¿Le divierte leer?

-Nunca tengo tiempo -dijo María.

-¿Pero ahora terminó su trabajo?

-En casa hay seis chicos, yo soy la mayor.

"Qué lástima que no pueda aprender un verdadero oficio", me dije; pensé vagamente en hablarle, pero la veía poco y era muy reservada.

-Lambert no llamó -me hizo notar Nadine algunos días después de su llegada-. Sin embargo, sabe que Enrique ha llegado y yo también.

-Le has repetido veinte veces antes de ir te que tú lo llamarías: teme aburrirte.

-Ah, si está resentido es cuestión suya. Pero, como ves, puede vivir sin mí.

No contesté nada y agregó en tono agresivo:

-Quería decirte que te has equivocado respecto a Enrique. Enamorarse de un tipo así está bien para otras, ¡está tan seguro de sí!, y además es aburrido -concluyó malhumorada.

Sin duda no sentía ninguna ternura por él; sin embargo, los días en que debía verlo se arreglaba con una prolijidad particular y cuando volvía estaba más exasperada que de costumbre; lo que no es poco decir; todo pretexto le resultaba bueno para enfurecerse. Una mañana llegó al escritorio de Roberto agitando un diario con aire vengativo:

-¡Miren esto!

En la primera página de Lendemain, Scriassine sonreía a Roberto, que miraba de frente con aire furioso.

-¡Ah, me pescaron! -dijo Roberto tomando el semanario-; Fué la otra noche en L'Isba -le explicó a Nadine-; le dije que se mandaran mudar, pero me pescaron.

-Y te sacaron con ese tipo inmundo -dijo ella con voz ahogada por la rabia-. Lo han hecho a propósito.

-Scriassine no es un tipo inmundo -dijo Roberto.

-Todo el mundo sabe que está vendido a los Estados Unidos; es un asco, ¿qué vas a hacer?

Roberto se encogió de hombros:

-¿Qué quieres que haga?

-Demandarlos; no hay derecho a fotografiar a la gente contra su voluntad.

Los labios de Nadine temblaban; siempre le resultó odioso que su padre fuera alguien conocido; cuando un nuevo profesor o un examinador le preguntaba; " ¿Usted es la hija de Roberto Dubreuilh?", ella se petrificaba en un mutismo hosco; sin embargo está orgullosa de él, pero quisiera que fuera célebre sin que se supiera.

-Una demanda haría demasiado ruido -dijo Roberto-; no, no hay armas -tiró el diario-. Dijiste algo muy justo el otro día: que para nosotros la desnudez empieza en la cara.

Siempre me asombraba la fidelidad con la cual me recordaba palabras que yo había olvidado por completo; generalmente les prestaba más sentido del que yo les había dado; siempre se lo prestaba a todo el mundo.

-La desnudez comienza en la cara y la obscenidad con la palabra -agregó-. Se decreta que debemos ser estatuas o espectros; y en cuanto nos sorprenden existiendo en carne y hueso nos acusan de impostura. Por eso, el menor gesto toma tan fácilmente un aire de escándalo: reír, hablar, comer; otros tantos delitos flagrantes.

-Y bueno, arréglense para no dejarse sorprender -dijo Nadine, cuya voz se exasperaba.

-Escucha -dije-: no hay por qué hacer un drama.

-¡Ah, tú, por supuesto! Si te pisan un pie piensas que han pisado un pie que por casualidad resulta ser el tuyo.

En realidad tampoco me gustaba toda esa publicidad que hacían alrededor de Roberto. Aunque no había publicado nada desde el 39, salvo algunos artículos en L'Espoir, se hablaba de él de una manera mucho más espectacular que antes de la guerra. Le habían suplicado que aspirara a entrar a la Academia y pidiera la legión de honor; los periodistas lo acorralaban, imprimían sobre él montones de mentiras. "A Francia le gusta exponer sus especialidades regionales; cultura y alta costura", me decía. A él también lo exasperaba ese ruido inútil que lo rodeaba, pero ¿qué hacer? Por más que yo le explicara a Nadine que nada podíamos, ella se enfurecía cada vez que leía un suelto sobre Roberto o que veía en los diarios una foto suya.

Las puertas de la casa eran nuevamente golpeadas, los muebles bailaban, los libros se abatían ruidosamente sobre el piso. Ese barullo empezaba temprano. Nadine dormía poco, pensaba que dormir era perder su tiempo; aunque no sabía muy bien qué hacer de su tiempo. Cada ocupación le parecía vana al lado de todas las que le sacrificaba: no se resolvía por ninguna; cuando yo la veía sentada con aire descontento ante su máquina de escribir le preguntaba:

-¿Progresas?

-Haría mejor en estudiar química; me van a poner un cero.

-Estudia química.

-Pero es necesario que una secretaria sepa escribir a máquina -se encogía de hombros-. Es tan absurdo abarrotarse la cabeza con fórmulas. ¿Qué relación tienen con la verdadera vida?

-Planta la química si te aburre tanto.

-Me has dicho veinte veces que no hay que portarse como una veleta.

Tenía el arte de volver contra mí todos los consejos con los que yo había fastidiado su infancia.

-Hay casos en los que es estúpido empecinarse.

-¡Pero no te preocupes! No soy tan incapaz como crees; pasaré ese examen.

Una tarde golpeó a la puerta de mi cuarto:

-Lambert vino a vernos -dijo.

-A verte -dije.

-Se va pasado mañana a Alemania, quiere decirte adiós -agregó con una vivacidad quejumbrosa-: Ven; no sería amable que no vinieras.

La seguí al living-room; pero yo sabía que en verdad Lambert no me quería. Sin duda -y no sin razón- me hacía responsable de todo lo que lo hería en Nadine: su agresividad, su mala fe, su terquedad. Yo suponía además que estaba bastante inclinado a buscarse una madre en una mujer mayor que él y que se resistía ante esa tentación infantil. Su rostro de nariz respingada, de mejillas blanduzcas, revelaba un corazón y una carne obsesionados por sueños de sumisión.

-¿No sabes lo que Lambert me cuenta? -dijo Nadine con animación-. Los americanos no han repatriado ni un expatriado de cada diez, los dejan pudrirse donde están.

-Los primeros días la mitad murió, porque los llenaron de salchichón y de conservas -dijo Lambert-. Ahora les dan sopa a la mañana y a la noche un café con un mendrugo de pan; revientan por el tifus como moscas.

-Eso debería saberse -dije-. Habría que protestar.

-Perron va hacerlo; pero quiero hechos precisos y es difícil porque impiden que la Cruz Roja francesa entre en sus campos. Es justamente por eso por lo que me voy.

-Llévame contigo-dijo Nadine.

Lambert sonrió:

-Ojalá.

-Qué dije de disparatado? -preguntó Nadine con voz enojada.

-Bien sabes que es imposible-dijo Lambert-; sólo dejan pasar a los corresponsales de guerra.

-Hay mujeres que son corresponsales de guerra.

-Pero tú no; y ahora es demasiado tarde, ya no se acepta a nadie. Además no lo lamentes -agregó-, es un oficio que no te aconsejo.

Hablaba para sí, pero Nadine creyó sentir en su voz un matiz protector:

-Por qué? Lo que tú has hecho, yo puedo hacerlo, ¿no?

-Quieres ver las fotos que traje?

-Muéstramelas- dijo con avidez.

Él arrojó las fotos sobre la mesa. Me hubiera gustado más no mirarlas, pero no podía elegir. Las fotos de los cadáveres eran soportables; eran demasiado numerosos, y además, ¿cómo compadecerse ante huesos? ¿Pero qué hacer ante las imágenes de los vivos? Todos esos ojos...

-He visto cosas peores -dijo Nadine.

Lambert guardó las fotografías sin contestar y dijo en un tono alentador:

-¿Sabes?, si tienes ganas de hacer un reportaje no sería difícil; te bastaría hablar con Perron; aun en Francia hay un montón de encuestas posibles.

Nadine lo interrumpió:

-Lo que quiero es ver cómo es el mundo; después de eso alinear palabras no me interesa.

-Estoy seguro que triunfarías -dijo Lambert con calor-. Eres cara dura, sabes hacer hablar a la gente, eres desenvuelta, pasarías por todos lados. Y a ennegrecer papel se aprende pronto.

-No -dijo ella con aire terco-. Cuando se escribe nunca se dice la verdad. Mira el artículo de Perron sobre Portugal: todo está filtrado. Estoy segura que con los tuyos pasa lo mismo; no creo nada; por eso quiero ver las cosas con mis propios ojos; pero no trataré de hacer artículos y de ir a venderlos.

El rostro de Lambert se había ensombrecido; dije con entusiasmo:

-A mí los artículos de Lambert me parecen muy convincentes; tuve la impresión de haber visitado personalmente la enfermería de Dachau.

-¿Qué prueban tus impresiones? -dijo Nadine con voz impaciente. Hubo un corto silencio y preguntó-: María va a traer el té, ¿sí o no? -llamó-: ¡María!

María apareció en el umbral de la habitación con un delantal azul y Lambert se levantó sonriendo:

-¡María Ángel! ¿Qué haces aquí?

Ella se puso roja y giró sobre sus talones; yo la detuve:

-Va a contestar. ~

Ella dijo mirando fijamente a Lambert:

-Soy la sirvienta.

Lambert también se había puesto rojo y Nadine los miraba con aire de sospecha:

-¿María Ángel? ¿La conoces? ¿María Ángel qué?

Hubo un silencio consternado y ella dijo bruscamente:

-María Ángel Bizet.

Yo sentí que la rabia me subía a las mejillas:

-¿La periodista?

Ella se encogió de hombros:

-Sí -dijo-. Me voy, me voy en seguida. No se dé el trabajo de echarme.

-¿Ha venido a espiarnos a domicilio? ¡Como porquería no puede hacerse nada más perfecto!

-Yo no sabía que usted conocía periodistas -dijo ella mirando a Lambert.

-¿Qué esperas para cachetearla? -gritó Nadine-. Ha oído todas nuestras conversaciones, ha hurgado por todas partes, ha leído nuestras cartas, va a contar todo a todo el mundo. ..

-Oh, usted con su voz potente no me da miedo -dijo María Ángel.

Tuve justo tiempo de retener a Nadine tomándola por las muñecas; con toda facilidad hubiera extendido a María Ángel sobre el piso; conmigo le faltó audacia para desprenderse de un golpe. María Ángel caminó hacia la puerta y yo la seguí; en el corredor me preguntó con calma:

-¿No quiere que termine de limpiar?

-No. Lo que quiero es saber qué diario la ha enviado.

-Ninguno. Vine por mi cuenta. Pensé que haría un artículo interesante que se vendería fácilmente. ¿Sabe? , eso que llaman una silueta -dijo en tono profesional.

-¡Ah sí, muy bien! Voy a avisar a los diarios y le costará caro al que lo compre.

-Oh, ni siquiera trataré de venderlo,~ ya está arruinado. -Se sacó el delantal y se puso el abrigo.- Me valió acomodar durante ocho días. ¡Detesto acomodar! -agregó con desesperación.

No contesté nada, pero sin duda sintió que mi enojo aflojaba, pues esbozó una sonrisa minúscula.

-Mire, nunca pensé hacer un artículo indiscreto -dijo con voz de chica-. Sólo buscaba una atmósfera.

-Por eso anduvo hurgando en nuestros papeles.

-Oh, hurgaba por placer -agregó en tono resentido-. Por supuesto, es fácil regañarme, la culpa es mía. ..¿Pero usted cree que los principios son fáciles? Usted es la mujer de un tipo célebre, le dan todo servido. Yo tengo que arreglármelas sola. Escuche -dijo-, déme una oportunidad: mañana le traigo el artículo y usted tacha todo lo que no le guste. ..

-¿Y después lo publicará sin arreglos?

-Se lo juro. Si quiere puedo darle armas contra mí: una confesión bien rastrera, firmada, y me tendrá. Sea buena, acepte. ¡Mire si le he lavado platos! y por lo menos fuí atrevida, ¿eh?

-Todavía lo es.

Yo vacilaba; si me hubieran contado ese cuento, en la imaginación habría arrastrado del pelo y precipitado desde lo alto de la escalera a la imprudente que había violado nuestra vida privada. Pero estaba ahí, una chica morenita y huesuda, sin belleza y con tantas ganas de llegar. Por fin dije:

-Mi marido nunca concede una entrevista. No aceptará.

-Pregúntele, puesto que el trabajo ya está hecho -agregó rápidamente-; hablaré mañana por la mañana. Odio que me guarden rencor -emitió una risita confusa-. Yo nunca guardo rencor a nadie.

-¡A mí tampoco me resulta muy fácil!

-¡Es el colmo! -gritó Nadine, surgiendo en el corredor con Lambert-. ¡Le dejas publicar su artículo, le haces sonrisas a esta espía!

María Ángel había abierto la puerta de entrada y la cerró precipitadamente tras ella.

-Me prometió mostrarme su artículo.

-Esa espía -repitió Nadine con voz aguda-. Leyó mi diario ¡ leyó las cartas de Diego! leyó. ..-su voz se quebró. Nadine estaba sacudida por una terrible rabieta como las que tenía de chica-. ¡ Y la recompensan! cuando habría que pegarle!

-Me dio lástima.

-¡Lástima! ¡Siempre te da lástima todo el mundo! ¿Con qué derecho? -me miraba con una especie de odio-. En el fondo es desprecio. Nunca hay una medida igualitaria entre la gente y tú.

-Cálmate, no es tan grave.

-Ah, ya sé, yo naturalmente estoy equivocada; a mí nunca me disculpas. Tienes razón! ¡yo no quiero tu piedad!

-Es una buena muchacha! ¿sabes? -dijo Lambert-, un poco arrivista, pero buena.

-Y bueno, ve a felicitarla tú también. Corre.

Bruscamente Nadine corrió hacia su cuarto, cuya puerta golpeó con estruendo.

-Estoy desolado -dijo Lambert.

-No es culpa suya, verdaderamente.

-Los periodistas de hoy tienen costumbres de detectives policiales. Comprendo que Nadine esté enojada; yo, en su lugar, vería rojo.

No tenía necesidad de defenderla contra mí, pero partía de una buena intención.

-Yo también comprendo -dije.

-Bueno, me voy -dijo Lambert.

-Buen viaje -dije; agregué-: Debería venir más a menudo a ver a Nadine; siente una gran amistad por usted, ¿sabe?

Sonrió con aire incómodo:

-No lo parece.

-La decepcionó que usted tardara tanto en dar señales de vida; por eso no estuvo muy amable.

-Pero me dijo que esperara su llamada.

-De todas maneras le hubiera gustado que usted la llamara. Necesita estar muy segura de una amistad para entregarse a ella.

-No tiene ninguna razón para dudar de la mía -dijo Lambert; agregó bruscamente-: Quiero mucho a Nadine.

-Entonces arrégleselas para que ella se dé cuenta.

-Hago lo que puedo -vaciló y me tendió la mano-. En todo caso vendré en cuanto regrese -dijo.

Entré a mi cuarto sin atreverme a golpear a la puerta de Nadine. ¡Qué injusta era! Es verdad que a los otros me empeño en buscarles excusas y la indulgencia seca el corazón; si soy exigente con ella, es porque no es un caso sobre el cual me inclino; entre ella y yo hay una medida cierta, es ese ruido de roedor, ese ruido de inquietud en mi pecho.

Rezongó por principio cuando el insignificante artículo de la chica Bizet apareció; pero su humor mejoró cuando se abrieron los escritorios de Vigilance; frente a tareas precisas se mostró una excelente secretaria y eso la enorgulleció. El primer número de la revista fué un éxito. Roberto y Enrique estaban contentísimos, preparaban el siguiente con fervor. Roberto desbordaba de afecto por Enrique desde que lo había convencido que ligara la suerte de L'Espoir a la del S. R. L. y yo me alegraba porque, en verdad, era su único amigo. Julián, Lenoir, Les Pelletier, los Cange, pasábamos buenos ratos con ellos pero nada más. Entre los viejos compañeros socialistas algunos habían colaborado, otros se habían muerto en campos de concentración. Charlier está enfermo en Suiza, los que seguían fieles al partido criticaban a Roberto, que les pagaba con la misma moneda. A Lafaurie le había decepcionado que fundara el S. R. L. en vez de unirse al comunismo; por eso sus relaciones estaban enfriadas. Roberto ya casi no tenía contacto con hombres de su edad, pero prefería eso: consideraba que toda su generación era responsable de esa guerra que no había sabido impedir; estimaba haber conservado asimismo demasiados lazos con el pasado; quería trabajar con hombres jóvenes; la política, la acción tenían hoy un rostro y métodos nuevos a los cuales quería adaptarse. Estimaba que debía revisar hasta sus ideas: he ahí por qué repetía con tanta

insistencia que todavía su obra estaba por hacer. En el ensayo que estaba escribiendo trataba de expresar la síntesis de sus viejos pensamientos y una visión nueva del mundo. Sus fines eran los mismos que antaño: más allá de sus objetivos inmediatos el S. R. L. se proponía mantener la esperanza de una revolución igual a sus intenciones humanistas; pero ahora Roberto estaba convencido de que no se cumpliría sin rudos sacrificios; el hombre de mañana no sería el que Jaurès definía con demasiado optimismo. Entonces, ¿qué sentido, qué posibilidades conservaban los viejos valores: la verdad, la libertad, la moral individual, la literatura, el pensamiento? Si se les quería salvar había que re inventarlos. Eso es lo que Roberto intentaba, eso lo apasionaba, y yo me decía con satisfacción que había recobrado un feliz equilibrio entre, la escritura y la acción. Evidentemente, estaba muy ocupado, pero le gustaba estarlo. Mi vida también estaba llena. Roberto, Nadine, mis clientes, mi libro: en mis días no cabía una nostalgia, un deseo. La muchacha de pelo blanco dormía ahora sin pesadillas; se había afiliado al partido comunista, había tomado amantes, demasiados amantes, bebía en forma inmoderada; no era una maravilla de equilibrio, pero, en fin, dormía. Y yo estaba contenta aquella tarde porque Fernandito había dibujado por fin una casa que tenía puertas y ventanas: por primera vez no tenía reja. Yo acababa de telefonearle a su madre cuando me subieron la correspondencia. Roberto y Nadine estaban en la revista, era día de recepción, yo me hallaba sola en el departamento. Abrí la carta de Romieux: tuve miedo como si bruscamente me hubieran proyectado a la estratosfera. Un congreso de psicoanálisis tendría lugar en Nueva York, en enero: me invitaban; podían organizarme conferencias en Nueva Inglaterra, en Chicago, en Canadá. Extendí la carta sobre la chimenea y la leí con escándalo. ¡Cómo me han gustado los viajes! Aparte de algunas personas nada me ha importado más en el mundo. Pero era una de esas cosas que yo suponía terminadas para siempre. Todavía si me hubieran propuesto un paseo por Bélgica o Italia, ¡pero Nueva York! Yo no podía apartar mi mirada de esa carta insensata. Nueva York había sido siempre para mí una ciudad de leyenda y desde hacía tiempo ya no creía en los milagros; no bastaba ese pedazo de papel para transformar el tiempo, el espacio y el sentido común. Metí la carta en mi cartera y salí a la calle a caminar. Se burlaban de mí arriba; alguien estaba haciéndome una broma y tenía necesidad de Roberto para conjurar esa mistificación. Subí con precipitación la escalera de la casa Mauvanes.

-¿Eres tú? -dijo Nadine con aire crítico.

-Ya lo ves.

-Papá está ocupado -dijo con aire importante.

Dominaba, desde una mesa, en medio de una gran oficina que servía de sala de espera. Había mucha gente esperando: jóvenes, viejos, hombres, mujeres, una verdadera muchedumbre. Antes de la guerra Roberto recibía gran cantidad de visitas, pero no tenían nada que ver con esta muchedumbre. Lo que debía agradarle es que había sobre todo gente joven. Sin duda muchos iban a verlo por curiosidad, por ocio, por arrivismo; pero muchos también admiraban los libros de Roberto y se interesaban en su acción. Menos mal, no hablaba en el desierto, sus contemporáneos todavía tenían ojos para leerlo, oídos para escucharlo.

Nadine se levantó.

-¡Las seis! ¡Cerramos! -gritó con voz ruda.

Acompañó hasta la puerta a los visitantes decepcionados y cerró con llave.

-¡Qué gentío! -dijo riendo-. Como para creer que esperaban que hubiera mesa gratis -abrió la puerta de comunicación-: Vía libre.

Desde el umbral Roberto me sonrió:

-¿Te tomaste un recreo?

-Sí, tuve ganas de dar una vuelta.

Nadine se volvió hacia su padre:

-Es divertido verte oficiar: pareces un sacerdote en el confesionario.

-Yo me veo más bien como un adivino que dice la buenaventura.

Bruscamente, como si hubiera apretado un botón, Nadine se echó a reír a carcajadas; sus ataques de risa eran raros, pero estridentes:

-Qué gracioso.

Nos mostraba con el dedo una valija de bordes gastados; sobre el cuero ajado habían pegado una etiqueta: "Mi vida", por Josefina Mièvre.

-¿Qué te parece el manuscrito? -dijo entre dos carcajadas-. Es su nombre verdadero. ¿y no sabes lo que me dijo- En sus ojos húmedos de placer había una chispa de triunfo: reír era su revancha.- Me dijo: ¡Yo, señorita, soy un documento vivo! Sesenta años. Vive en Aurillac. Cuenta todo desde el principio.

De un puntapié levantó la tapa. Gruesas resmas de papel rosa cubierto de tinta verde, sin una tachadura. Roberto recogió una hoja, la recorrió, la volvió a tirar:

-Ni siquiera es ridículo.

-Quizá haya pasajes obscenos -dijo Nadine esperanzada. Se arrodilló ante la valija. ¡Tanto papel, tantas horas! Horas tibias bajo la lámpara, junto a la lumbre en el olor provinciano del comedor, horas tan llenas y tan vacías, tan deliciosamente justificadas, tan tontamente perdidas.

-¡No, no es gracioso! -Nadine se levantó con impaciencia; ya no había ningún rastro de alegría en su cara-. ¿Entonces, nos vamos?

-Cinco minutos -dijo Roberto.

-Date prisa, apesta a literatura aquí.

-¿Qué olor tiene la literatura?

-un olor a viejo mal tenido.

No era un olor, pero durante tres horas el aire había estado saturado de temor, d esperanza, de despecho, y uno respiraba a través del silencio esa informe tristeza que sucede a las fiebres estériles. Nadine sacó de su cajón un tejido granate e hizo restallar las agujas con importancia. Generalmente era pródiga de su tiempo, pero en cuanto se le pedía un poco de paciencia, se apresuraba a demostrar que ninguno de sus instantes debía ser derrochado. Mi mirada se detuvo sobre su escritorio. Había algo provocativo en esa tapa negra donde resaltaban en gruesas letras rojas las palabras: Poemas Elegidos, René Douce. Abrí el cuaderno.

“Las praderas son venenosas pero lindas en otoño...”

Di vuelta una página:

“Tropecé, ¿sabe usted?, con increíbles Floridas...”

-¡Nadine!

-Un tipo que manda, firmados por él, trozos elegidos de Apollinaire Rimbaud, Baudelaire...No puede, sin embargo, suponer que vamos a equivocarnos.

-¡Ah!, ya sé de que se trata -dijo Nadine con indiferencia-. Ese pobre infeliz le dio veinte mil francos a Sézenac para que le vendiera poemas suyos; te imaginas que Sézenac no va a divertirse en proporcionarle obras inéditas...

-Pero cuando vuelva habrá que decirle la verdad -dije.

-No importa, Sézenac ya cobro; me asombraría que el cliente se atreviera a protestar; en primer lugar no tiene ningún recurso y además le dará vergüenza.

-¿Hace cosas así Sézenac?-dije con asombro.

-¿Cómo crees que se las arregla? -dijo Nadine. Arrojó su tejido en el cajón-. A veces sus rebusques son para morirse de risa.

-Pagar veinte mil francos para firmar poemas que uno no ha escrito, me da mucho que pensar- dijo Roberto.

-¿Por qué? Si uno desea ver su nombre impreso -dijo Nadine; agregó entre dientes para mí sola, pues ante su padre expurgaba su lenguaje-. Es lo mismo pagar que pelarse el c... trabajando.-Al llegar debajo de la escalera preguntó con aire desconfiado: -¿Vamos a tomar una copa en el boliche de enfrente como el jueves pasado?

-Sí -dijo Roberto.

La cara de Nadine resplandecía de mármol y dijo alegremente:

-¡Confiesa que te defiendo bien!

-Sí.

Miró a su padre con inquietud:

-¿No estás contento de mí?

-Yo estoy encantado; es por ti: esto no te conducirá a nada.

-Los oficios nunca conducen a nada -dijo Nadine con una súbita rigidez.

-Depende. El otro día me decías que Lambert te había sugerido que hicieras un reportaje; me parecería verdaderamente más interesante.

-Si fuera un hombre no digo que no -dijo Nadine-. Pero un reportaje femenino no tiene una posibilidad sobre diez de destacarse. -Detuvo de un gesto nuestras protestas.- Lo que yo llamo destacarse -dijo con altivez-. Las mujeres siempre vegetan.

Insinué:

-No siempre.

-¿Lo crees? -rió. Mírate a ti por ejemplo: te las arreglas, bueno, tienes clientes, pero, en fin, nunca serás Freud.

Había conservado la costumbre infantil de dirigirse a mi con malevolencia cuando su padre estaba presente. Dije:

-Entre ser Freud y no hacer nada hay muchos términos medios.

-Yo hago algo: soy secretaria.

-Si estás contenta así es lo principal -dijo Roberto apresuradamente.

Yo lamentaba que no hubiera sabido callarse; le había estropeado el placer de Nadine sin ningún provecho; yo le había enseñado a menudo la lección, pero él no se decidía a renunciar a las ambiciones que había alimentado respecto a Nadine. Ella dijo en tono agresivo:

-De todas maneras, tiene tan poca importancia hoy el destino de un individuo.

-Tu destino tiene mucha importancia para mí -dijo Roberto sonriendo.

-Pero no depende ni de ti ni de mí; por eso me hacen reír todos esos mequetrefes que quieren ser alguien -tosió y dijo sin mirarnos-: El día en que me sienta con valor para hacer algo difícil me lanzaré a la política.

-¿Qué esperas para trabajar en el S. R. L.?, -dijo Roberto.

Ella tomó de un trago su vaso de agua mineral:

-No estoy de acuerdo. Finalmente, ustedes están contra los comunistas.

Roberto se encogió de hombros:

-¿Crees que Lafaurie estaría tan cordial- si pensara que trabajo contra ellos?

Nadine inició una sonrisita:

-Parece que Lafaurie va a pedirte que no hagas tu mitin.

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó Roberto.

-Lachaume, ayer; no están nada contentos; encuentran que el S. R. L. está equivocado.

Roberto se encogió de hombros:

-Puede ser que Lachaume y su banda de izquierdistas de mala muerte no estén contentos; pero hacen mal en creerse el Comité Central. He vuelto a ver a Lafaurie la semana pasada.

-Lachaume lo vió anteayer -dijo Nadine-. Te aseguro que es serio. Mantuvieron un gran consejo de guerra y decidieron que había que tomar medidas. Lafaurie va a ir a hablarte.

Roberto guardó un momento de silencio:

-¡Si eso es verdad, es como para no creer ya en nada!

-Es verdad -dijo Nadine-. Dicen que en vez de trabajar de acuerdo con ellos, tu S .R. L. predica una política contraria a la de ellos; que ese mitin es una declaración de hostilidad, que estás dividiendo la izquierda y van a verse obligados a desatar una campaña contra ti. -Había complacencia en la voz de Nadine; sin duda no medía el alcance, de lo que decía; cuando tenemos preocupaciones serias, se desespera, pero nuestras pequeñas contrariedades la divierten.

-¡Obligados! -dijo Roberto-. ¡Eso es admirable! ¡Y soy yo quien divide la izquierda! ¡Ah, no han cambiador -agregó con rabia-: ¡Nunca cambiarán! Lo que

hubieran querido es que el S. R. L. les obedeciera sin chistar; la primera señal de independencia la tachan de hostilidad.

-Por supuesto,-si no opinas como ellos te desautorizan -dijo Nadine con voz razonable-. Tú haces lo mismo.

-Se pueden tener opiniones diferentes y mantener la unidad de acción -dijo Roberto-. Esa era la idea del Frente Nacional

-Te encuentran peligroso -dijo Nadine-, dicen que predicas la política del desastre, que quieres sabotear la reconstrucción.

-Escucha -dijo Roberto-, ocúpate, de política o no te ocupes, pero no hagas de loro. Si emplearas tu propio cerebro comprenderías que lo catastrófico es la política de ellos.

-No pueden obrar de otra manera -; dijo Nadine-. Si trataran de tomar el poder los Estados Unidos intervendrían en seguida.

-Necesitan ganar tiempo, de acuerdo. Pero podrían hacerlo de otra manera -dijo Roberto. Se encogió de hombros-. Admito que su posición es difícil; están entre la espada y la pared. Desde que la S. F. I. O. ha muerto están obligados a representar todos los papeles a la vez, hacen de izquierda de la izquierda y de derecha de la izquierda, por turno. Pero por lo mismo deberían desear la existencia de otro partido de izquierda.

-Y bueno, no lo desean -dijo Nadine. Se levantó bruscamente; estaba satisfecha de haber producido su golpe de efecto y no quería dejarse arrastrar a una discusión que, evidentemente, no podría ganar: -Voy a pasear un poco.

Nos levantamos también y volvimos a pie a lo largo del Sena.

-Voy a llamar inmediatamente a Lafaurie -me dijo Roberto-. Cuando pienso que sería tan necesario marchar codo con codo, ¡y ellos lo saben! Pero nunca soportarán que exista una izquierda fuera de ellos. El P. S. no es más nada, pero ese Frente Nacional sí lo aceptan. Pero un movimiento joven que parece arrancar bien, ya es otra cosa...

Seguía hablando con rabia, y yo, mientras lo escuchaba, pensaba: "No quiero apartarme de él." Antes no me molestaba alejarme, nos queríamos como vivíamos, a través de la eternidad. Pero ahora sé que no tenemos sino una vida, ya seriamente gastada y que el porvenir amenaza. Roberto no es invulnerable. Y de pronto hasta me parecía frágil. Se había equivocado burdamente al contar con la benevolencia de los comunistas; y ante la hostilidad de éstos se planteaban serios problemas: “Aquí está la encrucijada”, me dije. No podía ni renunciar a su programa ni mantenerlo contra los comunistas; no había solución intermedia. Quizá las cosas se arreglaran: a condición de que los comunistas se decidieran a tolerar el mitin. La suerte de Roberto no estaba en sus manos, sino en las de ellos; me horrorizaba pensarlo. Podía demoler con una palabra el hermoso equilibrio que Roberto se había construido. No, no era el momento de abandonarlo. Al entrar al escritorio, le dije con voz irónica:

-Mira lo que he recibido.

Le tendí a Roberto la carta de Romieux y su rostro cambió; descifré esa alegría que debió ser la mía:

-¡Pero es magnífico! ¿Por qué no me decías nada?

-No voy a irme tres meses -dije.

-¿Y por qué? -me miró con sorpresa-. Será un viaje sensacional.

Yo murmuré:

-Tengo mucho que hacer aquí.

-¿Qué te pasa? De aquí a enero tienes tiempo de poner todo en orden. Nadine es bastante grande para quedarse sin ti; y yo también -agregó sonriendo.

-Estados Unidos está lejos -dije.

-No te reconozco -dijo. Me examinó con aire crítico-. Te hará mucho bien moverte un poco.

-Vamos a ir a pasear en bicicleta este verano.

-Como viaje no iremos muy lejos -dijo Roberto; sonrió-. No me inquieto. Si vinieran a anunciarte que ese proyecto ha fracasado, estarías muy disgustada.

-Es posible.

Tenía razón; ya me aferraba a ese viaje; y justamente era una de las cosas que me inquietaban. Todos esos recuerdos, esos deseos que se despiertan, ¡qué molesto! ¿Por qué venían a turbar mi juiciosa vidita de muerta? Aquella noche Roberto con Enrique, se indignaban contra Lafaurie, ambos se alentaban para no aflojar: si el S. R. L. se convertía en una verdadera fuerza, los comunistas se verían obligados a contar con él y la unión renacería. Yo escuchaba y me interesaba en lo que decían; sin embargo, había en mi cabeza un bochinche de imágenes idiotas. Al día siguiente no había mejorado; sentada a mi mesa de trabajo me pasé una hora preguntándome: " ¿Acepto? ¿No acepto?" Terminé por levantarme y descolgar el teléfono: inútil pretender trabajar. Le prometí a Paula pasar a verla uno de estos días, era la oportunidad de hacerlo. Por supuesto, estaba sola, y me dirigí a su casa a pie. Quiero mucho a Paula y al mismo tiempo me causa horror. A menudo, por la mañana, siento pesar sobre mí la sombra sofocante de todas las desdichas que se están despertando y lo primero en que pienso es en ella; abro los ojos, ella los abre y en seguida su corazón está en tinieblas. Me digo: "En su lugar, yo no podría soportar esa vida." Sé muy bien que ese lugar lo ocupa ella y le resulta ciertamente más tolerable que a mí. Paula es capaz de quedarse encerrada durante horas y semanas sin hacer nada, sin ver a nadie y no aburrirse; todavía consigue no confesarse que Enrique ya no la quiere; pero uno de estos días la verdad terminará por estallar y entonces ¿qué ocurrirá? ¿Qué se le puede aconsejar? ¿Qué cante? Pero no bastará para consolarla.

Me acercaba a su casa y sentí un frío en el corazón. Le sentaba vivir en ese barrio de mala suerte. No sé donde se habían escondido durante la ocupación, pero esta primavera habían resucitado sus harapos, sus eczemas, sus llagas; había tres sentados contra las rejas de la plaza junto a una placa de mármol donde moría un ramo de flores marchitas; la cara roja de vino y de ira, un hombre y una mujer se peleaban por una bolsa de hule negro; farfullaban con violencia insultos, pero sus manos crispadas sobre la bolsa apenas se movían; el tercero los miraba riendo. Me interné en una callejuela; puertas de madera despintadas cerraban los depósitos donde los ropavejeros venían por la mañana a dejar sus papeles y su chatarra; otras puertas, con vidrios, se abrían sobre salas de espera donde había mujeres sentadas con perros sobre las faldas; yo había leído en los prospectos que en esos dispensarios cuidaban y mataban sin dolor “a los pájaros y a los animalitos”. Me detuve ante un cartel: Cuarto amueblado y llamé. Siempre había un enorme tacho de basura al pie de la escalera y en cuanto uno subía los primeros peldaños un perro negro se ponía a ladrar ferozmente. Paula, que tenía una marcada tendencia por lo teatral, obtenía un fácil deslumbramiento cuando abría al nuevo visitante la puerta de su estudio; yo misma cada vez me sentía asombrada por ese brusco esplendor; por sus vestimentas también; prefería sus sueños a la moda y siempre parecía un poco disfrazada. Cuando me abrió, llevaba puesto un amplio vestido de interior en tafetas lila tornasolado y sandalias muy abiertas, con tacones muy altos, cuyas correas se enrollaban alrededor de sus piernas; su colección de zapatos hubiera hecho palidecer a un fetichista.

-Ven a calentarte-dijo arrastrándome hacia un gran fuego de leños.

-No hace frío.

Echó una mirada por la ventana con burletes: -Eso dicen -Se sentó y se inclinó hacia mí con solicitud-. ¿Cómo estás?

-Bien, pero estoy loca de trabajo. Ya la gente no tiene su ración cotidiana de horror; entonces empiezan a torturarme.

-¿Y tu libro?

-Adelanta.

Yo contestaba como ella interrogaba, por cortesía; sabía muy bien que mis trabajos nunca le habían importado.

Librodot

-¿Te interesa verdaderamente? -preguntó.

-Me apasiona.

-Tienes suerte -dijo Paula.

-¿De hacer un trabajo que me interesa?

-De tener tu destino entre tus propias manos

No era la impresión que yo me hacía a mí misma, pero no se trataba de mí; dije con calor:

-¿Sabes lo que pienso desde que te oí la noche de Navidad? Que deberías hacer algo con tu voz. Es muy lindo que te dediques a Enrique, pero, en fin, tú también cuentas...

-Mira, justamente tuve grandes discusiones con Enrique a causa de eso -dijo con indiferencia; meneó la cabeza -. No, no cantaré en público.

-¿Por qué? Estoy segura de que tendrías éxito.

-¿Qué me aportaría? -dijo. Sonrió -. Mi nombre en los carteles, mi fotografía en los diarios, verdaderamente no me interesa. Pude haber tenido eso desde hace tiempo y no lo quise. Me has comprendido mal -agregó-; no deseo ninguna gloria personal; un gran amor me parece una cosa mucho más importante que una carrera; lo único que lamento es que su triunfo no dependa únicamente de mí.

-Pero nada te obliga a elegir -dije-. Puedes continuar queriendo a Enrique y cantar.

Me miró gravemente:

-Un gran amor no deja nada de una mujer disponible. Sé que comprensión hay entre Roberto y tú -agregó -, pero no es lo que yo llamo un gran amor.

Yo no quería discutir su vocabulario ni mi vida:

-Pero todos esos días que pasas aquí, sola, te dejan tiempo para trabajar.

-No es cuestión de tiempo -me sonrió con aire de reproche-: ¿Por qué crees que renuncié al canto hace diez años? Porque comprendí que Enrique me exigía entera.

-Dices que él mismo te ha aconsejado que vuelvas a trabajar.

-¡Pero si le tomara la palabra estaría consternado! -dijo alegremente-. No soportaría que uno solo de mis pensamientos no le pertenezca.

-¡Qué egoísmo!

-No es egoísta amar -acarició tiernamente su falda suave-. Oh, no me pide nada; nunca me ha pedido nada. Pero sé que mi sacrificio es necesario no solamente para su felicidad, sino para su obra, su realización. y ahora más que nunca.

-¿Por qué su realización te parece tan importante y la tuya no?

-¡Oh, me importa un comino que sea célebre o no! -dijo con vehemencia-. Lo que está en juego es otra cosa.

-¿Qué es?

Paula se levantó bruscamente:

-Preparé vino caliente, ¿quieres?

-Con mucho gusto.

- Yo la oía ajetrearse en la cocina y me preguntaba con malestar: “¿Qué piensa en el fondo?” Afirmaba que despreciaba la gloria; sin embargo, en el momento en que el nombre de Enrique había comenzado a inflarse, en que habían festejado en él al héroe de la resistencia y a la esperanza de la joven literatura, Paula se había reintegrado en su piel de enamorada. Recordé qué triste y desesperanzada estaba un año antes. ¿Cómo sentiría ese amor? ¿Por qué se negaba a evadirse por el trabajo? ¿Cómo veía al mundo a su alrededor? Yo estaba encerrada con ella entre esas paredes rojas, mirábamos el fuego, cambiábamos palabras; pero yo no sabía lo que ocurría en su cabeza. Me levanté, me dirigí hacia la ventana y alcé la cortina. La noche caía, un hombre andrajoso paseaba llevando de una correa a un lujoso perro danés. Bajo la inscripción misteriosa: “Especialidad de pájaros raros y sajones”, un mono encadenado al barrote de una ventana parecía también interrogar con perplejidad el crepúsculo. Dejé caer la cortina. ¿Qué había esperado?

¿Ver un instante con los ojos de Paula ese paisaje familiar? ¿Apresar en ese paisaje el color de sus días? No. Nunca el monito vería con ojos de hombre. Nunca me deslizaría en otro pellejo.

Paula volvió de la cocina trayendo con solemnidad una bandeja de plata sobre la cual había dos tazones humeantes,

-Te gusta muy azucarado, ¿verdad?

Respiré la lava roja de perfume ardiente:

-Parece delicioso.

Ella tomó algunos tragos con recogimiento, como si estuviera interrogando un filtro poseedor de la verdad.

-¡Pobre Enrique! -murmuró.

-¿Pobre? ¿Por qué?

-Atraviesa una crisis difícil; y temo que antes de salir de ella tenga que sufrir mucho.

-¿Qué crisis? Parece estar en su plenitud y sus últimos artículos están entre los mejores que haya escrito jamás.

-¡Artículos! -me miró con una especie de rabia-. Antes despreciaba el periodismo, veía en él sólo una manera de ganarse el pan, se mantenía apartado de la política, quería ser un hombre solo.

-Pero las circunstancias han cambiado, Paula.

-¿Qué importan las circunstancias? -dijo con pasión-. Él no tiene por qué cambiar. Durante la guerra arriesgaba su vida, eso era grande; pero hoy la grandeza sería apartarse del mundo.

-¿Y por qué? -dije.

Se encogió de hombros sin contestar y agregué un poco exasperada:

-Sin duda te habrá explicado por qué se ocupa de política; yo lo apruebo completamente. ¿No crees que deberías confiar en él?

-Está comprometiéndose en caminos que no son los suyos -dijo en tono categórico-. Lo sé; hasta puedo darte la prueba.

-Me asombraría -dije.

-La prueba -dijo con énfasis- es que se ha vuelto incapaz de escribir.

-Quizá en este momento no escriba -dije-. Eso no significa que no vaya a escribir más.

-No pretendo ser infalible -dijo Paula-, pero Enrique, date cuenta, ha sido hecho por mí; lo he creado como él crea los personajes de sus libros, y lo conozco como él los conoce. Está traicionando su misión; yo debo hacerlo volver a ella. He aquí por qué no puedo pensar en ocuparme de mí misma.

-¿Sabes? , no tenemos más misión que la que nos imponemos.

-Enrique no es un escritor como los demás.

-Todos son distintos.

Ella meneó la cabeza:

-Si fuera sólo un escritor no me interesaría: ¡hay tantos! Cuando lo tomé, a los veinticinco años, sólo pensaba en la literatura; pero en seguida supe que podía llevarlo mucho más alto. Le enseñé que su vida y su obra debían ser un solo triunfo: un triunfo tan puro, tan absoluto que sirviera de ejemplo al mundo.

Pensé con inquietud que si le hablaba a Enrique en ese tono debía estar seriamente exasperado. .

-¿Quieres decir que un hombre debe cuidar su vida tanto como sus libros? -dije-. Pero eso no le impide cambiar.

-A condición que cambie de acuerdo consigo mismo. Yo he evolucionado mucho, pero he seguido mi propio camino.

-No tenemos caminos trazados por anticipado -dije-. El mundo ya no es el mismo, nadie puede hacer nada; hay que tratar de adaptarse -le sonreí-. Yo también durante algunas semanas tuve la ilusión de recobrar la preguerra; pero era una tontería.

Paula contemplaba el fuego con aire terco.

-El tiempo no es la verdad -dijo. Se volvió bruscamente hacia mí-. Piensa en Rimbaud, ¿qué ves?

-¿Qué veo?

-Sí. ¿Qué imagen de él?

-Su foto de muchacho.

-¡Ves! Hay un Rimbaud, un Baudelaire, un Stendhal; han sido más viejos, más jóvenes, pero toda su vida cabe en una sola imagen. Hay un solo Enrique, y yo seré siempre yo, el tiempo no puede nada, la traición no viene de él sino de nosotros.

-Ah, lo embarullas todo -dije-. Cuando tengas setenta años seguirás siendo tú, pero tendrás otras relaciones con la gente, con las cosas -agregué-: con tu espejo.

-Nunca me he mirado mucho en los espejos -me consideró con un poco de desconfianza-. ¿Qué quieres probar?

Guardé un instante de silencio; negar el tiempo, sin duda a todos nos tienta; a mí también. Envidiaba vagamente a Paula su terca certidumbre.

-Lo único que te digo es que vivimos sobre la tierra y debemos resignarnos. Deberías dejar que Enrique hiciera lo que quisiera y ocuparte un poco de ti.

-Hablas como si Enrique y yo fuéramos dos seres distintos -dijo con aire soñador-. Quizá sea esto un tipo de experiencia incomunicable.

Yo había perdido toda esperanza de convencerla, ¿de qué, por otra parte? Ya ni lo sabía. Sin embargo, le dije:

-Son distintos, la prueba es que lo criticas.

-Hay una parte superficial de él contra la cual yo lucho y que nos separa, es verdad -dijo ella-. Pero fundamentalmente somos un solo ser. Antaño lo he sentido a menudo, hasta recuerdo con nitidez mi primera iluminación: me quedé casi asustada; es extraño, ¿sabes?, eso de perderse absolutamente en otro. ¡Pero qué recompensa cuando uno encuentra al otro en sí mismo! -Clavaba en el cielo raso una mirada inspirada:- Puedes estar segura de una cosa: mi hora volverá. Enrique me será devuelto tal como es en su verdad, tal como lo habré devuelto a sí mismo.

Había en su voz una violencia casi desesperada y renuncié a seguir discutiendo; dije con animación:

-No impide que te haría bien salir a ver gente, moverte un poco. ¿No quieres acompañarme a casa de Claudia el jueves próximo?

La mirada de Paula se dignó volver a la tierra; parecía que había alcanzado un orgasmo interior y que se encontraba liberada, liviana; me sonrió.

-No, no quiero -dijo-. Vino a verme la semana pasada, estoy harta de Claudia por varios meses. ¿Sabes que instaló a Scriassine en su casa? Me pregunto. cómo él aceptó eso. ..

-Supongo que estaría sin un centavo.

-¡Vaya un harén! -dijo Paula.

Lanzó una carcajada que la rejuvenecía diez años; antes era siempre así conmigo. En presencia de Enrique se endurecía y hoy yo tenía la impresión de que sentía sin descanso su mirada pesar sobre ella. Quizá habría recobrado su alegría si hubiera tenido el valor de vivir por su cuenta. "No supe hablarle, fui torpe", me dije con reproche al irme. Esa existencia que llevaba no era normal y a ratos divagaba en serio. Pero yo no me sentía capaz en ese momento de reprenderla seriamente. Una existencia normal: ¿hay algo menos razonable? Es una locura la cantidad de cosas en las cuales una está obligada a pensar para ir sin descarrilarse de un extremo al otro del día, es una locura la cantidad de recuerdos que hay que rechazar, de verdades que hay que eludir. "Por, eso tengo miedo de irme -me dije-. Evito las trampas sin demasiada dificultad, las tengo ubicadas, hay campanillas de alarma que me señalan los peligros. Pero sola, bajo un cielo desconocido, ¿qué puede ocurrirme? ¿Qué evidencias van a cegarme de pronto? ¿Qué abismos van a abrirse? Los abismos se cicatrizarán, las evidencias se apagarán, es seguro; he visto otras peores. Somos como esos gusanos que cortamos vanamente en dos o esas langostas cuyas pinzas vuelven a crecer. Pero el momento de la falsa agonía, el momento en que uno prefiere morir que volver a remendarse una vez más, de sólo

pensarlo me falta valor. Trato de razonar: ¿por qué tiene que ocurrirme algo? ¿y por qué no va a ocurrirme nada? No hay ninguna ventaja en apartarse de los caminos trillados. Aquí me ahogo un poco, es verdad; pero uno también se acostumbra a ahogarse, y dígase lo que se diga una costumbre nunca es mala." .

-¿Qué tienes? -me preguntó Nadine con aire de sospecha pocos días después. Estaba en mi cuarto, acostada sobre mi diván, envuelta en mi batón; así solía encontrarla cuando llegaba a casa; sólo la ropa, los muebles, las vidas ajenas tenían valor a sus ojos.

-¿Qué quieres que tenga? -le dije.

Yo no le había hablado de la carta de Romieux; pero aunque me conocía muy mal advertía todos mis cambios de humor.

-Andas como una sonámbula -me dijo.

Es verdad que, generalmente, yo la interrogaba con animación sobre sus días y que esta noche me había sacado el abrigo y me había peinado en silencio.

-Pasé la tarde en Sainte -Anne, supongo que estoy un poco embrutecida -dije-. ¿y tú? ¿Qué has hecho?

-¿Te interesa? -preguntó con rencor.

-Por supuesto.

El rostro de Nadine se iluminó; renunciaba a ocultar por más tiempo su placer:

-¡Acabo de encontrar al hombre de mi vida! -dijo con voz provocativa.

-¿El verdadero? -pregunté sonriendo.

-Sí, el verdadero -dijo seriamente-; es un amigo de Lachaume, un tipo formidable; no un escritorzuelo como los demás; un militante, un verdadero; se llama Joly.

Poco antes se había peleado con Enrique: sus reacciones eran tan previsibles que me asombraba que ella misma se dejara engañar.

-¿Entonces esta vez te afilias al partido? -dije.

-Estaba escandalizado de que ya no lo hubiera hecho. Ah, éste no anda con vueltas. Va derecho al grano. Es todo un hombre.

-Hace tiempo que pienso que deberías buscar tu propia experiencia.

-Por supuesto, para ti es una experiencia -dijo con voz agria-. Hoy entro al partido, mañana salgo; cosas de juventud, ¿no es eso?

-Pero no, no he dicho eso.

-Sé lo que piensas. La fuerza de Joly, ¿comprendes?, es porque cree en verdades; no se divierte con experiencias: obra.

Durante varios días soporté sin inmutarme los elogios agresivos con que colmaba a Joly; había abierto El Capital sobre su escritorio, junto a su manual de química y su mirada erraba melancólicamente de un volumen al otro, Se había puesto a examinar todos mis gestos a la luz del materialismo histórico; había muchos mendigos en las calles a principios de esa fría primavera y si yo les daba un poco de dinero ella protestaba:

-¡Si crees que dándole una limosna a ese pobre desecho humano cambiarás la faz del mundo!

-No pido tanto; le doy un placer, ya es bastante.

-Y tranquilizas tu conciencia; todo el mundo sale ganando.

Siempre me atribuía cálculos tenebrosos.

-¿Crees que porque te niegas a ir a reuniones y eres grosera con la gente escapas a tu clase? Eres una burguesa vulgar, eso es todo.

La verdad es que no me divertía ir a casa de Claudia; durante la guerra me había enviado de su castillo burguiñón montones de encomiendas y ahora me convocaba imperiosamente a sus jueves; alguna vez iba a tener que ir; pero fué de mala gana como tomé mi bicicleta una nevada tarde de mayo. El invierno había resucitado caprichosamente en medio de la primavera; un cielo silencioso y blanco se desparramaba sobre la tierra en gruesos copos, tibios a la mirada, fríos a la piel. Me hubiera gustado enderezar hacia adelante, muy lejos, sobre una de esas rutas

de algodón. Las tareas mundanas me parecían todavía más temibles que antaño. Por más que Roberto se enterrara, huyera de los periodistas, de las decoraciones, de las academias, de los salones, de los estrenos, estaban haciendo de él un monumento público: yo, a mi vez, me volvía pública. Subí lentamente la pomposa escalera. Detesto ese instante en que los rostros se vuelven hacia mí y de una rápida mirada me identifican y me juzgan. Entonces tomo conciencia de mí misma y siempre tengo mala conciencia.

-¡Qué milagro verla! -dijo Laura Marva-. ¡Usted está tan ocupada! Ya uno ni siquiera sé atreve a invitarla.

Habíamos declinado por lo menos tres de sus invitaciones; entre la gente que yo reconocía en esa muchedumbre, había pocos con los cuales no me sintiera más o menos culpable. Nos creían altaneros, misántropos, presumidos. Supongo que la idea de que sencillamente el mundo no nos divertía ni siquiera rozaba a ninguno de los que venían ávidamente a aburrirse aquí. El aburrimiento es un azote que me ha aterrorizado desde la infancia; sobre todo para escapar de él he deseado crecer y edifiqué toda mi vida alrededor de ese rechazo; pero quizá todos los que me estaban dando apretones de mano se hallaban tan habituados que ni siquiera lo discernían; quizá ignoraban que el aire pudiera tener otro sabor.

-¿Roberto Dubreuilh no pudo acompañarla? -dijo Claudia-. ¡Dígale de mi parte que su artículo de Vigilance es admirable! Lo sé de memoria, me lo recito en la mesa, en el baño, en la cama: me acuesto con él; es mi amante del momento.

-Se lo diré.

Ella me miraba intensamente y yo me sentía incómoda; naturalmente no me gusta oír hablar mal de Roberto, pero cuando lo cubren de elogios me da vergüenza; siento sobre mis labios una sonrisa idiota, el silencio parece una pose y cada palabra una incontinencia.

-La publicación de esa revista es un acontecimiento considerable -dijo el pintor Perlène, que era en realidad el amante de turno de Claudia.

Guite Ventadour se había acercado; había escrito novelas hábiles y se sentía la personalidad más destacada de ese salón: su vestimenta, sus modales, indicaban que tenía conciencia de no ser ya joven, pero que recordaba un poco demasiado haber sido hermosa; hablaba con una voz ligeramente inspirada.

-Lo extraordinario en Dubreuilh -dijo- es que con una preocupación tan profunda por el arte puro sepa interesarse tan apasionadamente en el mundo de hoy. Amar a la vez las palabras y los hombres es muy raro.

-¿Usted no lleva un diario de su vida? -me preguntó Claudia-. ¡Qué documento podría ofrecerle al mundo!

-No tengo tiempo -le dije-. Y además no creo que le gustara.

-Lo sorprendente -dijo Huguette Volange-, es que, viviendo junto a un hombre con una personalidad tan aplastante, usted conserve un oficio propio. Yo, sencillamente, no podría; mi querido esposo devora todo mi tiempo; por otra parte, eso me parece lo normal.

Aparté rápidamente todas las contestaciones que acudían a mis labios y dije lo más tontamente posible:

-Es una cuestión de organización.

-Pues yo estoy muy bien organizada -dijo ella con tono ofendido- no, es más bien una cuestión de ambiente moral. ..

Me traspasaban con sus miradas, exigían cuentas; siempre es así: me rodean, me interrogan con aire astuto como si ya fuera viuda; pero Roberto está vivo y no los ayudaré a embalsamarlo. Coleccionan sus autógrafos, se disputan sus manuscritos, ponen sus obras completas decoradas con dedicatorias en estantes de madera; yo apenas tengo dos o tres de sus libros: sin duda no reclamé a propósito los que me pidieron prestados; a propósito no clasifiqué sus cartas y supongo que he perdido la mayoría: estaban destinadas sólo a mí, no son un depósito que deba transmitir un día; no soy la heredera de Roberto ni su testigo: soy su mujer.

Librodot

Quizá. Guite adivinó mi malestar; con una seguridad de soberana, que se sabe en su casa en todas partes, puso sobre mi muñeca su manita acariciadora:

-¡Pero no le han ofrecido nada! Venga a la mesa. -Mientras me llevaba me sonrió con aire cómplice.- Me gustaría que un día conversáramos largamente las dos: es tan raro encontrar una mujer inteligente. -Parecía que acababa de descubrir la única persona de la asamblea capaz de comprenderla. Engranó:- ¿Sabe lo que sería agradable? Que un día viniera a comer con Dubreuilh en toda intimidad.

Uno de los momentos más penosos es cuando con aire negligente o superior reclaman una entrevista. En el momento en que contesto las palabras rituales: "Roberto está tan ocupado en este momento", siento la acusación de una mirada severa; y termino por confesarme culpable; soy su mujer, sí, ¿pero con qué derecho? y además no es una razón para acapararlo: un monumento público pertenece a todos.

-Ah, sé muy bien lo que es la exigencia de la obra -dijo Guite-. ¡Yo tampoco salgo nunca, es por casualidad que me ve aquí! -Su risa insinuaba que yo estaba equivocada, pues en verdad ella no estaba presente.- Pero esto sería diferente; una comidita muy reducida, a la cual sólo invitaría hombres -agregó confidencialmente-. No me gusta la compañía de las mujeres; me siento perdida. ¿Usted no?

-No. Yo me entiendo muy bien con las mujeres.

Me miró con un aire de reprobación consternado:

-Es curioso, muy curioso. Debo ser anormal. ..

Proclamaba en sus libros la inferioridad de su sexo; creía evadirse de él por la virilidad de su talento; también sobrepasaba a los hombres, puesto que, dotada con las mismas cualidades que ellos, tenía además el mérito singular y encantador de ser una mujer. Esa astucia me fastidiaba. Dije en tono profesional:

-Usted no es nada anormal. Casi todas las mujeres prefieren a los hombres.

Su mirada se congeló por completo y sin afectación, pero deliberadamente se volvió hacia Huguette Volange. ¡Pobre Guite! Estaba desgarrada entre el deseo de eludir todo reproche de narcisismo y el de hacer justicia a sus méritos; entonces trataba de dictar a los demás lo que deseaba que se dijera de ella, pero ¿si no lo decían? ¿Había que aceptar ser incomprendida? Era una alternativa dolorosa. Claudia advirtió que yo estaba sola, y como buena dueña de casa quiso enlazarme con alguien.

-Ana, ¿conoce a Lucía Belhomme? Antes conoció mucho a su amiga Paula -agregó precipitándose hacia un recién llegado.

-Ah, ¿usted conoce a Paula? -le dije a la larga mujer morena vestida de otomán negro y de diamantes que me sonreía con lejanía.

-Sí, la he conocido mucho -dijo con voz divertida-. La vestí gratis como publicidad cuando lancé la casa Amaryllis y ella debutaba en Valcourt; era preciosa pero llevaba mal la ropa -Lucía Belhomme me lanzó una de sus sonrisas heladas-. Hay que confesar que no tenía un gusto muy seguro y no aceptaba consejos; ese pobre Valcourt y yo sufrimos horrores.

-Paula tiene un estilo propio -dije.

-No lo había encontrado en ese tiempo; se admiraba demasiado para conocerse; eso también la perjudicaba en su oficio; tenía una voz muy bonita, pero no sabía manejarla; no sabía en absoluto sacar partido de sí misma; nunca pudo llegar.

-No la he oído nunca, pero me dijeron que tenía éxito; tuvo un contrato en Río.

Lucía Belhomme se echó a reír:

-Tuvo un breve éxito sorpresivo por su belleza; pero en seguida se vino abajo; el canto es como el resto; requiere trabajo y el trabajo no era su fuerte. El Brasil: recuerdo esa historia; yo iba a hacerle sus vestidos; pero no era su canto lo que interesaba a los muchachos, lo comprendió muy bien. Era menos loca de lo que hacía creer. Fingía tomarse por la Malibrán; pero en el fondo lo único que deseaba era encontrar alguien serio que se ocupara de ella; y no tardó en dejar caer todo lo demás. Tuvo razón; nunca hubiera hecho una carrera. ¿Qué es de su vida ahora? -

preguntó Lucía con una voz repentinamente benévola-. Me dijeron que su gran hombre la estaba plantando, ¿es verdad?

-En absoluto, se adoran -dije con autoridad.

-¡Ah, mejor así! -dijo ella con una voz perfectamente incrédula-. Lo había esperado bastante la pobre chica.

Yo estaba desconcertada; Lucía Belhomme odiaba a Paula, yo no podía aceptar esa imagen que me ofrecía de ella: una mujerzuela arrogante y perezosa que mientras canturreaba buscaba un protector. Pero advertí que Paula nunca me había hablado de sus primeros años en París, ni de su juventud, ni de su infancia. ¿Por qué?

-¿Puedo saludarla? ¿Ya no me aborrece?

María Ángel me sonreía con un aire falsamente confuso.

-Lo merecería -dije, sonriéndole también-. ¡Me engañó malamente!

-No tenía otro remedio -dijo ella.

-Tranquilícese: ¿no tiene seis hermanos?

-Es verdad que soy la mayor -dijo con voz sincera-, pero tengo un solo hermano y está en Marruecos -su mirada me interrogó ávidamente-. ¿Qué le contaba la Ventadour?

-Nada.

-Puede decírmelo -dijo María Ángel-. A mí se me puede decir todo. Entra por aquí -señalaba sus orejas- y sale por aquí -mostraba su boca.

-Es lo que temo. Dígame más bien qué sabe sobre esa arpía -dije señalando a Lucía.

-¡Oh, es una mujer formidable! -dijo María Ángel.

-¿En qué?

-A su edad, tiene todavía todos los hombres que quiere y se las arregla para mezclar a los útiles con los agradables. En este momento hay tres que quieren casarse con ella.

-¿Y cada uno cree ser el único?

-No. Cada uno cree ser el único en saber que hay otros dos.

-Sin embargo, no es una Venus.

-Parece que era mucho peor a los veinte años; pero se las arregló para ser irreconocible. Hay muchas mujeres feas que llegan por las piernas -dijo María Ángel con aire docto-, pero tienen que pasar malos ratos. Lulú debía tener cuarenta años cuando lanzó la casa Amaryllis con los capitales del viejo Brotteaux. Empezaba a darle mucho cuando estalló la guerra. Ahora le está yendo muy bien, pero las pasó negras-dijo María Ángel con tono compasivo. Agregó-: Por eso es tan mala.

-Ya veo-miré a María Ángel-. ¿Qué viene a buscar aquí? ¿Chismes escandalosos?

-Estoy aquí por placer. Adoro ir a cocktails. ¿Usted no?

-No veo que tienen de divertido: explíqueme.

-Y bueno, uno ve a montones de gente que no tiene ganas de ver.

-Muy claro.

-Y además hay que hacerse ver.

-¿Por qué?

-Si uno quiere ser vista.

-¿Y usted quiere ser vista?

-¡Sí! Lo que más me gusta es hacerme fotografiar -se mordisqueó los dedos-. ¿No es normal? ¿Cree que debería hacerme psicoanalizar?

-¡Por supuesto! Tiene un corso a contramano.

-¿Qué? ¿Complejos?

-Algo así.

-¿Pero qué me quedará si me los quitan? -dijo quejumbrosa.

-Venga por aquí -dijo Claudia-. Ahora que los pesados se han ido, vamos a divertirnos un poco.

Siempre había un momento en que Claudia declaraba que los pesados se habían ido; aunque el orden de las partidas variara de una vez a la otra. Dije:

-Estoy desolada, pero tengo que irme con ellos.

-¿Cómo? Se queda a cenar -dijo Claudia-. Vamos a comer en mesitas chicas, será agradabilísimo. Y va venir gente a la que quiero presentarla.- Me llevó aparte.- He decidido ocuparme de usted- dijo alegremente-. Es ridículo vivir como una salvaje; nadie la conoce: quiero decir en los medios donde se puede sacar dinero. Déjeme lanzarla; la llevo a las casas de costura, la exhibo y en un año tiene la clientela más elegante de París.

-Ya tengo demasiados clientes.

-La mitad no paga y la otra paga mal.

-No es cuestión de eso.

-Sí, es cuestión de eso. Con un cliente que paga como diez, usted trabaja diez veces menos; tiene tiempo para salir y para vestirse.

-Ya hablaremos de esto.

Me extrañaba que me comprendiera tan mal, pero yo no la comprendía mucho mejor a ella. Creía que el trabajo no era para nosotros sino un medio de llegar al éxito y a la fortuna; y yo estaba convencida de que todos esos snobs hubieran cambiado gustosos su situación social por talentos y éxitos intelectuales. En mi infancia una maestra me parecía un personaje mucho más importante que una duquesa o un millonario, y esa jerarquía no se había modificado. Mientras Claudia imaginaba que para un Einstein la suprema recompensa habría sido ser recibido en su salón. No podíamos entendernos.

-Siéntese ahí: vamos a jugar al juego de la verdad-dijo Claudia.

Aborrezco ese juego; siempre digo mentiras y me resulta penoso ver a mis contrincantes, ávidos de exhibir sin perjudicarse el misterio que los habita, interrogarse con escrúpulo y astucia.

-¿Cuál es su flor preferida? -le preguntó Huguette a Guite.

-El iris negro -contestó en medio de un silencio religioso.

Todas tenían una flor preferida, una estación favorita, un libro de cabecera, un modista fijo.

Huguette miró a Claudia:

-¿Cuántos amantes ha tenido?

-Ya no sé muy bien: veinticinco o veintiséis. Espere; voy a ver la lista en el cuarto de baño-Volvió gritando con una voz triunfante:- ¡Veintisiete!

-¿Qué está pensando exactamente en este momento? -me dijo Huguette.

Para mí también la verdad fue de pronto irresistible.

-Que quisiera estar en cualquier otra parte. -Me levanté.-Seriamente, tengo un trabajo urgente-le dije a Claudia-. No, por favor, no se moleste.

Salí del salón, y María Ángel, que se había quedado tirada en un sofá, salió detrás de mí.

-¿Es mentira, no es cierto, que tiene un trabajo urgente?

-Siempre tengo trabajo.

-La invito a comer-dijo deslizándome una mirada suplicante y prometedora que aplacó en seguida.

-No, de veras, no tengo tiempo.

-Entonces otra vez. ¿No podríamos vernos de tanto en tanto?

-¡Estoy tan ocupada!

Me tendió la punta de los dedos con aire descontento; subí a mi bicicleta y seguí adelante. Más bien me hubiera divertido comer con ella, pero sabía demasiado lo que pasaría: temía a los hombres, jugaba a la chiquita, no hubiera tardado en ofrecerme su corazón y su frágil cuerpecito; me escabullía, no porque la situación me asustara sino porque la preveía con demasiada facilidad para divertirme. Tenía mucho de verdad el reproche que me había hecho un día Nadine: "Nunca participas de las cosas." Yo miraba a la gente con ojos de médico y por eso me resultaban difíciles las relaciones humanas. Difícilmente soy capaz de ira y de

Librodot

rencor; y los buenos sentimientos que despierto no me conmueven: es mi oficio suscitarlos. Debo soportar con indiferencia las consecuencias de las transferencias que opero y liquidarlas en el momento oportuno; hasta en mi vida privada conservo esa actitud. Diagnostico con facilidad las perturbaciones infantiles del paciente, me veo tal como aparezco en sus fantasmas: madre, abuela, hermana, hija, ídolo. No me gustan mucho las brujerías que hacen sobre mí imagen, pero tengo que resignarme. Y supongo, que si alguna vez un individuo normal tuviera el capricho de interesarse por mí me preguntaría en seguida: ¿Qué ve en mí? ¿Qué deseos frustrados trata de saciar?, y sería incapaz del menor impulso.

Había salido de París; iba ahora a lo largo del Sena sobre una calzada angosta bordeada a la izquierda de un parapeto y a la derecha de unas casitas torcidas mal iluminadas de tanto en tanto por un viejo farol; la calzada estaba embarrada pero en la acera había nieve blanca. Sonreí al cielo oscuro. Esa hora me la había ganado huyendo del salón de Claudia y no se la debía a nadie: sin duda por eso había en el aire frío tanta alegría. Recordaba: a menudo, antaño, mi respiración me embriagaba, la alegría caía sobre mí, y entonces me decía que si tales momentos no hubieran existido, no hubiera valido la pena vivir. ¿No renacerían? Me ofrecían que atravesara el océano, descubriera un continente; y lo único que encontraba para contestar era: "tengo miedo". ¿De qué tenía miedo? Antes no era pusilánime. En los bosques de Paiolive o de Gresille instalaba mi mochila bajo mi cabeza, me envolvía en una manta y me tendía sola bajo las estrellas tan tranquilamente como en mi cama. Me parecía natural escalar sin guía, a la aventura, altas montañas con ventisqueros resbaladizos; despreciaba todos los consejos de prudencia; me sentaba sola en los cafetines del Havre o de Marsella, me paseaba sola a través de las aldeas kabyles. ..Di media vuelta bruscamente. Inútil pretender ir hasta el fin del mundo: si quería recobrar mi vieja libertad más me valía volver a casa y esta misma noche contestarle a Romieux: sí.

Pero no contesté y varios días después seguía todavía pidiendo consejos ansiosamente, como si se tratara de una expedición a las entrañas de la tierra.

-¿En mi lugar aceptaría?

-Por supuesto -dijo Enrique con asombro.

Era durante esa noche en que grandes luminosas cortaban el cielo de París; había traído champaña, discos; yo había preparado la comida y había puesto flores en todas partes. Nadine se quedó en su cuarto pretextando un trabajo urgente: daba la espalda a la fiesta que no era a sus ojos sino un aniversario de muerte.

-Qué fiesta rara -decía Scriassine-. No es un fin, es un comienzo: el comienzo de la verdadera tragedia.

Para él la tercera guerra mundial acababa de iniciarse. Le dije alegremente:

-No se haga el Casandra; ya la noche del réveillon nos predecía desastres: creo qué perdió su apuesta.

-No hemos apostado -dijo-. Y ni siquiera ha pasado un año.

-En todo caso los franceses no están apartándose de la literatura -tomé a Enrique de testigo-. Hasta es fabulosa la cantidad de manuscritos que llegan a Vigilance, ¿no?

-Eso prueba que Francia eligió el destino de Alejandría -dijo Scriassine-. Yo preferiría que Vigilance tuviera menos éxito y que un gran diario como L'Espoir no viera pesar sobre él la amenaza de la liquidación.

-¿Qué estás diciendo? -dijo Enrique ásperamente-. L'Espoir está perfectamente.

-Me dijeron que iban a necesitar subsidios privados.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Ah, no sé: es un ruido que corre.

-Es un falso rumor -dijo Enrique secamente.

No parecía de buen humor, cosa rara, porque todo el mundo estaba muy alegre, hasta Paula, hasta Scriassine, cuya desesperación crónica no lo entristecía. Roberto contaba cuentos de otro mundo, cuentos del año veinte; Lenoir y Julián

Librodot

evocaban con él esos tiempos exóticos; dos oficiales americanos que nadie conocía cantaban en sordina una balada del Far West y una Wac dormía en el fondo del diván. Pese a los dramas pasados, a las futuras tragedias, esa noche era una noche de fiesta, yo estaba segura de ello, no a causa de los cantos y de los fuegos artificiales, sino porque tenía ganas a la vez de reír y de llorar.

-Vamos a ver lo que pasa afuera -dije-. Después volveremos a comer.

Todos aceptaron con entusiasmo. Sin demasiada dificultad llegamos a la entrada del subterráneo, que nos llevó a la Concordia; pero desembocar en la plaza era otro cantar; la escalera estaba sumergida por la muchedumbre; para no perdernos nos dábamos sólidamente el brazo, pero en el momento en que pusimos el pie sobre el último peldaño hubo un remolino tan violento que me arrancó del brazo de Roberto, me encontré sola con Enrique, dando la espalda a los Campos Eliseos por donde nos habíamos propuesto ir. La marea nos arrastraba a las Tullerías.

-No intente resistir -dijo Enrique-. Nos encontraremos todos en su casa más tarde. Por el momento hay que seguir la corriente.

En medio de los cantos y de las risas derivamos hasta la plaza de la ópera, toda ensangrentada de luces y de colgaduras rojas; daba un poco de miedo, porque si uno hubiera tropezado, si hubiera caído, habría sido pisoteado; pero también era exaltante; nada estaba concluido, el pasado no resucitaría, el porvenir era incierto; pero el presente triunfaba y había que dejarse llevar por él, la cabeza vacía, la boca seca, el corazón palpitante.

-¿No quiere tomar una copa? -dijo Enrique.

-Si es posible. ..

Lentamente, con un montón de astucias conseguimos salir de entre la muchedumbre en medio de una calle que subía hacia Montmartre; entramos a un cabaret lleno de americanos en uniforme que balbucían canciones y Enrique pidió champaña; yo tenía la garganta seca de sed, de cansancio, de emoción, y vacié dos copas de un trago.

-Es una fiesta, ¿no es cierto? -dije.

-Por supuesto.

Nos miramos con amistad; es raro que me sienta completamente cómoda con Enrique, hay demasiada gente entre nosotros: Roberto, Nadine, Paula; pero esta noche me parecía muy cerca y el champaña me daba audacia:

-No parecía alegre usted esta noche.

-Sí. -Me tendió un cigarrillo. La verdad es que no parecía alegre.- Pero me pregunto quién hace correr el rumor de que L'Espoir está en dificultades. Podría ser Samazelle.

-¿Usted no lo quiere? -dije-. Yo tampoco. Son hartadoras esas personas que nunca salen sin su personaje.

-Pero Dubreuilh lo escucha mucho -dijo Enrique.

-¿Roberto? Lo encuentra útil, pero no le tiene simpatía.

-¿Hay alguna diferencia? -dijo Enrique.

Su entonación me pareció tan extraña como su pregunta:

-¿Qué quiere decir?

-En el momento actual, Dubreuilh está tan totalmente metido en lo que hace que su simpatía por la gente se mide por su utilidad, ni más ni menos.

-Eso no es verdad -dije con indignación.

Me miró con aire irónico:

-Me preguntaría qué amistad sentiría por mí si yo no hubiese abierto L'Espoir al S. R. L.

-Lo hubiera decepcionado -dije-, evidentemente: lo hubiera decepcionado exactamente por las mismas razones que lo llevaron a usted a aceptar .

-De acuerdo, esa clase de hipótesis es estúpida -dijo con demasiada vivacidad.

Yo me preguntaba si Roberto le había dado la impresión de ejercer una coerción; puede ser brutal cuando quiere llegar a sus fines cueste lo que cueste; me

habría desolado que hubiera herido a Enrique; y él ya estaba bastante solo, no debía perder esa amistad.

-Cuanto más quiere Roberto a la gente, más exige de ellos -dije-. Con Nadine, por ejemplo, lo he notado: en cuanto dejó de esperar demasiado de ella empezó a desprenderse.

-Ah, pero no es lo mismo ser exigente en el interés ajeno que en el interés propio; en el primer caso sí, es una prueba de afecto. ..

-Pero en Roberto los dos se confunden -dije.

No me gusta generalmente hablar de Roberto; pero quería disipar absolutamente esa especie de rencor que presentía en Enrique:

-La unión entre L'Espoir y el S. R. L. era a sus ojos una necesidad, por lo tanto usted debía reconocerla -interrogué a Enrique con la mirada-. Usted cree que dispuso demasiado fácilmente de usted, pero era por estima.

-Ya sé -dijo Enrique sonriendo-, suele prestar a los demás sus propias evidencias: confiese que es una forma de estima un poco imperialista.

-Después de todo no estaba tan equivocado puesto que usted le dió la razón -dije-. No veo muy bien lo que le reprocha.

-¿Acaso dije que le reprochaba algo?

-No, pero se siente.

Enrique vaciló.

-Oh, es cuestión de matices -dijo encogiéndose de hombros-. Le hubiera agradecido a Dubreuilh que se colocara un minuto en mi punto de vista -sonrió cariñosamente-. Usted lo habría hecho.

-Yo no soy una mujer de acción -dije, y agregué-: Sí, de tanto en tanto Roberto se pone anteojeras a propósito; no impide que en general se preocupe verdaderamente por los demás, y tenga sentimientos desinteresados: usted es injusto.

-Quizá -dijo Enrique alegremente-. ¿Sabe?; cuando uno acepta hacer algo sin ganas le guarda un poco de rencor a la persona que lo ha obligado: convengo que no es muy bonito.

Miré a Enrique con una especie de remordimiento:

-Le pesan mucho esas nuevas relaciones de L'Espoir con el S. R. L.

-Oh, ahora ya no hay nada que hacer -dijo-. Estoy metido en esto.

-¿Pero no tenía ganas de meterse?

Sonrió:

-Con locura, no.

Había repetido a menudo que la política le hartaba y que estaba hasta la coronilla; suspiré:

-Sin embargo, hay algo de verdad en lo que dice Scriassine; la política nunca ha sido tan devoradora como ahora.

-Ese monstruo de Dubreuilh no se deja devorar -dijo Enrique con una especie de envidia-, escribe tanto como antes.

-Lo mismo -dije; vacilé pero me sentía verdaderamente en confianza con Enrique-. Escribe lo mismo pero con menos libertad -dije-. Esas memorias de las que usted había leído pasajes, renunció a publicarlas porque dice que encontrarían demasiadas armas contra él; ¿es triste, no, pensar que si uno se vuelve un hombre público ya no puede ser completamente sincero como escritor?

Enrique calló un segundo.

-Hay una cierta gratuidad de la obra que desaparece, evidentemente -dijo-; todo lo que hoy publica Dubreuilh se lee en un contexto que debe tener en cuenta; pero no creo que eso disminuya su sinceridad.

-El hecho de que esas memorias no aparezcan me desespera.

-Hace mal -dijo amistosamente-. La obra de un hombre que se confesara integralmente, pero sin responsabilidad, no sería más verdadera ni más completa que la de un hombre que toma la responsabilidad de todo lo que dice.

-¿Usted cree? -dije, y agregué-: ¿A usted también se le planteó el problema?

Librodot

-No, no de esa manera -dijo.

-¿Pero se le plantearon interrogantes?

-No paran de llover los interrogantes, ¿no? -dijo evasivamente.

Insistí:

-¿Cómo va su novela alegre?

-Justamente ya no la escribo.

-¿Se volvió triste? Yo se lo había dicho.

-No escribo más -dijo Enrique con una sonrisa de excusa-. Ni una línea.

-¡Vamos!

-Algunos artículos, claro: es el consumo diario; pero un verdadero libro ya no puedo.

Ya no podía: por lo tanto había mucho de verdad en las divagaciones de Paula. A él, que le gustaba tanto escribir, ¿cómo había podido ocurrirle?

-¿Pero por qué? -dije.

-Es muy natural no escribir, ¿sabe?; lo anormal es más bien lo contrario.

-No para usted -dije-. Usted no concebía vivir sin escribir.

Yo lo miraba, molesta; le había dicho a Paula: "La gente cambia", pero por más que uno sepa que cambian, uno se empeña en mirarlos como inmutables en un montón de cosas: otra estrella fija que se había puesto a bailar en mi cielo:

-¿Usted cree que hoy resulta vano?

-¡Oh, no! -dijo Enrique-. Si hay personas para quien escribir sigue teniendo sentido, mejor para ellos. Personalmente, ya no tengo ganas, eso es todo -sonrió- Voy a confesarle todo: ya no tengo nada qué decir; o pongamos que lo que tengo que decir me parece que es lo mismo que nada.

-Es un estado de ánimo que va a pasar -dije.

-No lo creo.

Sentía el corazón oprimido; debía ser horriblemente triste para él ese renunciamiento; dije con reproche y remordimiento:

-¡Nos vemos tan a menudo y nunca nos ha hablado de eso!

-No había oportunidad.

.-Es verdad que con Roberto ya no hablan más que de política -tuve una brusca inspiración-. ¿No sabe lo que sería espléndido? Este verano vamos a hacer un viaje en bicicleta Roberto y yo; venga con nosotros a pasar una o dos semanas.

-Podría ser agradable -dijo en tono vacilante.

-Lo será sin duda -vacilé a mi vez-. Pero Paula no sabe andar en bicicleta.

-Oh, de todas maneras no pasaré todas mis vacaciones con ella -dijo rápidamente-. Irá a Tours a casa de su hermana.

Hubo un breve silencio; pregunté bruscamente:

-¿Por qué Paula no quiere tratar de volver al canto?

-¡Si alguien pudiera decírmelo! No sé lo que tiene en la cabeza, últimamente -dijo con voz descorazonada; se encogió de hombros-. Quizá tenga miedo de que si se hace una vida propia yo aproveche para modificar nuestras relaciones.

-¿Eso es lo que usted desearía? -dije.

-Sí -dijo con ímpetu-. Qué quiere -agregó-, ya hace mucho tiempo que no la quiero; por otra parte, ella se da muy cuenta aunque se empeñe en afirmar que nada ha cambiado.

-Tengo la impresión de que vive sobre dos planos a la vez -dije-. Está perfectamente lúcida y al mismo tiempo se convence de que usted la quiere con un amor loco y que hubiera podido ser la mejor cantante del siglo. Pienso que la lucidez terminará por ganar: pero entonces, ¿qué será de ella?

-Ah, no sé -dijo Enrique-. Yo no quisiera conducirme como un cochino, pero no tengo la vocación del martirio. A veces la situación me parece muy simple: cuando uno ha dejado de querer, ha dejado de querer. En otros momentos me parece injusto haber dejado de quererla: sigue siendo la misma Paula.

-Supongo que amar también es injusto.

-Y entonces, ¿qué puedo hacer? -dijo.

Parecía verdaderamente atormentado; una vez más me dije que me alegraba de ser una mujer; porque tengo que arreglármelas con hombres y es mucho más fácil.

-Paula tendría que poner algo de su parte -dije-, sino usted se verá entre la espada y la pared. No se puede vivir con la conciencia sucia; pero tampoco se puede vivir a contrapelo.

-Tal vez haya que aprender a vivir a contrapelo -dijo con falsa desenvoltura.

-¡No! Estoy segura que no -dije-. Si uno no está contento con su vida no veo desde qué punto de vista se le puede justificar.

-¿Usted está contenta con la suya?

La pregunta me tomó desprevenida; había hablado en nombre de una vieja convicción; pero ya no sabía en qué medida me conformaba a ella; dije con molestia:

-No estoy descontenta.

A su vez me examinó:

-¿Y le hasta no estar descontenta?

-No está tan mal.

-Ha cambiado -dijo afectuosamente-. Antes estaba satisfecha con su suerte de una manera casi insolente.

-¿Por qué voy a ser la única en no haber cambiado? -dije

Pero él tampoco aflojaba:

-A veces me ha parecido que su oficio le interesaba menos que antes.

-Me interesa -dije-. ¿Pero no le parece que a la hora actual es un poco fútil curar estados de ánimo?

-Para aquellos a quienes cura es importante -dijo él-. Es tan importante hoy como antes, ¿dónde está la diferencia?

Vacilé:

-Lo que pasa es que antes creía en la felicidad -dije--, quiero decir: pensaba que la gente dichosa estaba en la verdad. Curar a un enfermo era hacer de él una persona verdadera, capaz de dar un sentido a su vida -me encogí de hombros-. Hay que tener mucha confianza en el porvenir para creer que toda vida puede tener un sentido.

Enrique sonrió; sus ojos me interrogaban.

-El porvenir no es tan negro -dijo.

-No sé -dije-. A lo mejor antes lo veía demasiado rosa; ahora el gris me da miedo -sonreí-. En eso es en lo que más he cambiado: tengo miedo de todo.

-Ahí me sorprende -dijo él.

-Se lo aseguro. Mire, ya hace varias semanas me propusieron que me fuera a Estados Unidos en enero, para un congreso de psiquiatría; no consigo decidirme.

-¿Pero por qué? -dijo él con voz escandalizada.

-No sé; me tienta, pero al mismo tiempo tengo miedo. ¿Usted, en mi lugar, no tendría miedo? ¿Aceptaría?

-Por supuesto -dijo-, ¿qué le va a pasar?

-Nada especial -vacilé-. Debe de ser gracioso verse y ver a los demás desde el fondo de otro mundo. ..

-Ha de ser muy interesante -me sonrió con aire alentador-. Por supuesto, hará algunos descubrimientos; pero me asombraría que trastornen su existencia. Las cosas que nos pasan o las que hacemos finalmente no tienen tanta importancia. ..

Bajé la cabeza: "Es verdad -pensé-. Las cosas siempre tienen menos importancia de lo que yo creo. Iré, volveré, todo pasa, nada ocurre." Ya nuestro momento de intimidad había pasado. Había que volver a casa a comer. La intimidad, la confianza de esa hora hubiéramos podido prolongarla hasta el alba: más allá del alba, quizá. Pero por mil razones no debíamos intentarlo. ¿No debíamos? En todo caso no lo intentamos.

-Tenemos que ir a buscar a los demás -dije.

-Sí -dijo Enrique-. Ya es hora.

Caminamos en silencio hasta el subterráneo y fuimos a juntarnos con los demás.

La entrevista de Roberto con Lafaurie había sido cortésmente tempestuosa; ninguno de los dos alzaba la voz; pero se trataron mutuamente de criminales de guerra. Lafaurie concluyó en un tono entristecido: "No tendremos más remedio que pasar al ataque." Eso no impidió que Roberto preparara con pasión el mitin previsto para junio. Una noche, sin embargo, después de una larga conversación con SamazeIle y Enrique, me preguntó a quemarropa:

-¿Tengo o no razón de organizar ese mitin?

Lo miré con estupor:

-¿Por qué me preguntas eso?

Sonrió:

-Para que me contestes.

-Lo sabes mejor que yo.

-Uno nunca sabe.

Continué examinándolo con perplejidad:

-¿Renunciar al mitin quiere decir renunciar al S.R.L.?

-Naturalmente.

-Me explicaste a lo largo y a lo ancho, después de tu disputa con Lafaurie, por qué no podías ni pensar en ceder. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

-No ha ocurrido nada-dijo Roberto.

-Entonces, ¿por qué cambiaste de opinión? ¿Ya no crees que es posible forzarles la mano a los comunistas?

-Sí; en caso de éxito es muy probable que no corten los puentes -la voz de Roberto quedó en suspenso; vaciló-. Es el conjunto lo que me preocupa.

-¿El conjunto del movimiento?

-Sí. Hay momentos en que me pregunto si no es una utopía esa Europa socialista; uno nunca haría nada si considerara que nada es posible, salvo lo que ya existe.

Parecía defenderse contra un interlocutor invisible y yo me preguntaba de dónde le venían de pronto esas dudas. Suspiró:

-No es fácil establecer la diferencia entre una verdadera posibilidad y un sueño.

-¿Lenin no decía: "hay que soñar"?

-Sí; pero a condición de creer seriamente en su sueño; ahí está el problema, ¿creo yo seriamente?

Lo miré con asombro:

-¿Qué quieres decir?

-¿No es por desafío, por orgullo, por complacencia conmigo mismo que me empecino?

-Es raro que tengas esa clase de escrúpulos -dije-. Por lo general no desconfías de ti.

-Desconfío también de mis costumbres -dijo Roberto.

-Entonces desconfía también de esa desconfianza. Tal vez sea por miedo a un fracaso o por temor a un montón de complicaciones por lo que te sientes tentado a ceder.

-Tal vez -dijo Roberto.

-¿Supongo que no te resulta agradable la idea de que los comunistas van a abrir una campaña contra ti?

-No, no me resulta agradable -dijo Roberto-. ¡Uno se toma tanto trabajo para hacerse comprender! Y van a crear sistemáticamente los peores malentendidos. Sí -agregó-; quizá sea el escritor que hay en mí quien aconseja al hombre político que ande con cautela.

-¿Ves? -dije-, si empiezas a desmenuzar tus motivos nunca saldrás a flote. Quédate en el terreno objetivo, como diría Scriassine.

-¡Ay, es un terreno bien inestable! -dijo Roberto-. Sobre todo cuando uno sólo dispone de informes incompletos. Sí, creo en las posibilidades de una izquierda europea: ¿pero no será porque estoy convencido de su necesidad?

Me desconcertaba que Roberto planteara el problema en esos términos. Se había reprochado mucho el haber creído ingenuamente en la buena voluntad de los comunistas; pero eso no debía bastarle para dudar de él hasta ese punto. Por primera vez en nuestra vida lo veía tentado por una solución perezosa.

-¿Desde cuándo piensas en dejar caer el S. R. L.? -dije.

-Oh, no lo pienso positivamente -dijo Roberto-. Me interrogo.

-¿Desde cuándo te interrogas así?

-Hace dos o tres días -dijo Roberto.

-¿Y sin ninguna razón particular?

Sonrió: -Sin ninguna razón particular.

Lo miré fijamente:

-¿No será simplemente que estás cansado? -dije-. Pareces cansado

-Estoy un poco cansado, es verdad -dijo.

De pronto vi que saltaba a la vista: parecía muy cansado. Tenía los ojos enrojecidos, la piel opaca y el rostro hinchado. "¡Es que ya no es joven!", pensé con inquietud. Oh, todavía no era viejo, pero sin embargo ya no podía permitirse los excesos de antes; en realidad se los permitía y hasta los multiplicaba: quizá para probarse que era todavía joven. Aparte del S. R. L., de Vigilance y de su libro, estaban las visitas, las cartas, las telefoneadas; todos tenían cosas urgentes que comunicarle: estímulos, críticas, sugestiones, problemas; si no se les recibía, si no se les imprimía, se les mataba de hambre, se les condenaba a la miseria, a la locura, a la muerte, al suicidio. Roberto los recibía, le robaba horas al sueño, ya casi no dormía.

-Haces demasiadas cosas -dije-. Si sigues así vas a reventar. Uno de estos días se te va a parar el corazón y yo estaré fresca.

-Todavía tengo que tirar un mes, nada más -dijo.

-¿Y crees que te bastará con un mes de vacaciones para reponerte? -reflexioné-. Deberíamos tratar de encontrar una casa en las afueras -dije-. Vendrías a París una o dos veces por semana y el resto del tiempo ni visitas ni teléfono: la tranquilidad.

-¿Eres tú quien encontrará la casa? -dijo Roberto con voz burlona.

Correr a las agencias, visitar casas, ni me gustaba ni tenía tiempo. Pero me partía el corazón ver cómo Roberto se extenuaba. Había decidido que el mitin tendría lugar, pero seguía inquieto: los comunistas sólo se dejarían intimidar si el éxito era indiscutible; en caso de que cortaran los puentes, ¿qué sería del S. R. L.? A mí también me importaba mucho su triunfo. Le doy todavía más importancia que Roberto a los individuos, uno a uno, y a todas las riquezas de la vida privada: los sentimientos, la cultura, la felicidad; necesito creer que en la sociedad sin clases la humanidad cumplirá su destino sin renegar nada de sí misma.

Gracias al cielo, Nadine había cesado de transmitirle a su padre las críticas de sus camaradas comunistas; ya no nos endilgaba diatribas contra el imperialismo americano, había cerrado definitivamente El Capital. No me asombró cuando me dijo bruscamente:

-En el fondo los comunistas son iguales a los burgueses.

-¿Cómo es eso?

Yo estaba arreglándome para dormir y ella estaba sentada en el borde de mi diván; casi siempre elegía ese momento para hablarme de las cosas que la preocupaban.

-No son revolucionarios. Están por el orden, el trabajo, la familia, la razón. Su justicia está en el porvenir; entre tanto se las arreglan con la injusticia igual que los demás. Y además, la sociedad de ellos, y bueno, será también una sociedad.

-Evidentemente.

-Si hay que esperar quinientos años para que el mundo ni siquiera haya cambiado, no me interesa.

-No te imaginarás que el mundo va a ser rehecho en tres meses.

-Es gracioso; hablas como Joly. Te imaginas si conozco sus enjuagues. Pero entonces no veo por qué voy a entrar en el P. C. Es un partido como otro.

"Otro lío que le salió mal -pensé con pena mientras terminaba de limpiarme la cara-. Tendría tanta necesidad de un asunto que saliera bien."

-Lo mejor es quedarse solo, como Vicente -dijo-. Él es un puro, es un ángel.

Un ángel; la misma palabra que empleaba hablando de Diego; sin duda encontraba en Vicente esa generosidad y esa extravagancia que antaño habían tocado su corazón; pero mientras Diego ponía su locura en sus escritos, se podía temer que Vicente llevara la suya a su vida. ¿Se acostaría con Nadine? Yo no lo creía, pero se veían muy a menudo en estos últimos tiempos. Yo me alegraba porque Nadine me parecía agitada, pero contenta. Sin ninguna aprehensión oí la campanilla a las cinco de la mañana. Nadine no había vuelto y supuse que había olvidado la llave. Pero cuando abrí la puerta vi a Vicente. Me dijo:

-¡No se preocupe!

Cosa que en seguida me preocupó. Dije:

-¿Le pasó algo a Nadine? -

-No, no -dijo-, está muy bien, todo va a arreglarse. - Caminó con decisión hacia el living-room.- ¡Hasta Nadine es una mujer! -dijo con aire de asco. Del bolsillo de su campera sacó una tarjeta que puso sobre la mesa-. En dos palabras: la espera en esta encrucijada -dijo señalando el cruce de dos pequeñas rutas al noroeste de Chantilly-. Tiene que conseguirse un auto e ir a buscarla inmediatamente. Perron le prestará sin duda el coche del diario. Pero no le dé explicaciones; pida el coche, nada más. Y sobre todo no me nombre.

Había hablado de un tirón, con una voz tranquila y dura que no me tranquilizaba en lo más mínimo; yo estaba segura que tenía miedo:

-¿Qué está haciendo allí? ¿Tuvo un accidente?

-Le digo que no; se estropeó los pies; eso es todo, no sabe caminar. Pero llegará a tiempo para recogerla, ¿ve bien el lugar? Pongo una cruz. Toque la bocina o llámela; está en el bosquecito a la derecha de la ruta.

-¿De qué se trata? ¿Qué es todo este lío? ¿Qué pasó? Quiero saber -dije.

-Secreto profesional -dijo Vicente-. Haría bien en telefonear en seguida a Perron -agregó.

Aborrecí su rostro pálido, sus ojos sangrientos, su bonito perfil, pero era un furor impotente: marqué el número de Enrique y oí su voz asombrada:

-¡Hola! ¿Quién es? ~

-Ana Dubreuilh. Sí, soy yo. Tengo que pedirle un servicio urgente. Y por favor no me haga preguntas. Necesito un auto en seguida con nafta para doscientos kilómetros

Hubo un corto silencio.

-Por suerte, ayer llené el tanque -dijo con una voz muy natural-. El coche estará en su puerta dentro de media hora, el tiempo de ir y volver.

-Tráigalo a la plaza Saint-Andrés des Arts -dije-. Gracias.

-Ah, perfecto -dijo Vicente con una gran sonrisa-. Yo estaba seguro de Perron. Puede estar tranquila -agregó-, Nadine no corre ningún peligro: sobre todo si usted se da prisa. Pero ni una palabra a nadie, ¿eh?; ella me aseguró que se podía contar con usted.

-Se puede -dije, siguiéndolo hasta la puerta-; pero dígame de qué se trata.

-Nada grave, se lo juro -dijo.

Sentí ganas de cerrar violentamente la puerta detrás de él, pero la cerré con suavidad para no despertar a Roberto; felizmente debía dormir a puño cerrado, hacía apenas dos horas que lo había oído acostarse. Me vestí apresuradamente. Recordaba esas dos noches en que esperaba a Nadine mientras Roberto la buscaba por todo París: horrible espera. Hoy era todavía peor. Estaba segura de que habían

hecho algo grave: Vicente tenía miedo; se trataba de un robo o de un hold-up, Dios sabe qué; y después de eso Nadine no había podido ir a pie hasta la estación, y yo tenía que llegar antes de que la cosa hubiera sido descubierta, antes de que Nadine fuera descubierta, Nadine que me esperaba desde hacía horas, sola en la noche, en el frío, en el miedo. Era una hermosa mañana de verano con olor a alquitrán y a follaje; dentro de algunas horas haría mucho calor; por el momento en el fresco y el silencio de los muelles desiertos los pájaros cantaban; una alegre mañana cargada de angustia, como la mañana del éxodo.

Enrique llegó a la plaza pocos minutos después que yo.

-Aquí tiene la carroza -dijo alegremente. Permanecía sentado al volante ¿No quiere que la acompañe?

-No, gracias.

-¿Está segura?

-Hace tiempo que no maneja.

-Sé que sabré hacerlo.

Bajó y me instalé en su lugar. Dijo:

-¿Se trata de Nadine?

-Sí.

-Ah, la utilizan a ella para forzarnos la mano -dijo con voz indignada.

-¿Sabe de qué se trata?

-Más o menos. ..

-Dígamelo.

Vaciló:

-Son sólo suposiciones. Escúcheme, me quedaré toda la mañana en casa; si puedo serle útil en algo, telefonéeme.

"Lo esencial es no tener un accidente -me dije mientras iba hacia la puerta de la Chapelle. Me obligaba a ser prudente y trataba de tranquilizarme-. Enrique parece suponer que Vicente ha mentido: quizá son muchos los que me están esperando; quizá Nadine ni siquiera esté con ellos." ¡Cómo lo deseaba! Prefería mil veces haber sido engañada que suponer a Nadine transida de frío, de miedo y de despecho a lo largo de una larga noche.

La carretera estaba desierta; tomé una pequeña ruta a la derecha y luego otra. La encrucijada también estaba desierta; toqué la bocina y examiné el mapa: no me había equivocado, ¿pero si Vicente se había equivocado? No, había sido muy preciso, ningún error posible. Volví a tocar la bocina y luego detuve el motor, bajé, entré en el bosquecito de la derecha y grité: "Nadine", primero suavemente y luego en voz más alta. Silencio. Un silencio de muerte; comprendí el sentido de esas palabras. Nadine: no hubo respuesta; exactamente como si hubiera gritado: Diego; ella también se había volatilizado; aquí debía estar, justo aquí, y no estaba. Di vuelta en redondo, pisé ramas secas, musgo fresco, ya no llamaba. "La han detenido", pensé con terror. Volví hacia el coche. Quizá se había cansado de esperar; no era paciente, había encontrado el valor de caminar hasta una estación próxima; era necesario encontrarla, era necesario, iba a llamar la atención a esta hora en un andén desierto. En Chantilly habría pasado inadvertida, pero quedaba muy lejos y yo la hubiera encontrado en el camino; seguramente había elegido Clermont; miré fijamente el mapa como si hubiera podido arrancarle una respuesta; para Clermont había dos caminos posibles; probablemente había tomado el más corto. Abrí el contacto, puse el motor en marcha y mi corazón comenzó a latir desesperadamente: el motor no se despertaba; por fin se decidió, y el auto partió sobre el camino a saltitos. Mis manos húmedas resbalaban sobre el volante mojado. Alrededor había un silencio terco; pero la luz ya era imperiosa, muy pronto en los pueblos se abrirían las puertas. "Van a detenerla." El silencio, la ausencia; esa paz me parecía atroz. Nadine no estaba en la ruta, ni en las calles de Clermont, ni en la estación. Sin duda no tenía mapa, no conocía la región, erraba al azar en el campo, la encontrarían antes que yo. Di media vuelta; volvería hasta la encrucijada por el otro camino; luego daría vueltas en redondo por todas esas rutas hasta que el

tanque quedara vacío. ¿Y entonces? No interrogarme: seguir todas las rutas; ésta subía hacia una meseta entre cosechas verdeantes, y de pronto vi a Nadine que venía hacia mí con una sonrisa en los labios, como si se tratara de una cita convenida de antemano. Detuve brutalmente el coche y ella se acercó sin prisa; con una voz muy natural dijo:

-¿Viniste a buscarme?

-No, me paseo por placer -abrí la puerta-. Sube.

Se sentó a mi lado, estaba peinada, empolvada, parecía descansada; mi pie aplastaba el acelerador y mis manos aferraban la dirección con demasiada fuerza; Nadine preguntó con una sonrisa mitad burlona, mitad indulgente:

-¿Estás furiosa?

Esas dos lágrimas ácidas que asomaron a mis ojos eran, en efecto, lágrimas de rabia: el coche patinó, supongo que mis manos temblaban, disminuí la velocidad, traté de aflojar mis dedos y de dominar mi voz:

-¿Por qué no te quedaste en el bosque?

-Me aburría -se sacó los zapatos y los puso debajo del asiento-. No creía que vendrías -dijo.

-¿Pero eres idiota? Evidentemente vine.

-No sabía; quería tomar el tren en Clermont; hubiera terminado por llegar - inclinada hacia adelante se masajeaba los pies-. ¡Mis pobres pies!

-¿Qué han hecho?

No contestó.

-Bueno, guarda tus secretos -dije-. Estará en el diario de esta noche.

-¡Estará en el diario! -Nadine se irguió, tenía el rostro descompuesto-. ¿Crees que la portera notó que no volví anoche?

-No podrá probarlo y si es necesario yo juraré lo contrario. Pero quiero saber lo que han hecho.

-¡Puesto que lo sabrás de todas maneras! Hay una mujer en Azicourt -dijo con voz triste-, denunció a dos chicos judíos que se habían ocultado en una granja: los chicos murieron. Todo el mundo sabe que es culpa de ella, pero se las arregló para que no la molestaran: una porquería más. Vicente y sus camaradas decidieron castigarla; hace tiempo que yo estoy al corriente y sabían que yo quería ayudarlos. Esta vez necesitaban una mujer: los acompañé. La mujer era dueña de un boliche; acechamos la partida de los clientes y justo cuando cerraba le supliqué que me dejara entrar un minuto para tomar una copa y descansar; mientras me servía, los otros entraron y se le echaron encima; la llevaron al sótano.

Nadine calló; pregunté: -No la han. ..

-No -dijo; en seguida agregó-: La raparon. No me porté tan mal -dijo con una voz repentinamente reivindicadora-, cerré la puerta, apagué; pero me parecía largo; tomé un vaso de coñac mientras esperaba; evidentemente, no estoy entrenada; me destrozó. Y además ya habíamos andado muchos kilómetros para venir desde Clermont, ellos querían irse por Chantilly; yo no podía dar un paso más. Me arrastraron hasta el bosquecito, me dijeron que esperara. Tuve tiempo de recuperarme. ..

La interrumpí:

-Me vas a dar tu palabra de romper con toda esa banda o sales de París esta misma noche.

-De todas maneras, ya no querrán saber nada conmigo -dijo con una especie de rencor.

-Eso no me basta: quiero tu palabra o te juro que mañana estarás lejos.

Hacía años que no le había hablado en ese tono; me miró con aire sumiso e implorante:

-Prométeme otra cosa: no le digas nada a papá.

Me había ocurrido muy raramente callar a Roberto las tonterías de Nadine; pero esta vez pensé que verdaderamente no necesitaba nuevas preocupaciones.

-Promesa contra promesa-dije.

-Prometo todo lo que quieras -dijo con aire triste.

-Entonces no diré nada -agregué con ansiedad-. ¿Estás segura de no haber dejado rastros?

-Vicente afirma que se ocupó de todo -preguntó con angustia-. ¿Qué pasaría si me prendieran?

-No te prenderán; y eres sólo cómplice; y eres muy joven. Pero Vicente arriesga mucho; y si termina su vida en la cárcel bien merecido lo tiene -agregué con rabia-: Es fea esta historia; es imbécil y fea.

Nadine no contestó; dijo después de un silencio:

-¿Enrique prestó su coche sin preguntar nada?

-Creo que sabe a qué atenerse.

-Vicente habla demasiado -dijo Nadine-. Enrique o tú no tiene importancia. Pero un tipo como Sézenac podría ser peligroso.

-¿Sézenac no está metido en esto? ¡Es una locura!

-No está metido en esto; Vicente sabe que de la gente que se droga hay que desconfiar. Pero se quieren mucho, están todo el día juntos.

-Hay que hablarle a Vicente, hay que convencerlo de dejarlo caer.. ..

-No lo convencerás -dijo Nadine-, ni tú, ni yo, ni nadie.

Nadine se acostó y le dije a Roberto que yo había salido a dar una vuelta por gusto. Anda tan preocupado últimamente que no sospechó nada. Le hablé a Enrique, lo tranquilicé con algunas frases vagas. Me costó mucho trabajo interesarme en mis enfermos. Esperaba los diarios de la tarde: no decían nada. Sin embargo, no pude dormir esa noche. "Imposible irme a Estados Unidos", me dije. Nadine está en peligro; me prometió no repetirlo, ¡pero Dios sabe qué otra cosa inventará! Y pensé con tristeza que aunque me quedara junto a ella no lograría protegerla. Sin duda habría bastado que fuera dichosa, que se sintiera amada, para dejar de destruirse; pero yo no podía darle ni el amor ni la dicha. ¡Qué inútil me sentía! A los otros, a los extraños, los hago hablar, desenredo los hilos de sus recuerdos, desembrollo sus complejos y les entrego a la salida unas madejas bien ordenadas que ellos guardan en sus cajones: les hace bien, a veces. Leo sin esfuerzo en Nadine, pero no sé hacer nada por ella. Antes me decía: "¿Cómo es posible respirar tranquilo si uno piensa que los seres queridos se están jugando su vida eterna?" Pero el creyente puede orar, puede hacer tratos con Dios. Para mí no existe comunión de los santos y me digo: "Esta vida es su única oportunidad, no habrá otra verdad que la que haya conocido, ni otro mundo que aquel en el que haya creído." Al día siguiente Nadine tenía los ojos hinchados y yo seguí torturándome. Se pasó el día sentada ante un tratado de química, y a la noche, mientras me limpiaba la cara, me dijo con aire abatido:

-Es una pesadilla la química; seguro que me van a reprobar.

-Siempre has pasado tus exámenes. ..

-Esta vez no; además, que pase o no pase da lo mismo. Nunca llegaré a hacer una carrera en química -reflexionó un rato-. No puedo hacer carrera en nada. No soy una intelectual y en la acción me achico. No soy utilizable.

-En Vigilance te las arreglaste muy bien y en seguida.

-No es para enorgullecerse, tiene razón papá.

-Cuando encuentres algo que te interese estoy segura de que lo harás muy bien y lo encontrarás.

Meneó la cabeza:

-Supongo que en el fondo estoy hecha para tener marido e hijos como todas las mujeres. Fregaré las cacerolas y fabricaré un chico por año.

-Si te casas por casarte tampoco estarás contenta.

-Tranquilízate, ningún hombre será bastante tilingo para casarse conmigo. Les gusta acostarse conmigo, pero después, buenas noches. No retengo a nadie.

Yo conocía muy bien esa manera que tenía de decir sobre sí misma con un aire muy natural las cosas más desagradables, como si su desenvoltura bastara

para desarmar y sobrepasar la agria verdad. Desgraciadamente, la verdad seguía siendo verdadera.

-No quieres retener -dije-. Y si a pesar de todo alguien se empeña en quererte te niegas a creerlo.

-Vas a volver a decirme que Lambert me quiere. ..

-Hace un año que no sale con ninguna otra mujer, tú misma me lo has dicho.

-Evidentemente es pederasta.

-Estás loca.

-Si no sale más que con muchachos. Está enamorado de Enrique, es muy claro. ,~

-Te olvidas de Rosa.

-¡Rosa era tan linda! -dijo Nadine con nostalgia-. Hasta un pederasta podía estar enamorado de Rosa. ¿No comprendes? -agregó con impaciencia-, Lambert me tiene simpatía por supuesto, pero como lo tendría por un hombre. Además, así está perfecto. No tengo ganas de ser un producto de reemplazo -suspiró-. Los hombres tienen demasiada suerte; va a hacer un gran reportaje a través de toda Francia: la reconstrucción de las regiones devastadas y todo. Se compró una moto. Hay que verlo: se cree el coronel Lawrence -agregó con rabia.

Había tanta envidia en su voz que tuve una idea. Al día siguiente pasé por L'Espoir y pedí ver a Lambert.

-¿Tiene que hablarme? -dijo con aire cortés.

-Si tiene un minuto, sí.

-¿Quiere que subamos al bar?

-Subamos.

En cuanto el barman hubo puesto ante mí un jugo de pomelo, ataqué el tema:

-¿Parece que va a hacer una corresponsalía por toda Francia?

-Sí; salgo la semana próxima, en moto.

-¿No sería posible que llevara a Nadine?

Me miró con una especie de reproche:

-¿Nadine tiene ganas de acompañarme?

-Se muere de ganas, pero nunca se lo pedirá.

-No se lo propuse porque me hubiera asombrado que aceptase -dijo con voz ficticia-. Acepta muy rara vez lo que le propongo; además la he visto muy poco estos últimos tiempos...

-Ya sé -dije-, anda por ahí vagando con Vicente y Sézenac; no son buenas frecuentaciones para ella -vacilé, y dije en seguida-. Hasta son frecuentaciones muy peligrosas; por eso vine a verlo: usted que es amigo de ella llévela lejos de toda esa banda.

Bruscamente el rostro de Lambert cambió; pareció muy joven de pronto y muy desarmado:

-¿No quiere decir que Nadine se droga?

Esa sospecha me venía muy bien; dije en tono reticente:

-No lo sé, no lo creo; pero con Nadine todo puede pasar. Está en un momento de crisis. Se lo digo francamente: tengo miedo.

Lambert guardó un instante de silencio; parecía emocionado.

-Me alegraría mucho que Nadine viniera conmigo -dijo.

-Entonces, inténtelo. Y no se descorazone: supongo que primero dirá que no; es su carácter. Pero insista; quizá, le salve la vida.

Tres días después Nadine me dijo con aire displicente:

- ¡Imagínate que ese pobre Lambert quiere llevarme de viaje con él!

-¿Ese reportaje a través de Francia? Sería muy cansador -dije.

-Ah, eso me importa un pito. Pero en primer lugar no puedo dejar plantada la revista durante quince días.

-Tienes derecho a vacaciones, ese no es el problema. Pero si no tienes ganas...

-Fíjate que será muy interesante -dijo Nadine-. Pero tres semanas con Lambert es pagarlo muy caro.

Lo principal era que yo no pareciera empujarla a ese viaje.

-¿Es verdaderamente tan aburrido?-dije en tono ingenuo.

-No es nada aburrido -dijo exasperada-. Pero es tan timorato, tan ficticio: se escandaliza de todo. ¡Si entro en un boliche con una media corrida me pone una cara! ¡Un verdadero niño bien! -agregó-: ¿Sabes que se reconcilió con su padre? ¡Qué vileza!

-Dios mío, qué pronta eres para condenar -dije-. ¿Qué sabes exactamente de esa historia? ¿Y del padre de Lambert y de sus relaciones?

Había hablado con tanto calor que Nadine permaneció un momento sorprendida. Cuando yo estaba verdaderamente convencida sabía convencerla; así fui marcando su infancia, pero por lo general me guardaba tanto rencor que yo evitaba emplear mi influencia. Pero hoy me sentía fuera de mí al verla tan empecinada en mortificarse.

Dijo en tono incierto:

-Lambert no puede vivir sin su papito querido: es infantilismo. Si quieres saberlo, eso es lo que me exaspera en él: nunca será un hombre.

-Tiene veinticinco años y a sus espaldas una extraña adolescencia. Lo sabes muy bien por ti misma, no es fácil echarse a volar con sus propias alas.

-Ah, yo no es lo mismo, soy una mujer.

--¿Y qué hay con eso? Ser un hombre no es mucho más cómodo. Se le pide tanto hoy a un hombre: tú la primera. Tienen todavía la boca llena de leche y deben jugar a los héroes. Es descorazonador. No. No tienes derecho de mostrarte tan severa con Lambert. Di que no te entiendes con él, que ese viaje no te divierte, eso es otra cosa.

-Oh, en un sentido los viajes siempre me divierten.

Dos días después Nadine me dijo con un aire semifurioso, semihalagado:

-¡Es increíble ese tipo! ¡Me hace un chantaje! Dice que ser corresponsal de paz es un oficio que le pudre y que si no voy con él se queda.

-¿Y entonces?

-¿Y entonces qué crees? -dijo con aire inocente.

Me encogí de hombros:

-¿Al menos sabe manejar una moto? Son peligrosos esos aparatos.

-No es nada peligroso, es formidable -dijo Nadine, y agregó-: Si acepto será a causa de la moto.

Contra toda suposición, Nadine fue aprobada en su examen de química; en el escrito salió raspando, pero en el oral mareaba fácilmente a sus examinadores con su charla y su desenvoltura. Festejamos los tres ese triunfo con una gran comida con champaña en un restaurante al aire libre y luego se fue con Lambert. Era una suerte. El mitin del S. R. L. tenía lugar la semana siguiente y todo el tiempo había gente en casa, yo me sentía muy feliz de poder aprovechar sin compartirlos los raros instantes de libertad que le quedaban a Roberto. Enrique lo secundaba con un fervor que me conmovía tanto más desde que conocía su poco entusiasmo por esa clase de trabajo. Ambos decían que el mitin se anunciaba muy bien: "Si lo dicen ha de ser verdad", pensé mientras seguía la avenida Wagram; sin embargo, estaba inquieta. Hacía años que Roberto no había hablado en público: ¿sabría llegar a la gente como antes?

Pasé los camiones policiales colocados a lo largo de la acera y seguí caminando hasta la plaza des Ternes; era demasiado temprano. Dos años atrás la noche del mitin de Pleyel yo también estaba sola, también había llegado temprano, había dado muchas vueltas alrededor de esa plaza y había entrado a tomar un vaso de vino en la Lorraine. No entré. El pasado había pasado. No sé por qué lo lamenté de pronto con tal desgarramiento. Oh, sin duda simplemente porque era el pasado. Volví sobre mis pasos, seguí el largo corredor triste. Recordé mi malestar cuando Roberto había subido a la tribuna: me había parecido que me lo robaban. Aquella noche también me intimidaba la idea de verlo sobre un estrado a distancia. No había todavía mucha gente en la sala. "El público viene siempre a último momento",

me dijeron los Cange. Traté de hablarles con calma pero vigilaba ansiosamente la entrada. Por fin íbamos a saber si la gente seguía o no a Roberto. Por supuesto, aun si lo seguían todavía eso no significaba haber ganado algo; pero, en cambio, si la sala estaba vacía el fracaso sería definitivo. Se llenaba. Todos los asientos estaban ocupados cuando los oradores subieron al escenario en medio de los aplausos. Era desconcertante ver todos esos rostros familiares, transformados en figuras oficiales. Lenoir, por una especie de mimetismo, se confundía con las sillas y las mesas, un pedazo de madera seca; Samazelle, al contrario, ocupaba toda la tribuna, era ese su puesto natural. Cuando Enrique empezó a hablar, su voz transformó la inmensa sala en un cuarto privado: no veía ante él a cinco mil personas, sino cinco mil veces a una persona y les hablaba casi en tono de conversación. Poco a poco me reconforté. Más allá de las palabras que decía, esa amistad que nos ofrecía ya era una certidumbre: los hombres no están condenados al odio, a la guerra, estábamos seguros de ello al escucharlo. Lo aplaudieron mucho. Méricaud hizo un discursito languidesciente y luego fue el turno de Roberto. ¡Qué ovación! En cuanto se puso de pie empezaron a gritar y a golpear con las manos y con los pies. Él esperaba con aire paciente y yo me preguntaba si estaba emocionado: yo lo estaba. Día tras día lo veía inclinado sobre su escritorio, los ojos enrojecidos, la espalda encorvada, solitario y dudando de sí: era el mismo hombre que cinco mil personas aclamaban. ¿Qué representaba exactamente para ellos? A la vez un gran escritor y el hombre de los comités de Vigilance y de los mítines antifascistas; un intelectual que se entregó ala revolución sin renegar como intelectual. Para los viejos representaba la preguerra, para los jóvenes el presente y sus promesas; lograba la unidad del pasado y del porvenir. Y sin duda era muchas otras cosas más, cada cual lo quería a su manera. Seguían aplaudiendo y el ruido se amplificaba en mí, se volvía inmenso. La celebridad, la gloria, por lo general, me deja fría; esta noche me parecía envidiable. "Dichoso -me decía- aquel que pueda mirar de frente la verdad de su vida y regocijarse; dichoso aquel que la descifra en el rostro de sus amigos." Por fin callaron. En cuanto Roberto abrió la boca, mis manos se humedecieron y mi frente se cubrió de sudor; aunque sé que habla fácilmente tenía miedo. Por suerte no tardé en sentirme subyugada. Roberto hablaba sin énfasis, con una lógica tan apremiante que se parecía a la violencia; no proponía un programa: nos dictaba tareas. Y eran tan urgentes que no podíamos dejar de cumplirlas; la victoria estaba asegurada por su misma necesidad. A mi alrededor la gente sonreía, los ojos brillaban, cada cual reconocía sobre el rostro de sus vecinos la propia certidumbre. No, esta guerra no habrá sido vana; los hombres han comprendido lo que cuesta la resignación y el egoísmo, van a tomar su destino entre manos, harán triunfar la paz, conquistarán a través de toda la tierra la libertad y la dicha. Era claro, era seguro, era simple sentido común: la humanidad no puede querer otra cosa que la paz, la libertad, la felicidad. ¿Y qué le impide hacer lo que quiere? Reina ella sola sobre la tierra. A través de todo lo que Roberto decía era esa evidencia la que nos deslumbraba. Cuando calló aplaudimos largamente y lo que aplaudimos era la verdad. Me sequé las manos con mi pañuelo. La paz estaba asegurada, el porvenir garantizado, el inmediato y el mediato eran sólo uno. No escuché a Salève. Era tan aburrido como Méricaud, pero no tenía importancia. Habíamos ganado la partida; no solamente el mitin, sino todo lo que significaba.

El último en hablar fue Samazelle. En seguida se puso a lanzar rayos y centellas: un orador de barricada. Me vi sentada en mi butaca, en medio de una muchedumbre tan impotente como yo y que se embriagaba tontamente con palabras. No eran ni promesas, ni presagios: sólo palabras. En la sala Pleyel había visto la misma luz sobre los rostros atentos: y eso no había impedido Varsovia, Buchenwald, Stalingrado, Oradour. Sí, sabemos lo que cuesta la resignación, el egoísmo, pero hace tiempo que lo sabemos sin provecho. Nunca se ha conseguido detener la desgracia, no se conseguirá tan pronto, en todo caso no lo veremos nosotros. En cuanto a lo que pasará más adelante, al cabo de esta larga prehistoria, debemos confesarnos que ni siquiera podemos imaginarlo. El porvenir no es seguro,

Librodot

ni el próximo, ni el lejano. Miré a Roberto. ¿Es su verdad la que se refleja en todos los ojos? También lo miran desde lejos: desde los Estados Unidos, desde la U. R. S. S., desde el fondo de los siglos. ¿Qué ven? Quizá sólo a un viejo soñador cuyo sueño carece de seriedad. Quizá él se verá así, mañana; pensará que su acción no ha servido para nada, o aun peor, que ha servido para mistificar a la gente. Si al menos yo pudiera decidir: no hay verdad. Pero habrá una. Nuestra vida está ahí, pesada como una piedra, y tiene un reverso que no conocemos: es aterrador. Esta vez estaba segura de no delirar, no había bebido nada, no era de noche y el miedo me ahogaba.

-¿Están contentos? -les pregunté con aire desprendido.

Enrique estaba contento. "Es un éxito", me dijo alegremente. Samazelle decía: "Es un triunfo." Pero Roberto rezongó: "Un mitin no prueba gran cosa." Diez años atrás, al salir de la sala Pleyel, no había dicho nada semejante, resplandecía. Sin embargo, pensábamos que quizá la guerra terminaría por estallar: ¿de dónde venía esa serenidad? Ah, teníamos tiempo por delante: más allá de la guerra amenazadora, Roberto adivinaba la muerte del fascismo; los sacrificios que costaría ya los había sobrepasado. Ahora siente su edad: necesita certidumbres a breve plazo, Los días que siguieron anduvo deprimido. Debió alegrarse cuando Charlier le anunció su adhesión al S. R. L. y nunca lo he visto tan desazonado como después de esa entrevista: en realidad yo lo comprendía. No era tanto a causa del aspecto físico de Charlier: su pelo no había vuelto a crecer, tenía la piel roja y granulosa, pero, en fin, desde marzo había engordado diez kilos y se había hecho poner dientes; no era tampoco por las cosas que contaba, ya no teníamos mucho que aprender sobre los horrores de los campos de concentración; lo insoportable era más bien el tono de sus relatos. Él, que había sido el más dulce, el más testarudo de los idealistas, evocaba los golpes, las bofetadas, las torturas, el hambre, los cólicos, el embrutecimiento, el envilecimiento, con una risa que ni siquiera era cínica: infantil o senil, angelical o imbécil, no se sabía. Y reía también ante la idea de que los socialistas esperaban verlo entrar en sus filas; sin embargo, conservaba su vieja repugnancia por los comunistas; el S. R. L. lo sedujo; prometió traer la importante fracción que se reagrupaba tras él. Cuando nos dejó, Roberto me dijo:

-La otra noche te extrañaban mis vacilaciones. Pero ¿comprendes?, lo terrible hoy, cuando uno quiere obrar, es que sabemos demasiado el precio con que pagamos los errores.

Yo sabía que consideraba a todos los hombres de su edad y a sí mismo como responsables de la guerra; sin embargo, era uno de los que habían luchado más lúcidamente contra ella y con más encarnizamiento; pero puesto que había fracasado se consideraba culpable. Lo que me sorprendía es que la vista de Charlier hubiera despertado sus remordimientos: por lo general reacciona ante conjuntos, no por casos particulares.

-De todas maneras, aunque el S. R. L. estuviera equivocado no ocurrirían grandes desastres -dije.

-Los pequeños desastres también cuentan -dijo Roberto. Vaciló-. Hay que ser más joven que yo para creer que el porvenir lo salvará todo. Siento mis responsabilidades como más limitadas que antes, pero también como más definitivas y más pesadas.

-¿Cómo es eso?

-Y bueno, pienso un poco como tú: que la muerte o la desdicha de un individuo es lo más importante de todo. Voy contra la corriente -agregó-, los jóvenes son mucho más duros de lo que éramos nosotros; hasta son francamente cínicos y yo me vuelvo sentimental.

-¿No se podría decir más bien que te estás volviendo más concreto de lo que eras?

-No estoy seguro: ¿dónde está lo concreto? -dijo Roberto.

Sí, seguramente era más vulnerable que antes. Felizmente el mitin daba sus frutos, cada día se registraban nuevas adhesiones. Y finalmente los comunistas no

Librodot

habían declarado la guerra al S. R. L.; lo mencionaban con una malevolencia contenida, nada más. Se podía esperar que el movimiento iba a desarrollarse seriamente. El único punto negro era que L'Espoir había perdido muchos lectores y que iba a ser necesario recurrir a los capitales de Trarieux.

-¿Estás seguro que pagará? -pregunté examinándome en el espejo con desaprobación.

-Completamente seguro -dijo Roberto.

-Entonces, ¿por qué vas a esa comida? ¿Por qué me arrastras?

-Es mejor mantenerlo en buenas disposiciones -dijo Roberto, que se anudaba tristemente una corbata-. Bien se pueden halagar las manías de un tipo al que uno está por aliviar de ocho millones.

-¡Ocho millones!

-Sí -dijo Roberto-, es el déficit. La culpa es de Lucas. ¡Qué terco! De todos modos estarán obligados a tomar el dinero de Trarieux. Samazelle, que anduvo averiguando, dice que no pueden más.

-Entonces me resigno -dije-. ¡L'Espoir bien vale una comida!

Éramos todo sonrisa cuando entramos en el vasto salón biblioteca donde ya estaban Samazelle y su mujer; él lucía un traje de franela gris claro que subrayaba su corpulencia. Trarieux también era todo sonrisa; no tenía esposa visible, sino una hija estirada, de pelo opaco, que me recordaba a mis compañeras de colegio. En un comedor con piso de mármol blanco y negro nos sirvieron una comida llena de tacto; después del café, Trarieux ofreció licores, pero no cigarros; seguramente Samazelle habría apreciado un cigarro, gozaba sin pensar en las consecuencias saboreando un viejo coñac. Hacía tiempo que yo no había puesto los pies en casa de verdaderos burgueses y esa prueba me pareció reconfortante; a veces me digo que todos los intelectuales que conozco tienen algo sospechoso; pero cuando frecuento burgueses compruebo que no tienen nada que envidiarnos. Nadine y la vida que le dejo llevar son evidentemente insólitas; pero esa virgen sin frescura, que servía el café con aire oprimido, me parecía mucho más monstruosa; estaba segura que me habría contado cada cosa si la hubiera extendido en el diván de mi consultorio; y a Trarieux, a pesar de su trivialidad estudiada, la encontraba muy dudoso. Su vanidad mal escondida contrastaba con la admiración demasiado entusiasta que demostraba por Samazelle. Durante un largo rato cambiaron recuerdos de la resistencia y luego se felicitaron del mitin y Samazelle declaró:

-Lo que es un presagio excelente es que estamos empezando a conquistar la provincia. De aquí a un año tendremos doscientos mil adherentes o si no habremos perdido la partida.

-No la perderemos -dijo Trarieux. Se volvió hacia Roberto, que había permanecido hasta entonces mucho más silencioso de lo correcto-. La gran suerte de nuestro movimiento es que se crea justo en el momento necesario. El proletariado comienza a comprender que el P. C. traiciona sus verdaderos intereses. Y muchos burgueses lúcidos ven, como yo, que hoy deben aceptar la liquidación de su clase.

-No impide que en un año no tendremos doscientos mil adherentes y que no por eso habremos perdido la partida -dijo Roberto con mala voluntad-. No tenemos ningún interés en mentirnos.

-Mi experiencia me ha enseñado que cuando uno se contenta con poco no obtiene gran cosa -dijo Trarieux con autoridad-. Es desesperante que el órgano del S. R. L. sea a tal punto inferior a su misión; el tiraje de L'Espoir es irrisoriamente bajo.

-Es a causa de su afiliación al S. R. L. por lo que bajó -dije. Trarieux me miró con aire descontento y pensé que si tenía una mujer no debía hablarle a menudo sin que él la interrogara:

-No -dijo casi groseramente-, es por falta de dinamismo.

-La realidad es que antes L'Espoir tenía mucho público -dijo Roberto secamente.

Samazelle dijo con suavidad:

-Aprovechó el momento de entusiasmo que siguió a la Liberación.

-Hay que mirar las cosas de frente -dijo Trarieux-, todos admiramos lo bastante a Perron como para tener derecho a referirnos a él francamente; es un maravilloso escritor, pero no es ni una mente política ni un hombre de negocios; y la presencia de Lucas a su lado no es muy beneficiosa.

Yo sabía que Roberto no estaba lejos de compartir esa opinión, pero meneó la cabeza:

-Por marchar con el S. R. L., Perron se enajenó la derecha y los comunistas; y sus medios financieros son demasiado limitados para que pueda remontar la corriente.

-Estoy absolutamente convencido -dijo Trarieux, subrayando cada sílaba- que si un hombre como Samazelle estuviera a la cabeza de L'Espoir el tiraje doblaría en pocas semanas.

La mirada de Roberto erró alrededor de la cara de Samazelle y dijo brevemente:

-¡Pero no está!

Trarieux tomó aliento y lanzó:

-¿Y si yo le propusiera a Perron comprarle L'Espoir por cuenta de Samazelle? Pagando lo que sea necesario…

Roberto se encogió de hombros:

-Inténtelo.

-¿Cree que no aceptará?

-Póngase en su lugar.

-Bueno. ¿Y si yo comprara únicamente la parte de Lucas? ¿O en última instancia el tercio de las partes de ambos?

-Es el diario de ellos, ¿comprende? -dijo Roberto-; ellos lo han creado, quieren ser dueños en su casa.

-Es lamentable -dijo Trarieux.

-Quizá, pero nadie puede hacer nada.

Trarieux dio algunos pasos por el salón.

-No soy de naturaleza resignada -dijo con voz divertida-, cuando me afirman que una cosa es imposible en seguida tengo ganas de probarme lo contrario. Agrego que los intereses del S. R. L. parecen más importantes que los sentimientos individuales, aun los más respetables -agregó con gravedad.

Samazelle dijo con aire inquieto:

-Si está pensando en su proyecto de anteayer ya le he dicho que personalmente no puedo seguirlo.

-Y yo le contesté que apreciaba sus escrúpulos -dijo Trarieux con una breve sonrisa; miró a Roberto con un aire un poco desafiante-. Cargo con todas las deudas de L'Espoir y pongo a Perron entre la espada y la pared: o se une con Samazelle o lo dejo al borde de la quiebra

-Perron elegirá la quiebra antes que ceder a un chantaje -dijo Roberto con tono desdeñoso.

-Sea; quiebra y lanzo otro diario cuya dirección entrego a Samazelle.

-No -gimió Samazelle.

-Usted comprende muy bien que el S. R. L. no tendría nada que ver con ese diario; semejante procedimiento provocaría su exclusión inmediata.

Trarieux miró a Roberto de hito en hito como para medir la solidez de su resistencia y debió sentirla muy pronto, porque se apresuró a batirse en retirada.

-Nunca pensé poner ese proyecto en ejecución -dijo alegremente-, pensaba emplearlo para intimidar a Perron. El éxito de ese diario debería, sin embargo, serle precioso -agregó con reproche-: dobla el tiraje y dobla los efectivos.

-Ya sé -dijo Roberto-, pero le repito; a mi modo de ver, el único error de Perron y de Lucas es haberse empeñado en trabajar con medios financieros muy limitados.

Librodot

El día en que tengan detrás de ellos los capitales que usted ha puesto tan generosamente a su disposición ya verá la diferencia.

-Por supuesto -dijo Trarieux con una sonrisa-, porque al mismo tiempo que los capitales estarán obligados a aceptar a Samazelle.

El rostro de Roberto se endureció:

-Perdón; usted me dijo en abril que estaba dispuesto a tener L'Espoir sin condición.

Observé a Samazelle de reojo; no parecía nada incómodo: su mujer tenía un aspecto torturado, pero siempre tenía ese aspecto.

-No he dicho eso -dijo Trarieux-, he dicho que políticamente la dirección del diario recaía evidentemente sobre los responsables del S. R. L. y que yo no me metería. No se trató de ninguna otra cosa.

-Porque ninguna otra cosa parecía ser discutible -dijo Roberto con voz indignada-. Le prometí a Perron su independencia total y basándose en esta promesa tomó el enorme riesgo de unir L'Espoir al S. R. L.

-Admita que no tengo por qué considerarme comprometido por sus promesas -dijo Trarieux amablemente-. Además, no veo por qué Perron rechazaría esta combinación; Samazelle es su amigo.

-No se trata de eso; pero si se imagina que hemos complotado a sus espaldas para forzarle la mano, se empacará; y lo comprendo -dijo Roberto con vehemencia.

Parecía muy contrariado y yo también lo estaba; sobre todo porque conocía la opinión de Enrique sobre Samazelle.

-Yo también soy terco -dijo Trarieux.

-La posición de Samazelle será muy delicada si entra a L'Espoir contra la voluntad de Perron -dijo Roberto.

-Estoy muy de acuerdo -dijo Samazelle-. Por supuesto, creo que en otras circunstancias sería muy capaz de dar un nuevo empuje a un diario que está decayendo. Pero nunca consentiré ser impuesto a Perron contra su voluntad.

-Me disculpan si miro este negocio como si fuera un poco un negocio personal -dijo Trarieux con voz irónica-. No me propongo sacar un beneficio financiero; pero me niego absolutamente a tirar millones para nada: quiero resultados; si Perron rechaza su colaboración o si usted se la niega -le dijo a Samazelle-, yo me aparto. Nunca entro en una empresa que creo condenada al fracaso. Es un punto de vista que me parece sano; y en todo caso nada me hará cambiar -concluyó secamente.

-Me parece inútil discutir mientras usted no haya hablado con Perron -dijo Samazelle-; estoy convencido que pondrá buena voluntad. Después de todo nos mueve el mismo interés; el éxito del movimiento.

-Sí, Perron comprenderá sin duda la oportunidad de algunas concesiones, sobre todo si usted insiste en hacérselas comprender -dijo Trarieux, dirigiéndose a Roberto.

Roberto se encogió de hombros. ,

-No cuente conmigo -dijo.

La conversación se arrastró durante un rato más; cuando llegamos al pie de la escalera, media hora más tarde, dije:

-¡Qué mal olor tiene toda esta historia! ¿Qué te había dicho exactamente Trarieux en abril?

-No habíamos hablado sino del aspecto político del asunto.

-¿Y tú le prometiste algo más a Enrique? ¿Exageraste demasiado?

-Tal vez -dijo Roberto-. Por poco que hubiera vacilado no lo habría convencido; uno está obligado a exagerar un poco de tanto en tanto; si no, nunca haría nada.

-¿Por qué hace un rato no pusiste a Trarieux entre la espada y la pared? -pregunté-. O cumple sus promesas sin condición o se acabó, lo expulsan del S. R. L.

-¿Y entonces? -dijo Roberto-. Supongamos que elija la ruptura. El día en que Enrique necesite dinero, ¿qué será de él? -seguimos caminando en silencio y

Roberto dijo bruscamente-: Si Enrique pierde ese diario por mi culpa nunca me lo perdonaré.

Yo veía la sonrisa de Enrique la noche de la victoria; le pregunté: -¿Usted no tenía ganas de meterse en esto?

-No muchas.

Le había costado subordinar L'Espoir al S. R. L.; adoraba su diario, adoraba su libertad y no quería a Samazelle. Era feo lo que le pasaba. Pero Roberto parecía tan abatido que guardé esas reflexiones para mí; sólo dije:

-No comprendo que hayas confiado en Trarieux, a mí me resulta muy desagradable.

-Me equivoqué -dijo Roberto brevemente. Reflexionaba-. Voy a pedirle dinero a Mauvanes.

-Mauvanes no te lo dará jamás.

-Se lo pediré a otros. Hay muchos tipos que tienen dinero. Ya encontraremos alguno que acepte.

-Me parece que para aceptar hay que ser a la vez millonario y miembro del S. R. L. -dije-. Es una combinación más bien excepcional.

-Lo buscaré -dijo Roberto-, y al mismo tiempo influiré en Trarieux a través de Samazelle. Samazelle no puede aceptar que lo impongan.

-No parecía molestarle tanto -dije. Me encogí de hombros-. No pierdes nada con intentarlo.

Al día siguiente Roberto vio a Mauvanes; Mauvanes se interesó pero evidentemente no prometió nada. Roberto vio a otras personas que no se interesaron en absoluto. Yo estaba muy inquieta, el recuerdo me pesaba; no hablé con Roberto aunque en lo posible evito ser una de esas mujeres que por compartir las preocupaciones de un hombre las aumentan, pero pensaba todo el tiempo. "Roberto- no debió haber hecho eso", me decía. Y también me dije: "Antes no lo hubiera hecho"' Extraño pensamiento: ¿qué significado tenía? Decía que sus responsabilidades le parecían más limitadas y más pesadas que antes porque ya no podía contar con el porvenir: entonces tenía más prisa por llegar y eso lo hacía menos escrupuloso. No me gustaba esa idea. Cuando uno vive tan cerca de alguien como yo de Roberto, juzgarlo ya es traicionarlo.

Nadine y Lambert volvieron pocos días después; ese regreso me sirvió de feliz diversión; estaban tostados, alegres, e incómodos como recién casados.

-Nadine será una repórter de primera -decía Lambert-. Para pasar por todos lados y hacer hablar a todo el mundo es terrible.

-Es divertido a veces ese oficio -concedía Nadine orgullosa.

Pero su mayor orgullo era que en el curso del viaje había descubierto a treinta kilómetros de París la casa de campo con la cual yo soñaba inútilmente desde hacía varias semanas, En seguida me gustó la fachada amarilla de postigos azules, el pasto inculto, el pequeño pabellón, las rosas salvajes, A Roberto también lo sedujo y firmamos el contrato. El interior estaba derruido, los senderos invadidos por ortigas; pero Nadine declaró que se encargaba de arreglarlo todo; de pronto se desinteresaba de su puesto de secretaria, lo abandonaba por un tiempo más a su reemplazante y se iba a instalar con Lambert en el pabellón; compartían su tiempo entre el libro que estaban redactando, la jardinería y la pintura mural. Con su tez bronceada, sus manos cansadas por el manubrio de la moto, su pelo sistemáticamente despeinado por Nadine, Lambert parecía menos dandy que antes: no tenía el menor aspecto de un trabajador manual, pero no tuve más remedio que confiar en ellos.

Nadine venía de tanto en tanto a París, pero sólo la víspera de nuestra partida para Auvergne nos permitió ir a Saint-Martin. Por teléfono nos invitó pomposamente a comer:

-Dile a papá que habrá una mayonesa, es la especialidad de Lambert.

Pero Roberto declinó la invitación:

-Cuando Lambert me ve se cree siempre obligado a atacarme; estoy obligado a contestarle, cosa que fastidia a todo el mundo y a mí más que a nadie -dijo con pesar.

La verdad es que en su presencia Lambert era siempre agresivo; eran muy pocas las personas que no se creían obligadas a inventarse una actitud frente a Roberto. "En el fondo cómo está de solo", pensé. Nunca le hablaban a él sino a un personaje rígido, lejano, sin verdad, que lo único que tenía de común con él era el nombre. Él que antes había adorado codearse anónimamente con la muchedumbre, no podía impedir que su nombre le creara un precipicio infranqueable: todos se lo recordaban implacablemente; y el hombre de carne y hueso que era en verdad Roberto, con sus risas, sus ternuras, sus rabias, sus insomnios, no interesaba a nadie. En el momento de ir a tomar el ómnibus insistí, sin embargo, para que viniera conmigo.

-Te aseguro que sería una comida desagradable -dijo-. l Te advierto que no siento ninguna antipatía por Lambert.

-Con Nadine tiene mucho mérito -dije-. Es la primera vez que ella acepta trabajar en colaboración con alguien.

Roberto sonrió:

-¡Ella, que desprecia tanto la literatura, como estaba de orgullosa al ver su nombre en letras de molde!

-Mejor -dije-. La alienta a continuar. Es exactamente el género de trabajo que necesita.

La mano de Roberto descansó sobre mi hombro:

-¿Estás un poco más tranquila por la suerte de tu hija?

-Sí.

-Entonces, ¿qué esperas para escribirle a Romieux? - dijo Roberto con vehemencia-. Ya no tienes el menor motivo para vacilar.

-De aquí a enero pueden ocurrir muchas cosas -dije precipitadamente. Romieux reclamaba a gritos esa respuesta, pero me desesperaba decir definitivamente sí o no.

-Escucha, ves muy bien que Nadine se las arregla perfectamente sin ti -dijo Roberto-. Por otra parte, me lo has dicho a menudo, nada puede hacerle tanto bien como prescindir de nosotros.

-Es verdad -dije con desgano.

Roberto me miró con perplejidad.

-En fin, tienes ganas de hacer ese viaje, ¿no?

-Por supuesto -dije. Y en seguida sentí que el pánico se apoderaba de mí-. Pero no tengo ganas de dejar París. No tengo ganas de dejarte.

-Qué tonta eres, mi tontita -dijo tiernamente-. Cuando me dejas vuelves a encontrar todo igual. Y hasta me has confesado que no me extrañas -dijo riendo.

-Antes -dije-. Pero ahora, con todas estas preocupaciones que pesan sobre tus hombros, me angustio.

Roberto me miró con aire serio:

--Te angustias demasiado; ayer a causa de Nadine, hoy a causa de mí. Ya se convierte en una manía, ¿no?

-Quizá -dije.

-¡Sin duda! Tú también estás viviendo tu neurosis de paz. No eras así antes.

La sonrisa de Roberto era tierna; pero la idea que mi ausencia pudiera mortificarlo le parecía el invento de un cerebro enfermo. Se las arreglaría muy bien sin mí durante tres meses, al menos durante tres meses. Esa soledad, a la cual lo condenaban su nombre, su edad y la actitud de la gente, yo sólo podía compartirla, no suprimirla: no le pesaría ni más ni menos si yo no la compartía.

-¡Echa a rodar todos esos escrúpulos! -dijo Roberto-. Escribe en seguida esa carta o de lo contrario se te va a escapar el viaje.

-La escribiré al volver de Saint-Martin si todo anda verdaderamente bien -dije.

-Aun si no anda bien -dijo Roberto con voz imperiosa.

-Ya veremos -vacilé-. ¿En qué estás con Mauvanes?

-Ya te lo he dicho: se va de vacaciones; me dará su respuesta definitiva en octubre. Pero prácticamente me ofreció los billetes. -Roberto sonrió.- Él también quiere cuidar su izquierda.

-¿Prometió de veras?

-Sí. Y cuando Mauvanes promete, cumple.

-Me quitas un peso de encima -dije.

Mauvanes no era un falluto; me sentía verdaderamente tranquilizada. Pregunté:

-¿Piensas hablarle a Enrique?

-¿Para qué? ¿Qué puede hacer? Yo lo he metido en este barro, yo tengo que sacarlo -Roberto se encogió de hombros-. Y además corremos el riesgo de que se tome una rabieta y mande todo a paseo. No, le hablaré cuando tenga el dinero.

-De acuerdo -dije. Me puse de pie.

Roberto también se levantó y me sonrió:

-No te angusties más y diviértete.

-Haré lo posible.

Sin duda Roberto tenía razón; había empezado con la Liberación esa ansiedad que no sabía muy bien en qué fijarse; como a tantos otros me costaba readaptarme. La comida de aquella noche no me enseñaría nada nuevo. No era a causa de Nadine ni a causa de Roberto que yo vacilaba en contestarle a Romieux; mi angustia sólo me concernía a mí. A lo largo del trayecto en autocar me preguntaba si terminaría o no por resolverme. Empujé la verja del jardín. La mesa estaba tendida debajo del tilo y de la cocina llegaban gritos; entré directamente a la cocina. Nadine estaba de pie junto a Lambert que, con una servilleta anudada alrededor del cuello, batía furiosamente una salsa liquida.

-Llegas en pleno drama -me dijo alegremente-. Se cortó la mayonesa.

-Buenos días -dijo Lambert con aire sombrío-. Sí, se cortó la mayonesa; a mí, que no se me corta nunca.

-Te digo que se puede arreglar, continúa -dijo Nadine.

-Pero no, está perdida.

-La bates demasiado fuerte.

-Te digo que está perdida -repitió Lambert furioso.

-Ah, les voy a mostrar cómo se arregla una mayonesa -dije.

Tiré a la basura la salsa cortada y le tendí a Lambert otros dos huevos:

-Arréglese.

Nadine sonrió.

-Tienes a veces buenas ideas -dijo con tono imparcial; me tomó del brazo-: ¿Cómo está papá?

-Necesita un descanso.

-Cuando vengan de recorrer Francia la casa estará lista -dijo Nadine-. Ven a ver qué bien trabajé.

Abarrotado de bancos y de tarros de pintura, el futuro living-room tenía todavía la tristeza de las obras; pero las paredes de mi cuarto estaban pintadas de un rosa ceniciento, las de Roberto de ocre pálido; era un buen trabajo.

-Es maravilloso. ¿Quién ha hecho esto, él o tú?

-Los dos; yo doy las órdenes, él ejecuta. Trabaja fuerte y es muy obediente -dijo con aire feliz.

Reí:

-Eso te conviene.

Nadine necesitaba mandar, para cobrar seguridad: ocupada en hacerse obedecer, cesaba de interrogar. Hacía tiempo que no la había visto tan contenta. Le divertía jugar a la dueña de casa. Entre las ensaladeras y los platos de carne fría, Lambert colocó un gran bol de mayonesa untuosa y dura y vaciamos bajo los ojos de Nadine una botella de vino blanco. Me contaban con entusiasmo sus proyectos:

primero Bélgica, Holanda, Dinamarca, todos los países ocupados; y luego el resto de Europa.

-Pensar que yo estaba decidido a plantar el reportaje -dijo Lambert-. Sin Nadine, seguramente lo hubiera plantado. Además, ella es mucho más capaz que yo, pronto no aceptará más que la acompañe.

-Por eso no quieres dejarme manejar tu miserable moto-gimió-. Sin embargo, no es tan difícil.

-No es difícil romperte la crisma, especie de loca.

Él le sonreía desde el fondo del alma; la veía dotada de un prestigio que a mí se me escapaba por completo. Yo nunca podría conocerla sino bajo un aspecto: mi hija. Para mí tenía únicamente dos dimensiones, era chata. Lambert descorchó una segunda botella de vino blanco; no sabía beber; ya sus ojos brillaban, tenía los pómulos rojos, un poco de sudor asomaba a su frente.

-No bebas demasiado -dijo Nadine.

-Ah, no juegues a la madre de familia. ¿Sabes lo que pasa cuando juegas a la madre de familia?

El rostro de Nadine se endureció:

-No digas tonterías.

Lambert se arrancó el saco:

-Tengo demasiado calor.

-Te vas a enfriar.

-Nunca me enfrío -se volvió hacia mí-. Nadine no quiere creerlo; no soy un fortachón, pero soy resistente. Estoy seguro que en muchos casos soy más aguantador que un monitor de Joinville.

-Ya veremos cuando atravesemos el Sahara en moto -dijo Nadine alegremente.

-Lo atravesaremos -dijo Lambert-. Una moto pasa por todos lados -me miró-: ¿Usted cree que se puede hacer?

-No tengo ni idea -dije.

-En todo caso lo intentaremos -dijo con decisión-. Hay que tratar de hacer las cosas. Ser un intelectual no es una razón para vivir en pantuflas.

-Prometido -dijo Nadine riendo-. Atravesaremos el Sahara y las mesetas del Tibet e iremos a explorar las junglas del Amazonas -detuvo la mano que Lambert tendía hacia la botella-. No, ya has bebido demasiado.

-No es cierto -se levantó y dio dos pasos-. ¿Acaso tambaleo? Una maravilla de equilibrio.

-Trata de hacer malabarismo -dijo Nadine.

-El malabarismo es una de mis especialidades -dijo Lambert. Tomó tres naranjas, las lanzó al aire, se le cayó una y él se extendió cuan largo era sobre el césped. Nadine se echó a reír con su gruesa carcajada brutal.

-¡Qué imbécil! -dijo tiernamente. Secó con su delantal la frente empapada de Lambert, que la dejaba hacer con aire feliz-. Es verdad que tiene talentos de sociedad -dijo-. ¡Canta canciones tan divertidas! ¿Quieres que cante una?

-Voy a cantarle "Corazón de chancho" -dijo Lambert con decisión.

Nadine reía a carcajadas mientras él cantaba; yo encontraba que había en la alegría de Lambert una desgracia casi patética; parecía tratar, con torpes sobresaltos, de salir de su pellejo, pero éste se le pegaba al cuerpo. Sus muecas, su voz jocosa, el sudor que chorreaba por sus mejillas, la fiebre inquieta de sus ojos me ponían incómoda. Me alegré cuando cayó a los pies de Nadine, que le acarició la cabeza con aire posesivo y dichoso.

-Eres- un buen chico -decía-o Ahora cálmate, descansa.

A ella le gustaba jugar a la enfermera y a él le gustaba hacerse mimar. Tenían muchas cosas en común: el pasado, la juventud, el rencor por las ideas y las palabras, sus sueños de aventuras, sus ambiciones inciertas. Quizá sabrían darse mutuamente confianza, inventarse empresas, éxitos, una dicha. Diecinueve años, veinticinco años: ¡qué porvenir joven tenían! Ellos no eran sobrevivientes. ..¿Y yo?", pensé. ¿Estoy verdaderamente enterrada viva en el pasado? No, contesté con

pasión, no. Nadine, Roberto, podían vivir sin mí; ellos no habían sido sino pretextos, yo era víctima de mi propia cobardía y de pronto me daba vergüenza. Un avión que me lleva, una ciudad gigante y durante tres meses ninguna otra consigna que instruirme y divertirme: ¡tanta libertad, tanta novedad, cómo las deseaba! Era sin duda una loca esperanza la de ir a perderme en el mundo de los vivos, yo que me había hecho un nido bajo los mirtos: ¡paciencia! Dejé de defenderme contra esa alegría que subía en mí. Sí: esta misma noche contestaría sí. Sobrevivir, después de todo, es sin cesar volver a vivir. Esperaba saberlo todavía.

CAPÍTULO V

Enrique se revolvió sobre su catre; el viento soplaba a través de las paredes de piedras; a pesar de su manta y de sus tricotas tenía demasiado frío para dormirse; sólo su cabeza estaba caliente y le zumbaba como si tuviera fiebre: quizá la tenía; una liebre agradable a base de sol, de cansancio y de vino tinto. ¿Dónde estaba exactamente? En todo caso en un lugar donde nadie tenía ninguna razón de estar: era muy sedante. Ni nostalgias, ni preguntas: ese insomnio era casi tan sereno como un sueño sin sueños. Había renunciado a muchas cosas, ya no escribía, no se divertía todos los días, pero lo que había ganado, en cambio, es que tenía su conciencia tranquila y eso era enorme. Lejos de la tierra y de sus problemas, lejos del frío, del viento, de su cuerpo cansado, flotaba en un baño de inocencia. Levantó los párpados un instante; viendo la mesa oscura, la vela y ese hombre que escribía, pensó con satisfacción: "¡Es que estoy en la Edad Media!" y la noche volvió a cerrarse sobre esa alegre iluminación.

-¿No he soñado? ¿Anoche estuvo escribiendo?

-Trabajé un poco -dijo Dubreuilh.

-Lo tomé por el doctor Fausto.

Envueltos en sus mantas, agitadas por el viento, estaban sentados en el umbral del refugio; el sol se había levantado mientras dormían y el cielo estaba perfectamente celeste, pero bajo sus pies se extendía una carretera de nubes; por momentos el viento la desgarraba y se veía un pedazo de pradera.

-Todos los días trabaja -dijo Ana-. El decorado le importa poco; puede ser en un establo, bajo la lluvia, en una plaza pública, pero necesita escribir cuatro horas, después hace lo que uno quiere.

-¿Y qué es lo que uno quiere por el momento? -dijo Dubreuilh.

-Creo que sería acertado bajar; como panorama no se puede pedir nada mejor.

Corrieron a través de los matorrales hasta la aldea negruzca donde algunas viejas, sentadas en el umbral de las puertas, una almohadilla erizada de alfileres sobré las rodillas, agitaban ya sus husos; bebieron un brebaje oscuro en el modesto almacén donde habían dejado sus bicicletas, las recobraron y se instalaron en sus asientos; eran viejas máquinas cansadas por la guerra, que no tenían un aspecto muy brillante; la pintura estaba saltada, los guardabarros abollados, y los neumáticos hinchados por extrañas hernias; la de Enrique se movía tan dificultosamente que él se preguntó si podría aguantar hasta la noche; vio con alivio a los Dubreuilh detenerse a orillas de un arroyo que resultó ser el Loira; el agua estaba demasiado helada para bañarse, pero se mojó de pies a cabeza, y cuando tuvo que volver a andar en su bicicleta advirtió que después de todo las ruedas giraban: en verdad lo más herrumbrado era su cuerpo; volver a ponerlo en buen estado requería un verdadero trabajo; pero pasados los primeros dolores Enrique se sintió feliz de haber recuperado un instrumento tan bueno; había olvidado lo eficaz que puede ser un cuerpo; la cadena y las ruedas multiplicaban su esfuerzo, pero en fin, en toda esa mecánica, el único motor estaba formado por sus músculos, su

respiración, su corazón: y la máquina devoraba una honesta ración de kilómetros, escalaba valientemente las gargantas.

-¡Parece que pica! -dijo Ana. Despeinada, tostada, los brazos desnudos, parecía mucho más joven que en París; Dubreuilh también estaba quemado y flaco; con su short, sus piernas musculosas, las arrugas de su rostro marcado, parecía un discípulo de Gandhi.

-¡Me siento mejor que ayer! -dijo Enrique.

Dubreuilh disminuyó la marcha y se puso a pedalear al lado de Enrique.

-Hay que confesar que ayer no era un campeón -dijo alegremente-. No nos ha contado nada todavía. ¿Qué pasó en París después de nuestra partida?

-Nada especial; hacía calor -dijo Enrique-. ¡Dios mío, qué calor hacía!

-¿Y en el diario? ¿No vio a Trarieux?

Había en la voz de Dubreuilh una curiosidad tan ávida que se parecía a la inquietud.

-No. A Lucas se le ha metido en la cabeza que si aguantamos dos o tres meses salimos del paso solos.

-Vale la pena intentarlo; pero tiene que tratar de no endeudarse más.

-Ya sé, ya no pedimos más dinero. Lucas piensa forzar la publicidad.

-Confieso que no creía que el tiraje de L'Espoir bajaría tanto -dijo Dubreuilh.

-Y bueno -dijo Enrique sonriendo-, si hay que terminar por aceptar los capitales de Trarieux no me voy a morir por eso. No será pagar demasiado caro el éxito del S. R. L.

-La verdad es que en la medida en que ha triunfado es gracias a usted -dijo Dubreuilh.

Su voz era todavía más reticente que sus palabras; no estaba satisfecho con el S. R. L.: era demasiado ambicioso; no se podía hacer salir del fondo de la tierra, del día a la mañana, un movimiento tan importante como el antiguo P. S. Enrique, por el contrario, se había sentido felizmente sorprendido por el éxito del mitin; no prueba gran cosa un mitin: no impide que no olvidaría tan rápido esos cinco mil rostros alzados hacia él. Le sonrió a Ana:

-Tiene su encanto la bicicleta. En cierto sentido es casi mejor que el auto.

Iban menos ligero; pero el olor de hierbas, de brezos, de pino, la dulzura o el fresco del viento penetraban hasta los huesos; y el paisaje era mucho más que un decorado: se le conquistaba palmo a palmo, a la fuerza; en el cansancio de las subidas, en la alegría de las bajadas, uno sentía todos sus accidentes, se le vivía en vez de mirarlo como a un espectáculo. Y lo que Enrique descubrió con satisfacción aquel primer día es que esa vida bastaba para llenarlo: ¡qué silencio en su cabeza! Las montañas, las praderas, los bosques se encargaban de existir en su lugar. "Qué raro -se decía-, una paz que no se confunde con el sueño."

-Ha elegido bien su itinerario -le dijo a Ana-. Es un paisaje precioso.

-Mañana también será lindo; ¿quiere ver sobre el mapa la etapa de mañana?

En la hostería donde acababan de comer, bebían un alcohol blanco de gusto asesino; Dubreuilh ya había instalado sus útiles en la punta de una mesa cubierta de hule.

-Muéstreme -dijo Enrique. Siguió dócilmente con la vista la punta del lápiz a lo largo de las líneas rojas, amarillas y blancas.

-¿Cómo puede elegir entre todas esas pequeñas rutas?

-Eso es lo divertido.

Lo que era divertido, pensaba Enrique al día siguiente, era ver hasta qué punto el porvenir se calcaba exactamente sobre sus proyectos: cada curva, cada subida, cada bajada, cada aldea estaban en el lugar previsto, ¡qué seguridad! Daba la impresión de que uno mismo segregaba su historia; y sin embargo, la metamorfosis de los signos impresos en verdaderas rutas, en verdaderas casas, daba lo que ninguna creación da: la realidad. Esa cascada estaba anunciada sobre el mapa con una marquita azul: no parecía menos sorprendente encontrar en el fondo de una garganta atormentada esa enorme catarata espumosa.

-Qué satisfactorio es mirar -dijo Enrique.

-Sí, lo malo es que uno no termina nunca -dijo Dubreuilh, con pesar-; da a la vez todo y nada, un golpe de vista.

No miraba todo, pero cuando un objeto lo fascinaba no terminaba de mirarlo; Enrique y Ana tuvieron que bajar detrás de él de roca en roca al pie del acantilado líquido; avanzó descalzo en el lecho hirviente hasta que el agua alcanzaba su short; cuando volvió a sentarse al borde de la plataforma dijo con autoridad:

-Es la más linda cascada que hayamos visto jamás.

-Siempre prefieres lo que estás viendo en ese momento -dijo Ana riendo.

-Es toda negra y blanca -dijo Dubreuilh-, eso es lo lindo; he buscado colores: ni un rastro de color; y por primera vez he visto con mis propios ojos que lo negro y lo blanco son exactamente la misma cosa. Debería entrar al agua e ir hasta esa gran piedra -le dijo a Enrique-; uno se da muy bien cuenta: la negrura del blanco, la blancura del negro, uno las ve.

-Creo en su palabra -dijo Enrique.

Un paseo al borde del Sena se volvía en boca de Dubreuilh tan aventurado como una expedición al Polo Norte; Enrique y Ana se habían reído de eso muy a menudo: es que no establecía ninguna diferencia entre percibir y descubrir; ningún ojo antes que él había contemplado una cascada, nadie sabía lo que es el agua, el negro, el blanco; librado a sí mismo, Enrique sin duda no hubiera observado todos los detalles de esos juegos de vapor y de espuma, esas metamorfosis, esas evanescencias, que Dubreuilh escrutaba como si hubiera querido conocer el destino de cada gota. "Uno puede irritarse contra él -pensaba Enrique mirándolo con afecto-, pero uno no puede prescindir de él." A su lado todo parecía importante, vivir parecía un gran privilegio y se vivía el doble. Ese paseo a través del campo francés, él lo transformaba en un viaje de exploración.

-Usted asombraría a los lectores -dijo Enrique sonriéndole a Dubreuilh, que contemplaba con aire absorto los últimos destellos de una puesta de sol.

-¿Y por qué? -dijo Dubreuilh con esa voz escandalizada que ponía cuando hablaban de él.

-Al leer sus libros uno piensa que solamente le interesan las personas, pero que la naturaleza no cuenta para usted.

-La gente vive en la naturaleza, ¿no?

Para Dubreuilh, un paisaje, una piedra, un color, era una cierta verdad humana; nunca las cosas lo conmovían a través de recuerdos, de sueños, de complacencias, ni por emociones que hubieran despertado en él, sino por el sentido que descifraba en ellas. Por supuesto, se detenía de mejor gana ante un grupo de segadores que ante una pradera desnuda; y cuando atravesaba una aldea su curiosidad se volvía insaciable; hubiera querido saberlo todo: lo que comían esos campesinos, cómo votaban, el detalle de sus trabajos, el color de sus pensamientos; para entrar en las granjas todos los pretextos le resultaban buenos: comprar huevos, pedir un vaso de agua, y en cuanto podía entablaba largas conversaciones.

Por la noche del quinto día, Ana pinchó en mitad de una bajada; después de caminar durante una hora encontraron una casa aislada habitada por tres mujeres jóvenes y sin dientes; cada una llevaba en brazos un bebé más o menos gordo, muy sucio; Dubreuilh se instaló en medio del patio tapizado de abono para arreglar la cámara y mientras pegaba los parches miraba a su alrededor ávidamente:

-Tres mujeres y ni un hombre; es raro ¿no?

-Los hombres están trabajando el campo -dijo Ana.

-¿A esta hora? - Metió en la pileta la goma hinchada y rojiza y las bolas de aire subieron a la superficie del agua,- Otro pinchazo -dijo-, Dime, ¿no crees que nos dejarían dormir en su granja?

-Voy a preguntarles.

Ana desapareció en el interior de la casa y volvió casi enseguida: -Les escandaliza que pensemos dormir sobre el heno, pero no tienen nada en contra; eso si, quieren a toda costa que bebamos primero algo caliente.

-Me gusta dormir aquí -dijo Enrique-, Porque como lejos de todo estamos lejos de todo.

A la luz de una lámpara humeante tomaron café de cebada tratando de conversar. Las mujeres estaban casadas con tres hermanos que poseían en común esa chacrita; hacía diez días que sus hombres habían bajado a Basse-Ardèche, donde se habían conchabado para recoger la lavanda, y ellas pasaban largos días silenciosos alimentando a las bestias y a los chicos; sabían más o menos sonreír, pero casi habían olvidado hablar. Aquí crecían castaños y las noches eran frescas, allí crecía la lavanda y para ganar algunos francos costaba mucho sudor; era más o menos todo cuanto sabían del mundo. Sí, estaban muy lejos de todo, tan lejos que hundiéndose en el heno, aturdido por todos esos olores y por todo ese sol almacenado en el pasto seco, Enrique soñaba que ya no existían ni rutas, ni ciudades: no había regreso.

Había una ruta que serpenteaba a través de los castaños y que bajaba hacia la llanura en senderos empinados; entraron alegremente al pueblito cuyos plátanos anunciaban ya el calor y las partidas de bochas del Mediodía; Ana y Enrique se sentaron en la terraza desierta del café más grande y pidieron algo de comer, mientras Dubreuilh iba a comprar los diarios; lo vieron cruzar algunas palabras con el diarero y atravesó la explanada a pasos lentos, mientras leía. Dejó el diario sobre la mesita y Enrique vio el título enorme: "Los americanos lanzan una bomba atómica sobre Hiroshima." Leyeron el artículo en silencio y Ana dijo con voz desesperada:

-¿Cien mil muertos? ¿Por qué?

Evidentemente, el Japón iba a capitular, era el final de la guerra, Le Petit Cévenol y L'Echó de l'Ardèche exultaban; pero ellos tres juntos no sentían sino una sola cosa: el horror.

-¿No hubieran podido primero amenazar, intimidar? - decía Ana-, hacer una demostración en un lugar desierto, qué ,sé yo. ..¿Estaban verdaderamente obligados alanzar esa bomba?

-Por supuesto que primero debieron tratar de presionar al gobierno -dijo Dubreuilh. Se encogió de hombros-. Sobre una ciudad alemana, sobre blancos, me pregunto si se hubieran atrevido, ¡pero sobre los amarillos! ¡Odian a los amarillos!

-Toda una ciudad volatilizada, debería molestarlos, de todos modos -dijo Enrique.

-Pienso que hay otra razón -dijo Dubreuilh-. Están encantados de mostrarle al mundo entero de lo que son capaces: así pueden manejar su política sin que nadie se atreva a intervenir.

-¡Y han matado a cien mil personas para eso! -dijo Ana.

Se habían quedado atontados ante su café con leche, la mirada fija sobre las atroces palabras, diciendo el uno después del otro y todos juntos las mismas frases inútiles:

-¡Dios mío! ¡Si los alemanes hubieran conseguido fabricar esa bomba! ¡De buena nos salvamos! -dijo Ana.

-Tampoco me gusta mucho saberla en manos de los americanos -dijo Dubreuilh.

-Aquí dicen que se podría hacer saltar toda la tierra -dijo Ana.

-Lo que Larguet me había explicado -dijo Enrique- es que la energía atómica, si un lamentable accidente la liberaba, no haría saltar la tierra sino que la privaría de su atmósfera: la tierra se convertiría en una especie de luna.

-No es mucho más alegre -dijo Ana.

No, no era alegre. Pero cuando volvieron a pedalear sobre una ruta asoleada las horribles palabras se vaciaron de todo sentido: una ciudad de cuatrocientas mil almas volatilizada, la naturaleza desintegrada: ya no despertaba ningún eco. Ese día estaba bien ordenado -azul en el cielo, verde en las hojas, amarillo en la tierra sedienta- y las horas se deslizaban una tras otra desde la madrugada fresca hasta el horno del mediodía; la tierra giraba alrededor del sol que le estaba asignado,

indiferente a su carga de viajeros sin destino: ¿cómo creer, bajo ese sol tranquilo como la eternidad,- que hoy algunos poseían el poder de transformarla en una vieja luna? Sin duda, al pasear durante días enteros por la naturaleza se advertía que era un poco loca; había extravagancia en las pompas caprichosas de las nubes, en las rebeldías y los combates petrificados de las montañas, en la mezcolanza de insectos y el pulular frenético de los vegetales; pero era una locura dulce y estereotipada. Extraño pensar que al atravesar el cerebro humano se organizaba en delirio homicida.

-¡Y todavía tiene el valor de escribir! -dijo Enrique cuando sentados al borde de un río vio a Dubreuilh que sacaba sus papeles de la mochila.

-Es un monstruo -dijo Ana-. Trabajaría en medio de las ruinas de Hiroshima.

-¿Por qué no? -dijo Dubreuilh-. Siempre ha habido ruinas en alguna parte.

Tomó su estilográfica y permaneció un momento con la mirada perdida en el vacío; sin duda no era fácil escribir entre esas ruinas tan frescas; en vez de inclinarse sobre el papel dijo bruscamente:

-¡Ah, si al menos no nos hicieran imposible el ser comunistas!

-¿Quiénes? -dijo Ana.

-Los comunistas. Se dan cuenta: esa bomba ¡qué formidable medio de presión! No creo que los americanos vayan mañana a tirar una sobre Moscú, pero, en fin, tienen la posibilidad de hacerlo y no la dejarán olvidar. Es el momento en que habría que apretarse codo con codo y en lugar de eso estamos repitiendo todos los errores de la preguerra.

-Usted dice: nosotros -dijo Enrique-. Pero no somos nosotros los que hemos empezado.

-Sí, tenemos la conciencia tranquila. ¿Y qué hay con eso?-dijo Dubreuilh-. ¡Nos sirve de mucho! Si la división se produce seremos tan responsables como los comunistas: aun más, porque son los más fuertes.

-No sigo su idea -dijo Enrique.

-Son odiosos, de acuerdo; pero en lo que nos concierne no hay ninguna diferencia; desde el momento en que nos convierten en sus enemigos, seremos sus enemigos; inútil decirlo: es culpa de ellos; culpa o no, seremos los enemigos del único gran partido proletario de Francia; no es ciertamente lo que deseamos.

-¿Entonces hay que ceder al chantaje?

-Nunca he admirado ala gente que se destruye para no ceder -dijo Dubreuilh-. Chantaje o no hay que mantener la unión.

-La única unión que ellos encaran sinceramente es la disolución del S. R. L. y la adhesión de todos sus miembros al P. C.

-Puede que lleguemos a eso.

-¿Usted podría afiliarse al P. C.? -preguntó Enrique con sorpresa-. ¡Hay tantas cosas que lo separan de los comunistas!

-Uno se las arregla -dijo Dubreuilh-. En caso de necesidad sabré callarme.

Tomó sus papeles y se puso a trazar palabras. Enrique desparramó sobre el pasto los libros que había sacado de su mochila; desde que ya no escribía había leído un montón de libros que lo habían hecho pasear alrededor del mundo; estos días descubría las Indias y la China: no era muy alegre. Muchas cosas parecían fútiles cuando uno pensaba en esos cientos de miles de hambrientos. Tal vez sus reticencias respecto al P. C. también eran fútiles. Lo que más les reprochaba era que trataran a la gente como cosas: si uno no confía en su libertad, en su juicio, en su buena voluntad, no vale la pena ocuparse de sus semejantes; y uno se ocupa mal. Pero es un agravio que sólo tiene sentido en Francia, en Europa, donde la gente ha alcanzado un cierto nivel de vida, un mínimo de autonomía y de lucidez; cuando se trata de muchedumbres embrutecidas de miseria y de superstición, ¿qué quiere decir tratarlas como hombres? Hay que darles de comer, eso es todo. La hegemonía americana: es la subalimentación, la opresión a perpetuidad para todos los países de Oriente; no tienen más salida que la U.R.S.S.: la única salida para una humanidad liberada de la necesidad, de la esclavitud y de la tontería, es la

U.R.S.S.; entonces hay que hacer todo para ayudarla. Cuando millones de hombres son sólo animales enloquecidos de necesidades, la humanidad es irrisoria y el individualismo una porquería. ¿Cómo atreverse a reclamar para sí esos derechos superiores: juzgar, decidir, discutir libremente? Enrique arrancó una brizna de pasto y la mascó lentamente. Puesto que de todas maneras no se puede vivir a su gusto, ¿por qué no renunciar del todo? Perderse en el seno de un gran partido, confundir su voluntad con una enorme voluntad colectiva: ¡qué paz, qué fuerza! En cuanto uno abre la boca habla en nombre de toda la tierra, el porvenir se convierte en nuestra obra personal: vale la pena aguantar muchas cosas. Enrique arrancó otra brizna de pasto. "No impide que día a día yo aguantaría muy mal -se dijo-. Es imposible pensar lo que uno no piensa, querer lo que uno no quiere; para hacer un buen militante hay que tener la fe del carbonero, yo no la tengo. Y además ese no es el problema -se dijo exasperado. Decididamente era un idealista-. ¿De qué serviría mi adhesión? He aquí el único problema concreto. Evidentemente no aportaría un solo grano de arroz a un hindú."

Dubreuilh ya no se interrogaba: escribía. Siguió escribiendo todos los días. En ese dominio nada podía perturbarlo. Una tarde, mientras almorzaban en un villorrio al pie del Aigoual, una tormenta estalló tan brutalmente que las bicicletas fueron derrumbadas, dos mochilas arrastradas y el manuscrito de Dubreuilh partió ala deriva sobre un torrente de barro; cuando lo pescó, las palabras se extendían en largos regueros negros sobre las hojas empapadas de un agua amarillenta. Puso a secar sus papeles tranquilamente, recopió los pasajes más estropeados y uno tenía la impresión de que en caso de necesidad se dedicaría a rehacer su libro de punta a cabo con la misma indiferencia. Sin duda alguna hacía bien en empecinarse puesto que se encontraba razones para ello, y a veces, al mirar su mano deslizarse sobre el papel, Enrique sentía una especie de nostalgia en su propia muñeca.

-¿No puedo leer algunas páginas de su manuscrito? ¿En qué está exactamente? -preguntó Enrique aquella tarde en que sentado a la sombra de un café en Valencia esperaban que el calor cediera.

-Escribo un capítulo sobre la idea de cultura -dijo Dubreuilh-; ¿qué quiere decir ese hecho de que el hombre no pare de hablar de sí mismo? ¿Y por qué ciertos hombres deciden hablar de otros? En otros términos, ¿qué es un intelectual? ¿Esta decisión no hace de ellos una especie aparte? ¿Y en qué medida la humanidad puede reconocerse en la imagen que se da de sí misma?

-¿Y cuál es su conclusión? -dijo Enrique-. ¿Qué la literatura conserva un sentido?

-Por supuesto.

-¡Escribir para demostrar que uno tiene razón! -dijo Enrique riendo-. Es maravilloso.

Dubreuilh lo miró con curiosidad:

-Vamos, usted volverá a empezar uno de estos días.

-No hoy en todo caso -dijo Enrique.

-Hoy o mañana, qué importancia tiene.

-Tampoco será para mañana.

-¿Pero por qué? -dijo Dubreuilh.

-Usted escribe un ensayo, es distinto; pero escribir una novela en este momento, admita que es descorazonador.

-¡No lo admito! Y nunca he comprendido por qué ha abandonado la suya.

-Es por su culpa -dijo Enrique sonriendo.

-¡Cómo mi culpa! -Dubreuilh se volvió con indignación hacia Ana-. ¿Lo oyes?

-Usted me predicó la acción: y la acción me asqueó de la literatura -Enrique hizo una seña al camarero, que dormitaba de pie contra la caja-. Quisiera otra cerveza. ¿Usted no?

-No, tengo demasiado calor -dijo Ana.

Dubreuilh hizo sí con la cabeza:

-Explíquese -repitió.

-¿Qué cuerno le importa a la gente lo que yo pienso o lo que yo siento? -dijo Enrique-. Mis miserables historias no interesan a nadie; y la gran historia no es un tema de novela.

-Pero todos tenemos nuestras pobres historias que no interesan a nadie -dijo Dubreuilh-; por eso nos encontramos en las del vecino, y si sabe contarlas, finalmente interesa a todo el mundo.

-Eso es lo que yo pensaba al empezar mi libro -dijo Enrique. Tomó un trago de cerveza. No tenía ganas de explicarse. Miró a los dos viejos que jugaban al chaquete en el extremo de la banqueta roja. ¡Qué paz en esa sala de café; otra mentira! Hizo un esfuerzo para hablar. Lo fastidioso -dijo- es que la parte personal de una experiencia, son errores, espejismos. Cuando se ha comprendido eso ya no se tienen más ganas de contarla.

-No veo lo que quiere decir -dijo Dubreuilh.

Enrique vaciló:

-Supongamos que usted ve luces, de noche, al borde del agua. Es lindo. Pero cuando sabe que iluminan suburbios donde la gente revienta de hambre, pierden toda su poesía, no es sino una ilusión óptica. Usted me dirá que se puede hablar de otra cosa; por ejemplo: de esa gente que revienta de hambre. Pero entonces prefiero referirme a ella en mis artículos o en un mitin.

-Yo no le diría eso de ninguna manera -dijo Dubreuilh vivamente-. Esas luces brillan para todo el mundo. Evidentemente, primero es necesario que la gente coma; pero de nada sirve comer si nos suprimen todas las pequeñas cosas que dan placer a la vida. ¿Por qué viajamos? Porque pensamos que los paisajes no son ilusiones ópticas.

-Pongamos que un día todo eso recobrará un sentido -dijo Enrique-. ¡Por el momento hay tantas cosas más importantes!

-Pero eso tiene un sentido hoy -dijo Dubreuilh-. Cuenta en nuestras vidas, entonces tiene que contar en nuestros libros -agregó con brusca irritación-. ¡Parecería que la izquierda está condenada a una literatura de propaganda en la cual cada palabra debe ser edificante!

-Ah, no me gusta ese género de literatura -dijo Enrique.

-Ya lo sé, pero no ensaya otra cosa. ¡Sin embargo, hay de qué ocuparse! -Dubreuilh miró a Enrique con aire apremiante-. Por supuesto, si escribe haciendo maravillas sobre esas lucecitas, olvidando lo que significan, uno es un cochino; pero justamente: encuentre una manera de hablar de ellas que no sea la de los estetas de derecha; haga sentir a la vez lo que tienen de lindo y la miseria de los suburbios. Eso debería proponerse una literatura de izquierda -agregó con voz animada-, hacernos ver las cosas con una nueva perspectiva, reponiéndolas en su lugar verdadero; pero no empobrezcamos el mundo. Las experiencias personales, lo que usted llama espejismos, existen.

-Existen -dijo Enrique sin convicción.

Quizá Dubreuilh tenía razón, quizá había un medio de recuperarlo todo, quizá la literatura conservaba un sentido. Pero por el momento le parecía más urgente a Enrique comprender ese mundo que recrearlo con palabras; prefería sacar de su mochila un libro ya hecho que papel en blanco.

-¿Sabe lo que va a pasar? -dijo Dubreuilh con vehemencia-. Los libros de los tipos de derecha terminarán por valer más que los nuestros, y la juventud se precipitará sobre los Volange.

-¡Oh, Volange nunca tendrá a la juventud con él! -dijo Enrique-. A la juventud no le gustan los vencidos.

-Somos nosotros los que corremos el riesgo de hacer muy pronto el papel de vencidos -dijo Dubreuilh. Miró a Enrique con insistencia-. Me desespera que no escriba más.

-Ya volveré a escribir tal vez -dijo Enrique.

Hacía demasiado calor para discutir. Pero él sabía que no volvería a empezar tan pronto; la ventaja es que por fin tenía tiempo de instruirse; en cuatro meses había llenado muchas lagunas. En cuanto volviera a París, dentro de tres días, iba a trazarse un plan de estudios serio, y quizá dentro de uno o dos años lograra tener por la menos un embrión de cultura política.

"¡Con tal que Paula todavía no haya vuelto!", se decía a la mañana siguiente mientras pedaleaba sin entusiasmo a través de un bosque cuya sombra delgada atenuaba apenas los furores del cielo. Había dejado que Ana y Dubreuilh se le adelantaran; estaba solo cuando entró en el claro; manchas de sol temblaban sobre la hierba, y no comprendió por qué sentía que se le oprimía el corazón. No era a causa del galpón quemado; se parecía a muchas otras ruinas suavemente roídas por la indiferencia y el tiempo; quizá fuera a causa del silencio: ni un pájaro, ni un insecto, sólo se oía el ruido de la granza bajo los neumáticos, un ruido de lujo. Ana y Dubreuilh habían bajado de sus bicicletas y miraban algo. Enrique los alcanzó y vio que eran cruces: cruces blancas, sin nombre, sin flores. El Vercors. Esa palabra color oro quemado, color paja y ceniza, rudo y seco, pero que arrastraba tras él un relente de frescura campesina, ya no era el nombre de una leyenda. El Vercors. Era ese país de montañas de pelambre húmeda y rojiza, de bosques transparentes, donde el sol implacable hacía resaltar las cruces.

Se alejaron en silencio; el camino se hacía tan abrupto que había que caminar empujando las bicicletas. El calor se filtraba a través de la sombra pálida; Enrique sentía correr sobre su rostro el sudor, que chorreaba sobre la frente de Ana y las mejillas bronceadas de Dubreuilh; y sin duda en todos los corazones se agitaban las mismas palabras. Una pradera tan verde para armar su carpa. Era uno de esos lugares inocentes y secretos de los cuales uno pensaba antes: aquí, al menos, la guerra, el odio, no lograrán deslizarse; ahora se sabía que en ninguna parte existía un refugio. Siete cruces.

-¡Aquí está la garganta! -gritó Ana.

A Enrique le gustaban esos momentos en que después de una ascensión ciega la mirada planea sobre un gran pedazo de tierra domesticada con sus campos, sus cercos, sus rutas, sus aldeas; la luz moja la pizarra o patina las tejas rojas. Vio primeramente la barrera de montañas que se apoyaba en el cielo, y luego descubrió la gran meseta que se tostaba desnuda bajo el sol; como en todas las otras mesetas de Francia había granjas, aldeas, villorrios; pero ni tejas ni pizarra, ningún tejado. Paredes; paredes de desigual altura, caprichosamente desgarradas y que no amparaban nada.

-Por más que uno sepa -dijo Ana-. Por más que uno crea saber.

Permanecieron un momento inmóviles; y se pusieron a bajar con prudencia el camino pedregoso que flagelaba duramente la tierra; desde hacía ocho días hablaban de Hiroshima, computaban cifras, cambiaban frases cuyo sentido era atroz y nada se conmovía en ellos; y de pronto bastaba una mirada, el horror estaba ahí y el corazón se crispaba.

Dubreuilh frenó bruscamente:

-¿Qué pasa?

A través de las brumas que temblaban sobre la aldea un clarín sonaba; Enrique se detuvo y vio a sus pies, a lo largo de la ruta principal, camiones militares, tanques, autos, jardineras.

-¡Es la fiesta! -dijo-, No preste atención, pero oí a la gente del hotel hablar de una fiesta en algún lado.

-¡Una fiesta militar! ¿Qué vamos a hacer? -dijo Dubreuilh.

-No podemos volver a subir, ¿no es cierto? -dijo Ana-. Ni detenernos bajo este sol.

-No podemos -dijo Dubreuilh con aire consternado.

Siguieron bajando; a la izquierda de la aldea incendiada había un cantero de cruces blancas florecidas de ramos rojos; los soldados ingleses marchaban a paso

de desfile, sus chechias brillaban. De nuevo la fanfarria cubrió el silencio de las fosas.

-Parece que ya termina, menos mal que tenemos suerte -dijo Enrique.

-Disparemos a la derecha -dijo Dubreuilh.

Los soldados asaltaron los camiones y la muchedumbre se dispersó; hombres, mujeres, niños, viejos, todos estaban vestidos de negro y se cocinaban dentro de sus hermosos trajes de luto; en auto, en jardinera, en bicicleta, en moto, a pie, habían venido de todos los pueblos, de todos los villorrios; eran cinco mil, diez mil quizá, los que se disputaban la sombra de los árboles muertos y de las paredes calcinadas; de cuclillas en las zanjas, semiacostados contra los coches, desenvolvían grandes panes y botellas de vino tinto. Ahora que los muertos habían quedado convenientemente cubiertos de discursos, de flores y de música militar, los vivos comían.

-Me pregunto; ¿dónde vamos a poder instalarnos? -dijo Ana.

Después de la dura etapa de la mañana uno tenía ganas de extenderse al fresco, de tomar agua helada; empujaron melancólicamente sus bicicletas a lo largo de la ruta hormigueante de viudas y de huérfanos; ni un soplo de viento; los camiones que bajaban hacia el valle levantaban un enorme polvo blanco.

-¿Dónde encontrar sombra? ¿Dónde? -dijo Ana.

-Esas mesas están a la sombra -dijo Dubreuilh. Señalaba largas mesas armadas contra un galpón de madera, pero donde todos los lugares parecían ocupados; unas mujeres transportaban grandes tachos con puré que distribuían a la redonda a cucharadas.

-¿Es un banquete o un restaurante? -preguntó Ana.

-Vamos a ver; comería con gusto otra cosa que huevos duros -dijo Dubreuilh. ,

Era un restaurante, y la gente se empujó un poco sobre los bancos para hacerles lugar; Enrique se sentó frente a Dubreuilh, al lado de una mujer con pesados crespones cuyos ojos estaban bordeados de orzuelos rojos. Una boñiga blanca se aplastó contra su plato y con la punta del tenedor un hombre le tiró encima un pedazo de carne sangrienta; los cestos de pan, las botellas de vino circulaban de mano en mano; la gente comía en silencio y esa glotonería etiquetada le recordaba a Enrique los entierros campesinos a los que había asistido en su infancia; pero aquí eran centenares de viudas, de huérfanos, de parientes enlutados que mezclaban al sol sus penas y el olor de su sudor. El viejo sentado junto a Enrique le pasó una botella de vino tinto.

-Déle de beber -dijo, señalando a la mujer de los orzuelos-, es la viuda de los ahorcados de Saint-Denis.

A través de la mesa una mujer preguntó:

-¿Su marido es el que habían colgado de los pies?

-No, ése no era el suyo; el suyo es aquel al que le faltaban los ojos.

Enrique le sirvió un vaso de vino a la viuda; no se atrevía a mirarla y de pronto se sintió bañado en sudor bajo su camisa liviana; se volvió hacia el viejo:

-¿Eran paracaidistas los que quemaron Vassieux?

-Sí; cayeron cuatrocientos; se imagina; no les costó mucho trabajo. En Vassieux es donde hubo más muertos, por eso tienen derecho al gran cementerio.

-El gran cementerio para todo el Vercors -dijo la mujer de enfrente con orgullo-. ¿Usted es el tío de René el grandote? -agregó-; el que encontraron en la gruta con Février, hijo.

-Sí; yo soy el tío -dijo el viejo.

Alrededor de la mesa las lenguas se habían soltado y mientras bebían vino tinto revolvían recuerdos de horror: en San Roque los alemanes habían encerrado a hombres y mujeres en la iglesia, y después de haberle prendido fuego permitieron salir a las mujeres; dos de ellas no habían salido.

-Ya vuelvo -dijo Ana, levantándose bruscamente-. Voy. ..

Dió algunos pasos y cayó cuan larga era contra la pared de la barraca. Dubreuilh se precipitó y Enrique lo siguió. Estaba con los ojos cerrados, blanca, y tenía la frente cubierta de sudor.

-Me siento mal -balbuceó ahogando un hipo en su pañuelo. Al cabo de un instante abrió los ojos-. Ya está pasando, es el vino tinto.

-El vino, el sol, la fatiga -dijo Dubreuilh; la ayudaba a inventarse pretextos, pero sabía con seguridad que era robusta como un percherón.

-Debería recostarse a la sombra y descansar -dijo Enrique-. Vamos a buscar un rincón tranquilo. ¿Puede andar cinco minutos?

-Sí, sí, estoy mejor ahora, discúlpenme.

Desmayarse, llorar, vomitar, las mujeres tienen ese recurso; pero tampoco sirve de nada. Estamos sin recursos frente a los muertos. Subieron a sus bicicletas; el aire quemaba como si la aldea hubiera sido incendiada por segunda vez; bajo cada parva, cada arbusto, había gente tirada; los hombres se habían sacado sus chaquetas ceremoniosas, las mujeres se remangaban, y desabrochaban los vestidos; se oían cantos, risas, gritos cosquillosos. ¿Qué otra cosa podían hacer sino beber, reír, hacerse cosquillas? Desde el momento que estaban vivos tenían que vivir.

Anduvieron cinco kilómetros antes de descubrir contra un tronco de árbol casi seco una sombra descarnada; sobre el suelo, erizado de paja y de guijarros, Ana extendió su impermeable y se acostó recogida sobre sí misma. Dubreuilh sacó de su mochila papeles con olor a barro que parecían mojados en lágrimas. Enrique se sentó junto a ellos y apoyó la cabeza contra la corteza del árbol; no podía ni dormir ni trabajar. De pronto le parecía idiota querer instruirse. Los partidos políticos en Francia, la economía del Don, los petróleos del Irán, los problemas actuales de la U, R. S. S., todo eso ya era el pasado; esa nueva era que se abría no estaba prevista en los libros; ¿y qué peso tenía una sólida cultura política contra la energía atómica? El S. R. L., L'Espoir, obrar, ¡qué broma fúnebre! Los hombres de buena voluntad podían tranquilamente declararse en huelga; los sabios y los técnicos estaban fabricando bombas, anti-bombas, super-bombas: ellos tenían el porvenir entre sus manos. ¡Un dichoso porvenir! Enrique cerró los ojos. Vassieux; Hiroshima. En un año se había adelantado mucho. Vendría la próxima guerra. Y la postguerra sería todavía más perfecta que ésta. A no ser que no haya postguerra. A menos que el vencido se divierta en hacer saltar el globo. Sería muy posible. No se rompería en pedazos, admitamos; seguiría girando sobre sí mismo, helado, desierto: no era mucho más agradable de imaginar. La idea de la muerte ni siquiera había molestado a Enrique; pero de pronto ese silencio lunar lo espantaba: ¡no habría, más hombres! Frente a esa eternidad sordomuda, ¿qué significado tenía alinear palabras, organizar mítines? Bastaba esperar en silencio el cataclismo universal o su pequeña muerte personal. Nada era nada.

Abrió los ojos. La tierra estaba caliente, el cielo brillaba. Ana dormía y Dubreuilh escribía que uno tiene razón de escribir. Dos campesinas enlutadas, con los zapatos blancos de polvo, se apresuraban hacia el pueblo con los brazos cargados de rosas rojas. Enrique las siguió con la mirada. ¿Las mujeres de San Roque florecían las cenizas de sus maridos? Era probable. Se habrían convertido en viudas honorables. ¿O quizá las señalaban con el dedo? ¿Y por dentro cómo se las arreglaban? ¿Habían olvidado un poco, mucho, nada? Un año: es corto, es largo. Los camaradas muertos estaban bien olvidados, olvidado ese porvenir que las jornadas de agosto prometían: felizmente; es malsano aferrarse al pasado; sin embargo, uno no se siente muy orgulloso cuando comprueba que más o menos lo ha renegado. Por eso han inventado ese enjuague: conmemorar; ayer sangre, hoy vino tinto discretamente salado con lágrimas; hay mucha gente que se tranquiliza con eso. A otros debe parecerles odioso. Supongamos que una de esas mujeres haya estado enamorada de su marido: ¿qué podrían decirle las fanfarrias y los discursos? Enrique miró fijamente las montañas rojizas. La veía, de pie ante el ropero, poniéndose sus crespones, las fanfarrias sonaban y ella gritaba: "No puedo,

no quiero." Le contestaban: "Es necesario." Le ponían rosas rojas en los brazos, le suplicaban en nombre de la aldea, en nombre de Francia, en nombre de los muertos. Afuera empezaba la fiesta. Ella se arrancaba los velos. ¿y entonces? La visión se nubló. "Vamos -se dijo Enrique-. He decidido no volver a escribir." Pero no se movió, su mirada continuaba fija. Tenía una necesidad absoluta de decidir lo que iba a ocurrirle a esa mujer.

Enrique volvió a París antes que Paula. Alquiló un cuarto frente al diario, y como L'Espoir vivía lentamente durante ese tórrido verano, se pasaba las horas ante su mesa de escribir. "Es divertido escribir una pieza", se decía. Esa pesada tarde roja de vino, de flores, de calor y de sangre se había convertido en una pieza, su primera pieza. Sí; siempre ha habido razones para no escribir, pero no pesan mucho en cuanto el deseo de escribir vuelve a apoderarse de uno.

Paula aceptó sin protestar la idea de que Enrique en adelante compartiría sus noches entre el estudio rojo y el hotel, pero al día siguiente a la primera noche que no fue a dormir vio bajo sus ojos ojeras tan profundas que tuvo que prometerse no volver a empezar; no importa; de tanto en tanto se encerraba en su cuarto y eso le daba la impresión de haberse liberado un poco. "No hay que pedir demasiado", se decía; bastaba ser modesto para tener un montón de pequeñas satisfacciones.

La situación de L'Espoir, sin embargo, seguía siendo precaria; Enrique tuvo serias inquietudes cuando descubrió un jueves que la caja estaba vacía: Lucas se burló de él; acusaba a Enrique de tener en las cuestiones de dinero una mentalidad de almacenero; quizá fuera verdad; en todo caso estaba resuelto que la cuestión finanzas era el renglón de Lucas, y Enrique le dejaba carta blanca. La verdad es que Lucas encontró la manera de pagar el sábado al personal. "Un adelanto sobre un contrato de publicidad", explicó. No hubo nuevas alertas.

El tiraje de L'Espoir no repuntaba, pero, en fin, milagrosamente, seguía camino. Por otra parte, el S. R. L. no se había convertido en un movimiento de masas, pero ganaba terreno en provincias; y lo más reconfortante era que los comunistas ya no lo atacaban: despuntaba la esperanza de una unión duradera. Por unanimidad, el comité decidió en noviembre sostener a Thorez contra de Gaulle. "Facilita mucho la vida sentirse de acuerdo con sus amigos, sus aliados, consigo mismo", pensaba Enrique mientras conversaba sin mucha coherencia con Samazelle, que había ido a llevarle un artículo sobre la crisis; las rotativas ronroneaban, afuera era una hermosa noche de otoño y en alguna parte Vicente cantaba con voz desentonada y alegre; hasta Samazelle tenía sus lados buenos, después de todo; le predecían un gran éxito a su libro sobre el maquis, del cual Vigilance publicaba algunos extractos, y se sentía tan ingenuamente contento con ese futuro triunfo que su cordialidad parecía casi sincera.

-Voy a hacerle una pregunta indiscreta -dijo Samazelle. Sonrió ampliamente-. Alguien ha dicho que nunca son indiscretas las preguntas sino las respuestas; no está obligado a contestarme. Hay algo que me intriga -agregó- ¿con un tiraje tan limitado, cómo L'Espoir consigue sobrevivir?

-No tenemos fondos secretos -dijo Enrique alegremente-; la explicación es que hacemos mucha más publicidad que antes; los pequeños anuncios, entre otras cosas, son un gran recurso.

-Creo tener una idea bastante exacta del presupuesto publicitario de ustedes -dijo Samazelle-; y bien, según mis cálculos deberían estar netamente en déficit.

-Tenemos deudas bastante grandes.

-Ya sé; pero sé que desde julio no han aumentado; eso es lo que me parece maravilloso.

-Debe de haber un error en sus cálculos -dijo Enrique en tono superficial.

-Hay que creerlo -dijo Samazelle.

No parecía muy convencido, y Enrique cuando se encontró solo se sintió irritado consigo mismo; debería haber podido proporcionarle cifras precisas. "Milagroso" era justamente la palabra que había acudido a sus labios cuando Lucas

sacó de una caja antes vacía la plata de los sueldos. "Un adelanto sobre un contrato publicitario." Enrique había dado muestras de una gran ligereza al contentarse con esa explicación. ¿Qué contrato? ¿De cuánto era el adelanto? ¿Y Lucas había dicho la verdad? Enrique se sentía nuevamente inquieto. Samazelle no tenía en su poder todos los datos pero sabía calcular. ¿Cómo se las arreglaba exactamente Lucas? ¿Quién sabe si no pedía dinero a título personal? Nunca se hubiera entregado a combinaciones deshonestas, pero de todas maneras había que saber de dónde salía el dinero. Cuando las oficinas se hubieron vaciado, hacia las dos de la mañana, Enrique entró a la sala de redacción; Lucas estaba haciendo cuentas; por tarde que Enrique se fuera del diario, Lucas siempre se quedaba y hacía cuentas.

-Si tienes un minuto vamos a mirar juntos los libros -dijo Enrique-. Quisiera comprender algo de nuestras finanzas.

-Estoy en pleno trabajo -dijo Lucas.

-Puedo esperar. Voy a esperar -dijo Enrique sentándose en el borde de la mesa.

Lucas estaba en mangas de camisa, llevaba unos tiradores que Enrique miró durante un largo rato: tiradores amarillos. Alzó la cabeza.

-¿Para qué quieres jorobarme con esas historias de dinero? -dijo-. Confía en mí.

-¿Por qué me pides mi confianza cuando es tan fácil mostrarme los libros? -dijo Enrique.

-No comprenderás nada. La contabilidad es un mundo.

-Otras veces me has explicado y he comprendido; no es, sin embargo, una cosa del otro mundo.

-Vamos a perder un tiempo loco.

-No será tiempo perdido. Me molesta no saber cómo te las arreglas. Vamos, muéstrame los libros. ¿Por qué no quieres?

Lucas movió las piernas bajo la mesa; un grueso almohadón de cuero sostenía sus pies doloridos; dijo con fastidio:

-Todo no está anotado en los libros.

-Es justamente lo que me interesa -dijo Enrique vivamente-: lo que no está marcado. -Sonrió.- ¿Qué es lo que me ocultas? ¿Has hecho deudas?

-Me lo has prohibido- dijo Lucas en tono rezongón.

-¿Entonces qué? ¿Extorsionas a alguien? -dijo Enrique con una voz que bromeaba a medias.

-¡Voy a hacer de L'Espoir un diario de chantaje, yo! -Lucas meneó la cabeza-. No duermes bastante.

-Escucha -dijo Enrique-, las adivinanzas no me divierten. No quiero que L'Espoir viva de enjuagues. Guarda tus secretos, pero mañana temprano telefoneo a Trarieux.

-Eso es un chantaje -dijo Lucas.

-No, es prudencia. El olor del dinero de Trarieux lo conozco; pero en cambio los billetes que cayeron a la caja el sábado pasado, no sé de dónde vienen...

Lucas vaciló:

-Era. .. una contribución voluntaria.

Enrique miró a Lucas con aprensión; una mujer fea, tres chicos, barriga, tiradores, gota, una cara dormida, parecía de toda confianza; pero en el 41 habían advertido que un vientecito de locura podía atravesar esa masa de carne: hasta era gracias a eso que había nacido L'Espoir .¿Acaso esa brisa de extravagancia había soplado de nuevo?

-¿Le sacaste plata a alguien?

-Soy incapaz -dijo Lucas con un suspiro-. No, se trata de una donación, de una simple donación.

-No se dan así sumas semejantes. ¿Una donación de quién?

-Prometí guardar el secreto.

-¿A quién? -dijo Enrique con una sonrisa-. Vamos, no me he criado con leche de higo, el generoso contribuyente no prende.

-Te juro que existe -dijo Lucas.

-¿No es Lambert por casualidad?

-¡Lambert! Le importa un comino del diario; salvo para verte, nunca pone los pies aquí. ¡Lambert!

-¿Entonces quién? Vamos, desembucha -dijo Enrique con impaciencia-, o de lo contrario telefoneo.

-No dirás que te lo he dicho -dijo Lucas con voz ronca.- ¿me lo prometes?

-Te lo juro sobre tu cabeza.

-Bueno: es Vicente.

Enrique miró con estupefacción a Lucas, que se miraba los pies:

-¿Pero estás loco? ¿No sospechas cómo Vicente consigue el dinero? ¿Qué edad tienes?

-Cuarenta años -dijo Lucas malhumorado-. Y sé que Vicente ha buscado oro en los consultorios de los dentistas colaboracionistas: no veo que tenga nada de malo. Si tienes miedo de ser acusado por complicidad, tranquilízate, he tomado mis precauciones.

-¿Y Vicente? ¡Supongo que él también toma sus precauciones! Va a dejar el pellejo en ese juego de imbécil, ¿no lo comprendes? ¿Tienes agua en el cerebro o qué? ¿Estarás orgulloso el día en que ese tilingo se haya dejado pescar?

-No le he pedido nada -dijo Lucas-. Si le hubiera rechazado su dinero lo daba a un dispensario para perros.

-¿Pero no comprendes que al aceptar lo alentabas a continuar? ¿Cuántas veces nos sacó del pantano?

-Tres veces.

-¿Y creías que eso iba a continuar? Estás tan chiflado como él.

Enrique se levantó y caminó hacia la ventana. En el mes de mayo, cuando supo que Vicente había hecho entrar a Nadine a su barra, le había pegado una felpeada. Y lo había mandado por un mes a África. Vicente había afirmado al regreso que se había comprado una conducta: ¡era eso!

-Tengo que encontrar la manera de asustarlo -dijo Enrique.

-Me prometiste guardar el secreto -dijo Lucas-. Me había hecho jurar que no lo sabrías, sobre todo tú.

-Por supuesto -Enrique volvió hacia la mesa-. De todas maneras lo que puedo decirle o la nada es lo mismo.

-Tenemos que levantar un pagaré dentro de diez días -dijo Lucas-. No podremos pagarlo.

-Mañana mismo voy a ver a Trarieux -dijo Enrique.

-Si siquiera pudiéramos ganar un mes o dos: casi hemos salido a flote.

-Casi no basta -dijo Enrique-. ¿Para qué emperrarse? El tiraje no sube y corremos el riesgo de que a la larga Trarieux cambie de opinión -Enrique puso su mano sobre el hombro de Lucas-. Puesto que seremos tan libres como antes, ¿qué puede importar?

-Ya no será lo mismo -dijo Lucas.

-Será exactamente igual, salvo que ya no tendremos angustias monetarias.

-¡Pero era lo más divertido! -dijo Lucas suspirando.

Enrique, por el contrario, estaba más bien aliviado ante la idea de que la cuestión dinero iba a quedar definitivamente resuelta; con una total serenidad entró dos días más tarde en el despacho de Trarieux: un despacho lleno de libros que anunciaba a un intelectual más que a un hombre de negocios; pero el mismo Trarieux, delgado, elegante, semicalvo, tenía el aspecto de un rico industrial.

-¡Pensar que durante toda la ocupación hemos trabajado tan cerca el uno del otro y que nunca nos hemos encontrado! -dijo apretando con vigor la mano de Enrique-. Usted conoce muy bien a Verdelin, ¿no es cierto?

-Por supuesto, ¿usted estaba en su sección?

-Sí; era un hombre notable -dijo Trarieux con un tono discretamente fúnebre; una sonrisa de soberbia redondeó puerilmente su rostro-. Gracias a él conocí a Samazelle -le hizo a Enrique la señal de sentarse y se sentó a su vez-. En esa época lo que contaba era el valor humano, no el dinero.

-Todo eso está lejos -dijo Enrique por decir algo.

-En fin, es un consuelo poder utilizar el dinero para defender ciertos valores -dijo Trarieux con aire alentador.

-¿Dubreuilh lo puso al corriente de la situación?

-A grosso modo, sí.

Había en la mirada de Trarieux una interrogación imperiosa: conocía exactamente los hechos, pero quería tener tiempo de estudiar a Enrique y había que jugar su juego. Enrique se puso a hablar sin convicción. Por su parte observaba a Trarieux; éste lo escuchaba con una afabilidad un poco condescendiente; seguro de sus privilegios, satisfecho de haber renunciado a ellos verbalmente, se sentía a la vez superior a los que no poseían nada y a los que no habían consentido interiormente dejarse desposeer. No era exactamente así como Enrique lo había imaginado, según las descripciones de Dubreuilh; no había ningún rastro de debilidad ni de inquietud en su rostro; ninguna generosidad tampoco; si era de izquierda sólo podía ser por oportunismo.

-¡Ahí lo detengo! -dijo bruscamente-. Usted dice que esa baja del tiraje era fatal -miró a Enrique en los ojos como si fuera a enunciar una verdad peligrosa-. No creo en la fatalidad; hasta es una de las razones que me impiden adherir a la dialéctica marxista. Mi experiencia no es la misma que la suya; es la de un hombre de negocios, un hombre de acción; ella me ha enseñado que el curso de los acontecimientos siempre puede ser desviado por la intervención en el momento oportuno de un factor oportuno.

-¿Quiere decir que hubiéramos podido evitar esa baja? -dijo Enrique con una voz un poco engolada.

Trarieux no contestó en seguida:

-En todo caso estoy seguro de que es posible, hoy, levantar el tiraje -dijo-. No hago una cuestión de dinero -agregó con un gesto vivo-, pero dado lo que L'Espoir representa me parece importante que reconquiste una vasta audiencia.

Enrique, divertido, reconoció al pasar el vocabulario de Samazelle; dijo:

-Lo deseo tanto como usted; es la falta de dinero lo que nos entorpeció; con capitales me encargo de hacer reportajes y encuestas que nos traerán mucho público.

-Reportajes, encuestas, sí, por supuesto -dijo Trarieux con voz lejana-, pero eso no es lo esencial.

-¿Qué es lo esencial? -dijo Enrique.

-Voy a hablarle francamente -dijo Trarieux-. Usted es alguien muy conocido, muy popular también. Pero- permítame decirle que su amigo Lucas no es nadie, no tiene ningún nombre. Para completar todo he leído artículos de él que eran netamente inhábiles.

Enrique le cortó secamente:

-Lucas es un excelente periodista, y el diario le pertenece tanto como a mí; si ha pensado eliminarlo no lo piense más.

-¿No podríamos convencerlo de que se retire? ¿Comprándole su parte a buen precio y procurándole una buena situación?

-¡Qué esperanza! -dijo Enrique-. Nunca lo aceptará, y además, yo no se lo pediría. L'Espoir es Lucas y yo; o nos financia o no nos financia, no hay medias tintas.

-Evidentemente, para quien está metido en una empresa, ciertas disociaciones son más difíciles que para un observador exterior -dijo Trarieux con voz risueña.

-No sigo su idea.

-Ninguna ley limita a dos miembros el comité directivo de un diario -dijo Trarieux; sonrió-. Dada la amistad que los une, estoy seguro de que usted no verá ningún inconveniente para que se agregue Samazelle.

Enrique permaneció silencioso. ¡Por eso Samazelle se interesaba tanto en la suerte de L'Espoir! Dijo entonces con frialdad:

-No veo la necesidad; Samazelle puede escribir en nuestro diario cuando quiera: debería bastarle...

-No es él, soy yo quien desea su colaboración -dijo Trarieux con altivez; su voz se endureció-. Estimo que al lado de su nombre hace falta otro nombre igualmente popular; Samazelle está subiendo como una flecha; mañana todo el mundo hablará de él: Enrique Perron y Juan Pedro Samazelle, eso es una razón social; y además hay que insuflarle a su diario un nuevo dinamismo; Samazelle es una fuerza de la naturaleza. He aquí lo que le propongo. Saldo sus deudas, compro la mitad de las acciones de L'Espoir en las condiciones que discutiremos, y se reparten usted, Lucas y Samazelle la otra mitad; las decisiones serán tomadas por la mayoría.

-Tengo una gran estima por Samazelle -dijo Enrique-, pero yo también le hablaré francamente: Samazelle tiene una personalidad demasiado fuerte para que yo me sienta todavía en mi casa allí donde esté él; y quiero sentirme en mi casa en el diario.

-Esa es una objeción muy personal -dijo Trarieux.

-Posiblemente; pero después de todo se trata de un diario que me pertenece personalmente.

-Es el diario del S. R. L.

-Una cosa no excluye la otra.

-Justamente se trata de eso -dijo Trarieux-. Financio el diario del S. R. L. y quiero asegurarle un máximo de oportunidades -hizo un gesto cortante-. L'Espoir es una realización extraordinaria; créame que la aprecio en su justo valor; pero nos hallamos ante nuevas dificultades y se trata de triunfar en una escala todavía más vasta: las fuerzas de un solo hombre no pueden bastar.

-Le repito que no estoy solo -dijo Enrique-; me siento perfectamente capaz de enfrentar con Lucas esa nueva situación.

Trarieux meneó la cabeza:

-Me precio de haber sabido siempre apreciar las posibilidades de un hombre; hay que remontar una fuerte corriente y usted necesita a alguien como Samazelle para ayudarlo.

-No es mi opinión.

-Pero es la mía -dijo Trarieux con una voz de pronto descortés-, y nadie me hará cambiar.

-¿Quiere decir que si rechazo su combinación no financia L'Espoir? -dijo Enrique.

-No tiene ninguna razón para rechazarla -dijo Trarieux, cuya cara se había suavizado.

-Usted se había comprometido a ayudarme sin condiciones -dijo Enrique-. Confiando en esa palabra hice de L'Espoir el órgano del S. R. L.

-Vamos, no le impongo ninguna condición; está sobrentendido que la línea política del diario sigue siendo la misma exactamente; sólo le pido que tome las medidas necesarias para enderezarlo, cosa que usted debe desear tanto como yo.

Enrique se levantó.

-¡Voy a tener una explicación con Samazelle!

-Ciertamente, Samazelle no aceptará entrar en L'Espoir contra su voluntad -dijo Trarieux-; por eso es preferible que esta conversación quede entre nosotros; que el rechazo venga de él o de usted poco importa: yo sólo financio el diario si él forma parte.

-De todos modos lo pondré al corriente -dijo Enrique; se esforzaba en dominar su voz-. Por haber creído en su palabra comprometí la seguridad de L'Espoir, lo conduje al borde de la quiebra; y usted lo aprovecha para hacerme un chantaje.

Prefiero de todas maneras privarme de los servicios de un hombre capaz de un procedimiento tan desleal.

-Usted no tiene derecho a acusarme de chantaje -dijo Trarieux, levantándose a su vez-. Todos los negocios que trato, los trato lealmente, éste como los demás. Nunca he ocultado que ciertas reformas me parecían indispensables para el buen funcionamiento de L'Espoir.

-No es lo que me ha dicho Dubreuilh -dijo Enrique.

-No soy responsable de lo que él le haya dicho -dijo Trarieux, cuyo tono subía-; sé lo que yo le he dicho; si hubo un malentendido es muy lamentable, pero yo me he expresado claramente.

-¿Lo puso al corriente de su combinación?

-Perfectamente; hasta lo hemos discutido largamente.

Había en su voz una sinceridad tan convincente que Enrique se quedó un momento silencioso.

-En todo caso no comprendió que era una condición sine qua non -dijo por fin.

-Supongo que comprendió lo que quería comprender -dijo Trarieux con una punta de animosidad-. Escuche -dijo en tono conciliador-, ¿por qué mi proposición le parece tan inaceptable? Usted se irritó porque se creyó víctima de una maniobra deshonesta; le bastará una conversación con Dubreuilh para convencerse de mi buena fe; entonces comprenderá sin duda la oportunidad que mi ofrecimiento representa para usted. Porque puede estar seguro de que nadie se arriesgará a tomar L'Espoir con sus seis millones de deudas: hay que estar entregado al S. R. L. Como yo lo estoy para marchar. O si no le impondrán condiciones muy distintas de las mías: condiciones políticas.

-No pierdo la ilusión de encontrar un apoyo desinteresado -dijo Enrique.

-Pero ya lo encontró -dijo Trarieux. Sonrió-. Considero esta conversación simplemente como una primera toma de contacto. En lo que a mi respecta, las negociaciones quedan abiertas. Reflexione.

-Gracias por el consejo -dijo Enrique.

Había contestado con rabia, pero no iba dirigida a Trarieux. El optimismo de Dubreuilh, ¡su incurable optimismo! No; aquí no se trataba de optimismo, Dubreuilh no era tan tonto: bruscamente la verdad se le impuso: "¡Me jugó!" Se dejó caer sobre un banco de la avenida Marceau: en su cabeza, en su cuerpo, había choques tan violentos que creyó que iba a desmayarse. "Me mintió conscientemente porque quería L'Espoir y caí en la trampa." Medianoche, golpeaba, sonreía, capitales sin condición, venga a dar una vuelta, la noche es tan linda, y entre sus sonrisas tendía sus redes. Enrique se puso de pie y partió dando zancadas. Si hubiera caminado menos rápido se habría tambaleado.

"¿Qué podrá contestar? No podrá contestar nada." Había atravesado París casi sin advertirlo y había llegado ante la casa de Dubreuilh; se detuvo un instante en el zaguán para calmar los latidos de su corazón; no estaba muy seguro de que un sonido articulado pudiera salir de su boca.

-¿Puedo hablar con el señor Dubreuilh? -preguntó Enrique; le extrañó oír su voz, una voz normal.

-No está en casa -dijo Yvette-, no hay nadie.

-¿Cuándo vuelve?

-No sé.

-Voy a esperarlo -dijo Enrique.

Yvette lo dejó entrar al escritorio; quizá no volviera antes de la noche y Enrique tenia trabajo; pero ya nada existía para él: ni L'Espoir, ni el S. R. L., ni Trarieux, ni Lucas; nada, salvo Dubreuilh; desde aquella antigua primavera en que se había enamorado de Paula nunca había exigido una presencia con tanta pasión. Se sentó en el sillón donde se sentaba siempre; pero hoy, los muebles, los libros, le hacían burla: ¡todos cómplices!; sobre el carrito, Ana traía jamón, ensaladas; comían alegremente, entre amigos: ¡qué burla! Dubreuilh tenía aliados, discípulos, instrumentos; ni un amigo. ¡Qué bien lo escuchaba! ¡Con qué abandono hablaba! y

estaba dispuesto a pasar sobre su cadáver en la primera oportunidad. Su cálida cordialidad, esa sonrisa, esa mirada, en las que uno se dejaba apresar, reflejaban simplemente el interés imperioso que él concedía a todo el mundo. "¡Sabía lo que para mí significa este diario y me lo robó!" Quizá él había sugerido que reemplazaran a Lucas por Samazelle; él aconsejaba: vaya a ver a Trarieux; así cubría su retirada; pero había dado consignas a Trarieux. "Un complot, una emboscada, y una vez en la trampa, ¿cómo salir? Entre Samazelle y la quiebra debo preferir a Samazelle: es ahí donde van a sorprenderse." Enrique buscaba palabras violentas para lanzarle su decisión a la cara; pero su ira no tenía nada tónico; al contrario, se sentía extenuado, y hasta vagamente asustado y vagamente humillado, como si acabaran de arrancarlo, después de horas de lucha, de un tembladeral. Oyó el golpe de la puerta de entrada y clavó las uñas en los brazos del sillón: deseaba desesperadamente hacerle compartir a Dubreuilh el horror que le inspiraba.

-¿Hace tiempo que me esperaba? -dijo Dubreuilh tendiéndole la mano. Enrique la apretó maquinalmente: la misma mano, el mismo rostro que ayer; no se podía ver a través de la máscara aun cuando uno sabía. Murmuró:

-No mucho; tenía que hablarle con urgencia.

-¿Qué pasa? -dijo Dubreuilh con una voz que imitaba maravillosamente la solicitud.

-Salgo de ver a Trarieux.

El rostro de Dubreuilh se transformó:

-¡Ah!, ¿ya está? ¿No aguanta más? ¿Y Trarieux pone dificultades? -dijo con voz ansiosa.

-¡Por supuesto! Usted me había afirmado que estaba dispuesto a sostener L'Espoir incondicionalmente y exige que me adjunte a Samazelle -Enrique miró fijamente a Dubreuilh-. Parece que usted estaba al corriente.

-Estoy al corriente desde julio -dijo Dubreuilh-. Inmediatamente me puse a buscar la plata por otro lado. Creí que Mauvanes me lo daría; casi me lo había prometido; y acabo de verlo, volvía de viaje, ya no parecía nada decidido -Dubreuilh miró a Enrique con inquietud-. ¿Puede aguantar un mes más?

Enrique sacudió la cabeza.

-Está excluido. ¿Por qué no me previno? -dijo con ira.

-Contaba con Mauvanes -dijo Dubreuilh. Se encogió de hombros-. Quizá debí prevenirlo. Pero usted sabe que no me gusta darme por vencido: Es culpa mía si usted está en este lío y me había jurado sacarlo de ahí.

-Usted habla de julio; pero Trarieux sostiene que en ningún momento se comprometió a darnos un apoyo incondicional -dijo Enrique.

Dubreuilh dijo vivamente:

-En abril no se trataba más que de la línea política del diario y él la aceptaba integralmente.

-Usted me garantizó mucho más que eso -dijo Enrique-. Trarieux no iba a intervenir en nada en ningún terreno.

-¡Ah, escuche! ¡En abril no tengo nada que reprocharme! -dijo Dubreuilh-. Le aconsejé en seguida que fuera a explicarse personalmente con Trarieux.

-Me habló con una seguridad que volvía inútil esa explicación.

-Dije lo que pensaba, como lo pensaba -dijo Dubreuilh-. Pude equivocarme: nadie es infalible. Pero no lo obligué a creer en mi palabra.

-Por lo general, usted no se equivoca en forma tan grosera -dijo Enrique.

Bruscamente Dubreuilh sonrió:

-¿Qué quiere decir? ¿Que le he mentido a sabiendas?

Él mismo había pronunciado la palabra; bastaba contestar: "Sí"; era fácil; pero no, era imposible: no ante esa sonrisa, no en ese escritorio, no así.

-Creo que tomó sus deseos por realidades sin preocuparse por mis intereses -dijo Enrique con voz contenida-. Trarieux pagaba: en qué condiciones, en el fondo le daba lo mismo.

-Quizá tomé mis deseos por realidades -dijo Dubreuilh-. Pero le juro que si hubiera sospechado un segundo lo que Trarieux tramaba la habría plantado con todos sus millones.

Había en su voz un calor convincente, pero Enrique no se sintió convencido.

-Voy a hablar esta noche con Trarieux -dijo Dubreuilh-, y también con Samazelle.

-No servirá de nada -dijo Enrique.

Ah, la conversación andaba mal; palabras que uno se dice a sí mismo y las que uno pronuncia en voz alta, el paso no era fácil. "Un complot." De pronto parecía una enormidad. Por supuesto, Dubreuilh nunca se había dicho restregándose las manos: “Estoy tramando un complot” Si Enrique se hubiera atrevido a lanzarle esa palabra a la cara, Dubreuilh habría sonreído aun más.

-Trarieux es duro; pero a Samazelle podemos manejarlo.

Enrique sacudió la cabeza:

-No podrá. No. No hay más que una solución: abandono la partida.

Dubreuilh se encogió de hombros:

-Sabe muy bien que no puede.

-Ahí se va a sorprender -dijo Enrique-; lo haré.

-¿Y hundirá el S. R. L. ? ¿Se da cuenta lo que gozarían los de enfrente? ¡L’Espoir en quiebra, el S. R. L. liquidado! Sería lindo.

-Le pasaré L’Espoir a Samazelle y me compraré una granja en Ardèche; el S.R.L. no andará peor -dijo Enrique con amargura.

Dubreuilh lo miró con aire desolado:

-Comprendo que esté enojado. Me confieso culpable. Hice mal en confiar tan fácilmente en Trarieux y debí haberle contado todo en el mes de julio. ¡Pero voy a reparar todo eso! -su voz se hizo apremiante.- Se lo ruego, no se obstine. Vamos a buscar juntos la manera de salir de esto.

Enrique lo miró en silencio: reconocer sus faltas era hábil, era la mejor manera de minimizarlas; pero la más grave de todas era la que callaba cuidadosamente; en verdad era culpable de un abuso de confianza; a cambio de los sacrificios que exigía de la amistad de Enrique fingía darle la suya y no daba nada. Había que decirle: "A usted le importa un bledo de mí y de todo el mundo; por amor a la verdad y al bien sacrificaría a cualquiera; pero la verdad es lo que usted piensa y el bien lo que usted quiere. Usted considera a todo el universo como si fuera obra suya y no hay ninguna medida entre las criaturas humanas y usted. Cuando juega a ser generoso es también para su propia gloria." Se le podían decir mil cosas más; pero entonces había que golpear esa puerta para no volver a abrirla jamás. "Es lo que debo hacer", pensaba Enrique. Decidiera lo que decidiese respecto al diario, debía romper con Dubreuilh inmediatamente. Se puso de pie. Miro el carrito, la bandeja, los libros, la fotografía de Ana, y se sintió cobarde. Durante quince años ese escritorio había sido para él el centro del mundo y su hogar; aquí la verdad parecía segura, la felicidad importante y parecía un gran privilegio ser uno mismo. No podía imaginarse caminando por las calles con esa puerta cerrada para siempre a sus espaldas.

-Es inútil; estamos entre la espada y la pared -dijo con voz neutra-. No me empaco; pero en estas condiciones ya no me interesa ocuparme de L’Espoir. Seguramente nos podremos arreglar para que mi partida no perjudique ni al diario ni al S. R. L.

-¡Escuche, déme dos días! -dijo Dubreuilh-. Si en dos días no he conseguido nada ya verá lo que resuelve.

-Bueno. Pero ya está todo visto-dijo Enrique.

Cuando Enrique se encontró afuera sintió que la cabeza le daba vueltas; dio algunos pasos en dirección al diario pero era el último lugar al que deseaba dirigirse: afrontar a Lucas; Lucas, que se lamentaría o que sugeriría una nueva excursión a casa de un dentista, estaba más allá de sus fuerzas; Paula, sus vaticinios, sus letanías, ni qué pensarlo tampoco. Sin embargo, necesitaba hablar.

Librodot

Se sentía mistificado como al salir de esas sesiones en que un astuto prestidigitador revela falsamente sus pruebas. Dubreuilh hacía trampa, lo iban a tomar con las manos en la masa: y luego no, la carta trucada no estaba ni en sus manos ni en sus bolsillos. ¿En qué medida había mentido, se había mentido? ¿Entre el cinismo y la mala fe, dónde se situaba su traición? Existía, esto estaba fuera de duda, pero imposible echarle mano. "Nuevamente me dejé manejar." La evidencia volvió a deslumbrarlo: se trataba de un complot deliberado. Dubreuilh había manejado todos los hilos riendo. Enrique se detuvo en medio del puente y apoyó sus manos en el parapeto. ¿Estaría construyendo una divagación? ¿O por el contrario, cuando no quería creer en el maquiavelismo de Dubreuilh caía en la imbecilidad? En todo caso si seguía yendo solitariamente de una evidencia a la otra su cabeza iba a estallar. Era absolutamente necesario que discutiera la situación con alguien. Pensó en Lambert: "Si hubiera seguido sus consejos no estaría en éstas", se dijo. Lambert no quería a Dubreuilh pero se jactaba de ser imparcial; y era el único con el que Enrique podía encarar una conversación serena. Acabó de atravesar el puente y entró a la cabina telefónica de un café Biard:

-¡Hola, es Perron! ¿Puedo subir a verte?

-¡Por supuesto! ¡Es una espléndida ideal -había un poco de asombro en la voz cálida de Lambert-. ¿Cómo estás?

-Bien; voy en seguida -dijo Enrique.

El calor inquieto de esa voz lo había tranquilizado. El afecto de Lambert era un poco torpe, pero para él al menos, Enrique no era un peón sobre un tablero. Subió con paso rápido la escalera: extraño día en que se lo pasaba subiendo escaleras como si fuera un candidato a la Academia.

-¡Salud! Entra por aquí -dijo Lambert alegremente-. Disculpa el barullo: no tuve tiempo de poner orden.

-¡Caramba, que estás bien instalado! -dijo Enrique.

Una gran habitación clara, un desorden cuidado, un combinado, una discoteca, libros encuadernados y ordenados por nombres de autores; Lambert llevaba una tricota negra y un pañuelo de seda amarilla. Enrique se sentía un poco extraño en todo ese conjunto.

-¿Coñac, whisky, agua mineral, jugo de fruta? -preguntó Lambert abriendo una alacena en la parte baja de la biblioteca.

-Un whisky fuerte.

Lambert fué a buscar agua a un cuarto de baño verde pálido; Enrique vio una salida de baño, toda una colección de cepillos y de jabones.

-¿Cómo no estás en el diario a esta hora? -preguntó Lambert.

-Hay disgustos con el diario.

-¿Qué disgustos?

No era verdad que a Lambert no le interesara el diario; más bien había entre Lucas y él una sólida antipatía fácil de comprender cuando se los veía juntos; pero escuchó el relato de Enrique con una atención indignada.

-¡Por supuesto que es una maniobra! -dijo. Reflexionó-. ¿No crees que Dubreuilh se las va a arreglar para entrar al diario con Samazelle? ¿O en el lugar de Samazelle?

-No, no lo creo -dijo Enrique-. No le divierte el periodismo; y de todas maneras maneja L'Espoir en nombre del S. R. L. Pero eso no cambia nada; de todas maneras me hizo caer en una trampa -miró a Lambert-. ¿Qué harías en mi lugar?

-Manda todo al diablo si quieres, para jorobarlos bien -dijo Lambert-, pero lo que no debes hacer a ningún precio es entregarles amablemente el diario. No desean otra cosa.

-No quiero escándalo -dijo Enrique-, pero dejaré caer todo despacito.

-Sería darte por vencido, estarían demasiado contentos -dijo Lambert.

-Tú que siempre me aconsejas que no haga política, esta es una buena ocasión para largarla.

Librodot

-L'Espoir es otra cosa que un asunto político -dijo Lambert-. Tú lo has creado, es tu aventura. ..No, defiéndete -dijo con fuego-. ¡Si al menos yo tuviera plata de veras! Pero tengo justo la bastante para no saber que hacer con ella.

-Y no encontraré en ninguna parte, lo saben muy bien.

-Acepta a Samazelle y arréglate con Lucas para neutralizarlo.

-Si forman un bloc con Trarieux serán tan fuertes como nosotros.

-¿De dónde saca Samazelle para comprar acciones? -dijo Lambert.

-Un adelanto sobre su libro; o Trarieux lo ayudará.

-¿Por qué se empeña tanto en Samazelle?

-¡Qué sé yo! Ni siquiera sé por qué ese tipo es del S. R. L.

-Hay que encontrar una respuesta -dijo Lambert; recorría el cuarto con aire meditativo cuando sonaron dos campanillazos imperiosos; Lambert se puso rojo hasta la raíz del pelo-. ¡Mi padre! ¡No lo esperaba tan pronto!

-Me hago humo -dijo Enrique.

Lambert lo miró con un aire cortado y suplicante:

-¿No quieres saludarlo?

-Pero por supuesto que sí -dijo Enrique vivamente.

Saludar no compromete a nada; sin embargo Enrique apenas consiguió hacer una sonrisita crispada cuando vio adelantarse hacia él a ese hombre que quizá había enviado a Rosa a la muerte y ciertamente había servido lo mejor posible a los alemanes. Bajo el pelo canoso, el rostro hinchado y amarillento estaba iluminado por ojos celestes, un celeste tierno que asombraba en esa faz gastada. El señor Lambert esperó que Enrique le tendiera la mano, pero él fué el primero en hablar:

-Tenía una gran curiosidad por conocerlo -dijo-. ¡Gerardo me ha hablado tanto de usted! -esbozó una sonrisa y la reprimió en seguida-. ¡Cómo es de joven!

Para él Lambert se llamaba Gerardo y no era sino un chico; era a la vez natural y raro; no se parecían, pero por una u otra razón no asombraba que fueran padre e hijo.

-Lambert es joven -dijo Enrique con animación-, yo no.

-Usted es joven para un hombre del que se ha hablado tanto -el señor Lambert se sentó-. Estaban conversando. ..No quisiera molestarte -dijo volviéndose hacia su hijo-, pero terminé con mis negocios antes de lo que pensaba y no sabia adonde ir; entonces subí.

-Ha hecho muy bien. ¿Quiere tomar algo? ¿Un jugo de fruta? ¿Agua mineral? -Había en la solicitud de Lambert un desasosiego que agravaba el malestar de Enrique.

-Gracias, no; estos cuatro pisos son un poco duros para mis huesos envejecidos; pero esto descansa tanto -dijo mirando a su alrededor con aire de aprobación.

-Sí, Lambert está bien instalado -dijo Enrique.

-Es una tradición de familia. Confieso que aprecio menos sus fantasías en la vestimenta -agregó el señor Lambert; su voz era tímida pero clavaba sobre la tricota una mirada dura.

-Cada cual tiene su gusto -rezongó Lambert sin seguridad.

Hubo un corto silencio y Enrique lo aprovechó para levantarse.

-Lo lamento; cuando usted llamó me iba; tengo trabajo urgente.

-Soy yo quien lo lamenta -dijo el señor Lambert-. He leído con mucha atención todo lo que usted ha escrito y me hubiera gustado discutir algunas cosas con usted. Pero supongo que esa discusión sólo hubiera sido interesante para mí -agregó reprimiendo una nueva sonrisa. En su voz sin inflexiones, en sus sonrisas retenidas, en sus gestos había un encanto cansado, pero parecía que se negaba a utilizarlo y esa reserva le daba un aire a la vez altanero y huidizo.

-Sin duda tendremos la oportunidad de volver a vernos más largamente -dijo Enrique.

-No es seguro -dijo el anciano.

Dentro de algunos meses sin duda estaría en la cárcel y probablemente no saldría vivo. En su época debió ser un buen cochino, ese gran patrón colaboracionista, pero ya había cruzado la línea, estaba del lado de los condenados y no ya de los culpables; esta vez Enrique le sonrió sin esfuerzo dándole un apretón de manos.

-¿Puedo verte mañana? -dijo Lambert acompañando a Enrique hasta la entrada-. Se me acaba de ocurrir una idea.

-¿Una buena idea?

-Tú la juzgarás. Pero espera que te haya hablado antes de decidir nada. ¿Te conviene si paso de noche a eso de las diez?

-Sí, pero no más tarde porque salgo con Scriassine.

-De acuerdo -dijo Lambert-, le prometí la tarde a Nadine, pero cuenta conmigo para antes de las diez.

De todas maneras Enrique no pensaba decidirse hoy; ni siquiera quería seguir interrogándose sobre lo que iba a hacer; aun menos discutirlo. No tuvo más remedio que ir al diario, pero le declaró fríamente a Lucas que su entrevista con Trarieux había quedado pospuesta y se absorbió en la redacción de su correspondencia. Tampoco pondría al corriente a Paula; lo que deseaba, al hacer girar la llave en la cerradura del estudio, era que ya estuviera dormida; pero a cualquier hora que entrara, nunca dormía. Sentada en el diván, la cara recién arreglada, con su batón de seda tornasolada, le tendió la boca, que él rozó rápidamente.

-¿Un día bueno? -preguntó.

-Muy bueno. ¿Y tú?

Sonrió sin contestar:

-¿Qué dijo Trarieux?

-Está de acuerdo.

-¿No te molesta de veras? -dijo mirándolo con aire profundo.

-¿Qué?

-Aceptar sus capitales.

-Pero no, es una cuestión resuelta hace tiempo -dijo secamente.

Ella vaciló y no dijo nada. Hacía dos días que vacilaba. Enrique sabía lo que pensaba, pero no quería ayudarla a declararse; esa prudencia lo exasperaba. "Me cuida, -pensó-; ha decidido no llevarme por delante, espera su hora", pensaba con malevolencia. "Hace seis meses -se dijo en un esfuerzo de imparcialidad- que cuando está alegre y agresiva se lo reprocho." Y pensó: "En el fondo lo que me irrita es que tenga una conducta." Se sabía en peligro, trataba de defenderse, era natural: no impide que sus tristes astucias la convertían en una enemiga. Ya él no le hablaba de cantar; su juego había sido transparente para ella; pero su cálculo había sido malo; él no le perdonaba su terquedad y ahora estaba decidido a liquidarla sin su ayuda.

-Hay una carta de Poncelet -dijo ella tendiéndole un sobre.

-Supongo que no lo acepta -dijo Enrique. Recorrió la carta y se la pasó a Paula-. Por supuesto, lo rechaza.

Ya dos veces le habían devuelto su manuscrito con alabanzas escandalizadas: una gran obra, pero muy escandalosa, inoportuna; imposible correr semejante riesgo; más adelante, cuando las pasiones se hubieran calmado. Evidentemente la pieza disgustaba a todos los que querían olvidar el pasado, a los que pretendían rectificarlo a su gusto. Sin embargo, a él le hubiera gustado verla en escena; sentía más afecto por ella que por cualquiera de sus libros. Uno no relee una novela, las palabras se pegan a los ojos; pero ese diálogo que se encarnaría un día en voces vivas, lo oía a distancia con el desapego satisfecho de un pintor que echa sobre su tela una mirada cómplice.

-Deben dar tu pieza -dijo Paula con voz inspirada.

-No pido otra cosa.

-No le doy al éxito más importancia que tú -agregó-, pero siento que no volverás a tu novela antes de haberte liberado de esa pieza.

-¡Qué ideal

-¿No has vuelto a tu novela?

-No, pero la pieza no tiene nada que ver.

-¿Entonces por qué? -dijo ella escrutando a Enrique con un aire de saber a qué atenerse.

Él sonrió: -Digamos que por pereza.

-Nunca has sabido lo que es la pereza -dijo ella gravemente; meneó la cabeza-. Se trata evidentemente de una resistencia interior.

-Esa novela partió con mal pie -dijo Enrique-. Tengo ganas de volver a empezarla; pero sé que será un trabajo bárbaro; entonces, no me apresuro, eso es todo.

Ella sacudió la cabeza:

-Nunca se te ha visto detenerte ante un obstáculo.

-Y bueno, esta vez me pasa.

-¿Por qué no me mostraste nunca tu manuscrito? - dijo Paula-. A lo mejor podía haberte aconsejado.

-Te he dicho cien veces que los borradores eran informes.

-Es lo que me dijiste -dijo ella con aire pensativo.

-Te mostré mi pieza.

-Los primeros borradores eran informes y me los mostraste.

Él no contestó; en ese croquis se había expresado demasiado libremente sobre él, sobre ella; la novela que trataría de formar uno de estos días sería menos indiscreta; que Paula tuviera un poco de paciencia. Bostezó:

-Me caigo de sueño. Mañana por la noche no vendré, iré a dormir al hotel; porque preveo que Scriassine no me largará hasta el alba.

-No comprendo la ventaja del hotel ni a la madrugada ni en el crepúsculo; pero harás lo que quieras.

Él se levantó y ella también; era un momento peligroso; él depositaba un beso apresurado sobre su sien y se volvía hacia la pared, fingiendo dormirse instantáneamente; pero a veces ella se aferraba a él, se ponía a temblar o a balbucir y la única manera de calmarla era acostarse con ella; no lo lograba siempre, y nunca sin trabajo; ella no podía ignorarlo; era para compensar esa frialdad que se gastaba con unos ímpetus que hacían dudar de la realidad de su placer; más aun que su impudor desaforado Enrique odiaba su mala fe y sobre todo su humildad. Felizmente aquella noche se quedó quieta, debió sentir que algo andaba mal. La mejilla apoyada contra el fresco de la almohada, Enrique conservaba los ojos abiertos y mientras rumiaba lo ocurrido durante el día no sentía ya ninguna ira: un desamparo; la culpa no era suya, era de Dubreuilh: esa culpa que no podía desarmar ni con remordimientos ni con promesas le pesaba más que si fuera suya.

Mandar todo al diablo: fué el primer pensamiento de Enrique al despertarse; no llamó a Dubreuilh; y a lo largo del día se repitió esas palabras como un estribillo tranquilizador. Discutir, transigir, pactar, cuando ese diario había sido su dominio indiscutido, no, esa perspectiva le repugnaba. Prefería cien veces retirarse al campo, reanudar su novela, su oficio de escritor: leería L'Espoir junto a la chimenea, con ojos divertidos. Era un proyecto tan atrayente que cuando vio abrirse la puerta de su despacho, a las diez de la noche, deseaba que la idea que Lambert venía a proponerle no fuera buena.

-¡Estuviste derecho ayer al quedarte un rato! -dijo Lambert con una voz que se excusaba más de lo que agradecía-. ¡Mi padre estaba loco de contento!

-Me interesaba conocerlo -dijo Enrique-. Parece cansado, pero se siente que debe de haber tenido mucho encanto; todavía le queda algo.

-¿Encanto? -dijo Lambert con asombro-. Era sobre todo autoritario; autoritario y desdeñoso; por otra parte, en el fondo todavía lo es.

-Oh, me imagino que no debe haber sido fácil de llevar.

-No. nada -fácil -dijo Lambert; hizo un gesto como para espantar sus recuerdos-. ¿Hay algo nuevo respecto al diario?

-Nada.

-Entonces escucha lo que tengo que proponerte -dijo Lambert; se desconcertó de pronto-. ¿No me guardarás rencor?

-Empieza por decirlo.

-Tú y Lucas, frente a Samazelle y a Trarieux corren el riesgo de ser devorados; pero supón que yo esté con ustedes. ..

-¿Tú?

-Tengo bastante dinero como para comprar tantas acciones como Samazelle; entonces, si queda resuelto que las decisiones serán tomadas por mayoría de votos, seremos tres contra dos y hemos ganado.

-¿Vacilabas en seguir en el periodismo?

-Es un oficio como otro cualquiera; y además, L'Espoir también fué mi epopeya -dijo Lambert con una voz falsamente irónica.

Enrique sonrió:

-No siempre estamos de acuerdo políticamente.

-Me importa un bledo la política -dijo Lambert-, quiero que conserves tu diario; en todo caso tendrás mi voto. Además no pierdo la esperanza de verte evolucionar -agregó alegremente-. No, el único problema es saber si Trarieux aceptará.

-Debería alegrarse de conseguir un repórter tan bueno -dijo Enrique-. Felizmente no te has cansado de hacer reportajes -agregó-, tus artículos sobre Holanda están muy bien.

-Es gracias a Nadine -dijo Lambert-, le divierte tanto que a mí también me divierte -miró a Enrique con aire ansioso-. ¿Crees que Trarieux aceptará?

-Supongo que les molestaría que yo me fuera; si acepto a Samazelle me harán alguna concesión.

-No pareces muy entusiasta. ..-dijo Lambert un poco decepcionado.

-¡Ah, todo este lío me pudre! -dijo Enrique-. No sé lo que quiero hacer... ¿Tienes tu moto? -preguntó cortando deliberadamente el tema.

-Sí; ¿quieres que te deje en algún lado? ~

-Déjame en la calle de Lille; Scriassine vive con la Belzunce.

-¿Se acuesta con ella?

-No sé. Claudia hospeda siempre a un montón de escritores y de artistas; no sé con cuáles se acuesta.

-¿Ves a menudo a Scriassine? -preguntó Lambert cuando bajaban la escalera. .

-No -dijo Enrique-, de tanto en tanto me convoca imperiosamente: cuando he dicho diez veces que no, termino por aceptar.

Subieron a la motocicleta, que costeó ruidosamente los muelles del Sena. Enrique miraba con un poco de remordimiento la nuca de Lambert. Era conmovedora su proposición; no tenía ningún interés en entrar al diario, la que hacía era únicamente para hacerle un favor a Enrique. "Y ni siquiera se lo agradecía", se dijo Enrique; pero en verdad no le guardaba ninguna gratitud. "Lo mejor es mandar todo al diablo, prefiero mandar todo al diablo", se repetía. Conservar el diario quedarse en el S. R. L., quería decir seguir trabajando de la mano con Dubreuilh; no se trabaja de la mano cuando se tiene el corazón tan lleno de rencor; no había encontrado fuerzas para romper con violencia; pero no jugaría el juego de la amistad. "No, se acabó", se dijo cuando la moto se detenía ante la casa de Belzunce.

-Bueno, te dejo -dijo Lambert con voz decepcionada.

Enrique vaciló; le disgustaba dejar a Lambert tan pronto después de haber escuchado tan fríamente un ofrecimiento en el cual había puesto tanto corazón.

-¿Te divertiría venir conmigo? -preguntó.

El rostro de Lambert se iluminó; adoraba ver gente conocida:

-Me divertiría mucho, pero no sería indiscreto, ¿no?

-¡Qué esperanza! Iremos a beber vodka en alguna boîte húngara y si se le antoja Scriassine invitará a todos los músicos. Con él no hay que andar con vueltas.

-Tengo la impresión de que no me quiere mucho.

-Pero le gusta la compañía de la gente que no quiere. Vamos, ven -dijo Enrique afectuosamente.

Dieron la vuelta al gran edificio, cuyas ventanas estaban iluminadas; se oía una música de jazz. Enrique llamó a una puertecita lateral y Scriassine abrió. Sonrió con afecto, sin que la presencia de Lambert pareciera asombrarlo en lo más mínimo.

-Claudia da un cocktail, es horrible, la casa está llena de gigolos, es una invasión. Vengan por aquí y después nos escaparemos -él llevaba abierto el cuello de la camisa y su mirada tenía una fijeza nublada. Subieron algunos peldaños; en el fondo del corredor una puerta se abría sobre una habitación iluminada y se oía un susurro.

-¿Tienes gente? -dijo Enrique.

-Es una sorpresa -dijo Scriassine con aire satisfecho.

Enrique lo siguió con un poco de aprensión. Cuando los vió tuvo un movimiento de retroceso: Volange y Huguette. Con aire abierto, Luis le tendió la mano. Casi no había cambiado: las arrugas de su frente eran un poco más profundas que antes, la barbilla se había afirmado: una hermosa cara tallada para la posteridad. De pronto, Enrique recordó que cuando leía los artículos complacientes que Luis escribía en zona libre, a menudo había prometido romperle la cara un día de un puñetazo; y le tendió también la mano.

-Estoy encantado de verte, viejo -dijo Luis-. Nunca me atrevo a molestarte; sé que estás tan ocupado; pero a menudo he tenido ganas de conversar contigo.

-No ha cambiado nada -dijo Huguette.

Ella tampoco había cambiado; era rubia, diáfana y elegante como antes, y sonreía con la misma sonrisa perfumada; nunca cambiaría; pero un día la rozarían con la punta del dedo y caería hecha polvo.

-La verdad es que no veo a nadie -dijo Enrique-. Trabajo como un animal.

-Sí, debes de tener una vida bravísima -dijo Luis con simpatía-. Pero así te has hecho una situación literaria de primer orden. Por otra parte no me extraña, siempre estuve convencido de que terminarías por imponerte. ¿Sabes que en el mercado negro tu libro se vende a tres mil francos?

-A la hora actual todos los libros se venden como pan -dijo Enrique.

-Es cierto. Pero tuviste una crítica asombrosa -dijo Luis con tono alentador, sonrió-. Hay que confesar que caíste sobre un tema de oro; para eso tienes suerte; cuando uno ha pescado semejante tema el libro se escribe solo.

Luis había conservado su sonrisa displicente; pero había en su voz una obsecuencia que contrastaba con sus maneras cortantes de antes.

-¿Y tú en qué andas? -dijo Enrique.

Tenía una vaga vergüenza y no sabía muy bien si era por Luis o por sí mismo.

-Espero obtener la crítica literaria de un semanario que no va a tardar en aparecer -dijo Luis mirando sus uñas.

-Larguémonos de aquí -dijo Scriassine con impaciencia-. Esta música es intolerable. Vamos a tomar un poco de champaña a L'Isba.

-Creía que no ponías más los pies en ese antro desde que te limpiaron la billetera -dijo Enrique.

Scriassine sonrió con aire astuto:

-El oficio de ellos es robar; el del cliente es defenderse.

Enrique vaciló, iba a ser grosero, ¿pero por qué trataban de forzarle la mano? No quería de ninguna manera pasar la noche con Luis.

-En todo caso no podré acompañarte -dijo-. Vine corriendo porque te había dicho que vendría, pero voy a tener que volver al diario.

-Tengo horror a las boîtes -dijo Luis-. Quedémonos tranquilamente aquí.

-Como quieran -dijo Scriassine; miró a Enrique con aire desdichado-. ¿Tienes siquiera tiempo de tomarte un whisky?

-Sí, por supuesto -dijo Enrique.

Scriassine abrió una alacena y sacó una botella de whisky:

-No queda mucho.

-Yo no bebo y Huguette tampoco -dijo Luis.

Claudia apareció en el umbral de la puerta.

-¡Es magnífico! -dijo señalando a Scriassine-. ¡Llega medio borracho a mi cocktail, insulta a mis invitados, y a la gente interesante se la lleva disimuladamente! Nunca más tendré a un ruso en mi casa.

-No grite así -dijo Scriassine-. Cri-cri va a venir. Cri-cri es el trompetista -agregó con un suspiro.

-Claudia cerró la puerta.

-Me quedo con ustedes -dijo con decisión-. Mi hija hará de dueña de casa.

Hubo un silencio incómodo. Luis ofreció a todos cigarrillos americanos.

-¿Y qué estás haciendo ahora? -le preguntó a Enrique con benevolencia.

-Pienso en otra novela -dijo Enrique.

-Ana me dijo que había escrito una pieza espléndida -dijo Claudia.

-He escrito una pieza; ya van tres directores que me la rechazan -dijo Enrique riendo.

-Tengo que hacerle conocer a Lucía Belhome -dijo Claudia.

-¿Lucía Belhome? ¿Qué es eso?

-Usted es extraordinario; todo el mundo la conoce y usted no conoce a nadie. Es la que dirige la gran casa Amaryllis, la gran casa de costura de la que todo el mundo habla.

-No conozco.

-Lulú es la querida de Richeterre, cuya mujer se divorció para casarse con Vernon; y Vernon es el director del Estudio 46.

-Sigo sin conocer.

Claudia se echó a reír.

-Vernon le obedece ciegamente a su mujer para hacerse perdonar sus amistades masculinas; porque es de la cofradía como nadie; y Julieta sigue siendo muy amiga de su ex marido, que le obedece ciegamente a Lulú. ¿Pesca?

-Es clarísimo -dijo Enrique-, ¿pero cuál es el interés de su Lulú en esta historia?

-Tiene una hija encantadora y trata de hacer de ella una actriz. ¿Hay un papel femenino en su pieza?

-Sí, pero. ..

-Con peros no se llega a nada. Le digo que la chica es encantadora. El día en que venga a casa se la presentaré. Usted falta a todos mis jueves pero voy a pedirle un favor que no me lo va a negar-; dijo Claudia con petulancia; me ocupo de un hogar para los hijos de los deportados, y cuesta caro, demasiado caro para mí sola. Entonces organizo una serie de conferencias con conferenciantes benévolos. Snobs, dispuestos a gastarse dos mil francos para verlo en carne y hueso, podremos recogerlos con pala, estoy muy tranquila. Lo anoto para una de las primeras reuniones.

-Detesto esa clase de saraos -dijo Enrique.

-Para los hijos de los deportados no puede negarse; hasta Dubreuilh aceptará.

-¿No pueden escupir dos mil francos sin molestar a nadie, sus filántropos?

-Escupirán una vez pero no diez. La caridad es muy bonita, pero debe rendir. Es el principio de las fiestas de beneficencia -Claudia se echó a reír-. Mire a Scriassine, el aspecto furioso que tiene: le parece que lo acaparo.

-Lo lamento -dijo Scriassine-, pero, en fin, me hubiera gustado decirle una palabra a Perron.

-Dígala -dijo Claudia. Fué a sentarse en el diván, junto a Huguette, y se pusieron a charlar en voz baja.

Scriassine se plantó ante Enrique.

-Sostenías el otro día que al afiliarse al S. R. L. L'Espoir no renunció a decir la verdad.

-Sí -dijo Enrique-. ¿Y entonces?

-Entonces, por eso quería verte con urgencia. Si te trajera hechos abrumadores sobre el régimen soviético y no pudieras dudar de ellos, ¿los revelarías?

-Oh, seguramente Le Fígaro los habría revelado antes que yo -dijo Enrique riendo.

-Tengo un amigo que acaba de llegar de Berlín -dijo Scriassine-. Me ha traído informes precisos sobre la manera en que los rusos sofocaron al nacer la revolución alemana.

Tiene que divulgarlos un diario de izquierda; ¿Estás dispuesto a hacerlo?

-¿Qué es lo que cuenta tu amigo? -dijo Enrique.

Scriassine paseó la mirada a su alrededor.

-A grosso modo lo siguiente: Ciertos suburbios de Berlín siguieron tercamente comunistas, aun bajo Hitler -dijo-. Durante la batalla de Berlín, los obreros de Köpenick, los de Wedding la Roja, ocuparon las usinas, izaron la bandera roja y organizaron comités. Pudo ser el principio de una gran revolución popular; la emancipación de los trabajadores hecha por ellos mismos estaba en marcha; los comités estaban organizados para proporcionar los dirigentes del nuevo régimen

-Scriassine hizo una pausa-. ¿En vez de eso qué ocurrió? Los burócratas vinieron de Moscú, barrieron con los comités, liquidaron la base e instalaron una máquina estatal: una máquina de ocupación. -La mirada de Scriassine se detuvo en Enrique.- ¿No te dice nada? Desprecio de los hombres, tiranía burocrática: el caso es puro.

-No me enseñas nada -dijo Enrique-. Pero te olvidas de decir que esos burócratas eran comunistas alemanes refugiados en la U. R. S. S. que desde hacía tiempo habían creado en Moscú el comité de Alemania libre: tenían de todos modos más títulos que la gente que se sublevó durante la caída de Berlín. Sí, seguramente entre los obreros había comunistas, había comunistas sinceros; pero vaya uno a diferenciarlos cuando sesenta millones de nazis afirman al mismo tiempo que siempre han estado contra el régimen. Comprendo que los rusos hayan desconfiado. Eso no prueba que desprecien la base en general.

-Estaba seguro -dijo Scriassine estallando-. Para atacar a los Estados Unidos están siempre listos; pero abrir la boca contra la U.R.S.S., para eso no se encuentra a nadie.

-Salta a la vista que han tenido razón de obrar como han hecho -dijo Enrique.

-No comprendo -dijo Scriassine-. ¿Estás verdaderamente ciego? ¿O tienes miedo? Dubreuilh está vendido, todo el mundo lo sabe. ¡Pero tú!

-¡Dubreuilh vendido! ¡Ni siquiera tú crees en lo que dices! -dijo Enrique.

-Oh, no es con dinero como el P. C. compra -dijo Scriassine-. Dubreuilh es viejo, es célebre, ya tiene al público burgués: quiere a las masas.

-Vé a decirles a los militantes del S. R. L. que Dubreuilh es comunista -dijo Enrique.

-¡El S. R. L! ¡Un lindo engaño! -dijo Scriassine. Apoyó la cabeza contra el respaldo de su sillón con aire excedido.

-¿No te parece triste que no podamos pasar una noche entre amigos sin discutir a causa de la política? -dijo Luis sonriéndole a Enrique-. Hacer política, muy bien, ¿pero por qué hablar todo el tiempo de ella?

Por encima de la cabeza de Scriassine trataba de encontrar en Enrique la complicidad de cuando eran jóvenes; a Enrique le fastidió, sobre todo porque estaba de acuerdo.

-Estoy de acuerdo -dijo de mala gana.

-Uno termina por olvidar que existen otras cosas sobre la tierra -dijo Luis- miró sus uñas con aire púdico-. Cosas que se llaman la belleza, la poesía, la verdad. A nadie le importa.

-Todavía hay gente a la cual eso le interesa -dijo Enrique.

Pensó: "Yo debería hablar, decirle que ya no tenemos nada que hacer juntos." Pero no es fácil insultar sin provocación a un viejo amigo. Dejó su vaso, iba a levantarse para irse, pero

Lambert tomó la palabra.

-¿A quiénes? -dijo con fuego-. En todo caso no a Vigilance. Para que acepten un original debe estar relleno de política: si es simplemente hermoso o poético no la publicarán jamás.

-Es en efecto el reproche que yo le haría a Vigilance -dijo Luis-. Por supuesto, se pueden hacer libros muy hermosos sobre temas políticos, tu novela es un ejemplo -agregó con voz urbana-. Pero me parece deseable que a la literatura pura le sean devueltos sus derechos.

-Para mí es una palabra que no tiene sentido -dijo Enrique. Agregó con voz mordaz-: y es una palabra peligrosa. Ya sabemos adonde conduce querer aislar la literatura del resto.

-Depende de las épocas -dijo Luis-. Sin duda estuve en un error cuando creí en el 40 que uno podía prescindir de la política; créeme que he comprendido todo el alcance de mi equivocación -agregó en tono compenetrado-. Pero hoy me parece que tenemos de nuevo derecho a escribir, gratuitamente, sólo por placer.

Miraba a Enrique con aire inquisidor y cortés, como si hubiera solicitado verdaderamente una autorización; esa deferencia fingida exasperó a Enrique; pero de nada habría servido hacer un escándalo.

-Cada cual es libre -dijo secamente.

-¡No tan libre! -dijo Lambert-. No te das cuenta: es duro ir contra la corriente.

Luis meneó la cabeza con simpatía.

-Es tanto más duro que hoy todo conspira para convencer al individuo de que no es nada; si se recobrara, recobraría un montón de cosas; pero justamente es un círculo vicioso: no le proporcionan los medios.

-No, no se los proporcionan -dijo Lambert con fuerza. Miró a Enrique con aire animado--. ¿Recuerdas?; una vez en el Scribe discutimos sobre esto yo te decía que cada cual debe interesarse por sí mismo: sigo creyéndolo. Si uno piensa que no es nada, que no puede nada, que no tiene derecho a nada, ¿qué quieres que sea de uno? Mira: Chancel se hizo matar a propósito. Sézenac se droga. Vicente se emborracha, Lachaume ha vendido su alma al P. C.

-Lo embarullas todo -dijo Enrique-. No veo qué podría darle la literatura pura a Vicente ni a Sézenac. En cuanto a tus historias de individuo perdido y recobrado -dijo volviéndose hacia Luis- son tonterías. Hay individuos que son algo y otros que no son nada: depende de lo que hacen de su vida. Cuando uno es joven uno todavía no sabe lo que hará y por eso se siente fastidiado; pero en cuanto se interesa por algo -por otra cosa que por sí mismo- no hay más problema.

Había hablado con rabia. Le indignaba que Lambert diera importancia al palabrerío de Luis. Se puso de pie.

-Tengo que irme.

Scriassine se enderezó:

-¿Verdaderamente estás resuelto a no tomar en cuenta mis informaciones?

-No me has dado ninguna información -dijo Enrique.

Scriassine se sirvió un vaso de whisky y lo ingirió de un trago; tomó de nuevo la botella. Claudia se acercó apresuradamente y puso la mano sobre su brazo:

-¡Creo que el padrecito Víctor ha bebido bastante!

-¿Acaso cree que bebo por placer? -gritó Scriassine con voz violenta.

Enrique sonrió: -Sería una buena razón.

-Sólo así puedo olvidar -dijo Scriassine llenando el vaso.

-¿Olvidar qué? -preguntó Huguette con aire espantado.

-Dentro de dos años los rusos ocuparán a Francia y ustedes los recibirán de rodillas -dijo Scriassine.

-¡Dos años! -dijo Huguette.

-Pero no...-dijo Enrique.

-Ustedes les están entregando Europa, ¡son todos cómplices! -dijo Scriassine-. Tienen miedo, esa es la verdad: traicionan porque tienen miedo.

-La verdad es que tu odio por la U. R. S. S. se te ha subido a la cabeza --dijo Enrique-. Disfrazas los hechos, repites todos los globos. Es un trabajo feo. A través de la U. R. S. S. atacas al socialismo en general.

-Sabes muy bien que la U. R. S. S. ya no tiene nada que ver con el socialismo -dijo Scriassine con voz pastosa.

-¡No me digas que los Estados Unidos están más cerca! -dijo Enrique.

Scriassine miró a Enrique con ojos enrojecidos por la ira:

-Dices ser mi amigo ¡y defiendes un régimen que me ha condenado a muerte! El día en que me hayan fusilado explicarás en L'Espoir que tenían razones para hacerlo.

-¡Dios mío! -dijo Enrique-. ¡Ya los antiguos combatientes eran bastante cargantes! ¡Ahora nos vienen con el cuento de los futuros fusilados!

Scriassine miró a Enrique con odio. Tomó su vaso casi lleno y lo lanzó al vuelo. Enrique lo esquivó y el vaso se estrelló contra la pared.

-Deberías ir a acostarte -dijo Enrique dirigiéndose hacia la puerta. Hizo una señal con la mano-. ¡Salud!

-No hay que guardarle rencor -dijo Claudia-. Está borracho.

-Se ve.

Scriassine se había dejado caer en un sillón, la cabeza entre las manos.

-¡Qué escena! -dijo Enrique cuando se encontró con Lambert en el jardín de entrada.

-Sí. Pienso como Volange: las discusiones políticas deberían estar prohibidas.

-Scriassine no discute: vaticina.

-Oh, de todas maneras siempre pasa lo mismo -dijo Lambert-, se tiran los vasos a la cabeza y ni siquiera saben de qué hablan. Ambos ignoran lo que pasa en Alemania Este. Él es parcial contra la U. R. S. S., pero tú eres parcial a favor.

-Yo no soy parcial. Sospecho que todo no es perfecto en U. R. S. S., lo asombroso sería lo contrario. Pero, en fin, son ellos los que están bien encaminados.

Lambert hizo una mueca y no contestó nada.

-Me pregunto qué esperaba Scriassine de esta entrevista -dijo Enrique-. Luis debe haberla sugerido: espera que lo ayude a salir nuevamente a flote.

-A lo mejor tiene ganas de volver a ser amigo tuyo.

-¿Luis? Estás loco.

Lambert miró a Enrique con perplejidad:

-¿Era tu mejor amigo antes?

-Una extraña amistad -dijo Enrique-. Cuando llegó al liceo de Tulle venía de París, me dejó deslumbrado; me encontró menos campesino que a los demás. Pero nunca nos hemos querido.

-Yo lo encuentro simpático -dijo Lambert.

-Lo encuentras simpático porque la política te aburre y defiende la literatura pura. Pero comprendes por qué lo hace, ¿no?

Lambert vaciló:

-Que sea por una o por otra razón, lo que ha dicho es verdad. Hay problemas individuales y no es fácil resolverlos si todo el mundo te repite que haces mal en planteártelos.

-Nunca he pretendido eso -dijo Enrique-; hay que planteárselos, de acuerdo. Lo que digo es que no se les puede aislar de los demás problemas. Para saber quién eres y lo que quieres hacer, tienes que decidir cómo vas a situarte en el mundo.

Lambert subió en su moto y Enrique detrás de él. “Un año ha bastado -pensó-, y los vemos volver con la arrogancia del pecador que está seguro de valer justo noventa y nueve. Como dicen cosas distintas que nosotros, Lambert y los tipos de su edad van a creer que les traen algo nuevo. Van a estar tentados. No debe ser -dijo Enrique-, hay que impedirlo por todos los medios.” En cuanto la moto se detuvo dijo con voz cálida:

-¿Sabes?, acepto tu ofrecimiento con gratitud; es una espléndida idea la que has tenido; seguiremos siendo dueños en nuestra casa.

-¿Aceptas? -dijo Lambert con aire dichoso.

-Por supuesto. Todo este lío me puso de mal humor. Por eso no salté de alegría. ¡Pero te imaginas si estoy contento de poder conservar el diario!

-¿Crees que Trarieux aceptará? -dijo Lambert.

-No tendrá más remedio -dijo Enrique. Le dió a Lambert un caluroso apretón de manos-. Gracias, hasta mañana.

"No, no es el momento de lavarse las manos", pensó entrando a su cuarto. Su rencor por Dubreuilh no moriría tan pronto, pero eso no le impedía un trabajo en común, esas cuestiones de sentimientos eran muy secundarias. Lo importante era impedir el regreso de los Volange, era ganar la partida. Encendió un cigarrillo. Sería bueno para Lambert pertenecer al comité de L’Espoir; Enrique se las arreglaría para asociarlo cada vez más estrechamente a la vida del diario; Lambert se formaría políticamente, se sentiría mucho menos perdido en el mundo, y una vez bien metido en el movimiento ya no se preguntaría qué hacer con sus huesos.

"En verdad no es fácil ser joven ahora", se dijo Enrique. Decidió tener uno de esos días una serie conversación. " ¿ Y qué le diré exactamente?" Empezó a desvestirse. "Si fuera comunista o cristiano vacilaría menos -se dijo-. Siempre se puede tratar de imponer una moral universal. Pero darle un sentido a su vida es otra cuestión. Imposible explicarlo en cuatro frases." Enrique suspiró. Para esto sirve la literatura: mostrar a los otros el mundo tal como uno lo ve; pero la verdad es que él lo había intentado y había fracasado, "¿Lo intenté verdaderamente?", se preguntó. Encendió otro cigarrillo y se sentó al borde de la cama. Había querido escribir un libro gratuito: gratuito, sin necesidad, sin razón; no era raro que se hubiera cansado tan pronto. Y se había prometido ser sincero pero sólo había sido complaciente; había pretendido hablar de él sin situarse en el pasado ni en el presente: cuando la verdad de su vida estaba fuera de él, en los acontecimientos, en las gentes, en las cosas; para hablar de sí hay que hablar de todo el resto. Se levantó y tomó un vaso de agua; En el momento le había venido bien decir que la literatura ya no tenía sentido, pero eso no le había impedido escribir una pieza de la que estaba contento. Una pieza fechada, situada y que significaba algo; por eso estaba contento. ¿Por qué no iniciar una novela fechada, situada, que significara algo? Contar una historia de hoy en la que los lectores recobraran sus preocupaciones, sus problemas. No demostrar ni exhortar, sino testimoniar. Tardó en dormirse.

Dubreuilh no había logrado convencer a Trarieux ni a Samazelle. Pero sin duda no comprendieron qué garantía representaba para Enrique la presencia de Lambert en el comité del diario, o bien temieron un escándalo que hubiera sido nefasto para el S. R. L., o quizá después de todo no alimentaban designios maquiavélicos: aceptaron sin dificultad la combinación que Enrique les propuso. En el diario nadie se emocionó mucho por un cambio que parecía de orden puramente administrativo. Salvo Vicente. Llegó a la sala de redacción en un momento en que Enrique estaba solo con Lucas y atacó con voz rabiosa: -No comprendo nada de la que pasa.

-Sin embargo, es muy sencillo -dijo Enrique.

-No conozco a ese Trarieux, pero un hombre que tiene tantos billetes es seguramente peligroso. Estaríamos mejor sin él.

-No podíamos -dijo Enrique.

-¿Y por qué has hecho entrar a Lambert al comité? - dijo Vicente-. Te dará sorpresas desagradables. ¡Cuando pienso que se ha reconciliado con su padre sabiendo lo que sabe!

-No hay ninguna prueba de que el viejo haya vendido a Rosa -dijo Enrique--. Deja de juzgar a la gente a tu antojo. Conozco a Lambert y confío plenamente en él.

Vicente se encogió de hombros:

-¡Todo este asunto me desespera!

-¡Hay que confesar que la erramos! Lucas con un suspiro.

-¿Qué es lo que erramos? -dijo Enrique.

-Todo en conjunto -dijo Lucas-. Podíamos esperar que las cosas iban a cambiar un poco; y de nuevo sólo el dinero cuenta.

-No podía cambiar tan pronto -dijo Enrique.

-Nada cambia nunca -dijo Vicente. Se volvió bruscamente y caminó hacia la puerta.

-¿No sabe que te he puesto al corriente? -dijo Lucas con inquietud.

-No -dijo Enrique-. No le he dicho nada y no le diré nada. ¿Para qué?

El día fijado para la firma del contrato Paula había encendido un gran fuego de leña en la chimenea a pesar de la dulzura del cielo de noviembre, y mientras atizaba distraídamente preguntó:

-¿Estás absolutamente resuelto a firmar?

-Absolutamente.

-¿Por qué?

-No tengo elección.

-Siempre se tiene una elección.

-No en este caso.

-Sí -ella se irguió frente a él -. Podrías irte.

Ya está, ya las había pronunciado esas palabras que desde hacía días retenía torpemente; inmóvil, las manos crispadas sobre las puntas de su chal, parecía un mártir ofreciendo su cuerpo a las fieras. Afirmó su voz:

-Sería más elegante que te fueras.

-Si supieras hasta que punto me río de la elegancia.

-Hace cinco años no habrías vacilado -dijo ella-. Te hubieras ido. ~

Él se encogió de hombros:

-He aprendido muchas cosas en cinco años. ¿Tú no?

-¿Qué has aprendido? -dijo con voz teatral-. ¿A pactar, a transigir?

-Oh, siempre hay razones, nadie se compromete sin razón. Pero justamente hay que saber negar las razones. -El rostro de Paula se alteró; había en sus ojos una súplica desamparada.- Tú sabías; habías elegido los caminos más difíciles, la soledad, la pureza: el pequeño San Jorge de Pisanello, vestido de blanco y oro, decíamos que eras tú.

-Tú lo decías…

-¡Ah, no reniegues nuestro pasado! -exclamó.

-Él dijo malhumorado: -No reniego nada.

-Reniegas; estás traicionándote. Y sé quién es el responsable -agregó con ira-. Un día me explicaré con él.

-¿Dubreuilh? Pero, en fin, es absurdo; me conoces bastante para saber que no me hacen hacer lo que no quiero.

-A veces tengo la impresión de no conocerte nada -dijo ella mirando a Enrique con desesperación; agregó desorientada-: ¿Eres verdaderamente tú?

-Así me parece -dijo encogiéndose de hombros.

-Pero tú mismo no estás seguro. Te veo…

Él la interrumpió brutalmente:

-No me busques siempre en el pasado. Soy tan real hoy como ayer.

-No. Yo sé dónde está nuestra verdad-dijo con voz inspirada-. Y la mantendré contra todo.

-Entonces no hemos terminado de pelearnos. He cambiado, métete eso en la cabeza. Uno cambia, Paula. Y las ideas cambian y también los sentimientos. Tendrás que terminar por admitirlo.

-Nunca -dijo ella. Las lágrimas asomaban a los ojos de Paula-. Créeme que sufro más que tú con estas discusiones; no lucharía con ira ti si no me viera obligada.

-Nadie te obliga.

-Yo también tengo mi misión -dijo en tono feroz- y la cumpliré. No permitiré que te aparten de ti.

Él no tenía armas contra esas palabras altisonantes; rezongó con voz rabiosa:

-¿Sabes lo que va a pasar? Vamos a terminar por odiarnos.

-¿Podrías odiarme? -ella ocultó su rostro entre sus manos; luego alzó la cabeza-. Si es necesario soportaré hasta tu odio -dijo-, por amor a ti.

Él se encogió de hombros sin contestar y caminó hacia su cuarto: "Tengo que terminar con esto. Tengo que terminar", dijo con pasión.

El S. R. L. había sostenido en noviembre las reivindicaciones de Thorez; en retribución, los comunistas le manifestaron de nuevo cierta benevolencia y L'Espoir volvió a ser leído en las fábricas; pero el idilio duró poco. Los comunistas señalaron con odio el artículo en que Enrique les reprochaba haber votado ciento cuarenta mil millones, aquel en que Samazelle subrayaba los diferendos que los oponían a los socialistas respecto a la política de los Tres Grandes. Reaccionaron bombeando el S. R. L. y atacándolo de todas las maneras posibles. Samazelle hubiera querido separarse francamente de ellos: según él, el S. R. L. debía constituirse en partido y presentar sus candidatos en las elecciones de junio. Su propuesta fué rechazada, pero el comité decidió aprovechar las elecciones para adoptar respecto al P. C. una política menos pasiva: iban a abrir una campaña.

-No queremos debilitar al P. C., pero deseamos que modifique su línea -concluyó Dubreuilh-. Y bueno, esta es una ocasión de imponernos. Lo que decimos en nuestro nombre no le impresiona; pero está obligado a tener en cuenta la base. Comprometeremos a la gente a votar por los partidos de izquierda; pero poniendo sus condiciones. En este momento el proletariado tiene un montón de agravios contra los comunistas; si canalizamos ese descontento, si logramos traducirlo en reivindicaciones precisas, tenemos una posibilidad de provocar en los dirigentes un cambio de actitud.

Cuando Dubreuilh acababa de tomar una decisión daba la impresión de que toda su vida anterior se había regido siempre por ella; Enrique lo comprobó una vez más cuando al final de la sesión fueron a comer, como todos los sábados, a un restaurancito de los muelles. Dubreuilh expuso a Enrique el artículo que iba a escribir aquella misma noche y parecía que siempre había premeditado hacerlo aparecer en la fecha exacta en que aparecería. En primer lugar les reprocharía a los comunistas que hubieran sostenido el empréstito anglo-sajón; sí, eso apresuraría el regreso a la prosperidad, pero los obreros no sacarían ningún beneficio.

-¿Y usted piensa que esa campaña puede verdaderamente tener influencia? -dijo Enrique.

Dubreuilh se encogió de hombros:

-Ya lo veremos. Usted sostenía durante la resistencia que hay que obrar como si la eficacia de la acción que uno emprende estuviera garantizada; era un buen principio; me atengo a él.

Enrique miró a Dubreuilh; pensó: "No es el género de respuesta que hubiera hecho el año pasado." Dubreuilh estaba netamente preocupado últimamente.

-En otros términos, ¿no espera gran cosa? -dijo.

-Oh, escuche: esperar, no esperar es tan subjetivo -dijo Dubreuilh-. Si uno se rige por sus humores, no termina más, se convierte en un Scriassine. Cuando uno debe tomar una decisión no hay que mirar dentro de sí mismo.

Había en su voz, en su sonrisa, una especie de abandono que antes hubiera conmovido a Enrique; pero desde la crisis de noviembre había perdido todo afecto por Dubreuilh. "Si me habla con tanta confianza es porque Ana está ausente; necesita esgrimir su pensamiento con alguien", se dijo. Al mismo tiempo se reprochaba un poco su malevolencia.

Dubreuilh publicó en L'Espoir una serie de artículos de una severidad extrema, a los que la prensa comunista contestó con rabia. Comparaban la actitud del S. R. L. a la de los trotskistas, que se habían negado a colaborar en la resistencia so pretexto que ésta servía al imperialismo inglés. A pesar de todo, esta polémica en que el P. C. y el S. R. L. se acusaban mutuamente de desconocer los verdaderos intereses de la clase obrera, conservaba un tono relativamente cortés. Por eso un jueves Enrique leyó con estupor en L'Enclume un artículo donde Dubreuilh era atacado con inusitada violencia. Criticaban el ensayo que estaba publicando en Vigilance: el capítulo de su libro del que le había hablado a Enrique unos meses antes y que se refería de manera muy indirecta a los problemas políticos; a partir de ahí, sin razón aparente, armaban contra él una verdadera acusación: era un perro guardián del capitalismo, un enemigo de la clase obrera.

-¿Qué les ha dado? ¿Y cómo Lachaume ha dejado pasar este artículo? Es una porquería -dijo Enrique.

-¿Te asombra en él? -dijo Lambert.

-Sí. Y el tono del artículo también me asombra. En este momento hay más bien un exceso de tolerancia.

-No me sorprende tanto -dijo Samazelle-. A los tres meses de las elecciones no van a arrastrar por el suelo un diario como L'Espoir que miles de obreros leen y hasta los mismos comunistas. Respecto al S. R. L., propiamente dicho, es lo mismo, tienen interés en cuidarlo. Pero desacreditar a Dubreuilh ante los ojos de los jóvenes intelectuales de izquierda es beneficio puro.

La satisfacción manifiesta de Samazelle y de Lambert exasperó a Enrique. Sintió que se crispaba un poco cuando dos días después Lambert le dijo con aire alegre pero burlón:

-Me he divertido escribiendo sobre el artículo de L'Enclume. Pero me pregunto si aceptarás publicarlo.

-¿Por qué? ,

-Porque van acollarados Lachaume y Dubreuilh; no ha robado lo que le pasa; eso le enseñará a jugar a dos puntas. Si es un intelectual, que no sacrifique a la política las virtudes del intelectual; si los considera como un lujo inútil, que prevenga, y en lo que se trata del pensamiento libre iremos a buscarlo a otro lado.

-Efectivamente, dudo que eso pueda ser publicado en L'Espoir -dijo Enrique-; por otra parte, eres injusto. Pero muéstramelo.

El artículo era hábil, incisivo y a veces pertinente, pese a su malevolencia; atacaba a los comunistas con intemperancia y era excesivamente ofensivo para Dubreuilh.

-Tienes dones de panfletista -dijo Enrique-. Es brillante tu artículo -sonrió- Evidentemente es impublicable.

-¿No es verdad lo que digo? -preguntó Lambert.

-Es verdad que Dubreuilh está compartido; pero me extraña que se lo reproches. Yo estoy como él, ¿sabes?

-¿Tú? Pero es por lealtad hacia él -dijo Lambert. Guardó su artículo en el bolsillo-. Advierte, no es que me importe lo que escribí, pero de todas maneras es gracioso: si quisiera publicarlo no habría caso. Soy demasiado anticomunista para L'Espoir o para Vigilance, y demasiado de izquierda para los de derecha.

-Es el primer artículo que te rechazo -dijo Enrique.

-Oh, reportajes, críticas, se publican en todas partes. Pero si alguna vez quisiera decir lo que pienso sobre algo importante nada podrías ofrecerme, salvo lamentarlo.

-Inténtalo -dijo Enrique amistosamente.

Lambert sonrió:

-Felizmente no tengo nada importante que decir.

-¿No has tratado de escribir otros cuentos? -preguntó Enrique.

-No.

-Te descorazonaste muy pronto.

-¿Sabes lo que me descorazona? -dijo Lambert con una brusca agresividad-. Es ver el relato del chico Peulevey en Vigilance. Si te gusta esa clase de literatura no comprendo más nada.

-¿No te parece interesante? -dijo Enrique con sorpresa-. Uno siente la Indochina, se siente que es un colono y al mismo tiempo se siente una infancia.

-Digan francamente que Vigilance no publica ni cuentos ni novelas sino reportajes -dijo Lambert-. Basta que un tipo haya pasado su infancia en las colonias y que esté en contra para que decreten que tiene talento.

-Peulevey lo tiene -dijo Enrique-. El hecho es que es más interesante contar algo que nada -agregó-. El defecto de tus cuentos es que elegiste no contar nada. Si hablaras de tus experiencias como ese tipo habla de las suyas quizá hicieras algo excelente.

Lambert se encogió de hombros:

-Yo también pensé en un relato sobre mi infancia; y después lo dejé. Las experiencias mías no ponen al mundo en tela de juicio; son puramente subjetivas, y por lo tanto, desde el punto de vista de ustedes, perfectamente insignificantes.

-Nada es insignificante -dijo Enrique-. Tu infancia también tiene un sentido: debes encontrarlo y hacérnoslo sentir.

-Ya sé -dijo Lambert con voz irónica-. Con cualquier cosa se puede fabricar un documento humano -sacudió la cabeza-. No es eso lo que me interesa. Si escribiera sería para decir las cosas en su insignificancia. Pero no me gusta la literatura que a ustedes les gusta; entonces no escribiré nada: es más sencillo.

-Escucha, la próxima vez que salgamos juntos vamos a hablar de todo esto seriamente -dijo Enrique-. Si soy yo quien te aparta de la literatura estoy desolado.

-Note desesperes, no vale la pena -dijo Lambert. Salió del escritorio sin sonreír; por poco hubiera golpeado la puerta tras él; estaba verdaderamente herido.

"Ya se le pasará", se dijo Enrique. Había decidido no impresionarse más: las cosas nunca salían tan mal como uno temía. Samazelle no era tan molesto como Enrique lo había temido; exceptuando a Lucas había ganado a todo el equipo por su cordialidad; Trarieux nunca pisaba el diario; el tiraje había aumentando mucho y finalmente Enrique estaba tan libre como antes. Pero era sobre todo su nueva novela lo que lo volvía optimista; había temido enormes dificultades: y el libro se organizaba casi solo. Esta vez Enrique estaba casi seguro de haber partido con buen pie y escribía alegremente. La única nube era que Paula exigía que trabajara a su lado. Quería ver sus borradores. Él se los negaba, se enojaba. De nuevo aquella mañana, mientras terminaban el desayuno, ella atacó:

-¿Adelanta tu trabajo?

-Así no más.

-¿Cuándo me mostrarás algo?

-Te he dicho veinte veces que todavía no hay nada legible, es informe.

-Justamente: desde que me lo dices ha debido tomar forma.

-He vuelto a empezar todo de nuevo.

Paula apoyó sus codos contra la mesa y colocó su barbilla en el hueco de las manos:

-Ya no tienes gran confianza en mí, ¿verdad?

-Por supuesto que sí.

-No, ya no. tienes más confianza. Es desde ese viaje en bicicleta -dijo en tono pensativo.

Enrique la miró con sorpresa:

-¿Qué podía ese viaje cambiar entre nosotros?

-Es un hecho -dijo ella.

-¿Qué hecho?

-Y bueno, que ya no crees en lo que te digo -él se encogió de hombros y ella agregó con vivacidad-. Puedo citarte veinte casos en los que no me has creído.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo: te dije en setiembre que si quieres puedes dormir en tu hotel; y cada vez vuelves a pedirme permiso con aire culpable. No quieres creer que prefiero tu libertad a mi felicidad.

-Escucha, Paula. La primera vez que dormí en el hotel tenías los ojos hinchados al día siguiente.

-Tengo derecho a llorar, ¿no? -dijo con voz agresiva.

-Pero no tengo ganas de hacerte llorar.

-¿Y crees que no lloro cuando me niegas tu confianza, cuando veo que guardas tu manuscrito con llave? Porque lo guardas con llave...

-Verdaderamente no hay de qué llorar -dijo él con irritación.

-Es insultante -miró a Enrique con aire asustado, casi pueril-. A veces me pregunto si no eres un sádico.

Él se sirvió una segunda taza de café, sin contestar, y ella dijo furiosa:

-¿Tienes miedo de que hurgue en tus papeles?

-Es lo que yo haría en tu lugar -dijo Enrique con una voz que se esforzaba por ser alegre.

Ella se levantó y empujó su silla.

-¡Lo confiesas! ¡Atrancas tus cajones a causa mía! ¡Hemos llegado a esto!

-Es para evitarte tentaciones -dijo. Esta vez la alegría de su voz sonaba completamente falsa.

-¡Hemos llegado a esto! -repitió ella; miró a Enrique en los ojos-. ¿Si te jurara que no voy a tocar tus papeles me creerías, dejarías el cajón abierto?

-Estás tan obsesionada por ese desgraciado manuscrito que tú misma no puedes responder de lo que harías; creo en tu sinceridad, por supuesto, pero cerraría el cajón.

Hubo un silencio y Paula dijo lentamente:

-Nunca me habías herido como acabas de hacerlo.

-Si no puedes soportar la verdad, no me obligues a decírtela -dijo Enrique empujando su silla con violencia.

Subió a la escalera, se sentó ante su mesa de trabajo. Paula hubiera merecido que le mostrara ese manuscrito; así se habría visto libre de ella. Evidentemente en el momento de publicarlo se vería obligado a modificar esas páginas: a menos que ella muera entre tanto; por el momento cuando las releía se sentía vengado. "En un sentido la literatura es más verdadera que la vida -se dijo-. Dubreuilh se burló de mí, Luis es un cochino, Paula me envenena la existencia; y les sonrío. En el papel uno va hasta el extremo de lo que siente." Recorrió una vez más la escena de la ruptura: ¡qué fácilmente se rompe sobre el papel! Uno odia, uno grita, uno mata, uno se mata; se va hasta el final: es por eso que es falso. "Bueno -se dijo-, pero es satisfactorio. En la vida sin cesar uno reniega de sí mismo y los demás nos contradicen. Paula me exaspera; sin embargo, dentro de un rato me apiadaré de ella y ella cree que en el fondo estoy enamorado de ella. Sobre el papel detengo el tiempo e impongo al mundo entero mis certidumbres: se convierten en la única realidad." Destornilló el capuchón de su estilográfica. Paula nunca leería estas páginas; sin embargo, él triunfaba como si la hubiera obligado a reconocerse en el retrato que había trazado de ella: una falsa enamorada que no ama sino sus comedias y sus sueños; una mujer que finge la grandeza, la generosidad, la abnegación cuando en verdad no tiene ni orgullo ni coraje y está hundida en el egoísmo de sus pasiones fingidas. Él la veía así y sobre el papel ella coincidía exactamente con esa visión.

Enrique hizo lo posible los días que siguieron para evitar nuevas escenas. Paula había encontrado otra razón para indignarse: la conferencia que él había aceptado dar en casa de Claudia. Primeramente él intentó justificarse: hasta

Dubreuilh había hablado en casa de Claudia, se trataba de recolectar dinero para un hogar de niños, no era posible negarse. Como ella no aflojaba, él resolvió callar. Visiblemente esa táctica no hizo sino exasperar a Paula; ella también callaba, pero parecía amasar en su cabeza resoluciones importantes. El día de la conferencia lo miraba con un aire tan duro, mientras se hacía el nudo de la corbata ante el espejo del dormitorio, que pensó esperanzado: "Me va a proponer que rompamos." Preguntó con voz amable: -¿Decididamente no me acompañas?

Ella rió tan bruscamente que si no la hubiera conocido habría creído que estaba loca:

-¡Es una broma! ¡Acompañarte a ese carnaval!

-Como quieras.

-Tengo algo mejor que hacer -dijo con una voz que reclamaba una pregunta; preguntó dócilmente:

-¿Qué tienes que hacer?

-Es cuestión mía -dijo con soberbia.

Esta vez él no insistió, pero mientras terminaba de peinarse ella dijo en tono provocante:

-Voy a pasar por Vigilance a ver a Dubreuilh.

Enrique se volvió bruscamente, había calculado bien su efecto:

-¿Por qué quieres ver a Dubreuilh?

-Te previne que uno de estos días iría a explicarme con él.

-¿Sobre qué?

-Tengo muchas cosas que decirle de mi parte y también de la tuya.

-Te ruego que no te metas en mis relaciones con Dubreuilh -dijo Enrique-; no tienes nada que decirle y no irás a verlo.

-Lo lamento -dijo-, ya he tardado demasiado. Ese hombre es tu ángel malo y sólo yo puedo librarte de él.

Enrique sintió que la sangre se le subía a la cara; ¿qué iría a decirle a Dubreuilh? Enrique se había expresado libremente ante Paula en los momentos de rabia o de inquietud; imposible soportar que algunas de sus palabras fueran repetidas; pero ¿cómo impedírselo? Lo esperaban en casa de Claudia, no encontraría en cinco minutos la manera de convencerla, había que atarla o encerrarla. Balbució:

-Estás divagando.

-¿Ves?, cuando se vive muy sola, como yo, hay mucho tiempo para pensar -dijo Paula-; pienso en ti y en todo lo que te atañe, y a veces veo a Dubreuilh, lo he visto estos días con una precisión extraordinaria: y comprendí que haría todo para destruirte.

-Ah, si ahora te pones a tener visiones -dijo. Buscaba una manera de intimidar a Paula; no encontraba sino una: amenazarla con romper.

-No me fío únicamente en mis visiones -dijo Paula con una voz voluntariamente misteriosa.

-¿En qué otra cosa te fías?

-Me he informado -dijo. Clavaba en Enrique una mirada alegre; él la miró con perplejidad.

-Sin duda, Ana no te habrá dicho que Dubreuilh quiere destruirme.

-¿Quién habla de Ana? -dijo-. Ana es aun más ciega que tú.

-Entonces ¿a qué extra-lúcido has consultado? -preguntó; se sentía vagamente inquieto.

La mirada de Paula se puso seria:

-He hablado con Lambert.

-¿Lambert? ¿Dónde lo has visto? -dijo Enrique. La rabia le secaba la garganta.

-Aquí; ¿es un crimen? -dijo Paula con aire tranquilo-. Le telefoneé que viniera.

-¿Cuándo?

-Ayer. Él tampoco quiere a Dubreuilh.-dijo con satisfacción?

-Es un abuso de confianza -dijo Enrique. Pensar que había hablado con Lambert empleando su vocabulario ridículo y su irrisoria vehemencia; daban ganas de cachetearla.

-Siempre has hablado de pureza, de elegancia -dijo con voz furiosa-, pero una mujer que comparte la vida de un hombre, su pensamiento, sus secretos, y que dispone de ellos a sus espaldas, sin prevenirlo, obra de una manera asquerosa; ¿oyes? -dijo tomándola de la muñeca-, asquerosa.

Ella sacudió la cabeza:

-Tú eres mi vida, puesto que te he sacrificado la mía. Tengo derechos sobre ella.

-Nunca te he pedido ningún sacrificio -dijo él-. He tratado de ayudarte el año pasado a hacerte una vida propia: no quisiste; es asunto tuyo, pero no tienes ningún derecho sobre mí.

-No he querido por ti -dijo-. Porque me necesitas.

-¿Crees que necesito estas escenas perpetuas? ¡Te equivocas de una manera! Hay momentos en que me das ganas de no volver a poner los pies aquí. Y voy a decirte una cosa: si vas a ver a Dubreuilh nunca te lo perdonaré. No volverás a verme.

-Pero quiero salvarte -dijo ella con pasión-. ¡No comprendes que te estás perdiendo! Aceptas todos los compromisos, vas a hablar en los salones. ..Y sé por qué ya no te atreves a mostrarme lo que escribes: tu fracaso se refleja en tu trabajo, y tú lo sientes. Tienes vergüenza. Tienes tanta vergüenza que escondes tu manuscrito con llave: tiene que ser algo muy abyecto.

Enrique la miró con odio:

-¿Si te muestro ese manuscrito me das tu palabra que no vas a ver a Dubreuilh?

Bruscamente el rostro de Paula se ablandó:

-¿Me lo mostrarás?

-¿Me darás tu palabra?

Ella reflexionó: -Te daré mi palabra de no ir hoy.

-Me basta -dijo Enrique. Abrió el cajón, sacó el gran cuaderno verdoso y lo arrojó sobre la cama.

-Puedo leerlo, ¿es verdad? -dijo Paula con voz desconcertada; su seguridad de actriz trágica se había esfumado y de pronto parecía más bien lamentable.

-Puedes.

-Ah, estoy tan contenta -dijo; sonrió tímidamente-. Esta noche discutiremos, como antes.

Él no contestó. Miraba ese cuaderno que Paula acariciaba con la palma de la mano. Sólo papel, tinta, parecía tan inofensivo como los polvos guardados con llave en la farmacia de su padre; en verdad era más cobarde que un envenenador.

-Hasta luego -gritó por encima de la balaustrada mientras huía del estudio.

-Hasta luego.

En la escalera seguía huyendo, intentaba en vano poner su cabeza en blanco. Aquella noche cuando volviera a ver a Paula habría leído. Leería cada frase, releería cada palabra: era un asesinato. Se paró. La mano apoyada en el pasamanos, subió lentamente algunos peldaños y el gran perro negro se arrojó sobre él, ladrando. Aborrecía a ese perro, esa escalera, el amor fanático de Paula, sus silencios, sus escenas; sus desdichas. Volvió a bajar corriendo hasta la calle.

Era uno de esos hermosos días de invierno un poco brumosos donde el fondo del aire es rosado; por el ventanal Enrique veía un jirón de cielo sedoso; volvió su mirada hacia su auditorio, pero era más difícil hablar cuando se les veía. Sombreritos, joyas, pieles: había sobre todo mujeres, de esas que tienen bonitos restos y que creen saber presentarlos. ¿En qué podía interesarles la historia del periodismo francés? Hacía demasiado calor, el aire olía a perfume; la mirada de Enrique encontró la sonrisa tenue de María Ángel y Vicente le hizo una mueca risueña; en algún lado, entre una millonaria argentina y una mecenas jorobada,

Lambert estaba sentado y Enrique temía encontrarse frente a frente con él: tenía vergüenza; de nuevo bajó los ojos y dejó que las palabras salieran de su boca.

-¡Maravilloso!

Claudia había dado la señal de los aplausos, golpeaban en sus manos, desencadenaban sus voces, se precipitaban hacia la estrada. Huguette Volange abrió una puertita a espaldas de Enrique.

-Venga por aquí. Claudia va a echar a las señoronas; no ha retenido sino a sus amigos y a algunos íntimos. Debe de estar muerto de sed -agregó, arrastrando a Enrique hacia la mesa donde Julián, frente a dos mozos, vaciaba una copa de champaña.

-Me disculparás; no he oído nada -dijo en voz muy alta-.Yo, si he venido, fue para emborracharme gratis.

-Estás disculpado; las conferencias son tan pesadas de escuchar como de dar -dijo Enrique.

-¡Perdón! A mí no me pareció nada pesada -dijo Vicente-, hasta era instructiva -rió-. De todas maneras yo también tomaré una copa con gusto.

-Bebe -dijo Enrique; trajo rápidamente sobre su rostro una sonrisa graciosa; una señora con pelo blanco y legión de honor se abalanzaba hacia él:

-Gracias por su colaboración. ¡Era magnífico! ¿Sabe que hemos ganado más que con Duhamel?

-Me alegro mucho -dijo Enrique. Buscaba a Lambert con la mirada. ¿Qué le había dicho Paula? Jamás Enrique había puesto a Lambert al corriente de su vida privada; evidentemente sabía cosas íntimas sobre él, por Nadine, pero de eso, de la historia con Nadine le importaba un pito, era agua clara. Paula, era distinto. Le sonrió a Lambert:

-¿Te molestaría llevarme de vuelta en moto cuando este carnaval haya terminado?

-¡Me encantaría! -dijo Lambert con un tono completamente natural.

-¡Gracias! Podremos conversar un poco.

Se interrumpió porque Claudia entraba impetuosamente a la sala y se precipitaba sobre él;

-Va a ser un amor, va a dedicar algunos libros: estas señoras son sus admiradoras apasionadas.

-Encantado -dijo Enrique; agregó a media voz-: Pero no puedo quedarme, me esperan en el diario.

-Tiene que ver a las Belhomme; vienen a propósito por usted; van allegar de un momento a otro.

-Dentro de media hora me voy -dijo Enrique. Tomó el libro que una rubia alta le tendía-. ¿Qué nombre?

-No lo conoce -dijo la rubia con una sonrisita altanera-, pero lo conocerá: Colette Masson.

Agradeció con otra sonrisa misteriosa y en otro libro escribió otro nombre. ¡Qué comedia! Firmaba, sonreía; sonreía, firmaba; el saloncito se había llenado; formaban legión los íntimos de Claudia. Ellos también sonreían, apretaban la mano de Enrique, sus ojos brillaban con una curiosidad que parecía picaresca; y decían las mismas palabras que le habían dicho la última vez a Duhamel, que repetirían indiferentemente la próxima vez a Mauriac o a Aragon. De tanto en tanto un lector fervoroso se creía obligado a expresar su admiración: éste se había sentido impresionadísimo por la descripción de un insomnio, aquél por una frase sobre los cementerios: siempre se trataba de un pasaje insignificante, escrito con indiferencia. Guite-Ventadour le preguntó a Enrique por qué elegía como héroes a señores tan tristes: y sonrió a la redonda a un montón de gente infinitamente más triste. "¡Cómo son de severos con los personajes de las novelas! -pensó Enrique-. No les pasan una debilidad. ¡Y de qué manera rara leen todos! Supongo que en vez de seguir los caminos que uno les traza, la mayoría atraviesa las páginas como ciegos; de tanto en tanto una palabra resuena en ellos, despertando Dios sabe qué

recuerdos o qué nostalgias; o bien en una imagen creen percibir algún reflejo de ellos mismos: se detienen un instante, se miran, vuelven a partir a tientas. Sería mejor no ver nunca a los propios lectores de cerca", pensó. Se acercó a María Ángel, que lo miraba con aire burlón.

-¿De qué te ríes?

-No me río, observo -agregó-. Tienes razón de vivir oculto; no eres brillante.

-¿Qué se necesita para ser brillante?

-Mira a tu amigo Volange y aprende.

-No estoy dotado -dijo Enrique.

No le divertía deslumbrarlos; y era igualmente vano pretender escandalizarlos. Julián vociferaba, vaciando con ostentación copa tras copa, y la gente reía con indulgencia a su alrededor: "Yo, si tuviera un nombre semejante me lo cambiaría en seguida -clamaba-. Belzunce, Polignac, La Rochefoucauld, se han arrastrado por todas las páginas de la historia de Francia, están llenos de polvo." Podía insultarlos proferir las peores incongruencias, estarían encantados; si no está consagrado por títulos, premios, decoraciones, está bien que un poeta sea un bufón. Julián creía dominarlos y los confirmaba en la conciencia de que eran superiores. No, el único procedimiento era no frecuentar a esa gente. Los escritores mundanos y los pseudo-intelectuales que se precipitaban alrededor de Claudia eran todavía más deprimentes. No les divertía escribir; no les interesaba pensar, y todo el hastío que se infligían aparecía sobre sus rostros. Sólo les preocupaba el personaje que se fabricaban y el éxito de su carrera y sólo se frecuentaban para envidiarse de más cerca. Una atroz ralea. Enrique sonrió con simpatía al ver a Scriassine: era fanático, barullero, insoportable, pero lleno de vida, y cuando empleaba las palabras era por pasión, no para trocarlas por dinero, halagos, honores; en él la vanidad venía después y no era sino un defecto superficial.

-Espero que no me guardas rencor -dijo Scriassine.

-Por supuesto que no, habías bebido. ¿Cómo estás? ¿Vives siempre aquí?

-Sí. Bajé a propósito para saludarte; esperaba que la gente elegante se hubiera ido. ¿Es delante de esto que has hablado y que Claudia quiere que yo hable?

-No es un mal público -dijo Volange, que se había acercado con paso displicente. Distribuyó a su alrededor una sonrisita altanera y detuvo su mirada sobre Lambert-. La gente que tiene mucho dinero afecta ser frívola; pero en realidad tienen a menudo el sentido de los verdaderos valores. El lujo de Claudia, por ejemplo, es muy inteligente.

-Me pudre el lujo -dijo Scriassine.

María Ángel se echó a reír y Luis la miró con aire duro.

-Quiere decir el falso lujo -dijo Huguette con indulgencia;

-El falso, el verdadero: no me gusta el lujo.

-¿Cómo es posible que a uno no le guste el lujo? -dijo Huguette.

-No me gusta la gente a la que le gusta el lujo -dijo Scriassine-. En Viena -agregó bruscamente- vivíamos tres en una mazmorra y teníamos para todos un solo sobretodo; reventábamos de hambre. Fué la época más feliz de mi vida.

-Eso demuestra un tremendo complejo de culpabilidad -dijo Volange con voz divertida.

-Conozco mis complejos, no tienen nada que ver en esto -dijo Scriassine secamente.

-¡Por supuesto que sí! Ustedes son dos puritanos como toda la gente de izquierda -dijo Volange volviéndose hacia Enrique-; el lujo les choca porque no soportan tener mala conciencia. Es temible esa austeridad, rechazan el lujo, y progresivamente terminan por rechazar la poesía y el arte.

Enrique no contestó; no daba ninguna importancia a las palabras de Volange; lo que le interesaba era comprobar cómo había cambiado desde la última entrevista. Toda su antigua arrogancia había vuelto.

-El lujo y el arte no son la misma cosa -dijo Lambert con voz tímida.

Librodot

-No -dijo Luis-, pero si ya nadie tuviera la conciencia sucia, si el mal desapareciera de la tierra, el arte también desaparecería. El arte es una tentativa para integrar el mal. Los progresistas organizados quieren suprimir el mal: condenan el arte a muerte -suspiró-. El mundo que nos prometen será bien triste.

Enrique se encogió de hombros:

-Ustedes los antiprogresistas organizados son graciosos. Tan pronto profetizan que nunca se llegará a suprimir la injusticia como declaran que la vida se va a volver insulsa. Se les puede contestar con los mismos argumentos.

-Me parece interesante esa idea de que el mal es necesario para el arte -dijo Lambert interrogando a Luis con la mirada.

Claudia puso la mano sobre el brazo de Enrique.

-Ésa es Lucía Belhomme -dijo-. Esa alta, morena, muy elegante; venga que se la presente.

Señalaba a una mujer alta, seca, vestida de negro. ¿Era elegante? Enrique nunca había comprendido muy bien el sentido de esa palabra: para él había mujeres deseables y otras que no lo eran; ésta no lo era.

-Y ésta es la señorita Josette Belhomme -dijo Claudia.

La chica era bonita, indiscutiblemente; pero para representar el personaje de Juana esa silueta mundana no convenía en absoluto; pieles, perfumes, tacones altos, uñas rojas, bajo las trenzas color ámbar; era una muñeca de lujo entre tantas otras.

-He leído su pieza; es magnífica -dijo Lucía Belhomme con voz positiva-; y estoy segura de que puede traerle mucho dinero; para esas cosas tengo olfato. Le he hablado a Vernon, el director del Estudio 46, que es un gran amigo mío. Está muy interesado.

--¿No la encuentra demasiado escandalosa? -dijo Enrique.

-Un escándalo puede levantar una pieza o hundirla; depende de muchas cosas. Creo que podría convencer a Vernon de que corriera el riesgo. -Hubo un silencio, y sin transición, casi insolentemente, agregó.- Vernon estaría dispuesto a darle su oportunidad a Josette; hasta ahora no ha representado sino papeles insignificantes, sólo tiene veintiún años; pero tiene oficio y siente al personaje de manera asombrosa; quisiera que la oyera en la gran escena del segundo acto.

-Será un placer -dijo Enrique.

Lucía se volvió hacia Claudia:

-¿No tiene un rincón tranquilo donde la chica pueda recitar su papel?

-¡Ahora no! -dijo Josette.

Miraba a su madre y a Enrique con aire espantado; no tenía la seguridad habitual de esos lujosos modelos; más bien parecía intimidada por su propia belleza; era verdaderamente bonita con sus grandes ojos oscuros, su boca un poco demasiado pesada, y bajo su cabello rojizo su piel límpida y cremosa.

-Es cuestión de diez minutos -dijo Lucía.

-Pero así, en frío, no puedo-dijo Josette.

-Nada nos corre -dijo Enrique-. Si verdaderamente Vernon acepta la pieza, concertaremos una entrevista.

Lucía hizo una sonrisita:

-Puedo asegurarle que aceptará si está resuelto que Josette tenga el papel.

Desde el cuello hasta la raíz del pelo la tierna piel de rubia de Josette se inflamó. Enrique le sonrió amablemente:

-¿Quiere que fijemos un día? ¿El martes a las cuatro le convendría?

Ella inclinó la cabeza.

-Puede venir a casa -dijo Lucía-. Estará muy cómodo para trabajar.

-¿El papel le interesa? -preguntó en tono convencional.

-Por supuesto.

-Confieso que no imaginaba a Juana tan linda -dijo alegremente.

Una sonrisa cortés erró alrededor de la boca trágica sin lograr detenerse; le habían enseñado a Josette todos los juegos de fisonomía necesarios para el éxito,

Librodot

pero los ejecutaba mal; ese rostro pesado, con ojos interminables, hacía estallar todas las máscaras.

-Una actriz nunca es demasiado hermosa -dijo Lucía-. Cuando su mujer viene a escena semivestida, lo que el público quiere es esto -dijo alzando bruscamente la falda de Josette y descubriendo hasta la mitad del muslo unas piernas sedosas.

-¡Mamá!

La voz consternada de Josette conmovió a Enrique. ¿Era verdaderamente sólo una muñeca de lujo semejante a las demás? "Sin duda no ha inventado la pólvora -se dijo Enrique-; pero cuesta creer que ese rostro patético no signifique nada."

-No te hagas la ingenua, no es tu papel -dijo Lucía Belhomme con voz cortante; agregó-: ¿No anotas la cita?

Dócilmente Josette abrió su cartera y sacó una libreta; Enrique vió un pañuelo de encajes y una polverita de oro; antes le parecía lleno de misterio el interior de una cartera de mujer. Por un instante retuvo en su mano los largos dedos afilados:

-Hasta el martes.

-Hasta el martes.

-¿Le gusta? -dijo Claudia, con una risita picaresca, cuando las dos mujeres se hubieron alejado-. Si tiene ganas métale no más; no es muy difícil la pobre chica.

-¿Por qué pobre?

-Lucía no es fácil para vivir con ella. Usted sabe, las mujeres para las que ha sido demasiado difícil llegar, generalmente no son sentimentales.

En otro momento Enrique hubiera escuchado divertido los comadreos de Claudia; pero Volange y Lambert conversaban con aire animado; Volange peroraba con restos elegantes y Lambert meneaba la cabeza sonriendo. Enrique hubiera querido intervenir. Se sintió aliviado cuando vió a Vicente alejarse de la mesa. Gritó con voz estentórea:

-Quisiera hacerle una pregunta, una sola: ¿Qué hace aquí un tipo como usted?

-Ya lo ve, estoy conversando con Lambert -dijo Luis con tranquilidad-. Usted se emborracha, no es menos claro.

-Tal vez no lo hayan prevenido -dijo Vicente-: se trata de una función en beneficio de los hijos de los deportados. Su lugar no está aquí.

-¿Quién conoce su lugar exacto en este mundo? -dijo Luis-. Si usted cree conocer el suyo es sin duda una gracia especial concedida a los borrachos.

-Oh, es que Vicente es alguien- -dijo Lambert con voz mordaz-. Sabe todo, juzga a todo el mundo, nunca se equivoca y no es necesario pagarle para que le dé lecciones a uno.

Jamás Vicente había estado tan pálido; parecía que la sangre iba a correr de sus ojos; balbució:

-Sé reconocer a un cochino...

-Creo que este joven necesitaría atención médica -dijo Luis-. Un muchacho de esa edad, transpirando alcohol, es un espectáculo deprimente.

Enrique se acercó vivamente:

-¡Tú que integras tan valientemente el mal te has vuelto muy puritano de pronto! Vicente hace la parte del diablo a su manera; ¿por qué no puede uno emborracharse?

-Un cochino y un hijo de cochino -murmuró Vicente con una sonrisa sangrienta- a la fuerza tienen que encontrarse bien juntos.

-¿Qué has dicho? ¡Repítelo! -dijo Lambert.

Vicente afirmó su voz:

-Digo que tienes que ser un gran cochino para haberte reconciliado con el tipo que delató a Rosa. ¿Te acuerdas de Rosa?

-Baja al patio conmigo, vamos a explicarnos -dijo Lambert.

-No es necesario bajar.

Enrique retuvo a Vicente mientras Luis sujetaba a Lambert por el hombro.

-Deja pasar -dijo Luis.

-Quiero romperle la cara.

-Otro día -dijo Enrique-. Me prometiste llevarme en tu moto y estoy apurado. Y tú, déjanos en paz -le dijo amistosamente a Vicente, que profería sonidos inarticulados.

Lambert se dejó arrastrar, pero al atravesar el patio de entrada dijo con aire sombrío:

-No debiste impedirme, le hubiera dado una buena lección. Sé golpear, ¿sabes?

-No digo que no, pero los puñetazos son una idiotez.

-Debí pegarle en seguida en vez de conversar -dijo Lambert-. No tengo reflejos rápidos. Cuando habría que golpear, converso.

-Vicente había bebido y sabes que es un tipo un poco torcido -dijo Enrique-. No te ocupes de lo que dice.

-¡Es demasiado cómodo! Si fuera tan chiflado no serías tan amigo suyo -dijo Lambert con rabia. Subió a su moto-. ¿Adónde vas?

-A casa. Pasaré por el diario un poco más tarde -dijo Enrique.

Acababa de tener bruscamente una visión de Paula; estaba sentada en medio del estudio, inmóvil, la mirada fija: había leído. La escena de la ruptura la había leído frase por frase, palabra por palabra; sabía todo lo que Enrique pensaba de ella. Necesitaba volver a verla en seguida. Lambert corría a lo largo de los muelles con rabia. Cuando se detuvo ante la última luz roja, Enrique preguntó:

-¿Tomamos una copa?

Tenía que ver a Paula en seguida, pero ante la idea de encontrarse frente a ella le faltaba valor.

-Si quieres -dijo Lambert en tono gruñón.

Entraron en el café de la esquina y pidieron dos vinos blancos en el mostrador.

-Me imagino que no vas a ponerme mala cara porque te impedí agarrarte a tortas con Vicente...-dijo Enrique afectuosamente.

-No comprendo cómo puedes soportar a ese tipo -dijo Lambert con furia-. Sus borracheras, sus camisas roñosas, sus historias de prostíbulo, sus grandes aires de desesperado, todo eso me da asco. Ha matado tipos en el maquis.; a otros les ha pasado lo mismo; no es una razón para pasear por la vida con el alma en cabestrillo. ¡Y Nadine que lo considera un arcángel so pretexto que es medio impotente! No, no comprendo -repitió Lambert-. Si es chiflado que le den unos buenos electrochoques y que deje de jorobarnos.

-Eres muy injusto -dijo Enrique.

-Creo más bien que tú eres parcial.

-Lo quiero mucho -dijo Enrique un poco secamente. Agregó-: No era de Vicente de quien quería hablarte. Paula me contó una cosa muy rara: que te había citado ayer para hacerte unas preguntas sobre Dubreuilh. Me pareció completamente fuera de lugar; la situación debió ser más bien incómoda para ti.

-Más no -dijo Lambert vivamente-; no comprendí muy bien qué quería de mí exactamente, pero estuvo muy simpática.

Enrique miró a Lambert; parecía verdaderamente sincero; quizá Paula se había dominado delante de él:

-En este momento aborrece a Dubreuilh; es una mujer muy excesiva, quizá te hayas dado cuenta.

-Sí, pero como yo tampoco quiero mucho a Dubreuilh eso no me molestó -dijo Lambert.

-¡Entonces, mejor! -repitió Enrique-. Hasta luego. Gracias por haberme traído.

Enrique se internó a pasos lentos en la callejuela. Ya no había demora posible: dos minutos más tarde estaría frente a Paula, sentiría su mirada sobre su rostro, y habría que encontrar palabras. "Negaré. Le diré que Ivette no tiene nada de común con ella, que le he robado palabras, gestos, pero que he deformado todo." Empezó a subir la escalera: "¡No me creerá nunca!", pensó. Quizá ni lo dejara hablar. Quizá.

..Apuró el paso; su garganta se había cerrado y subió los últimos peldaños corriendo. Ni un ruido, ni un ladrido, ni una campanilla, ni una música de radio: "Un silencio de muerte", se dijo. Y pensó con horror: "Se ha matado." Se detuvo ante la puerta; se oía un murmullo de voces,

-Entra.

Paula sonreía, estaba viva; la portera, sentada en el borde del diván, se levantó.

-Le he hecho perder tiempo con mis cuentos.

-Qué esperanza -dijo Paula-. Me ha interesado mucho.

-Esté tranquila, mañana hablaré con el propietario -dijo la portera.

-El cielorraso se está viniendo abajo -dijo Paula alegremente mientras la portera cerraba la puerta-. Es muy simpática esta mujer -agregó-, me contó historias asombrosas sobre los atorrantes del barrio. Se podría escribir un libro.

-Me imagino -dijo Enrique. Miraba a Paula con una mezcla de decepción y de alivio; había charlado toda la tarde con la portera, no había tenido tiempo de leer el manuscrito, todo iba a empezar de nuevo: y sabía que ya no tendría valor.

-¿Te ha impedido leer mi novela? -dijo con voz neutra; se forzó por sonreír-. ¡Valía la pena!

Paula lo miró con aire escandalizado:

-¡Pero por supuesto que la he leído!

-Ah, ¿y qué te parece?

-Es magistral -dijo con simplicidad.

Él tomó el cuaderno, la hojeó con una indiferencia aparente.

-¿Qué opinas del personaje de Charval? ¿Te parece simpático? .

-No exactamente, pero tiene una verdadera grandeza -dijo Paula-. ¿Supongo que es eso lo que has querido?

Enrique hizo sí con la cabeza.

-¿Te gustó la escena del 14 de Julio?

Paula reflexionó.

-No es el pasaje que prefiero.

Enrique abrió el cuaderno en la página fatal:

-Y la ruptura con Ivette, ¿qué te parece?

-Es impresionante.

-¿Te parece?

Ello lo miró con una cierta sospecha.

-¿Por qué te asombra? -tuvo una risita-. ¿Pensabas en nosotros al escribirlo?

Él tiró el cuaderno sobre la mesa:

-¡Qué tonta!

-Será tu mejor libro -dijo Paula con voz imperiosa. Pasó tiernamente la mano por el pelo de Enrique-: No comprendo verdaderamente por qué eres tan tapujero.

-Ni siquiera yo lo sé -dijo.

Enrique se sintió casi intimidado por el espesor del silencio; alfombras, cortinas, tapices, acolchaban la gran habitación lujosa; a través de las puertas cerradas se oía un rumor vivo: a tal punto que Enrique se preguntó si no iba a tirar algún mueble para despertar a alguien.

-¿Lo hice esperar?

-Muy poco -dijo cortésmente.

Josette permanecía plantada frente a él con una sonrisa asustada en los labios; llevaba un vestido color ámbar, frágil y muy indiscreto. “No es difícil”, había dicho Claudia; esa sonrisa, el silencio, los divanes cubiertos de pieles, invitaban claramente a todas las audacias; demasiado claramente; si hubiera aprovechado esas complicidades, Enrique habría tenido la impresión de cometer, bajo la mirada de una correveidile burlona, una perversión de menor. Dijo con un poco de rigidez:

-Si no tiene inconveniente nos pondremos a trabajar en seguida; tengo un poco de prisa. ¿Tiene un texto?

-Sé el monólogo de memoria -dijo Josette.

-Entonces, adelante.

Puso su ejemplar sobre una mesa y se sentó en un sillón; ese monólogo era lo más duro; Josette no comprendía nada y estaba aterrorizada; Enrique se sentía incómodo al verla gastarse a tontas y a locas con la esperanza desesperada de gustarle; decididamente se veía como a un viejo maniático que está asistiendo en un prostíbulo de alto vuelo a una exhibición especial.

-Ensayemos la tercera escena del segundo acto ---dijo-. Yo le daré la respuesta.

-Es difícil representar leyendo -dijo Josette

-Intentémoslo.

Una escena de amor; Josette se movía en ella un poco mejor; tenía buena dicción; su rostro, su voz eran verdaderamente conmovedores: ¿quién sabe lo que un director hábil lograría sacar de ella? Enrique dijo alegremente:

-No es eso en absoluto, pero hay esperanzas.

-¿Usted cree?

-Estoy seguro. Siéntese ahí, voy a explicarle un poco el personaje.

Se sentó a su lado; hacía mucho tiempo que no estaba sentado junto a una muchacha tan linda. Mientras hablaba respiraba su pelo, su perfume tenía olor a perfume como todos los perfumes, pero en ella eso parecía casi un olor natural; y le daba a Enrique unas ganas terribles de respirar ese otro olor, húmedo y tierno, que adivinaba bajo el vestido; hundirse en esa cabellera, hundir su lengua en esa boca roja: era fácil, hasta lo era demasiado. Sentía que Josette esperaba su decisión con una resignación verdaderamente descorazonadora.

-¿Ha comprendido? -dijo.

-Sí.

-Entonces volvamos a empezar.

Reiniciaron la escena; ella trataba de poner alma en cada réplica y fué mucho peor que la primera vez.

-Se gasta demasiado -dijo-. Sea más sencilla.

-Ah, nunca lo conseguiré -dijo con voz desolada.

-Trabajando lo conseguirá.

Josette lanzó un largo suspiro. ¡Pobre chica! Para completar todo, su madre iba a reprocharle que no hubiera sabido hacerse poseer. Enrique se levantó. Lamentaba un poco sus escrúpulos: ¡cómo era de deseable esa boca! Acostarse con una mujer verdaderamente deseable, recordaba qué alegría podía llegar a ser.

-Vamos a fijar otra entrevista -dijo.

-¡Le hago perder el tiempo!

-Para mí no es tiempo perdido -dijo Enrique. Sonrió-. Si no tiene miedo de perder el suyo, tal vez la próxima vez, después del trabajo, podríamos salir juntos.

-Podríamos.

-¿Le gusta bailar? -

-Naturalmente.

-Bueno, la llevaré a bailar.

El sábado siguiente Enrique volvió a ver a Josette en su casa, calle Gabrielle, en un salón con muebles tapizados de raso rosa y blanco. Tuvo un leve shock al volver a verla. Uno traiciona a la verdadera belleza en cuanto se aparta de ella: la piel de Josette era más pálida, su pelo más oscuro de lo que él recordaba, y había luces en sus ojos, parecían el fondo de un precipicio. Mientras le replicaba distraídamente, Enrique recorría con la mirada el joven cuerpo enfundado en terciopelo negro, y se decía que ese físico, esa voz bastarían para hacerse perdonar muchas torpezas. Estaba decidido a tentar la suerte.

-Va a andar bien -dijo con calor-. Por supuesto, habrá que trabajar fuerte, pero va a andar bien.

-¡Lo desearía tanto! -dijo ella.

-Y ahora vamos a bailar -dijo Enrique-. He pensado que podríamos ir a Saint-Germain, des Près, ¿qué le parece?

-Como usted quiera.

Fueron a sentarse en un sótano de la calle Saint-Benoit, bajo el retrato de una mujer con barba. Josette llevaba un vestido con sorpresas: se sacó el bolero y descubrió unos hombros redondos y maduros que contrastaban con su rostro infantil. "Esto es lo que me faltaba para que me divierta divertirme -se dijo Enrique alegremente-, una linda mujer a mi lado."

-¿Bailamos?

-Bailamos.

Le daba un poco de vértigo tener entre sus brazos ese cuerpo tibio y complaciente. ¡Cómo le había gustado esa clase de vértigo! Todavía le gustaba. Y de nuevo le gustaba el jazz, el humo, las voces jóvenes, la alegría de los demás. Estaba dispuesto a amar esos pechos, ese vientre. Pero antes de ensayar un gesto hubiera querido sentir que Josette sentía por lo menos un poco de simpatía por él.

-¿Le gusta este lugar?

-Sí -vaciló-. Es especial, ¿no es cierto?

-Supongo que sí. ¿Qué clase de lugares prefiere?

-Oh, éste está muy bien -dijo con prontitud.

En cuanto trataba de hacerla hablar parecía aterrorizada. Su madre debía de haberle enseñado cuidadosamente a callar. Callaron hasta las dos de la mañana, bebiendo champaña y bailando. Josette no parecía ni triste ni alegre. A las dos pidió volver, sin que él pudiera saber si era por aburrimiento, por cansancio o por discreción. Él la llevó hasta su casa. En el auto dijo con cortesía:

-Me gustaría leer un libro suyo.

-Es fácil -le sonrió-. ¿Le gusta leer?

-Cuando tengo tiempo.

-¿Pero no tiene tiempo a menudo?

Ella suspiró:

-No, naturalmente.

¿Era totalmente tonta? ¿O un poco atrasada? ¿O paralizada por la timidez? Era difícil decidirlo. Era tan hermosa que normalmente debería ser estúpida; pero al mismo tiempo su belleza la hacía parecer misteriosa.

Lucía Belhomme decidió que el contrato se firmaría en su casa después de una comida amistosa. Enrique le telefoneó a Josette para pedirle que festejara con él esa buena noticia. Con voz mundana ella le agradeció su libro, que había mandado a su casa con una dedicatoria amable, y le dió una cita para la noche en un barcito de Montmartre.

¿Entonces está contenta? --preguntó, reteniendo un instante la mano de Josette.

-¿De qué? -dijo Josette. Parecía un poco menos joven que de costumbre y nada contenta.

-Del contrato. Lo firmamos, está resuelto, ¿no le causa placer?

Ella llevó a sus labios un vaso de agua de Vichy.

-Me da miedo -dijo en voz baja.

-Vernon no está loco, ni yo tampoco; no tenga miedo estará muy bien.

-¿Pero no era así como usted veía al personaje?

-Ya no podré verlo de otra manera.

-¿Es verdad?

-Es verdad.

Era verdad; representaría el papel más o menos bien; pero él no quería imaginar que Juana pudiera tener otros ojos, otra voz.

-Cómo es de bueno -dijo Josette.

Lo miraba con verdadera gratitud; pero en que se ofreciera por gratitud o por cálculo no había diferencia; no era eso lo que Enrique quería. No se movió. A través de dulces silencios languidecientes hablaron de directores posibles, de la

distribución y de los decorados que Enrique deseaba; Josette seguía inquieta; él la llevó hasta la puerta de su casa; ella guardó su mano.

-Entonces, hasta el lunes -.-dijo con voz ahogada.

-¿Ya no tiene más miedo? ¿Va a dormir juiciosamente?

-Sí, tengo miedo -dijo ella.

Él sonrió:

-¿No me ofrece un último whisky?

Ella lo miró con aire feliz:

-No me atrevía.

Subió rápidamente la escalera, arrojó su capa de piel, descubriendo su busto enfundado en seda negra; le tendió a Enrique un gran vaso donde el hielo sonaba alegremente.

-Por su éxito -dijo él.

Ella tocó rápidamente la madera de la mesa:

-¡No diga eso! ¡Dios mío, sería tan terrible si estuviera mal!

Él repitió:

-¡Estará bien!

Ella se encogió de hombros:

-Fracaso en todo.

Él sonrió:

-Me asombra.

-Es así -vaciló-. No debería decírselo; usted ya no tendrá más confianza. Fui a ver a una adivina esta tarde; me anunció que iba al encuentro de una grave decepción.

-Las adivinas siempre exageran --dijo Enrique firmemente-. ¿No se habrá encargado un vestido nuevo por casualidad?

-Sí, para el lunes.

-Y bueno, le quedará mal; esa será su decepción.

-Oh, pero sería terrible -dijo Josette-. ¿Qué me pondré para esa comida?

-Una decepción es necesariamente decepcionante -dijo él riendo-. No se preocupe; de todas maneras será la más linda -agreg6- el lunes, como siempre, y es menos grave que ser mala actriz. ¿no?

-¡Usted tiene una manera tan encantadora de arreglar las cosas! -dijo Josette-. Es una lástima que no pueda robarle su lugar a Tata Dios. -

Estaba muy cerca de él ¿Era sólo gratitud lo que hinchaba su boca, velaba sus ojos?

-Pero yo no le cedería la mía -dijo tomándola entre sus brazos.

Cuando Enrique abrió los ojos vió en la penumbra una pared acolchada verde pálido, y la alegría de ese despertar le embargó el corazón; ella exigía placeres fuertes y salados: el agua fría, el guante de crin; se deslizó fuera de la cama sin despertar a Josette, y cuando salió del cuarto de baño, lavado, vestido y hambriento, ella todavía dormía; cruzó el cuarto de puntillas y se inclinó sobre ella; yacía envuelta en su sudor, en su olor, con su cabellera deslumbrante chorreando sobre sus ojos, y se sintió maravillosamente feliz de que esa mujer fuera suya y de ser un hombre; ella entreabrió un ojo, uno solo, como si tratara de retener su sueño en el otro.

-¿Ya estás levantado?

-Sí. Voy a tomar un café en la esquina y vuelvo.

-No -dijo ella-. No. Voy a hacerte té.

Se frotaba sus ojos dormidos, salía de sus sábanas, toda tibia en su camisón espumoso. Él la tomó entre sus brazos:

-Pareces un faunito.

-Una faunita.

-Un faunito.

Ella le tendió la boca con aire encantado. Una princesa persa, una pequeña hindú, un zorro, un volubilis, un hermoso racimo de glicinas, siempre les causaba

placer cuando uno les decía que se parecían a alguna cosa: a otra cosa: "Mi faunito", repitió él besándola levemente. Ella se ponía su batón, sus zapatillas, él la siguió a la cocina; el cielo brillaba, las baldosas blancas resplandecían, Josette trajinaba con ademanes vacilantes.

-¿Leche o limón?

-Un poco de leche.

Ella había puesto la bandeja de té en el saloncito rosado y él miraba con curiosidad las mesitas, las poltronas con volados. ¿Por qué Josette, que se vestía tan bien, cuya voz y gestos eran tan armoniosos, vivía en ese mal decorado de cine?

-¿Tú instalaste este departamento?

-Mamá y yo.

Lo miró con aire inquieto y él dijo muy rápido:

-Es muy bonito.

¿Cuándo había dejado de vivir en casa de su madre? ¿Por qué? ¿Por quién? De pronto tenía ganas de preguntarle un montón de cosas. Había detrás de ella toda una existencia en la cual cada día, cada hora, había sido vivida una por una: cada noche; y él ignoraba todo. No era el momento de hacerle soportar un interrogatorio, pero sentía un malestar en medio de todos esos adornos mal elegidos, de esos invisibles recuerdos.

-¿Sabes lo que deberíamos hacer? Ir los dos a pasear: es una mañana tan linda. ..

-¿Pasear adónde?

-Por las calles.

-¿Quieres decir a pie?

-Sí, caminar a pie por las calles.

Ella parecía desconcertada:

-Entonces, ¿tengo que vestirme?

Él rió:

-Sería preferible; pero no necesitas disfrazarte de señora.

-¿Qué me pongo?

¿Cómo hay que vestirse para pasear a pie a las nueve de la mañana? Abría sus armarios, sus cajones, palpaba pañuelos y blusas. Se puso una larga media de seda y Enrique recordó en la palma de su mano el recuerdo de esa seda henchida de carne y que ardía.

-¿Así estoy bien?

-Estás encantadora.

Tenía un traje sastre oscuro, un pañuelo verde, y se había levantado el pelo: estaba encantadora.

-¿No te parece que este traje me hace gorda?

-No.

Se miraba en el espejo con aire inquieto. ¿Qué veía? ¿Ser mujer, ser hermosa, cómo se siente eso desde adentro? ¿Cómo se siente esa caricia de seda a lo largo de los muslos y contra el calor del vientre la del raso lustroso? y él se preguntó: "¿Qué recuerda de noche? ¿Ha dicho otros nombres con esa voz nocturna? ¿Cuáles? ¿Pedro, Víctor, Jaime? ¿y qué significa para ella el nombre Enrique?" Señaló su novela puesta en evidencia sobre una mesita.

-¿La has leído?

-La he mirado -vaciló-. Es tonto, no sé leer.

-¿Te aburre?

-No; pero en seguida me encuentro pensando en otra cosa.

Tomo vuelo desde cualquier palabra.

-¿Y adónde vas? Quiero decir: ¿En qué piensas?

-Oh, es vago; cuando uno sueña es vago.

-¿Piensas en gente, en lugares?

-En nada: sueño.

Él la tomó entre sus brazos y preguntó sonriendo:

-¿Has estado enamorada muchas veces?

-¿Yo? -se encogió de hombros-. ¿De quién?

-Muchos tipos han estado enamorados de ti: eres tan linda.

-Es humillante ser linda -dijo ella apartando la cabeza.

Él relajó su abrazo; no sabía muy bien por qué le inspiraba tanta compasión; vivía lujosamente, no trabajaba, tenía manos de señorita; y ante ella sentía una piedad profunda.

-Es raro estar en las calles tan temprano -dijo Josette levantando hacia el cielo un rostro pintado.

-Es raro estar aquí contigo -dijo él oprimiéndole el brazo.

Respiraba alegremente el aire de afuera; todo parecía nuevo esta mañana. La primavera era nueva, se esbozaba apenas, pero ya se sentía en el aire una tibia complicidad; la plaza de las Abadesas olía a repollo y a pescado, mujeres en batón examinaban con aire desconfiado las primeras lechugas; sus cabellos pegajosos de sueño tenían colores inéditos que no se hermanaban ni a la naturaleza, ni al arte.

-Mira esta vieja bruja -dijo señalando a una vieja pintarrajeada, cubierta de joyas y peinada con un gran sombrero roñoso.

-Oh, la conozco -dijo Josette. No sonreía-: tal vez un día seré como ella.

-Me asombraría -bajaron algunos escalones en silencio; Josette tropezaba sobre sus altos tacones; él preguntó-: ¿Qué edad tienes?

-Veintiún años.

-Quiero decir: de veras.

Ella vaciló:

-Tengo veintiséis. Pero no le digas a mamá que te lo he dicho -agregó con terror.

-Ya lo he olvidado -dijo él-. ¡Pareces tan joven!

Ella suspiró:

-Porque me cuido: es cansador.

-¡No te canses! -dijo él tiernamente; le oprimió el brazo con más fuerza. ¿Hace tiempo que quieres hacer teatro?

-Nunca quise ser modelo: no me gustan los viejos. -dijo entre dientes.

Evidentemente su madre le había elegido los amantes; quizá fuera cierto que nunca había amado; veintiséis años, esos ojos, esa boca, e ignorar el amor; ¡merecería que se compadecieran de ella! ¿Y yo qué soy para ella?", se preguntó. ¿Qué seré? En todo caso su placer de anoche era sincero, sincera esa luz confiada en sus ojos. Llegaban al boulevard de Clichy, donde dormitaban galpones de feria; dos chicos giraban en una calesita; las montañas rusas dormían bajo una lona.

-¿Sabes jugar al billar japonés?

-No.

Ella se plantó dócilmente a su lado ante una de las bandejas agujereadas y él preguntó:

-¿No te gustan las ferias?

-Nunca he ido a una feria.

-¿Nunca has andado en la montaña rusa o en el tren fantasma?

-No. Cuando yo era chica éramos pobres; después mamá me puso pupila; y cuando salí ya era una persona grande.

-¿Qué edad tenías?

-Dieciséis años.

Ella lanzaba con aplicación las bolas de madera hacia las casillas redondas:

-Es difícil.

-Pero no, mira: casi has ganado. -La tomó del brazo.- Una de estas noches andaremos en calesita.

-¿Tú andas en calesita? -dijo con aire incrédulo.

-No cuando estoy solo, por supuesto.

De nuevo ella tropezaba en la calzada que formaba una barranca muy inclinada.

-¿Estás cansada?

-Me lastiman los zapatos.

-Entremos aquí -dijo Enrique empujando al azar la puerta de un café; era un boliche con mesas recubiertas de hule-. ¿Qué vas a tomar?

-Agua de vichy.

-¿Por qué siempre vichy?

-A causa del hígado -explicó con aire triste.

-Una vichy, un vino tinto -pidió Enrique. Señaló un letrero colgado de la pared-. ¡Mira!

Con voz lenta y profunda Josette leyó: "Combata el alcoholismo bebiendo vino." Se echó a reír francamente:

-Es gracioso. Conoces lugares graciosos.

-Nunca había venido aquí, pero, ¿sabes?, cuando una pasea descubre montones de cosas. ¿Tú nunca te paseas?

-No tengo tiempo.

-¿Pero qué haces?

-Siempre hay tanto que hacer: cursos de dicción, compras, el peinador: no te imaginas el tiempo que toma la peluquería; y además los tés, los cocktails.

-¿Te divierte todo eso?

-¿Conoces alguien que se divierta?

- Conozco gente que está contenta con su vida: yo, por ejemplo.

Ella no dijo nada y él la abrazó suavemente:

-¿Qué necesitarías para estar contenta?

-No tener más necesidad de mamá y estar segura de no volver a ser pobre nunca más -dijo de un tirón.

-Te va a ocurrir. ¿Qué harás entonces?

-Estaré contenta.

-¿Pero qué harás? ¿Viajarás? ¿Saldrás?

Se encogió de hombros:

-No lo he pensado.

Sacó de su cartera una polvera de oro y rectificó su boca:

-Tengo que irme; tengo una prueba en la casa de costura de mamá. -Miró a Enrique con inquietud:- ¿Crees verdaderamente que me quedará mal el vestido?

-Al contrario -dijo él riendo-; creo que tu tiradora de cartas se equivocó completamente: suele ocurrirles, ¿sabes? ¿Es un lindo vestido?

-Lo verás el lunes -Josette suspiró-. Voy a tener que mostrarme un poco por la publicidad, entonces tengo que vestirme.

-¿Te aburre la ropa?

-¡Si supieras cómo cansan las pruebas! Después de eso me quedo todo el día con dolor de cabeza.

Él se puso de pie y caminaron hasta la parada de taxis.

-Te acompaño.

-No te molestes.

-Es por mi placer -dijo él cariñosamente.

-Eres bueno.

Le iba derecho al corazón cuando ella decía: "Eres bueno", con esa voz yesos ojos. En el taxi instaló la cabeza de Josette sobre su hombro y se preguntó: " ¿Qué puedo hacer por ella?" Ayudarla a ser una actriz sí, pero no le gustaba especialmente el teatro, eso no llenaría ese vacío que sentía en ella. ¿Y si no lo lograba? No estaba satisfecha por la austera frivolidad de su vida, ¿pero en qué interesarla? Tratar de hablarle, abrirle el espíritu. ..No iba a pasearla por los museos, arrastrarla a los conciertos, prestarle libros, exponerle el mundo. Besó suavemente su pelo. Hubiera habido que quererla: siempre se vuelve a eso con las mujeres; había que amarlas a todas con un amor exclusivo.

-Hasta esta noche -dijo ella.

-Sí; iré a esperarte a nuestro barcito.

Ella oprimió suavemente su mano y él supo que pensaban juntos: hasta esta noche en nuestra cama. Cuando ella hubo desaparecido en el edificio solemne él se puso a bajar a pie hacia el Sena. Las once y media. "Llegaré a ver a Paula temprano, se alegrará", se dijo. Tenía ganas esta mañana de hacer feliz a todo el mundo. "Sin embargo -pensó, con un poco de ansiedad-, tengo que hablarle"; después de haber tenido a Josette entre sus brazos no podía soportar la idea de pasar las noches con Paula. "A lo mejor le da lo mismo: sabe muy bien que ya no la deseo", se dijo esperanzado. Paula había evitado reconocerse en la triste heroína de su Dovela; y sin embargo había cambiado desde esa lectura; ya nunca hacía escenas, no había protestado al ver que Enrique transportaba poco a poco a su cuarto de hotel sus papeles, su ropa; que dormía allí a menudo. ¿Quién sabe si no aceptaría con una especie de alivio instalarse en una amistad tranquila? Ese cielo de primavera era tan alegre que parecía posible vivir sinceramente sin hacer sufrir a nadie. En la esquina Enrique se detuvo vacilando ante una vendedora de flores: se sentía tentado de llevarle a Paula, como antes, un gran ramo de violetas pálidas; pero tuvo miedo de su sorpresa: "Una botella de buen vino será menos comprometedor", decidió entrando en el almacén. Se sentía alegre al subir la escalera. Tenía sed, tenía hambre, sentía en su boca el gusto robusto del viejo Bordeaux y apretaba la botella contra su corazón como si hubiera resumido toda la amistad que quería ofrecerle a Paula.

Sin golpear, suavemente como antes, puso la llave en la cerradura, y empujó la puerta; ella no oyó nada; estaba arrodillada sobre la alfombra cubierta de papeles viejos: reconoció sus cartas; tenía entre las manos una fotografía de ambos y la miraba con un rostro que nunca le había visto; no lloraba y uno comprendía ante sus ojos secos que en todas las lágrimas se detiene una esperanza; contemplaba frente a frente su destino, ya no esperaba nada de él, pero todavía lo consentía. Estaba tan sola ante la imagen inerte que Enrique se sintió desposeído de sí mismo. Volvió a cerrar la puerta sin poder defenderse contra una irritación que paralizaba su piedad; cuando golpeó hubo un ruido inquieto de seda ajada y de papel, luego ella dijo:

-Entre -con voz insegura.

-¿Qué estabas haciendo?

-Releía cartas viejas, no te esperaba tan temprano.

Había tirado los papeles sobre el sillón y escondido la fotografía; tenía una cara tranquila pero triste; él debió recordar que ya nunca estaba alegre; puso con despecho la botella sobre la mesa.

-Harías mejor en no amortajarte en el pasado y en vivir un poco más en el presente -dijo él.

-¡Oh, sabes, el presente! -echó sobre la mesa una mirada ciega-. No he puesto la mesa.

-¿Quieres ir al restaurante?

-No, no, lo hago en un minuto.

Caminó hacia la cocina y él tendió la mano hacia las cartas.

-Déjalas -dijo ella con violencia.

Las agarró y las metió en un armario. Él se encogió de hombros; en un sentido, ella tenía razón: todas esas viejas palabras estereotipadas se habían transformado en mentiras. En silencio miró a Paula ajetreándose alrededor de la mesa; no sería fácil hablarle de amistad.

Se sentaron el uno frente al otro ante los hors-d'oeuvre y Enrique destapó la botella.

-Te gusta el Bordeaux tinto, ¿no es cierto? -dijo con voz atenta.

-Sí -dijo ella con indiferencia.

Por supuesto; para ella no era un día de fiesta; pretender celebrar con Paula sus nuevos amores era un colmo de ceguera y de egoísmo; pero aun condenándose Enrique sentía un furtivo rencor a flor de piel.

-Deberías salir un poco -dijo.

Librodot

-¿Salir? -dijo ella con el aire de quien cae de las nubes.

-Sí; poner la nariz afuera, ver gente.

-¿Para qué?

-¿Y quedarte soterrada en esta cueva el día entero te conduce a algo?

-Me gusta mi cueva -dijo con una sonrisa triste-, no me aburro.

-No puedes seguir así toda tu vida. Ya no quieres cantar; bueno, es un asunto resuelto. Pero entonces trata de encontrar otra cosa que hacer .

-¿Qué?

-Buscaremos algo.

Ella meneó la cabeza:

-Tengo treinta y siete años y no sé ningún oficio. Podría hacerme trapera, y aun así. ..

-Un oficio se aprende; nada te impide aprender.

Miró a Enrique con inquietud:

-¿Quisieras que me ganara la vida?

-No es cuestión de dinero -dijo él apresuradamente-. Quisiera que te interesaras en algo, que te ocuparas.

-Me intereso en nosotros -dijo.

-No basta.

-Me basta desde hace diez años.

Él juntó todo su coraje:

-Escucha, Paula; bien sabes que las cosas han cambiado entre nosotros, de nada sirve mentirse. Hemos tenido un grande y lindo amor; confesemos que se está transformando en amistad. No significa que nos veremos menos a menudo, qué esperanza -agregó apresuradamente-, pero debes recobrar tu independencia.

Ella lo miraba fijamente:

-Nunca sentiré amistad por ti. -Una sonrisita rozó sus labios:- Ni tú por mí.

-Pero sí, Paula. ..

Ella lo interrumpió:

-Mira, esta mañana no has podido esperar la hora convenida; llegaste con veinte minutos de anticipación; y golpeaste tan febrilmente. ¿A eso le llamas amistad?

-Te equivocas.

Ante su terquedad la ira volvió a apoderarse de él; pero recordaba qué desolación había sorprendido en ese rostro y las palabras hostiles morían en su garganta; terminaron la comida en silencio; el rostro de Paula impedía cualquier parloteo.

Al levantarse de la mesa, ella preguntó con voz neutra:

-¿Vienes a dormir esta noche?

-No.

-Ya no vienes a menudo -dijo; tuvo una sonrisa triste-. ¿Eso forma parte de tu nuevo plan de amistad?

Él vaciló: -Las cosas se dieron así.

Ella lo miró intensamente durante un largo rato y dijo con lentitud:

-Te he dicho que ahora te quería con una generosidad total, respetando en forma absoluta tu libertad. Significa que no te pido la más mínima rendición de cuentas; puedes acostarte con otras mujeres y callarlo sin sentirte culpable conmigo. Lo que puede haber de trivial y de cotidiano en tu vida me resulta cada vez más indiferente.

-Pero no tengo nada que ocultarte -dijo él, molesto.

-Lo que quiero decirte -dijo ella con gravedad-, es que no tienes que tener escrúpulos; te ocurra lo que te ocurra puedes volver a dormir aquí sin sentirte indigno de nosotros. Te esperaré esta noche.

"¡Paciencia! -pensó Enrique-. ¡Se lo ha buscado!", y dijo en voz alta:

-Escucha, Paula: voy a hablarte francamente: considero que ya no debemos pasar las noches juntos. Tú, que respetas tanto nuestro pasado, sabes muy bien

qué noches maravillosas hemos tenido antes; no estropeemos el recuerdo. No hay más ningún deseo entre nosotros, ahora.

-¿No me deseas más? -dijo Paula con voz incrédula.

-No lo bastante -dijo él-. Ni tú a mí -agregó-. No me digas lo contrario, yo también tengo memoria.

-¡Pues te equivocas -dijo Paula-, te equivocas trágicamente¡ ¡Es un atroz malentendido! ¡Yo no he cambiado!

Él sabía que mentía, pero a sí misma sin duda tanto como a él.

-En todo caso yo he cambiado -dijo suavemente-. Una mujer tal vez sea distinto, pero un hombre es imposible que desee indefinidamente el mismo cuerpo. Eres tan hermosa como antes, pero ya me resultas demasiado conocida.

Buscó ansiosamente el rostro de Paula y trató de sonreírle; no lloraba: parecía paralizada de horror; murmuró con esfuerzo:

-¿No volverás más a dormir aquí? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

-Sí; pero no habrá tanta diferencia...

Ella lo detuvo con un gesto; no aceptaba sino las mentiras que ella misma se forjaba; era tan difícil suavizarle la verdad como imponérsela.

-Vete -dijo sin enojo--. Vete -repitió-, necesito estar sola.

-Déjame explicarte. ..

-Por favor -dijo-. Vete.

Se levantó.

-Como quieras; pero volveré mañana y conversaremos -dijo.

Ella no contestó; él cerró la puerta tras de sí y permaneció un momento en el rellano, acechando el ruido de un sollozo, de una caída, de un ademán; pero era el silencio. Mientras bajaba la escalera, Enrique pensaba en esos perros a los que se les cortan las cuerdas vocales antes de someterlos a las torturas de la vivisección: ni una señal de su sufrimiento en el mundo; sería menos intolerable oírlos aullar.

No conversaron al día siguiente ni los demás días; Paula afectaba haber olvidado la conversación y Enrique prefería no volver sobre ella. "Tendré que terminar por hablarle de Josette, pero no en seguida", se decía. Pasaba todas sus noches en la habitación verde pálido; eran noches muy apasionadas, pero cuando se levantaba por la mañana Josette nunca trataba de retenerlo. El día de la firma del contrato habían convenido quedarse juntos hasta la tarde: fué ella quien lo dejó a las dos para irse a la peluquería. ¿Era discreción, indiferencia? No es cómodo medir los, sentimientos de una mujer pródiga de su cuerpo y que no tiene nada más que dar. "¿Y yo? ¿Me estaré enamorando de ella?", se preguntaba mirando distraídamente los escaparates del Faubourg Saint-Honoré. Se sentía un poco desamparado. Era demasiado temprano para ir al diario; decidió pasar por el Bar Rojo. Antes iba allí cada vez que tenía que matar un rato. Hacía meses que no había puesto los pies, pero nada había cambiado. Vicente, Lachaume, Sézenac, estaban sentados en la mesa de siempre. Sézenac tenía un aspecto dormido.

-¡Me alegra verte! -dijo Lachaume sonriendo ampliamente-. ¿Has desertado del barrio?

-Más o menos -Enrique se sentó y pidió un café-. Yo también tenía ganas de verte pero no solamente por placer -dijo con una semisonrisa-. Sino para decirte mi manera de pensar: es una porquería haber publicado ese artículo sobre Dubreuilh el mes pasado.

El rostro de Lachaume se oscureció:

-Sí; Vicente me dijo que estabas en contra. ¿Pero qué? Muchas de las cosas que ha dicho Ficot son verdaderas, ¿no?

-¡No! El conjunto de ese retrato es tan falso que ningún detalle es verdadero. ¡Dubreuilh un enemigo de la clase obrera! Vamos, vamos, ¿no recuerdas? Hace un año, en esta misma mesa, me explicabas que debíamos trabajar codo con codo, tú, tus muchachos, Dubreuilh y yo. ¡Y publicas esa porquería!

Lachaume lo miró con aire de reproche:

-L'Enclume nunca ha publicado nada contra ti.

Librodot

-Ya lo hará ---dijo Enrique.

-Sabes muy bien que no.

-¿Por qué atacar a Dubreuilh de esa manera y en este momento? -dijo Enrique-. Los otros diarios de ustedes eran más o menos corteses con él. ¡Y luego, de pronto, sin razón, a propósito de artículos que ni siquiera son políticos, se ponen a insultarlo groseramente!

Lachaume vaciló.

-De acuerdo -dijo-, el momento ha sido mal elegido y reconozco que Ficot exageró un poco. ¡Pero hay que comprender! ¡Nos tiene hartos ese viejo con su humanismo a flor de piel! En el terreno político el S. R. L. no es muy molesto; pero como teorizador Dubreuilh tiene labia, puede influir en los jóvenes. ¿Y qué les propone? ¿Conciliar el marxismo con los viejos valores burgueses! ¡Confiesa que no es lo que hoy necesitamos! ¡Los valores burgueses hay que liquidarlos!

-Dubreuilh defiende algo más que los valores burgueses -dijo Enrique.

-Es lo que pretende, pero justamente ahí está la mistificación.

Enrique se encogió de hombros:

-No estoy de acuerdo. Pero de todos modos, ¿por qué no haber dicho lo que me estás diciendo en vez de presentar a Dubreuilh como a un perro guardián de la burguesía?

-Estamos obligados a simplificar si queremos hacernos comprender -dijo Lachaume.

-¡Vamos! L'Enclume se dirige a intelectuales: hubieran comprendido perfectamente -dijo Enrique exasperado.

-¡Ah, no soy yo el que escribió ese artículo!

-Pero lo has aceptado.

La voz de Lachaume cambió:

-¿Crees que hago lo que quiero? Acabo de decirte que encontraba el momento mal elegido y que a mi parecer Ficot exageró. Yo creo que a un tipo como Dubreuilh habría que discutirlo en vez de insultarlo. Si los muchachos y yo hubiéramos tenido nuestra revista eso es lo que habríamos hecho.

-Una revista en la que te hubieras expresado con toda libertad -dijo Enrique con una sonrisa-. ¿Ya no es posible?

-No.

Hubo un corto silencio; Enrique miró a Lachaume:

-Sé lo que es una disciplina. Pero asimismo, ¿no te molesta seguir en L'Enclume si no estás de acuerdo?

--Creo que es mejor que esté yo allí y no otro -dijo Lachaume-. Me quedaré mientras me dejen.

-¿Crees que no van a dejarte?

-¿Sabes?, el P, C. no es el S. R. L. -dijo Lachaume-. Cuando hay dos tendencias que se enfrentan los perdedores se vuelven en seguida sospechosos.

Había tanta amargura en su voz que Enrique dijo:

-Tú, que tratabas de convencerme que entrara en el P. C., a lo mejor vas a salir.

-¡Hay muchos que no esperan sino eso! ¡Es una linda bolsa de gatos los intelectuales del partido! -Lachaume meneó la cabeza.- No impide que nunca saldré. Hay momentos en que tuve ganas -agregó-: uno no es un santo. Pero se aprende a aguantar.

-Tengo la impresión de que yo nunca aprendería -dijo Enrique.

-Dices eso -dijo Lachaume-. Pero si estuvieras convencido de que en conjunto el partido tiene razón, pensarías que los pequeños líos personales no pesan mucho al lado de las cosas que están en juego. ¿Comprendes? -agregó con animación-, hay una cosa de la que estoy seguro: es que sólo los comunistas hacen un trabajo útil. Entonces, despréciame si quieres; pero tragaré cualquier cosa antes que irme.

-¡Oh, te comprendo! -dijo Enrique. Pensó--: "¿Quién es verdaderamente íntegro? Adhiero al S. R. L. porque apruebo la línea, pero descuido el hecho de que

probablemente su acción fracasará. Lachaume apunta a la eficacia y acepta métodos que desaprueba. Nadie está totalmente presente en cada uno de sus actos, la misma acción lo prohibe."

Se levantó:

-Voy al diario.

-Yo también -dijo Vicente.

Sézenac se enderezó en su silla:

-Los acompaño.

-No, tengo que hablar con Perron -dijo Vicente en tono desenvuelto.

Cuando hubieron empujado la puerta del bar, Enrique preguntó:

-¿Qué es de la vida de Sézenac?

-Nada importante; dice que traduce, pero nadie sabe qué; vive en casa de unos amigos y come lo que le dan. En este momento duerme en casa.

-Cuidado -dijo Enrique.

-¿De qué?

-Los tipos que se drogan son peligrosos venderían a su padre ya su madre.

-No estoy loco -dijo Vicente-; nunca ha sabido nada de nada. Me gusta -agregó-, con él no hay disimulos: es la desesperación en su estado más puro.

Caminaron en silencio; Enrique preguntó:

-¿Tenías que hablarme de veras?

-Sí -Vicente buscó la mirada de Enrique-. ¿Es verdad esa historia que corre, que tu pieza se va a dar en octubre y que la chica Belhomme tendrá el papel principal?

-Esta noche firmo con Vernon. ¿Por qué me lo preguntas?

-No sabes sin duda que a la vieja Belhomme la raparon, y ella no había robado. Tiene un castillo en Normandía, donde recibió a montones de oficiales alemanes, se acostaba con ellos y presumiblemente la chica también.

-¿Por qué vienes a contarme esos chismes? -dijo Enrique-. ¿Desde cuando te consideras un policía? ¿Y crees que me gustan?

-No son chismes; hay un expediente, tengo compañeros que lo han visto: cartas, fotografías que un muchacho se divirtió en juntar pensando que podrían serle útiles un día.

-¿Las has visto?

-No.

-Por supuesto. De todas maneras me importa un bledo -dijo Enrique con indignación-. No es asunto mío.

-Impedir que los cochinos vuelvan a manejar el país, negarse a andar con ellos, es asunto de todos nosotros.

-Vete a recitar tu lección a otra parte.

-Escucha, no te enojes -dijo Vicente-. Quería advertirte que a la vieja Belhomme la tienen fichada, tienen la mirada puesta en ella y seria tonto que tuvieras disgustos a causa de ese pellejo.

-No te preocupes por mí -dijo Enrique.

-Está bien -dijo Vicente-. Quería advertirte, eso es todo.

Terminaron el trayecto en silencio; pero había una voz que se había instalado en el pecho de Enrique y repetía sin cesar: "La chica también." Toda la tarde repitió esa cantinela. Josette había casi confesado que su madre la había vendido más de una vez; y por otra parte, todo lo que Enrique esperaba de ella eran algunas noches y quizás otras noches más. Sin embargo, a lo largo de la interminable comida, mientras la miraba sonreírle a Vernon con una complacencia adormecida, sentía hasta la angustia el deseo de estar solo con ella y de interrogarla.

-¿Entonces está contento? ¡Hemos firmado! -dijo Lucía.

Su vestido y sus joyas se pegaban a su piel tan íntimamente como su pelo; parecía que había nacido, dormía, moriría, en un vestido firmado Amaryllis; un mechón dorado ondulaba entre su pelo negro y Enrique la contemplaba fascinado: ¿qué cara tendría cuando estaba rapada?

Librodot

-Estoy muy contento.

-Dudule le dirá que cuando tomo un asunto entre manos se puede estar tranquilo.

-¡Oh, es una mujer extraordinaria! -dijo Dudule tranquilamente.

Claudia le había asegurado a Enrique que Dudule, el amante oficial, era un gran hombre honesto. Se veía en efecto bajo su pelo plateado ese rostro descansado y recto que sólo se encuentra en los pillos de envergadura: los que son lo bastante ricos como para comprar su propia conciencia; quizá, por otra parte, era honesto según su propio código.

-Le dirá a Paula que es monstruoso que no haya venido -dijo Lucía.

-Estaba verdaderamente demasiado cansada -dijo Enrique.

Se inclinó ante Josette para despedirse; todas las mujeres estaban vestidas de negro, con joyas brillantes; estaba de negro ella también; parecía aplastada por la masa de su cabellera; le tendió la mano sonriendo con una cortesía aplicada; durante toda la noche, ni un parpadeo había desmentido su aparente indiferencia. ¿La hipocresía le resultaba tan fácil? Era tan sencilla, tan franca, tan inocente de noche en su desnudez. En una turbia mezcla de ternura, de piedad, de horror, Enrique se preguntaba si había también fotografías de ella en el expediente.

Desde hacía algunos días los taxis circulaban de nuevo libremente; había tres estacionados en la plaza de la Muette y Enrique tomó uno para ir hasta Montmartre; acababa apenas de pedir un whisky cuando Josette se dejó caer a su lado en un profundo sillón.

-Estuvo bien Vernon -dijo-; además, es un pederasta, tengo suerte, no me molestará.

-¿Qué haces cuando los tipos te molestan?

-Depende; a veces es delicado.

-¿No te molestaron demasiado los alemanes durante la guerra? -dijo Enrique tratando de conservar un tono natural.

-¿Los alemanes? -Se puso roja como ya una vez él la había visto sonrojarse, desde el nacimiento de los pechos hasta la raíz del pelo.- ¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué te han contado?

-Que tu madre había recibido a los alemanes en su castillo de Normandía.

-El castillo fué ocupado; pero no era culpa nuestra. Ya sé. Sé que la gente del pueblo ha hecho correr toda clase de chismes porque odian a mamá; por otra parte, se lo merece, no es amable. Pero no hizo nada feo, siempre tuvo a los alemanes a distancia.

Enrique sonrió:

-Y además, de no haber sido así, tampoco me lo dirías.

-Oh, ¿por qué dices eso? -dijo ella. Lo miraba con una mueca trágica y una nube velaba sus ojos. A él le asustó un poco ver el poder que ejercía sobre ese hermoso rostro.

-Tu madre tenia una casa de costura que debía seguir adelante y los escrúpulos no la ahogan; pudo tratar de usarte.

-¿Qué es lo que crees? -dijo con aire aterrorizado.

-Supongo que fuiste imprudente cuando saliste Con oficiales, por ejemplo.

-Era cortés, nada más; les hablaba y a veces me llevaron en auto desde el pueblo hasta casa -Josette se encogió de hombros-. Yo no tenía nada contra ellos, ¿sabes?, eran muy correctos y yo era joven, no comprendía nada de esa guerra, tenía ganas de que terminara, eso es todo -agregó muy rápido-. Ahora ya sé lo horribles que fueron en los campos de concentración y todo…

-No sabes mucho, pero no importa -dijo Enrique tiernamente. En el 43 no era tan joven: Nadine sólo tenía entonces diecisiete años. Pero no se les podía comparar; Josette había sido mal educada, mal querida, nadie le había explicado nada. Había sonreído demasiado amablemente a los oficiales alemanes cuando los encontraba en las calles del pueblo, había subido en el auto de ellos: eso bastaba para escandalizar a la gente, a posteriori. ¿Había habido algo más? ¿Mentía? Era

tan franca y tan hipócrita: ¿cómo saber? ¿Y con qué derecho?, pensó con un asco repentino. Le daba vergüenza haber jugado al detective.

-¿Me crees? -dijo ella tímidamente.

-Te creo -la atrajo contra él-. No hablemos más de todo esto -dijo-, no hablemos de nada. Vamos a casa. Vamos rápido.

El proceso del señor Lambert se abrió en Lille a fines del mes de mayo; la intervención de su hijo le fué útil sin duda, y además debió mover grandes influencias: lo absolvieron. "Mejor para Lambert", pensó Enrique al enterarse del veredicto. Cuatro días más tarde Lambert trabajaba en el diario cuando le telefonearon desde Lille; su padre, que debía llegar a París por el rápido de la tarde, se había caído del tren; su estado era muy grave. En efecto, una hora después se supo que había muerto instantáneamente. Lambert tomó su moto casi sin articular un sonido y cuando volvió a París después del entierro se quedó encerrado en su casa sin dar señales de vida.

"Tengo que ir a verlo, pasaré esta tarde", se dijo Enrique después de algunos días de silencio; había intentado en vano de telefonear, Lambert había cortado el teléfono. "Un golpe bajo", se repetía Enrique mirando sin convicción los papeles desparramados sobre su mesa. Era un hombre viejo y no muy simpático, y Lambert sentía por él más piedad que afecto; sin embargo, Enrique no llegaba a tomar esa historia a la ligera. Extraño capricho del destino, ese veredicto y luego ese accidente. Trató de fijar su atención en las hojas dactilografiadas.

"Las doce Josette va a venir y no habré recorrido este expediente", se dijo con remordimiento. Karaganda, Tzardskouy, Ouzbek: no lograba animar esos nombres bárbaros, esas cifras. Sin embargo, hubiera sido preferible estar enterado del contenido de esos papeles antes de la reunión de la tarde. En verdad si no conseguía interesarse es porque no creía en ellos. ¿Qué confianza conceder a un documento entregado por Scriassine? ¿Existía ese misterioso funcionario soviético evadido del infierno rojo a propósito para divulgar esas informaciones? Samazelle lo afirmaba, hasta pretendía haberlo identificado; pero Enrique continuaba escéptico. Volvió la hoja.

-Cucu.

Era Josette, envuelta en un gran abrigo blanco; había soltado sobre sus hombros su magnífico cabello; aun antes de que hubiera cerrado la puerta Enrique se había levantado y la había tomado entre sus brazos. Por lo general, al primer beso ya él se encontraba encerrado en un mundo en miniatura, en medio de juguetes livianos; hoy la metamorfosis era un poco más difícil que de costumbre, sus preocupaciones continuaban pegadas a su piel.

-¿Es aquí donde vives? -dijo ella alegremente-. Comprendo que nunca me hayas invitado: ¡ verdaderamente feo Pero dónde pones tus libros?

-No tengo. Cuando he leído un libro lo prestó a los amigos y nunca me los devuelven.

-Creía que un escritor vivía siempre entre paredes tapizadas de libros -lo miraba con aire de duda-. ¿Estás seguro de que eres un verdadero escritor?

Se echó a reír:

-En todo caso escribo.

-¿Trabajabas? ¿He llegado demasiado temprano? -preguntó sentándose.

-Déjame cinco minutos y estoy contigo -dijo-. ¿Quieres mirar los diarios?

Ella hizo una mueca:

-¿Hay sueltos policiales?

-Creía que te habías puesto a leer artículos políticos -dijo él con reproche-. ¿No? ¿Ya te aburriste?

-No es culpa mía, lo intenté -dijo Josette-. Pero las frases se me escapan bajo los ojos. Tengo la impresión de que todo eso no me concierne -agregó con aire desdichado.

-Entonces diviértete con la historia del ahorcado de Pontoise.

Narylsk, Igarka, Absagachev. Las cifras, los nombres continuaban muertos. A él también las frases se le escapaban bajo los ojos, tenía la impresión de que todo eso no le concernía. Ocurría tan lejos, en un mundo tan diferente, tan difícil de juzgar.

-¿Tienes un cigarrillo? -dijo Josette en voz baja.

-Sí.

-¿Y fósforos?

-Toma. ¿Por qué hablas en voz baja?

-Para no molestarte.

Él se levantó riendo:

-Ya terminé. ¿Adónde te llevo a almorzar?

-A Las Islas Borromeas -dijo ella con decisión.

-¿Esa ultra snob que inauguraron anteayer? No, por favor; encuentra otra cosa.

-Pero. .. he reservado nuestra mesa -dijo ella.

-Es fácil dar contra orden. -Tendió la mano hacia el teléfono, ella lo retuvo.

-Es que nos esperan.

-¿Quién?

Ella bajó la cabeza y él repitió:

-¿Quién nos espera?

-Es una idea de mamá; debo empezar mi publicidad en seguida. Las Islas es el lugar de moda. Pidió a los periodistas que me hicieran un reportaje fotográfico en el tipo de: "El autor conversando con su intérprete. .."

-No, mi querida -dijo Enrique-. Hazte fotografiar cuanto quieras, pero sin mí.

-¡Enrique! -los ojos de Josette estaban llenos de lágrimas; lloraba con una facilidad infantil que lo conmovía-. Me hice hacer este vestido a propósito, estaba tan contenta. ..

-Hay muchos otros restaurantes agradables donde estaremos tranquilos.

-¡Pero puesto que me esperan! -dijo con desesperación; clavó en él sus grandes ojos húmedos-. Escucha, puedes hacer algo por mí. ..

-Pero mi amor, ¿qué es lo que tú haces por mí?

-¿Yo? Pero yo. ..

-Sí, tú -dijo riendo-, pero yo también, yo. ..

Ella no reía.

-No es lo mismo -dijo gravemente-. Soy una mujer.

Él rió y pensó: "Tiene razón, tiene mil veces razón: no es lo mismo."

-¿Te importa tanto ese almuerzo? -dijo.

-¡No comprendes! Es necesario para mi carrera. Hay que mostrarse y hacer hablar de uno si se quiere triunfar.

-Sobre todo hay que hacer bien lo que se hace: trabaja bien y hablarán de ti.

-Quiero reunir el mayor número de posibilidades -dijo Josette. Su rostro se endureció-. ¿Te crees que es agradable tener que pedir limosna a mamá? y cuando llego a sus salones y me dice delante de todo el mundo: " ¿Por qué llevas suecos?", crees que es alegre.

-¿Qué tienen esos zapatos? Están muy bien.

-Están muy bien para almorzar en el campo, pero son demasiado sport para la ciudad. ..

-Siempre me pareciste tan elegante. ..

-Porque no entiendes nada, mi querido -dijo con tristeza. Se encogió de hombros-. No sabes lo que es la vida de una mujer que no ha triunfado.

Él puso la mano sobre la mano suave.

-Triunfarás -dijo-. Vamos a hacernos fotografiar a Las Islas Borromeas -Bajaron la escalera y ella preguntó:

-¿Tienes el coche?

-No. Tomaremos un taxi.

-¿Por qué no tienes un auto propio?

-¿Todavía no te has dado cuenta de que no tengo dinero? ¿Crees que no tendrías los más lindos zapatos de París?

-¿Pero por qué no tienes dinero? -preguntó ella cuando estuvieron instalados en el taxi-, Eres más inteligente que mamá y Dudule. ¿No te gusta el dinero?

-A todo el mundo le gusta. Pero para tener de veras hay que preferirlo a todo lo demás.

Josette reflexionó:

-No es que a mí me guste el dinero más que todo, pero me gustan las cosas que se compran con él.

Él rodeó sus hombros con su brazo.

-Quizá mi pieza nos haga muy ricos; entonces compraremos las cosas que te gustan.

-¿Y me llevarás a los grandes restaurantes?

-A veces -dijo alegremente.

Pero se sentía molesto mientras avanzaba por el jardín florido, bajo las miradas de mujeres vestidas en forma demasiado vistosa y hombres de caras brillantes, Los rosales tupidos, el viejo tilo, la alegría del agua soleada, toda esa belleza venal lo dejaba insensible y se preguntó: "¿Qué diablos vengo a hacer aquí?" .

-Es lindo, ¿no es cierto? -dijo Josette con fervor-, Adoro el campo -agregó. Una gran sonrisa transfiguraba su rostro resignado y Enrique también sonrió:

-Muy lindo: ¿qué quieres comer?

-Creo que un pomelo y carne a la parrilla -dijo Josette con pena-. A causa de la línea.

Parecía muy joven en su vestido de brin verde, que descubría brazos suaves y firmes, y en el fondo bajo sus disfraces de mujer sofisticada, ¡cómo era de natural! Era normal que quisiera llegar, mostrarse, vestirse, divertirse; y tenía el inmenso mérito de confesar sus deseos con sinceridad, sin inquietarse por saber si eran nobles o sórdidos, Aun cuando llegaba a mentir, era más auténtica que Paula, que nunca mentía; había hipocresía en ese código de lo sublime que Paula se había fabricado; Enrique imaginó la máscara altanera que hubiera puesto ante ese lujo fácil y la sonrisa asombrada de Dubreuilh, la mirada espantada de Ana. Todos iban a menear la cabeza con aire consternado cuando apareciera ese reportaje con esas fotos.

"Es verdad que todos somos un poco puritanos -pensó-. Y yo también. Es porque odiamos que nos pongan frente a nuestros privilegios." Había querido evitar ese almuerzo para no confesarse que tenía con qué pagarlo. "Y sin embargo, en el Bar Rojo, con los muchachos, no cuento el dinero que tiro en una noche."

Se inclinó hacia Josette:

-¿Estás contenta?

-¡Eres tan bueno! -dijo-. No hay nadie como tú.

Habría que ser estúpido para sacrificar a esos tabúes pueriles semejante sonrisa. ¡Pobre Josette! No tenía tan a menudo la oportunidad de sonreír. "Las mujeres no son alegres", pensó mirándola. Su lío con Paula terminaba lamentablemente; a Nadine no había sabido darle nada. Josette. .. y bueno, sería distinto. Quería llegar: él la haría llegar. Sonrió amablemente a los dos periodistas que se acercaban.

Cuando dos horas más tarde un taxi lo dejó ante la casa de Lambert, Nadine cruzaba la puerta de calle. Le sonrió cordialmente; estimaba haber tenido el mejor papel en la historia de ambos y era siempre muy amable con él.

-¡Ah, tú también vienes! Es una locura como está de acompañado el querido huérfano.

Enrique la miró un poco escandalizado:

-No es especialmente graciosa esta historia.

-¿Qué puede importarle que ese viejo cochino haya muerto? -dijo Nadine. Se encogió de hombros-. Sé muy bien que mi papel sería hacer de hermana de caridad, y consoladora, y todo; pero no puedo. Hoy estaba reventando de buenas resoluciones: y veo llegar a Volange. Disparé.

-¿Volange está arriba?

-Pues sí. Lambert lo ve a menudo -dijo, sin que Enrique pudiera discernir si había o no perfidia en su tono displicente.

-De todas maneras subo -dijo Enrique.

-Que lo pases bien.

Subió lentamente la escalera. Lambert veía a menudo a Volange: ¿Por qué no se lo había dicho? "Tiene miedo de que me mortifique", pensó. El hecho es que le mortificaba. Llamó. Lambert sonrió con ganas.

-¿Ah, eres tú? Te agradezco. ..

-Qué feliz coincidencia -dijo Luis-. Hace meses que no nos veíamos.

-¡Meses! -Enrique se volvió hacia Lambert; parecía muy huérfano con su traje de franela cuya solapa estaba cruzada por un crespón negro: un traje cuya clásica elegancia había sido aprobada sin duda por el señor Lambert.- Quizá no tengas ganas de moverte estos días -dijo-. Pero hay una reunión importante esta tarde en casa de Dubreuilh. L'Espoir tendrá que tomar decisiones. Quisiera que me acompañaras.

En verdad no tenía necesidad de Lambert, pero deseaba arrancarlo a sus pensamientos.

-Tengo la cabeza en otra cosa -dijo Lambert; se echó en un sillón y dijo con voz sombría-: Volange está seguro de que mi padre no ha muerto en un accidente, que lo liquidaron.

Enrique se estremeció: -¿Que lo liquidaron?

-Las puertas no se abren solas -dijo Lambert-, y no se ha suicidado, puesto que acababa de ser absuelto.

-¿No recuerdas la historia de Molinari entre Lyon y Valence? -dijo Luis-. ¿Y la de Peral? Ellos también cayeron de un tren poco después de haber sido absueltos.

-Tu padre era viejo, estaba cansado -dijo Enrique-, la emoción del proceso pudo sacarlo de quicio.

Lambert sacudió la cabeza:

-¡Sabré quién ha hecho esto! -dijo-. Lo sabré.

Las manos de Enrique se crisparon; eso era lo que lo trabajaba desde hacía ocho días: esa sospecha. ¡No! -suplicó en sí mismo-, Vicente no, ¡ni él ni otro!" Molinari, Peral, le importaban poco; y acaso el viejo Lambert era tan cochino como ellos; pero veía demasiado exactamente ese rostro que había sangrado contra los rieles, un rostro joven iluminado por ojos de un azul asombrado; tenía que ser un accidente.

-Hay bandas de asesinos en Francia -dijo Luis-, es un hecho -se puso de pie- ¡Qué atroces son esos odios que no quieren morir! -Hubo un silencio y dijo con voz acogedora-: Ven a comer una de estas noches a casa, no nos vemos nunca, es demasiado tonto; quisiera hablar contigo de un montón de cosas.

-En cuanto tenga un poco de tiempo -dijo Enrique vagamente.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Luis, Enrique preguntó:

-¿Fueron muy penosos esos días de Lille?

Lambert se encogió de hombros.

-¡Parece que no es viril sentirse sacudido cuando le asesinan a su padre! -dijo con una voz cargada de rencor-. ¡Paciencia! ¡Confieso que me dolió!

-Comprendo -dijo Enrique. Sonrió-. Esas historias de virilidad son ideas de mujeres.

¿Qué sentimientos había abrigado Lambert por su padre? Sólo confesaba piedad, dejaba adivinar rencor: sin duda se mezclaba admiración, asco, respeto, una ternura decepcionada; en todo caso ese hombre había contado para él. Enrique dijo con su voz más afectuosa:

-No te quedes así en tu rincón, envenenándote la sangre. Haz un esfuerzo, ven conmigo; te interesará y me harás un favor.

-¡De todos modos tienes mi voto! -dijo Lambert.

-Me gustaría tu opinión -dijo Enrique-. Scriassine pretende que un alto funcionario soviético escapado de la U.R.S.S. le ha traído informes sensacionales: abrumadores para el régimen, por supuesto; le sugirió a Samazelle que L'Espoir, Vigilance y el S. R. L. ayuden a divulgarlos. ¿Pero qué valor tienen? He tenido algunos fragmentos en mis manos, pero sin ninguna posibilidad de criticarlos.

El rostro de Lambert se animó.

-¡Ah, eso me interesa! -dijo. Se levantó bruscamente-. Me interesa mucho.

Cuando entraron al despacho de Dubreuilh, éste estaba solo con Samazelle:

-Dése cuenta: publicar esos informes antes que todo el mundo sería sensacional! -decía Samazelle-. El último plan quinquenal data del mes de marzo y se ignora casi todo de él. La cuestión de los campos de trabajo en particular va a conmover la opinión. Advierta que ya había sido levantada antes de la guerra; en particular la fracción a la cual yo pertenecía se había preocupado; pero en esa época no despertábamos ningún eco. Hoy todo el mundo está obligado a tomar partido ante el problema de la U.R.S.S. y ahora estamos capacitados para alumbrar ese problema con nuevas luces.

La voz de Dubreuilh parecía muy menuda después de ese enorme zumbido.

-A priori, esa clase de testimonio es doblemente sospechoso -dijo-. Primeramente porque el acusador se las arregló tanto tiempo con el régimen que denuncia, luego porque una vez que se ha separado de él no se puede esperar que mida sus ataques.

-¿Qué se sabe exactamente de él? -preguntó Enrique.

-Se llama Jorge Peltov. Era director del Instituto agrónomo de Tebriouka -dijo Samazelle-, y huyó hace un mes de la zona rusa alemana a la zona occidental. Su identidad está perfectamente establecida.

-Pero no su carácter -dijo Dubreuilh.

Samazelle tuvo un gesto de impaciencia:

-En todo caso, usted estudió el expediente que Scriassine le facilitó. Los rusos reconocen ellos mismos la existencia de campos y de la internación administrativa.

-De acuerdo -dijo Dubreuilh-. ¿Pero cuántos hombres en esos campos? He ahí el problema.

-Cuando yo estaba en Alemania el año pasado -dijo Lambert-, corría la voz que nunca había habido tantos prisioneros en Buchenwald como desde la liberación rusa.

-Quince millones me parece una hipótesis muy moderada -dijo Samazelle.

-¡Quince millones! -repitió Lambert.

Enrique sintió que el pánico se apoderaba de él. Ya había oído hablar de esos campos, pero vagamente, y no había detenido su pensamiento. ¡Se cuentan tantas cosas! En cuanto a ese expediente lo había hojeado sin convicción; desconfiaba de Scriassine; sobre el papel las cifras habían parecido tan imaginarias como los nombres, de consonancias barrocas. Pero resultaba que el funcionario ruso existía y Dubreuilh tomaba ese asunto en serio. Es muy cómoda la ignorancia pero no da la medida de la realidad. Él estaba en Las Islas Borromeas con Josette, hacía un día divino, se ofrecía algunos escrúpulos de conciencia fáciles de acallar. En ese mismo momento en todos los rincones de la tierra había hombres explotados, hambrientos, asesinados.

Scriassine entró precipitadamente en la habitación y todos los ojos se volvieron hacia el desconocido de pelo negro canoso, de ojos brillantes como pedazos de antracita que lo seguía sin sonreír, con un rostro tan inmóvil como el de un ciego de nacimiento. Sus cejas color carbón se juntaban sobre la nariz aguileña; era alto, estaba impecablemente vestido.

Librodot

-Mi amigo Jorge -dijo Scriassine-. Provisoriamente lo nombraremos así -miró a su alrededor-. ¿El lugar es absolutamente seguro? ¿Ninguna posibilidad de que nuestra conversación sea sorprendida? ¿Quién vive arriba?

-Un profesor de piano muy inofensivo -dijo Dubreuilh-. Y los de abajo están afuera.

Era la primera vez que Enrique no pensaba en sonreír ante los aires importantes de Scriassine; esa gran silueta oscura a su lado prestaba a la escena una inquietante solemnidad. Todo el mundo se sentó y Scriassine dijo:

-Jorge puede hablar en ruso o en alemán. Tiene en su poder documentos que va a resumir y a comentar con ustedes. De todos los puntos sobre los cuales trae luces aterradoras, el de los campos de concentración es el que presenta el interés más inmediato. Por ahí va a empezar.

-Que hable en alemán, yo traduciré -dijo Lambert con prontitud.

-Como quiera -Scriassine dijo algunas palabras en ruso y Jorge meneó la cabeza sin que su máscara se inmutara; parecía paralizado por un doloroso e indeleble rencor. De pronto se puso a hablar; su mirada continuaba fija, dirigida dentro de sí mismo hacia visiones que no eran de este mundo; pero de su boca muerta se escapaba una voz coloreada, apasionada, de pronto seca y patética; Lambert tenía los ojos clavados en sus labios como si descifrara el lenguaje de un sordomudo.

-Dice que, ante todo, debemos comprender bien que la existencia de los campos de trabajo no es un fenómeno accidental y en cuya abolición se pueda confiar algún día -dijo Lambert-. El presupuesto del Estado soviético exige entradas extraordinarias que sólo pueden ser provistas por un excedente de trabajo. Si la consumición de los obreros libres descendiera más abajo de cierto nivel, la producción del trabajo sería disminuida otro tanto. Se ha procedido, por lo tanto, a la creación sistemática de un subproletariado que recibe en cambio de un trabajo máximo un estricto mínimo vital: semejante ajuste sólo es posible en un sistema concentracionario.

Un silencio mortuorio se había abatido sobre el despacho; nadie se movía; Jorge volvió a tomar la palabra y Lambert de nuevo cambió en palabras comprensibles la voz trágica: "El trabajo correctivo ha existido desde el principio del régimen, pero sólo en 1934 la N. K. V. D. fué investida del derecho de ordenar con una simple medida administrativa la internación de un campo de trabajo por un período que no exceda de cinco años; para las penas más largas es necesario un juicio previo. Los campos quedaron en parte vaciados entre el 40 y el 45; muchos prisioneros fueron incorporados al ejército y otros murieron de hambre. Pero desde hace un año se han vuelto a llenar ."

Ahora Jorge indicaba sobre los papeles extendidos ante él nombres, cifras, y Lambert iba traduciendo. Karaganda, Tzardskouy, Ouzbek. No eran palabras: eran pedazos de estepa helada, pantanos, campamentos podridos donde hombres y mujeres trabajaban catorce horas diarias por seiscientos gramos de pan; morían de frío, de escorbuto, de disentería, de agotamiento. En cuanto se debilitaban demasiado para trabajar, los metían en hospitales, donde los mataban de hambre. “¿Pero es verdad?”, se dijo Enrique, sublevado. Jorge era sospechoso. ¡Rusia estaba tan lejos y se cuentan tantas cosas! Miró a Dubreuilh, cuyo rostro cerrado no expresaba nada. Dubreuilh había elegido dudar: la duda es la primera defensa, pero tampoco hay que confiar en ella. De todas esas cosas que se cuentan las hay que son verdaderas. Enrique había dudado en el 38 que la guerra fuera para mañana; en el 40 había dudado de las cámaras de gas. Seguramente Jorge exageraba; pero seguramente no lo había inventado todo. Enrique abrió sobre sus rodillas el grueso expediente; todo lo que había leído distraídamente algunas horas antes cobraba de pronto un sentido terrible. Había allí, traducidos al inglés, textos oficiales que admitían la existencia de esos campos. Y no se podía sin mala fe recusar en bloc todos esos testimonios, provenientes unos de observadores americanos, los otros de deportados entregados a los nazis y luego encontrados en

su presidio. Imposible negarlo: ¡en la U.R.S.S. también había hombres que explotaban a muerte a otros hombres!

Cuando Jorge calló hubo un largo silencio.

-Ustedes han aceptado con un masoquismo natural en los intelectuales la idea de una dictadura del espíritu -dijo Scriassine-. Pero esos crímenes organizados contra el hombre, contra todos los hombres, ¿pueden endosarlos?

-Me parece que la respuesta no encierra ninguna duda -dijo Samazelle.

-Le pido perdón, para mí hay una duda -dijo Dubreuilh con voz seca-. No sé ni por qué su amigo se ha escapado, ni por qué ha colaborado tanto tiempo con ese régimen que denuncia ante nosotros; supongo que sus razones eran excelentes; pero no quiero arriesgarme a prestar mi apoyo a una maniobra antisoviética. Por otra parte, no estamos habilitados para contestarle en nombre del S. R. L.; sólo la mitad del comité está presente.

-Si estuviéramos de acuerdo ganaríamos seguramente su decisión -dijo Samazelle.

-¡Cómo puede vacilar! -El rostro de Lambert brillaba de indignación- Aunque sólo la cuarta parte de lo que cuenta fuera verdadero, habría que proclamarlo en seguida por mil altoparlantes. ¡Usted no sabe lo que es un campo de concentración! Que sea ruso o nazi es lo mismo: no hemos combatido a los unos para alentar a los otros…

Dubreuilh se encogió de hombros:

-De todos modos, no se trata para nosotros de modificar el régimen de la U.R.S.S. sino solamente de obrar hoy en Francia basándonos sobre la idea que se hacen de la U. R. S. S.

-Ahí es donde este asunto nos concierne directamente -dijo Lambert.

-De acuerdo, pero seríamos criminales si nos embarcáramos sin informaciones suficientes -dijo Dubreuilh.

-En otras palabras, duda de la veracidad de Jorge -dijo Scriassine.

-No la tomo por un evangelio.

Scriassine golpeó el expediente colocado sobre el escritorio:

-¿Y todo esto lo echa en saco roto?

Dubreuilh meneó la cabeza:

-Estimo que ningún hecho está seriamente establecido.

Scriassine se puso a hablar en ruso con volubilidad; Jorge le contestó con voz impasible.

-Jorge dice que se encarga de proporcionarle pruebas decisivas. Mande a alguien a Alemania occidental; allí hay amigos que lo informarán con precisión sobre los campos de la zona soviética; indican cifras que usted podrá hacer comunicar.

-Iré a Alemania -dijo Lambert-. Y en seguida.

Scriassine lo miró con aprobación.

-Pase a verme -dijo-. Es una misión delicada que habrá que preparar con cuidado -Scriassine se volvió hacia Dubreuilh-. Si le traemos las pruebas que reclama, ¿está resuelto a hablar?

-Traiga sus pruebas y el comité resolverá -dijo Dubreuilh con impaciencia-, Entre tanto, todo esto es puro palabrerío.

Scriassine se levantó, Jorge también.

-Les pido a todos el más absoluto secreto sobre la conversación que acabamos de tener Jorge quiso verlos personalmente; pero se imaginan los peligros que corre en una ciudad como París.

Menearon la cabeza con aire tranquilizador: Jorge se inclinó con rigidez y siguió a Scriassine sin agregar una palabra.

-Lamento esta demora -dijo Samazelle-. Sobre el fondo de la cuestión no hay duda posible. Podríamos publicar en seguida los extractos del código y ya bastaría para levantar la opinión.

-¡Levantar la opinión contra la U. R. S. S. -dijo Dubreuilh-. Es justamente lo que debemos evitar, sobre todo ahora.

-¡Pero esta campaña no le aprovechará a la derecha sino al S.R.L., y lo necesita! -dijo Samazelle-. La situación ha cambiado desde las elecciones y si nos empeñamos en estar con Dios y con el diablo el S. R. L. está liquidado -agregó con vehemencia-. El éxito de los comunistas va a decidir a muchos indecisos a afiliarse al P. C. y muchos van a echarse por terror en brazos de la reacción. Con los primeros no habrá nada que hacer, pero los otros podemos tenerlos si atacamos francamente el stalinismo y si prometemos la reagrupación de una izquierda independiente de Moscú.

-Extraña izquierda que agrupará a los anticomunistas con un programa anticomunista -dijo Dubreuilh.

-¿Sabe lo que va a pasar? -dijo Samazelle con voz irritada-. Si seguimos así, dentro de dos meses el S.R.L. no es más que un grupito de intelectuales esclavizado a los comunistas, a la vez desdeñado y manejado por ellos.

-¡Nadie nos maneja! -dijo Dubreuilh.

Enrique oía a través de una bruma esas voces agitadas. La suerte del S. R. L. le era por el momento indiferente. En qué medida Jorge había dicho la verdad era lo único importante. A menos que hubiera mentido en toda la línea sería en adelante imposible pensar en la U. R. S. S. como se pensaba antes, habría que reconsiderarlo todo. Dubreuilh no quería reconsiderar nada, se refugiaba en él escepticismo. Samazelle sólo esperaba esa ocasión para tronar contra los comunistas. Enrique no tenía ninguna gana de romper con los comunistas; pero no quería tampoco mentirse. Se levantó.

-Toda la cuestión está en saber si Jorge ha dicho la verdad o no. Entre tanto hablamos en el vacío.

-Es también mi opinión -dijo Dubreuilh.

Lambert y Samazelle salieron con Enrique. La puerta había vuelto apenas a cerrarse cuando Lambert rezongó:

-¡Es verdad que Dubreuilh está vendido! Quiere sofocar este asunto. Pero esta vez él no mandará.

-Desgraciadamente el comité lo sigue siempre -dijo Samazelle-. En realidad el S. R. L. es él.

-Pero L'Espoir no está obligado a obedecer al S. R. L. -dijo Lambert. Samazelle sonrió.

-¡Ah!, usted está entablando una grave polémica -agregó con voz soñadora- ¡Evidentemente, si nos decidiéramos a hablar en seguida, nadie podría impedirnos!

Enrique lo miró con sorpresa:

-Están encarando una ruptura entre L'Espoir y el S. R. L.; ¿qué les pasa?

-En el tren en que van las cosas, dentro de dos meses no habrá más S. R. L -dijo Samazelle-. Deseo que L'Espoir le sobreviva.

Se alejó sonriendo con su gran sonrisa redonda y Enrique .se acodó al parapeto del muelle.

-Me pregunto qué se trae entre manos -dijo.

-Si desea que L'Espoir vuelva a ser un diario libre, tiene razón -dijo Lambert-. Allí han instaurado la esclavitud. Aquí asesinan. ¡Y quieren que no protestemos!

Enrique miró a Lambert:

-En el caso que Samazelle propusiera una ruptura, no olvides lo que has prometido: que en cualquier oportunidad me sostendrás.

-De acuerdo -dijo Lambert-, pero te prevengo: si Dubreuilh se emperra en ahogar el asunto, me voy del diario, vendo mis acciones.

-Escucha, no podemos decidir nada, antes que los hechos queden establecidos -dijo Enrique.

-¿Quién decidirá si están probados? -dijo Lambert.

-El comité.

-Es decir, Dubreuilh. Si es parcial no se dejará convencer.

-¡Es también una parcialidad dejarse convencer sin pruebas! -dijo Enrique con un leve reproche.

-¡No me digas que Jorge ha inventado todo esto! ¡No me digas que todos esos documentos son falsos! -dijo Lambert fogosamente. Miró a Enrique con sospecha-. ¿Estás de acuerdo en que si es la verdad hay que decirla?

-Sí -dijo Enrique.

-Entonces vamos bien. Salgo para Alemania lo antes posible, y te juro que allí no perderé mi tiempo -sonrió-. ¿Te dejo en algún lado?

-No, gracias; voy a caminar un poco -dijo Enrique.

Iba a comer con Paula y no le urgía verla. Se puso a caminar a pasos cortos. Decir la verdad: hasta ahora eso no había planteado problemas serios; había contestado que sí a Lambert sin vacilar: era casi un reflejo. Pero en realidad no sabía ni lo que debía creer ni lo que debía hacer, no sabía nada: estaba todavía aturdido como si hubiera recibido un gran golpe en la cabeza. Evidentemente, Jorge no lo había inventado todo. Quizá todo era verdad. Había campos donde quince millones de trabajadores estaban reducidos al estado de sub-hombres; pero gracias a esos campos el nazismo había sido vencido y un gran país se construía en donde se encarnaba la única posibilidad de mil millones de sub-hombres que reventaban de hambre en China y en la India, la única posibilidad de millones de obreros esclavizados a una condición inhumana, nuestra única posibilidad. “¿Ésta también nos fallará?", se preguntó con temor. Se daba cuenta de que nunca había dudado seriamente de ella; las taras, los abusos de la U.R.S.S. los conocía; no impide que un día el socialismo, el verdadero, aquel en que se reconciliarían justicia y libertad, terminaría por triunfar en la U. R. S. S. y por la U. R. S. S.; si esta noche esa certidumbre lo abandonaba, entonces todo el porvenir se hundía en las tinieblas: en ninguna otra parte se perfilaba ni la más mínima luz de esperanza: " ¿Es por eso que me refugio en la duda?'. -se preguntó-. ¿Rechazo la evidencia por cobardía, porque el aire ya no sería respirable si ya no hubiera un rincón de la tierra hacia el cual poder volverse con un poco de confianza? O, por el contrario, quizá sea aceptando con complacencia las imágenes de horror que estoy haciendo trampa. A falta de poder creer en el comunismo sería un alivio poder aborrecerlo resueltamente. ¡Si al menos uno pudiera estar totalmente en pro o totalmente en contra! Pero para estar en contra habría que tener alguna otra cosa que ofrecer a los hombres: y es demasiado evidente que la revolución se hará por la U. R. S. S. o no se hará. Sin embargo, si la U. R. S. S. no ha hecho sino sustituir un sistema de opresión por otro, si ha restablecido la esclavitud, ¿cómo seguir teniéndole simpatía? "Quizá el mal esté en todos lados", se dijo Enrique. Recordaba aquella noche en un refugio de la Cevenas en que estaba voluptuosamente dormido en las delicias de la inocencia; si el mal estaba en todas partes la inocencia no existía. Hiciera lo que hiciere estaría en el error; error si divulgaba una verdad trunca, error si disimulaba, aun trunca, una verdad. Bajó junto al río. Si el mal está en todas partes no hay ninguna puerta de escape ni para la humanidad ni para uno mismo. ¿Habrá que llegar a pensar eso? Se sentó y miró distraídamente correr el agua.

CAPÍTULO VI

Yo estaba trastornada de alegría y de curiosidad la noche en que aterricé en La Guardia; pasé la semana siguiente tascando el freno. Sí; sobre los últimos progresos del psicoanálisis americano tenía todo que aprender; las sesiones del congreso eran muy instructivas, así como las conversaciones con mis colegas; pero también tenía ganas de ver Nueva York y ellos me lo impedían con una tenacidad desesperante. Me confinaban en hoteles recalentados, en restaurantes climatizados, en despachos solemnes, en departamentos de lujo, y no era fácil escaparles. Cuando me dejaban en mi hotel después de comer, yo atravesaba rápidamente el hall y salía por otra puerta; me levantaba al alba e iba a pasear antes de la sesión

de la mañana; pero no sacaba mucho en limpio de esos momentos de libertad a la disparada; me daba cuenta de que en Estados Unidos la soledad no compensa; y estaba inquieta al dejar Nueva York, Chicago, San Luis, Nueva Orleáns, Filadelfia de nuevo, Nueva York, Boston, Montreal: una hermosa gira; pero tenían que darme la posibilidad de aprovecharla. Mis colegas me habían indicado direcciones de nativos para quienes sería un placer mostrarme la ciudad; pero se trataba exclusivamente de doctores, de profesores, de escritores, y yo desconfiaba.

En Chicago en todo caso la partida estaba perdida de antemano; sólo me quedé dos días y dos señoras de edad me esperaban en el aeropuerto; me llevaron a almorzar con otras ancianas que no me soltaron en todo el día. Después de mi conferencia comí langosta entre dos señores almidonados y es tan cansador aburrirse que al volver al hotel subí directamente a acostarme.

Por la mañana me despertó la ira: “Esto no puede durar”, decidí. Descolgué el teléfono: "Lo lamentaba, me excusaba, pero un resfrío me obligaba a quedarme en cama." Y luego salté alegremente de la cama. Pero en la calle me desanimé; hacía mucho frío; entre los rieles del tranvía y del elevado me sentía completamente perdida; inútil caminar durante horas: no iría a ninguna parte. Abrí mi libreta de direcciones: Lewis Brogan, escritor; quizá fuera mejor que nada. De nuevo telefoneé; le dije a ese Brogan que era una amiga de los Benson, sin duda le habían escrito para anunciarle mi venida. De acuerdo estaría en el hall de mi hotel a las dos de la tarde. “Más bien pasaré yo a buscarlo”, dije y colgué. Detestaba mi hotel, su olor a desinfectante y a dólares, y me divertía tomar un taxi, para ir a un lugar definido, a ver a alguien.

El taxi atravesó puentes, rieles, galpones, siguió por calles donde todas las tiendas eran italianas; se detuvo en la esquina de una avenida con olor a papel quemado, a tierra mojada, a pobreza; el chofer señaló una pared de ladrillo de la cual colgaba un balcón de madera. .'Es aquí." Costeé una empalizada. A mi izquierda había una taberna decorada con un letrero luminoso rojo, apagado: Schilz; a la derecha, en un gran cartel, la familia americana ideal olfateaba riendo un plato de porridge; un tacho de basura humeaba al pie de una escalera de madera. Subí la escalera. Sobre el balcón daba una puerta ventana cubierta por un stor amarillo: debía ser ahí. Pero de pronto me sentí intimidada. La riqueza siempre tiene algo público, pero la vida de un pobre es íntima; me parecía indiscreto golpear a esa puerta. Miré con indecisión las paredes de ladrillo de las cuales colgaban con monotonía otras escaleras y otros balcones grises; más allá de los techos veía un inmenso cilindro rojo y blanco: un tanque de gas; a mis pies, en medio de un cuadro de tierra desnuda, había un árbol negro y un molinito de alas azules. A lo lejos pasó el tren, el balcón tembló. Golpeé y vi aparecer a un hombre bastante joven, bastante alto, con el busto rígido por una campera de cuero; me examinó con sorpresa.

-¿Encontró mi casa?

-Así parece.

Una estufa negra rezongaba en medio de una cocina amarilla; el linóleum estaba cubierto de diarios viejos y noté que no había frigidaire. Brogan señaló los papeles con un vago ademán:

-Estaba poniendo orden.

-Espero que no lo moleste.

-No, no -se quedaba plantado frente a mí con aire turbado-. ¿Por qué no quiso que fuera a buscarla a su hotel?

-Es un lugar horrible.

La boca de Brogan esbozó por fin una sonrisa:

-Es el mejor hotel de Chicago.

-Justamente. Demasiadas alfombras, demasiadas flores, demasiada gente, demasiada música, demasiado de todo.

La sonrisa de Brogan subió hasta sus ojos.

-Entre por aquí.

Vi primeramente la manta mexicana, la silla amarilla de Van Gogh, y luego los libros, la ortofónica, la máquina de escribir; debía ser agradable vivir en ese cuarto que no era ni un estudio de esteta ni un espécimen de hogar americano ideal.

Dije espontáneamente:

-¡Qué lugar agradable!

-¿Le parece? -Brogan interrogaba las paredes con la mirada.- No es grande - hubo otro silencio y dijo precipitadamente-: ¿No quiere sacarse el abrigo? ¿Le gustaría una taza de café? Tengo discos franceses. ¿Le gustaría escucharlos? ¿Discos de Charles Trenet?

Sin duda, fué a causa de la gran estufa rezongona o porque sobre el stor dorado por el frío sol de febrero la sombra del árbol negro se estremecía; en seguida pensé: "Sería agradable pasar la tarde sentada sobre la manta mexicana." Pero le había telefoneado a Brogan para visitar Chicago. Dije con firmeza:

-Me gustaría ver Chicago; me voy mañana temprano.

-Chicago es grande.

-Muéstreme un pedacito.

Tocó su campera de cuero y dijo con voz inquieta:

-¿Tengo que vestirme?

-¡Qué idea! Detesto los cuellos duros.

Protestó con calor:

-Nunca en mi vida me he puesto un cuello duro. ..

Por primera vez nuestras sonrisas se encontraron, pero no parecía todavía del todo tranquilizado.

-¿No quiere ver los mataderos?

-No. Paseemos por las calles.

Había muchas calles y todas se parecían; estaban bordeadas de viejos chalets y de terrenos baldíos que trataban de parecerse a jardincitos de suburbio; luego seguimos por otras avenidas rectas y tristes; en todos lados hacía frío. Brogan se tocaba las orejas con inquietud:

-Ya están duras; se van a partir en dos.

Me dió lástima:

-Entremos a calentarnos aun bar.

Entramos aun bar; Brogan pidió ginger ale, yo un borbón. Cuando salimos hacía el mismo frío; entramos a otro bar y nos pusimos a conversar. Había pasado algunos meses en un campo de las Ardenas después del desembarco, me hacía un montón de preguntas sobre Francia, la guerra, la ocupación, París. Yo también lo interrogué. Me parecía encantado de que lo escucharan, pero confuso de hablar de sí mismo; arrancaba sus frases con vacilación y luego me las arrojaba con tanto impulso que yo tenía cada vez la impresión de recibir un regalo. Había nacido en el sur de Chicago, su padre era un pequeño almacenero de origen finlandés y su madre una judía húngara, tenía veinte años cuando la gran crisis y había vagabundeado a través de los Estados Unidos, oculto en furgones de mercaderías, tan pronto mozo de cordel, lavaplatos, camarero, masajista, albañil, vendedor, y en caso de necesidad, ratero; en una hostería perdida de Arizona, donde lavaba vasos, había escrito un relato que fué publicado por una revista de izquierda; entonces había escrito otros; desde el éxito de su primera novela un editor le pasaba una pensión que le permitía vivir.

-Me gustaría leer ese libro -dije.

-El próximo será mejor.

-Pero éste está escrito.

Brogan me examinó con aire perplejo:

-¿Quiere leerlo realmente?

-Sí, realmente.

Se levantó y fué hacia el teléfono, al fondo de la sala. Volvió al cabo de tres minutos:

-Su libro estará en su hotel antes de la comida.

-Oh, gracias -dije con calor.

La rapidez de su gesto me había conmovido; eso es lo que me lo había hecho simpático en seguida: su espontaneidad; ignoraba las frases hechas y los ritos de la cortesía; sus atenciones las improvisaba y se parecían a los inventos de la ternura. Primeramente me había divertido encontrar en carne y hueso ese espécimen americano clásico: escritor de izquierda que se ha hecho solo. Ahora me interesaba Brogan. Se sentía a través de sus palabras que no se creía con ningún derecho sobre la vida y, sin embargo, siempre había tenido apasionadamente ganas de vivir; me gustaba esa mezcla de humildad y de avidez.

-¿De dónde sacó la idea de escribir? -pregunté.

-Siempre me gustó el papel impreso: cuando era chico hacía un diario pegando recortes en un cuaderno.

-Deben de haber otras razones.

Reflexionó:

-Conozco montones de personas distintas: tengo ganas de mostrarle a cada cual cómo son las otras de veras. Se cuentan tantas mentiras -calló un instante-. A los veinte años comprendí que todo el mundo me mentía y eso me puso furioso; creo que es por eso que empecé a escribir y que continúo. ..

-¿Sigue furioso?

-Más o menos -dijo con una sonrisita reticente.

-¿No hace política? -pregunté.

-Hago algunas cositas.

En resumen, se encontraba en la misma situación que Roberto y que Enrique; pero se resignaba con una serenidad exótica; escribir, hablar por radio ya veces en los mitines para denunciar algunos abusos, lo satisfacía plenamente; ya me lo habían dicho: aquí los intelectuales podían vivir tranquilos porque se sabían totalmente impotentes.

-¿Tiene amigos escritores?

-Oh, no -dijo con ímpetu. Sonrió-. Tengo amigos que se pusieron a escribir cuando vieron que yo ganaba dinero, quedándome sentado ante mi máquina, pero no se han vuelto verdaderos escritores.

-¿Ganaron dinero?

Se puso a reír francamente:

-Hay uno que escribió quinientas páginas en un mes; tuvo que pagar mucho para hacerlas imprimir y su mujer le prohibió que repitiera su hazaña; volvió a su oficio de ratero.

-¿Es un buen oficio? -pregunté.

-Depende. En Chicago hay una gran competencia.

¿Conoce muchos rateros?

Me miró con un aire un poco burlón:

- Una media docena.

-¿Y gangsters?

El rostro de Brogan se puso serio:

-Todos los gangsters son unos canallas.

Empezó a exponerme con volubilidad el papel que los gangsters habían desempeñado en estos últimos años como rompehuelgas. Y además me contó un montón de cuentos sobre sus relaciones con la policía, con la política, con los negocios. Hablaba rápido y a mí me costaba un poco seguirlo, pero era tan apasionante como un film de Edward Robinson. Se detuvo bruscamente: -¿No tiene hambre?

-Sí. Ahora que me hace pensar tengo mucha hambre -dije. Agregué alegremente-: ¡Cuántos cuentos sabe!

-Oh, si no los supiera, los inventaría -dijo-. Por el placer de verla escuchar.

Eran más de las ocho, el tiempo había pasado rápido. Brogan me llevó a comer a un restaurante italiano, y mientras comía una pizza me preguntaba por qué me sentía tan cómoda a su lado; yo no sabía casi nada de él y sin embargo no me

parecía un extraño; era quizá gracias a su pobreza despreocupada. El almidón, la elegancia, los buenos modales crean distancias; cuando Brogan abría su campera sobre su tricota gastada, cuando volvía a cerrarla, sentía junto a mí la presencia confiada de un cuerpo que tenía calor o frío, un cuerpo vivo. Él mismo había lustrado sus zapatos: bastaba mirarlos para entrar en su intimidad. Cuando al salir de la pizzería me tomó del brazo para ayudarme a caminar sobre el piso helado, su calor en seguida me pareció familiar.

-¡Vamos! Voy a mostrarle algunos pedacitos de Chicago -me dijo.

Nos sentamos en un burlesco para mirar a las mujeres desvestirse con música; escuchamos jazz en un pequeño dancing negro; bebimos en un bar que se parecía a un asilo nocturno; Brogan conocía a todo el mundo; al pianista del burlesco con las muñecas tatuadas, al trompetista negro del dancing, a los atorrantes, a los negros ya las viejas rameras del bar; los invitaba a nuestra mesa, los hacía hablar, y me miraba con aire feliz porque veía que yo me divertía. Cuando salimos a la calle le dije con entusiasmo:

-Le debo mi mejor noche de América.

-Hay muchas otras cosas que hubiera querido mostrarle -dijo Brogan.

La noche terminaba, iba a amanecer y Chicago desaparecería para siempre; pero el acero del elevado nos ocultaba la mancha leprosa que empezaba a roer el cielo. Brogan me llevaba del brazo. Delante de nosotros, detrás de nosotros, los arcos negros se repetían al infinito; uno tenia la impresión de que rodeaban la tierra y de que íbamos a caminar así hasta la eternidad. Dije:

-Un día es demasiado corto. Tendré que volver.

-Vuelva -dijo Brogan. Agregó con voz rápida-: No quiero pensar que no volveré a verla.

Seguimos caminando en silencio hasta la estación de taxis. Cuando acercó su rostro al mío no pude impedirme de apartar la cabeza; pero sentí su aliento contra mi boca.

En el tren, unas horas después, mientras trataba de leer la novela de Brogan, me reprendía: “¡Es ridículo, a mi edad!” Pero mi boca seguía emocionada como la de una virgen. Sólo había besado a los hombres con quienes me había acostado; cuando evocaba esa sombra de beso me parecía que iba a encontrar en el fondo de mi memoria ardientes recuerdos de amor. “Volveré”, me dije con decisión. Y luego pensé: “¿Para qué?, Tendremos que separarnos de nuevo y esta vez no tendré el recurso de decirme: volveré. No, era mejor no pensar más.”

No eché de menos a Chicago. Comprendí en seguida que formaban parte de los placeres de los viajes las amistades sin futuro y el leve desgarramiento de las despedidas. Evité resueltamente a la gente aburrida, sólo frecuenté a los que me divertían; pasábamos tardes enteras paseando, noches bebiendo y discutiendo, y luego nos separábamos para no vernos nunca más y nadie lo lamentaba. ¡Qué fácil era la vida! Ni nostalgias, ni deberes, ninguno de mis gestos contaba, no me pedían consejo y yo no conocía más regla que mis caprichos. En Nueva Orleáns, al salir de un patio donde me había emborrachado con unos daiquiris, tomé bruscamente un avión para la Florida. En Lynchburg alquilé un auto y paseé durante ocho días por las tierras rojas de Virginia. Durante mi segunda estada en Nueva York casi no pegué los ojos; vi a un montón de gente y me arrastré por todos lados. Los Davies me propusieron acompañarlos a Hartford, y dos horas más tarde salía con ellos en un auto: vivir algunos días en una casa de campo americana, ¡qué suerte! Era una preciosa casita de madera, toda blanca, barnizada, con ventanitas a granel. Myriam esculpía, la hija tomaba lecciones de baile, el hijo escribía poemas herméticos; tenía treinta años, una piel de niño, grandes ojos trágicos y una nariz encantadora. La primera noche, mientras me contaba sus penas de amor, Nancy se divirtió en disfrazarme con un amplio vestido mexicano, soltó mi pelo sobre mis hombros: "¿Por qué no se peina siempre así? -me dijo Philipp-, parece que trata de envejecerse a propósito." Me hizo bailar hasta muy entrada la noche. Para gustarle, los días siguientes continué disfrazándome de joven. Comprendía muy bien por qué

me festejaba; yo llegaba de París y además tenía la edad que había tenido Myriam durante su adolescencia. De todos modos me sentía conmovida. Organizaba fiestas para mí, me inventaba cocktails, tocaba en su guitarra bonitas canciones de cow-boys, me sacaba a pasear por las viejas aldeas puritanas. La víspera de nuestra partida nos quedamos en el living-room cuando todos se habían ido, escuchábamos discos tomando whisky y me dijo con voz desolada:

-¡Qué lástima que en Nueva York no la haya conocido mejor! Me hubiera encantado salir en Nueva York con usted.

-Puede volver a darse la ocasión -dije-. Dentro de diez días vuelvo a Nueva York; tal vez usted esté.

-En todo caso puedo ir. Llámeme por teléfono-dijo mirándome gravemente.

Seguimos escuchando algunos discos, me acompañó a través del hall hasta la puerta de mi cuarto; le tendí la mano y me preguntó en voz baja:

-¿No quiere darme un beso?

Me tomó entre sus brazos, por un instante permanecimos inmóviles mejilla contra mejilla, paralizados por el deseo; y luego oímos un paso leve y nos apartamos rápidamente el uno del otro. Miriam nos miró con una extraña sonrisa.

-Ana se va temprano, no la hagas trasnochar -dijo con su voz delicada.

-Iba a acostarme -dije.

No me acosté. Permanecí de pie ante la ventana abierta, respirando la noche que no olía a nada: parecía que la luna congelaba el perfume de las flores. Myriam dormía o velaba en el cuarto contiguo y yo sabía que Philipp no vendría. A veces creí oír un paso, pero era tan sólo el viento que caminaba entre los árboles.

El Canadá no era divertido; me sentí feliz cuando desembarqué de nuevo en Nueva York y pensé en seguida: "Voy a telefonear a Philipp." Yo estaba invitada el mismo día a un cocktail donde debía encontrar a la mayoría de mis amigos; desde mi ventana veía un vasto paisaje de rascacielos; pero todo eso ya no me bastaba. Bajé al bar de mi hotel: en la luz azul oscura un pianista tocaba con sordina aires lánguidos, las parejas susurraban, los camareros caminaban de puntillas; pedí un Martini y encendí un cigarrillo; mi corazón latía a golpecitos. Lo que iba a hacer no era muy razonable; después de ocho días pasados con Philipp no me separaría de él seguramente sin una seria nostalgia; pero paciencia; en primer lugar tenía necesidad de él, en cuanto a la nostalgia la sentiría de todas maneras. Ya la tenía. Queensbridge, Central Park, Washington Square, East River; de aquí a ocho días no los vería más: después de todo prefería extrañar a una persona que a unas piedras, me parecía que sería menos doloroso. Tomé un trago de Martini. Una semana: era demasiado breve para nuevos descubrimientos, demasiado breve para placeres sin porvenir; no quería errar por Nueva York como turista; tenía que vivir de veras en esa ciudad, así sería un poco mía y dejaría en ella algo de mí. Tenía que andar por las calles del brazo de un hombre que provisoriamente sería mío. Vacié mi vaso. Una vez durante ese viaje un hombre me había llevado del brazo; era el invierno, yo trastabillaba sobre la escarcha, pero junto a él me sentía amparada. Él decía: "Vuelva. No quiero pensar que no volveré a verla." Y yo no volvería; oprimiría contra mi brazo otro brazo. Durante un instante me sentí culpable de traición. Pero no había discusión, era a Philipp a quien había deseado durante toda una noche, lo deseaba todavía y él esperaba mi golpe de teléfono. Me levanté, entré a la cabina y pedí con Hartford.

-¿El señor Philipp Davies?

-Voy a buscarlo.

Bruscamente mi corazón se puso a latir con fuerza. Un instante antes yo disponía de Philipp a mi antojo, lo llamaba a Nueva York, lo acostaba en mi cama. Pero él existía por su cuenta y ahora era yo quien dependía de él; yo estaba sola, sin defensa, en esa celda estrecha.

-¿Allo?

-Philipp, es Ana.

-¡Ana! ¡Qué lindo oírla!

Hablaba en francés con una perfección lenta que de pronto parecía cruel.

-Hablo desde Nueva York.

-Ya sé. Querida Ana, Hartford está tan aburrido desde que usted nos dejó. ¿Ha hecho lindos viajes?

¡Qué cercana es su voz! Roza mi rostro. Pero él, de pronto, está muy lejos; contra la ebonita negra del receptor mi mano está húmeda. Lanzo palabras al azar:

-Me gustaría contárselos. Usted me dijo que lo llamara. ¿Puede venir a Nueva York antes de mi partida?

-¿Cuándo se va?

-El sábado.

-Oh -dijo-, oh, ¡tan pronto! -hubo un breve silencio-. Esta semana tengo que ir a Cape Cod a casa de unos amigos, me comprometí.

-¡Qué lástima!

-Sí, es una lástima. ¿No puede demorar su partida?

-No puedo. ¿Usted no puede demorar ese viaje?

-No, es imposible -dijo su voz consternada.

-Y bueno, entonces nos veremos este verano en París -dije con una alegría cortés- El verano no está muy lejos.

-¡Lo lamento tanto!

-Yo también. Hasta pronto, Philipp. Hasta este verano.

-Hasta pronto, querida Ana. No me olvide demasiado.

Colgué el receptor, húmedo de sudor. Mi corazón se había calmado y quedaba un vacío bajo mis costillas. Fui a casa de los Wilson. Había mucha gente, me pusieron un vaso en la mano, me sonreían, me invitaban a derecha e izquierda, yo inscribía las citas en mi libreta; sentía siempre ese vacío en mi pecho. A la decepción de mi cuerpo me resignaba; pero ese vacío me costaba soportarlo. Me sonreían, hablaban, yo hablaba, sonreía, todavía durante una semana íbamos a hablar y a sonreír, y luego ninguno de ellos pensaría en mí ni yo en ellos; ese país era bien real, yo estaba bien viva y me iría sin dejar nada detrás de mí y sin llevar nada. Entre dos sonrisas pensé bruscamente: "¿Y si fuera a Chicago?" Podía telefonear a Brogan esa misma noche y decirle: "Voy." Si ya no tenía ganas de verme, y bueno, me lo diría: ¿qué importancia tenía? Dos rechazos no serían peor que uno. Entre otras dos sonrisas me consideré con escándalo: no tuve a Philipp, entonces voy a echarme en brazos de Brogan. ¿Qué son esos modales de hembra en celo? En verdad la idea de acostarme con Brogan no me decía gran cosa, lo imaginaba más bien torpe en la cama; y ni siquiera estaba segura de volver a verlo con placer; sólo había pasado con él una tarde, me arriesgaba a las peores decepciones. Sin ninguna duda, ese proyecto era estúpido; yo tenía ganas de moverme, de agitarme, para disfrazar mi fracaso; es así como se hacen las verdaderas tonterías. Decidí quedarme en Nueva York y seguí anotando citas: exposiciones, conciertos, comidas, fiestas, la semana pasaría rápido. Cuando volví a encontrarme en la calle, el gran reloj de Gremercy Square marcaba medianoche; de todas maneras era demasiado tarde para telefonear. No, no era demasiado tarde; en Chicago no eran más que las nueve, Brogan leía en su cuarto o escribía. Me detuve ante el escaparate iluminado de un drug store. "No quiero pensar que nunca volveré a verlo." Entré, cambié monedas en la caja y pedí Chicago.

-¿Lewis Brogan? Es Ana Dubreuilh.

No hubo respuesta:

-Es Ana Dubreuilh. ¿Me oye?

-Oigo muy bien -agregó en un francés informe apoyando en cada sílaba-. ¿Qué tal Ana, cómo le va?

La voz era menos presente que la de Philipp; Brogan me parecía menos lejano.

-Puedo ir a pasar tres o cuatro días a Chicago esta semana -dije-. ¿Qué le parece?

-El tiempo está divino en este momento en Chicago.

-Pero si voy sería para verlo. ¿Tiene tiempo?

-Tengo todo el tiempo -dijo en tono festivo-. Mi tiempo me pertenece.

Vacilé un segundo; era demasiado fácil: uno decía no, y el otro sí con la misma indiferencia; pero era demasiado tarde para retroceder; dije:

-Entonces llegaré en el primer avión de mañana por la mañana. Resérveme un cuarto en un hotel que no sea el mejor de Chicago. ¿Dónde nos encontramos?

-Iré a buscarla al aeródromo.

-De acuerdo; hasta mañana.

Hubo un silencio; y reconocí la voz que tres meses antes me había dicho: "Vuelva." Decía:

-¡Ana, estoy tan contento de volver a verla!

-Yo también estoy contenta, Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Era su voz, era él tal como lo recordaba y no me había olvidado. Junto a él me sentiría al amparo como este invierno. De pronto me alegraba de que Philipp hubiera contestado: no. Todo era sencillo. Conversaríamos un momento en un bar de luces tamizadas; él me diría: "Venga a descansar a casa." Nos sentaríamos juntos sobre la manta mexicana, yo escucharía dócilmente a Charles Trenet, y Brogan me tomaría entre sus brazos. No sería sin duda una noche muy sensacional, pero él se sentiría feliz y yo estaba segura de que eso bastaría para mi felicidad. Me acosté conmovida al pensar que un hombre me esperaba para apretarme contra él.

No me esperaba; no había nadie en el hall. "Empieza mal", pensé, sentándome en un sillón. Estaba netamente desamparada y me dije con inquietud que me había faltado prudencia. “¿Llamo a Brogan o no lo llamo?”. Había jugado sola a ese juego; y ahora me encontraba lanzada en una aventura cuyo éxito ya no dependía de mí; todo cuanto podía hacer era seguir en la esfera del reloj el movimiento de esas agujas que no avanzaban; esa pasividad me asustó y traté de tranquilizarme. Después de todo si esa historia salía mal podría encontrar un pretexto para volver mañana a Nueva York; de todas maneras dentro de ocho días el paréntesis se habría cerrado: segura dentro de mi vida sonreiría con indulgencia a todos mis recuerdos conmovedores o ridículos. Mi inquietud se aplacó. Cuando abrí la cartera para buscar en mi agenda el número de teléfono de Brogan, había verificado todas las salidas de emergencia estaba protegida contra todo accidente. Alcé la cabeza y vi que estaba de pie ante mí, me envolvía toda entera en una sonrisita reticente. Me quedé tan estupefacta como si en el otro extremo del mundo hubiera encontrado a su fantasma.

-Y ¿cómo le va? -dijo en su atroz francés. Me puse de pie. Era más delgado que su imagen, tenía los ojos más vivos.

-Bien -dije.

Sin abandonar su sonrisa acercó su boca a mis labios. Ese beso público me desconcertó y dejó sobre la barbilla de Brogan una mancha roja:

-Lo he pintado todo -dije. Saqué la mancha con mi pañuelo y agregué-: Llegué a las nueve.

-Oh -dijo en un tono de reproche que parecía dirigirse a mí-, me habían dicho que el primer avión aterrizaba a las diez.

-Se equivocaron.

-Nunca se equivocan.

-En fin, estoy aquí.

-Está aquí -concedió. Se sentó, yo también me senté. Las nueve y veinte. Había llegado con veinte minutos de atraso, cuarenta de adelanto. Llevaba un hermoso traje de franela, una camisa inmaculada: lo adivinaba plantado ante su espejo, ansioso por agasajarme, inhábil para mirarse, interrogando su reflejo con una mirada a la vez halagada y perpleja; vigilaba el reloj con inquietud; y yo traicioneramente ya lo esperaba. Le sonreí:

-¿Vamos a quedarnos aquí toda la mañana?

-No -dijo. Reflexionó-. ¿Quiere que vayamos al Zoológico?

-¿Al Zoológico?

-Está muy cerca de aquí.

-¿Y que haremos allí?

-Miraremos los animales y ellos nos mirarán.

-No he venido aquí para servir de espectáculo a sus animales -me levanté-. Vamos más bien a un lugar tranquilo donde pueda tomar café, sandwiches, y nos miraremos el uno al otro.

Él también se levantó:

-Es una idea.

Estábamos solos en el automóvil que nos llevaba hacia el centro de la ciudad; Brogan tenía mi maleta sobre sus rodillas, callaba, y de nuevo me sentí inquieta: "Cuatro días serán largos con este desconocido; cuatro días serán cortos para conocerse." Dije:

-Habrá que pasar por mi hotel para dejar mi maleta.

Brogan sonrió con aire confuso.

-¿Me reservó un cuarto?

Conservaba su sonrisa culpable, pero había en su voz algo provocador:

-¡No!

-¡Cómo! ¡Se lo pedí por teléfono!

-No oí ni la mitad de lo que decía -dijo con volubilidad-.Su inglés es todavía peor que este invierno y habla como una ametralladora. Pero no tiene ninguna importancia. Vamos a dejar esta maleta en la consigna. Espéreme aquí -agregó cuando hubimos bajado del coche ante la oficina de la compañía de aviación. Empujó una puerta giratoria y lo seguí con una mirada sospechosa. ¿Era olvido, negligencia o astucia? Sin duda era claro para él como para mí que yo pasaría esa noche en su cama; pero me sentía presa de pánico ante la idea de que quizá esta noche no tuviéramos ganas. Me había jurado que nunca volvería a cometer el error de entrar sin deseo en la cama de un hombre. En cuanto Brogan volvió le dije con nerviosidad:

-Hay que telefonear a un hotel. No he dormido en toda la noche, me gustaría dormir una siesta, tomar un baño.

-Es muy difícil encontrar un cuarto en Chicago -dijo.

-Razón de más para buscarlo en seguida.

Él debió haber dicho: "Venga a descansar a mi casa." Pero no dijo nada. Y la cafetería a que me llevó no se parecía en absoluto al bar íntimo y cálido que yo había imaginado: parecía una confitería de estación. El bar donde fuimos a caer luego también parecía una sala de espera. ¿Íbamos a pasarnos el día esperando? ¿Qué esperábamos?

-¿Un whisky?

-Encantada

-¿Cigarrillos?

-Gracias.

-Voy a poner un disco.

¡Si al menos hubiéramos podido conversar tranquilamente como antes! Pero Brogan no podía quedarse quieto; iba a buscar al mostrador una botella de coca-cola, ponía una moneda, luego otra, en la caja de música, compraba cigarrillos. Cuando por fin lo convencí de que hablara por teléfono, se quedó ausente tanto tiempo que creí que había desaparecido para siempre. ¡Decididamente me había equivocado seriamente en mis previsiones.¡ Parecía que trataba a propósito de frustrarlas; apenas se parecía al hombre cuyo recuerdo yo había conservado. La primavera había derretido el bloque de rigidez en el cual el invierno lo había petrificado; ciertamente no se había vuelto ni gracioso ni flexible, pero su figura era casi elegante, su pelo decididamente rubio, sus ojos de un gris verdoso bien definido; en esa cara que me había parecido neutra, descubría una boca sensible, una nariz un poco hosca, una sutileza que me desconcertaba.

Librodot

-No encontré nada -dijo Brogan cuando volvió asentarse a mi lado-. Terminé por dirigirme a la asociación de los hoteles. Debo volver a llamarlos un poco más tarde.

-Gracias.

-¿Qué quiere hacer ahora?

-¿Si nos quedáramos tranquilos aquí?

-¿Entonces otro whisky?

-Bueno.

-¿Cigarrillo?

-Gracias.

-¿Quiere que ponga un disco?

-No, por favor.

Hubo un silencio; ataqué: -Vi a sus amigos de Nueva York.

-No tengo amigos en Nueva York.

-Pero sí, los Benson que me presentaron.

-Oh, no son amigos.

-¿Entonces por qué aceptó verme hace dos meses?

-Porque era francesa y tenía un nombre que me gustaba: Ana -por un instante me dió su sonrisa, pero la recobró en seguida. Hice un nuevo esfuerzo:

-¿Qué ha estado haciendo?

-Envejecí un día todos los días.

-Lo encuentro más bien rejuvenecido.

-Es que tengo un traje de verano.

El silencio volvió a caer y esta vez abandoné.

-Bueno, vamos a algún lado. ¿Pero adónde?

-Este invierno tenía ganas de ver un partido de base-ball -dijo con solicitud- hoy hay uno.

-Y bueno, vamos.

Era gentil al acordarse de mis viejos deseos; pero hubiera podido suponer que por el momento el base-ball no me interesaba en absoluto. No importa. Lo mejor que podíamos hacer era matar el tiempo esperando. ..¿esperando qué? Seguí con una mirada atontada a los hombres con casco que corrían sobre el césped de un verde agresivo, y me repetía con ansiedad: ¡Matar el tiempo! Cuando no tenemos ni una hora para desperdiciar. Cuatro días es tan poco que hay que apresurarse: ¿Cuándo nos encontraremos por fin?

-¿Se aburre? -dijo Lewis.

-Tengo un poco de frío.

-Vamos a otra parte.

Me llevó a un bowling, donde tomamos cerveza mirando caer las quillas, y a una taberna donde cinco pianos mecánicos martillaron por turno una música polvorienta, y a un acuario donde los peces hacían muecas perversas. Tomamos tranvías, subterráneos, otros tranvías, otros subterráneos; me sentía bien en los subtes; la frente apoyada en el vidrio del primer vagón; nos sumergíamos en túneles floridos de lámparas azul celeste, el brazo de Brogan rodeaba mi cintura y nuestro silencio se parecía al que une a los amantes confiados; pero en las calles caminábamos a distancia y yo sentía con desamparo que callábamos porque no encontrábamos nada que decirnos. A mitad de la tarde tuve que reconocer que había habido un error en mis cálculos: en una semana, mañana, ese día se habría convertido en pasado, era fácil olvidarlo; pero antes que nada había que vivirlo hora por hora y durante todas esas horas un desconocido disponía caprichosamente de mi suerte. Yo estaba tan cansada y tan decepcionada que quise estar sola.

-Por favor -le pedí-, telefonee una vez más; tengo necesidad de dormir un poco.

-Voy a dirigirme a la asociación de hoteles -dijo Brogan empujando la puerta de un drug-store. Permanecí de pie, mirando con una mirada distraída los libros de tapas brillantes, y casi en seguida salió de la cabina con una sonrisa satisfecha.

-Hay un cuarto que la espera a dos cuadras de aquí.

-Ah, gracias.

Caminamos en silencio hasta el hotel. ¿Por qué no había mentido? Era el momento de decir: venga a descansar a casa. ¿Él tampoco estaría seguro de sus deseos? Yo había contado con su calor, con su audacia, para quebrar la soledad de mi cuerpo; pero me dejaba prisionera y yo no podía hacer nada por nosotros. Lewis se acercó a la recepción:

-Acabo de reservar un cuarto.

El empleado miró el registro:

-¿Dos personas?

-Una -dije. Escribí mi nombre en la ficha-. Mi valija está en la consigna.

-Voy a buscarla -dijo Lewis-. ¿Cuándo la quiere?

-Llámeme de aquí a dos horas.

¿Había soñado? ¿O había cambiado una mirada extraña con el empleado? ¿Había reservado el cuarto para dos personas? Pero entonces debió encontrar un pretexto para subir conmigo. Yo le hubiera soplado veinte. Sus pobres astucias me irritaban tanto más por lo que hubiera querido caer en ellas. Hice correr mi baño, me metí en el agua tibia mientras me decía que habíamos partido con muy mal pie. ¿Era culpa mía? Sin duda hay mujeres que habrían sabido decir: "Vamos a su casa." Nadine lo habría dicho. Me acosté sobre la colcha, cerré los ojos. Ya temía el momento en que tendría que encontrarme de pie en medio de ese cuarto donde no me acogería ni la familiaridad de un cepillo de dientes. Tantos cuartos distintos e indiscernibles, tantas maletas abiertas, cerradas, tantas llegadas y partidas, despertares, esperas, idas y venidas, huidas; ya estaba cansada de haber desgranado durante tres meses días sin mañana, estaba cansada de recrear mi vida, cada día, cada noche, cada hora. Deseaba apasionadamente que una fuerza extraña me tirara sobre esa cama, para siempre. Que suba, que golpee a mi puerta, que entre. Yo acechaba su paso en el corredor con una impaciencia tan apasionada que imitaba el deseo. Ni un ruido. Me hundí en el sueño.

Cuando me encontré con Brogan en el hall ya estaba calmada; muy pronto la suerte de esta aventura se habría decidido y de todos modos unas horas más tarde estaría durmiendo. El viejo restaurante alemán donde comimos me pareció acogedor y conversé despreocupadamente. El bar en que luego nos instalamos flotaba en brumas violetas; me sentía a gusto. Y Brogan me hablaba con su voz de antaño.

-El taxi se la llevó -decía-, y yo no sabia nada de usted. Al volver encontré el New Yorker bajo mi puerta; y en medio de un artículo sobre un congreso de psiquiatría caigo sobre su nombre. Como si hubiera vuelto en medio de la noche para decirme quién era.

-¿Los Benson no lo informaron?

-Oh, nunca leo sus cartas -agregó con voz divertida-. En el artículo hablaban de usted como de un brillante doctor.

-¿Le asombró mucho?

Me miró sin contestar, sonriendo; cuando me sonreía así me parecía sentir su aliento contra mi boca.

-Pensé que tienen doctores muy raros en Francia.

-Yo, al volver, encontré su libro en el hotel. Traté de leerlo, pero tenía demasiado sueño. Lo leí al día siguiente en el tren.

Miré a Lewis:

-Bertis es usted, ¿no es cierto?

--Oh, yo nunca hubiera incendiado una granja -dijo Brogan con voz irónica- Le tengo demasiado miedo al fuego y también a la policía. -Se levantó bruscamente.- Venga a hacer una partida de veintiséis.

La rubia de ojos tristes que estaba sentada detrás de la mesa de juego nos tendió el cubilete con los dados. Brogan eligió el seis y apostó medio dólar; yo miraba abrumada los huesitos que rodaban sobre el tapete verde. ¿Por qué se escurría justo cuando empezábamos a encontrarnos? ¿Yo lo asustaba? Su rostro

me parecía a la vez muy duro y muy vulnerable, lo descifraba mal: "¡Gané!", dijo en tono alegre y me tendió el cubilete. Lo sacudí con violencia: "Estoy jugando nuestra noche", decidí en un parpadeo. Elegí el cinco; mi boca estaba forrada de pergamino, mis pómulos húmedos; el cinco salió siete veces durante los tres primeros golpes, luego tres veces más: ¡perdí!

-Es un juego estúpido -dije volviendo a sentarme.

-¿Le gusta jugar?

-Detesto perder.

-Adoro el póker y pierdo siempre -dijo Brogan con melancolía-. Parece que tengo una cara, muy fácil de descifrar.

-No es mi opinión -dije clavando en él una mirada de desafío.

Pareció sentirse molesto pero no aparté la vista. Había jugado nuestra noche, la había perdido. Brogan me negaba su ayuda y los dados me habían condenado; me sublevé contra esa derrota con una violencia que de pronto se transformó en valor.

-Desde esta mañana me pregunto si está contento que yo haya venido y no termino de saberlo.

-Naturalmente, estoy contento -dijo con una voz tan seria que me avergonzó mi tono agresivo.

-Lo desearía -dije- porque a mí me hace feliz haber vuelto a verlo. Esta mañana tenía miedo de que mis recuerdos me hubieran engañado: pero no, es exactamente usted de quien me acordaba.

-Yo estaba seguro de mi memoria-dijo él; y de nuevo su voz era cálida como un aliento; tomé su mano y dije la frase de todas las mujeres que ensayan la ternura:

-Me gustan sus manos.

-A mí me gustan las suyas; ¿es con eso con lo que tortura el cerebro de los pobres enfermos sin defensa?

-Confíeme el suyo, creo que lo necesita.

-No cojea sino de un lado. ..

Nuestras manos continuaban unidas, yo veía con emoción ese puente frágil echado entre nuestras vidas y me preguntaba, la boca seca: "¿Estas manos voy o no a conocerlas?". El silencio duró mucho rato y Brogan propuso:

-¿Quiere que volvamos a oír a Big Billy?

-Me gustaría mucho.

En la calle me tomó del brazo; yo sabía que de un minuto a otro me abrazaría; la carga de esa pesada jornada se había deslizado a lo largo de mis hombros y yo caminaba por fin hacia la paz, hacia la alegría. Bruscamente soltó mi brazo; una gran sonrisa desconocida iluminó su rostro:

-¡Teddy!

El hombre y las dos mujeres se detuvieron y también sonrieron con felicidad; en un instante nos encontramos todos instalados en la mesa de una triste cafetería; hablaban todos muy ligero y yo no comprendía nada de lo que decían. Brogan reía mucho, su mirada se había animado, parecía aliviado de escapar a nuestra larga soledad; era natural; esas personas eran sus amigos, tenían un montón de cosas que contarse; ¿entre él y yo qué había de común? Las mujeres sentadas a su lado eran jóvenes y bonitas, ¿le gustaban? Advertí que seguramente había en su vida mujeres jóvenes y bonitas. ¿Cómo podía dolerme tanto si todavía ni siquiera habíamos cambiado un solo beso verdadero? Pero sufría. Lejos, muy lejos, en el fondo de un túnel veía una de esas salidas de emergencia que a la mañana me habían parecido tan seguras; pero estaba demasiado cansada para arrastrarme hasta ella. Traté de murmurar: "¡Cuánto lío para no conseguir que se acuesten con una!", pero ese cinismo no me ayudaba; ser más o menos ridícula, merecer mi aprobación o mí crítica ya no tenía ninguna importancia; no era de mí a mí que se desarrollaba esa historia: me había entregado, atada de pies y manos, a la merced de otro. ¡Qué locura! Ya ni siquiera comprendía lo que había venido a buscar aquí; ciertamente tenía que haber perdido la cabeza para imaginarme que un hombre al

que nada me unía podría hacer algo por mí. °'Voy a irme a dormir en seguida", decidí cuando Brogan en la calle volvió a tomarme del brazo.

-Estoy contento de haberle mostrado a Teddy -decía-, es el escritor ladrón de que le hablé, ¿recuerda?

-Recuerdo. Y las mujeres, ¿quiénes son?

-No las conozco -Brogan se había detenido en una esquina-. Si el tranvía no viene tomaremos un taxi.

-"Un taxi -pensé- es nuestra última oportunidad; si el tranvía viene, renuncio, vuelvo al hotel." Durante un instante infinito espié los rieles de brillo amenazador. Brogan llamó un taxi:

-Suba.

No tuve tiempo de decirme: "Ahora o nunca"; ya me oprimía contra él, un círculo de carne aprisionaba mis labios, una lengua hurgaba en mi boca y mi cuerpo se levantaba de entre los muertos. Entré en el bar vacilando, como debió vacilar Lázaro resucitado; los músicos descansaban y Big Billy vino a sentarse a nuestra mesa; Brogan bromeaba con él y sus ojos brillaban; yo habría querido compartir su alegría pero me sentía atrabancada con mi cuerpo demasiado nuevo, demasiado voluminoso, demasiado ardiente. La orquesta volvió a tocar; yo miraba con ojos vagos al unipierna, que ejecutaba un número de platillos y mi mano temblaba al llevar a mis labios el frasco de whisky: ¿qué iba a hacer Brogan? , ¿qué diría? Yo no me sentía capaz ni de un gesto ni de una palabra. Al cabo de un tiempo que me pareció muy largo preguntó con voz animada:

-¿Quiere irse?

-Sí.

-¿Quiere volver?

En un murmullo que desgarró mi garganta logré balbucir:

-No quisiera separarme de usted.

-Ni yo de usted -dijo con una sonrisa.

En el taxi volvió a besarme y preguntó:

-¿Quiere dormir en casa?

-Por supuesto.

¿Creía que podía echar a la basura ese cuerpo que acababa de darme? Puse la cabeza sobre su hombro y me rodeó con su brazo.

En la cocina amarilla donde la estufa ya no roncaba me apretó violentamente contra él:

-¡Ana! ¡Ana! ¡Es un sueño! ¡He sido tan desdichado durante todo el día!

-¿Desdichado? Usted me torturó a mí, no se decidía nunca a darme un beso.

-La besé y usted me limpió la barbilla con su pañuelo: pensé que la estaba embarrando.

-¡Uno no se besa en público! Tenía que traerme aquí.

-¡Pero usted reclamaba un cuarto! Yo lo había arreglado todo muy bien; había comprado un gran bife para la comida; a las diez de la noche le hubiera dicho: es demasiado tarde para encontrar un hotel.

-Lo comprendí muy bien; pero soy prudente: supóngase que no nos hubiéramos vuelto a encontrar.

-¿Cómo no volver a encontrarnos? Yo nunca la he perdido.

Conversábamos boca a boca y yo sentía su aliento contra mis labios. Murmuré:

-¡Tenía tanto miedo de que pasara un tranvía!

Rió con orgullo:

-Yo estaba resuelto a tomar un taxi. -Besó mi frente mis párpados, mis mejillas y yo sentía que la tierra daba vueltas.- Está muerta de cansancio, tiene que acostarse -dijo. Con aire consternado agregó-: ¡su valija!

-No la necesito.

Se quedó en la cocina mientras yo me desvestía; me envolví en las sábanas bajo la manta mexicana; lo oí rondar, ordenar, abrir y cerrar armarios como si ya

fuéramos un viejo matrimonio; después de tantas y tantas noches pasadas en cuartos de hotel, en cuartos de huésped, era reconfortante sentirme en mi casa en esa cama extraña; el hombre que yo había elegido y que me había elegido iba a acostarse a mi lado.

-Oh, ya está instalada -dijo Brogan. Tenía los brazos cargados de sábanas limpias y me contemplaba perplejo-. Yo quería cambiar las sábanas.

-Es inútil -permanecía en el umbral sin saber qué hacerse con su pomposo fardo-. Estoy muy bien -dije atrayendo hasta mi barbilla la sábana tibia en la cual había dormido la noche anterior. Se alejó, volvió.

-¡Ana!

Se había abatido sobre mí y su acento me conmovió. Por primera vez dije su nombre:

-Lewis

-¡Ana, soy tan feliz!

Estaba desnudo, yo estaba desnuda y no sentía ninguna molestia; su mirada no podía lastimarme; no me juzgaba, no prefería ninguna otra cosa. De pies a cabeza sus manos me aprendían de memoria. De nuevo dije:

-Me gustan sus manos.

-¿Le gustan?

-Durante toda la tarde me pregunté si las sentiría sobre mi cuerpo.

-Las sentirá durante toda la noche -dijo.

De pronto no era ni torpe ni modesto. Su deseo me transfiguraba. Yo, que desde hacía tanto tiempo no tenía más gusto ni forma, poseía de nuevo pechos, un vientre, un sexo, una carne; era alimenticia como el pan, olorosa como la tierra. Era tan milagroso que no pensé en medir mi tiempo ni mi placer; sé solamente que cuando nos dormimos se oía el leve trino del alba.

Un olor a café me despertó; abrí los ojos y sonreí viendo sobre una silla mi vestido de lana azul en los brazos de una chaqueta gris. En la sombra del árbol negro habían crecido hojas que mariposeaban contra la cortina de un amarillo rabioso. Lewis me tendió un vaso y tomé de un trago el jugo de naranja que tenía esa mañana un gusto a convalecencia: como si la voluptuosidad fuera una enfermedad; o como si toda mi vida hubiera sido una larga enfermedad de la que me estaban curando.

Era domingo y por primera vez en el año el sol brillaba sobre Chicago; fuimos a sentarnos sobre el césped al borde de un lago. Había chicos que jugaban a los indios entre los árboles y muchos enamorados que iban de la mano; los yates se deslizaban sobre el agua lujosa; los aviones enanos, rojos, amarillos y barnizados como juguetes giraban alrededor de nuestras cabezas, Lewis sacó un papel de su bolsillo:

-Hace dos meses hice un poema sobre usted...

-A ver.

Sentí una cosquilla en el corazón; sentado junto a la ventana, bajo la reproducción del Van Gogh, había escrito esos versos para la casta desconocida que le había negado sus labios; durante dos meses había pensado en ella con ternura: y yo ya no era esa mujer; sin duda advirtió una sombra sobre mi rostro, pues dijo con inquietud:

-No debí mostrárselos.

-Oh, sí; me gustan mucho -sonreí con esfuerzo-. Pero ahora esos labios son suyos.

-Ahora por fin -dijo.

El calor de su voz me tranquilizó; este invierno mi reserva lo había conmovido; pero evidentemente estaba mucho más contento ahora; inútil atormentarme; me acariciaba el pelo, me decía palabras sencillas y dulces, ponía en mi dedo un viejo anillo de bronce; yo miraba el anillo, escuchaba las palabras insólitas; bajo mi mejilla espiaba los latidos conocidos de un corazón desconocido. Nada me era pedido: bastaba que fuera justo lo que era y un deseo de hombre me transformaba

en una perfecta maravilla. Era tan descansado que si el sol se hubiera detenido en medio del cielo yo habría dejado correr la eternidad sin advertirlo.

Pero el sol se había acercado a la tierra, el pasto se ponía fresco, los árboles callaban, los yates dormían.

-Se va a enfriar -dijo Lewis-, caminemos un poco.

Me parecía extraño encontrarme nuevamente sobre mis piernas, recalentada por mi solo calor y que mi cuerpo supiera moverse y ocupara un lugar; todo el día no había sido más que una ausencia, una negación: esperaba la noche y las caricias de Lewis.

-¿Dónde quiere comer? -dijo-. Podemos volver a casa o ir a alguna parte.

-Vamos a alguna parte.

Ese día había sido tan azul, tan tierno, que me sentía saturada de dulzura. Nuestro pasado no tenía treinta y seis horas, nuestro horizonte se reducía a un rostro, y nuestro porvenir era nuestra cama: me ahogaba un poco ese aire confinado.

-¿Si probáramos el club negro de que hablaba ayer Big Billy?

-Es lejos -dijo Lewis.

-Así pasearemos un poco.

Yo tenía ganas de distracciones. Esas horas demasiado intensas me habían cansado. En el tranvía dormité sobre el hombro de Lewis. No trataba de reconocerme en esa ciudad, no creía que tuviera, como las demás, arterias fijas y medios de transporte precisos. Había que plegarse a ciertos ritos que Lewis conocía y los lugares surgían de la nada. El club Delisa surgió de la nada aureolado de un halo malva. Había un gran espejo junto a la puerta y ambos sonreímos a nuestra imagen. Mi cabeza llegaba justo hasta la altura de su hombro, parecíamos dichosos y jóvenes y yo dije alegremente: "¡Qué linda pareja"' y luego mi corazón se oprimió: no; no éramos una pareja, nunca seríamos una. Hubiéramos podido querernos; yo estaba segura: ¿en qué lugar del mundo, en qué época? En todo caso en ninguna parte sobre esta tierra, en ningún punto del porvenir.

-Quisiéramos comer -dijo Lewis.

Un camarero de tez oscura que parecía un campeón de catch nos instaló en una mesa junto al tinglado y pusieron ante nosotros unos cestos llenos de pollo frito. Los músicos todavía no habían llegado, pero la sala estaba llena: algunos blancos, muchos negros, de los cuales algunos llevaban fez sobre la cabeza.

-¿Qué son esos fez?

-Es una de esas ligas como hay tantas -dijo Lewis-. Hemos caído en medio de un congreso.

-Pero va a ser muy aburrido.

-Lo temo.

Su voz no era alegre. Sin duda estaba cansado él también por nuestra larga orgía de felicidad; desde la víspera nos habíamos agotado buscándonos, alcanzándonos, poseyéndonos; demasiado sueño, demasiado fiebre, demasiada languidez. Mientras comíamos en silencio un negro grandote tocado de un fez subió a la escena y se puso a hablar con énfasis.

-¿Qué está diciendo?

-Habla de la liga.

-¿De todos modos habrá números?

-Sí.

-¿Cuándo?

-No lo sé.

Contestaba apenas; nuestro cansancio común no nos acercaba y de pronto sólo sentí correr por mis venas un agua gris. Quizá fuera un error haber querido huir de nuestra celda: el aire era demasiado espeso, demasiado rico; pero afuera la tierra estaba despoblada, hacía frío. El orador lanzó un nombre con voz alegre, una mujer con un fez rojo se levantó y todo el mundo aplaudió; otro rostro y otro se irguieron en medio de la muchedumbre. ¿Iban a presentar uno por uno a los

miembros de la liga? Me volví hacia Lewis. Clavaba en el vacío una mirada vidriosa; su mandíbula inferior colgaba y se parecía a los crueles peces del acuario. Dije:

-Si esto va a durar mucho sería mejor que nos fuéramos.

-No hemos venido desde tan lejos para irnos en seguida.

Su voz era seca; hasta me pareció discernir una especie de hostilidad que el cansancio no bastaba para explicar. Quizá cuando dejamos el borde del lago deseaba volver a casa; quizá estaba herido de que yo no deseara encontrar en seguida nuestra cama; esa idea me consternó. Intenté acercarme a él con palabras.

-¿Está cansado?

-No.

-¿Se aburre?

-Espero.

-¡No vamos a esperar así durante dos horas!

-¿Por qué no?

Había apoyado la cabeza contra el zócalo de madera, tenía la cara opaca y lejana como la faz de la luna; parecía dispuesto a dormitar en silencio durante dos horas. Pedí un whisky que no logró reanimarme. Sobre el tinglado unas ancianas negras que llevaban fez rojos se saludaban y saludaban al público en medio de los aplausos.

-Lewis, vámonos a casa.

-No, es absurdo.

-Entonces háble me.

-No tengo nada que decir.

-Ya no puedo soportar quedarme aquí.

-Usted quiso venir.

-No es una razón.

Había vuelto a caer en su sopor. Traté de pensar: “Duermo, es una pesadilla, voy a despertar.” Pero no, el sueño había sido esa tarde demasiado azul, ahora estábamos despiertos. Al borde del lago Lewis me hablaba como si nunca debiéramos separarnos, había puesto una alianza en mi dedo; y tres días más tarde me habría ido para siempre, él lo sabía. "Me guarda rencor y es justo -pensé-. ¿Por qué he venido si no puedo quedarme? Me guarda rencor y su rencor va a separarnos para siempre." Se necesitaba tan poco para separarnos para siempre: hacía tan poco tiempo que estábamos separados para siempre. Las lágrimas subían a mis ojos.

-¿Está enojado?

-No.

-Entonces, ¿qué hay?

-Nada.

Yo buscaba en vano su mirada; podría romperme las falanges, aplastarme el cráneo contra esa pared ciega; no se conmovería. Unas muchachas con vestidos de distribución de premios se alineaban sobre la escena; una flacucha de tez amarillenta se acercó al micrófono y empezó a canturrear haciendo monerías. Murmuré desesperada: "¡Yo me voy!"

Lewis no se movió y me pregunté incrédula: " ¿Es posible que todo haya terminado? ¿Lo he perdido tan pronto?" Hice un esfuerzo de buen sentido: no lo había perdido, no lo había tenido y no tenía derecho á quejarme, puesto que no había hecho más que prestarme a él. Sea, no me quejaba; pero sufría. Toqué mi anillo de bronce. Había una sola manera de dejar de sufrir: renegarlo todo. Le devolvería el anillo, mañana por la mañana tomaría el avión para Nueva York y ese día ya no sería sino un recuerdo que el tiempo se encargaría de borrar. El anillo se deslizó a lo largo de mi dedo y volví a ver el cielo azul, la sonrisa de Lewis; acariciaba mi pelo, me llamaba: "¡Ana!" Me caí sobre su hombro: "¡Lewis!"

Puso su brazo alrededor de mi hombro y mis lágrimas brotaron.

-¿He sido tan malo?

-Me asustó -dije-. ¡Tuve tanto miedo!

-¿Miedo? ¿Tenía miedo de los alemanes en Paris?

-No.

-¿Y tuvo miedo de mí? Estoy muy orgulloso. ..

-Debería estar avergonzado -besaba levemente mi pelo; su mano acariciaba mi brazo; murmuré-: Quise devolverle su anillo.

-Ya vi -dijo con voz grave-. Pensé: lo estoy estropeando todo, pero no podía articular una palabra.

-¿Por qué? ¿.Qué ocurrió?

No insistí, pero pregunté:

-¿Ahora quiere que volvamos?

-Por supuesto.

En el taxi dijo bruscamente:

-¿Nunca le pasa tener ganas de matar a todo el mundo, inclusive a usted?

-No. Sobre todo cuando estoy con usted.

Sonrió y me instalé sobre su hombro; había recobrado su calor, su aliento, pero callaba, y pensé: "No me he equivocado; esta crisis no ha estallado sin razón; pensó que nuestra historia era absurda, todavía lo piensa." Cuando estuvimos acostados apagó en seguida la luz; me tomó en la oscuridad, en silencio, sin pronunciar mi nombre, sin ofrecerme una sonrisa. Y luego se alejó sin una palabra. "Sí -me dije con terror-, me guarda rencor, voy a perderlo." Supliqué:

-¡Lewis!, dígame al menos que siente amistad por mí.

-¿.Amistad?, pero si la quiero -dijo con violencia, se volvió contra la pared y yo me puse a llorar largamente sin saber si era porque me quería o porque yo no podía quererlo, o porque dejaría de quererme un día.

"Tengo que hablarle", decidí por la mañana al abrir los ojos; ahora que la palabra amor había sido pronunciada era necesario que yo le explicara a Lewis por qué me negaba a emplearla. Pero me atrajo hacia él: "¡Cómo está de rosada! ¡Cómo está de tibia!", y me faltó valor; ya nada contaba sino la dicha de estar entre sus brazos, tibia y rosada. Salimos a recorrer la ciudad; caminamos enlazados por calles bordeadas de casuchas derruidas ante las cuales estacionaban automóviles de lujo; en algunos lugares las casas desniveladas estaban separadas de la calzada por una zanja cruzada por una escalera y uno tenía la impresión de laminar sobre un muelle. Sobre las aceras de Michigan Avenue descubrí una ciudad sin sol donde brillaban el día entero carteles al neón; paseamos en canoa sobre el río. Tomamos Martinis en la cima de una torre de la cual se veía el lago sin fin y suburbios vastos como el lago. A Lewis le gustaba su ciudad; me la narraba; la pradera, los indios, los primeros galpones, las callejuelas donde gruñían los cerdos, el gran incendio, los primeros rascacielos: parecía que había asistido a todo.

-¿Dónde quiere comer? -preguntó.

-Donde usted quiera.

-Pensé que podríamos comer en casa.

-Sí, comamos en casa -dije.

Se me oprimió el corazón; había dicho "en casa" como si fuéramos marido y mujer: y nos quedaban dos días para vivir juntos. Me repetía: "Debo hablar." Lo que debía decirle es que hubiera podido quererlo y que no podía. ¿Me comprendería o me aborrecería?

Compramos jamón, salame, una botella de Chianti, un bizcocho al ron. Doblamos la esquina donde brillaba el cartel rojo de Schiltz. Al pie de la escalera, en medio de los tachos de basura, me apretó contra él:

-¡Ana! ¿Sabe por qué la quiero tanto? ¿Por qué la hago feliz? -y yo acercaba mis labios para beber su aliento cuando se apartó de mí-. Hay alguien en el balcón -dijo.

Subió adelante con paso rápido y lo oí exclamar alegremente:

-¡María! ¡Qué sorpresa agradable! Entre. -Me sonrió: -Ana: María, una de mis viejas amigas.

--No quiero molestarlos -dijo María.

-No nos molesta.

Entró; era joven, un poco demasiado gorda, habría sido bonita si hubiera estado un poco pintada y peinada con más cuidado; su delantal, azul dejaba desnudos dos brazos blancos, uno de los cuales estaba cubierto de moretones; sin duda había venido como vecina, sin darse el trabajo de vestirse. "Una vieja amiga." ¿Qué quería decir exactamente? Se sentó y dijo con una voz un poco ronca:

-Tengo que hablarle, Lewis.

Una ola salada me subió a la garganta. Lewis. Había pronunciado ese nombre como algo muy familiar; y miraba a Lewis con una ternura insistente mientras él destapaba una botella de Chianti.

-¿Ha esperado mucho? -preguntó.

-Dos o tres horas -dijo ella con ligereza-. Los de abajo estuvieron encantadores, me ofrecieron café. Es bárbaro como lo aprecian -tomó un trago de Chianti-. Tengo cosas muy importantes que decirle -me midió con la mirada-. Cosas personales.

-Puede hablar delante de Ana -dijo Lewis, y agregó-; Ana es francesa, viene de París.

-¡París! -dijo María; se encogió de hombros-. Déme un poco más de vino-. Lewis le llenó el vaso, que ella vació brutalmente-. Tiene que ayudarme -dijo-. Sólo usted. ..

-Trataré.

Vaciló, se decidió: -Bueno, ¿lo pongo al corriente?

A mi vez me serví un poco de vino y me pregunté ansiosamente: " ¿Pensará quedarse toda la noche?" Se había puesto de pie y apoyada en la estufa declamaba una historia donde se trataba de casamiento, de divorcio, de vocación contrariada.

-Usted triunfó -dijo con voz reivindicadora-. Una mujer es menos fácil; tengo que terminar ese libro y en donde estoy no puedo escribir.

Yo apenas la escuchaba, pensaba indignada que Lewis debería encontrar una manera para quitárnosla de encima; decía que me quería y sabía muy bien que nuestras horas estaban contadas; ¿entonces? Pero preguntó en tono cortés:

-¿Y su familia?

-¿Por qué me pregunta eso? ¡Mi familia! -Con un ademán nervioso María recogió los papeles que habían quedado sobre la mesa e hizo una bola; luego los tiró con violencia al tacho.- ¡Odio el desorden! No-agregó mirando a Lewis fijamente-, sólo puedo contar con usted.

Él se levantó con aire confuso:

-¿No tiene hambre? Íbamos a comer.

-Gracias -dijo ella-. Ya he comido sándwiches de queso; queso americano -subrayó con un aire vagamente provocador.

-¿Y adónde va a dormir esta noche? -preguntó él.

Ella se echó a reír:

-No voy a dormir: he tomado diez tazas de café.

-¿Pero dónde va a pasar la noche?

-Usted me invitó, ¿no es cierto? -me clavó la mirada-. Naturalmente, para que yo acepte quedarme no deben de haber otras mujeres arrastrándose por la casa.

-La dificultad es que hay otra mujer -dijo Lewis.

-Échela a la calle -dijo María.

-Es difícil -dijo Lewis alegremente.

Primero tuve ganas de reír: María era una escapada del manicomio, debió saltarme a la vista en cuanto abrió la boca. Y luego me asustó mi ceguera. ¡Qué vulnerable debía estar para haber visto una rival en esa iluminada! Y, dos días después me iba, abandonaba a Lewis a la jauría de mujeres que estarían libres de amarlo. No podía soportar esa idea.

-Hace diez años que no lo veo -me dijo María con voz imperiosa--. Déjemelo esta noche y usted podrá tenerlo para el resto de su vida. Es equitativo, ¿no?

Me quedé sin respuesta y ella se volvió hacia Lewis.

-Si me voy de aquí no volveré jamás; si me voy, mañana me caso con otro.

-Pero Ana está aquí en su casa -dijo Lewis-. Estamos casados.

-¡Ah! -el rostro de María se endureció--. Perdóneme. No sabía -tomó la botella de Chianti y bebió ávidamente-. Déme una navaja.

Cambiamos una mirada inquieta y Lewis dijo:

-No tengo.

-¡Vamos! -se levantó y caminó hacia la pileta-. Ésta me servirá. ¿Me permite? -me preguntó con aire irónico sentándose con los muslos muy abiertos; y empezó a afeitarse las piernas con una aplicación frenética-. Así irá mejor, mucho mejor. -Se levantó de nuevo, se plantó ante el espejo y se afeitó un sobaco, luego el otro:- Es totalmente distinto -declaró ante el espejo con una sonrisa voluptuosa-. Y bueno, mañana me casaré con ese doctor. ¿Por qué no casarme con un negro puesto que trabajo como una negra?

-María, es tarde -dijo Lewis-. Voy a instalarla en un hotel donde podrá descansar tranquilamente.

-No quiero descansar -lo miró con ira-. ¿Por qué insistió para hacerme entrar? No me gusta que se burlen de mí -su puño se levantó y se detuvo a un dedo del rostro de Lewis-. Es la mala pasada más fea que me han hecho en la vida. ¡Cuando pienso lo que soporté por su culpa! -dijo señalando sus moretones.

-Venga, es tarde -repitió Lewis tranquilamente.

-La mirada de María se detuvo en la pileta:

-Bueno, voy; pero primero caliente agua; voy a lavar esta vajilla; no puedo soportar la suciedad.

-Hay agua caliente -dijo Lewis en tono resignado.

Ella tomó la pava y se puso a lavar la vajilla con una prisa silenciosa; cuando hubo terminado se secó las manos en su delantal.

-Bueno. Lo dejo con su mujer.

- La acompaño -dijo Lewis. Me hizo una señal mientras ella caminaba hacia la puerta sin haberse dignado mirarme. Puse la mesa, encendí un cigarrillo. Ahora ya no quedaba ningún plazo, Lewis iba a volver en un instante, yo iba a hablar. Pero las palabras que remachaba desde la mañana ya no me parecían tener ningún sentido. Roberto, Nadine, mi trabajo, París: todo eso era verdad; sin embargo, había bastado un día para que todo se volviera falso.

Lewis entró en la cocina y corrió cuidadosamente el cerrojo de la puerta:

-La metí en un taxi -dijo-. Ella me dijo: "Después de todo, lo mejor es que me vuelva a dormir con los chiflados." Se escapó al atardecer y vino directamente aquí.

-No lo comprendí en seguida.

-Ya vi. Hace cuatro años que está encerrada. Me escribió el año pasado para pedirme mi libro y se lo mandé con unas líneas. Apenas la conocía -miró a su alrededor sonriendo-. Desde que vivo aquí pasan cosas raras; Es este lugar. Atrae a los gatos, a los locos, a los drogados -me tomó entre sus brazos- y a los simples de espíritu. .

Fué a poner discos en el pick-up y volvió asentarse a la mesa. Quedaba un poco de Chianti que serví en nuestros vasos; el fonógrafo tocaba una balada irlandesa mientras comíamos juntos, en silencio; bajo la manta mexicana la cama nos esperaba; parecía una noche cotidiana que iba a ser seguida por mil noches semejantes. Lewis expresó mi pensamiento en alta voz; "Se podría creer que no le mentí a María." Su mirada me interrogó de pronto: " ¿Quién sabe?" Yo sabía. Aparté la mirada; ya no podía retroceder. Murmuré:

-Lewis, le he hablado bastante de mí; tengo que explicarle...

-¿Sí? -Había aprensión en sus ojos y pensé.- "¡Todo ha terminado!"

Por última vez miré la estufa, las paredes, la ventana, ese decorado donde dentro de un rato ya no sería sino una intrusa. Y luego, a tientas; en montón, me puse a lanzar frases. Un día, en la montaña rodé en un desprendimiento; pensé que iba a morir y que no había en mí más que indiferencia; reconocía esa resignación. Sólo hubiera querido poder cerrar los ojos.

Librodot

-No había comprendido que ese casamiento todavía contaba tanto para usted -dijo Lewis.

-Cuenta.

Él calló durante un largo rato; murmuré:

-¿Me comprende?

Rodeó mi hombro con su brazo:

-La quiero aun más que antes de que hablara. Cada día la quiero más.

Apoyé mi mejilla contra la suya y todas las palabras que me negaba a decirle me henchían el corazón.

-Debería ir a dormir -dijo por fin-. Pongo un poco de orden y voy.

Durante un largo rato oí el ruido de la vajilla y luego no oí más nada, me dormí. Cuando abrí los ojos él dormía a mi lado. ¿Por qué no me había despertado? ¿Qué había pensado? ¿Qué iba a pensar mañana? ¿Qué pensaría cuando yo me hubiera ido? Salí de la cama suavemente, abrí la puerta de la cocina y me apoyé en la baranda del balcón; el árbol se estremecía allí abajo; entre el cielo y la tierra brillaba una gran corona de luces rojas: el tanque de gas. Hacía frío; yo también me estremecí.

No, no quería irme. No pasado mañana, tan pronto. Telegrafiaría a París; podía quedarme diez, quince días más. .. Podía quedarme: ¿y después? Tendría que terminar por irme. La prueba de que debía irme en seguida era que ya me costaba tanto. Todavía se trataba solamente de una aventura de viaje: si me quedaba se convertiría en un verdadero amor, un amor imposible, y entonces sufriría. No quería sufrir; he visto de cerca sufrir a Paula; he extendido sobre mi diván a demasiadas mujeres torturadas que no conseguían curarse: "Si me voy, olvidaré -pensé-; no tendré más remedio que olvidar; uno olvida; es matemático, se olvida todo, se olvida pronto: cuatro días es fácil de olvidar;" Traté de pensar en Lewis como en un olvidado: caminaba por la casa, me había olvidado. Sí, él también olvidaría. Hoy es mi cuarto, mi balcón, mi cama, un corazón lleno de mí: y nunca habré existido. Volví a cerrar la puerta pensando con pasión: "No será culpa mía; no lo perderé por mi culpa."

-¿No duerme? -dijo Lewis.

-No -me senté al borde de la cama junto a su calor-. Lewis, ¿si quisiera quedarme una semana o dos sería posible?

-Creía que la esperaban en París.

-Puedo telegrafiar a París. ¿Usted me guardaría un poco más?

-¿Guardarla? La guardaría toda mi vida -dijo él.

Había lanzado esas palabras con tal violencia que naufragué en sus brazos. Besé sus ojos, sus labios, mi boca bajó a lo largo de su pecho; rozó el ombligo infantil, el vello animal, hasta el lugar donde un corazón latía a golpecitos; su olor, su calor me emborrachaban y sentí que mi vida me abandonaba, mi vieja vida con sus preocupaciones, sus fatigas, sus recuerdos gastados. Lewis apretó contra él a una mujer nueva. Gemí no solamente de placer: de dicha. El placer, antes lo había apreciado en su justo valor; pero no se sabía que podía ser tan emocionante hacer el amor. El pasado, el porvenir, todo lo que nos separaba moría al pie de nuestra cama: nada más nos separaba. ¡Qué victoria! Lewis estaba todo entero entre mis brazos, yo en los suyos; no deseábamos nada más: poseíamos todo para siempre. Juntos decíamos: "¡Qué felicidad!", y cuando Lewis dijo: "La quiero", yo lo dije junto con él.

Me quedé quince días en Chicago. Durante quince días vivimos sin porvenir y sin interrogarnos; con nuestro pasado fabricábamos historias que nos contábamos. Lewis sobre todo hablaba: hablaba muy rápido, un poco febrilmente, como si hubiera querido recuperarse de toda una vida de silencio. Me gustaba la manera con que las palabras se atropellaban en su boca; me gustaba lo que decía y su manera de decirlo. Sin cesar yo descubría nuevas razones de quererlo: quizá porque todo lo que descubría en él servía a mi amor de nuevo pretexto. El tiempo era lindo y paseábamos mucho. Cuando estábamos cansados volvíamos al cuarto; era la hora

en que el árbol se esfumaba de la cortina amarilla. Lewis ponía en el pick-up una pila de discos, vestía su bata blanca, yo me acostaba en camisón sobre sus rodillas y esperábamos el deseo. Yo, que me interrogo siempre con una duda sobre los sentimientos que inspiro, nunca me preguntaba lo que Lewis amaba en mí: yo estaba segura que era yo. No conocía ni mi país, ni mi lengua, ni mis amigos, ni mis preocupaciones: sólo mi voz, mis ojos, mi piel; pero yo no tenía otra verdad que esa voz, esa piel, esos ojos.

La antevíspera de mi partida fuimos a comer al viejo restaurante alemán y bajamos hasta el borde del lago. El agua estaba negra bajo el cielo de un gris lechoso; hacia calor; muchachos y chicas semidesnudos y mojados se secaban alrededor de un fuego de campamento; más allá unos pescadores habían tendido sus líneas e instalaban sobre las piedras de la orilla sus bolsas de dormir y sus termos. Poco a poco el muelle quedó desierto. Callábamos. El lago jadeaba suavemente a nuestros pies; era casi tan salvaje como en la época en que los indios acampaban en sus orillas pantanosas, o en la época en que los indios todavía no existían. A la izquierda, sobre nuestras cabezas, se oía un gran rumor ciudadano, los faros de los autos barrían la avenida donde brillaban altos edificios. La tierra parecía infinitamente vieja, absolutamente joven.

-Qué linda noche-dije.

-Si, una espléndida noche-dijo Lewis. Me señaló un banco-. ¿Quiere sentarse aquí?

-Si quiere.

-Qué agradable es una mujer que siempre contesta: ¡Si quiere!-dijo Lewis con voz alegre. Se sentó a mi lado y me rodeó con su brazo-. Es raro que nos entendamos tan bien- dijo tiernamente-. Nunca pude entenderme con nadie.

-Fue sin duda por culpa de los otros-dije.

-No; era mi culpa, no soy fácil de vivir.

-A mí me parece que sí.

-Pobre francesita; no es muy exigente.

Apoyé la cabeza contra el pecho de Lewis y escuché latir su corazón. ¿Qué más podía exigir? Había ese corazón robusto y paciente que latía bajo mi mejilla y esa noche gris perla a nuestro alrededor: una noche hacha a propósito para mí. Imposible imaginar que hubiera podido no vivirla. “Y, sin embargo -me dije-, si Philipp hubiera ido a Nueva Cork yo no estaría aquí.” No me habría enamorado de Philipp, e eso estaba segura; pero no habría vuelto a ver a Lewis, nuestro amor no habría existido. Era tan desconcertante pensarlo como cuando uno trata de imaginar que hubiera podido no nacer o ser otra persona. Murmuré:

-¡Cuando pienso que pude no llamarlo! ¡Que usted pudo no contestarme!

-¡Oh!- dijo Lewis-. No podíamos dejar de encontrarnos.

Había tal seguridad en su voz que me cortó la respiración. Puse mis labios en el lugar donde latía su corazón y me prometí: “¡Nunca lamentará este encuentro!” Dos días después me habría ido; el porvenir existía de nuevo, pero lo convertiríamos en felicidad. Alcé la cabeza:

-Lewis, si no se opone volveré por dos o tres meses en la primavera.

-Cuando vuelva, siempre será la primavera-dijo Lewis.

Durante largo rato permanecimos enlazados mirando las estrellas. Hubo una exhalación y yo dije:

-¡Pida algo!

Lewis sonrió:

-Ya lo pedí.

Mi garganta se anudó. Yo sabía lo que había deseado y que ese deseo no le sería otorgado. Allí, en París, mi vida me esperaba, mi vida que yo había edificado durante veinte años y sobre la cual ya no se trataba de interrogarse. Yo volvería en la primavera, pero sería para volver a irme.

Pasé el día siguiente haciendo compras. Pensaba en París, en sus tristes escaparates, en sus mujeres mal cuidadas, y compré de todo, sin discernimiento,

para todo el mundo. Comimos en el centro y cuando subí la escalera de madera, apoyada en el brazo de Lewis, pensé: " Es la última vez." Los rubíes del tanque de gas brillaban entre cielo y tierra por última vez. Entré al cuarto. Parecía que acababan de asesinar a una mujer y de saquear sus armarios. Mis dos maletas estaban abiertas, y sobre la cama, sobre las sillas, sobre el piso, yacían ropas de nylon, medias, coloretes, telas, zapatos, bufandas; olía a amor, a muerte, a cataclismo. En verdad era un hall funerario: todos esos objetos eran reliquias de una muerta, era el viático que iba a llevarse al más allá. Me quedé petrificada. Lewis se acercó a la cómoda, abrió un cajón y sacó una caja color malva que me tendió avergonzado:

-¡He comprado esto para usted!

Bajo el papel de seda había una gran flor blanca de perfume embriagador. Tomé la flor, la aplasté contra mi boca y me eché sobre la cama sollozando.

-No hay que comerla -dijo Lewis-. ¿En Francia comen las flores?

Sí, alguien había muerto: una mujer alegre que se despertaba cada mañana rosada y tibia, riendo. Mordí la flor, hubiera querido desmayarme en su perfume, morir por completo. Pero me dormí viva y a la madrugada Lewis me acompañó hasta la esquina de la gran avenida: habíamos decidido separarnos allí. Llamó un taxi, subí, la puerta golpeó, el taxi dobló en la esquina. Lewis desapareció.

-¿Es su marido? -me preguntó el chofer.

-No -dije.

-¡Parecía tan triste!

-No es mi marido.

Estaba triste; ¡y yo! Pero ya no era la misma tristeza; cada cual estaba solo. Lewis entraba a su cuarto vacío. Yo subía sola al avión.

Dieciocho horas es corto para saltar de un mundo a otro, de un cuerpo a otro. Yo todavía estaba en Chicago aplastando mi rostro ardiente contra una flor, cuando Roberto me sonrió de pronto; yo también le sonreí, lo tomé del brazo y me puse a hablar. Le había contado muchas cosas por carta. Sin embargo, en cuanto abrí la boca sentí que desencadenaba un monstruoso cataclismo: todos esos días tan vivos que acababa de vivir se petrificaron bruscamente; sólo quedaba detrás de mí un bloque de pasado estático; la sonrisa de Lewis había cobrado la fijación de una mueca de bronce. Yo estaba ahí, paseaba por calles de las que nunca me había apartado, apretada contra Roberto de quien nunca había estado separada y desovillaba una historia que no le había ocurrido a nadie. Aquel fin de mayo era muy azul, en todas las esquinas vendían muguet, sobre el bache verde del carrito de los verduleros descansaban atados de espárragos rodeados hasta la mitad de papel rojo: muguet, espárragos, en este continente eran grandes tesoros. Las mujeres llevaban faldas de algodón de colores alegres, pero su piel y sus cabellos me parecían tan opacos; los coches, diseminados sobre las calzadas angostas, eran viejos, enanos, maltrechos, ¡Y qué pobreza lo expuesto sobre el terciopelo marchito de los escaparates! No podía equivocarme: esa austeridad me anunciaba que yo hacía pie nuevamente en la realidad. Y todavía más irrefutable reconocí ese gusto en mi boca: el gusto de la preocupación. Roberto sólo hablaba de mí, eludía mis preguntas: visiblemente las cosas no marchaban como él lo hubiera querido. Pobreza, inquietud: ninguna duda, estaba en mi casa.

Salimos para Saint-Martin al día siguiente; no hacía frío, nos sentamos en el jardín. En cuanto Roberto empezó a hablar vi que no me había equivocado: estaba lleno de problemas. Los comunistas habían iniciado contra él esa campaña que temía el año anterior: habían publicado, entre otras cosas, en L'Enclume un artículo que lo había impresionado. A mí también me hirió. Pintaban a Roberto como a un viejo idealista, incapaz de adaptarse a las duras necesidades de la época; yo encontraba más bien que había hecho demasiadas concesiones a los comunistas y abandonado demasiadas cosas de su pasado.

-Es mala fe -dije-. Nadie cree eso de ti, ni siquiera el autor del artículo.

-¡Ah, no sé! -dijo Roberto. Se encogió de hombros-. A veces me digo que efectivamente soy demasiado viejo.

-¡No eres viejo! -dije-. No lo eras cuando me fuí y me prometiste no cambiar.

Sonrió: -Digamos que tengo una juventud anticuada.

-¿No contestaste nada?

-No. Habría demasiadas cosas que contestar, no es el momento.

Desde el 5 de mayo un montón de pretendidos simpatizantes habían aprovechado la derrota comunista para darles la espalda. El M. R. P. triunfaba, de Gaulle se agitaba, el partido americano acechaba; era más necesario que nunca que la izquierda se apretara codo con codo; entre el referéndum de octubre y las elecciones que seguirían, lo mejor que podía hacer el S. R. L. era dormitar. Pero Roberto no había tomado esa decisión con alegría. Era culpa de los comunistas si no se podía perseguir una reagrupación de la izquierda sin perjudicarlos: les guardaba rencor por su sectarismo. Si se negaba a reprochárselo públicamente, en privado lo hacía: varias veces se indignó violentamente con ellos durante esos dos días. Visiblemente le aliviaba poder hablarme. Y yo me decía que quizá no me necesitara a mí precisamente, pero que le era útil esa mujer cuyo lugar yo ocupaba: era mi lugar, sin la menor duda, mi verdadero lugar en esta tierra.

Pero entonces, ¿por qué no me sentía tranquila? ¿Por qué esas lágrimas? Caminé por el bosque, era una primavera muy bonita, yo estaba sana, no me habían privado de nada; y por momentos me detenía y tenía ganas de gemir como si lo hubiera perdido todo. Llamaba suavemente: "¡Lewis!" ¡Qué silencio! Yo había tenido, del crepúsculo a la aurora, de la aurora a la noche, su aliento, su voz, su sonrisa: ni una señal. ¿Existía todavía? Yo escuchaba: ni un murmullo; miraba: ni un vestigio. Ya no me comprendía: "Lloro -pensaba- y sin embargo estoy aquí: ¿no quiero bastante a Lewis? Estoy aquí y lloro: ¿no quiero bastante a Roberto?" Admiro ala gente que encierra su vida en fórmulas definitivas: "El amor físico no es nada", dicen; o "Un amor que no es físico no es nada". Pero yo no quería menos a Roberto por haber encontrado a Lewis; y la presencia de Roberto, por inmensa que fuera, no colmaba la ausencia de Lewis.

El sábado a la tarde Nadine llegó con Lambert. En seguida me interrogó con aire sospechoso:

-Debes de haberte divertido para prolongar así tu estadía, tú que nunca cambias tus planes.

-Ves que a veces los cambio.

-Es raro que te hayas quedado tanto tiempo en Chicago. Dicen que es atroz.

-Dicen mal.

Había hecho varios reportajes con Lambert durante esos tres meses, vivía en su casa, le hablaba con ternura irónica pero marcada. Satisfecha de su vida escrutaba la mía con una malevolencia indecisa. La aplaqué lo mejor que pude con cuentos de viaje. Lambert me pareció más suelto y más alegre que antes de mi partida. Pasaron el week-end en el pabellón. Yo les había hecho instalar una cocina y conectar el teléfono para que Nadine fuera independiente sin sentirse separada de la casa; le gustó tanto su estadía que el domingo a la noche me anunció que se quedarían en Saint-Martin durante todas las vacaciones.

-¿Estás segura que a Lambert le gusta esa combinación? -le pregunté-. No quiere mucho ni a tu padre ni a mí.

-En primer lugar los quiere bastante -dijo en tono tajante-. y si tienes miedo de tener que soportarnos, tranquilízate, nos quedaremos en nuestro pabellón.

-Sabes muy bien que me alegraría tenerte aquí. Temía solamente que para ustedes faltara intimidad. Te prevengo, entre otras cosas, que de mi cuarto se oye todo lo que se dice en -el jardín.

-¿Y qué hay con eso? ¿Qué quieres que me importe? No soy tapujera yo, no me rodeo de misterio.

Es verdad que Nadine, tan celosa de su independencia, tan incapaz de aceptar cualquier crítica, cualquier consejo, exponía su vida sin reservas; sin duda era una manera de mostrarse superior.

-Mamá pretende que te pudre pasar las, vacaciones aquí: ¿es verdad? -preguntó subiendo en la moto.

-Pero no, en absoluto -dijo Lambert.

-¿Ves? -me dijo con voz triunfante-. Siempre lo complicas todo. Además, a Lambert siempre le alegra hacer lo que le pido. Es un buen chico -dijo despeinándolo. Pasó su brazo alrededor de su cintura y apoyó mimosa la barbilla contra su hombro mientras la máquina partía..

Cuatro días más tarde un suelto de L'Espoir nos informó que el padre de Lambert acababa de matarse al caer de un tren; Nadine telefoneó con voz malhumorada, nos dijo que se había ido a Lille y no vendría ese week-end; no le hice preguntas; sin embargo estábamos intrigados. ¿El viejo se había suicidado? ¿Lo había desequilibrado su proceso? ¿O alguien lo había liquidado? Durante algunos días nos perdimos en conjeturas; y luego tuvimos otras cosas de qué ocuparnos. Scriassine había organizado un encuentro entre Roberto y un funcionario soviético que acababa de cruzar la cortina de hierro a propósito para denunciar en Occidente las crueldades de Stalin; la víspera de la entrevista, Scriassine llegó; llevaba documentos de los que Roberto debía enterarse antes del día siguiente y que había querido entregarle en manos propias. Ya no lo veíamos nunca, discutíamos cada vez; pero aquella mañana evitó con cuidado todos los temas espinosos y se fué en seguida: nos separamos en buenos términos. Inmediatamente Roberto se puso a hojear el gran atado de papeles: algunos estaban escritos en francés, muchos en inglés, algunos en alemán.

-Míralos conmigo -me pidió.

Me senté a su lado debajo del tilo y leímos en silencio; había de todo: informes, relatos, estadísticas, extractos del código soviético, comentarios. Yo me desenvolvía mal en medio de ese papelerío; sin embargo, había ciertos textos que eran muy claros: los testimonios de hombres y de mujeres que habían sido encerrados por los rusos en los campos de concentración que se parecían trágicamente a los campos nazis; las descripciones que hacían de esos campos los americanos que habían atravesado como aliados grandes zonas de la U.R.S.S.; en vez de encarcelar a los criminales, decían, los reeducaban empleándolos en trabajos útiles; los sindicatos los protegían y velaban para que fueran pagados con tarifas sindicales. Roberto me había explicado que en realidad era un medio de domar a los campesinos rebeldes, procurándose al mismo tiempo una mano de obra casi gratuita; el trabajo forzado, allí como en todos lados, era un castigo. Pero ahora que los campesinos se habían integrado al régimen y la guerra había sido ganada, uno podía imaginar que las cosas habían cambiado: nos revelaban que habían empeorado. Discutimos largamente cada hecho, cada cifra, cada testimonio, cada hipótesis; aun dando un amplio margen a la exageración y a la mentira, se imponía una verdad perfectamente abrumadora. Los campos se habían convertido en una institución que desembocaba en la creación sistemática de un subproletariado; no castigaban crímenes con el trabajo: trataban a los trabajadores como a criminales para tener derecho a explotarlos.

-Entonces, ¿qué piensas hacer? -pregunté cuando dejamos el jardín para ir a comer algo a la cocina.

-No sé -dijo Roberto.

La idea de Scriassine era evidentemente que Roberto lo ayudara a divulgar esos hechos: me parecía que no había derecho a callarlos. Dije con un poco de reproche:

-¿No sabes?

-No.

Librodot

-Cuando sólo se trata de ti o del S. R. L. comprendo que aceptes muchas cosas sin protestar -dije-. Pero esto es distinto. Si no hacemos todo lo que podemos contra esos campos somos cómplices. .

-No puedo decidir nada así de la mañana a la noche -dijo Roberto-. Y además necesito un suplemento de informaciones.

-Si ellas confirman lo que acabamos de aprender -dije-, ¿qué harás?

No contestó y lo miré con inquietud. Callar significaba que estaba resuelto a aguantarles todo a los comunistas. Era renegar de todo lo que había hecho desde la liberación: el S. R. L., sus artículos, el libro que estaba terminando.

-Siempre quisiste ser a la vez un intelectual y un revolucionario -dije-. Como intelectual has contraído compromisos: entre otros, el de decir la verdad.

-Déjame tiempo para reflexionar -dijo con un poco de impaciencia.

Comimos en silencio; por lo general le gustaba interrogarse en mi presencia; debía estar muy turbado para rumiar así, sin decir nada: Yo también lo estaba. Campos de trabajo o campos de muerte: había evidentemente alguna diferencia; pero una cárcel es una cárcel; a todos los internados yo les veía las mismas frentes desmedidas, los mismos ojos enloquecidos de los deportados. ¡Y todo eso ocurría en la U. R. S. S.!

-No tengo ganas de trabajar, vamos a pasear -dijo Roberto.

Atravesamos la aldea, subimos a la meseta cubierta de trigo que maduraba y de manzanos en flor; hacía un poco de calor, no demasiado; algunas nubecitas se enrollaban en el cielo; veíamos la aldea, sus techos color de buen pan, sus paredes tostadas, su campanario infantil; la tierra parecía hecha a propósito para el hombre y la dicha al alcance de todas las manos. Parecía que Roberto había oído el murmullo de mis pensamientos:

-Es fácil olvidar lo duro que es el mundo.

Dije con pena: -Sí, es fácil.

Yo también hubiera querido aprovechar esa facilidad. ¿Por qué había venido Scriassine a molestarnos? Pero Roberto no estaba pensando en los campos de concentración.

-Dices que si callo seré cómplice de los campos -dijo-. Pero si hablo me hago cómplice de los enemigos de la U. R. S. S., es decir, de todos los que quieren mantener a este mundo como es. Es verdad que esos campos son una cosa horrible. Pero no hay que olvidar que el horror está en todos lados.

De pronto se puso a hablar con volubilidad; no es su tendencia hacer frescos históricos, grandes panoramas sociales; y sin embargo, aquella tarde, mientras las palabras se atropellaban en su boca, toda la desdicha del mundo vino a abatirse sobre la pradera soleada: el cansancio, la pobreza, la desesperación del proletariado francés, la miseria de España y de Italia, la esclavitud de los pueblos colonizados, desde el fondo de China y de la India, el hambre: las epidemias. A nuestro alrededor morían millones de hombres sin haber vivido jamás, su agonía oscurecía el cielo y yo me preguntaba cómo nos atrevíamos todavía a respirar.

-Entonces, ¿comprendes? -dijo Roberto-, mis deberes de intelectual, mi respeto por la verdad, son pamplinas. El único problema consiste en saber si denunciando los campos se trabaja en pro o en contra del hombre.

-Lo admito -dije-. ¿Pero qué te autoriza a pensar que la causa de la U.R.S.S. se confunde todavía hoy con la de la humanidad? Me parece que la existencia de los campos obliga a volver a poner la U. R. S. S. entera sobre el tapete:

-¡Habría que saber tantas cosas! -dijo Roberto-. ¿Se trata verdaderamente de una institución indispensable al régimen? ¿O está ligada a cierta política que podría ser modificada? ¿Se puede esperar que quedará rápidamente liquidada cuando la U. R. S. S. haya empezado a reconstruirse? Sobre todo eso quiero informarme antes de tomar una determinación.

No insistí. ¿En nombre de quién hubiera podido protestar? Soy demasiado incompetente. Volvimos y pasamos la velada fingiendo trabajar cada cual por su

lado. Yo había traído de Estados Unidos muchos documentos, notas y libros sobre psicoanálisis, pero no los toqué.

Roberto tomó el ómnibus a las diez de la mañana; en el jardín aceché al cartero: no había carta de Lewis. Me había advertido que tardaría ocho días en escribirme, y de Chicago las cartas no llegan rápido; seguramente no me había olvidado; pero estaba infinitamente lejos. Inútil buscar ayuda de ese lado. ¿Ayuda contra qué? Volví al escritorio y puse un disco en el pick-up. Me pasaba algo insoportable: dudaba de Roberto. "Antes hubiera hablado", me decía. Antes era franco, no le pasaba nada a la U.R.S.S. ni al partido comunista; y una de las razones de pertenecer al S. R. L. era el permitirle hacer críticas constructivas. De pronto elegía callar: ¿por qué? Le había herido que lo trataran de idealista; en realidad trataba de adaptarse a las duras necesidades de estos tiempos. Pero es demasiado fácil adaptarse. Yo también me adapto y no me enorgullezco de ello; siempre pasar de largo, siempre aceptar, al final quiere decir traicionar. Yo acepto la ausencia y traiciono mi amor, acepto sobrevivir a los muertos, los olvido, los traiciono. En fin, mientras sólo se trate de los muertos y de mí misma no hay víctimas serias. Pero traicionar a los vivos es grave.

"Si hablo traicionaré a otros", me contestaría Roberto. Y agregarían en coro que no se puede hacer una tortilla sin romper huevos. Pero a la postre, ¿quién comerá todas esas tortillas?, Los huevos rotos se pudrirán e infectarán la tierra. "Ya está infectada." Eso es verdad; demasiadas cosas son verdad; me enloquecen todas esas verdades que luchan entre ellas y me pregunto cómo ellos se las manejan. Yo no, sé sumar cuatrocientos millones de chinos y quince millones de galeotes. Por otra parte quizá habría que restar. De todas maneras esas operaciones son falsas. Un hombre y un hombre no hacen dos hombres, sólo son uno y uno. Bueno, cometo un error al recurrir a la aritmética; para poner orden en el caos tengo que dirigirme a la dialéctica. Se trata de superar a los galeotes hacia los chinos. Admitido. Superemos. Todo pasa, todo termina, todo cansa, todo se supera; los campos de concentración serán superados y también mi propia existencia; es irrisorio esta vidita efímera, que se angustia a propósito de esos campos que el porvenir ya ha abolido. La historia cuida de sí misma y de cada uno de nosotros por añadidura. Quedémonos, pues, tranquilos, cada cual en su cueva.

¿Entonces, por qué no se quedan tranquilos? Es la pregunta que le hice a Roberto hace veinte años, cuando yo era estudiante; se rió de mí; pero hoy no estoy segura de que alguna vez me haya convencido completamente. Fingen creer que la humanidad es una sola persona inmortal que un día será recompensada de todos sus sacrificios y que yo misma encontraré mi parte. Pero no camino: la muerte lo roe todo. Las generaciones sacrificadas no saldrán de su tumba para tomar parte en los ágapes finales; y lo que puede consolarlas es que los elegidos también irán bajo tierra al cabo de muy poco tiempo. Entre la dicha y la desdicha quizá no haya tanta diferencia como se cree.

Paré el fonógrafo, me acosté sobre el diván y cerré los ojos, liberada. ¡Qué uniforme y clemente es la luz de la muerte! Lewis, Roberto, Nadine, se habían vuelto leves como sombras, ya no pesaban sobre mi corazón; yo hubiera podido soportar el peso de quince millones de sombras, o de cuatrocientos millones. Al cabo de un rato fui asimismo a buscar una novela policial; hay que matar el tiempo; pero el tiempo también me matará: he ahí la verdadera armonía preestablecida. Cuando Roberto volvió a la noche me pareció que lo veía desde muy lejos a través de un prismático: una imagen desencarnada, con mucho vacío alrededor, como Diego en las ventanas de Drancy, Diego que ya no era de este mundo. Hablaba, yo escuchaba, pero ya nada me concernía.

-¿Me repruebas por haber pedido esa prórroga? -dijo Roberto.

-¿Yo? ¡Qué esperanza!

-Entonces, ¿qué hay? Si crees que no me importan esos campos estás muy equivocada.

Librodot

-Es justo lo contrario -dije-. Hoy pensé que es un error hacerse mala sangre por todo y por nada. Las cosas nunca tienen tanta importancia; cambian, terminan, y sobre todo, al fin de cuentas todo el mundo muere: eso lo arregla todo.

-Ah, es justo una manera de huir de los problemas -dijo Roberto.

Lo detuve:

-A menos que los problemas no sean una manera de huir de la verdad. Evidentemente -agregué-, cuando se ha decidido que la verdad es la vida, la idea de la muerte parece una huída. Pero recíprocamente. ..

Roberto sacudió la cabeza:

-Hay una diferencia. Uno prueba que ha elegido creer en la vida, viviendo; si uno cree sinceramente que sólo la muerte es verdad, uno debería matarse. En realidad, ni siquiera los suicidios tienen ese sentido.

-Puede ser que uno siga viviendo porque es aturdido y cobarde -dije-; Es lo más fácil. Pero tampoco prueba nada.

-Primeramente es importante que el suicidio sea difícil -dijo Roberto-. Y además, seguir viviendo no es solamente seguir respirando. Nadie consigue instalarse en la indiferencia. Quieres algunas cosas, odias otras, te indignas, admiras: eso implica que reconoces los valores de la vida. -Sonrió.- Estoy tranquilo. No hemos terminado de discutir sobre los campos de concentración ni sobre todo lo demás. Te sientes impotente, como yo, como todo el mundo, ante ciertos hechos que te abruman, entonces te refugias en un escepticismo generalizado: pero no es serio.

No contesté nada. Evidentemente, mañana discutiría de nuevo sobre un montón de cosas: ¿eso prueba que dejarían de parecerme insignificantes?, y si es así es porque quizá volvería a engañarme.

Nadine y Lambert volvieron a Saint-Martin el sábado siguiente: ya no parecían andar muy bien entre ellos; Nadine no despegó los labios durante toda la comida. Lambert debía irse dos días después a Alemania para informarse sobre los campos de concentración de la zona rusa; de común acuerdo evitaron él y Roberto negar al fondo del problema, pero discutieron con animación sobre los métodos prácticos de la encuesta.

Al llegar al café, Nadine explotó:

-Es un reverendo cretinismo toda esta historia. Por supuesto que existen esos campos. Es infame y es necesario: es la sociedad, ¿y qué hay?, ¡nadie puede cambiarla!

-Te resignas fácilmente -dijo Lambert. La miró con reproche-. ¡Para sacarte de encima lo que te molesta, tienes de veras un don!

-¿Y tú no te resignas? -dijo Nadine con voz agresiva-. Estás encantado de poder pensar mal de la U. R. S. S. y gracias a eso vas a pasearte y a hacerte el importante: es todo beneficio.

Él se encogió de hombros sin contestar pero sin duda riñeron de noche en el pabellón. Al día siguiente Nadine se pasó el día sola en el living-room con un libro que no leía. Inútil hablarle: me contestaba con monosílabos. A la noche, Lambert la llamó desde el jardín, y como ella no se movía, entró.

-Nadine, ya sería hora de irnos.

-Yo no me voy -dijo-. Me basta estar mañana a las diez de la mañana en Vigilance.

-Pero te dije que tenía que volver esta noche a París: tengo gente que ver.

-Velos. No me necesitas a mí para eso.

-Nadine, no seas estúpida -dijo con impaciencia-. Sólo pasaré una hora con ellos. Habíamos dicho que iríamos a un restaurante chino.

-Cambié de opinión, a ti también te ocurre -dijo Nadine-. Me quedo aquí.

-Es nuestra última noche -dijo Lambert.

-¡Eso lo has decidido tú! -dijo ella.

-Muy bien, hasta mañana -dijo él refunfuñando.

-Mañana estoy ocupada. ¡Hasta tu vuelta!

Librodot

-¡Oh, adiós para siempre si quieres! -gritó con voz furiosa.

Cerró la puerta tras él; Nadine me miró y se puso a gritar ella también:

-Sobre todo no me digas que es culpa mía, no me digas nada; sé todo lo que puedes decirme y no me interesa.

-No he abierto la boca.

-¡Que se vaya de viaje, me importa un bledo! -dijo-. Pero debió consultarme antes de decidir; y detesto que me mientan. Esa encuesta no es tan urgente. Habría sido mejor que me dijera francamente: tengo ganas de estar solo. Porque eso es en el fondo: quiere poder llorar tranquilamente a su papito querido.

-Es normal -dije.

-¿Normal? Su padre era un viejo cochino. Para empezar nunca debió reconciliarse con él; y ahora la llora como un bebé. Lloró lágrimas verdaderas, ¡lo he visto! -dijo en tono triunfante.

-¿Y qué hay con eso? No es una vergüenza.

-Ninguno de los hombres que conozco hubiera llorado. Y la más lindo de todo es que para agravar la tragedia pretende que al viejo lo liquidaron a propósito.

-No es imposible -dije.

Se puso colorada:

-¡Al padre de Lambert no! ¡Es ridículo! -dijo.

En seguida después de comer se fue a pasear por el campo; no la volvimos a ver hasta la hora del desayuno. Entonces, con un aire reprobador y ávido, me tendió la primera carta de Lewis.

-Hay una carta de Estados Unidos -agregó-. De Chicago -mirándome con insistencia.

-Gracias.

-¿No la abres?

-No es nada urgente.

Dejé la carta a mi lado y traté de tomar el té sin que mi mano temblara; me costaba tanto mantener unidos los pedazos de mi cuerpo como en el momento en que por primera vez Lewis me había tomado entre sus brazos. Roberto acudió en mi ayuda; se puso a hacerle a Nadine preguntas sobre Vigilance, hasta que encontré un pretexto para irme a mi cuarto; mis dedos estaban tan torpes que al arrancarla del sobre desgarré la hoja de papel amarillo de donde iba a surgir milagrosamente la presencia emocionante de Lewis; la carta estaba escrita a máquina, era alegre, cariñosa y vacía, y durante un largo rato contemplé con estupor la firma que la sellaba, implacable como una lápida mortuoria. Por más que releyera cien veces esa página y la martirizara, no exprimiría ni una palabra nueva, ni una sonrisa, ni un beso; y podía volver a esperar: al cabo de mi espera no encontraría sino otra hoja de papel. Lewis había quedado en Chicago, seguía viviendo, vivía sin mí. Me acerqué a la ventana, miré el cielo de verano, los árboles dichosos, y comprendí que ahora solamente empezaba a sufrir. El mismo silencio; pero no había más esperanza, siempre sería ese silencio. ¿Cuando nuestros cuerpos no se tocaban, cuando nuestras miradas no se mezclaban, qué había de común entre nosotros? Nuestros pasados se ignoraban, nuestros futuros se huían, a nuestro alrededor no se hablaba el mismo idioma, los relojes se burlaban de nosotros: aquí brillaba la mañana y era de noche en el cuarto de Chicago, ni siquiera podíamos darnos una cita en el cielo. No, de él a mí no existía ningún pasaje: salvo esos sollozos en mi garganta, y los reprimí.

Era una suerte que Paula me hubiera suplicado por teléfono que fuera a verla aquel día: quizá compartiendo su tristeza lograra olvidar la mía. Sentada en el autobús al lado de Nadine, que meditaba alguna mala pasada, me preguntaba: "¿Termina uno por habituarse? ¿Me habituaré?" Por las calles de París crucé cientos, miles de hombres que tenían, como Lewis, dos brazos, dos piernas, pero nunca su rostro: es bárbaro cuántos hombres hay sobre la superficie de la tierra que no son Lewis; es bárbaro cómo hay de caminos que no conducen a sus brazos y de palabras de amor que no se dirigen a mí. En todas partes me rozaban promesas

de dulzura, de felicidad, pero nunca esa ternura primaveral atravesaba mi piel. Lentamente seguí los muelles. Paula había hecho el inmenso esfuerzo de arrastrarse hasta casa pocos días después de mi regreso y había recibido alegremente sus regalos de América; pero había escuchado mis cuentos y contestado a mis preguntas con un aire lejano. Yo todavía no había ido a verla a su casa y fue con una especie de asombro que encontré semejante a sí misma la calle familiar. Nada había cambiado durante mi ausencia: nada había ocurrido. Se leían las mismas inscripciones que antes: "Especialidad en pájaros raros y sajones", y el monito encadenado a la reja de una ventana pelaba todavía cacahuetes. Sentado en los peldaños de la escalera, un atorrante fumaba un cigarro vigilando un atado de harapos. La puerta de calle, cuando la empujé, golpeó como antes un tacho de basura; cada agujero de la alfombra estaba en su lugar; se oía la campanilla insistente del teléfono. Paula estaba envuelta en un batón de seda un poco ajado.

-¡Qué buena eres! Estoy desolada de molestarte, pero bajar sola a esa jaula de leones, supera mis fuerzas.

-¿Estás segura de que estoy invitada?

-Pero es por ti que la Belhomme me telefoneó tres veces; me suplicó que te llevara; ya lo tiene a Enrique; quisiera a Dubreuilh…

Subió la escalera que conducía a mi cuarto y yo la seguí.

-No te imaginas lo linda que es la casa de Saint-Martin --dije-. Tendrás que venir.

Suspiró: -¡Es tan lejos! -abrió las dos puertas de su armario--. ¿Qué me pondré? ¡Hace tanto tiempo que no salgo!

--Tu vestido negro.

-Está muy viejo.

-El verde.

-No estoy segura de que el verde me quede bien -descolgó la percha donde estaba colgado el vestido negro-. No quisiera parecer apolillada. Lucía estaría demasiado contenta.

-¿Por qué vas a su casa tú que no sales nunca?

-Me aborrece -dijo Paula-. Antes yo era más joven y más linda que ella, tuve varios de sus amantes; si rechazo todas sus invitaciones creerá que me he vuelto tullida y se regocijará.

Se había acercado al espejo y seguía con el dedo la curva de sus espesas cejas:

-Debí depilármelas; debería seguir la moda; van a encontrarme ridícula.

-No tengas miedo de ellas -dije-. Siempre serás la más bonita.

-Oh, ahora ya no -dijo-. ¡Ahora ya no!

Se miraba en el espejo con aire hostil, y de pronto, por primera vez desde muchos años atrás, la vi yo también con ojos extraños; tenía un aire cansado; tenía los pómulos violáceos y la barbilla menos fina; los dos tajos profundos que encuadraban su boca acusaban la virilidad de sus rasgos. Antes, la tez cremosa de Paula, su mirada aterciopelada, el brillo negro de su cabello dulcificaban su belleza; privado de ese trivial atractivo, su rostro se volvía insólito; estaba construido de una manera demasiado voluntaria para que se pudiera excusar la indecisión de una curva, la vacilación de un color; en vez de insinuarse solapadamente, el tiempo marcaba con un signo brutal esa máscara noble y barroca que todavía merecía la admiración pero que hubiera estado más en su lugar en un museo que en un salón.

Paula se había puesto el vestido negro y cepillaba sus largas pestañas.

-Me alargo los ojos, ¿sí o no?

-No sé.

Yo veía claramente sus defectos, pero era incapaz de sugerir un remedio: ni siquiera estaba segura de que existiera.

-¡Con tal que me quede un par de medias ponibles! -Revisó un cajón con gestos febriles.- ¿Crees que estas dos son del mismo color?

-No; ésta es más clara que la otra.

-¿Y ésta?

Librodot

-Tiene una corrida de arriba abajo.

Necesitamos diez minutos para formar un par de medias intactas.

-¿Estás segura de que son iguales? -preguntaba Paula con ansiedad. Yo había tendido sobre mis dedos abiertos la fina malla y de pie junto a la ventana consultaba la luz.

-No veo ninguna diferencia.

-Pero ellas lo ven todo, ¿comprendes?

Enroscó alrededor de sus piernas los lazos de sus sandalias de suela doble y me preguntó:

-¿Me pongo el collar?

Era un pesado collar de cobre, de ámbar y de hueso, una joya exótica, sin valor real, que haría sonreír de desprecio a esas mujeres abrillantadas.

-No, no te lo pongas.

Vacilé. De todas maneras, con sus rizos, su vestido sin edad, su máscara, sus coturnos, Paula era tan diferente de sus enemigas que quizá valiera más subrayar su originalidad.

-Espera; sí; es mejor que te lo pongas. Ah, no sé -dije con impaciencia-. Después de todo no te van a comer.

-Sí, me van a comer -dijo sin sonreír.

Caminamos hasta una parada de ómnibus; en la calle, Paula perdía toda su majestad; caminaba rozando las paredes con aire furtivo.

-Odio salir vestida por este barrio -dijo en tono de excusa-. Por la mañana ando en zapatillas, es diferente; pero a esta hora, con esta ropa soy un insulto.

Traté de distraerla:

-¿Cómo está Enrique?

Vaciló: -Es tan complicado. ..

Repetí tontamente:

-¿Complicado?

-Sí, es raro; sólo ahora empiezo a conocerlo: después de diez años -hubo un silencio y agregó-: Hizo algo muy raro en tu ausencia; me puso bruscamente bajo la nariz un pasaje de su novela- donde el héroe le explica a una mujer que le envenena la existencia. Y me preguntó: " ¿Qué te parece?"

-¿Qué quería hacerte contestar? -dije tratando de darle a mi voz un acento divertido.

-Le pregunté si había pensado en mí al escribirlo y se puso rojo de confusión. Pero sentí que durante un momento hubiera querido que yo lo creyera.

-¡Me asombras! -dije.

-Enrique es un caso -dijo pensativamente; agregó-: Ve mucho a la chica Belhomme; también por eso quise expresamente ir a casa de Lucía, para que no se imaginen que concedo importancia a ese capricho…

-Sí; he visto una foto de ella. ..

-De ella con Enrique en "Las Islas Borromeas" -se encogió de hombros-. Es triste. Él no se enorgullece de eso, ¿sabes? Es extraño; me pidió que no durmiéramos más juntos; como si ya no se sintiera digno de mí -concluyó lentamente.

Yo tenía ganas de decirle: "¡Deja de mentirte!" ¿Pero con qué derecho? En un sentido admiraba su terquedad.

En la escalera, subiendo a la casa de Lucía Belhomme, me tomó de la muñeca:

-Dime la verdad, ¿tengo aspecto de ser una vencida?

-¿Tú? Tienes el aspecto de una princesa.

Pero cuando el criado nos abrió la puerta sentí que el pánico de Paula se había apoderado de mí; se oían ruidos alegres, el aire olía a perfume y a malevolencia; a mí también iban a despedazarme alegremente: nunca resulta agradable pensarlo. Paula había recobrado su sangre fría: entró al salón con una dignidad principesca; yo, de pronto, ya no estaba muy segura de que sus dos medias fueran del mismo color.

Muebles de época, alfombras vagamente persas, cuadros patinados, libros encuadernados en pergamino, cristales, terciopelos, rasos: se sentía que Lucía vacilaba entre sus aspiraciones burguesas, sus pretensiones intelectuales, y su propio gusto, que a pesar de su buen gusto reputado era vulgar.

-¡Cómo estoy de contenta de tenerlas aquí! -Estaba vestida con una perfección que hubiera acomplejado a la duquesa de Windsor; no se veía en seguida la mezquindad de la boca, la malevolencia inquieta de la mirada: todavía no existe ninguna cirugía estética que sepa rectificar la mirada: mientras me sonreía me examinaba con exactitud; se volvió hacia Paula:- ¡Paula querida! ¡Doce años sin vernos! ¡No nos habríamos reconocido! -Guardó un instante entre su mano la mano de Paula y la detallaba, desvergonzadamente, luego me arrastró.- Venga, voy a presentarla.

Las mujeres eran mucho más jóvenes y más bonitas que las del salón de Claudia y ningún drama espiritual desfiguraba sus rostros hábilmente trabajados; había muchas modelos ávidas de convertirse en starlets, y starlets ávidas de convertirse en estrellas; todas tenían vestidos negros, pelo color oreal, tacones muy altos, cejas largas y una personalidad distinta para cada una, pero fabricada en los mismos talleres. Si hubiera sido hombre me habría resultado imposible preferir a ninguna, habría ido a hacer mi mercado a otra parte. En realidad, los hermosos jóvenes que me besaban la mano parecían interesarse sobre todo los unos en los otros. .Había aquí y allá algunos adultos de modales masculinos, pero parecían extras pagos. Entre ellos se encontraba el amante oficial de Lucía que todo el mundo llamaba Dudule; conversaba con una morena alta de pelo platinado.

-¿Parece que acaba de llegar de Nueva York? -me dijo-. Qué país prodigioso, ¿no es cierto? Parece el sueño gigante de un niño mimado. Esos enormes cucuruchos de helado que devoran me parecen el símbolo de América entera.

-A mí no me gustó nada -dijo la falsa rubia- Todo es demasiado limpio, demasiado perfecto; uno termina por tener ganas de encontrar un hombre con una camisa un poco dudosa, con una barba de dos días.

No protesté; los dejé explicarme a golpes de *slogans* gastados ese país del que volvía: "Chicos grandes", "el paraíso de la mujer", "amantes detestables", "una vida afiebrada de torbellino." Dudule, a propósito de rascacielos, llegó a pronunciar osadamente la palabra falo. Yo me decía al escucharlos que verdaderamente no hay derecho a imputar a los intelectuales una sensibilidad sofisticada; era esa gente -gente de mundo y asimilada- la que paseaba por la existencia con ojos cegados por malos clisés y un corazón invadido por lugares comunes. Roberto, Enrique, se dejaban ir con indolencia a gustar de lo que les gustaba, a aburrirse de lo que los aburría, y si un rey pasea desnudo no admiran los bordados de su manto; saben muy bien que ellos mismos crean los modelos que luego los snobs copiarán con fervor, los snobs que afectan reacciones distinguidas; su orgullo les permite todas las ingenuidades; mientras ni Dudule, ni Lucía ni las jóvenes mujeres delgadas y lustradas que se agrupaban alrededor de ella se concedían jamás un momento de sinceridad. Yo sentía por ellas una piedad asustada. La parte que les había tocado eran ambiciones vacías, celos ardientes, victorias y derrotas abstractas. ¡Cuando hay tantas cosas sobre la tierra para amar y aborrecer sólidamente! Pensé en un relámpago: "Roberto tiene razón. No existe la indiferencia." Aun aquí, donde no valía la pena, me sumergía en seguida en la indignación y en el rechazo; afirmé que había montones de cosas en el mundo para amar y para aborrecer y sabía muy bien que nada desterraría en mí esa certidumbre. Sí, por cansancio; por pereza, por vergüenza de mi ignorancia, yo había pretendido tontamente lo contrario.

-¿Nunca te has encontrado con mi hija? -pregunto Lucía .dirigiendo a Paula una de sus pálidas sonrisas.

-No.

-Vas a verla; es muy bonita; exactamente el tipo de belleza que tú tenías antes -Lucía esbozó y borró una nueva sonrisa-. Tienen muchas cosas en común.

Decidí ser tan grosera como ella:

Librodot

-Sí, dicen que su hija no se le parece en nada.

Lucía me examinó con una resuelta hostilidad; había una curiosidad casi inquieta en esa inspección, como si se preguntara: " ¿Hay otra manera que la mía de ser mujer y de aprovecharlo? ¿Se me habrá escapado algo?" Su mirada volvió hacia Paula: “Deberías venir a verme uno de estos días a Amaryllis; te vestiría un poco; cambia una mujer cuando está bien vestida.”

-Sería una lástima cambiar a Paula -dije-; las mujeres a la moda pululan; en cambio, hay una sola Paula.

Lucía pareció un poco desconcertada.

-En todo caso el día en que ya no desprecies la moda siempre serás bien recibida en mis salones; y conozco un esteta que hace milagros -agregó girando sobre sus talones.

-Debiste preguntarle por qué no recurre a sus servicios -le dije a Paula.

-Nunca he sabido contestarles -dijo Paula. Tenía los pómulos violáceos y la nariz afilada, era su manera de palidecer.

-¿Quieres irte?

-No, sería una derrota.

Claudia se precipitaba hacia nosotras con ojos brillantes de comadre en celo.

-La pelirroja que acaba de entrar es la chica Belhomme -dijo.

Paula volvió la cabeza, yo también. Josette no era una chica y era una pelirroja de una especie rarísima: las que tienen bajo el pelo rojizo una carnación cremosa de rubia; su boca voluptuosa y desolada, sus ojos inmensos le daban un aire de estar espantada por su propia belleza. Se comprendía que un hombre tuviera ganas de conmover semejante rostro. Miré a Paula con inquietud; tenía una copa de champaña en la mano, estaba inmóvil, los ojos fijos como si oyera voces; voces malvadas.

Mi corazón se sublevó; ¿qué crimen expiaba? ¿Por qué la quemaban viva cuando a nuestro alrededor todas las mujeres sonreían? Yo estaba dispuesta a reconocer que ella misma había forjado su desdicha; no trataba de comprender a Enrique, se alimentaba de quimeras, había elegido la pereza con la esclavitud; pero, en fin, nunca le había hecho daño a nadie, no merecía ser castigada tan salvajemente. Siempre pagamos por nuestras culpas; pero hay puertas en que los acreedores nunca golpean y otras que fuerzan; es injusto. Paula estaba del lado de las personas de mala suerte y yo no me resignaba a ver esas lágrimas que corrían de sus ojos sin que pareciera notarlo; la desperté bruscamente.

-Vámonos -dije, tomándola del brazo.

-Sí.

Cuando después de una rápida despedida nos encontramos en la calle, Paula me miró con aire sombrío;

-¿Por qué nunca me advertiste? -dijo.

-¿Advertirte de qué?

-De que seguía un mal camino.

-Yo no creo eso.

-Es raro que no lo hayas pensado.

-¿Quieres decir que has vivido demasiado encerrada?

Se encogió de hombros:

-Todavía no he dicho mi última palabra. Sé que soy un poco idiota, pero cuando he comprendido, he comprendido.

Al bajar del ómnibus consiguió sonreírme:

-Gracias por haberme acompañado. Me hiciste un verdadero favor. No lo olvidaré.

Nadine se quedó en París toda la semana. Cuando volvió a aparecer en Saint-Martin le pedí noticias de Lambert: le había escrito, volvía dentro de una semana.

-Van a saltar chispas -agregó con voz jubilosa-, he vuelto a ver a Joly y me acosté con él. ¡Te imaginas la cara de Lambert cuando le cuente eso!

-¡Nadine, no se lo cuentes!

Me miró con aire desconcertado: -Me has repetido mil veces que la gente decente no miente. ¡Franqueza ante todo!

-No. Te he dicho que hay que tratar de construir relaciones donde la mentira ni siquiera sea concebible. Pero no estás ahí, con Lambert, lejos de eso. Y además -agregué-, no se trata de confiarle por amor a la verdad un acontecimiento de tu vida: has fabricado esta historia a propósito para herirlo contándosela.

Nadine rió con aire indeciso:

-¡Oh, tú cuando te metes a bruja!

-¿Me equivoco?

-Evidentemente quise castigarlo; lo merece.

-Reconoces tú misma que siempre ha hecho lo que quisiste: por una vez que no cedió podrías jugarle limpio.

-Hace lo que yo quiero porque le divierte jugar al chiquito, es una comedia. Pero en verdad cualquier cosa cuenta más que yo: Enrique, el diario, su padre, una encuesta.

-Estás ciega. Lambert te quiere por encima de todo.

-Tú lo dices. Él nunca me ha dicho nada semejante.

-No has debido alentarlo mucho.

-Evidentemente, no he ido a mendigarle declaraciones de amor.

La miré con un poco de curiosidad:

-¿Les ocurre alguna vez hablar de sus sentimientos?

-Son cosas de las que no se habla -dijo con aire chocado--. ¿Qué te imaginas?

-Hablar ayuda a comprenderse.

-Pero yo comprendo muy bien todo.

-Entonces debes comprender que Lambert nunca soportará que lo hayas engañado; vas a hacerle un mal atroz y a estropear irremediablemente toda esta historia.

-Es gracioso que tú me aconsejes la mentira -reía, pero parecía más bien aliviada-. Está bien, no le diré nada.

Lambert llegó al día siguiente; habló poco de su viaje, contaba volver a irse en setiembre para reunir informes más precisos; Nadine parecía reconciliada con él. Juntos tomaban largos baños de sol en el jardín, paseaban, leían, discutían, hacían proyectos. Lambert se dejaba mimar por Nadine y se plegaba gustoso a sus caprichos; pero por momentos sentía la necesidad de probar su independencia, subía en su motocicleta y se iba por las rutas a una velocidad que evidentemente lo asustaba a él mismo. Nadine aborrecía siempre la soledad de los demás; esta vez a sus celos se unía la envidia; ante la resistencia de Lambert y mi oposición formal, había renunciado a conducir la moto; pero había tratado de adoptarla: había pintado el guardabarros de rojo vivo y atado fetiches en el manubrio; a pesar de todos esos esfuerzos la motocicleta seguía siendo a sus ojos el símbolo de todos los placeres viriles que no emanaban de ella y que tampoco podía compartir; era el pretexto más frecuente de sus discusiones con Lambert; pero eran altercados sin acritud

Una noche, cuando yo estaba en mi cuarto, preparándome para la noche, vinieron asentarse en el jardín.

-En resumen -dijo Lambert-, opinas que yo no sería capaz de dirigir solo un diario.

-No he dicho eso. Digo que si Volange te toma como prestanombre no dirigirás nada.

-Y que confíe bastante en mí para ofrecerme sin doble intención semejante puesto te parece increíble.

-¡Eres un ingenuo! Volange está todavía demasiado manchado para atreverse a lucir su nombre y cuenta manejarte entre bambalinas.

-Oh, siempre te crees muy viva porque te haces la cínica; pero la malevolencia también ciega. Volange es alguien.

-Es un cochino -dijo ella tranquilamente.

-Se ha equivocado, acepto; pero prefiero a las personas que tienen sus errores detrás de ellos que a las que los tienen delante -dijo Lambert con rabia.

-¿Quieres decir Enrique? Nunca lo he considerado un héroe, pero es un tipo limpio, él.

-Lo ha sido, pero ahora está dejándose devorar por la política y por su personaje público.

-Me parece que más bien ha ganado -dijo Nadine en tono imparcial-. Esa pieza que acaba de escribir es lo mejor que ha hecho.

-¡Ah, no! -dijo Lambert-. Me parece detestable. Y es una mala acción; los muertos están muertos, que los dejen tranquilos; no vale la pena ir a exasperar los odios entre los franceses. ..

-¡Al contrario! -dijo Nadine-. La gente necesita que le refresquen la memoria.

-No conduce a nada atrancarse en el pasado.

-Yo no admito que se le olvide -dijo Nadine; agregó con voz seca-: Y no comprendo que se perdone.

-¿Y quién eres, qué has hecho para ser tan severa? -dijo Lambert.

-Habría hecho tanto como tú si hubiera sido un hombre -dijo Nadine.

-Aunque yo hubiera hecho diez veces más no me permitiría juzgar a la gente sin apelación -dijo él.

-¡Está bien! -dijo ella-. En esto nunca estaremos de acuerdo. Vamos a acostarnos.

Hubo un silencio y Lambert dijo en tono definitivo:

-Estoy seguro de que Volange hará grandes cosas.

-Lo dudo -dijo Nadine-. En todo caso no veo en qué te concierne. Dirigir un vago pasquín, que ni siquiera será verdaderamente tuyo, no tiene nada de grande.

En un tono vagamente bromista él preguntó:

-¿Crees qué haré alguna vez algo grande?

-Oh, no sé -dijo ella-, y además no se me importa. ¿Por qué hay que caer en la grandeza?

-Que sea un buen chico sometido a tus cuatro voluntades, ¿eso es todo lo que esperas de mi?

-Pues no espero nada: te tomo como eres.

Su acento era afectuoso pero significaba claramente que se negaba a decir las palabras que Lambert deseaba oír. Insistía con una voz un poco maniática:

-¿Y qué soy? ¿Qué capacidades me reconoces?

-Sabes hacer una mayonesa -dijo ella alegremente-, y manejar una moto.

-Y también otra cosa que no diré -dijo él con una risita.

-Detesto que seas vulgar -dijo ella.

Bostezó con ostentación:

-Voy a dormir. -La granza crujió bajo sus pies y sólo se oyó en el jardín el concierto testarudo de los grillos.

Los escuché mucho rato: ¡qué linda noche!, no faltaba ni una estrella en el cielo, no faltaba nada en ninguna parte. Y sin embargo, había en mí ese vacío que no terminaba más. Lewis me había escrito otras dos cartas, me hablaba mucho mejor que en la primera; pero cuanto más lo sentía vivo, real, más su tristeza cobraba peso. Yo también estoy triste y eso no nos acerca. Murmuró: “¿Por (qué estás tan lejos?” Él responde como un eco: “¿Por qué estás tan lejos?”, y su voz está cargada de reproches. Porque estamos separados, todo nos separa, hasta nuestro esfuerzo por unimos.

Ellos, sin embargo, habrían podido hacer de su amor una felicidad; me irritaba verlos tan torpes. Ese día habían decidido irse a París y quedarse a pasar la noche; al promediar la tarde Lambert salió del pabellón vestido con un elegante traje de franela y una corbata rebuscada. Nadine estaba acostada en el pasto, llevaba una falda floreada toda manchada, una camiseta de algodón, sandalias gruesas. Él le gritó malhumorado: -Empieza a prepararte. Vamos a perder el ómnibus.

-Te he dicho, que quería ir en moto -dijo Nadine-, es mucho más divertido.

-Pero llegaríamos sucios como peines; y uno queda ridículo en moto cuando está un poco vestido.

-No pienso vestirme -dijo ella en tono definitivo.

-¿No vas a ir a París en esa facha? -Ella no contestó y él me tomó de testigo con voz desolada.- ¡Qué lástima! ¡Podría tener tanto porte si no tomara ese aire de anarquista! -la examinó con ojo crítico-. Además no te queda nada bien estar descuidada.

Nadine se creía fea y era sobre todo por despecho que desdeñaba feminizarse; su negligencia huraña no permitía sospechar lo sensible que era a cualquier comentario respecto a su apariencia física; su rostro se había alterado:

-Si quieres una mujer que se ocupe de su piel de la mañana a la noche dirígete a otra sección.

-No te llevaría mucho tiempo ponerte un vestido limpio -dijo Lambert-. No puedo llevarte a ningún lado si vas disfrazada de salvaje.

-Pero no necesito que me lleven a pasear. ¿Te imaginas que tengo ganas de ir a pavonearme a lugares donde hay camareros y mujeres en cueros? ¡Qué diablos! Si quieres jugar al don Juan alquílate una modelo para que te acompañe.

-No veo qué tiene de tan indignante ir a bailar a una boîte agradable donde oiríamos un buen jazz. ¿Usted lo ve? -me preguntó.

-Creo que a Nadine no le gusta bailar -dije con prudencia.

-Bailaría muy bien si quisiera.

-Justamente no quiero -dijo ella-. Hacer de mono en medio de una pista no me divierte.

-Te divertiría como a cualquier otra -dijo Lambert; un poco de sangre se le subió al rostro-. Y te divertiría vestirte, salir, si siquiera fueras sincera. Uno dice: no me divierte; pero miente. Todos somos introvertidos e hipócritas. Me pregunto por qué. ¿Por qué es un crimen que a uno le gusten los lindos muebles, la linda ropa, el lujo y las diversiones? En verdad a todo el mundo le gusta eso.

-Te juro que a mí me importa un pito -dijo Nadine.

-¡Tú lo dices! Es gracioso -agregó con una pasión que me desconcertó-, siempre hay que fingir, renegar. No se debe ni reír ni llorar cuando uno tiene ganas, ni hacer lo que nos tienta ni pensar lo que pensamos.

-¿Pero quién se lo prohibe? -pregunté.

-No sé y eso es lo peor. Estamos todos ahí, mistificándonos los unos a los otros, y nadie sabe por qué. Teóricamente nos sacrificamos a la pureza: ¿pero dónde está la pureza? ¡Que me la muestren! y en su nombre rechazamos todo, no hacemos nada, no llegamos a nada.

-¿A qué quieres llegar? -dijo Nadine con voz irónica.

-Te burlas; pero eso también es una hipocresía. Eres mucho más sensible al éxito de lo que dices; te fuiste de viaje con Perron y me hablarías en otro tono si yo fuera alguien. Todo el mundo admira el éxito; y a todo el mundo le gusta el dinero.

-Habla por ti -dijo Nadine.

-¿Y por qué no va a gustarnos el dinero? -dijo Lambert-. Mientras el mundo sea como es, resulta preferible estar del lado de los que tienen. ¡Vamos! Estabas orgullosísima de tener un abrigo de pieles el año pasado y te mueres de ganas de hacer grandes viajes; te encantaría despertarte millonaria; pero no te lo confesarás jamás: tienes miedo de ser tú misma.

-Sé quien soy y me resulta mucho -dijo con voz mordaz-. Tú tienes miedo de ser lo que eres: un pequeño intelectual burgués. Sabes muy bien que no estás hecho para las grandes aventuras. Entonces, ahora, juegas la carta del éxito social, el dinero y el resto. Te convertirás en un snob y un cochino arrivista, eso es todo.

-Hay momentos en que merecerías simplemente una buena bofetada -dijo Lambert girando sobre sus talones.

-¡Trata de hacerlo! ¡Te juro que habría un campeonato!

Seguí a Lambert con la mirada; me preguntaba cuál era la razón de su estallido; ¿qué es lo que estaba ahogando en él? ¿El gusto de la facilidad? ¿Una ambición inconfesada? ¿Deseaba, por ejemplo, aceptar la propuesta de Volange sin atreverse a incurrir en el desprecio de los amigos? Quizá se había convencido que las prohibiciones con que se había rodeado le impedían llegar a ser alguien, o acaso deseaba que los autorizaran tranquilamente a no ser nadie.

-Me pregunto qué tenía en la cabeza -dije.

-¡Bah!, se fabrica ilusiones -dijo Nadine con desdén-. Pero cuando quiere hacerme entrar en ellas, un momento, ¡eh!

-Debo decir que no lo alientas mucho.

-No; hasta tiene gracia; cuando siento que tiene ganas de que le diga algo, le digo lo contrario. ¿No comprendes eso?

-Comprendo un poco.

Comprendía muy bien; con Nadine, precisamente, conocía ese tipo de resistencia.

-Siempre quiere que le den permisos: que se los tome.

-No impide que podrías ser un poco conciliadora -dije-. Nunca haces ninguna concesión: deberías cederle cuando te pide alguna cosa.

-Oh, pide más de lo que crees -dijo; se encogió de hombros con aire excedido-. En primer lugar todas las noches quiere acostarse conmigo: me carga.

-Puedes negarte.

-No te das cuenta: si me niego es todo un drama -agregó con voz irritada-. Para colmo, si no tomara mis precauciones, me haría un chico cada vez. -Me miraba de reojo; sabía muy bien que yo aborrecía ese tipo de confidencias.

-Enséñale a tener cuidado.

-Gracias. ¡Si se convierten en sesiones de ejercicios prácticos va a ser divertido! Prefiero defenderme sola. Pero no es divertido tener que pensar en todo cada vez que se hace el amor -me miró con malicia-. Te choco, ¿eh?

Me encogí de hombros:

-Me pregunto por qué te empeñas en hacer el amor si te fastidia tanto.

-¿Cómo quieres que tenga tipos a mi alrededor si no me acuesto con ellos? Las mujeres me pudren, sólo me divierto con los muchachos, pero si quiero salir con ellos tengo que acostarme con ellos, no hay elección. Pero, en fin, hay algunos que lo hacen más o menos a menudo; en cambio, Lambert no hace otra cosa -se echó a reír-. Supongo que es para estar seguro de su virilidad.

Una de las paradojas de Nadine es que se había arrastrado por cantidad de camas, que decía sin parpadear obscenidades enormes, y que sin embargo era, respecto a su vida sexual, de una extrema susceptibilidad. Cuando Lambert se permitía, como solía hacerlo, una alusión a la intimidad de ambos, se erizaba.

-Hay una cosa de la que pareces no darte cuenta -dije-; es que Lambert te quiere.

Se encogió de hombros.

-Nunca quisiste comprender -dijo con voz razonable- que Lambert quiso a una sola mujer en su vida: a Rosa. Después quiso consolarse; recogió a la primera que encontró: era yo; pero al principio ni siquiera tenía ganas de acostarse conmigo. Cuando se enteró de que Enrique andaba conmigo entonces se le ocurrió; pero nunca he sido su tipo. Tener una mujer para él le parece más de macho que buscar rameras; es más cómodo también. Pero yo no cuento en todo eso.

Tenía el arte de mezclar tan sutilmente lo verdadero y lo falso que me quedé aterrada ante el esfuerzo que tendría que hacer para contradecirla: dije débilmente:

-Reconstruyes todo al revés.

-No. Sé lo que digo -contestó.

Terminó por ponerse un vestido limpio y se fueron a París; pero volvieron más descontentos que nunca., y pronto estalló una nueva escena. Yo estaba trabajando en el jardín aquella mañana, el cielo tormentoso pesaba sobre mis hombros y me aplastaba contra el suelo. A poca distancia, Lambert leía, Nadine tejía. “En el fondo

-me había dicho la víspera- son cansadoras las vacaciones; todos los días hay que buscar qué hacer." Visiblemente estaba aburriéndose; durante un instante sus ojos permanecieron clavados en la nuca de Lambert como si intentara hacerle dar vuelta la cabeza con la fuerza de su mirada; dijo: -¿Todavía no terminaste el Spengler?

-No.

-Cuando hayas terminado me lo pasas.

-Sí.

Nadine no podía ver un libro entre otras manos sin reclamarlo; lo llevaba a su cuarto y engrosaba vanamente la pila de las obras que poblaban su porvenir; en verdad leía muy lentamente- con una especie de hostilidad y se cansaba al cabo de pocas páginas. Agregó con una risita:

-¡Parece que es soberanamente estúpido!

Esta vez Lambert alzó la cabeza:

-¿Quién te lo dijo? ¿Tus compañeritos comunistas?

-Todo el mundo sabe que Spengler es un estúpido -dijo ella con seguridad. Se estiró sobre el piso y rezongó-: Harías mejor de llevarme a dar una vuelta en moto.

-No tengo nada de ganas -dijo Lambert secamente.

-Almorzaríamos en Mesnils, pasearíamos por el bosque.

-Y recibiríamos toda la tormenta sobre los hombros: mira el cielo.

-No habrá tormenta. Di más bien que te aburre ir a pasear conmigo.

Se levantó:

-Y bueno a mí me aburre pasarme todo el día en este cuadro de repollos. Voy a tomar la máquina y a dar una vuelta sin ti. Dame la llave del seguro.

-Estás loca; no puedes conducirla.

-Ya la he conducido, no es muy difícil: la prueba es que tú sabes hacerlo.

-Y en la primera curva te romperías la crisma. Nada que hacer. No te daré la llave.

-¡Te importa un bledo que me rompa la crisma! Tienes miedo que te estropee tu juguete, eso es todo. Egoísta inmundo. Quiero esa llave.

Lambert ni siquiera contestó. Nadine permaneció un momento inmóvil, la mirada vacía; y luego se levantó, recogió la bolsa que le servia de cartera y le gritó:

-Me aburro aquí: me voy a pasar el día a Paris.

--¡Que te diviertas!

Había elegido hábilmente su venganza. Lambert sufriría seguramente de saber a Nadine en París con compañeros que él detestaba. La siguió con la mirada mientras ella salía del jardín y se volvió hacia mí.

-No comprendo por qué nuestras discusiones se envenenan tan pronto -dijo en tono desolado-. ¿Usted lo comprende?

Era la primera vez que iniciaba conmigo una conversación intima. Vacilé; pero puesto que estaba dispuesto a oírme, lo mejor sin duda era tratar de hablarle.

-Es en gran parte culpa de Nadine -dije-. Cualquier cosa la encabrita; entonces se vuelve injusta y agresiva. Pero sépalo bien, es hiriente porque es demasiado vulnerable.

-Podría comprender que los demás también Son vulnerables -dijo él con rencor-. A veces es un monstruo de insensibilidad.

Parecía muy desarmado y muy joven con su tez fresca, su nariz respingada, su boca golosa: un rostro sensual y perplejo, compartido entre sueños demasiado blandos consignas demasiado duras. Me decidí:

-Mire, para gustarle a Nadine hay que remontarse a su infancia.

Todo lo que yo me había repetido mil veces se lo conté a Lambert, lo mejor que pude; me escuchaba en silencio, con aire conmovido, Cuando pronuncié el nombre de Diego me interrumpió con avidez:

-¿Es verdad que era prodigiosamente inteligente?

-Es verdad.

-¿Sus poemas eran buenos? ¿Tenía talento?

-Creo que sí.

-¡Y sólo tenía diecisiete años1 ¿Nadine lo admiraba?

-Ella nunca admira. No, lo que la ataba sobre todo a Diego es que le pertenecía sin reservas.

-Pero yo también la quiero -dijo tristemente.

-No está segura -dije-. Siempre ha temido que usted la compare con otra.

-Quiero mucho más a Nadine de lo que he querido a Rosa -murmuró.

Esa declaración me sorprendió: a pesar de todo, yo había asimilado los prejuicios de Nadine.

-¿Se lo ha dicho?

-No son cosas que se puedan decir.

-Son cosas que uno necesitaría oír.

Se encogió de hombros:

-Ve muy bien que desde hace más de un año sólo vivo para ella.

-Está convencida de que solo se trata de una especie de camaradería. ¿Y cómo explicarle? Ella desconfía de sí misma como mujer: necesita ser querida como mujer.

Lambert vaciló:

-Pero en ese terreno también es intransitable. Quizá yo no debiera decirle esto; pero no comprendo nada, ando perdido. Si una noche no pasa nada entre nosotros se siente insultada; pero casi todos los gestos de amor le chocan; entonces por supuesto se queda helada y me guarda rencor. ..

Recordé las confidencias gruñonas de Nadine:

-¿Usted está seguro de que es ella la que quiere todas las noches. ..?

-Absolutamente seguro -dijo con aire descontento.

No me asombró demasiado la contradicción. Había encontrado muchos ejemplos; eso siempre significaba que ninguno de los dos amantes estaba satisfecho del otro.

-Nadine se siente mutilada cuando acepta su feminidad y también cuando la rechaza -dije-. Eso es lo que hace las relaciones tan difíciles para usted. Pero si tiene paciencia las cosas se arreglarán.

-¡Oh, paciencia, tengo! Si al menos estuviera seguro de que no me aborrece.

-¡Qué idea! Está tenazmente aferrada a usted.

-A menudo pienso que me desprecia porque no soy, como ella dice, más que un pequeño intelectual; un intelectual que ni siquiera tiene dones creadores -agregó con amargura-. Y que no se resuelve a volar con sus propias alas.

-Nadine nunca podrá interesarse sino en un intelectual -dije-. Adora discutir, explicarse: hay que ponerle su vida en palabras. No, créame; lo único que le reprocha, verdaderamente, es que no la quiera bastante.

-La convenceré -dijo, su rostro se había, iluminado--. Si creo que me quiere un poco todo el resto me da lo mismo.

-Lo quiere mucho: no se lo diría si no estuviera segura.

Él volvió a su libro y yo a mi trabajo. El cielo se oscurecía por momentos y estaba completamente negro cuando al atardecer subí a mi cuarto para tratar de escribirle a Lewis; él había aprendido a hablarme; le resultaba más fácil que a mí; esa gente, esas cosas que me describía habían existido para mí; a través de las hojas amarillas yo recobraba la máquina de escribir, la manta mexicana, la ventana abierta sobre un cantero de árboles, los autos de lujo deslizándose a lo largo de la calzada agrietada; pero esta aldea, mi trabajo, Nadine, Lambert no eran nada para él. ¿Y cómo hablar de Roberto, cómo callarlo? Lo que Lewis me susurraba entre las líneas de sus cartas eran palabras fáciles de decir: "Te espero, vuelve, soy tuyo." Pero, ¿cómo decir: estoy lejos, no volveré hasta de aquí mucho tiempo, pertenezco a otra vida? Cómo decirlo si yo quería que leyera: ¡te quiero! Él me llamaba y yo no podía llamarlo; yo no tenía nada que darle en cuanto le negaba mi presencia. Releí mi carta con vergüenza: cómo era de vacía; sin embargo, mi corazón estaba tan lleno, ¡y qué pobres promesas!: volveré; pero volveré dentro de mucho tiempo, y será para volver a irme. Mi mano se había inmovilizado tocando el sobre que algunos

días más tarde tocarían sus manos: manos verdaderas, las que yo había sentido sobre mi piel. ¡Por la tanto era muy real! A veces me parecía un invento de mi corazón; yo disponía demasiado fácilmente de él: lo sentaba junto a la ventana, iluminaba su rostro, despertaba su sonrisa sin que él se defendiera. El hombre que me sorprendía, que me colmaba, ¿volvería a encontrarlo en carne y hueso? Abandoné mi carta sobre la mesa, me acodé a la ventana; el crepúsculo caía y la tormenta se desencadenaba; se veían legiones de caballeros galopando lanza en ristre sobre las nubes mientras el viento deliraba entre los árboles. Bajé al living-room, encendí un gran fuego de leños y por teléfono invité a Lambert a venir a comer con nosotros; cuando Nadine no estaba presente para atizar los conflictos, Roberto y él evitaban de común acuerdo las cuestiones espinosas. Después de la comida Roberto se fué a su escritorio y mientras Lambert me ayudaba a levantar la mesa, Nadine llegó, los cabellos chorreantes de lluvia. Él le sonrió cariñosamente:

-Pareces una ondina. ¿Quieres comer algo?

-No. Comí con Vicente y Sézenac -dijo. Tomó sobre la mesa una servilleta y se frotó el pelo-. Hablamos de los campos rusos. Vicente opina como yo. Dice que es repugnante, pero que si se hace una campaña en contra los burgueses estarán contentísimos.

-Se llega a cualquier parte con ese tipo de razonamientos -dijo Lambert. Se encogió de hombros fastidiado-. Va a tratar de convencer a Perron para que no hable.

-Evidentemente -dijo Nadine.

-Espero que pierda su tiempo -dijo Lambert-. Le previne a Perron que si tapa este asunto salgo de L'Espoir.

-Ese es un argumento de peso -dijo Nadine con ironía.

-No tomes tus aires de superioridad -dijo Lambert con aire alegre-. En el fondo no me consideras tan mal como quieres hacerlo creer.

-Pero quizá menos bien de lo que crees -dijo sin amenidad.

-Eres amable --dijo Lambert.

-¿Y es amable de tu parte dejarme ir sola a París?

-No parecías tener ganas de que yo fuera -dijo Lambert.

-No dije que no tenía ganas. Dije que hubieras podido proponérmelo.

Fui hacia la puerta y salí de la habitación. Oí que Lambert decía: -¡Vamos, no nos peleemos!

-Yo no me peleo -dijo Nadine.

Supuse que iban a pelearse toda la noche.

Al día siguiente bajé temprano al jardín; bajo el cielo enternecido por las lluvias de la noche el campo seguía maltrecho; la ruta estaba llena de baches, el césped cubierto de ramas muertas. Instalaba mis papeles sobre la mesa mojada cuando oí el arranque de la moto. Nadine corría sobre la ruta llena de pozos, el cabello al viento, la falda levantada sobre sus muslos desnudos. Lambert salió del pabellón, corrió hacia la reja gritando: "¡Nadine!", y volvió hacia mí con aire enloquecido.

-No sabe manejar -dijo con voz desesperada-. Y con esta tormenta hay ramas quebradas, árboles derribados a través de la ruta. ¡Va a pasar una desgracia!

-Nadine es prudente a su manera -dije para tranquilizarlo-. Yo también estaba inquieta; cuidaba su pellejo, pero no era diestra.

-Se apoderó de la llave mientras yo dormía. ¡Es tan testaruda! ,--me miró con reproche-. Usted me dice que me quiere; ¡pero entonces tiene una manera muy rara de querer! Yo ayer lo único que quería era hacer las paces, usted lo sabe muy bien. No sirvió de mucho.

--¡Ah!, no es tan fácil llegar a entenderse -dije-. Tenga un poco de paciencia.

-¡Con ella se necesita mucha!

Se alejó y pensé tristemente: "¡Qué desencuentros!" Nadine corría por las rutas, las manos crispadas sobre el manubrio y quejándose al viento."Lambert no me quiere. Nadie me ha querido nunca, salvo Diego, que ha muerto." y entretanto,

Lambert iba y venía por su habitación, el corazón lleno de dudas. Es difícil hacerse hombre en una época en que esa palabra está cargada de un sentido demasiado pesado: demasiados mayores muertos, torturados, condecorados, prestigiosos, se erigen en ejemplos a ese muchacho de veinticinco años que todavía sueña con ternura materna y protección viril. Pensé en esas tribus donde a los cinco años les enseñan a los varones a clavarse en carne viva espinas envenenadas: entre nosotros también para adquirir la dignidad de adulto un varón debe saber matar, hacer sufrir, hacerse sufrir. Abruman a las chicas de prohibiciones, a los muchachos de exigencias; son dos especies de bromas igualmente nefastas. Si hubieran querido ayudarse entre ellos, quizá Nadine y Lambert habrían logrado juntos aceptar su edad, su sexo, su lugar real en la tierra. ¿Se resolverían a quererlo?

Lambert almorzó con nosotros; vacilaba entre el miedo y la ira.

-¡Ya pasa los limites de una broma! -dijo con agitación-. No hay derecho de asustar así a la gente. Es maldad, es chantaje. ¡Un buen par de bofetadas es lo que merecería!

-No supone que usted está tan inquieto -dije-. Y además no hay motivo. Sin duda está durmiendo en un prado o tomando un baño de sol.

-A menos que no esté en la zanja, con la cabeza rota -dijo-. Es una loca. ¡Una loca!

Parecía verdaderamente angustiado. Yo lo comprendía. No estaba tan tranquila como lo pretendía. "Si algo hubiera ocurrido nos habrían telefoneado", me decía Roberto. Pero quizá era justo en ese minuto que la máquina patinaba y Nadine se estrellaba contra un árbol. Roberto trataba de distraerme; pero al caer la noche ya no ocultó su inquietud; hablaba de telefonear a la policía caminera cuando por fin oímos una moto.

Lambert llegó al camino antes que yo; la máquina estaba cubierta de barro, Nadine también; se apeó riendo y vi a Lambert darle dos sonoras bofetadas.

-¡Mamá! -Nadine se había arrojado sobre él y lo abofeteaba a su vez, gritando: "Mamá" con voz aguda. Él la tomó de las muñecas. Cuando llegué junto a ellos estaba tan pálido que creí que iba a desmayarse. La nariz de Nadine sangraba pero yo sabía que se hacía sangrar cuando quería, era una prueba que había aprendido en su infancia cuando se peleaba con otros tipos alrededor de los estanques del Luxemburgo.

-¿No les da vergüenza? -dije interponiéndome entre ellos como hubiera separado a dos chicos.

-¡Me pegó! -gritaba Nadine con voz histérica.

Rodeé sus hombros con mi brazo, limpié su nariz:

-¡Cálmate!

-Me pegó porque le tomé su moto. ¡Se la haré pedazos!

-¡Cálmate! -repetí.

-Se la romperé.

-Escucha -dije-. Lambert hizo mal en pegarte. Pero es natural que estuviera fuera de sí. Todos hemos tenido un miedo terrible. Creímos que habías tenido un accidente.

-¡Vaya lo que le hubiera importado! Pensaba en su moto; tuvo miedo que se la estropeara.

-Discúlpame, Nadine -dijo Lambert penosamente-, no debí hacerlo. Pero estaba trastornado. Podías haberte matado.

-¡Hipócrita! ¡Por lo que te importa!, lo sé. Te sería lo mismo que reventara; total, ya enterraste a otra.

-¡Nadine! -De blanco se había vuelto rojo; ya no había nada pueril en su rostro.

-Enterrada, olvidada, no tardaste mucho -gritó.

-Cómo te atreves tú; tú, que traicionaste a Diego con todo el ejército americano.

-Calla.

-Lo traicionaste.

Lágrimas de ira corrían por las mejillas de Nadine:

-Quizá lo he traicionado muerto. Pero tú permitiste que tu padre denunciara a Rosa cuando estaba viva.

Él permaneció un instante silencioso; luego dijo:

-No quiero volver a verte nunca. Nunca más.

Subió en su moto, y no encontré una palabra para detenerlo. Nadine sollozaba:

-Ven a descansar. Ven. -Me rechazó, se tiró sobre el pasto, gritaba: -Un tipo cuyo padre denunciaba a los judíos. ¡Y me acosté con él! ¡Y me abofeteó! ¡Lo merezco! Bien hecho!

Gritaba. No quedaba otra cosa que dejarla gritar.

CAPÍTULO VII

Paula pasó el verano en casa de Claudia de Belzunce y Josette fué a tostarse a Cannes en compañía de su madre. Enrique se fué a Italia en un autito de segunda mano. Le gustaba tanto ese país que consiguió olvidar L'Espoir, el S.R.L., todos los problemas. Cuando volvió a París encontró entre su correspondencia un informe que Lambert le había enviado desde Alemania y un fajo de documentos reunidos por Scriassine. Pasó la noche estudiándolos: por la mañana Italia estaba lejos. Se podía dudar de los documentos encontrados en los archivos del Reich y que denunciaban nueve millones ochocientos mil prisioneros; se podía dudar de los informes de los internados polacos liberados en el 41, pero para recusar sistemáticamente todos los testimonios de los hombres y de las mujeres salvados de los campos habla que estar resuelto de una vez por todas a taparse tos ojos y las orejas. Y además de los artículos del código que Enrique conocía había ese informe aparecido en Moscú en 1935 que enumeraba los inmensos trabajos ejecutados por los campos de Oguépéou; estaba el plan quinquenal de 1941 que confiaba al M.V.D. el 14% de las empresas de construcción. Las minas de oro de Kolyma, las minas de carbón de Norilek, de Vorkouta, el hierro de Starobelsk, las pescas de Komi. ¿Cómo se vivía exactamente? ¿Cuál era el número de los galeotes? Sobre ese punto había un margen considerable de incertidumbre; pero lo seguro es que los campos existían en gran escala y de manera institucional. "Hay que decirlo -concluyó Enrique-. Si no, seré cómplice; cómplice y culpable hacia mis lectores de un abuso de confianza." Se arrojó vestido sobre su cama, pensando: "¡La que nos espera!" Iba a enemistarse con los comunistas y entonces la posición de L'Espoir no tendría nada de fácil. Suspiró. Se alegraba por la mañana cuando veía a los obreros que compraban L'Espoir en el quiosco de la esquina: no lo comprarían más. Y sin embargo, ¿cómo callar? Podía alegar que no sabía lo bastante como para hablar: es todo el conjunto del régimen que daba su verdadero sentido a esos campos. ¡Y se estaba tan mal informado! Pero entonces tampoco sabía lo bastante como para guardar silencio. La ignorancia no es una disculpa, lo había advertido desde hacía tiempo. En la duda, puesto que había prometido la verdad a sus lectores, debía decirles lo que sabía; hubiera necesitado razones positivas para decidir ocultárselo: su repugnancia en enemistarse con los comunistas no bastaba, no le concernía sino a él.

Felizmente las circunstancias le dejaron un poco de descanso. Ni Dubreuilh, ni Lambert, ni Scriassine estaban en París, y Samazelle no hizo sino vagas alusiones al caso. Enrique se esforzó en pensar lo menos posible; por otra parte había muchas otras cosas en las cuales debía pensar: cosas fútiles pero urgentes. Los ensayos de su pieza eran tormentosos; Salève era exageradamente eslavo, la frecuencia de sus caprichos no los hacía menos temibles y Josette los soportaba entre lágrimas; Vernon empezaba a temer un escándalo, sugería cortes y cambios

inaceptables; había confiado a la casa Amaryllis la ejecución de los trajes y Lucía Belhomme se negaba a comprender que Josette debía salir de una iglesia en llamas y no de una casa de modas. Enrique estaba obligado a pasarse horas en el teatro.

"No puedo dejar de telefonearle a Paula", se dijo una mañana. No le había enviado sino espaciadas y sibilinas tarjetas postales; ella estaba de vuelta en París desde hacía algunos días y no le había dado señales de vida; pero evidentemente acechaba con ansiedad el teléfono; su discreción era sólo una maniobra y sería cruel abusar de ella. Sin embargo, cuando la llamó, ella lo atendió con una voz tan tranquila que se sentía un poco esperanzado al subir la escalera: quizá se había desprendido verdaderamente de él. Ella abrió la puerta sonriendo y él se preguntó estupefacto: " ¿Qué le ha ocurrido?" Se había levantado el pelo, descubriendo una nuca grasienta, se había depilado las cejas, llevaba un traje sastre demasiado apretado, parecía casi vulgar. Ella le dijo sin perder su sonrisa:

-¿Por qué me miras así?

Él sonrió con esfuerzo:

-Estás vestida de una manera tan rara. ..

-¿Te asombro? -sacó de su cartera una larga boquilla y la llevó a su boca-. Espero asombrarte mucho -dijo; lo miraba con ojos brillantes de alegría-. Y antes que nada voy a anunciarte una gran noticia: escribo.

-¿Escribes? -dijo-. ¿Qué es lo que escribes?

-Un día lo sabrás.

Mordisqueaba su boquilla con aire misterioso y él caminó hacia la ventana; Paula le había hecho a menudo escenas de tragedia, pero ese tipo de comedia era indigno de ella; si no hubiera temido complicaciones le habría arrancado esa boquilla, la habría despeinado, sacudido. Se volvió hacia ella:

-¿Fueron agradables esas vacaciones?

-Muy agradables. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? -preguntó con una especie de indulgencia.

-Oh, yo, paso mis días en el teatro, por el momento no adelantamos. Salève es un buen director pero se irrita en seguida.

-¿La chica estará bien? -dijo Paula.

-Creo que será excelente.

Paula aspiró el humo de su cigarrillo, se ahogó, tosió:

-¿Sigue tu lío con ella?

-Sigue.

Ella lo miró con una especie de solicitud:

-Es curioso.

-¿Por qué? -dijo él; vaciló-. No es un capricho, estoy enamorado de ella -dijo con decisión.

Paula sonrió:

-¿Lo crees de veras?

-Estoy seguro; quiero a Josette -dijo firmemente.

-¿Por qué me lo dices en ese tono? -preguntó con aire sorprendido.

-¿Qué tono?

-Un tono raro.

Él tuvo un gesto de impaciencia:

-Cuéntame más bien tus vacaciones, me has escrito tan poco.

-Estaba muy ocupada.

-¿Es un lindo lugar?

-Me gustó -dijo Paula.

Era cansador hacer preguntas a las que ella sólo contestaba con frases breves cargadas de misteriosos dobles sentidos. Enrique estaba tan excitado que se fué al cabo de diez minutos; ella no trató de retenerlo y no le dijo que volviera.

Lambert volvió de Alemania ocho días antes del ensayo general. Había cambiado; desde la muerte de su padre se había vuelto retobado y concentrado. En

seguida se puso a hablar con volubilidad de su encuesta y de las pruebas que había recogido. Miró a Enrique con aire desconfiado:

-¿Estás convencido o no?

-Sobre lo esencial, .sí.

-¡Ya es algo!- dijo Lambert-. Y Dubreuilh, ¿qué dice?

-No he vuelto a verlo. No se mueve de Saint-Martin y no he tenido tiempo de ir.

-Sin embargo, sería urgente pasar a los actos -dijo Lambert. Frunció el ceño- Espero que tendrá bastante buena fe para reconocer que esta vez los hechos son indiscutibles.

-Seguramente -dijo Enrique.

De nuevo Lambert miró a Enrique con desconfianza:

-¿Personalmente estás decidido a hablar?

-Personalmente, sí.

-¿Y si el viejo se opone?

-Consultaremos al comité.

El rostro de Lambert se oscureció y Enrique agregó:

-Escucha, déjame ocho días. En este momento estoy aturullado, pero iré a hablarle en seguida después del ensayo general; y resolveremos este asunto -agregó con voz amistosa-: Voy al teatro, ¿te divertiría acompañarme?

-He leído tu pieza: no me gusta -dijo Lambert.

-Estás en tu derecho -dijo Enrique alegremente-. Pero podía divertirte ir a un ensayo.

-Tengo que trabajar. Tengo que poner en orden mis notas -dijo Lambert. Hubo un silencio incómodo y luego Lambert pareció decidirse-. Vi a Volange durante el mes de agosto -dijo con tono neutro-; está organizando un gran semanario literario y me propone el puesto de jefe de redacción.

-He oído hablar de ese proyecto -dijo Enrique-, Les Beaux Jours, así se llama, ¿no? Supongo que no se atreve a tomar abiertamente la dirección.

-¿Quieres decir que tiene la intención de usarme? En efecto: desea que nos ocupemos juntos del diario; eso no le quita interés a su ofrecimiento.

-En todo caso no puedes trabajar ala vez en L'Spoir y en un pasquín de derecha -dijo Enrique secamente.

-Se trata de un semanario puramente literario.

-Es lo que, se dice siempre. Pero los tipos que se declaran apolíticos son fatalmente reaccionarios -Enrique se encogió de hombros-. En fin, ¿cómo puedes esperar conciliar nuestras ideas y las de Volange?

-No me siento tan lejos de él; te he dicho a menudo que compartía su desprecio por la política.

-¿No comprendes que en Volange ese desprecio es otra actitud política: la única que le resulta actualmente posible?

Enrique se interrumpió; Lambert había tomado un aire terco. Volange, sin dudar, lo había adulado; y además le ofrecía la posibilidad de embarullar el bien y el mal de manera de justificar a su padre y también de justificar su pesada fortuna. "Tengo que arreglármelas para verlo a menudo y hablarle", se dijo Enrique. Pero por el momento no tenía tiempo.

-Volveremos a hablar de todo esto -dijo dándole un apretón de manos.

Le dolía un poco que Lambert le hubiera hablado tan secamente de su pieza. Sin duda a Lambert le molestaba que revolvieran el pasado a causa de su padre, ¿pero por qué esa especie de hostilidad? "¡Lástima!", se dijo Enrique. Hubiera querido que alguien de afuera asistiera a uno de sus últimos ensayos y le dijera lo que pensaba: ya no sabía en qué estaba. Salève y Josette no paraban de sollozar. Lucía Belhomme se negaba encarnizadamente a desgarrar el vestido de Josette, Vernon se empeñaba en dar una cena después del ensayo general. Por más que Enrique protestara, se agitara, nadie escuchaba una palabra de lo que decía, y él tenía la impresión que corrían al desastre. "Después de todo una pieza que triunfa o que fracasa no es tan grave", trataba de decirse; pero si él personalmente podía

Librodot

aceptar un fracaso, Josette necesitaba un buen éxito. Decidió telefonear a los Dubreuilh, que acababan de volver a París: ¿podían venir mañana al teatro? Daban la pieza entera y estaba ansioso por conocer su opinión.

-Entendido -dijo Ana-. Nos interesará enormemente. Y así Roberto descansará un poco: trabaja como un loco.

Enrique tenía un poco de miedo que Dubreuilh pusiera en seguida sobre el tapete la cuestión de los campos; pero quizá tampoco él tenía prisa por tomar decisiones: no dijo una palabra. Enrique se sintió muy cohibido cuando el ensayo empezó. Ya le molestaba sorprender a un lector leyendo una de sus novelas; estar sentado junto a los Dubreuilh mientras escuchaban su texto tenía algo de obsceno. Ana parecía emocionada y Dubreuilh interesado, ¿pero en qué no se interesaba?

Enrique no se atrevió a preguntar. La última réplica cayó en un silencio glacial. Entonces Dubreuilh se volvió hacia Enrique..

-¡Puede estar contento! -dijo con calor-. La pieza es todavía mejor en escena que leída. Se lo dije en seguida: es lo mejor que ha hecho.

-¡Oh, seguramente! -dijo Ana entusiasmada.

Siguieron deshaciéndose en elogios vehementes: decían justo las palabras que Enrique tenía ganas de oír; le resultaba muy agradable, pero también la asustaba un poco. Durante esas tres semanas había hecho todo la posible para que la pieza tuviera éxito; pero no había querido interrogarse sobre su valor, sobre su triunfo; se había prohibido la esperanza y el miedo; ahora sentía derretirse su prudencia. Lo mejor que había hecho: ¿era bueno? ¿Al público le parecería bueno? Su corazón latía demasiado rápido el día del ensayo general mientras espiaba, oculto detrás de un telón, el gran rumor inarticulado que subía de la sala invisible. Vanidades, espejismos: hacía años que desconfiaba de las imitaciones; pero no había olvidado sus sueños de muchacho; la gloria: había creído en ella; se había prometido apretarla un día contra él, tomarla entre sus dos brazos, como se abraza a su amor; es difícil de tomar, no tiene rostro. "Pero al menos -pensaba- podría ser un ruido." Una vez la había oído; estaba en lo alto de la estrada, había bajado con los brazos cargados de libros, y su nombre repercutía en el bullicio de los aplausos. Quizá iba a conocer de nuevo esa apoteosis infantil. No se puede ser siempre modesto, no se puede ser siempre orgulloso y despreciar todos los signos; si uno pasa la mejor de sus días tratando de comunicarse con los demás, es porque los demás cuentan y uno necesita saber por momentos si ha llegado a contar para él; necesitamos instantes de fiesta donde el presente recoja en sí todo el pasado y triunfe del porvenir...Los pensamientos de. Enrique se quebraron de golpe: daban los tres golpes consabidos. El telón se levantó sobre una gruta oscura, donde había gente sentada, silenciosa, la mirada fija; había tan poca relación entre esa presencia impasible y el ruido de feria que había llenado la última media hora, que uno se preguntaba de dónde habían surgido; no parecían completamente reales. La verdad era esa aldea calcinada, el sol, los gritos, las voces alemanas, el miedo. Alguien tosió en la sala y Enrique supo que ellos también eran reales: los Dubreuilh, Paula, Lucía Belhomme, Lambert, los Volange, tantos otros que conocía, tantos otros que no reconocía. ¿Qué hacían exactamente aquí? Recordaba una tarde roja de sol, de vino y de recuerdos sangrientos; había querido arrancarlo a ese mes de agosto, arrancarlo al tiempo; la había prolongado en pensamientos de los cuales había germinado una historia y también ideas que él había transformado en palabras; había deseado que las palabras, las ideas, la historia cobraran vida: ¿esa asamblea muda estaba ahí para darles vida? Estalló el tableteo de las ametralladoras, Josette cruzó la plaza desierta en su vestido demasiado lindo firmado Amaryllis, y vino a caer adelante en el escenario mientras de los entretelones subían gritos y órdenes roncas. En la sala también gritaron; una mujer que llevaba un sombrero de aves de paraíso amarillas dejó su butaca ruidosamente. .'¡Basta de estos horrores!" En medio de los silbidos y de los aplausos Josette lanzó sobre Enrique una mirada de acorralada y él le sonrió con calma; ella volvió a hablar. Él sonreía cuando hubiera querido saltar al escenario y soplarle a Josette palabras nuevas, palabras

convincentes, emocionantes; le bastaba extender la mano para tocarle el brazo, pero la luz de las candilejas lo excluía de ese mundo donde los momentos del drama seguían desgranándose inexorablemente. Entonces Enrique supo por qué habían sido convocados: para dar su veredicto. No se trataba de una apoteosis: era un proceso. Reconocía esas frases que él había elegido con esperanza en el silencio conciliador de su cuarto: esta noche tenían un gusto de crimen. Culpable, culpable, culpable. Se sentía tan sólo como en el box de la audiencia el hombre que escucha en silencio a su abogado. Se reconocía culpable y todo lo que pedía era la indulgencia del jurado. Alguien gritó: " ¡Es vergonzoso!", y él no podía decir una palabra en su defensa. Cuando cayó el telón en medio de los aplausos, cruzados por algunos silbidos notó que sus manos estaban húmedas. Dejó las bambalinas y fué a encerrarse en la oficina de Vernon; al cabo de algunos minutos la puerta se abrió:

-Me dijeron que no querías ver a nadie -dijo Paula-, pero supongo que eso no reza para mí -había una desenvoltura aplicada en su voz; llevaba un vestido negro y también esa noche su sobria elegancia la hacía parecer excéntrica-. ¡Debes de estar encantado! -agregó-. ¡Es un lindo escándalo!

-Sí, es la impresión que tuve -dijo él.

-¿Sabes?, la mujer que protestó es una suiza que pasó toda la guerra en Ginebra. También hubo un altercado en el fondo de la platea. Y Huguette Volange fingió desmayarse.

Enrique sonrió:

-¿Huguette se desmayó?

-Muy elegantemente. Pero al que hay que ver es a él. ¡Pobre Luis! Olfatea el triunfo, está lívido.

-Extraño triunfo -dijo Enrique-. Vas a ver: en el segundo acto todos los que han aplaudido van a ponerse a silbar

-¡Mejor! -dijo Paula con soberbia; agregó-. Los Dubreuilh están encantados.

Por supuesto, todos los amigos se alegraban de ese brillante escándalo: a los intelectuales el escándalo les parece siempre benigno cuando lo provoca otro. Enrique era el único alcanzado por esos odios y esas iras que acababa de desencadenar. Los hombres habían sido quemados vivos en una iglesia, y Josette había traicionado al marido, de quien estaba enamorada; la emoción, el rencor del público daban realidad a esos crímenes de cartón: y él era el criminal. De nuevo apoyado contra un panel en la sombra, miraba a sus jueces y pensaba con estupor: "¡He aquí lo que he hecho! ¡Soy yo!" Un año había pasado, el sol de agosto abrumaba nuevamente la aldea esqueleto, pero sobre las fosas habían crecido cruces, y las regaban con discursos, el aire estaba lleno de fanfarrones tricolores y las viudas de velos negros se erguían con flores entre los brazos. De nuevo los rumores hostiles cruzaron la oscuridad.

"Me burlo de los traficantes de cadáveres y van a acusarme de burlarme de los muertos", pensó. Ahora sus manos estaban secas, pero sentía en la garganta un gusto amargo. “¿Soy tan vulnerable?”, se preguntó chocado. Los otros, cuando uno iba entre bambalinas a saludarlos, tomaban siempre un aire despreocupado, desenvuelto: ¿conocían en secreto esos terrores pueriles? ¿Cómo compararse? Sobre todo, los demás se explican con complacencia; no vacilan en comunicarle al mundo un catálogo detallado de sus vicios y las medidas exactas de su sexo; pero sus ambiciones, sus decepciones, ningún escritor ha sido lo bastante jactancioso ni lo bastante humilde para descubrirlas a la luz del día. “Nuestra sinceridad sería tan escandalosa como la de los chicos -se dijo Enrique-; mentimos como ellos, y como ellos cada uno de nosotros teme secretamente ser un monstruo.” El telón cayó por segunda vez; y Enrique tomó un aire despreocupado, desenvuelto, para tender la mano a los curiosos. Un verdadero desfile de sacristía: ¿pero se trataba de una boda o de un entierro?

-¡Es un triunfo! -gritó Lucía Belhomme precipitándose hacia él, cuando entró al gran restaurante donde parloteaba una muchedumbre perfumada; puso su mano

enguantada sobre el brazo de Enrique; sobre su cabeza se balanceaba un gran pájaro negro desolado-. ¡Confiese que Josette tiene porte cuando llega con ese vestido rojo!

-Mañana a la noche arrastro por el polvo ese vestido y le doy algunos golpes de tijera. :

-¡No tiene derecho, está firmado! -dijo Lucía secamente-. Además, todo el mundo lo encontró muy lindo.

-La que les pareció muy linda es Josette -dijo Enrique. Y sonrió a Josette, que le sonrió con un aire doliente, y un relámpago de magnesio los deslumbró. Hizo un gesto pero la mano de Lucía se crispó sobre su brazo:

-Sea bueno: Josette necesita publicidad.

Hubo otro relámpago y luego otro. Paula observaba la escena con un aire de vestal ultrajada. "¡Qué complicidad!", pensó él con fastidio. Él no sabía si había perdido o ganado su pleito; la gloria juiciosa y serena de las distribuciones de premios, sólo se puede conocer teniendo un corazón de niño; pero de pronto tenía ganas de estar contento; algo acababa de ocurrirle, una de esas cosas con las que soñaba confusamente quince años antes, cuando descifraba sobre las columnas Morisse avisos luminosos: habían dado su primera pieza y a la gente le gustaba. Sonrió de lejos a los Dubreuilh y dio algunos pasos hacia ellos; Luis lo detuvo al pasar; tenía un vaso de Martini en la mano, su mirada estaba un poco turbia;

-Y bien, esto es la que se llama un gran éxito parisién.

-¿Cómo está Huguette? -dijo Enrique-. Me dijeron que se sintió mal, ¿es verdad?

-¡Ah, es que pones a prueba duramente los nervios de los espectadores! -dijo Luis-. Advierte que yo no soy de los que se indignan. ¿Por qué negarse a priori a usar procedimientos de melodrama, hasta digamos con tus detractores: de Gran Guiñol? Pero Huguette es una sensitiva, no pudo soportarlo; se fué después del primer acto. .

-Lo lamento -dijo Enrique-. No debiste creerte obligado a quedarte.

-Quería felicitarte -dijo Luis con una sonrisa abierta-. Después de todo soy tu más viejo amigo -miró a su alrededor-. Seguramente soy el único aquí que ha conocido al colegial del liceo de Tulle que trabajaba tan duramente. Si alguien ha merecido llegar eres tú.

Enrique reprimió varias respuestas; no, no podía devolverle a Luis perfidia por perfidia; ya era bastante desagradable imaginar lo que pasaba en ese momento por su cabeza envidiosa; había que guardarse de provocar nuevas conmociones. Cortó el tema:

-Gracias por haber venido; y dile a Huguette que le pido disculpas -dijo alejándose con una breve sonrisa.

Sí, esos recuerdos de juventud y de infancia que lo habían rozado aquella noche, Luis era el único en compartirlos con él: de golpe, a Enrique le asquearon. No tenía suerte con su pasado. A menudo le parecía que todos los años transcurridos seguían a su disposición, intactos, como un libro que uno acaba de cerrar, que puede volver a abrir; y se prometía que su vida no terminaría sin que él la hubiera recapitulado; pero por una u otra razón la tentativa siempre abortaba. De todas maneras, para tratar de juntarlos el momento estaba mal elegido; tenía que dar demasiados apretones de mano, y bajo el asalto de las felicitaciones equívocas perdía pie.

-Y bien, ganaste -dijo Dubreuilh-. La mitad de los espectadores están furiosos, la otra mitad encantada, pero todos predicen trescientas representaciones.

-Josette estuvo bien, ¿no es cierto? -dijo Enrique.

-Muy bien; y es preciosa -dijo Ana un poco apresuradamente; agregó con rencor-: ¡Pero la madre, qué arpía! La oí hace un rato hacer bromas con Vernon...No tiene ningún pudor.

-¿Qué decía?

-Se lo contaré más tarde -dijo Ana; miró a su alrededor-: Tiene amigos espantosos.

-No son sus amigos ni los de nadie -dijo Dubreuilh-, es el *Tout-Paris*: no hay nada más lamentable -hizo una sonrisa de excusa-. Yo me voy.

-Yo me quedó un poco para ver a Paula -dijo Ana.

Dubreuilh le dio la mano a Enrique:

-¿Pasará por casa mañana o pasado?

-Sí; tenemos que tomar resoluciones -dijo Enrique-. Es urgente.

-Telefonee -dijo Dubreuilh.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta, estaba contento de irse, no lo ocultaba; y era visible que Ana sólo se quedaba por cortesía, se sentía incómoda: ¿qué había dicho exactamente Lucía? "Por eso, Lachaume y Vicente no vinieron a la cena", pensó Enrique. Me desaprueban: por mezclarme con esta gente. Miró de reojo a Paula, que se había petrificado como una estatua del reproche, y mientras seguía saludando a los invitados elegantes que le presentaba: Vernon se preguntó: ." ¿Soy yo el que estoy en falta o las cosas han cambiado?" Había habido un tiempo en que conocía a sus amigos y a sus enemigos, uno quería con riesgo de su vida, odiaba hasta la muerte. Ahora en todas las amistades se deslizaban reservas y rencores, el odio se había evaporado; ya nadie estaba dispuesto a dar su vida ni a matar.

-Es una pieza muy interesante -dijo Lenoir con voz forzada-. Una pieza compleja -vaciló-. Lo único que lamento es que usted haya esperado un poco para hacerla dar.

-¿Esperar qué? ¿El referéndum? -dijo Julián.

-Exactamente. No es el momento de subrayar las debilidades que pueden tener los partidos de izquierda.

-¡Entonces al diablo! Por suerte Perron se decidió al fin a sacudirse los bastos: el conformismo no le queda bien, ni siquiera teñido de rojo -Julián rió-. Te vas a hacer despedazar de tal manera por los comunistas que se te van a pasar las ganas de cantar en sus coros.

-No creo que Perron sea accesible al resentimiento -dijo Lenoir con un fervor inquieto-. Dios sabe que personalmente he soportado muchos porrazos de parte del P. C.; pero no me dejaré desalentar. Pueden insultarme, calumniarme: no lograrán hacerme naufragar en el anticomunismo.

-En otras palabras: me dan un puntapié en el traste y tiendo el otro muslo -dijo Julián lanzando una carcajada.

Lenoir se puso rojo.

-La anarquía es también un conformismo -dijo-. Uno de estos días escribirás en *Le Figaro*.

Se alejó con dignidad y Julián apoyó su mano sobre el hombro de Enrique.

-¿Sabes?, no está mal tu pieza; pero sería mucho más divertida si hubieras hecho una comedia bufa -con un gesto vago señaló a la asistencia-: Una revista de fin de año sobre toda esta hermosa gente, valdría la pena.

-Escríbela -dijo Enrique excitado.

Le sonrió a Josette, que exhibía sus hombros dorados en medio de un círculo de admiradores; se adelantaba hacia ella cuando encontró la mirada desesperada de María Ángel que Luis había aprisionado contra la mesa; le hablaba, los ojos en sus ojos, mientras tomaba un vaso de Martini. Los hombres le reconocían por lo general a Luis seducción intelectual, pero nunca había sabido gustar a las mujeres. Había una impaciencia avara en la sonrisa que le ofrecía a María Ángel, se sentía que estaba dispuesta a recuperarla en cuanto hubiera operado; parecía decirse: "Quiero conseguirla, cédeme rápido porque no tengo tiempo que perder." A pocos pasos de ellos Lambert rumiaba con aire sombrío. Enrique se detuvo a su lado.

-¡Qué feria! -dijo sonriendo. Buscaba una complicidad que no encontró.

-Sí, una extraña feria -dijo Lambert-. La mitad de la gente que está aquí sólo desearía asesinar a la otra mitad. Naturalmente, puesto que has decidido quedar bien con Dios y con el Diablo.

-¿A eso le llamas quedar bien? He molestado a todo el mundo.

-Todo el mundo es demasiado -dijo Lambert-. Se anula. Este tipo de escándalo es sólo publicidad.

-Sé que esta pieza no te gusta: no es una razón para estar de mal humor -dijo Enrique en tono conciliador.

-¡Ah, pero es que esto es grave! -dijo Lambert.

-¿Qué hay? Aun suponiendo que la pieza sea mala, no es tan grave.

-Lo que es grave es que hayas descendido hasta esta clase de éxito -dijo Lambert en tono contenido-. El tema que elegiste, los procedimientos que empleas, es halagar los más bajos instintos del público. Tenemos derecho a esperar otra cosa de ti.

-¡Me hacen reír! -dijo Enrique-. Están todos allí esperando cosas de mí: que entre al P. C., que lo combata, que sea menos serio, que lo sea más, que renuncie a la política, que me consagre a ella en cuerpo y alma. Y se sienten decepcionados, menean la cabeza con aire desaprobador.

-¿Quisieras que nos prohibiéramos juzgarte?

-.Quisiera que me juzgaran por lo que hago y no por lo que no hago -dijo Enrique-. Es extraño, cuando uno debuta encuentra benevolencia, los lectores nos agradecen lo positivo que traemos; más tarde uno sólo tiene deudas y ningún crédito.

-No te inquietes, la crítica será seguramente excelente -dijo Lambert en tono poco amistoso.

Enrique se encogió de hombros y se acercó a Luis, que discurría Con voz violenta ante María Ángel y Ana; parecía completamente borracho; no soportaba el alcohol; era el precio de su sobriedad.

-Mírenla -dijo señalando a María Ángel-, se acuesta con todo el mundo, se pinta la cara, muestra sus piernas, se rellena los pechos, y se frota contra los hombres para excitarlos, y de pronto se pone a hacerse la virgen. ..

-Tengo derecho a acostarme con quien me da la gana -dijo María Ángel con voz quejumbrosa.

-¿El derecho? ¿Qué derecho? ¿Quién le ha dado derechos? -gritó Luis-. ¡No piensa en nada, no siente nada, palpita apenas y reclama derechos! ¡Esa es la democracia! ¡Es bonito!. ..

-Y el derecho de hastiar a la humanidad, ¿usted de dónde lo saca?-le dijo Ana-. ¡Mírenlo a ese tipo, que se cree Nietzsche, porque le grita a una mujer!

-¡Una mujer! ¡Habría que prosternarse ante ella! -dijo Luis-. ¡Vaya una diosa! Todas se creen diosas, pero no impide que orinen y hagan el resto como todo el mundo..¡

-Has bebido, estás grosero, sería mejor que te fueras a acostar -dijo Enrique.

-Naturalmente, ¡las defiendes! Las mujeres forman parte de tu humanismo -dijo Luis con voz pastosa-. Te acuestas con ellas como cualquIer, otro, las tiras sobre la espalda y te subes encima, pero las respetas. Tiene gracia. Las señoras aceptan abrir sus muslos, pero quieren ser respetadas. Es eso, ¿no? Respéteme y abro las piernas.

-¿Y ser un patán forma parte de tu misticismo? -dijo Enrique-. Si no te callas en seguida, te saco a....

-Te tomas ventajas porque he bebido -dijo' Luis alejándose con aire sombrío.

-¿Es así a menudo? -dijo María Ángel.

-Todo el tiempo; pero es raro que se saque el antifaz -dijo Ana-. Esta noche está loco de celos.

-¿Quiere una copa para reponerse? -dijo Enrique.

-Con placer. No me atrevía a beber.

Enrique le tendió una copa a María Ángel cuando vió a Josette de pie frente a Paula, que le hablaba con volubilidad: sus ojos pedían auxilio; fué a plantarse entre las dos mujeres.

-Parecen muy serias. ¿De que están hablando?

-Es una conversación de mujer a mujer -dijo Paula con un aire un poco crispado.

-Me dice que no me aborrece: nunca he pensado que me aborrecía -gimió Josette.

-Vamos, Paula, no seas patética -dijo Enrique.

-No soy patética, quería explicarme claramente -dijo Paula con altura-. Odio los equívocos.

-No hay ningún equívoco.

-Mejor -dijo ella y se fué hacia la puerta con aire indolente.

-Me da miedo -dijo Josette-. Te miraba para que vinieras a, liberarme. Pero estabas demasiado ocupado en cortejar a esa negrita. ..

-¿Yo cortejaba a María Ángel? ¿Yo? Pero mi querida, mírala y mírate.

-Los hombres tienen gustos tan raros -la voz de Josette temblaba-. Esa vieja gorda que me explica que le perteneces para siempre, y tú que te quedas bromeando con una chica que tiene las piernas chuecas.

-¡Josette, mi faunito!, sabes muy bien que no quiero a nadie más que a ti.

-¿Qué sé yo? -dijo ella-. Una nunca sabe. Después de mí habrá otra, quizá esté aquí -dijo mirando a su alrededor

-Me parece que el que podría quejarse soy yo -dijo él alegremente-. Te han festejado toda la noche.

Ella se estremeció:

-¿Crees que me gusta?

-No te pongas triste; has trabajado muy bien, te lo juro.

-Para ser bonita no he sido demasiado mala actriz. A veces quisiera ser fea -dijo con desamparo.

Él sonrió:

-Que el cielo no te oiga.

-No tengas miedo, no oye nada.

-Te aseguro que los has asombrado -dijo señalando a la asistencia.

-¡Eso no! No se asombran de nada. Son demasiado malos.

-Vamos, volvamos, tienes que descansar -dijo él.

-¿Ya quieres irte?

-¿Tú no?

-Ah, yo sí, estoy cansada. Espérame cinco minutos.

Enrique la siguió con la mirada mientras ella se despedía y pensó: "Es verdad, nada los asombra; no se puede ni conmoverlos, ni indignarlos; lo que ocurre en esas cabezas no tiene más peso que las palabras que pronuncian." Mientras estaban perdidos en las brumas del porvenir o en la penumbra de la sala podían permitir ilusiones: en cuanto se les miraba de frente se veía que no había nada que esperar ni que temer de ellos.

Sí, eso era lo más decepcionante: no que el veredicto fuera incierto sino que fuera dado por esa gente. Finalmente, nada de lo que había ocurrido aquélla noche tenía ninguna importancia; sus sueños de muchacho no habían tenido ningún sentido. Enrique trató de decir: "No es este el verdadero público", de acuerdo; de tanto en tanto habría en la sala algunos hombres, algunas mujeres, a los que valdría la pena dirigirse; pero estarían aislados. La muchedumbre fraternal que detiene en su corazón nuestra verdad, él no la afrontaría jamás: no existía; en todo caso, no en esta sociedad.

-No estés triste -dijo sentándose junto a Josette en el autito.

Sin contestar, ella apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos con aire extenuado. ¿Era verdad que el público la había acogido con reticencias? En todo caso ella lo creía. ¡Y él hubiera deseado tanto que se sintiera triunfante por lo menos una noche! Andaban en silencio por la callejuela y pasaron a una mujer que caminaba a grandes zancadas. Enrique reconoció a Ana y disminuyó la marcha:

-¿Va a su casa? La llevo.

-Gracias. Tengo ganas de caminar -dijo ella.

Le hizo una señal amistosa y él apoyó el pie en el acelerador. Había visto lágrimas en sus ojos. “¿Por qué? Por nada, sin duda, y por todo”, pensó. Él también estaba cansado de esa noche, de los otros, de sí mismo. "¡No es esto lo que yo quería!", se dijo con un brusco desasosiego, sin saber si pensaba en las lágrimas de Ana, o en el rostro triste de Lambert, en la decepción de Josette, en los amigos, en los enemigos, en los ausentes, en aquella noche, en esos dos años, o en toda su vida.

"¡El festín!", se dijo Enrique. Cuando uno da una novela como pasto a los críticos, muerden en ella uno tras otro; de una pieza uno recibe de golpe en la cara ese fango donde se aglutinan las flores y las escupidas. Vernon estaba encantado: hasta los artículos injuriosos servirían para el éxito de la pieza. Pero Enrique miraba los recortes de los diarios extendidos sobre su escritorio con una repugnancia que se parecía a la vergüenza. Recordaba una frase de Josette y pensaba: "La celebridad también es una humillación." Exhibirse es siempre entregarse, rebajarse. Cualquiera tenía derecho a darle a uno un puntapié o a gratificarlo con una sonrisa. Él había aprendido a defenderse, tenía sus astucias; evocaba con precisión los rostros de sus detractores: ambiciosos, amargados, fracasados, imbéciles; los que lo congratulaban no valían ni más ni menos que los demás, sólo que su simpatía podía pasar por discernimiento y de esa manera recobraban bastante precio como para que uno concediera fe a sus alabanzas "¡Qué difícil es la buena fe!", se dijo Enrique. La verdad es que ni las injurias ni los elogios probaban nada; lo que tenían de hiriente es que encerraban a Enrique en sí mismo inexorablemente. Si su pieza hubiera sido un fracaso decidido habría podido mirarla como un simple accidente y consolarse con promesas; pero se reconocía en ella y descifraba sus límites. "Lo mejor que ha hecho": esas palabras de Dubreuilh todavía la atormentaban. No le resultaba agradable cuando oía decir que su primer libro seguía siendo el mejor de todos; pero pensar que esa pieza de cualidades inciertas superaba el resto de su obra, tampoco era confortante. Él le había explicado día a Nadine que evitaba compararse, pero hay momentos en que uno está obligado a hacerlo, en que los otros nos obligan. Entonces uno empieza a hacerse preguntas ociosas: " ¿Quién soy exactamente? ¿Qué valgo?" Es angustioso, es inútil: aunque acaso sea cobarde no hacérselas nunca. Con alivio, Enrique oyó gemir el piso del corredor.

-¿Se puede? -dijo Samazelle; Lucas, Lambert y Scriassine lo seguían.

-Los esperaba.

Salvo Lucas, que arrastraba con aire dormido sus grandes pies gotosos, todos tenían un aspecto de venir a pedir cuentas; se sentaron alrededor de su escritorio.

-Confieso que no comprendo bien el sentido de esta reunión -agrego Enrique-. Dentro de un rato voy a ver a Dubreuilh. ..

-Justamente. Es necesario tomar una decisión antes que usted lo vea -dijo Samazelle-. Cuando le hablé se mostró de lo más reticente. Estoy convencido: de que va a pedir nuevos plazos. Pero Peltov y Scriassine reclaman una acción pronta, y yo estoy totalmente de acuerdo. Quisiera que quedara establecido que en caso de oposición de parte de Dubreuilh el diario se separa del S. R. L. y asegura, sin él, la divulgación de los documentos.

-Que Dubreuilh diga sí o no, llevaremos la cuestión ante el conjunto del comité, cuya opinión acataremos -dijo Enrique secamente.

-El comité seguirá a Dubreuilh.

-Yo también lo seguiré. Además, no veo por qué perdemos tiempo discutiendo antes de conocer su respuesta.

-Porque su respuesta es demasiado previsible -dijo Samazelle-. Tomará como pretexto el referéndum y las elecciones para eludirla.

-Trataré de convencerlo; pero no voy a desolidarizarme del S. R. L. -dijo Enrique.

Librodot

-¿El S. R. L. todavía existe? Hace tres meses que duerme -dijo Samazelle.

-Desde hace tres meses el S. R. L. no ha hecho nada para frenar la ofensiva comunista -dijo Scriassine-. Desde hace tres meses Dubreuilh no ha sido atacado por la prensa comunista. Hay para eso un buen motivo que ilumina la situación con una luz nueva -hizo una pausa teatral-. Dubreuilh está afiliado al P. C. desde fin de junio.

-¡Vamos! -dijo Enrique.

-Tengo pruebas -dijo Scriassine.

-¿Qué pruebas?

-Han visto su tarjeta y su ficha -Scriassine hizo una sonrisa satisfecha-. Desde el 44 hay en el partido un montón de muchachos que en verdad no son más stalinistas que tú y que yo; buscaron solamente un medio de acomodarse; conozco a más de uno de esa clase y en la intimidad les gusta conversar. Desconfío de Dubreuilh desde hace mucho tiempo; hice preguntas y me contestaron.

-Tus espías se equivocaron o mintieron -dijo Enrique-. Si Dubreuilh hubiera querido afiliarse al P. C., habría empezado por salir del S. R. L. explicando por qué.

-Siempre cuidó de que el S. R. L. no se convirtiera en un partido -dijo Samazelle-. En principio, un comunista puede pertenecer aun movimiento. Inversamente: un miembro del movimiento puede creerse con derecho a afiliarse al P. C.

-Pero, en fin, nos habría prevenido -dijo Enrique-. El P. C. no es clandestino.

-No los conoces -dijo Scriassine-. Al P. C. le interesa que algunos de sus miembros se hagan pasar por independientes. La prueba es que si yo no te abro los ojos caes en la trampa.

-No te creo -dijo Enrique.

-Puedo ponerte en comunicación con uno de mis informantes -dijo Scriassine; tendió la mano hacia el teléfono.

-Se lo preguntaré a Dubreuilh y sólo a él -dijo Enrique.

-¿Y te imaginas que contestará honradamente? O eres ingenuo o tienes tus propias razones para eludir la verdad -dijo Scriassine.

-Estimo que este nuevo hecho cambia nuestras relaciones con el S. R. L. -dijo Samazelle.

-No es un hecho -dijo Enrique.

-¿Por qué se prestaría Dubreuilh a semejante maniobra? -dijo Lucas.

-Porque el P. C. se lo pide y es ambicioso -dijo Scriassine.

-Quizá crea senilmente que la dicha de la humanidad está en las manos de Stalin -dijo Samazelle.

-Es un viejo zorro que estima que los comunistas han ganado y que es preferible ponerse del lado de ellos -dijo Scriassine-. En un sentido tiene razón; tienes que tener la vocación del martirio para conservar una actitud crítica sin hacer nada para impedirles que lleguen al poder: cuando hayan llegado verás lo que te cuesta esa inconsecuencia.

-Esas consideraciones personales no me impresionan -dijo Enrique.

-Y los campos de trabajo ¿te impresionan o no? -dijo Lambert.

-¿Acaso me he negado a denunciarlos? He dicho que lo haré de acuerdo con Dubreuilh eso es todo; y es mi última palabra. Esta discusión es perfectamente ociosa. De aquí a dos o tres días el comité habrá sido consultado y te comunicaremos su respuesta -dijo Enrique volviéndose hacia Scriassine.

-Quizá la dirección de L'Espoir te dé otra distinta -dijo Samazelle poniéndose de pie.

-Ya lo veremos.

Se dirigieron hacia la puerta, pero Lambert permaneció de pie ante el escritorio de Enrique.

-Debiste aceptar ver al informante de Scriassine -dijo-. Dubreuilh es amigo tuyo, pero también es el principal responsable de tu partido; so pretexto de confiar en él, traicionas la confianza que otros han depositado en ti.

Librodot

-¡Esa historia no tiene pies ni cabeza! -dijo Enrique.

En verdad no estaba tan seguro. Si Dubreuilh hubiera decidido finalmente afiliarse al P. C. no habría consultado a Enrique. Seguía su camino sin consultar a nadie, sin preocuparse de nadie; en eso Enrique no se hacía ilusiones. Puesto entre la espada y la pared, quizá vacilara en mentir; pero todavía no le habían hecho ninguna pregunta y su conciencia se las arreglaba sin duda con una reserva mental.

-Vas a dejarte engatusar por sus sofismas -dijo Lambert con tristeza-. Por mi parte, estimo que no revelar la verdad total y en seguida, en un caso semejante, es un crimen. Te lo advertí en junio: si no publicas esos textos vendo mis acciones, ustedes dispondrán de ellas como quieran. Cuando entré al diario fué con la esperanza de que no tardarían en dejar de colaborar con el P. C. Si continúas no me queda más que irme.

-Nunca he colaborado con el P. C.

-Yo a eso le llamo una colaboración. Si se tratara de España, de Grecia, de Palestina, de lndochina, te habrías negado desde el primer día a guardar silencio. En fin. ¡te das cuenta!, arrancan a un hombre de su familia, de su vida, sin el menor juicio previo, y lo arrojan a un infierno, lo hacen trabajar hasta el límite de sus fuerzas, alimentándolo apenas, y si se enferma lo hacen reventar de hambre. ¿Admites eso? Todos los tipos, los obreros, los responsables, todos saben que eso puede pasarles de un momento a otro, viven con ese terror sobre su cabeza. ¿Admites eso? -repitió Lambert.

-¡Pero no! -dijo Enrique.

-Entonces apresúrate a protestar. ¡Bajo la ocupación no eras tan tierno con la gente que no protestaba!

-Protestaré, estamos de acuerdo -dijo Enrique con impaciencia.

-Dijiste que seguirías a Dubreuilh -dijo Lambert-. Y Dubreuilh se opondrá a esa campaña.

-Te equivocas -dijo Enrique-. No se opondrá.

-Supongamos que no me equivoque. ..

-Ah, primero tengo que hablarle, después veremos -dijo Enrique.

-¡Sí, veremos! -dijo Lambert dirigiéndose hacia la puerta.

Enrique oyó el ruido de su paso decrecer en el corredor: le parecía que era su propia juventud que venía de apelar a él; si los hubiera visto con sus ojos de veinte años a esos millones de esclavos encerrados detrás de los alambres electrizados, ni por un instante hubiera encarado la posibilidad de callar. Y Lambert había visto claro en él: vacilaba. ¿Por qué? Le repugnaba hacer de enemigo a los ojos de los comunistas; y más profundamente le hubiera gustado disimularse que en la U. R. S. S. también había, algo podrido; pero todo eso era cobardía. Se levantó y bajó la escalera: "Un comunista tendría derecho a elegir el silencio -pensó-; sus parcialidades están declaradas, y aun cuando miente, en un sentido, no engaña a nadie. Pero yo, que hago profesión de independencia, si empleo mi crédito para sofocar la verdad, en un sentido, soy un impostor. No soy comunista justamente porque quiero ser libre de decir lo que los comunistas no quieren y no pueden decir: es un papel a menudo ingrato pero cuya utilidad ellos mismos reconocen en el fondo. Seguramente Lachaume, por ejemplo, me agradecerá haber hablado: él y todos los que deseen la abolición de los campos sin que les sea permitido protestar abiertamente contra ellos. ¿Y quién sabe?, quizá oficiosamente intentarán algo; quizá las presiones provenientes de los mismos partidos comunistas conducirán a la U. R. S. S. a modificar su régimen penitenciario: no es la misma cosa oprimir a los hombres en secreto que a la faz del mundo. Callarme sería destructivo; sería a la vez negarse a mirar las cosas de frente y negar que pueden ser cambiadas; sería condenar irremediablemente a la U. R. S. S. bajo el pretexto de no juzgarla. Si verdaderamente no hay ninguna posibilidad de que sea lo que debería ser, entonces no queda ninguna esperanza en la tierra; lo que se hace, lo que se dice ya no tiene ninguna importancia." “Sí -se repetía Enrique, subiendo la escalera de Dubreuilh-;

o hablar tiene un sentido o nada tiene sentido. Hay que hablar. Y a menos que Dubreuilh esté efectivamente afiliado al partido tiene que compartir necesariamente esta opinión." Enrique hizo sonar la campanilla. "Si Dubreuilh está afiliado, ¿me lo dirá?"

-¿Y qué tal? -dijo Dubreuilh-. ¿Cómo marcha la pieza? En general la crítica es muy buena, ¿no?

Enrique tuvo la impresión que esa voz cordial sonaba falsa: quizá porque en sí mismo algo sonaba falso.

-Es buena -dijo; se encogió de hombros-. Le diré que estoy hasta la coronilla de esa pieza. Todo cuanto deseo es poder pensar en otra cosa.

-¡Sé lo que es eso! -dijo Dubreuilh-. El éxito tiene algo de repugnante -sonrió-. Uno nunca está contento: los fracasos tampoco son agradables.

Se sentaron en su escritorio y Dubreuilh continuó:

-Y bien, justamente tenemos otra cosa de que hablar.

-Sí; y estoy impaciente por saber lo que usted piensa -dijo Enrique-. Yo estoy convencido, ahora, que a grandes rasgos Peltov dijo la verdad.

-A grandes rasgos, sí -dijo Dubreuilh-. Esos campos existen. No son campos de muerte como los de los nazis, pero de todos modos son cárceles; y la policía tiene derecho a enviar hombres a esas prisiones, por cinco años, sin juicio alguno. Esto admitido, quisiera saber cuántos detenidos hay, cuantos son presos políticos, cuántos como porcentaje están condenados a cadena perpetua: las cifras de Peltov son perfectamente arbitrarias.

Enrique aprobó con la cabeza.

-A mi parecer no debemos publicar su informe -dijo-. Vamos a establecer juntos los hechos que nos parecen ciertos y a sacar nuestras propias conclusiones. Hablaremos en nuestro nombre, precisando bien nuestro punto de vista.

Dubreuilh miró a Enrique.

-Mi opinión es no publicar absolutamente nada. Y voy a explicarle por qué. ..

Enrique sintió un golpecito en el corazón. "Entonces los otros vieron claro", se dijo. Interrumpió a Dubreuilh:

-¿Quiere ahogar ese asunto?

-Se imagina que no quedará sofocado; la prensa de derecha se va a dar un banquete. Dejémosle ese placer: no nos corresponde a nosotros abrir un proceso contra la U. R. S. S. -a su vez detuvo a Enrique con un gesto-. Por más que tomáramos todas las precauciones imaginables, lo que la gente vería fatalmente. en nuestros artículos sería una acusación al régimen soviético. No quiero eso a ningún precio.

Enrique guardó silencio. Dubreuilh había hablado en tono cortante; había tomado su posición, no cedería, de nada serviría discutirle. Había tomado sus decisiones solo, y las impondría al comité: a Enrique no le quedaría más que someterse dócilmente.

-Tengo que hacerle una pregunta -dijo.

-Hágala.

-Hay gente que afirma que usted acaba de afiliarse al partido comunista.

-¿Se dice eso? -dijo Dubreuilh-. ¿Quién?

-Es un rumor que corre.

Dubreuilh se encogió de hombros:

-¿Y usted lo ha tomado en serio?

Hace dos meses que conversamos -dijo Enrique-, y no creo que fuera a mandarme una comunicación.

-¡Por supuesto, hubiera enviado comunicaciones! -dijo Dubreuilh con vehemencia-. Es absurdo: ¿cómo podía afiliarme sin habérselo comunicado al S. R. L. y sin haber explicado públicamente mis razones?

-Hubiera podido diferir esa explicación algunas semanas -dijo Enrique. Agregó rápidamente-: Debo decir que me habría asombrado, pero de todos modos quise hacerle la pregunta.

-¡Todos esos rumores! -dijo Dubreuilh-. La gente dice cualquier cosa.

Parecía sincero; pero también lo habría parecido si hubiera mentido. A decir verdad, Enrique veía mal por qué lo hubiera hecho; y sin embargo, Scriassine parecía absolutamente seguro de lo que adelantaba. "Debí ver a ese informante", se dijo Enrique. La confianza no se imita: se tiene o no se tiene. Su negativa había sido un gesto falsamente noble, puesto que ya no tenía confianza en Dubreuilh. Agregó con voz neutra:

-En el diario todo el mundo está de acuerdo en hablar. Lambert decidió irse de L'Espoir si no hablamos.

-No sería una gran pérdida -dijo Dubreuilh.

-La situación se volvería muy delicada, puesto que Samazelle y Trarieux están dispuestos a romper con el S. R. L.

Dubreuilh reflexionó un momento.

-Y bueno, si Lambert se va, yo compro su parte -dijo.

-¿Usted?

-El periodismo no me divierte. Pero es la mejor manera de defendernos. Sin duda usted convencerá a Lambert de que me venda sus acciones. Para el dinero me las arreglaré.

Enrique se quedó desconcertado; no le gustaba esa idea, no le gustaba nada. Bruscamente tuvo una iluminación. "¡Está todo preparado!" Dubreuilh había pasado el verano con Lambert y sabía que éste se preparaba a renunciar. Todo se volvía perfectamente coherente. Los comunistas le habían encargado a Dubreuilh que frenara una campaña molesta para ellos, y que les anexara L'Espoir, inmiscuyéndose en la dirección del diario; no podía lograrlo sino ocultando cuidadosamente su afiliación al partido.

-Hay algo que no camina -dijo Enrique secamente-. Es que yo también quiero hablar.

-¡Es un error! -dijo Dubreuilh-. Dése cuenta. Si el referéndum y las elecciones no son un triunfo para la izquierda corremos el riesgo de una dictadura degaullista: no es el momento de servir a la propaganda anticomunista.

Enrique miró a Dubreuilh; se trataba menos de saber lo que valían sus argumentos que si eran de buena o mala fe.

-Y después de las elecciones -preguntó-, ¿estará de acuerdo en hablar?

-En ese momento, de todas maneras habrá corrido la voz -dijo Dubreuilh.

-Sí; Peltov habrá ido a llevar sus informes al *Figaro* -dijo Enrique-. Lo que equivale a decir que la suerte de las elecciones no está en juego sino únicamente nuestra propia actitud. Y desde ese punto de vista no veo qué ventaja tenemos en dejar a la derecha tomar la delantera. De todas maneras estaremos obligados a definir nuestra posición: ¿qué cara pondremos? Trataremos de atemperar los ataques anticomunistas sin dar francamente razón a la U. R. S. S. y pareceremos falsos como fichas. ..

Dubreuilh interrumpió a Enrique:

-Sé muy bien lo que diremos. Mi convicción es que esos campos no son una exigencia del régimen, como sostiene Peltov; están ligados a cierta política que se puede deplorar sin poner en tela de juicio el régimen en sí mismo. Disociaremos las dos cosas; condenaremos el trabajo correctivo pero defenderemos a la U.R.S.S.

-Admitámoslo -dijo Enrique-. Salta a la vista que nuestras palabras tendrán mucho más peso si somos los primeros en denunciar los campos. Entonces nadie podrá pensar que recitamos una lección aprendida. Nos concederán crédito y les jabonaremos el piso a los anticomunistas: son ellos los que harán el papel de parciales cuando se echen sobre nosotros.

-Eso no cambiará nada, les creerán lo mismo -dijo Dubreuilh-. Y sacarán argumentos de nuestra intervención: hasta los simpatizantes se indignaron al punto de darse vuelta contra la U. R. S. S., ¡eso es lo que dirán! Eso sembrará el desconcierto en mucha gente que de otra manera nos hubiera respondido.

Enrique sacudió la cabeza:

-Ese asunto debe tomarlo en sus manos la izquierda. Los comunistas están acostumbrados a las calumnias de la derecha, los deja fríos. Pero si toda la izquierda, a través de toda Europa, se subleva contra los campos, eso puede impresionarlos. La situación cambia cuando un secreto se convierte en un escándalo: la U. R. S. S. quizá termine por revisar su sistema penitenciario. ..

-¡Eso es un sueño! -dijo Dubreuilh con voz desdeñosa.

-Escuche -dijo Enrique encolerizado-, usted siempre admitió que podíamos ejercer ciertas presiones sobre los comunistas: es ese el sentido de nuestro movimiento. Este es el caso, o nunca, de intentarlo. Aun si sólo tenemos una débil posibilidad de lograrlo, hay que intentarlo.

Dubreuilh se encogió de hombros.

-Si desatáramos esa campaña perderíamos toda posibilidad de trabajar con los comunistas: nos clasificarían como anticomunistas y no se equivocarían. Mire -agregó Dubreuilh-. El papel que tratamos de asumir es el de una minoría de oposición, exterior al partido, pero aliada a él. Si apelamos a la mayoría para combatir a los comunistas sobre cualquier punto que sea, ya no se trata de una oposición: entramos en guerra contra ellos, cambiamos de bando. Tendrán derecho a llamarnos traidores.

Enrique miró a Dubreuilh. No hablaría de otra manera si fuera un comunista disfrazado. Su resistencia confirmaba a Enrique en su idea: si los comunistas deseaban que la izquierda permaneciera neutral, eso probaba que le temían, que su intervención podía ser eficaz.

-En realidad -dijo-, para conservar la posibilidad de influir un día sobre los comunistas, rechaza la que hoy se presenta. La oposición sólo nos es permitida en la medida en que no tiene ninguna eficiencia. ¡Y bien, yo no acepto eso! -agregó con voz decidida-. La idea de que los comunistas se nos van a echar encima no me resulta más agradable que a usted, pero lo he pensado bien: no podemos elegir. -Detuvo a Dubreuilh con un gesto: no le devolvería la palabra hasta haberlo dicho todo.- Ser no comunista significa algo o no significa nada. Si no significa nada hagámonos comunistas o vámonos a plantar repollos. Si tiene un sentido implica algunos deberes: entre otros saber en caso de necesidad enemistarnos con los comunistas. Cuidarlos a todo precio, sin unirse francamente a ellos, es elegir el confort moral más fácil, es cobardía.

Dubreuilh golpeaba sobre su secante con aire impaciente.

-Esas son consideraciones morales que no me conmueven -dijo-. Yo me intereso en la consecuencia de mis actos y no en el aspecto que me dan.

-No se trata de aspecto. ..

-Sí -dijo Dubreuilh con brusquedad-, el fondo del asunto es que le disgusta parecer intimidado por los comunistas. ..

-Enrique se puso rígido:

-Me disgustaría efectivamente que nos dejáramos intimidar por ellos: estaría en contradicción con todo la que hemos hecho desde hace dos años.

Dubreuilh continuaba golpeteando su secante con aire hermético y Enrique agregó con voz seca:

-Usted pone la discusión en un plano muy raro. Quisiera preguntarle por qué tiene tanto miedo de disgustar a los comunistas.

-Me importa un bledo gustarles o disgustarles -dijo Dubreuilh-. No quiero desatar una campaña antisoviética; sobre todo en este momento: eso me parecería criminal.

-Y a mí me parecería criminal no hacer contra los campos todo lo que esté en mi poder -dijo Enrique. Miró a Dubreuilh-. Comprendería mucho mejor su actitud si estuviera afiliado al partido; de un comunista yo admitiría hasta que negara los campos, que los defendiera.

-Le he dicho que no estoy afiliado -dijo Dubreuilh con voz irritada-. ¿No le basta?

Se puso de pie y dió algunos pasos a través de la habitación; "No -pensó Enrique-: decididamente no me basta. Nada impide de que Dubreuilh me mienta cínicamente: ya lo ha hecho. Y las consideraciones morales no le impresionan. Pero esta vez no me dejaré manejar", se dijo con rencor.

Dubreuilh seguía yendo y viniendo por la habitación. ¿Había sentido la desconfianza de Enrique o era solamente su posición lo que lo irritaba? Parecía que le costaba contenerse.

-Y bien, no hay más que reunir al comité -dijo-. Su decisión será acatada.

-Usted sabe muy bien que lo seguirán -dijo Enrique.

-Si sus razones son buenas, se dejarán convencer -dijo Dubreuilh.

-¡Vamos! Charlier y Méricaud siempre votan con usted y Lenoir está de rodillas ante los comunistas. Su opinión no me interesa -dijo Enrique.

-Entonces, ¿qué? ¿Obrará contra la decisión del comité? -preguntó Dubreuilh.

-En caso de necesidad, sí.

-¿Es un chantaje? -dijo Dubreuilh con voz blanca-. O le dejamos las manos libres o *L'Espoir* rompe con el S. R. L., ¿no es eso?

-No es chantaje. Estoy decidido a hablar y hablaré, eso es todo.

-¿Se da cuenta de lo que significa esa ruptura? -dijo Dubreuilh. Su rostro estaba tan blanco como su voz-. Es el fin del S. R.L. y *L'Espoir* se pasa al bando del anticomunismo.

-El S. R. L. a la hora actual es un cero a la izquierda -dijo Enrique-. Y *L'Espoir* nunca será anticomunista, cuente conmigo.

Se miraron un momento en silencio

-Voy a reunir el comité inmediatamente -dijo por fin Dubreuilh-. Y si está de acuerdo conmigo lo desaprobaremos públicamente.

-Estará de acuerdo -dijo Enrique. Se dirigió hacia la puerta-. Desapruébenme, les contestaré.

-Vuelva a pensarlo -dijo Dubreuilh-. Eso que va a hacer se llama una traición.

-Está pensado -dijo Enrique.

Atravesó el vestíbulo y cerró tras de sí esa puerta que nunca más cruzaría.

Scriassine y Samazelle lo esperaban ansiosamente en el diario. No ocultaron su satisfacción. Se desencantaron un poco cuando Enrique les declaró que había decidido redactar él mismo con toda libertad los artículos sobre los campos: no admitía discusión. Scriassine trató de discutir, pero Samazelle lo convenció rápidamente de que aceptara. Enrique se puso en seguida a trabajar. Describió a grandes rasgos, apoyándose en textos, el régimen penitenciario de la U. R. S. S.; y subrayó el carácter escandaloso; pero tuvo sumo cuidado en decir que por una parte los errores de la U. R. S. S. no excusaban en manera alguna los del capitalismo, que por otra parte la existencia de los campos condenaba cierta política, pero no el régimen entero; en un país, presa de las peores dificultades económicas, representaban sin duda una solución fácil; había derecho a contar con su desaparición; era necesario que todas las personas para quienes la U. R. S. S. encarnaba una esperanza y los mismos comunistas pusieran todo su empeño en obtener su abolición. El solo hecho de haber divulgado su existencia ya cambiaba la situación; es por eso que Enrique había tomado la palabra: callar hubiera sido destructivo y cobarde.

El artículo apareció a la mañana siguiente; Lambert se declaró muy descontento; y Enrique tuvo la impresión de que en la sala de redacción se discutía mucho. Por la tarde un mensajero trajo la carta de Dubreuilh; el comité del S. R. L. había excluido a Perron y a Samazelle, el movimiento ya no conservaba ningún lazo con *L'Espoir,* deploraba que explotaran en provecho de una propaganda anticomunista hechos que no podían ser juzgados sino en el seno de una apreciación global del régimen stalinista; cualquiera fuera su alcance exacto, el P.C. era hoy la única esperanza del proletariado francés y tratar de desacreditarlo era elegir servir a la reacción. Enrique redactó en seguida una respuesta; acusaba al S. R. L. de ceder al terror del comunismo y de traicionar su programa inicial.

"¿Cómo hemos llegado a esto?", se preguntó Enrique al día siguiente con una especie de estupor cuando hubo comprado *L'Espoir:* No conseguía desprender su mirada de esa primera página. Él había opinado una cosa, Dubreuilh otra; habían alzado la voz, hecho algunos gestos impacientes entre cuatro paredes: y de pronto exponían en negro sobre blanco, ante los ojos de todos, dos columnas gemelas de insultos.

-El teléfono no para de sonar -le dijo su secretaria cuando llegó a las cinco al diario-. Un señor Lenoir dijo que pasaría a las seis.

-Hágalo pasar.

-Y va a ver qué correspondencia: todavía no he terminado de clasificarla.

"¡Y bien, este asunto apasiona a la gente!", se dijo Enrique sentándose a su escritorio. El primer artículo había aparecido la víspera y ya un montón de lectores lo felicitaban, lo insultaban, se asombraban. Había unas líneas de Volange:"Viejo querido, te envío un apretón de manos." Julián también lo felicitaba con un estilo elevado muy sorprendente. Lo fastidioso era que todo el mundo parecía creer que *L'Espoir* se iba a convertir en una especie de reproducción del *Figaro:* habría que poner las cosas en su lugar. Enrique alzó la cabeza. La puerta de su despacho acababa de abrirse y Paula estaba ante él; llevaba un viejo abrigo de piel y tenía su cara de los malos días.

-¿Eres tú? ¿Qué pasa? -dijo Enrique.

-Eso es lo que he venido a preguntarte -dijo Paula; arrojó sobre la mesa el número de *L'Espoir*-. ¿Qué pasa?

-Y bueno, está explicado en el diario -dijo Enrique-. Dubreuilh no quería que yo publicara esos artículos sobre los campos soviéticos, lo hice igualmente y rompimos -agregó con impaciencia-. Te lo hubiera contado mañana a la hora de almorzar. ¿Por qué viniste hoy?

-¿Te molesta?

-Siempre me alegra verte. Pero espero a Lenoir de un momento a otro y tengo mucho trabajo. Mañana te daré detalles: no es tan urgente.

-Sí, es urgente. Necesito comprender -dijo ella-. ¿Por qué esa ruptura?

-Acabo de decírtelo -sonrió con aplicación-. Deberías estar contenta, la deseabas desde hace tanto tiempo.

Paula lo miró con aire preocupado:

-¿Pero por qué ahora? Uno no rompe con un amigo de veinticinco años porque no está de acuerdo sobre una desgraciada historia de política.

-Sin embargo, es lo que ocurrió. En realidad, esta desgraciada historia es muy importante.

El rostro de Paula se cerró:

-No me dices la verdad.

-Te aseguro que si.

-Hace tiempo que no me dices nada -dijo ella-. Creo que he adivinado por qué. Por eso vine a hablarte: debes devolverme tu confianza:

-Tienes toda mi confianza. Pero hablaremos mañana. Ahora no tengo tiempo.

Paula no se movió.

-Te he disgustado explicándome con Josette la otra noche; discúlpame -dijo.

-Soy yo quien pide disculpas: estaba de mal humor.

-¡Sobre todo no te disculpes! -alzó hacia él un rostro tembloroso de humildad-: La noche de ese ensayo general y los días que siguieron comprendí muchas cosas. No hay una medida común entre tú y la demás gente, entre tú y yo. Quererte tal como yo te había soñado y no tal como eres era preferirme a ti; era presunción. Pero se acabó. Ahora sólo tú existes: yo no soy nada. Acepto no ser nada y acepto todo de ti.

-Escucha, no te exaltes -dijo él molesto-. Te digo que hablaremos mañana.

-¿No me crees sincera? -dijo Paula-. Es culpa mía; tuve demasiado orgullo. Es que el camino del renunciamiento no es fácil. Pero ahora te lo juro: no reclamo mas nada para mí. Sólo tú existes y tú puedes exigirlo todo de mí.

"¡Dios mío -pensó Enrique-; con tal que se vaya antes de que llegue Lenoir!" Dijo en voz alta:

-Te creo; pero todo lo que te pido por el momento es que tengas paciencia hasta mañana y que me dejes trabajar.

-¡Te burlas de mí! -dijo Paula con voz violenta; Su rostro se dulcificó-. Te repito que soy totalmente tuya. ¿Qué puedo hacer para convencerte? ¿Quieres que me corte una oreja?

-¿Y qué quieres que haga con ella? -dijo Enrique tratando de tomarlo en broma.

-Sería una prueba -los ojos de Paula se llenaron de lágrimas-. Me resulta intolerable que dudes de mi amor.

La puerta se entreabrió.

-Está el señor Lenoir. ¿Lo hago pasar?

-Que espere cinco minutos -Enrique le sonrió a Paula-.No dudo de tu amor. Pero, ¿ves?, tengo gente citada. Debes irte.

-¡No vas a preferir a Lenoir a mí! -dijo Paula-. ¿Qué es él para ti? Y yo te quiero -ahora lloraba con gruesas lágrimas-. Si he hecho una vida mundana, si he tratado de escribir era por amor a ti.

-Ya lo sé.

-Quizá te hayan contado que me había vuelto vanidosa, que ya no me importaba más que mi trabajo: la persona que te ha dicho eso es muy culpable. Mañana arrojaré al fuego todos mis manuscritos, bajo tus ojos.

-Sería estúpido.

-Lo haré -dijo. Agregó en seguida con fuego-. Lo haré en seguida, al llegar a casa.

-Pero no, por favor, no conduce a nada.

El rostro de Paula volvió a descomponerse:

-¿Quieres decir que nada puede convencerte de mi amor?

-Pero estoy convencido -dijo él-. Estoy profundamente convencido.

-¡Ah, te aburro! -dijo ella llorando-¡Cómo hacer! Sin embargo, es necesario que estos malentendidos se disipen.

-No hay ningún malentendido.

-¿Ves?, sigo -dijo con desesperación-, sigo aburriéndote y no querrás verme mas.

"No -pensó él fervientemente-, no quiero." Dijo en voz alta:

-Por supuesto que sí.

-Terminarás por aborrecerme y tendrás razón. ¡Pensar que te hago una escena yo a ti!

-No me haces una escena.

-Ves muy bien que sí -dijo ella estallando en sollozos.

-Cálmate, Paula -dijo él con su voz más suave. Tenía ganas de pegarle; se puso a acariciarle la cabeza-: Cálmate.

Siguió acariciándola durante algunos minutos y ella se decidió por fin a alzar la cabeza.

-Bueno, me voy -dijo. Lo miró con angustia-. ¿Vienes a almorzar mañana, lo prometes?

-Te lo juro.

"No verla nunca más es la única solución -se dijo cuando hubo cerrado la puerta tras ella-. ¿Pero cómo hacerle aceptar dinero si no la veo más? Una mujer escrupulosa no acepta la ayuda de un hombre sino a condición de infligirle su presencia. Me las arreglaré. Pero no quiero verla más", decidió.

-Discúlpeme por haberlo hecho esperar -le dijo a Lenoir.

Lenoir hizo un breve ademán con la mano:

-No tiene importancia. -Tosió, estaba rojo; seguramente había preparado cada palabra de su diatriba, pero la presencia de Enrique disgregaba sus frases.- Sospechará el objeto de mi visita.

-Sí; se solidariza con Dubreuilh y mi actitud lo escandaliza; he dado mis razones: lamento no haberlo convencido.

-Usted dice que no quiso ocultar la verdad a sus lectores. ¿Pero de qué verdad se trata? -dijo Lenoir; había recobrado una de las palabras llaves de su discurso; todo lo demás se encadenaría fácilmente; verdad ambigua, verdad parcial, Enrique conocía el sonsonete; se despertó cuando Lenoir abandonó todas esas generalidades-. La coacción policial no tiene en la U. R. S. S. más fuerza que la presión económica en un país capitalista; que desempeñe este papel de una manera más sistemática no veo que encierre sino ventajas; un régimen donde el obrero no tiene la amenaza del despido ni la responsabilidad de la quiebra está obligado a inventar nuevas fórmulas de sanciones.

-No obligatoriamente éstas -dijo Enrique-; y no va a comparar la condición de un desocupado con la de los trabajadores de los campos.

-Al menos su vida cotidiana está asegurada; estoy convencido que su suerte es menos atroz de lo que pretende la propaganda interesada; además, uno olvida que la mentalidad de un hombre soviético no es la nuestra: considera natural, por ejemplo, ir desplazándose según las necesidades de la producción.

-Cualquiera sea su mentalidad, ningún hombre considera natural ser explotado, subalimentado, privado de todos sus derechos, encerrado, embrutecido de trabajo, condenado a morir de frío, de escorbuto, o de agotamiento -dijo Enrique. Pensó: "¡Es linda la política! Lenoir no hubiera soportado literalmente ver sufrir a una mosca y aceptaba alegremente los horrores de los campos."

-Nadie quiere el mal por el mal -dijo Lenoir-; en la U. R. S. S. menos que en ningún otro régimen; si toman esas medidas es porque son necesarias -Lenoir enrojeció aun más-. Cómo se atreve a condenar las instituciones de un país cuyas necesidades y dificultades ignora? Es una intolerable liviandad.

-He hablado de esas necesidades, de esas dificultades -dijo Enrique-. Y usted sabe muy bien que no he condenado en bloque al régimen soviético. Pero aceptarlo en bloque, ciegamente, es cobardía. Usted justifica cualquier cosa invocando esa idea de necesidad; pero es un arma de dos filos; cuando Peltov dice que los campos son necesarios, es para probar que el socialismo es una utopía.

-Pueden ser necesarios hoy sin serlo definitivamente -dijo Lenoir-. Usted olvida que la situación de la U. R. S. S. es una situación de guerra; las potencias capitalistas sólo esperan el momento de echárseles encima.

-Aun así, nada prueba que lo sean -dijo Enrique-. Nadie quiere el mal por el mal y, sin embargo, suele ocurrir hacerlo inútilmente. Usted no negará que en la U. R. S. S., como en todas partes, no se han cometido faltas: hambres, revueltas, asesinatos que hubieran podido ser evitados. Usted sabe que hasta Dubreuilh es de esta opinión -agregó.

Lenoir sacudió la cabeza.

-Necesidad o falta, en todo caso usted ha cometido una mala acción -dijo-. Atacar a la U. R. S. S. no cambia en nada lo que ocurre en la U. R. S. S. y sirve a las potencias capitalistas. Usted ha elegido trabajar para los Estados Unidos y para la guerra.

-¡Pero no! -dijo Enrique-. Uno puede criticar al comunismo sin hacerle daño, es más fuerte que todo eso.

-Usted acaba de probar una vez más que no se puede ser extracomunista sin convertirse objetivamente en anticomunista -dijo Lenoir-. No hay medias tintas; el S. R. L. estaba condenado desde el principio a aliarse a la reacción o a perecer.

-Si eso es lo que piensa sólo le queda afiliarse al P. C.

-Sí, es lo que debo hacer, es lo que voy a hacer -dijo Lenoir-. Quería que la situación fuera neta: en adelante debe considerarme como a un adversario.

-Lo lamento -dijo Enrique.

Por un instante se miraron con molestia y Lenoir dijo:

-Entonces, adiós.

-Adiós -dijo Enrique.

Librodot

Sí, era una de las respuestas posibles: negar los hechos, las cifras, la razón y hasta su propio sentido por un acto de fe ciega: todo lo que hace Stalin está bien hecho. "Lenoir no es comunista: es por eso que exagera la nota", se dijo Enrique. Lo que le hubiera interesado habría sido hablar con Lachaume o con cualquier otro comunista inteligente y no demasiado sectario.

-¿Has visto a Lachaume estos días? -le preguntó a Vicente.

-Sí.

A Vicente le había impresionado la cuestión de los campos; al principio pensaba que no había que hablar y luego había adoptado el punto de vista de Enrique.

-¿Qué piensa de mis artículos? -preguntó Enrique.

-Está más bien furioso contra ti -dijo Vicente-. Dice que haces anticomunismo.

-¡Ah! -dijo Enrique. ¿Y los campos no le molestan? ¿Qué piensa de los campos?

Vicente sonrió:

-Que no existen; que es una excelente institución; que desaparecerán solos.

-¡Ya veo! -dijo Enrique.

Decididamente, a la gente no le gusta interrogarse. Todos se las arreglaban para salvaguardar sus sistemas. Los diarios comunistas hasta llegaron a entonar las loas de una institución que bautizaron: campos de corrección y reformatorios; y los antistalinistas no veían en ese asunto sino un pretexto para recalentar indignaciones bien asentadas.

-¡Más telegramas de felicitación! -dijo Samazelle tirando los telegramas sobre el escritorio de Enrique-. Se puede decir que has agitado la opinión -agregó con aire regocijado. -: Scriassine espera en el vestíbulo; esta con Peltov y otros dos tipos.

-Su proyecto no me interesa -dijo Enrique.

-Sin embargo, debes recibirlos -dijo Samazelle. Señaló unos papeles que había puesto delante de Enrique-: Y yo desearía de veras que echaras una mirada sobre estos artículos notables que Volange acaba de enviarnos.

-Volange nunca escribirá en *L'Espoir* -dijo Enrique.

-¡Lástima! -dijo Samazelle.

La puerta se abrió, Scriassine entró, sonriendo con aire seductor:-¿Tienes cinco minutos? Nuestros amigos se impacientaban. Traje a Peltov y a Bennet, un periodista americano que ha pasado quince años como corresponsal en Moscú, y a Moltberg, que todavía militaba como comunista en Viena en la época en que yo acababa de dejar el partido; ¿puedo hacerlos entrar?

-Que entren.

Entraron y sus ojos, estaban cargados de reproches, sea porque Enrique los habla hecho esperar, sea porque el mundo no les hacía justicia; con un gesto, Enrique los invitó a sentarse y dijo dirigiéndose a Scriassine:

-Temo que esta reunión sea completamente inútil; lo he precisado en las reuniones que hemos tenido y en mis artículos: no me he vuelto anticomunista. Tu proyecto debes llevarlo a la Unión degaullista y no a mí.

-No me hables de de Gaulle -dijo Scriassine-. Cuando tuvo el poder, su primer acto fué volar a Moscú; es una cosa que no debe olvidarse.

-Sin duda usted no habrá tenido tiempo de mirar atentamente nuestro programa -dijo Moltberg con reproche-. Somos hombres de izquierda; el movimiento degaullista está sostenido por el gran capitalismo y no se trata de aliarnos a él. Queremos juntar contra el totalitarismo ruso las fuerzas vivas de la democracia. -Con un ademán cortés apartó las objeciones de Enrique.- Usted dice que no se ha vuelto anticomunista: ha revelado ciertos abusos y no quiere ir más lejos; pero en verdad no puede detenerse a mitad de camino: contra un país totalitario nuestro compromiso también debe ser total.

Scriassine tomó vivamente la palabra:

-No me digas que estás tan lejos de nosotros. El S. R. L. había sido creado para impedir que Europa cayera en manos de Stalin. Y también nosotros deseamos

una Europa autónoma. Pero hemos comprendido que no puede llevarse a cabo sin ayuda de los Estados Unidos.

-¡Casi nada!-dijo En irgue. Se encogió de hombros-. Una Europa colonizada por los Estados Unidos es justamente lo que el S.R.L. quería evitar; hasta era el primero de nuestros objetivos, puesto que nunca hemos pensado que Stalin pensara anexar a Europa.

-No comprendo ese prejuicio contra los Estados Unidos -dijo Bennet con voz sombría-. Hay que ser comunista para no ver en ellos sino el bastión del capitalismo: es también un gran país obrero; y es el país del progreso, de la prosperidad, del porvenir.

-Es el país que en todas partes, siempre toma sistemáticamente el partido de los privilegiados: en China, en Grecia, en Turquía, en Corea, ¿qué defienden? No es al pueblo, no es al capitalismo, es a la gran propiedad. Cuando pienso que mantienen a Franco y a Salazar. ..

Enrique se había enterado aquella misma mañana que sus viejos amigos portugueses habían acabado por fomentar una revuelta: se habla terminado con nueve arrestos.

-Usted habla de la política del State Department -dijo Bennet-. Olvida que existe también el pueblo americano; se puede confiar en los sindicatos de izquierda y en toda esa parte de la nación que está sinceramente enamorada de la libertad y de la democracia.

-Nunca los sindicatos se han desolidarizado de la política gubernamental -dijo Enrique.

-Hay que mirar las cosas de frente -dijo Scriassine-. Europa no puede defenderse contra la U. R. S. S. sino con el apoyo de los Estados Unidos; si le prohíbes a la izquierda europea aceptarlo, vas a establecer una confusión desoladora entre los intereses de la derecha y los de la democracia.

-Si la izquierda hace una política de derecha ya no es una izquierda -dijo Enrique.

-En resumen -dijo Bennet en tono amenazador-, ¿entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, ¿elige a la U. R. S. S.?

-Sí -dijo Enrique-, nunca lo he ocultado.

-¿Cómo puede poner en la balanza los abusos del capitalismo americano y el horror de una opresión policial? -dijo Bennet.

Su voz se hinchó, empezaba a profetizar y Moltberg hacía coro con él mientras Scriassine y Peltov hablaban en ruso con volubilidad. Esos hombres no se parecían en nada; pero todos tenían la misma mirada perdida en un sueño reivindicativo y atroz del que se negaban a despertar, todos se mostraban ciegos y sordos al mundo, poseídos por un pasado de horror. Aguda, grave, solemne o canalla, la voz de todos vaticinaba. Quizá de todos los testimonios que traían contra la U. R. S. S. ése era el más impresionante: ese aire desconfiado, colérico, acorralado para siempre con que la experiencia staliniana había marcado sus rostros. No había que tratar de detenerlos cuando empezaban a arrojarse sus recuerdos a la cara; eran demasiado inteligentes para esperar arrancar una decisión a golpes de anécdotas: se trataba más bien de una crisis verbal, útil para su higiene íntima. Bennet calló de pronto, como agotado.

-No veo lo que hacemos aquí -dijo bruscamente.

-Le previne que íbamos a perder nuestro tiempo -dijo Enrique.

Se pusieron de pie; Moltberg miró largamente a Enrique en los ojos.

-Quizá nos encontraremos antes de lo que usted piensa -dijo con voz casi tierna.

Cuando hubieron abandonado el despacho Samazelle exclamó: -Es difícil discutir con estos exaltados. Lo que tiene más gracia es que se aborrecen entre ellos: cada uno considera como un traidor al que siguió siendo stalinista un poco más tiempo que él. Y el hecho es que todos son sospechosos. Bennet estuvo quince años en Moscú como corresponsal: si estaba tan indignado contra el régimen como

Librodot

hoy lo pretende, ¡qué cobardía!; son hombres marcados -concluyó con aire satisfecho.

-En todo caso tienen la honestidad de no querer comprometerse con el degaullismo -dijo Enrique.

-Les falta sentido político -dijo Samazelle.

Samazelle había fracasado en la izquierda: nada le parecía más natural que irse a la derecha, puesto que sólo le interesaba el número de sus oyentes y no el sentido de sus discursos. Había propuesto a Enrique artículos de Volange, hablaba con sobria simpatía del programa de la Unión degaullista. Enrique fingía no comprender sus insinuaciones; pero era una astucia muy vana; Samazelle no vaciló mucho tiempo en atacar francamente.

-Habría un buen partido que jugar para quien quisiera sinceramente constituir una izquierda independiente -dijo con aire abierto-. Scriassine tiene razón en pensar que Europa no podría existir sin el apoyo de los Estados Unidos. Todas las fuerzas que se oponen a la sovietización de Occidente deberíamos coligarlas en provecho de un auténtico socialismo: aceptar la ayuda americana mientras nos venga del pueblo americano, aceptar una alianza con la Unión degaullista mientras ella pueda ser orientada hacia una política de izquierda, he aquí el programa que yo propondría.

Fijaba en Enrique una mirada severa e imperiosa.

-No cuente conmigo para ejecutarlo -dijo Enrique-. Seguiré combatiendo con todas mis fuerzas la política americana. Y usted sabe perfectamente que el degaullismo es la reacción.

-Temo que usted no capte muy bien la situación -dijo Samazelle-. Por más que usted se rodee de precauciones estamos clasificados como anticomunistas; eso nos suprime la mitad de nuestros lectores. La única salida del diario es conquistarse otros. Y para eso no debemos detenernos a mitad de camino: hay que enderezar en la dirección que acabamos de tomar.

-¡Es decir, ser efectivamente un pasquín anticomunista! -dijo Enrique-. Ni soñarlo. Si debemos quebrar, quebraremos, pero conservaremos la línea hasta el final.

Samazelle no contestó nada; Trarieux opinaba evidentemente como él, pero sabía que Lambert y Lucas sostendrían siempre a Enrique: no podía nada contra esa coalición.

-¿Ha visto *L'Enclume*? -preguntó con aire regocijado dos días después. Arrojó el semanario sobre el escritorio de Enrique-. Léalo.

-¿Qué hay de especial en *L'Enclume*? -dijo Enrique con displicencia.

-Un artículo de Lachaume sobre usted -dijo Samazelle-.Léalo -repitió.

-Lo leeré más tarde -dijo Enrique.

En cuanto Samazelle hubo salido del despacho abrió el diario. “¡Abajo los antifaces!”, era el título del artículo. A medida que leía Enrique sentía que su garganta se contraía de ira. Lachaume explicaba a golpes de citas truncas y de resúmenes tendenciosos que toda la obra de Enrique traicionaba una sensibilidad fascista y sobrentendía una ideología reaccionaria. Su pieza, notablemente, era un insulto a la resistencia. Había en él un fundamental desprecio por los demás hombres: los artículos odiosos que acababa de publicar en *L'Espoir* lo probaban a las claras. Hubiera sido más honesto declarándose francamente anticomunista que afirmando su simpatía por la U. R. S. S. en momentos en que desencadenaba esa campaña de calumnias: esa astucia burda probaba lo poco que estimaba a sus semejantes. Las palabras traidor y vendido no estaban escritas en negro sobre blanco, pero se las leía entre líneas. Y era Lachaume el que había escrito eso: Lachaume. Enrique lo veía encerando con aire alegre los pisos de Paula, en la época en que vivía escondido en el estudio; lo veía en la estación de Lyon envuelto en un sobretodo demasiado largo y todo confuso por su emoción en el momento de la despedida. Las piñas de Navidad crepitaban; sentado a una mesa en el Bar Rojo decía: “Hay que trabajar codo con codo”; un poco después, con aire confuso:

"Nunca te hemos atacado." Trató de pensar: "No es culpa suya. El culpable es el partido que lo eligió a propósito para esta tarea." Y luego una ira roja le subió a los ojos. Era él quien había inventado cada frase: nadie se limita a obedecer, uno recrea. Tenía aun menos excusas que sus cómplices porque sabía que mentía. Sabe que no soy un fascista y que nunca lo seré.

Se levantó. No se trataba de contestar ese artículo: no tenía nada que decir que Lachaume ya no lo supiera. Cuando ya las palabras no tienen sentido lo único que queda por hacer es golpear. Subió a su auto. A esa hora Lachaume debía estar en el Bar Rojo. Enrique se dirigió al Bar Rojo. Encontró a Vicente que bebía con los muchachos. Lachaume no estaba.

-¿Lachaume no está?

-No.

-Entonces ha de estar en *L'Enclume* -dijo Enrique.

-No sé -dijo Vicente. Se levantó y siguió a Enrique hacia la puerta-. ¿Tienes el coche? Voy al diario.

-Yo no voy -dijo Enrique-. Voy a *L'Enclume.*

Vicente salió detrás de él.

-Déjalo caer -dijo.

-¿Leíste el artículo de Lachaume? -preguntó a Vicente.

-Lo leí. Me lo mostró antes de publicarlo y me peleé con él. Es una buena cochinada. ¿Pero qué ganarás con hacer un escándalo?

-No tengo a menudo ganas de pegar -dijo Enrique-. Pero esta vez es una necesidad. Mejor si hay un escándalo.

-Te equivocas -dijo Vicente-. Aprovecharán para seguir con esto: e irán cada vez más lejos.

-¿Más lejos? Pero me han tratado de fascista -dijo Enrique-, no pueden ir más allá. Y de todas maneras no me importa. -Abrió la puerta del auto. Vicente lo tomó del brazo.

-¿Sabes?, cuando han decidido arruinar a un tipo no retroceden ante nada -dijo Vicente-. Hay un punto débil en tu vida; te buscarán por ese lado.

Enrique miró a Vicente:

-¿Un punto débil? ¿Quieres hablar de Josette y de esos cuentos que corren sobre ella?

-Sí. No lo sospechas, pero todo el mundo está al corriente.

-No se atreverían a tanto -dijo Enrique.

-¿Crees que van a andar con miramientos? -vaciló-. Me enfurecí tanto con Lachaume cuando me mostró su artículo, que cortó diez líneas. Pero la próxima vez lo dirá todo.

Enrique guardó silencio. ¡Pobre Josette, tan vulnerable! Le corría un escalofrío por la espalda al imaginarla leyendo esas diez líneas que Lachaume había cortado. Agarró el volante.

-Sube; vamos al diario; ganaste -apretó el embrague y agregó-: Muchas gracias.

-No hubiera creído eso de Lachaume -dijo Vicente.

-De Lachaume ni de nadie -dijo Enrique-. Atacar a alguien en su vida privada y de esa manera es una porquería.

-Es una porquería -dijo Vicente. Vaciló-. Pero hay una cosa que deberías comprender: ya no tienes vida privada.

-¡Cómo! -dijo Enrique-. Por supuesto que tengo una vida privada y me pertenece a mí solo.

-Eres un hombre público; todo lo que haces cae en el terreno público: ¡ahí tienes la prueba! Tendrías que ser inatacable en toda la línea.

-No hay defensa posible contra la calumnia -dijo Enrique.

Durante un momento anduvieron en silencio-. ¡Cuando pienso que fueron a elegir a Lachaume para hacer esa tarea! Justamente a Lachaume; es un refinamiento. Cómo deben aborrecerme -dijo Enrique.

-No supondrás que te quieren -dijo Vicente.

Llegaban ante el diario y Enrique bajó del coche. "Tengo algo que hacer. Estaré de vuelta dentro de cinco minutos", dijo. Se fué a pie. "¡No supondrás que te quieren!" No, no lo suponía; pero no había medido su hostilidad; los *slogans* trasnochados habían flotado en su corazón y en sus labios: adversario leal, combatirse en la estima; eran palabras viejas de dos años atrás, de varios siglos, cuyo sentido ya nadie comprendía. Sabía que los comunistas lo atacarían oficialmente; pero se decía que en secreto muchos seguirían estimándolo, y hasta que los haría reflexionar. "¡En verdad, me aborrecen!", se dijo. Caminaba siempre derecho, al azar; París era hermoso y melancólico como Brujas-la-muerta, bajo los oros brumosos del otoño, y el odio iba pegado a sus talones. Era una experiencia nueva, bastante atroz. "El amor nunca se dirige completamente a uno -pensó Enrique-; la amistad es precaria como la vida: pero el odio no erra a su hombre y es certero como la muerte." En adelante, fuera donde fuere, hiciera lo que hiciere, esa certidumbre lo acompañaría siempre: "¡Soy odiado!"

Scriassine esperaba a Enrique en su despacho. "Leyó *L'Enclume*, piensa que a la ocasión la pintan calva", se dijo Enrique. Preguntó:

-¿Tienes que hablarme? -agregó con fingida solicitud-. ¿Te pasa algo? Tienes mala cara.

-Tengo una jaqueca atroz: poco sueño y demasiada vodka, nada grave -dijo, Scriassine. Se irguió sobre la silla y reafirmó su rostro-. ¿Venía a preguntarte si has cambiado de opinión desde el otro día?

-No -dijo Enrique-. No cambiaré.

-¿No te hace reflexionar la manera como nos tratan los comunistas?

Enrique se echó a reír:

-Oh, reflexiono. Reflexiono mucho. No hago más que eso.

Scriassine suspiró profundamente:

-Esperaba que terminarías por ver con lucidez.

-¡Vamos! No te desesperes. ¿No me necesitas? -dijo Enrique.

-No se puede contar con nadie -dijo Scriassine-. La izquierda ha perdido su calor. La derecha no ha aprendido nada.-agregó con voz lúgubre-. Hay momentos en que tengo ganas de retirarme al campo.

-Retírate.

-No me siento con derecho -dijo Scriassine. Se pasó la mano sobre la frente con aire extenuado-. ¡Que dolor de cabeza!

-¿Quieres una aspirina?

-No, no; dentro de un rato debo juntarme con unos amigos, unos antiguos compañeros; nunca es muy agradable; entonces prefiero no estar demasiado lúcido.

Hubo un silencio.

-¿Vas a contestarle a Lachaume? -preguntó Scriassine.

-Por supuesto que no.

-Es una lástima. Cuando quieres, sabes defenderte. La respuesta a Dubreuilh se la mandaste bien.

-Sí. ¿Pero qué era exactamente? -dijo Enrique. Interrogó a Scriassine con la mirada-. Me pregunto si tu informante es serio.

-¿Que informante? -dijo Scriassine pasando una mano dolorosa sobre su rostro.

-El que pretende haber visto la tarjeta de Dubreuilh y su ficha.

-¡Oh! -dijo Scriassine con una sonrisita-. Nunca existió.

-¡No es posible! ¡Inventaste eso!

-A mis ojos Dubreuilh es un comunista, afiliado o no; pero yo no tenía ningún medio para hacerte compartir mi convicción, entonces hice un poco de trampa.

-¿Y si yo hubiera aceptado ver al tipo?

-La psicología más elemental garantizaba que te negarías.

Librodot

Enrique, consternado, miró a Scriassine; ¡ni siquiera conseguía guardarle rencor con una mentira aceptada con tanta naturalidad! Scriassine tuvo una sonrisita confusa:

-¿Estás enojado?

-Me sorprende que se puedan hacer cosas semejantes -dijo Enrique.

-En realidad te he hecho un favor -dijo Scriassine.

-Me permitirás que no te lo agradezca -dijo Enrique.

Scriassine sonrió sin contestar; se puso de pie:

-Tengo que ir a mi entrevista.

Enrique permaneció un largo rato inmóvil, la mirada fija. Si Scriassine no hubiera inventado esa impostura, ¿qué habría ocurrido? Quizá las cosas hubieran tomado el mismo cariz, quizá no. En todo caso detestaba pensar que había jugado con cartas marcadas: le daban unas ganas devoradoras de recobrar su juego. "¿Por qué no tratar de explicarme con Nadine?", se dijo bruscamente. Vicente solía verla; decidió preguntarle la fecha del próximo encuentro.

Cuando el jueves siguiente entró al café donde Nadine esperaba, Enrique se sintió vagamente conmovido; sin embargo, nunca le había dado mucha importancia al juicio de Nadine. Se plantó ante su mesa.

-Salud.

Ella alzó los ojos.

-Salud -dijo con indiferencia. Ni siquiera parecía asombrada.

-Vicente se demorará un poco: vine a advertirte. ¿Puedo sentarme?

Ella inclinó la cabeza sin contestar.

-Me alegra poder hablarte -dijo Enrique con una sonrisa-. Teníamos nuestras relaciones personales, nosotros dos; entonces quisiera saber si estar mal con tu padre me enemista contigo también.

-Oh, como relaciones personales nos veíamos cuando nos encontrábamos -dijo Nadine fríamente-. No vienes más a *Vigilance*, no nos vemos más: no hay problema.

-Te pido perdón, para mí hay uno -dijo Enrique-. Si no estamos enojados nada nos impide tomar una copa juntos de tanto en tanto.

-Nada nos obliga tampoco -dijo Nadine.

-¿Por lo que veo estamos enojados? -dijo Enrique. Ella no contestó y él agregó-: Sin embargo, ves a Vicente que está del mismo lado que yo,

-Vicente no ha escrito la carta que tú has escrito -dijo Nadine,

Enrique dijo con vivacidad:

-¡Reconoce que la de tu padre tampoco era amable!

-No es una razón y la tuya era francamente lamentable.

-Lo admito -dijo Enrique-, es que estaba enojado -miró a Nadine en los ojos- Me habían jurado, apoyándose en pruebas, que tu padre estaba afiliado al partido comunista. Me enfurecía que me lo hubiera ocultado: ponte en mi lugar.

-¡Con no creer esas tonterías! -dijo Nadine.

Cuando tenía ese aire cerrado no había que esperar convencerla; además, Enrique no hubiera podido justificarse sin acusar a Dubreuilh: dejó pasar.

-¿Me guardas rencor únicamente a causa de esa carta? -preguntó-. ¿O tus camaradas comunistas te convencieron de que soy un traidor social?

-No tengo camaradas comunistas -dijo Nadine. Clavó una mirada helada sobre el rostro de Enrique-. Traidor social o no, ya no eres el qué eras.

-Es idiota lo que estás diciendo -dijo Enrique con irritación-. Soy exactamente el mismo.

-No.

-¿En qué he cambiado? ¿.Desde cuándo? ¿Qué me reprochas? Explícate.

-Para empezar frecuentas gente horrible -dijo Nadine. Bruscamente su voz subió-. Creí que tú al menos querías que se recordara; dices cosas muy bien en tu pieza: que no hay que olvidar, y todo. Y en verdad eres exactamente igual a los demás.

-¡Ah, Vicente ha andado con chismes! -dijo Enrique.

-Vicente no: Sézenac -los ojos de Nadine fulguraron-. ¿Cómo puedes tocar la mano a esa mujer? ¡Yo preferiría dejarme desollar viva!

-Te diré lo que le dije el otro día a Vicente: mi vida privada me pertenece. Además, hace un año que conozco a Josette: el que ha cambiado no soy yo, eres tú.

-Yo no he cambiado; pero el año pasado no sabía lo que sé. ¡Y además confiaba en ti! -agregó en tono provocador.

-¿Y por qué cambiaste? -dijo Enrique con rabia.

Nadine bajó la cabeza con aire hermético.

-¿Tomaste partido contra mí en la cuestión de los campos? Estás en tu derecho. Pero de ahí a decidir que soy un cochino hay un gran margen. Es sin duda la opinión de tu padre -agregó con voz irritada-. Pero tú no tenías por costumbre tomar todo lo que dice por palabra de evangelio.

-No es una porquería haber hablado de los campos; eso se defiende solo a mi modo de ver -dijo Nadine con voz serena-. La cuestión es saber por qué lo has hecho.

-Me expliqué, ¿no?

-Diste razones públicas -dijo Nadine-. Pero tus verdaderas razones no las conocemos -de nuevo clavó en Enrique una mirada helada-. Toda la derecha te cubre de flores; es molesto. Me dirás que no puedes hacer nada: de todos modos es molesto.

-En fin, Nadine, ¿no pensarás seriamente que esa campaña era una maniobra para acercarme a la derecha?

-En todo caso ella se acerca a ti.

-¡Eso es idiota! -dijo Enrique-. Si yo hubiera querido pasarme a la derecha ya lo habría hecho. Ves muy bien que *L'Espoir* no ha cambiado de línea: y te juro que tengo mérito. ¿Vicente no te ha explicado lo que pasa?

-Vicente es ciego cuando se trata de sus amigos. Por supuesto, te defiende: eso prueba la pureza de su corazón y nada más.

-¿Y tú, cuando me acusas de ser un cochino, tienes pruebas? -dijo Enrique.

-No. Por eso no te acuso: desconfío, eso es todo. -Suspiró sin alegría.- Soy desconfiada de nacimiento.

Enrique se puso de pie.

-Está bien: desconfía todo lo que quieras. Pero cuando siento un poco de amistad por alguien trato más bien de darle crédito. Pero en efecto, no es tu género. Hice mal en venir discúlpame.

"La desconfianza, no hay nada peor -se dijo volviendo a su casa-. Prefiero que me arrastren por el lodo como Lachaume, es más franco." Los imaginaba sentados en el escritorio tomando el café: Dubreuilh, Nadine, Ana; no decían: es un cochino. "No, eran demasiado escrupulosos para eso: desconfiaban. ¿Qué se puede contestar a alguien que desconfía? Un criminal puede por lo menos buscarse excusas; ¿pero un sospechoso? Está enteramente desarmado. Sí, esto es lo que han hecho de mí -se dijo con rabia en los días que siguieron-: un sospechoso. ¡Y para colmo, todos me reprochan que tenga una vida privada! Pero no era ni un tribuno, ni un porta-estandarte, le importaba su vida, su vida privada. Y de política, en cambio, estaba hasta la coronilla; uno nunca está cumplido con ella; cada sacrificio crea nuevos deberes; primeramente el diario, y ahora querían prohibirle todos sus placeres, todos sus deseos. ¿En nombre de qué? De todos modos uno no hacía nada de lo que quería hacer, hasta hacía lo contrario: entonces no vale la pena molestarse. Decidió no molestarse y obrar como le diera la gana: en el punto en que estaba, eso no tenía ninguna importancia.

Asimismo, la noche en que se encontró sentado a una mesa entre Lucía Belhomme y Claudia de Belzunce, ante una botella de champaña demasiado dulce, Enrique se asombró bruscamente: " ¿Qué estoy haciendo aquí?" No le gustaba ni el champaña, ni las arañas, ni los espejos, ni el terciopelo de las banquetas, ni esas mujeres que exhibían con abundancia una piel gastada; no le gustaban ni Lucía, ni Dudule, ni Claudia, ni Vernon, m el joven actor maduro que decían era su amante.

Librodot

-Entonces ella entró al cuarto -contaba Claudia-, lo vió acostado en la cama desnudo, con un sexo chiquito. ..así -dijo señalando su meñique; y preguntó-: ¿Dónde se pone esto? ¿En la nariz?

Los tres hombres rieron ruidosamente y Lucía dijo con una voz un poco seca: "¡Muy gracioso!" Le halagaba frecuentar a una mujer de cuna, pero le irritaba el tono grosero que Claudia adoptaba cuando salía con inferiores. Lulu hacia esfuerzos patéticos para exhibir una distinción que estuviera a la altura de su elegancia; se volvió hacia Enrique.

-Rueri estaría muy gracioso en el papel del marido -susurró señalando al Joven galán que aspiraba con una pajita el *sherry glober* de Vernon.

-¿Qué marido?

-El marido de Josette.

-Pero no se le ve: muere al principio de la pieza.

-Ya sé; pero para el cine su historia es demasiado triste: Brieux sugiere que el marido haya podido escapar, huyó al *maquis*, y al final perdona a Josette.

Enrique se encogió de hombros:

-Brieux filmará mi pieza o nada.

-¡No va a despreciar dos millones porque le piden que resucite a un muerto!

-Afecta despreciar el dinero -dijo Claudia-. Sin embargo, se necesita mucho al precio a que está la manteca: costaba menos caro durante la ocupación.

-No hables así delante de un resistencialista -dijo Lucía.

Esa vez rieron todos en coro y Enrique sonrió con ellos. Si hubieran podido verlos y oírlos a todos en coro lo hubieran criticado tanto Lambert como Vicente, Volange como Lachaume, y Paula, Ana, Dubreuilh, Samazelle y hasta Lucas, y toda la muchedumbre anónima de los que esperaban algo de él. Justamente por eso estaba aquí, con esa gente, porque hubiera debido no estar. Estaba en falta, radicalmente, sin reserva, sin excusa: ¡qué descanso! Uno terminaba por hartarse de preguntarse sin cesar: ¿tengo razón o estoy equivocado? Al menos esta noche conocía la respuesta: estoy equivocado, perfectamente equivocado. Había roto con Dubreuilh para siempre, el S. R. L. lo había desautorizado, y la mayoría de sus ex camaradas se estremecían de escándalo pensando en él. En *L'Enclume*, Lachaume y los muchachos -cuántos otros a través de París y de la provincia- lo llamaban traidor. En las bambalinas del Studio 46 las ametralladoras tableteaban, los alemanes incendiaban una aldea francesa y la ira y el horror se despertaban en los corazones adormecidos. En todas partes el odio ardía. Esa era su recompensa: el odio, no había ningún medio de vencerlo. Beber: comprendía a Scriassine; llenó de nuevo su vaso.

-Lo que ha hecho es muy valiente -dijo Lucía.

-¿Qué cosa?

-Denunciar todos esos horrores.

-Oh, en ese tren hay millares de héroes en Francia -dijo Enrique-. Hoy, cuando uno ataca la U. R. S. S. no corre el riesgo de ser fusilado.

Ella miró a Enrique con aire perplejo:

-Sí, pero usted más bien se había hecho una posición en la izquierda; debe comprometerlo esa historia.

-¡Pero piense en las situaciones que puedo encontrar en la derecha!

-Derecha, izquierda, son nociones superadas -dijo Dudule-, lo que hay que hacer comprender al país es que la colaboración del capital y del trabajo es necesaria para su recuperación. Usted ha hecho un trabajo útil disipando uno de los mitos que se oponen a su reconciliación.

-No me felicite demasiado pronto -dijo Enrique.

Esa era la peor soledad: ser aprobado por esa gente. Once y media, la hora más temible; el teatro se vaciaba; todas esas conciencias que durante tres horas él había mantenido cautivas se desencadenaban juntas, y en un solo golpe se volvían contra él: ¡qué matanza!

-El viejo Dubreuilh debe echar humo -dijo Claudia con aire satisfecho.

-Dígame, ¿con quién se acuesta su mujer? -dijo Lucía-. Es mona. Porque, en fin, él es casi un anciano.

-No sé -dijo Enrique.

-Me concedió el honor de venir una vez a casa -dijo Lucía-. Es inaguantable. Detesto esas mujeres que se visten como cocineras para demostrar que tienen ideas sociales.

Ana era inaguantable; Dudule, que había viajado, explicaba que Portugal era un paraíso, y todos pensaban que la fortuna era un mérito y que merecían sus riquezas; pero a Enrique sólo le quedaba callar, puesto que había venido a sentarse junto a ellos.

-…noche -dijo Josette dejando sobre la mesa una carterita de mostacilla; llevaba un vestido verde generosamente escotado; Enrique no llegaba a comprender por qué, puesto que el deseo de los hombres la hería, se ofrecía tan pródigamente a sus miradas; no le gustaba que esa carne tierna fuera tan pública como un nombre. Ella se sentó a su lado en la cabecera de la mesa y él preguntó:

-¿Salió bien? ¿No silbaron?

-Oh, para ti es un triunfo -dijo ella.

En conjunto, la crítica no había sido demasiado mala para ella: una principiante como tantas; con ese físico y paciencia tenía todas las posibilidades de hacer una carrera honorable; pero estaba decepcionada. Su rostro se animó:

-¿Has visto? En la mesa del fondo está Felicia López: ¡qué bonita es!

-Tiene sobre todo muy lindas joyas -dijo Lucía.

-¡Es espléndida!

-Mi hijita -dijo Lucía sonriendo apenas-, nunca digas delante de un hombre que una mujer es linda; porque podría imaginarse que tú lo eres menos; y puedes estar segura que ninguna será nunca bastante tonta para pagarte con la misma moneda.

-Josette puede permitirse ser franca -dijo Enrique-. No tiene nada que temer.

-Con usted tal vez -dijo Lucía con un tono vagamente desdeñoso-; pero hay otros a los que no les divertiría tener frente a ellos esa cara llorosa; déle de beber: una mujer bonita debe estar alegre.

-No quiero beber -dijo Josette; su voz se quebró-. Tengo un grano en el labio; seguramente es el hígado; tomaré agua mineral.

-¡Qué generación! -dijo Lucía encogiéndose de hombros.

-Lo que tiene de bueno beber -dijo Enrique- es que uno termina por emborracharse.

-¿No estás borracho? -dijo Josette con inquietud.

-Oh, emborracharse con champaña es un trabajo de Hércules. -Tendió la mano hacia la botella y ella le tomó el brazo.

-Mejor. Porque tengo algo que decirte -vaciló-. Pero primeramente prométeme no enojarte.

Él rió:

-No puedo prometer sin saber.

Ella lo miró con impaciencia:

-Entonces no me quieres más.

-Bueno, dilo.

-Y bien, acepté un reportaje en *Eve Moderne* la otra noche. ..

-¿Qué has ido a contar?

-Dije que estábamos de novios. No es para obligarte a que te cases conmigo -dijo con vivacidad-. Pero nos ven todo el tiempo juntos y eso del noviazgo queda bien, ¿comprendes? -sacó de su cartera rutilante una página de revista y la extendió con aire satisfecho-. Por una vez han hecho un artículo amable.

Muy escotada, Josette reía junto a Enrique ante sus copas de champaña y él también reía; pensó con despecho: "Exactamente como en este momento. De ahí a imaginarse que me paso las noches tomando champaña, que estoy vendido a los Estados Unidos, no hay más que un paso." Sin embargo, no le gustaba todo ese

vano bullicio; frecuentaba los lugares de moda por complacer a Josette, pero no importaba; esos momentos continuaban al margen de su verdadera vida. Conservaba los ojos fijos sobre la foto:

-El hecho es que soy yo y que estoy aquí.

-¿Estás enojado? -dijo Josette-. Me habías prometido no enojarte.

-No estoy enojado -dijo; y pensó con decisión-: ¡Que se vayan todos al diablo! No le debía nada a nadie y estaba poniendo todas las culpas de su lado ¡eso era la verdadera libertad!

Ven a bailar-dijo.

Dieron algunos pasos en la pista abarrotada de hombres de *smocking* y de mujeres desnudas y Josette preguntó:

-¿Es verdad que te mortifica verme triste?

-Me mortifica verte triste.

Ella se encogió de hombros:

-No es culpa tuya.

-De todas maneras me mortifica -dijo-; no hay ninguna razón, ¿sabes?; tu prensa hablada es excelente, te aseguro que tendrás contratos.

-Sí, es tonto, es porque soy tonta: pensaba que al día siguiente del estreno, bruscamente todo habría cambiado; por ejemplo, que mamá ya no se atrevería a hablarme como me habla; y que además por dentro me sentiría diferente.

-Cuando hayas trabajado mucho, estarás segura de tu talento; entonces todo te parecerá distinto.

-No; lo que yo imaginaba. ..-vaciló- era mágico. -Resultaba conmovedora cuando trataba de vestir con palabras sus pensamientos inciertos.- Cuando alguien se enamora de uno, se enamora verdaderamente, es una magia, todo se transforma; yo creía que después del estreno sería así.

-Me dijiste un día que nadie se había enamorado de ti.

Ella se ruborizó:

-Oh, una vez; ocurrió una vez; cuando yo era muy chica, salía del colegio; casi no lo recuerdo.

Enrique dijo tiernamente:

-Sin embargo, pareces recordarlo. ¿Quién era?

-Un muchacho; pero se fué; se fué a Estados Unidos, lo he olvidado, es algo antiguo.

-¿Y nosotros dos? -preguntó Enrique-. ¿No es un poquito mágico?

Ella lo miró con una especie de reproche:

-Ah, eres bueno, me dices cosas agradables; pero no es cuestión de vida o muerte.

Enrique dijo un poco irritado:

-El muchacho tampoco, puesto que se fué.

-Ah, déjame tranquila con esa historia -dijo Josette con una voz fastidiada que Enrique no le conocía-. Se fué porque no le quedaba otro remedio.

-¿Pero no murió por eso?

-¿Qué sabes? -dijo ella.

-Discúlpame, querida -dijo asombrado por su violencia-. ¿Ha muerto?

-Murió. Murió en Estados Unidos; ¿estás contento?

-No sabía, no te enojes -murmuró Enrique llevándola de vuelta a la mesa.

¿Era entonces capaz después de diez años de tener recuerdos tan lacerantes? "¿Puede querer más de lo que me quiere?", se preguntó disgustado. "Mejor si no me quiere, así no tengo responsabilidad, no estoy en falta." Bebió una tras otra varias copas. De pronto todos los objetos a su alrededor empezaron a existir: eran fascinantes esos mensajes que emitían con una rapidez desconcertante y que él solo captaba; desgraciadamente los olvidaba en seguida; esa varita de madera colocada con negligencia a través de una de las copas, él ya no recordaba lo que significaba; y la araña, ese enorme pendiente de cristal, ¿qué representaba? El pájaro que se balanceaba sobre la cabeza de Lucía era una estela funeraria:

muerto, embalsamado, era para si mismo su propio monumento fúnebre: como Luis. ¿Por qué Luis no se habría disfrazado de pájaro? En verdad eran todos animales disfrazados; de tanto en tanto se producía en sus cerebros una pequeña sacudida eléctrica y entonces las palabras les salían de la boca.

-Mira -le dijo a Josette-. Los han transformado a todos en hombres: el chimpancé, el perro, el avestruz, la foca, la jirafa, y hablan, hablan, pero nadie comprende lo que los demás dicen. ¿Ves?, tú no me comprendes: nosotros dos tampoco, no somos de la misma especie.

-No, no te comprendo -dijo Josette.

-No importa -dijo él con indulgencia-, no importa nada -se levantó-. Ven a bailar.

-¿Pero qué te pasa? Me pisas el vestido. ¿Has bebido demasiado?

-Nunca es demasiado -dijo él-. ¿De veras no quieres beber un poco? Uno se siente tan bien. Podría hacer cualquier cosa: pegarle a Dudule, abrazar a tu madre. ..

-¿No vas a abrazar a mamá? ¿Qué tienes? ¡Nunca te he visto así!

-Me verás -dijo él. Un montón de recuerdos bailaban caprichosamente en su cabeza y una frase de Lambert le volvió a la memoria-: "¿Ves? -dijo solemnemente-, ¡integro el mal!"

-¿Pero qué estás diciendo? Ven asentarte.

-No, bailemos.

Bailaron, se sentaron, volvieron a bailar; Josette se había alegrado m poco:

-Mira, ese tipo alto que acaba de entrar es Juan Claudio Sylvère -dijo ella con voz deslumbrada-. Es verdaderamente buena esta *boîte*. Volveremos.

-Sí, es muy buena -dijo Enrique.

Miró a su alrededor con sorpresa. ¿Qué hacía exactamente aquí? Las cosas de pronto habían callado, él tenía sueño y el estómago pesado. "Debe ser esto la farra." Al menos uno escapaba: una noche uno puede escapar con un poco de suerte y mucho whisky, decía Scriassine, que sabía a qué atenerse; con el champaña también andaba: uno olvidaba sus culpas y sus razones, olvidaba el odio, lo olvidaba todo.

-Está bien -repitió Enrique-. Y además, no es cierto, como dicen, uno no se divierte por divertirse. Volveremos, querido; volveremos.

CAPÍTULO VIII

Es una extraña empresa vivir un amor rechazándolo. Las cartas de Lewis me partían el corazón. “¿Pero es que voy a seguir queriéndola más y más cada día?”, me escribía. Y otra vez: “Buena broma pesada me ha hecho. Ya no puedo traer a casa mujeres de una noche. Ya no tengo nada para ofrecerles a aquellas a las que hubiera podido darles un pedacito corazón.” ¡Que ganas tenía cuando oía esas palabras de arrojarme en sus brazos! Puesto que me estaba vedado debí decirle: “Olvídame.” Pero no quería decirlo; quería que me quisiera; quería el daño que le hacía; soportaba su tristeza en el remordimiento. Yo también sufría por mi cuenta; ¡qué lentamente pasaba el tiempo, qué rápido pasaba! Lewis estaba siempre igualmente lejos de mí; pero yo día a día me acercaba a la vejez; nuestro amor envejecía, un día moriría sin haber vivido. Era un pensamiento insoportable. Yo estaba contenta de dejar Saint-Martin, de volver al París de los enfermos, de los amigos, del ruido, de las ocupaciones que me impedían pensar en mí.

Yo no había vuelto a ver a Paula desde el mes de junio. Claudia se había embelesado con ella y la había invitado a pasar el verano en su castillo burguiñón: ante mi sorpresa Paula había aceptado. Cuando a mi regreso a París le telefoneé me desconcertó la cortesía alegre y distante de su voz:

-Por supuesto. Estaré encantada de verte.¿Estarías libre mañana para ir a la inauguración de Marcadier?

-Preferiría verte más tranquilamente. ¿No tienes otro momento?

-Es que estoy muy ocupada. Espera. ¿Puedes pasar mañana después de almorzar?

-Me queda muy bien. De acuerdo.

Por primera vez desde hacía años Paula estaba vestida de calle cuando me abrió la puerta; llevaba un traje sastre de última moda, en "fil a fil" gris, y una blusa negra: se había hecho un peinado recogido y llevaba flequillo; se había depilado las cejas; su rostro tenía los rasgos más gruesos y la piel levemente paspada.

-¿Cómo estás? -dijo afectuosamente-. ¿Pasaste buenas vacaciones?

-Excelentes. ¿Y tú? ¿Te divertiste?

-Lo pasé estupendamente -dijo con un tono que me pareció cargado de dobles sentidos. Me escrutaba con una mirada a la vez incómoda y provocadora-. ¿No me encuentras cambiada?

-Estás espléndida -dije-. Y tienes un traje muy lindo.

-Me lo regaló Claudia: es de Balmain.

No había nada que decir contra ese corte refinado ni contra esos zapatos elegantes. Quizá lo que pasaba era que yo no estaba acostumbrada a su nuevo estilo: Paula me parecía más insólita que con sus vestimentas pasadas de moda que antes se inventaba. Se sentó, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo.

-¿Sabes? -dijo con una risita-, soy una mujer nueva.

No supe qué contestarle y dije tontamente:

-¿Es la influencia de Claudia?

-Claudia fué sólo un pretexto. Aunque es alguien muy notable -dijo. Soñó un segundo-. La gente es más interesante de lo que yo creía. En cuanto uno deja de tenerlos a distancia, no piden otra cosa que ser amables -me examinó con aire crítico-. Deberías salir más.

-Quizá -dije cobardemente-. ¿Quién estaba allá?

-¡Oh!, todo el mundo -dijo con voz deslumbrada.

-¿Vas a ponerte a tener un salón tú también?

Rió:

-¿Crees que no sería capaz?

-Al contrario.

Alzó las cejas:

-¿Al contrario? -Hubo un breve silencio y dijo con voz seca:- En todo caso, por el momento se trata de otra cosa.

-¿De qué?

-Estoy escribiendo.

-¡Está bien! -dije cargando mi voz de entusiasmo.

-Yo no me veía nada como mujer de letras -dijo con una sonrisa-, pero allá todos dijeron que era un crimen dejar perder tantos dones.

-¿Y qué escribes? -dije.

-Se les puede dar el nombre que uno quiera: novelas o poemas. No son cosas fáciles de catalogar.

-¿Le mostraste tu trabajo a Enrique?

-Por supuesto que no. Le dije que escribía, pero no le mostré nada -se encogió de hombros-. Estoy segura de que se quedaría desconcertado. Nunca trató de inventar formas nuevas. Además, la experiencia que hago debo hacerla sola -me miró de frente y dijo con solemnidad-: He descubierto la soledad.

-¿Ya no estás enamorada de Enrique?

-Sí, pero lo quiero como persona libre -arrojó su cigarrillo en la chimenea vacía-. Su reacción fué curiosa.

-¿Se dió cuenta de que habías cambiado?

-Evidentemente: no es estúpido.

-En efecto.

Yo me sentía estúpida. Interrogué a Paula con la mirada.

-Para empezar, a su regreso ni lo llamé -dijo con voz satisfecha-. Esperé que él me llamara; cosa que no tardó en hacer -se recogió un instante-. Yo me había puesto mi lindo traje sastre, le abrí la puerta con un aire muy tranquilo, y en seguida cambió de cara; sentí que estaba impresionadísimo; apoyó su frente en la ventana dándome la espalda para ocultar su cara mientras yo le hablaba serenamente de nosotros, de mí. Y después me miró con un aire muy extraño. Y comprendí que acababa de resolver ponerme aprueba.

-¿Por qué ponerte aprueba?

-Por un instante estuvo a punto de proponerme reanudar la vida en común; y después se dominó. Quiere estar seguro de mí. Tiene derecho a dudar: no he sido fácil con él durante estos dos años.

-¿Entonces?

-Me explicó gravemente que está enamorado de Josette -se echó a reír con abandono-. ¿Te das cuenta?

Vacilé:

-Tiene un lío con ella, ¿no?

-Por supuesto. Pero no tenía necesidad de hacerme creer que la quería. Si la quisiera, seguramente no me lo hubiera dicho. Me puso en observación, ¿comprendes? Pero gané de antemano, puesto que me basto a mí misma.

-Comprendo -dije. Junté todo mi coraje en una gran sonrisa confiada.

-Lo más divertido -dijo ella alegremente- es que al mismo tiempo era de una coquetería inimaginable: no quiere que yo le pese, pero si dejara de quererlo, creo que sería capaz de matarme. ¿Ves?, me habló del Museo Grévin.

-¿A propósito de qué? -

-Así, a boca de jarro; Parece que hay un vago académico (Mauriac o Duhamel) que va a tener su estatua en el Museo Grévin; ¡te imaginas si a Enrique puede importarle! En verdad era una alusión a esa famosa tarde en que se enamoró de mí. Quiere que lo recuerde.

-Es complicado -dije.

-Pero no -dijo ella-. Es candoroso. Además, no hay que hacer sino una cosa muy sencilla. Dentro de cuatro días es el ensayo general, hablaré con Josette.

-¿Para decirle qué? -pregunté con inquietud.

-Oh, todo y nada. Quiero conquistarla -dijo Paula con una leve sonrisa. Se levantó-. ¿De veras no quieres ir a esa inauguración?

-No tengo tiempo.

Se plantó una boina negra en la cabeza, se puso guantes.

-Sinceramente: ¿cómo me encuentras?

Ya no era en mí, era en su rostro donde yo descifraba mis réplicas. Contesté con convicción:

-¡Estás perfecta!

-¿Nos veremos el jueves en el estreno? -dijo-. ¿Vendrás a la cena?

-Por supuesto.

Bajé con ella. Su andar también había cambiado. Siguió derecho, muy segura, pero era una seguridad de sonámbula.

Tres días antes del estreno asistí con Roberto a una representación de los *Sobrevivientes*. Nos quedamos ambos muy impresionados. A mí me gustan todos los libros de Enrique, me conmueven personalmente; pero reconozco que nunca había hecho nada tan bueno. Eran nuevos en él esa violencia verbal, ese lirismo a la vez burlesco y negro. Y además, esta vez ya no había ninguna distancia entre el lirismo y las ideas: bastaba estar atento a la anécdota y el sentido de la pieza se imponía a uno; como ese sentido se unía a una historia singular y convincente tenía la riqueza de la realidad. "¡Esto es verdadero teatro!", decía Roberto. Yo esperaba que todos los espectadores iban a reaccionar como nosotros. Pero ese drama, que era a la vez farsa y tragedia, tenía un gusto de carne cruda que corría el riesgo de espantarlos. Cuando se alzó el telón, la noche del estreno, me sentí muy inquieta. Josette carecía netamente de medios, pero se portó bien cuando la gente

empezó a hacer barullo. Después del primer acto hubo una enormidad de aplausos. Y aun más al final; fué un verdadero triunfo. Decididamente, en la vida de un escritor que no tiene demasiada mala suerte hay serios momentos de alegría; debe de ser muy emocionante saber así, de golpe, que uno ha logrado su objetivo.

Al entrar al restaurante tuve un gran impulso de simpatía hacia Enrique; ¡es tan rara la verdadera sencillez! A su alrededor todo sonaba falso: las sonrisas, las voces, las palabras, y él estaba exactamente igual a sí mismo; parecía contento, un poco avergonzado, y a mí me hubiera gustado decirle un montón de cosas amables; pero no debía esperar: al cabo de cinco minutos ya se me había anudado la garganta. Hay que decir que no tuve suerte, caí sobre Lucía Belhomme en el momento en que le decía a Volange, señalándole a dos jóvenes actrices judías: "No eran crematorios los de los alemanes, eran incubadoras." Yo conocía la broma; pero nunca la había oído con mis propios oídos; sentí horror a la vez de Lucía Belhomme y de mí misma. Y me las tomé contra Enrique. En su cuarto decía cosas muy lindas sobre el olvido; pero era más bien olvidadizo él también. Vicente pretendía que la vieja Belhomme había sido rapada y que lo merecía. Y Volange, ¿qué hacía aquí? Ya no tuve ganas de felicitar a Enrique. Creo que sintió mi incomodidad. Me quedé un ratito a causa de Paula, pero me sentía tan molesta que bebí sin medida: no me sirvió de nada. Recordaba las palabras que Lambert le había dicho a Nadine. ¿Con qué derecho me empeño en recordar? -me pregunté-. He hecho menos que los demás, he sufrido menos que los demás; si ellos han olvidado, si hay que olvidar, a mí también sólo me queda olvidar." Pero me regañaba en vano: tenía ganas de insultar a alguien o de llorar. Reconciliarse, perdonar, qué palabras hipócritas. Uno olvida, eso es todo. Olvidar a los muertos ya no bastaba. Ahora olvidamos los asesinatos, olvidamos a los asesinos. De acuerdo, no tengo ningún derecho; pero si los ojos se me llenan de lágrimas es cuestión mía.

Paula habló largamente con Josette aquella noche; no supe lo que le dijo. Durante las semanas que siguieron me pareció que me evitaba; salía, escribía, estaba atareada e importante. Yo no me inquieté por ella: estaba demasiado ocupada por demasiadas cosas. Al volver a casa una noche encontré a Roberto blanco de ira; era la primera vez en mi vida que lo veía fuera de si: acababa de disgustarse con Enrique. Me contó la escena en algunas frases sueltas y me dijo con voz cortante:

-No trates de excusarlo. Es inexcusable.

No lo intenté en seguida, me había quedado sin voz. ¡Quince años de amistad borrados en una hora! Enrique no se sentaría nunca más en ese sillón, no oiríamos nunca mas su voz alegre. ¡Qué solo iba a estar Roberto! y Enrique: ¡qué vacío en su vida! No, eso no podía ser definitivo. Recobré la palabra:

-Es absurdo -dije-. Se excitaron los dos. En un caso semejante podías estar en desacuerdo políticamente con Enrique sin retirarle tu amistad. Estoy segura que es de buena fe. No es tan fácil ver claro. Debo decir que si tuviera que tomar decisiones bajo mi propia responsabilidad me sentiría muy desorientada.

-Pareces creer que eché a Enrique a puntapiés -dijo Roberto-. Nadie deseaba más que yo arreglar las cosas amistosamente. Pero él se fué golpeando la puerta.

-¿Estás seguro de no haberlo emplazado para que cediera o rompieran? -dije-. Cuando le pediste que *L'Espoir* fuera el diario del S. R. L. él estaba convencido que en caso de negarse perdería tu amistad. Esta vez, como no quería ceder, prefirió sin duda terminar en seguida.

-No has asistido a la escena -dijo Roberto-. Desde el principio demostró una flagrante mala voluntad. No digo que una conciliación fuera fácil; pero al menos se podía tratar de evitar un escándalo. En vez de eso recusó todos mis argumentos, se negó a discutir con el comité; hasta llegó a insinuar que yo estaba secretamente afiliado al partido comunista. Quieres que te lo diga: él buscó esta ruptura.

-¡Qué ideal -dije

Enrique habla alimentado seguramente serios rencores contra Roberto, pero hacía tiempo de eso. ¿Por qué pelearse ahora?

Roberto miró a lo lejos con aire duro:

-Lo molesto, ¿comprendes?

-No, no comprendo -dije.

-Anda en malos pasos -dijo Roberto-. ¿Viste la clase de gente que frecuenta? Nosotros somos su conciencia: prefiere liberarse de ella.

-Eres injusto -dije-. Yo también estaba asqueada la otra noche; pero tú mismo me demostraste que hoy, hacer dar una pieza obliga necesariamente a ciertos compromisos; y con Enrique eso no tiene mayores consecuencias. Apenas frecuenta a esa gente. Se acuesta con Josette: pero puedes estar tranquilo, no es ella quien influye en él.

-En sí esa cena no era grave -dijo Roberto-, pero es un indicio. Enrique es un tipo que se prefiere, quiere poder preferirse tranquilamente sin tener que dar cuentas a nadie.

-¿Se prefiere? -dije-. Se pasa la vida haciendo cosas que lo cargan. Tú mismo has reconocido a menudo que era muy abnegado.

-Cuando tiene ganas, sí. Pero el hecho es que la política le carga. No está seriamente preocupado sino de sí mismo -Roberto me interrumpió con un gesto impaciente-. Eso es lo que más le reprocho; en este asunto sólo pensó en lo que la gente diría de él.

-No me digas que la existencia de los campos lo deja indiferente -dije.

-A mí tampoco me deja indiferente, el problema no es ése -dijo Roberto. Se encogió de hombros-. Enrique no quiere que lo acusen de dejarse intimidar por los comunistas; prefiere pasar efectivamente al campo de los anticomunistas. En esas condiciones le conviene estar mal conmigo. Podrá moldearse sin esfuerzo una hermosa figura de intelectual de gran corazón, que será aplaudida por toda la derecha.

-A Enrique no le interesa gustar a la derecha -dije.

-Quiere gustarse a sí mismo y eso lo arrastrará fácilmente a la derecha; porque en la izquierda las hermosas figuras no encuentran muchos aficionados. -Roberto alzó la mano hacia el teléfono.- Voy a convocar al comité para mañana por la mañana.

Durante toda la noche Roberto estuvo rumiando con aire malévolo la carta que quería someter al comité. Tuve el corazón enlutado por la mañana cuando al desplegar *L'Espoir* vi impresas las dos cartas en las que él y Enrique cambiaban desautorizaciones injuriosas. Nadine también estaba consternada; conservaba mucha amistad por Enrique y, por otra parte no soporta que ataquen públicamente a su padre.

-Es Lambert el que empujó a Enrique -me dijo con rabia.

Yo hubiera querido comprender lo que había pasado en la cabeza de Enrique. Las interpretaciones de Roberto eran demasiado malévolas. Lo que más le indignaba era que Enrique no le hubiera hablado con confianza; pero después de todo, me dije, le dió bastantes motivos para desconfiar. Me diría que después de tanto tiempo Enrique podía haber pasado la esponja. Es muy bonito, pero el pasado no se olvida a voluntad. Y sé por experiencia que uno es fácilmente injusto con la gente que uno no tiene costumbre de juzgar. Yo misma, so pretexto que en las pequeñas cosas Roberto ha envejecido un poco, suelo dudar de el: me doy cuenta hoy que si decidió callar el asunto de los campos es por razones sólidas, pero yo creí que era por debilidad. Entonces comprendo a Enrique; él también ha admirado a Roberto ciegamente; aunque conociera su imperialismo lo siguió siempre en todo, aun cuando eso lo obligaba a vivir a contrapelo. El asunto Trarieux debe de haberlo marcado justamente por eso; puesto que Roberto había podido decepcionarlo una vez, Enrique creyó que se había vuelto capaz de cualquier cosa.

En fin, era inútil epilogar sobre eso, ya no se podía volver atrás. El problema que ahora se planteaba era qué iba a ser del S. R. L. Dividido, desorganizado, privado de diario, estaba condenado a desintegrarse rápidamente. Por intermedio de Lenoir, Lafaurie sugirió su fusión con los grupos paracomunistas. Roberto contestó

que quería esperar las elecciones antes de tomar ninguna decisión; pero yo sabia que no aceptaría. Es verdad que el descubrimiento de los campos no lo había dejado indiferente: no tenía el menor deseo de acercarse a los comunistas. Los miembros del S. R. L. eran libres de inscribirse en el P. C., pero el movimiento como tal dejaría sencillamente de existir.

Lenoir fué el primero en afiliarse. Se alegraba que el escándalo del S. R. L. le hubiera abierto los ojos. Muchos otros lo siguieron: es bárbara la cantidad de gente cuyos ojos se abrieron en noviembre después del éxito comunista. María Ángel vino a pedirle a Roberto una interviú para *L'Enclume*.

-¿Pero desde cuando es comunista? -dije.

-Desde que comprendí que había que tomar partido -me contestó, mirándome con un aire de superioridad hastiada.

Roberto le negó la interviú. Todas esas conversaciones a su alrededor lo excitaban. Y pese a su rencor contra Enrique, el artículo de Lachaume lo asqueó. Cuando Lenoir volvió a la carga lo escuchó con impaciencia.

-La mejor respuesta que los comunistas podían dar a esta campaña inmunda es el éxito de las elecciones -dijo Lenoir con voz entusiasta-. Perron y su barra no consiguieron desplazar una sola voz -miró a Roberto con aire cómplice-. Ahora el S. R. L. lo seguirá como un solo hombre si usted le propone la fusión que encarábamos el otro día.

-El S. R.L. ha muerto -dijo Roberto-, y yo no hago más política.

-Vamos -dijo Lenoir; sonrió-. Los miembros del S. R. L. están todavía vivos; bastará una palabra de usted para unirlos a todos.

-No tengo la intención de decirla -dijo Roberto-. Yo ya no estaba de acuerdo con los comunistas antes de la cuestión de los campos; no es ahora cuando voy a echarme en sus brazos.

-Los campos. .. pero vamos, usted se negó a participar en esa mistificación -dijo Lenoir.

-Me negué a hablar de los campos pero no a creer en su existencia -dijo Roberto-. A priori, siempre hay que creer en lo peor, ese es el verdadero realismo.

Lenoir frunció el ceño.

-Hay que saber encarar lo peor y superarlo -dijo-. Pero entonces repróchele todo lo que quiera a los comunistas; eso no debe impedirle marchar con ellos.

-No -repitió Roberto-, la política y yo se acabó. Vuelvo a mi cueva.

Yo sabía muy bien que el S. R. L. no existía más y que Roberto no tenía ningún proyecto nuevo; sin embargo, sentí un choque oyéndolo declarar que Roberto volvía definitivamente a su cueva. En cuanto Lenoir se hubo ido pregunté:

-¿Terminaste de veras con la política?

Roberto sonrió: -Tengo la impresión de que ella terminó conmigo. ¿Qué puedo hacer?

-Estoy segura que si buscaras encontrarías -dije.

-No -dijo él-. Hay una cosa de la que empiezo a convencerme: hoy las minorías no tienen nada que hacer -se encogió de hombros-. No quiero ni trabajar con los comunistas ni contra ellos. ¿Entonces?

-Entonces conságrate a la literatura -dije alegremente.

-Sí -dijo Roberto sin entusiasmo.

-Siempre podrás escribir artículos en *Vigilance*.

-En alguna oportunidad los escribiré. Pero, decididamente, lo que uno escribe no tiene mucho peso. Es verdad lo que dijo Lenoir, los artículos de Enrique no influyeron en nada en las elecciones.

-Lenoir parece creer que Enrique está desolado -dije-, pero es injusto: por lo que tú mismo me has dicho no lo deseaba.

-No sé lo que deseaba -dijo Roberto con voz hostil-. No estoy seguro que él mismo lo haya sabido.

-En todo caso -dije con vivacidad-, reconocerás que *L'Espoir* no ha caído en el anticomunismo

-Hasta ahora no -dijo Roberto-. Hay que esperar la continuación.

Me irritaba pensar que Roberto y Enrique se habían disgustado a causa de una historia que terminaba diluyéndose. No era el caso de una reconciliación, pero visiblemente Roberto se sentía muy solo. No era un invierno feliz. Las cartas que yo recibía de Lewis eran alegres, pero no me reconfortaban. Nevaba en Chicago, la gente patinaba sobre el lago, Lewis pasaba días enteros sin salir de su cuarto, se contaba cuentos: se contaba que en el mes de mayo bajaríamos el Mississippi en barco, que dormiríamos juntos en una cabina, mecidos por el ruido del agua; parecía creerlo; sin duda desde Chicago el Mississippi no parecía tan lejos. Pero yo sabía que para mí ese día frío y gris que volvía a empezar a cada despertar renacería sin fin: "Nunca volveremos a estar juntos, ya no habrá primavera", pensaba.

Fué una de esas noches sin porvenir cuando oí en el teléfono la voz de Paula; hablaba en tono imperioso:

-Ana, ¿eres tú? Ven en seguida, necesito hablarte, es urgente.

-Lo lamento -dije-. Tengo gente a comer; pasaré mañana por la mañana.

-No comprendes; me pasa algo terrible y sólo tú puedes ayudarme.

-¿No puedes pasar un instante por aquí?

Hubo un silencio:

-¿Quiénes van a comer?

-Los Pelletier y los Cange.

-¿Enrique no está ahí?

-No.

-¿Estás segura?

-Evidentemente estoy segura.

-Entonces voy. Pero no les digas nada.

Media hora más tarde llamó y la hice entrar a mi cuarto; un pañuelo oscuro ocultaba su pelo; el polvo con que se había rociado no ocultaba su nariz hinchada. Su aliento tenía un pesado olor a menta y a vino. Paula había sido tan bonita que yo nunca había imaginado que pudiera dejar de serlo por completo: había algo en su rostro que resistiría a todo; y de pronto se veía; estaba hecho como los demás con una carne esponjosa: más de 80 % de agua. Se arrancó el pañuelo y se dejó caer sobre el diván:

-Mira lo que acabo de recibir.

Era una carta de Enrique, algunas líneas escritas con letra clara sobre una hojita blanca: “Paula: No hacemos más que hacernos daño. Es mejor dejar por completo de vernos. Trata de no pensar más en mí. Deseo que un día podamos ser amigos. Enrique”

-¿Comprendes algo? -me dijo.

-No se atrevió a hablarte -dije-. Prefirió escribirte.

-¿Pero qué significa?

-Me parece claro.

-Tienes suerte.

Me miró con aire interrogador y terminé por murmurar:

-Es una carta de ruptura.

-¿De ruptura? ¿Has visto cartas de ruptura escritas así?

-No tiene nada de extraordinario.

Se encogió de hombros:

-Vamos. Y además, ¿qué hay para romper entre nosotros? Puesto que él acepta la idea de amistad yo no deseo otra cosa.

-¿Estás segura de no haberle dicho que lo querías?

-Lo quiero más allá de este mundo: ¿En qué molesta nuestra amistad? Y además, él exige ese amor -dijo con voz violenta que de pronto me recordó la voz de Nadine-. ¡Esta carta es de una hipocresía indignante! En fin, reléela: trata de no pensar más en mí. ¿Por qué no dice, simplemente, no pienses más en mí? Se traiciona, quiere que yo me torture intentándolo, pero no que lo logre. Y en el

mismo momento, en vez de poner normalmente: querida Paula, escribe: Paula.-su voz tembló al pronunciar su nombre.

-Temió que el querida te pareciera hipócrita.

-En absoluto. Bien sabes que en amor, en los momentos más fuertes, uno sólo dice el nombre desnudo. Él quiso hacerme oír su voz de alcoba, ¿comprendes?

-¿Pero por qué? -dije.

-Es lo que vengo a preguntarte -dijo mirándome con aire acusador; apartó los ojos-. Sólo nos hacemos mal. ¡Es el colmo! ¡Pretende que lo atormento!

-Supongo que sufre al hacerte sufrir.

-¿Y se imagina que esta carta me resultará agradable? ¡Vamos! ¡Vamos! No es tan estúpido.

Hubo un silencio y yo pregunté:

-¿Qué supones?

-No veo claro -dijo ella-. Nada claro. No suponía que pudiera ser tan sádico -se pasó laso manos por las mejillas con aire agotado-. Yo tenía la impresión de haber ganado casi; se había vuelto confiado, cordial; más de una vez sentí que estaba dispuesto a decirme que la prueba había terminado. Y después, el otro día, tuve que hacer una falsa maniobra.

-¿Qué pasó?

-Los periodistas anunciaron su casamiento con Josette. Naturalmente, no lo creí ni por un minuto. ¿Cómo podía casarse con Josette puesto que yo soy su mujer? Eso formaba parte de la prueba y lo comprendí en seguida. Vino a confesarme que era una mentira.

-¿Si?

-Puesto que te lo digo. ¿O tú también desconfías de mí?

-Te dije “si”, no era una pregunta.

-Dijiste ¿sí? En fin, pasemos. Vino. Traté de explicarle que podía poner fin a esa comedia; que nada de lo que le ocurre en este mundo puede en adelante alcanzarme, y que lo quiero en un total renunciamiento. No sé si he sido inhábil o si él es loco. A cada palabra que yo decía él oía otra: era horrible. ..

Hubo un largo silencio y pregunté con prudencia:

-¿Pero qué piensas que quiere exactamente de ti?

- Me miró con aire sospechoso:

-En fin, ¿a que juego juegas?

-No juego a ningún juego.

-Me haces preguntas estúpidas.

Después de un nuevo silencio agregó:

-Sabes perfectamente lo que quiere. Quiere que yo le dé todo sin pedirle nada; es muy simple. Lo que no sé es si ha escrito esa carta porque cree que todavía exijo su amor, o porque teme que le niegue el mío. En el primer caso es la comedia que continúa. En el segundo. ..

-¿En el segundo. ..?

-Es una venganza -dijo sombríamente. De nuevo su mirada se posó sobre mí, vacilante, desconfiada y sin embargo imperiosa-. Tienes que ayudarme.

-¿Cómo?

-Tienes que hablarle a Enrique y tienes que convencerlo.

-Pero: Paula, sabes muy bien que Roberto y yo acabamos de enemistarnos con Enrique.

-Ya sé -dijo ella vagamente-. Pero sigues viéndolo.

-Por supuesto que no.

Vaciló: -Admitámoslo. En todo caso puedes verlo: no te tirará por la escalera.

-Pensará que tú me mandas y lo que yo diga no tendrá ningún peso.

-¿Eres mi amiga?

-Evidentemente.

Me lanzó una mirada desamparada y de pronto su rostro se aflojó y se echó a llorar.

-Dudo de todo -dijo.

-Paula, soy tu amiga -contesté.

-Entonces háblale -dijo-. Dile que no puedo más, que ya basta: pude cometer errores. Pero hace demasiado tiempo que me tortura. Dile que no siga.

-Supongamos que yo dé ese paso -dije-. Cuando te repita lo que me ha dicho Enrique, ¿me creerás?

Se levantó, se secó los ojos, volvió a ponerse el pañuelo.

-Te creeré si me dices la verdad -dijo caminando hacia la puerta.

Yo sabía que era perfectamente inútil hablar con Enrique; en cuanto a Paula, toda conversación amistosa sería en adelante vana; hubiera habido que acostarla sobre el diván y empezar a interrogarla; felizmente, no nos es permitido tratar a alguien a quien conocemos íntimamente: yo hubiera tenido la impresión de cometer un abuso de confianza. Me sentí cobardemente aliviada cuando se negó a levantar el receptor y contestó a mis dos cartas con unas líneas lacónicas: "Perdóname. Necesito soledad. Te llamaré un día de éstos."

El invierno seguía arrastrándose. Nadine estaba muy inestable desde su ruptura con Lambert; aparte de Vicente, no veía a nadie más. Ya no hacía periodismo, se limitaba a ocuparse de *Vigilance*. Roberto leía enormemente, me llevaba a menudo al cine y se pasaba horas oyendo música: se había puesto a comprar discos frenéticamente. Cuando desarrolla así una nueva manía, quiere decir que su trabajo anda mal.

Una mañana, mientras tomábamos el desayuno, hojeando los diarios, caí sobre un artículo de Lenoir; era la primera vez que escribía en un diario comunista y se había puesto bravo; a todos sus ex amigos los ejecutaba dentro de las reglas; Roberto era el menos maltratado; en revancha, se desencadenaba contra Enrique.

-Mira esto -dije.

Roberto leyó y arrojó el diario:

-Hay que confesar que Enrique tiene mucho mérito en no hacerse anticomunista.

-Te había dicho yo que aguantaría.

-Debe de haber una lucha en el diario -dijo Roberto-. Se siente en los artículos de Samazelle que está loco de ganas de pasarse a la derecha; Trarieux también, evidentemente, y Lambert es más que dudoso.

-Oh, Enrique no está bien colocado -dije. Sonreí-. En el fondo está más o menos en la misma situación que tú: los dos están mal con todo el mundo.

-Debe de molestarle más que a mí -dijo Roberto.

Había casi benevolencia en su voz; tuve la impresión de que su rencor contra Enrique empezaba a disiparse.

-Nunca conseguiré comprender por qué se disgustó contigo de esa manera -dije-. Estoy segura de que hoy se muerde los puños.

-Lo he pensado a menudo -dijo Roberto-. Al principio yo le reprochaba haber pensado demasiado en sí mismo, en este asunto. Ahora me digo que no estaba tan equivocado. En el fondo teníamos que decidir lo que hoy en día puede y debe ser el papel de un intelectual. Callar era elegir una solución muy pesimista: a su edad es natural que se haya encabritado.

-La paradoja es que a Enrique le importaba mucho menos que a ti representar un papel en política -dije.

-Quizá haya comprendido que había otras cosas en juego -dijo Roberto.

-¿Qué cosas?

Roberto vaciló:

-¿Quieres el fondo de mi pensamiento?

-Evidentemente.

-Un intelectual ya no tiene ningún papel.

-¿Cómo es eso? Puede escribir, ¿no?

-Oh, uno puede divertirse enhebrando palabras como quien enhebra perlas, cuidándose de no decir nada. Pero aun así es peligroso.

-Vamos -dije-, en tu libro defiendes la literatura.

-Espero que lo que he dicho será verdad algún día -dijo Roberto-. Por el momento creo que lo mejor que podemos hacer es hacernos olvidar.

-¿No vas a dejar de escribir?-pregunté.

-Sí. Cuando haya terminado este ensayo no escribiré más.

-¿Pero por qué?

-¿Por qué escribo? -dijo Roberto-. Porque no sólo de pan vive el hombre y creo en la necesidad de lo superfluo. Escribo para salvar todo lo que la acción descuida: las verdades del momento, lo individual, lo inmediato. Yo creía hasta ahora que ese trabajo se integraba con el de la revolución. Pero no: lo molesta. A la hora actual toda literatura tendiente a dar a los hombres algo más que pan es explotada para demostrar que pueden privarse de pan.

-Siempre has evitado ese malentendido -dije.

-Pero las cosas han cambiado -dijo Roberto-. Comprendes que hoy la revolución está en manos de los comunistas y solamente de ellos; los valores que defendíamos ya no tienen lugar; quizá los recobraremos, hay que desearlo; pero si nos empeñamos en mantenerlos, en ese mismo momento servimos a la contrarrevolución.

-No, no quiero creer eso -dije-. El gusto de la verdad, el respeto de los individuos no es seguramente nocivo.

-Cuando me negué a hablar de los campos de trabajo es porque la verdad me pareció nociva -dijo Roberto.

-Es un caso particular.

-Un caso particular semejante a centenares de otros. No -dijo-. Se dice la verdad o no se dice. Si uno no está decidido a decirla siempre es mejor no meterse: lo mejor es callar.

Miré a Roberto:

-¿Sabes lo que creo? Sigues pensando que había que guardar silencio sobre los campos rusos, pero sin embargo te ha costado. Y con los sacrificios te pasa como a mí: no nos gustan, nos dan remordimientos. Para castigarte renuncias a escribir.

Roberto sonrió:

-Digamos más bien que sacrificando algunas cosas (a grandes rasgos lo que tú llamabas mis deberes de intelectual), tomé conciencia de su vanidad. ¿Recuerdas el *réveillon* del 44? -agregó-. Decíamos que tal vez llegara un momento en que la literatura perdería sus derechos. Y bien: hemos llegado, Lo que falta no son lectores. Pero los libros que yo podría ofrecerles serían o perjudiciales o insignificantes.

Vacilé:

-Hay algo oscuro en todo esto.

-¿Qué?

-Si los viejos valores te parecieran tan vanos, marcharías con los comunistas.

Roberto meneó la cabeza:

-Tienes razón; hay algo que no anda. Voy a decirte lo que es: soy demasiado viejo.

-¿Qué tiene que ver tu edad con todo esto?

-Me doy muy bien cuenta que muchas de las cosas que me han importado ya no corren; estoy obligado a desear un porvenir muy distinto del que había soñado; pero no puedo cambiarme: entonces, en ese porvenir no hay lugar para mí.

-En otras palabras: deseas el triunfo del comunismo, aun sabiendo que no podrías vivir en un mundo comunista.

-Es más o menos eso. Ya volveremos a hablar, -agregó-.Voy a escribir sobre esto: será la conclusión de mi libro.

-Y cuando el libro esté terminado, ¿qué harás? -dije.

-Haré como todo el mundo. Hay dos mil millones y medio de hombres que no escriben.

No quise inquietarme demasiado. Roberto tenía que digerir el fracaso del S.R.L., estaba en crisis, se recobraría. Pero confieso que no me gustaba esa idea: hacer lo de todo el mundo. Comer para vivir, vivir para comer, había sido la pesadilla de mi adolescencia. Si había que volver a eso era mejor abrir el gas en seguida. Pero supongo que también todo el mundo piensa esas cosas: abrir el gas en seguida; y uno no lo abre. Me sentí más bien deprimida los días siguientes y no tenía ganas de ver a nadie. Me quedé muy sorprendida cuando una mañana un mensajero me entregó un enorme ramo de rosas rojas, Prendida al papel transparente había una esquela de Paula: "¡Lux! El malentendido se ha disipado. Soy feliz y te envío rosas. Hasta esta tarde en casa."

Le dije a Roberto:

-No mejora.

-¿No hay ningún malentendido?

-Ninguno.

Me repitió lo que ya me había dicho varias veces.

-Deberías llevarla a ver a Mardrus.

-No será fácil decidirla.

Yo no era su médico; pero ya no era su amiga mientras subía la escalera con mentiras a flor de labio y una mirada profesional oculta en el fondo de mis ojos. La sonrisa que esbocé golpeando a su puerta me parecía una traición y me avergoncé aun más cuando Paula, al recibirme, hizo un gesto inhabitual: me abrazó. Llevaba uno de esos largos vestidos sin época, se había puesto una rosa roja en su cabello suelto, otra sobre, el corazón; el estudio estaba lleno de flores.

-¡Qué buena eres de haber venido! -dijo Paula-. Eres siempre tan buena. Verdaderamente no lo merezco: me he portado tan mal contigo. Estaba totalmente desorientada -dijo en tono de excusa.

-Soy yo quien debe agradecerte: me has enviado rosas suntuosas.

-¡Ah, es un gran día! -dijo Paula. Me sonrió con aire feliz-. Espero a Enrique de un momento a otro: todo vuelve a empezar.

¿Todo volvía a empezar? Yo tenía serias dudas; más bien suponía que Enrique se había decidido a esa visita de caridad. En todo caso no quería encontrarme con él. Di un paso hacia la puerta:

-Te dije que estábamos disgustados con Enrique. Se enfurecerá si me encuentra aquí. Volveré mañana.

-¡Por favor! -me dijo.

Había tal pánico en sus ojos que tiré mi cartera y mis guantes sobre el diván. Paciencia; me quedaba. Paula se dirigió hacia la cocina con grandes pasos sedosos y volvió trayendo sobre una bandeja dos copas y una botella de champaña:

-Vamos a brindar por el porvenir.

El tapón saltó y nuestras copas se entrechocaron.

-¿Qué ha pasado? -dije.

-Tengo que ser verdaderamente estúpida -dijo Paula alegremente-. Desde hace tanto tiempo, tengo todos los indicios en la mano. Y hasta esta noche no supe reconstruir el *puzzle*. No dormía, pero había cerrado los ojos, y de pronto vi, tan claramente como en una tarjeta postal, el gran estanque del castillo de Belzunce. Al amanecer le mandé unas líneas a Enrique.

La miré ron inquietud; sí, había hecho bien en quedarme; no había mejorado, había empeorado francamente.

-¿No comprendes? ¡Es tonto como un vodevil! -dijo Paula-. Enrique está celoso -rió con verdadera alegría-. Parece inconcebible, ¿verdad?

-Más bien.

-Y bien, es la verdad. Se divierte sádicamente en torturarme y ahora sé por qué -sujetó contra su sien la rosa roja-. Cuando me declaró bruscamente que no debíamos volver a acostarnos juntos, creí que era por delicadeza moral; me equivocaba completamente: en verdad se había imaginado que yo me había vuelto fría y eso lo hirió horriblemente en su amor propio; y no protesté con bastante

convicción, cosa que lo hirió más. Después de eso empecé a salir, a vestirme y le fastidió. Me despedí de él alegremente, demasiado alegremente a su gusto. Y una vez en Borgoña acumulé errores monumentales. Te juro que no lo hice a propósito.

En ese momento golpearon suavemente a la puerta. Paula me miró con un rostro tal que me levanté para ir a abrir. Era una mujer que llevaba una canasta en la mano.

-Perdón, disculpas -dijo-. No encuentro a la portera. Es para capar a un gato.

-La clínica está en la planta baja -dije-. La puerta de la izquierda.

Volví a cerrar la puerta y mi risa se petrificó cuando encontré la mirada perdida de Paula.

-¿Qué significa eso? -dijo.

-Que la portera no estaba -dije alegremente-. Suele ocurrir.

-¿Pero por qué vinieron aquí?

-Es un azar: tenía que dirigirse a algún lado.

-¿Un azar?-dijo Paula.

Sonreí con aire despreocupado:

-Me hablabas de tus vacaciones. ¿Qué hiciste para herir a Enrique?

-¡Ah, sí!- ya no había ninguna animación en su voz-. Pues le mandé una tarjeta postal. Le hablaba de mis ocupaciones y escribí esta frase desdichada: "Doy largos paseos por estos parajes que según dicen se me parecen." Evidentemente, en seguida pensó que yo tenía un amante. I

-No veo…

-*Dicen* - explicó con impaciencia-. El *dicen* era sospechoso. Cuando uno compara a una mujer con un paisaje es generalmente porque es su amante. Y luego le envié a Venecia otra tarjeta que representa el parque de Belzunce con el estanque en el medio.

-¿Y entonces?

-Tú misma me has enseñado que las fuentes, los estanques, los lagos, son símbolos psicoanalíticos. Enrique comprendió que lo le tiraba a la cara; ¡tengo un amante! Sin duda supo que Luis Volange estaba allí: ¡no notaste en la cena del estreno con qué mirada me fulminaba cuando yo hablaba con Volange? Es claro como dos y dos son cuatro. A partir de ahí todo se eslabona.

-¿Le dijiste eso en su esquela?

-Sí. Ahora sabe todo.

-¿Te contestó?

-¿Para qué? Va á venir, sabe muy bien que lo espero.

Guardé silencio. En el fondo de sí misma Paula sabía que no vendría; por eso me suplicó que me quedara, en algún momento tendría que confesarse que no había venido y entonces se derrumbaría. Mi única esperanza era que Enrique hubiera comprendido que estaba volviéndose loca y que pasara a verla por piedad. Entre, tanto, yo no encontraba nada que decir; miraba la puerta con una fijeza que me resultaba insoportable; el olor de las rosas me resultaba un olor mortuorio.

-¿Siempre escribes? -pregunté.

-Sí.

-Me habías prometido mostrarme algo -dije golpeada por una súbita inspiración-. Y nunca lo hiciste.

-¿Te interesa de veras?

-Por supuesto.

Se dirigió hacia su escritorio y sacó un fajo de papeles celestes cubiertos de una letra redonda; los puso sobre mis rodillas; siempre había hecho faltas de ortografía pero nunca tantas; recorrí una página; era algo que hacer, pero Paula seguía mirando la puerta.

-Te entiendo mal -le dije-. ¿Te molestaría leer en voz alta?

-Como quieras -dijo Paula.

Encendí un cigarrillo. Por lo menos mientras leía yo sabía qué sonidos se formaban en su garganta. No esperaba mucho, pero de todas maneras me

sorprendió: era aterrador. En medio de una frase llamaron abajo. Paula se levantó: "¡Ves!", dijo en tono triunfal. Apretó el botón que abría la puerta.

Permaneció de pie con una expresión extasiada en el rostro.

-Telegrama.

-Gracias.

El hombre cerró la puerta y ella me tendió el papel celeste:

-Ábrelo. Léelo.

Se sabía sentado en el diván; sus pómulos y sus labios se habían vuelto violeta:

"Paula. Nunca hubo ningún malentendido. Seremos amigos cuando hayas aceptado que nuestro amor ha muerto. Entretanto no me escribas más. Hasta más adelante."

Cayó cuan larga era con tanta violencia que una rosa se deshojó. "No comprendo -gimió-. No comprendo más nada. "

Sollozaba, el rostro oculto entre los almohadones, y yo le decía frases sin sentido solamente por oír el ruido de mi voz. "Curarás, hay que curar. El amor no es todo. .." Sabiendo muy bien que en su lugar yo no quisiera curar nunca y enterrar mi amor con mis propias manos.

Volvía de Saint-Martin, donde había pasado el *week-end*, cuando recibí su nota: "La comida es mañana a las ocho." Descolgué el receptor. La voz de Paula me pareció helada:

-¿Ah, eres tú? ¿De qué se trata?

-Quería decirte solamente que estoy de acuerdo para mañana a la noche

-Naturalmente -dijo ella. Y colgó.

Yo me preparaba para una noche difícil y, sin embargo, cuando Paula me abrió la puerta: tuve un *shock*; nunca había visto su cara lavada; llevaba una falda vieja, una tricota vieja gris, el pelo tirado hacia atrás, en un rodete ingrato; sobre la mesa, a la que había agregado tablas y que se estiraba de una pared a otra del estudio, había dispuesto doce platos y otros tantos vasos.

-¿Vienes a ofrecerme tu pésame o tus felicitaciones?

-¿A propósito de qué?

-De mi ruptura con mi amante.

No contesté, y preguntó, señalando por encima de mi hombro el corredor desierto:

-¿Dónde están?

-¿Quiénes?

-Los otros.

-¿Qué otros?

-Ah, creía que eran más numerosos -dijo ella con voz incierta volviendo a cerrar la puerta. Echó una mirada a la mesa-. ¿Qué quieres comer?

-Cualquier cosa. Lo que tengas.

-No tengo nada -dijo-, salvo quizá fideos.

-De todas maneras no tengo hambre -dije rápidamente.

-Puedo ofrecerte fideos sin arruinar a nadie -dijo con voz insinuante.

-No, de veras; muy a menudo no como de noche.

Me senté, no conseguía arrancar mi mirada de esa mesa de banquete. Paula también se había sentado y me miraba en silencio. Ya había visto en sus ojos reproche, sospecha, impaciencia, pero hoy no era posible equivocarse: negro, frío, duro, era el odio. Me esforcé por hablar.

-¿A quiénes esperabas? -dije.

-¡Los esperaba a todos! -se encogió de hombros-. Sin duda me olvidé de mandar las invitaciones.

-Todos: ¿quiénes son todos? -pregunté.

-Sabes muy bien -dijo-. Tú, Enrique, Volange, Claudia, Lucía, Roberto, Nadine: toda la coalición.

-¿Una coalición?

-No te hagas la inocente -dijo con voz dura-. Todos se han coaligado. La pregunta que quería hacerles esta noche es ésta: ¿con qué fin obraron? Si es por mi bien, sé lo agradeceré, y partiré a África a cuidar leprosos. Si no, sólo me queda vengarme -me miró fijamente-. Debí vengarme primero de aquellos a quienes más quise. Por eso no puedo decidirme sin estar segura. -Había en su voz una pasión tan sombría que miré de reojo la cartera que había puesto sobre sus rodillas y cuyo cierre relámpago movía nerviosamente. De pronto todo se había vuelto posible. Ese estudio rojo, ¡qué hermoso decorado para un asesinato! Resolví contraatacar:

-Escucha, Paula, últimamente pareces seriamente cansada. Das una comida y te olvidas de invitar a la gente, te olvidas de preparar la comida. Ahora estás elaborando un delirio de persecución. Tienes que ir a ver en seguida un médico. Voy a pedirte hora con Mardrus.

Pareció un instante desconcertada.

-Tengo dolores de cabeza -dijo-, pero todo eso es secundario. Primero tengo que aclarar las cosas -reflexionó-. Sé que tengo un temperamento que interpreta, pero un hecho es un hecho.

-¿Dónde están los hechos?

-¿Por qué mandó su última carta del correo de la calle Singer? ¿Por qué había un mono que me hacía muecas en la casa de enfrente? ¿Por qué cuando dije que no soy capaz de presidir un salón me contestaste: al contrario? Me acusan de haber imitado a Enrique tratando de escribir, de haber imitado a Claudia su vestimenta, su vida mundana. Me reprochan haber aceptado dinero de Enrique y haberme burlado de los pobres. Se han coaligado para convencerme de mi abyección -de nuevo clavó sobre mí una mirada amenazadora-. ¿Era para salvarme o para destruirme?

-Lo que llamas hechos son azares que no significan nada -dije.

-¡Vamos, vamos, no son nubes que se encuentran! No niegues -agregó con impaciencia-: Contéstame francamente o nunca saldremos de éstas.

-Nadie ha pensado nunca en destruirte -dije-. Escucha, ¿por qué puedo desearte el mal? Somos amigas.

-Eso es lo que yo me decía antes -dijo Paula-. En cuanto volvía a verlos dejaba de creer en mis sospechas; era como un hechizo -se puso bruscamente de pie y su voz cambió-. Te recibo muy mal -dijo-. Debo de tener un poco de Oporto en algún lado.

Fué a buscar el Oporto, llenó dos vasos e hizo una sonrisa que era más bien una mueca:

-¿Cómo está Nadine?

-Así no más. Desde su ruptura con Lambert está más bien abatida.

-¿Con quién se acuesta?

-Creo que en este momento no tiene a nadie.

-¿Nadine? Confiesa que es raro -dijo Paula.

-No tanto.

-¿Sale a menudo con Enrique?

-Te he dicho que estábamos disgustados -contesté.

-Ah, me olvidaba de esa pelea -dijo Paula con una especie de risa. La risa se cortó-. No me engañan, ¿sabes?

-Vamos: has leído las cartas de Roberto y de Enrique en *L'Espoir*.

-Las he leído en el número del *L'Espoir* que tuve entre manos, sí.

La miré:

-¿Quieres decir que ese número fué fabricado a propósito?

-Evidentemente -dijo Paula. Se encogió de hombros-. Para Enrique es un juego de niños.

-Guardé silencio; no hubiera tenido ningún sentido discutir. Atacó de nuevo:

-¿Entonces, según tú, Nadine no ve más a Enrique?

-No.

Librodot

-Nunca lo quiso, ¿verdad?

-Nunca.

-¿Por qué se fué con él a Portugal?

-Lo sabes muy bien: le divertía tener un lío con él, y sobre todo tenía ganas de viajar.

Tenía la impresión de soportar un interrogatorio policial; de un momento a otro se me echarían encima y me aporrearían.

-Y la dejaste ir así -dijo Paula.

-Desde la muerte de Diego, la he dejado siempre libre.

-Eres una mujer rara -dijo Paula-. Se habla demasiado de mí y no bastante de ti -llenó de nuevo mi copa-. Termina ese Oporto.

-Gracias.

Yo no veía adónde quería llegar, pero me sentía cada vez más incómoda. ¿Qué tenía exactamente contra mí?

-Hace tiempo que ya no te acuestas con Roberto, ¿no es cierto? -dijo.

-Mucho tiempo.

-¿y nunca has tenido amantes?

-A veces. ..historias sin importancia.

-Historias sin importancia -repitió Paula lentamente-. ¿Y en este momento tienes una historia sin importancia?

No sé muy bien por qué me sentí obligada a contestar, como si esperara que la verdad tuviera el poder de desarmar su locura:

-Tuve algo muy importante en Estados Unidos -dije-. Con un escritor, se llama Lewis Brogan. ..

Estaba dispuesta a contarle todo, pero me detuvo.

-Oh. Estados Unidos es lejos -dijo-. Quiero decir en Francia.

-Quiero a ese americano -dije-. Volveré a verlo en el mes de mayo. No se trata de tener otro lío.

-¿Y qué dice Enrique? -preguntó Paula.

-¿Qué tiene que ver Enrique en todo esto?

Paula se levantó:

-¡Vamos! Terminemos con este juego -dijo-. Sabes muy bien que sé que te acuestas con Enrique. Lo que quiero es que me digas cuándo empezó eso.

-Vamos -dije-. Es Nadine la que se acostó con Enrique, no yo.

-La arrojaste en brazos de Enrique para retenerlo. Hace tiempo que comprendí eso -dijo Paula-. Eres muy viva, pero de todas maneras has cometido algunas faltas.

Paula había tomado su cartera, seguía jugando con el cierre relámpago y yo ya no podía apartar mi mirada de sus manos. Me levanté a mi vez.

-Si piensas eso es mejor que me vaya -dije.

-Adiviné la verdad esa noche de mayo del 45 en que pretendieron haberse perdido entre la muchedumbre -dijo Paula-, y me dije que deliraba: ¡qué idiota fui!

-Delirabas -dije-. Deliras.

Paula se apoyó en la puerta.

-Terminemos -dijo-. ¿Han preparado esta comedia para librarse de mí o por mi propio interés?

-Anda a ver un médico. -dije-. Mardrus u otro, cualquiera. Pero tienes que ir a verlo y cuéntale todo: te dirá que estás en pleno delirio.

-¿Te niegas a ayudarme? -dijo Paula-. Oh, me lo suponía. Poco importa.. Terminaré por ver claro sin tu ayuda.

-No puedo ayudarte. Te niegas a creerme.

Durante un momento que me pareció interminable hundió su mirada en la mía:

-¿Quieres irte? ¿Te esperan?

-Nadie me espera, pero no sirve de nada que me quede.

Se apartó de la puerta:

-Vete; puedes repetirles todo: no tengo nada que ocultar.

-Créeme, Paula -dije tendiéndole la mano-, estás enferma, debes cuidarte.

Me tendió la mano:

-Gracias por tu visita. Hasta pronto.

-Hasta pronto -dije.

Bajé la escalera lo más rápido que pude.

Al día siguiente, después del almuerzo, estábamos tomando el café cuando llamaron a la puerta. Era Claudia.

-Discúlpenme; es muy incorrecto llegar así de improviso -su voz era agitada e importante-. Vengo a verlos a propósito de Paula; tengo la impresión de que algo anda mal.

-¿Qué ha pasado?

-Tenía que almorzar en casa; a la una y media no había llegado; le hablé por teléfono y me contestó con una sonora carcajada; le dije que íbamos asentamos a la mesa y gritó: "¡Siéntense a la mesa! ¡Siéntense a la mesa!", riendo como una histérica.

Una alegre aprensión hacía brillar los ojos redondos de Claudia. Me puse de pie:

-Hay que ir a su casa.

-Es lo que pensaba, pero no me atrevía a ir sola -dijo Claudia.

-¡Vamos juntas! -dije.

El coche de Claudia nos dejó dos minutos después ante la casa de Paula. Hoy el cartel familiar: "Cuartos amueblados" me parecía cargado de un sentido siniestro. Llamé. La puerta no se abrió. Llamé de nuevo largamente; un paso resonó sobre la baldosa y Pauta apareció; tenía el cabello oculto bajo un chal violeta; se echó a reír: "¿No son más que dos?" Tenía la puerta entreabierta y nos examinaba con ojos malévolos.

-Ya no las necesito más. Gracias.

Cerró brutalmente la puerta y la oí gritar en voz muy alta alejándose: "¡Qué comedia!"

Nos quedamos plantadas en la acera.

-Creo que habría que prevenir a la familia -dijo Claudia; sus ojos, ya no brillaban-. En estos casos no se puede hacer otra cosa.

-Sí, tiene una hermana -vacilé -. De todos modos voy a tratar de hablarle.

Esta vez apreté el botón y la puerta se abrió automáticamente; la portera me detuvo al pasar; era una mujercita frágil y discreta que desde tiempo atrás hacía la limpieza del departamento de Paula: - ¿Sube a casa de Mme. Mareuil?

-Sí. No parece andar bien.

-Justamente yo estaba mortificada -dijo la portera-. Hace por lo menos cinco días que no come nada y los inquilinos de abajo me dijeron que se pasa la noche caminando. Cuando hago la limpieza está siempre refunfuñando cosas en voz alta: ya me acostumbré a eso; pero estos últimos tiempos está muy rara.

-Voy a tratar de llevarla a descansar.

Subí la escalera y Claudia subió detrás. El último rellano estaba a oscuras; en la oscuridad algo brillaba: una gran hoja blanca clavada en la puerta con chinches. En letras impresas se leía sobre el papel: "El mono mundano." Golpeé vanamente.

-¡Qué horror! -dijo Claudia-. ¡Se habrá matado!

Miré por el ojo de la cerradura; Paula estaba arrodillada ante la chimenea; a su alrededor había fajos de papel e iba echándolos al fuego. Golpeé de nuevo con violencia.

-¡Abre o hago derribar la puerta!

Se levantó, abrió y se puso la mano detrás de la espalda.

-¿Qué quieren de mi?

De nuevo se arrodilló ante el fuego; las lágrimas corrían por sus mejillas y los mocos corrían de su nariz. Arrojaba sus manuscritos y cartas a las llamas. Puse la mano sobre su hombro y se sacudió con horror.

-Déjame.

-Paula, vas a venir conmigo a ver un médico, enseguida. Estás volviéndote loca.

-Vete. Sé que me odias y yo también te odio. Vete.

Se levantó y se puso a gritar:

-Váyanse.

Un instante más e iba a aullar. Me dirigí hacia la puerta y salí con Claudia.

Claudia telegrafió a la hermana de Paula, yo telefoneé a Mardrus para pedirle consejo y le envié unas líneas a Enrique. A la noche, durante la comida, un campanillazo nos sobresaltó. Nadine saltó a la puerta: era un muchacho que me tendió un pedazo de papel. "De parte de la señorita Mareuil. Soy el sobrino de la portera", dijo. Leí en voz alta: "No te odio. Te espero. Ven inmediatamente."

-¿No irás? -dijo Nadine.

-Por supuesto que sí.

-No conseguirás nada.

-Nunca se sabe.

-Pero es peligrosa -dijo Nadine-. Bueno -agregó-, si vas voy contigo.

-Iré yo -dijo Roberto-, Nadine tiene razón, es mejor ser dos. Protesté débilmente.

-A Paula le parecerá raro.

-Hay tantas cosas que le parecen raras.

En verdad, cuando me encontré ante esa casa demente, cuando subí de nuevo la escalera de alfombra raída, me alegré de tener a Roberto a mi lado. Ya el papel no estaba clavado en la puerta. Paula no nos tendió la mano, pero su rostro estaba sereno; hizo un gesto ceremonioso:

-¿Quieren hacer el favor de pasar?

Retuve una exclamación: todos los espejos estaban rotos y la alfombra cubierta de astillas de vidrio; un acre color a telas quemadas llenaba la habitación:

-Bueno -dijo Paula con voz solemne-, quería agradecerles -nos señaló dos asientos-. Quiero agradecerles a todos porque ahora he comprendido.

Su voz parecía sincera, pero la sonrisa que nos dirigía torcía sus labios como si ya no fuera capaz de hacerse obedecer por ellos.

-No tienes nada que agradecerme -dije-. No he hecho nada.

-No mientas -dijo-. Han obrado por mi bien, lo admito. Pero no hay que seguir mintiendo -me escrutó-: era por mi bien, ¿verdad?

-Sí. -dije.

-Sí, lo sé. He merecido esta prueba y ustedes tuvieron razón de infligírmela. Les agradezco que me hayan puesto frente a mí misma. Pero ahora tienen que darme un consejo: ¿tengo que tomar ácido prúsico o tratar de reivindicarme?

-Ácido prúsico, no -dijo Roberto.

-Bueno, ¿entonces cómo voy a vivir?

-Primeramente vas a tomar un calmante y a dormir -dije-. No puedes tenerte en pie.

-No quiero ocuparme más de mí -dijo con violencia-. Ya he pensado demasiado en mí. No me des malos consejos.

Se dejó caer sobre una silla; sólo quedaba esperar, de un momento a otro iba a derrumbarse y yo la metería en la cama con dos pastillas. Miré a mi alrededor. ¿Tenía verdaderamente ácido prúsico a mano? Recordé que en el 40 me había mostrado un frasquito oscuro explicándome que había conseguido veneno para cualquier eventualidad. Quizá el frasco estaba en su cartera. No me atreví a tocar esa cartera. Mi mirada volvió a Paula. Su mandíbula inferior pendía, todos sus rasgos se habían abatido; yo había visto muchas caras en ese estado; pero Paula no era una enferma, era Paula; me hacía daño verla así. Hizo un esfuerzo.

-Quiero trabajar -dijo--. Quiero pagarle a Enrique. Y no quiero que los atorrantes vuelvan a insultarme.

-Le conseguiremos trabajo -dijo Roberto.

-He pensado hacerme sirvienta -dijo-. Pero sería una competencia injusta. ¿Cuáles son los oficios en los que no se hace competencia a nadie?

-Ya encontraremos -dijo Roberto.

Paula se pasó la mano por la frente:

-¡Todo es tan difícil! Hace un rato empecé a quemar mis vestidos. Pero no tengo derecho. -Me miró:- Si se los vendo a los traperos, ¿crees que dejarán de aborrecerme?

-No te aborrecen -dije.

Bruscamente se levantó, caminó hacia la chimenea y recogió un montón de ropa: los vestidos de seda brillante, el traje sastre de fil a fil gris ya no eran más que trapos ajados.

-Voy a ir a distribuirlos enseguida -dijo-. Bajemos juntos.

-Es muy tarde -dijo Roberto.

-El café de los Atorrantes queda abierto hasta muy tarde.

Se echó un abrigo sobre los hombros: ¿cómo impedirle bajar? Cambié una mirada con Roberto: sin duda ella la sorprendió.

-Sí, es una comedia -dijo con voz cansada-. Ahora me imito a mí misma. -Se sacó el abrigo y lo arrojó sobre la silla:- Esto también es una comedia: me he visto arrojando el abrigo. -Hundió sus ojos en sus puños cerrados:- ¡No dejo de verme!

Llené un vaso de agua y diluí una pastilla.

-Bebe esto -dije-, y acuéstate.

La mirada de Paula vaciló; se abatió entre mis brazos:

-¡Estoy enferma, estoy tan enferma!

-Sí, pero vas a cuidarte y vas a curar -dije.

-Cuídenme, tienen que cuidarme.

Temblaba, las lágrimas rodaban por sus mejillas, estaba tan afiebrada y tan húmeda que me parecía que un rato más tarde se habría derretido entera, dejando en su lugar un charco pegajoso, negro como sus ojos.

-Mañana te llevo a una clínica -dije-; entre tanto, bebe.

Tomó el vaso:

-¿Me hará dormir?

-Sin duda.

Vació el vaso de un trago.

-Ahora sube a acostarte.

-Subo -dijo dócilmente.

Subí con ella, y mientras estaba en el cuarto de baño abrí la cartera de cierre relámpago: en el fondo había un frasquito oscuro que metí en mi bolsillo.

A la mañana siguiente Paula me siguió dócilmente a la clínica y Mardrus me prometió que curaría: era cuestión de algunas semanas o de algunos meses. Curaría; pero me pregunté con inquietud cuando me encontré en la calle: ¿de qué exactamente quieren curarla? ¿Quién será después Paula? Oh, después de todo era fácil de prever. Sería como yo, como millones de otras: una mujer que espera la muerte sin saber ya por qué vive.

Y he aquí que el mes de mayo terminó por llegar. Allá, en Chicago, iba a encontrarme en el pellejo de una mujer enamorada y amada. No me parecía posible. Sentada en el avión todavía no lo creía. Era un viejo aparato que venía de Atenas y volaba muy bajo; estaba lleno de tenderos griegos que iban a buscar fortuna a América; yo no sabía lo que iba a buscar; ni una imagen viva en mi corazón, ni un deseo en mi cuerpo; no era esta viajera enguantada la que Lewis esperaba: yo no era esperada por nadie. "Lo sabía: nunca volveré a verlo", pensé cuando el avión dió media vuelta sobre el océano. Un motor se había parado, volvimos a Shannon. Pasé dos días al borde de un fiord, en una falsa aldea de casas infantiles; a la noche tomaba whisky irlandés, de día paseaba por una pradera verde y gris lo más melancólica posible. Cuando aterrizamos en las Azores, una cubierta estalló y nos dejaron veinticuatro horas encerrados en un hall tapizado de cretona. Después de

Librodot

Gander el avión fué apresado por una tormenta y para escaparle el piloto enderezó hacia Nueva Escocia. Yo tenía la impresión que iba a pasar el resto de mi vida gravitando alrededor de la tierra, comiendo pollo frío. Volamos sobre un abismo de agua oscura barrida por el pincel de un faro; de nuevo el avión había aterrizado: otra explanada, otro hall. Sí, estaba condenada a errar sin fin de explanada en explanada con la cabeza llena de ruido y un maletín azul a mis pies.

De pronto lo vi: Lewis. Habíamos convenido que me esperaría en su casa; pero estaba ahí, entre la muchedumbre que acechaba a la puerta de la Aduana; llevaba cuello duro y anteojos de oro, qué raro; pero lo más raro era que yo lo había visto y que no sentía nada. Todo ese año de espera, esas nostalgias, esos remordimientos, ese largo viaje: y quizá iba a enterarme que ya no lo quería. ¿Y él? ¿Todavía me quería? Yo hubiera querido correr hacia él. Pero los aduaneros no terminaban; las tenderas griegas tenían sus valijas llenas de encajes y ellos examinaban uno por uno bromeando. Cuando por fin me liberaron, Lewis ya no estaba. Tomé un taxi y quise darle su dirección al chofer: no recordaba el número; mis orejas zumbaban y no paraba el bullicio en mi cabeza. Por fin encontré: 1211. El taxi arrancó, una avenida, otra, enseñas al neón. Nunca me había orientado en esa ciudad, pero de todas maneras me parecía que el trayecto no debería ser tan largo. Tal vez el chofer iba a llevarme a una callejuela cortada para asesinarme: en el estado de ánimo en que estaba me hubiera parecido más normal que volver a ver a Lewis. El chofer se volvió:

-El 1211 no existe.

-Existe; conozco bien la casa.

-Quizá hayan cambiado el número -dijo el chofer-. Van a rehacer la avenida en el otro sentido.

Se puso a andar lentamente a lo largo de la acera. Me parecía reconocer encrucijadas, baldíos, rieles: pero todos los rieles, todos los baldíos se parecen. Un estanque, un viaducto me parecieron familiares; era como si las cosas estuvieran ahí, pero hubieran cambiado de lugar. "¡Qué locura! -pensé-. Uno se va, dice: Volveré, porque es demasiado duro irse para siempre, pero es una mentira; no se vuelve. Un año pasa, pasan cosas, nada es igual. Hoy Lewis tenía cuello duro, yo lo vi sin que mi corazón latiera demasiado rápido y su casa se esfumó." Me sacudí. Lo mejor es telefonear, me dije, ¿cuál es el número? Lo había olvidado. De pronto vi un cartel rojo: *Schiltz*, y caras bobas que reían en un afiche. Grité:

-¡Pare! ¡Pare! Es aquí.

-Es el 1112 -dijo el chofer.

-1112; eso es.

Salté del taxi y en el recuadro luminoso de una ventana vi una silueta inclinada; acechaba, me acechaba, corría hacia mí, era él; no llevaba ni cuello duro ni anteojos, sino sobre la cabeza una gorra de base-ball y sus brazos me estrujaban:

-¡Por fin! ¡Te he esperado tanto! ¡Qué largo fue!

-¡Sí, fué largo, muy largo!

Sé que no me llevó en brazos y no recuerdo haber empleado mis piernas de algodón para subir la escalera; sin embargo, estábamos abrazados en medio de la cocina amarilla: la estufa, el linóleum, la manta mexicana, todas las cosas estaban ahí, en su lugar. Balbucí:

-¿Qué haces con ese gorro?

-No sé. Estaba ahí -se arrancó el gorro y lo tiró sobre la mesa.

-Vi tu doble en el aeródromo: lleva anteojos y cuello duro, me asustó; creí que eras tú y no sentí nada.

-Yo también tuve miedo. Hace una hora pasaron dos hombres bajo la ventana, llevaban a una mujer muerta o desmayada, y creí que eras tú.

-Ahora eres tú, soy yo -dije.

-Lewis me apretó muy fuerte y luego aflojó su brazo:

-¿Estás cansada? ¿Tienes sed? ¿Tienes hambre?

-No.

Me pegué de nuevo contra él; mis labios estaban tan pesados, tan dormidos que ya no dejaban pasar las palabras; los apoyé sobre su boca; me acostó en la cama: "¡Ana! ¡Todas las noches te he esperado!" Cerré los ojos. De nuevo un cuerpo de hombre pesaba sobre mí, con el peso de toda su confianza y de todo su deseo; era Lewis, no había cambiado, ni yo, ni nuestro amor. Yo me había ido, pero había vuelto; había recobrado mi lugar y estaba liberada de mí misma.

Pasamos el día siguiente haciendo equipajes y haciendo el amor: un largo día que duró casi hasta la mañana siguiente. En el tren dormimos mejilla contra mejilla. Yo estaba apenas despierta cuando vi en el muelle de Ohio el barco a paletas de que Lewis me había hablado en sus cartas; yo había pensado tanto en él sin creerlo que aun ahora me costaba creer lo que veían mis ojos. Sin embargo era bien real, me embarqué. Inspeccioné con ternura nuestra cabina. En Chicago yo vivía con Lewis; aquí era nuestra cabina, era de nosotros dos: entonces es porque éramos verdaderamente una pareja. Sí. Ahora yo sabía: se puede volver, y volveré cada año; cada año nuestro amor tendrá que atravesar una noche más larga que la noche polar: pero un día la dicha se alzará para brillar durante tres o cuatro meses ininterrumpidos; desde el fondo de la noche esperaríamos ese día, lo esperaríamos juntos, la ausencia no volvería a separarnos: estábamos reunidos para siempre.

-Largamos amarras; mira pronto -dijo Lewis.

Subió la escalera corriendo y yo lo seguí; se inclinó sobre la borda, su cabeza giraba en todos los sentidos:

-Mira qué lindo: el cielo y la tierra que se mezclan en el agua

Las luces de Cincinnati brillaban bajo un gran cielo cubierto de estrellas y nos deslizábamos sobre llamas. Nos sentamos y nos quedamos mucho tiempo mirando palidecer y desaparecer las luces de neón. Lewis me oprimía contra él.

-Pensar que nunca creí en todo esto -dijo.

-¿En todo qué?

-Amar y ser amado.

-¿En qué creías?

-En un cuarto fijo, en comidas a horario, en mujeres de una noche: la seguridad. Pensaba que no había que pedir más. Pensaba que todo el mundo está solo, siempre. ¡Y, tú estás aquí!

Sobre nuestras cabezas un altoparlante gritaba cifras: los pasajeros jugaban al bingo. Eran todos tan viejos que yo había perdido la mitad de mi edad. Yo tenía veinte años y vivía mi primer amor, y era mi primer viaje. Lewis besaba mi pelo, mis ojos, mi boca.

-Bajemos, ¿quieres?

-Sabes bien que nunca digo que no.

-Pero me gusta tanto oírte decir sí. ¡Lo dices tan bien!

-Sí -dije-. Sí.

Qué alegría no tener que decir más que sí. Con mi vida ya gastada, con mi piel que no era nueva, fabricaba felicidad para el hombre a quien quería: ¡y qué felicidad!

Tardamos seis días en bajar el Ohio y el Mississippi. En las escalas huíamos de los demás pasajeros, y caminábamos hasta quedar sin aliento a través de las ciudades cálidas y negras. El resto del tiempo conversábamos, leíamos, fumábamos sin hacer nada, acostados sobre el puente, al sol. Cada día era el mismo paisaje de agua y de césped, el mismo ruido de máquina y de agua: pero nos gustaba que una sola mañana resucitara de mañana en mañana, una sola noche de noche en noche.

Es eso la felicidad: todo nos gustaba. Nos alegró dejar el barco. Ambos conocíamos Nueva Orleáns, pero para Lewis y para mí no era la misma ciudad. Me mostró los barrios populosos donde quince años antes vendía jabones, los muelles donde se alimentaba de bananas robadas, las callejuelas de los prostíbulos que cruzaba con el corazón palpitante, el sexo ardiente, los bolsillos vacíos. A ratos me parecía que casi extrañaba esa época de miseria, de ira, y la violencia de sus deseos

Librodot

insatisfechos. Pero cuando lo paseé por el barrio francés, cuando anduvo de turista por sus bares y sus patios, se regocijaba como si estuviera jugándole una buena broma al destino. Nunca había tomado el avión; durante toda la travesía tuvo la nariz pegada al ojo de buey y reía a las nubes.

Yo también estaba encantada: ¡Qué cambio! Cuando las estrellas fijas se ponen a bailar en el cielo, y parece que la tierra tiene una piel nueva es casi como si uno mismo cambiara de piel. Para mí, el Yucatán no era sino un nombre sin verdad, escrito en letras chiquitas sobre un mapa; nada me unía, ni siquiera un deseo, una imagen, y ahora mis ojos lo descubrían. El avión se dirigió hacia tierra y vi desplegarse de un extremo al otro del cielo una pradera de terciopelo verde gris donde la sombra de las nubes cavaba lagos negros. Andábamos sobre una ruta con jorobas entre campos de azules entre los cuales explotaba de tanto en tanto el rojo vigoroso de los ceibos de cimas chatas. Seguimos una calle bordeada de casitas de adobe con techos de paja; había un sol enorme. Dejamos nuestras maletas en el hall del hotel, una especie de invernáculo lujurioso e hirviente donde dormían sobre un pie los flamencos rosados. Y volvimos a salir. Sobre la plaza blanca, a la sombra de los árboles pintados, hombres vestidos de blanco soñaban bajo sombreros de paja. Yo reconocía el cielo, el silencio de Toledo y de Ávila; recobrar a España de este lado del Océano me asombraba todavía más que decirme: "Estoy en Yucatán."

-Tomemos uno de estos fiacres -dijo Lewis.

Había en un rincón de la plaza una fila de coches negros, de respaldo duro. Lewis despertó a uno de los cocheros y nos sentamos en la banqueta angosta. Lewis se echó a reír:

-¿Y ahora adónde vamos? ¿Tú lo sabes?

-Dile al cochero que nos haga dar un paseo y que nos lleve al correo: espero cartas.

Lewis había aprendido en California del Sur algunas palabras de español; le echó un pequeño discurso al cochero y el caballo se puso en marcha al paso. Seguimos avenidas lujosas y descuidadas; la lluvia, la pobreza habían roído las villas construidas en un duro estilo castellano; las estatuas se pudrían detrás de las rejas enmohecidas de los jardines; las flores lujuriosas, rojas, violeta y azules agonizaban al pie de los árboles semidesnudos; alineados sobre la cresta de los muros, grandes pájaros negros acechaban. En todos lados se sentía la muerte. Me alegró encontrarme al borde del mercado indio: bajo los toldos batidos por el sol hervía una muchedumbre bien viva.

-Espérame cinco minutos -le dije a Lewis.

Se sentó en un peldaño de la escalera y entré al correo. Había una carta de Roberto; la abrí en seguida. Corregía las últimas pruebas de su libro, escribía un artículo para *Vigilance*, un artículo político. Bueno. Yo había tenido razón de no inquietarme demasiado: por más que desconfiara de la política y de la literatura no estaba cerca de renunciar a ellas. Decía que en París el tiempo estaba gris; guardé la carta en mi cartera y salí: ¡qué lejos estaba París!, ¡qué celeste estaba el cielo!

Tomé el brazo de Lewis:

-Todo anda bien.

Hendimos la muchedumbre a la sombra de las carpas. Vendían fruta, pescado, sandalias, telas de algodón; las mujeres llevaban largas enaguas bordadas; me gustaban sus, trenzas brillantes y sus rostros donde nada se movía; los indiecitos reían mucho mostrando sus dientes. Nos sentamos en una taberna con olor a mar y nos sirvieron sobre un tonel una cerveza negra y espumosa; no había sino hombres, todos jóvenes; conversaban y reían.

-Parecen felices estos indios -dije.

-Eso pensaba, esperándote -dijo Lewis-. Para nosotros todo cobra un aire de fiesta -escupió el carozo de una aceituna-. Cuando uno pasa como turista no comprende nada de nada.

Sonreí a Lewis:

Librodot

-Compremos una casita. Dormiremos en hamacas, yo te haré tortillas y aprenderemos el lenguaje de los indios.

-Me gustaría mucho -dijo Lewis.

-¡Ah! -dije suspirando-. ¡Habría que tener varias vidas!

Lewis me miró.

-No te las arreglas tan mal -dijo con una sonrisita.

-¿Cómo es eso?

-Te las arreglas para tener dos vidas, me parece.

La sangre me subió a las mejillas. La voz de Lewis no era hostil, pero tampoco muy afectuosa. ¿Era a causa de esa carta de París? Bruscamente advertí que yo no era la única en pensar nuestra historia: él también la pensaba, a su manera. Yo me decía: he vuelto, volveré siempre. Pero quizá él se decía: volverá a irse siempre. ¿Qué contestarle? Me tomaba sin perros. Dije con angustia:

-Lewis, nunca seremos enemigos, ¿verdad?

-¿Enemigos? ¿Quién podría ser tu enemigo?

Parecía francamente sorprendido; por supuesto, esas palabras que habían acudido a mis labios eran estúpidas. Me sonreía, yo le sonreía. Pero de pronto tuve miedo: ¿acaso un día me castigarían por haber osado amar sin dar toda mi vida?

Comimos en el hotel entre dos flamencos rosados. La agencia turística de Mérida nos había delegado a un mexicanito que Lewis escuchaba con impaciencia. Yo no escuchaba. Seguía preguntándome: ¿qué pasa por su cabeza? Nunca hablábamos del porvenir. Lewis no me hacía preguntas: quizá yo hubiera podido hacérselas. Pero, después de todo, un año antes yo le había dicho todo lo que tenía que decirle. No había nada nuevo que agregar. Y además, las palabras son peligrosas; se corre el riesgo de embarullarlo todo. Había que vivir ese amor; más adelante, cuando ya tuviera un largo pasado detrás de sí, estaríamos a tiempo de hablar.

-¿La señora no quiere ir a Chichen Itza en autobús? -dijo el mexicanito. Me hizo una gran sonrisa-. El auto podría estar todo el día a disposición de ustedes para pasearlos por las ruinas y el chofer les servirá de guía.

-Odiamos los guías y nos gusta caminar -dijo Lewis.

-El hotel Maya hace una rebaja a los clientes de la agencia.

-Paramos en el Victoria -dije.

-Es imposible, el Victoria es una hostería indígena -dijo el indígena.

Ante nuestro silencio se inclinó con una sonrisa asqueada:

-¡Van a pasar un día muy cansador!

En verdad, el ómnibus que nos llevó al día siguiente al Chichen Itza era de lo más confortable y nos sentimos orgullosos de nuestra terquedad cuando pasamos entre el jardín del hotel Maya donde parloteaban voces americanas.

-¡Los oyes! -me dijo Lewis-. No vine a México para ver americanos.

Llevaba en la mano un maletín de viaje y avanzábamos a tientas por un camino fangoso; un agua pesada goteaba de los árboles que nos ocultaban el cielo; no se veía nada y yo estaba aturdida por un olor patético de estiércol, de hojas podridas, de flores moribundas; en las tinieblas saltaban gatos invisibles con ojos brillantes; señalé esas pupilas sin cuerpos:

-¿Qué es?

-Luciérnagas. Las hay también en Illinois. Si encierras cinco en el vidrio de una lámpara verás bastante claro para leer.

-Sería inútil -dije-, no veo nada. ¿Estás seguro de que existe un hotel?

-Completamente seguro.

Yo empezaba a dudar. Ni una casa, ni un ruido humano. Por fin oímos voces españolas; se distinguía vagamente una pared: no había luces. Lewis empujó una tranquera, pero no nos atrevíamos a avanzar: unos cerdos gruñían, las gallinas cacareaban y en algún lado había un coro de ranas. Murmuré:

-Es una boca de lobo.

Lewis gritó:

Librodot

-¿Esto es un hotel?

Hubo un rumor, una vela titiló; y luego la luz se hizo; estábamos en el patio de una hostería, un hombre nos sonreía cortésmente. Dijo cosas en español:

-Se disculpa, hubo un corte de electricidad -me dijo Lewis-. Hay habitaciones.

El cuarto daba de un lado sobre el patio, del otro sobre la jungla, era desnudo pero las paredes eran blancas bajo mosquiteros blancos. En la comida nos sirvieron tortillas que se pegaban a los dientes, habas violáceas, un pollo huesudo cuya salsa me incendió la garganta. El comedor estaba decorado con cromos y porcelanas de feria. Sobre un almanaque, indios semidesnudos empenachados con plumas jugaban al *basket ball* en medio de un estadio antiguo. Sentado en un banco en el patio, en medio de los cerdos y de las gallinas, un mexicano rasgueaba una guitarra.

-¡Qué lejos está Chicago! -dije-. Y París. ¡Qué lejos está todo!

-Sí, ahora empezamos verdaderamente a viajar -dijo Lewis con voz animada.

Oprimí su mano. En ese instante sabía muy bien lo que había en su cabeza: el sonido de la guitarra, el coro de las ranas, y yo. Yo oía los sapos, la guitarra y era toda suya. Para él y para mí, para nosotros, no existía nada más que nosotros.

Toda la noche el canto de los sapos entró a nuestro cuarto; por la mañana millares de pájaros cantaban. Cuando entramos al recinto donde se yergue la ciudad vieja estábamos solos. Lewis corrió hacia los templos y yo lo seguí con pasitos cortos. Yo estaba todavía más desconcertada que al llegar a Yucatán. Hasta ahora la antigüedad se había confundido para mí con el Mediterráneo; sobre la Acrópolis, en el Foro, yo había contemplado sin sorpresa mi propio pasado; pero nada unía a Chichen Itza con mi historia; ocho días antes yo ignoraba hasta el nombre de esa inmensa Meca geométrica con piedras cubiertas de sangre. Estaba ahí, enorme, muda, aplastada la tierra bajo el peso de sus arquitecturas medidas y de sus esculturas fanáticas. Templos, altares, el estadio pintado sobre el almanaque, un mercado de mil columnas, otros templos con ángulos exactos, con bajos relieves dementes. Busqué a Lewis con los ojos y lo vi en lo alto de la gran pirámide; agitaba la mano, parecía muy chiquito. La escalera era abrupta y la subí sin mirar a mis pies, los ojos fijos en Lewis.

-¿Dónde estamos? -dije.

-Eso me pregunto.

Más allá de los muros se veía, hasta donde alcanzaba la vista, la jungla verde, donde de tanto en tanto brillaban flores rojas. Ni un campo cultivado. Dije:

-¿Pero dónde cultivan el maíz?

-¿Qué te han enseñado en la escuela? -dijo Lewis en tono suficiente-. En el momento de la siembra queman un pedazo de jungla; después de la cosecha los árboles crecen en seguida, no se ven las cicatrices.

-¿Cómo sabes eso?

-Lo he sabido siempre.

Me eché a reír.

-¡Mientes! Lo has leído en un libro esta noche, sin duda mientras yo dormía. Si no, me lo hubieras dicho anoche en el ómnibus.

Se quedó todo tristón:

-Es raro, en las cositas chicas siempre me descubres. Sí, encontré un libro anoche en el hotel y quería deslumbrarte.

-Deslumbrarme. ¿Qué más aprendiste?

-El maíz crece solo. El campesino no tiene necesidad de trabajar más que algunas semanas por año. Por eso tuvieron tiempo de edificar tantos templos -agregó con una brusca violencia-. Te imaginas esas vidas, comer tortillas y trasladar piedras ¡bajo este sol! Comer y sudar, sudar y comer, día tras día. Sacrificios humanos no hubo tantos, eso no era lo peor. Pero piensa en esos millones de desdichados, cuyos guerreros y sacerdotes convirtieron en bestias de carga, ¿y por qué? ¡Por una estúpida vanidad!

Miraba con hostilidad esas pirámides que se elevaban hacia el sol y que hoy nos parecían abrumar la tierra; yo no compartía su ira, quizá porque no había tenido que sudar para comer y porque esa desgracia era demasiado antigua; pero tampoco podía, como lo hubiera hecho diez años antes, perderme sin pensar más en la contemplación de esa belleza muerta. Esa civilización que había sacrificado tantas vidas humanas a sus juegos de piedra no había dejado nada tras de sí; aun más que su crueldad me ofendía su esterilidad. Ya no quedaba más que un puñado de arqueólogos y de estetas que se interesaban en esos monumentos fotografiados maquinalmente por los turistas.

-¿Si bajáramos? -dije.

-¿Cómo?

Parecía que las cuatro paredes que sostenían la plataforma eran verticales; una de ellas estaba estriada de sombras y de luces sobre las cuales no se podía soñar en poner el pie. Lewis se echó a reír:

-¿Nunca te dije que tengo un vértigo terrible en cuanto estoy a dos metros del suelo? Subí sin darme cuenta, pero nunca podré bajar.

-No habrá más remedio.

Lewis retrocedió hasta el centro de la plataforma:

-¡Imposible!

Sonrió de nuevo:

-Hace diez años, en Los Angeles, me moría de hambre; encontré trabajo; se trataba de rebocar la parte alta de la chimenea de una fábrica; me subieron en una canasta: me quedé tres horas sin decidirme a salir. Terminaron por bajarme y me fuí con los bolsillos vacíos. Sin embargo, hacía dos días que no comía nada. ¡Con eso te digo todo!

-Es raro que tengas vértigo -dije-. Has visto tantas cosas, de todos los colores: te hubiera creído más aguerrido -me adelanté hacia la escalera-. Hay toda una familia americana que se prepara a subir: ¡bajemos!

-¿No tienes miedo?

-Sí, tengo miedo.

-Entonces déjame pasar adelante -dijo Lewis.

Bajamos las escaleras dándonos la mano y caminando de costado; estábamos cubiertos de sudor cuando llegamos abajo; un guía explicaba a un grupo de turistas los misterios del alma maya. Murmuré:

-¡Qué cosa rara es viajar!

-Sí, es raro -dijo Lewis. Me arrastró-. Vamos a tomar una copa.

Era una tarde muy tórrida; dormitamos en unas hamacas ante la puerta de nuestro cuarto. Y luego, brutalmente, la curiosidad me hizo volver la cabeza hacia la selva.

-Tengo muchas ganas de ir a dar una vuelta por esos bosques -dije.

-¿Por qué no? -dijo Lewis.

Nos hundimos en el gran silencio húmedo de la jungla; ni un turista; hormigas rojas que llevaban sobre el hombro briznas de pasto, aceradas caminaban en caravana hacia invisibles ciudadelas; encontrábamos también asambleas de mariposas que volaban, rosadas, azules, verdes, amarillas, al ruido de nuestros pasos; un agua dormida en las lianas caía sobre nosotros en amplias gotas. De tanto en tanto se veía en el extremo de un sendero un misterioso túmulo, amortajado en su vaina pedregosa, un templo o un palacio arruinado; algunos habían sido semiexhumados, pero las hierbas los ahogaban.

-Se podría creer que nadie ha venido nunca aquí -dije.

-Sí -dijo Lewis sin entusiasmo.

-Mira en el extremo del sendero: es un gran templo.

-Sí -volvió a decir Lewis.

Era un templo muy grande. Unos lagartos dorados se calentaban entre las piedras; las esculturas estaban estropeadas, salvo un dragón con una horrible mueca. Se lo señalé a Lewis, cuyo rostro seguía muerto: -¿Viste?

-Veo -dijo Lewis.

Bruscamente dió un puntapié en la boca del dragón.

-¿Qué haces?

-Le doy un puntapié -dijo Lewis.

-¿Por qué?

-Me miraba de una manera que no me gustó -Lewis se sentó sobre una roca y le pregunté-: ¿No quieres dar la vuelta al templo?

-Hazlo sin mí.

Di la vuelta al templo; pero me faltaba espíritu; sólo vi piedras apiladas unas sobre otras y que no significaban nada. Cuando volví Lewis no se había movido y su rostro estaba tan vacío que parecía haberse ausentado de sí mismo.

-¿Viste bastante? -preguntó.

-¿Quieres volver?

-Si has visto bastante.

-Sí, demasiado -dije-. Vamos.

Caía la tarde. Se empezaban a distinguir las primeras luciérnagas. Me dije con inquietud que en realidad conocía mal a Lewis. Era tan espontáneo, tan sincero, que me parecía simple: ¿pero quién lo es? Cuando había dado ese puntapié no tenía un aire bueno. Y sus vértigos ¿qué significaban? Caminábamos en silencio. ¿En quién pensaba?

-¿En quién piensas? -dije.

-Pienso en la casa de Chicago. Dejé la lámpara encendida, la gente que pasa cree que hay alguien, y no hay nadie.

-¿Lamentas estar aquí? -dije.

Lewis tuvo una risita:

-¿Acaso lo estoy? Es raro: eres como un chico, todo te parece real; a mí todo esto me da la impresión de un sueño: un sueño soñado por algún otro.

-Sin embargo, eres tú -dije- Y soy yo.

Lewis no contestó. Salimos de la jungla. Era completamente de noche; en el cielo las viejas constelaciones yacían en desorden entre montones de estrellas nuevas. Al ver las luces de la hostería Lewis sonrió:

-¡Por fin! ¡Me sentía perdido!

-¿Perdido?

-Son tan viejas todas estas ruinas. Demasiado viejas.

-A mí me gusta sentirme perdida -dije.

-A mí no. He estado perdido demasiado tiempo. Creí no encontrarme jamás. Ahora por nada del mundo, volvería a empezar.

Había un desafío en su voz y me sentí oscuramente amenazada.

-A veces hay que saber perderse -dije-. Si no se arriesga nada, no se tiene nada.

-Prefiero no tener nunca que correr ese riesgo -dijo Lewis en tono cortante.

Yo lo comprendía: le había costado tanto conquistar un poco de seguridad que por encima de todo quería salvaguardarla. Sin embargo, con qué imprudencia me había querido. ¿Iba a lamentarlo?

-¿Ese puntapié que diste es porque te sentías perdido? -pregunté.

-No. No me gustaba ese animal.

-Parecías verdaderamente malo.

-Lo soy -dijo Lewis.

-Conmigo no.

Sonrió:

-Contigo es difícil. Lo intenté una vez el año pasado, lloraste en seguida.

Entrábamos a nuestro cuarto y pregunté:

-¿Lewis, me tienes rencor?

-¿Por qué? -dijo él.

-No sé. Por todo, por nada. Por tener dos vidas.

-Si tuvieras una sola no estarías aquí -dijo Lewis.

-Lo miré con inquietud.

-¿Me guardas rencor?

-No -dijo Lewis-. No te tengo ningún rencor -me apretó contra él-. Te quiero.

Apartó el mosquitero y me tiró sobre la cama. Cuando estuvimos desnudos, piel contra piel, dijo con voz alegre:

-¡Estos son nuestros viajes más maravillosos!

Su rostro se había iluminado; ya no se sentía perdido; estaba bien ahí, donde estaba, en mi cuerpo. Y yo ya no estaba inquieta. La paz, la alegría que encontrábamos el uno en brazos del otro era más fuerte que todo.

Viajar, recorrer el mundo para ver con nuestros propios ojos lo que ya no existe, lo que no nos atañe, es una actividad muy dudosa. En eso estábamos de acuerdo Lewis y yo; no impide que a los dos nos divirtiera enormemente. En Uxmal era domingo y los indios desembalaban sus canastos de pic-nic a la sombra de los templos; escalamos escaleras despeñadas, aferrándonos a cadenas detrás de mujeres con largas enaguas. Dos días después volamos sobre bosques borrachos de lluvia. El avión subió muy alto en el cielo y no bajó; el suelo subió a nuestro encuentro; y nos ofreció, acostados en la hierba, un lago azul y una ciudad chata cuadriculada con tanta regularidad como un cuaderno de colegial: Guatemala, la seca pobreza de sus calles bordeadas de casas bajas, su mercado exuberante, sus campesinas descalzas, vestidas con harapos principescos que llevaban sobre sus cabezas cestos de flores y de frutas. En el jardín del hotel de Antigua, avalanchas de flores rojas, violeta y azules, se derrumbaban a lo largo de los troncos de los árboles y ahogaban las paredes; la lluvia caía con furia, espesa y cálida, y un loro encadenado corría de arriba abajo riendo. Al borde del lago Atitlan dormíamos en un *bungalow* florecido con enormes mantas de claveles; un barco nos condujo a Santiago, donde mujeres aureoladas con una cinta roja mecían bebés envueltos de la cabeza a los hombros en capuchones cilíndricos. Desembarcamos un jueves en medio del mercado de Chichicastenango. La plaza estaba cubierta de carpas y de azafates; las mujeres, vestidas con blusas bordadas y faldas de colores, vendían semillas, harinas, panes, frutas secas, aves flacas, cántaros, carteras, cinturones, sandalias, y kilómetros de telas color de vitral y de cerámica, tan hermosas que el mismo Lewis las palpaba con júbilo.

-Compra esta tela roja -decía-, o la verde con todos esos pajaritos.

-Espera -dije-. Hay que verlo todo.

Las más maravillosas de todas esas maravillas eran los viejísimos huipiles que llevaban todas esas campesinas. Le mostré a Lewis una de esas blusas con bordados antiguos, donde el azul de Chartres se fundía tiernamente con rojos y oros apagados:

Eso es lo que quisiera comprar si se vendiera.

Lewis examinó a la vieja india de largas trenzas:

-Quizá lo venda.

-Nunca me atreveré a proponérselo. Y además, ¿en qué idioma?

Continuamos rondando. Las mujeres amasaban entre sus manos la pasta de las tortillas, ollas llenas de un guiso amarillo se cocinaban al fuego; las familias comían. La plaza estaba flanqueada de dos iglesias blancas, a las que se accedía por escaleras; en los peldaños unos hombres vestidos de toreros de opereta agitaban incensarios. Subimos hacia la gran iglesia a través de la espesa humareda que me recordaba mi infancia.

-¿Hay derecho a entrar? -pregunté.

-¿Qué pueden hacernos? -dijo Lewis.

Entramos y un pesado olor a hierbas aromáticas me saltó a la garganta. Ni sillas, ni bancos, nada donde sentarse. Las lajas del piso eran un cantero de cirios de llamas rojas; los indios farfullaban oraciones pasándose de mano en mano espigas de maíz. Sobre el altar yacía una momia cubierta de brocatos y de flores;

Librodot

enfrente, abrumado de telas y de joyas, había un gran Cristo sangriento de faz torturada.

-Si al menos pudiéramos comprender lo que dicen -dijo Lewis.

Miraba a un anciano de pies rugosos que bendecía mujeres arrodilladas. Lo tiré del brazo:

-Salgamos, todo este incienso me da dolor de cabeza.

Cuando estuvimos afuera Lewis me dijo:

-¿No ves?; no creo que estos indios sean muy felices. Sus ropas son alegres: ellos no.

Compramos cinturones, sandalias, telas; la vieja del huipil maravilloso estaba aun ahí, pero no me atrevía a hablarle. En el café, almacén de la plaza, algunos indios bebían alrededor de una mesa; sus mujeres estaban sentadas a sus pies. Pedimos tequilas, que nos sirvieron con sal y limoncitos verdes. Dos jóvenes indios bailaban entre ellos trastabillando: parecían tan incapaces de divertirse que partían el corazón. Afuera los vendedores empezaban a guardar su mercancía; hacían con sus cacharros edificios complicados que instalaban sobre sus espaldas; la frente ceñida con una vincha de cuero que los ayudaba a sostener el pesado fardo, se iban al trotecito.

-Mira esto -dijo Lewis-. Se creen bestias de carga.

-Supongo que son demasiado pobres para tener asnos.

-Lo supongo. Pero parecen tan bien instalados en su miseria: eso es lo que tienen de desagradable. ¿Si nos fuéramos?

-Vamos.

Volvimos al hotel, pero me dejó ante la puerta:

-Me olvidé de comprar cigarrillos. Vuelvo en seguida.

Había un gran fuego encendido en nuestra chimenea; esa pequeña ciudad asoleada estaba encaramada más alto que la más alta colina de Francia y la noche solía ser fresca. Me acosté ante las llamas, que olían agradablemente a resina. Me gustaba ese cuarto con sus paredes rebocadas de rosa y todas sus alfombras. Pensé en Lewis: estaba contenta de quedarme sola cinco minutos porque eso me permitía pensar en él. Decididamente, lo pintoresco no andaba con Lewis. Que le muestren templos, paisajes, mercados, en seguida ve a través de ellos: veía hombres; y él tenía sus ideas sobre lo que debe ser un hombre: ante todo, alguien que no se resigna, alguien que tiene deseos y que lucha por satisfacerlos. Él se contentaba con poco, pero se había negado con violencia a verse, frustrado de todo. Había en sus novelas una extraña mezcla de ternura y de crueldad, porque aborrecía casi tanto como a los opresores a las víctimas demasiado complacientes. Reservaba su simpatía para la gente que intentaba al menos evasiones personales en la literatura, el arte, las drogas, en última instancia el crimen, en el mejor de los casos la felicidad. Y no admiraba verdaderamente sino a los grandes revolucionarios. Tenía una mentalidad tan poco política como yo; pero quería muy sentimentalmente a Stalin, Mao Tse- Tung, Tito. Los comunistas de Estados Unidos le parecían bobos y blandos, pero yo suponía que en Francia habría sido comunista: al menos lo hubiera intentado. Miré la puerta: ¿por qué no volvía? Iba a impacientarme, cuando por fin entró con un paquete bajo el brazo.

-¿Qué hiciste? -dije.

-Estaba a cargo de una misión especial.

-¿Para quién?

-Para mí mismo.

-¿Y la ejecutaste?

-Por supuesto.

Me tiró el paquete; arranqué el papel. Y el azul de Chartres me llenó los ojos: era el maravilloso huipil.

-Está más bien mugriento -dijo Lewis.

Yo seguía con el dedo, con delectación, el dibujo caprichoso y pensado de los bordados:

-Es magnífico. ¿Cómo lo conseguiste?

-Llevé conmigo al portero del hotel y él hizo las negociaciones. La vieja no quería saber nada de vender su harapo, pero cuando le propusieron cambiárselo por un huipil nuevo cedió. Hasta me tomó por un idiota. Pero después de eso tuve que ofrecerle una copa al portero y ya no me largaba: quiere ir a buscar fortuna a Nueva York.

Me colgué del cuello de Lewis:

-¿Por qué eres tan bueno conmigo?

-Te he dicho que no soy bueno. Soy muy egoísta. Lo que hay es que eres un pedacito de mí mismo -me abrazó; más fuerte-. Es tan dulce quererte.

Ah, nuestros cuerpos nos resultaban muy útiles en esos momentos en que la ternura nos ahogaba. Me pegué contra Lewis. ¿Cómo su carne podía ser a la vez tan familiar y tan impresionante? De pronto su tibieza me quemaba desde la piel hasta los huesos. Nos dejamos caer sobre la alfombra ante las llamas crujientes.

-¡Ana! ¿Sabes cuánto te quiero? ¿Lo sabes aunque no te lo diga a menudo?

-Lo sé. Tú también lo sabes, ¿verdad?

-Lo sé.

Arrojamos nuestra ropa a las cuatro esquinas del cuarto.

--¿Por qué te deseo tanto? -dijo Lewis.

-Porque yo te deseo tanto.

Me poseyó sobre la alfombra; volvió a poseerme sobre la cama y durante mucho rato permanecí acostada bajo su brazo.

-¡Cómo me gusta estar contra tu cuerpo!

-¡Cómo me gusta tenerte contra mi cuerpo!

Al cabo de un rato Lewis se levantó sobre un codo:

-Tengo la garganta seca. ¿Tú no?

-Tomaría una copa con gusto.

Descolgó el teléfono y pidió dos whiskies. Yo me puse mi batón y él su vieja bata blanca.

-Deberías tirar ese horror -dije.

Se envolvió estrechamente en la tela esponja:

-¡Jamás! Esperaré que ella me deje.

No era nada avaro, pero odiaba tirar las cosas y sobre todo su ropa vieja. Nos trajeron los whiskies y nos sentamos junto al fuego. Afuera empezaba a llover, llovía todas las noches.

-¡Estoy bien! -dije.

-Yo también -dijo Lewis. Pasó su brazo alrededor de mis hombros-. ¡Ana, quédate conmigo! -dijo.

Se me cortó la respiración:

-¡Lewis! ¡Sabes cómo lo desearía! ¡Lo desearía tanto! Pero no puedo.

-¿Por qué?

-Te lo he explicado el año pasado.

Vacié mi vaso de un trago y todos los viejos miedos se abatieron sobre mí: el del club Delisa, el de Mérida, el de Chichen Itza, y otros más que yo había ahogado muy pronto. Eso es lo que yo presentía: un día me diría: quédate; yo tendría que contestar: no. ¿Qué ocurriría entonces? El año pasado, si hubiera perdido a Lewis, todavía habría podido consolarme; ahora, estar privada de él era como estar enterrada viva.

-Estás casada -dijo-. Pero puedes divorciarte. Podemos también vivir juntos sin estar casados -se inclinó sobre mí-. Eres mi mujer, mi única mujer.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

-Te quiero -dije-. Sabes cuánto te quiero. Pero a mi edad una no puede tirar toda su vida por encima de la borda: es demasiado tarde. Nos hemos encontrado demasiado tarde.

-Para mí no -dijo.

-¿Lo crees? -dije-. Si te pidiera que fueras a vivir a París para siempre, ¿irías?

-No hablo francés -dijo Lewis rápidamente.

Yo sonreí:

-Se aprende. La vida no es más cara en París que en Chicago y una máquina de escribir es fácil de transportar. ¿Vendrías?

El rostro de Lewis se oscureció:

-No podría escribir en París.

-Supongo que no -dije. Me encogí de hombros-. ¿Ves?, en el extranjero no podrías escribir y tu vida carecería de sentido. Yo no escribo; pero hay cosas que cuentan para mí tanto como tus libros para ti.

Lewis guardó un minuto de silencio.

-¿Y sin embargo, me quieres? -dijo.

-Sí -dije-. Te querré hasta la muerte -tomé sus manos-: Lewis, puedo volver todos los años. Si estamos seguros de volver a vernos todos los años ya no habrá separación; sólo esperas. Uno puede esperarse en la dicha cuando se quiere con bastante fuerza.

-Si me quieres como té quiero, ¿por qué perder las tres cuartas partes de nuestra vida esperando? -dijo Lewis.

Vacilé.

-Porque el amor no es todo -dije-. Deberías comprenderme. Para ti tampoco es todo.

Mi voz temblaba y mi mirada suplicaba a Lewis: ¡que comprenda!, que me guarde ese amor que no era todo pero sin el cual yo ya no seria nada.

-No, el amor no es todo.-dijo Lewis.

Me miraba con aire vacilante. Dije con pasión:

-No te quiero menos porque también me importen otras cosas. No debes guardarme rencor. No debes quererme menos por eso.

Lewis tocó mi pelo:

-Supongo que si el amor fuera todo para ti no te querría tanto: ya no serias tú.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Si me aceptaba entera, con mi pasado, mi vida, con todo la que me separaba de él, nuestra felicidad estaba salvada. Me arrojé en sus brazos:

-¡Lewis! ¡Habría sido tan atroz si no hubieras comprendido! Pero comprendes. ¡Qué felicidad!

-¿Por qué lloras? -dijo Lewis.

-Tuve miedo: si te perdía ya no hubiera podido vivir.

Aplastó una lágrima sobre mi mejilla:

-No llores. Tengo miedo cuando lloras.

-Ahora lloro porque soy feliz.-dije-. Porque seremos felices. Cuando estemos juntos haremos provisiones de felicidad para todo el año. ¿No es verdad, Lewis?

-Sí, mi francesita -dijo tiernamente. Besó mi mejilla mojada-. Es raro, a veces me pareces una mujer muy juiciosa y a veces apenas una chica.

-Supongo que soy una mujer estúpida.-dije-. Pero me es igual si me quieres.

-Te quiero, estúpida francesita -dijo Lewis.

Yo tenia el corazón alegre al día siguiente en el ómnibus que nos llevaba a Quetzaltenango; ya no le temía al porvenir, ni a Lewis, ni a las palabras, ya no le temía a nada; por primer vez me atrevía a hacer proyectos en voz alta: el año próximo Lewis alquilaría una casa sobre el lago Michigan y pasaríamos el verano; dos años después él vendría a París, yo le mostraría Francia e Italia. ..Yo tenía su mano apretada en la mía y él aprobaba sonriendo. Atravesábamos bosques tupidos; caía una lluvia tan caliente y tan olorosa que bajé el cristal para sentirla sobre mi cara. Los pastores nos miraban pasar, inmóviles bajo capas de paja: parecía que transportaban ranchos sobre sus espaldas.

-¿Es verdad que estamos a cuatro mil metros? -dijo Lewis.

-Así parece.

Sacudió la cabeza:

-No lo creo. Tendría vértigo.

De lejos siempre me habían parecido un prodigio imposible esas mesetas tan altas como ventisqueros y cubiertas de una vegetación lujuriosa; ahora las veía, se volvían tan naturales como una pradera francesa. A decir verdad, el alto Guatemala, con sus volcanes dormidos, sus lagos, su vegetación, sus campesinos supersticiosos, se parecía a Auvernia. Ya empezaba a cansarme y me alegré cuando dos días después bajamos hacia la costa: ¡Y qué costal A la madrugada tiritábamos sobre la ruta zigzagueante bordeada por frescos campos de pastores. Y luego las plantas caducas desaparecieron bajo la ola de una sombría vegetación de hojas duras y barnizadas; al pie de los árboles salpicados de escarcha apareció una aldea andaluza florecida de ibis y de campánulas; en pocas vueltas de rueda atravesamos varios paralelos más; el cielo se había abrazado, cruzamos plantaciones de bananos sembradas de cabañas, alrededor de las cuales rondaban indias de pechos desnudos. La estación de Motzatenango era un terreno de feria; había mujeres sentadas sobre los rieles en medio de sus faldas, de sus atados, de sus gallinas. Una campana sonó a lo lejos; unos empleados se pusieron a gritar y un trencito apareció, precedido de un antiguo ruido de vapor y de chatarra.

Necesitamos diez horas para recorrer los ciento veinte kilómetros que nos separaban de Guatemala; en cinco horas, al día siguiente, por encima de las oscuras montañas y de una costa deslumbrante nos transportó a México.

-¡Por fin una verdadera ciudad! ¡Una ciudad donde ocurren cosas! -dijo Lewis en el taxi-. Me gustan las ciudades -agregó.

-A mí también.

Habíamos elegido con anticipación nuestro hotel y la correspondencia nos esperaba. Leí mis cartas en el dormitorio, sentada junto a Lewis: ahora podía pensar en mi vida de París sin tener la impresión de robarle algo; ahora yo compartía todo con él, aun lo que nos separaba. Roberto parecía de buen humor, decía que Nadine estaba triste pero tranquila y Paula casi curada: todo andaba bien. Le sonreí a Lewis:

-¿Quién te escribe?

-Mis editores.

-¿Qué dicen?

-Quieren detalles sobre mi vida. Para lanzar el libro: piensan lanzarlo espectacularmente.

Tenía una voz fastidiada. Lo interrogué con la mirada:

-Quiere decir que ganarás mucho dinero, ¿no?

-¡Así lo espero! -dijo Lewis. Metió la carta en el bolsillo-.Tengo que contestarles en seguida.

-¿Por qué en seguida? -pregunté-. Primero vamos a visitar México.

Lewis se echó a reír:

-Una cabeza tan pequeña. ¡Y ojos que nunca se cansan de mirar!

Reía, pero algo en su tono me desconcertó.

-Si te aburre seguir, quedémonos -dije.

Nos alojamos en la Alameda sobre la acera unas mujeres trenzaban enormes coronas mortuorias, y otras iban y venían; la palabra Alcázar brillaba alegremente en el frontón de un hall funerario; seguimos por una ancha avenida populosa y luego por callecitas turbias. A primera vista, México me gustaba. Pero Lewis estaba preocupado. No me extrañaba. Hay cosas que él resuelve en un impulso, pero a menudo le ocurre vacilar durante horas ante una maleta que hacer o una carta que escribir. Lo dejé meditar en silencio durante toda la comida. En cuanto llegamos a la habitación se instaló ante una hoja ge papel en blanco: la boca entreabierta, los ojos vidriosos, parecía un pescado. Me dormí antes de que hubiera trazado una sola palabra.

-¿Escribiste tu carta? -le pregunté a la mañana siguiente.

-Sí.

-¿Por qué te fastidiaba tanto escribirla?

-No me fastidiaba -se echó a reír- Ah, no me mires como si fuera uno de tus enfermos. Vamos a pasear.

Paseamos mucho aquella semana. Escalamos las grandes pirámides y navegamos en barcas floridas, erramos por la avenida Jalisco, en sus mercados miserables, sus dancings, sus music-halls, rondamos por la zona y tomamos tequilla en los bares de mala fama. Contábamos quedarnos todavía un poco en México, pasar un mes visitando el país y volver a Chicago por algunos días. Pero una tarde, cuando volvíamos a nuestro cuarto a dormir la siesta, Lewis me dijo bruscamente:

-Tengo que estar el jueves en Nueva York.

Lo miré con sorpresa:

-¿En Nueva York? ¿Por qué?

-Mis editores me lo piden.

-¿Recibiste otra carta?

-Sí; me invitan por quince días.

-Pero no estás obligado a aceptar -dije.

-Justamente: estoy obligado -dijo Lewis-. Quizá las cosas no ocurran así en Francia -agregó-, pero aquí un libro es un negocio y si uno quiere que rinda, hay que ocuparse de él. Tengo que ver gente, asistir a *partie*s, contestar a reportajes. No es muy divertido, pero es así.

-¿No les advertiste que no estabas libre antes de julio? ¿No se puede demorar hasta julio?

-Julio es un mal momento; habría que esperar, hasta octubre: es demasiado tarde -Lewis agregó con impaciencia-: Hace cuatro años que vivo a costillas de mis editores. Si quieren recuperar su dinero no me corresponde a mí crearles dificultades. Y necesito dinero yo también si quiero seguir escribiendo lo que me gusta.

-Comprendo -dije.

-¡Pobre francesita! ¡Qué aspecto afligido tiene en cuanto uno ya no hace sus cuatro voluntades!

Me sonrojé. En verdad Lewis sólo pensaba en darme el gusto. Por una vez que se preocupaba de sus propios intereses yo no debí sentirme defraudada; me consideraba egoísta, por eso su voz era un poco agresiva.

-Es culpa tuya -dije-. Me has mimado demasiado -sonreí-. Oh, será lindo pasear juntos por Nueva York -dije-. Pero me produjo un choque la idea de cambiar todos nuestros proyectos y me lo anunciaste de golpe.

-¿Cómo había que anunciártelo?

-No te reprocho nada -dije alegremente. Interrogué a Lewis con la mirada-. ¿Ya te invitaban en la primera carta?

-Sí -dijo Lewis.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-Sabía que te disgustaría.

Su aire afligido me enterneció; ahora comprendía por qué le había costado tanto redactar su respuesta; trataba de salvar nuestro viaje a México, y estaba tan seguro de lograrlo que le había parecido vano inquietarme. Pero había fracasado. Entonces ahora trataba de poner a mal tiempo buena cara y mis lamentos lo irritaban un poco: prefiere irritarse que entristecerse, lo comprendo.

-Hubieras podido decírmelo, no soy tan frágil -dije. Le sonreí con ternura-. ¿Ves que me mimas demasiado?

-Quizá -dijo Lewis.

De nuevo me sentí desconcertada.

-Vamos a cambiar todo esto -dije-. Cuando estemos en Nueva York, yo haré tus cuatro voluntades.

Lewis me miró riendo:

-¿Es verdad eso?

-Sí, es verdad. A cada cual su turno.

-Entonces, no esperemos estar en Nueva York, empecemos en seguida. Ven a hacer mis cuatro voluntades -dijo con un poco de desafío.

Era la primera vez que dándole mi boca pensé: "No." Pero no estaba acostumbrada a decir no, no supe hacerlo. Y ya era demasiado tarde para negarme sin protestas. Por supuesto, dos o tres veces me había ocurrido decir: "sí", sin tener verdaderamente ganas; pero siempre mi corazón consentía. Hoy era distinto. Había habido en la voz de Lewis una insolencia que me había helado; sus gestos, sus palabras, no me chocaban nunca porque eran tan espontáneas como su deseo, como su placer, como su amor; hoy participé con molestia en la gimnasia familiar, que me pareció barroca y frívola. Y advertí que Lewis no me decía: "Te quiero." ¿Cuándo lo había dicho por última vez?

No lo dijo en los días que siguieron. No hablaba sino de Nueva York. Había pasado un día en el 43, cuando se embarcaba para Europa, y hervía de ganas de volver a ir. Esperaba ver a antiguos amigos de Chicago; esperaba un montón de cosas. El porvenir y el pasado tienen mucho más precio que el presente a los ojos de Lewis; yo estaba junto a él, Nueva York lo obsesionaba. Yo no me afligía demasiado. Pero de todas maneras su alegría me entristecía. ¿Acaso no extrañaba nada nuestra soledad? Yo tenía demasiados recuerdos; y demasiado cercanos, para temer que ya estuviera cansado de mí; pero quizá estaba un poco demasiado habituado.

Nueva York estaba tórrida. Ya no había grandes lluvias nocturnas. Desde la mañana el cielo ardía. Lewis salió del hotel temprano. Me quedé dormitando, bajo el ronroneo del ventilador. Leí, tomé duchas, escribí algunas cartas. A las seis estaba vestida y esperaba a Lewis. Llegó a las siete y media muy animado.

-¡Encontré a Felton! -me dijo.

Me había hablado mucho de ese Felton, que tocaba el tambor de noche, que conducía un taxi de día y que se drogaba noche y día; su mujer recogía hombres por la calle y se drogaba con él. Se habían ido de Chicago por imperiosas razones de salud. Lewis no conocía exactamente su dirección. En cuanto terminó con sus agentes y sus editores se había dedicado a buscarla y después de mil peripecias había logrado dar con su teléfono.

-Nos espera -dijo Lewis-. Va a mostramos Nueva York.

Yo hubiera preferido pasar la velada sola con Lewis, pero dije con entusiasmo:

-Me divertirá mucho conocerlo.

-Y además nos llevará a un montón de lugares que nunca hubiéramos descubierto sin él. Lugares que tus amigos los psiquiatras seguramente no te han mostrado -agregó Lewis alegremente.

Afuera hacia un gran calor húmedo. Hacía todavía más calor en la buhardilla de Felton. Era un tipo alto de rostro pálido, que reía de placer sacudiendo las manos de Lewis. En realidad no nos mostró gran cosa de Nueva York; su mujer llegó con dos muchachos y latas de cerveza; vaciaron lata tras lata hablando de un montón de gente de las cuales yo ignoraba todo, que acababan de ser metidos en la cárcel, que iban a salir, que buscaban una combinación, que habían encontrado una. Hablaron también del tráfico de la droga y del precio que aquí costaban los policías. Lewis se divertía mucho. Fuimos a comer costillas de cerdo a un boliche de la tercera avenida. Siguieron hablando mucho rato. Yo me aburría enormemente y me sentía más bien deprimida.

Seguí estándolo en los días que siguieron. En un punto no me había equivocado: una vez en Nueva York, Lewis se desilusionó un poco. No le gustaba el género de vida que aquí le infligían: la vida mundana, la publicidad. Iba sin alegría a sus almuerzos, a sus *parties* a sus *cocktails* y volvía malhumorado. Yo no sabía qué hacer con mis huesos. Lewis me proponía blandamente que lo acompañara, pero este año no me divertían los encuentros sin porvenir. Ni siquiera me divertía volver a ver a los antiguos amigos. Paseaba por las calles sola y sin mucha convicción: hacía demasiado calor. El asfalto se derretía bajo mis pies, en seguida estaba transpirada y extrañaba a Lewis. Lo peor es que cuando nos encontrábamos

Librodot

no era mucho más alegre: a Lewis le aburría contar reuniones aburridas y yo no tenía nada que contar. Entonces íbamos al cine, a un *match* de box, a un partido de *base-ball*, y a menudo Felton venía con nosotros.

-No le tienes mucha simpatía a Felton, ¿verdad? -me preguntó un día Lewis.

-Sobre todo no tengo nada que decirle, ni él a mí -dije.

Miré a Lewis con curiosidad-. ¿Por qué tus mejores amigos son todos rateros, drogados o viven de las mujeres?

Lewis se encogió de hombros:

-Me parecen más divertidos que los demás.

-¿Pero nunca tuviste ganas de drogarte?

-¡Oh, no! -dijo precipitadamente-. Sabes muy bien: adoro todo lo que es peligroso, pero de lejos.

Bromeaba, pero decía la verdad. Lo que es peligroso, desmesurado, poco razonable, lo fascina; pero ha decidido vivir sin riesgo, con medida y con razón. Esa contradicción lo vuelve a menudo inquieto y vacilante. ¿No era ella la que aparecía en su actitud hacia mí?, me pregunté con angustia. Lewis me había querido en un impulso, con imprudencia. ¿Acaso se lo estaba reprochando? En todo caso ya no podía ocultármelo; desde hacía algún tiempo había cambiado.

Aquella noche parecía de muy buen humor cuando entró a la habitación; había pasado la tarde grabando un reportaje para la radio y yo estaba preparada a lo peor, pero me abrazó alegremente:

-¡Vístete rápido! -dijo-. Como con Jack Murray y vas a venir conmigo. Se muere de ganas de conocerte y yo quiero que lo conozcas.

No oculté mi decepción:

-¿Esta noche? Lewis, ¿no pasaremos nunca más una noche solos tú y yo?

-¡Lo dejaremos temprano! -dijo Lewis. Vació sobre la mesa los bolsillos de su chaqueta y sacó del armario su traje nuevo-. No me ocurre a menudo simpatizar con un escritor -dijo-. Si te digo que Murray te gustará, puedes creerlo.

-Te creo -dije.

Me senté ante el espejo para arreglarme la cara.

-Vamos a comer al aire libre, en Central Park -dijo Lewis-. Parece que el lugar es muy bonito y se come muy bien. ¿Qué te parece?

Sonreí: -Me parece que si verdaderamente tú y yo nos liberamos temprano será perfecto.

Lewis me miró con aire vacilante:

-Me gustaría mucho que Murray te cayera bien.

-¿Por qué?

-¡Ah! ¡Hemos hecho proyectos! -dijo Lewis con voz alegre-. Pero tiene que caerte bien; si no, no correrán.

Interrogué a Lewis con la mirada.

-Tiene una casa en un pueblito, cerca de Boston -dijo Lewis-. Nos invita por todo el tiempo que tengamos ganas. Sería mucho mejor que volver a Chicago: en Chicago ha de hacer todavía más calor que aquí.

De nuevo sentí un gran vacío en el hueco del estómago.

-¿Pero él vive o no en esa casa?

-Si, vive con su mujer y sus dos hijos. Pero no tengas miedo -agregó Lewis con un tono un poco burlón-, tendremos un cuarto propio.

-Pero, Lewis; ¡no tengo ganas de pasar este último mes con otra gente! -dije- Prefiero tener demasiado calor en Chicago sola contigo.

-No veo por qué, so pretexto de quererse, hay que pasarse solos, juntos, noche y día -dijo Lewis con voz brusca.

Antes de que yo hubiera podido contestar había entrado al cuarto dé baño y había cerrado la puerta.

"¿Qué significa esto? ¿Se aburre verdaderamente conmigo?", me pregunté con angustia. Me puse una blusa de encajes y una falda sedosa que había comprado en México, calcé sandalias doradas y me quedé plantada en medio del cuarto,

totalmente desamparada. ¿Se aburre? ¿O qué? Toqué las llaves que había tirado sobre la mesa, la billetera, el paquete de Camel: ¡cómo podía conocer tan mal a Lewis queriéndolo tanto! Entre los papeles dispersos me llamó la atención una carta con membrete de sus editores. La desplegué: "Querido. Lewis Brogan. Puesto que prefiere venir en seguida a Nueva York no hay ningún inconveniente. Vamos a tomar todas las disposiciones necesarias. De acuerdo para el jueves a mediodía." Leí la continuación a través de una bruma, la continuación no tenía interés. *Prefiere venir enseguida a Nueva York, prefiere, pre*. .. La noche en que Paula había dado su banquete fantasma yo había sentido el suelo moverse bajo mis pies. Hoy era peor. Lewis no estaba loco: ¡la loca tenía que ser yo! Me dejé caer en un sillón. Su carta había sido escrita sólo ocho días después de la noche de Chichicastenango, esa noche en que él decía: "¡Te quiero, estúpida francesita!" Yo recordaba todo: las llamas, las alfombras, su vieja salida de baño, la lluvia contra los vidrios. Y él decía: "Te quiero." Era ocho días antes de nuestra llegada a México: entre tanto nada había ocurrido. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué había decidido abreviar nuestra soledad? ¿Por qué me había mentido? ¿Por qué?

-¡Oh, no pongas esa cara! -dijo Lewis cuando salió del cuarto de baño.

Creía que yo estaba enojada a causa de la invitación de Murray; no lo desengañé; imposible pronunciar una sola palabra. Durante el trayecto en taxi no abrimos la boca.

Hacía fresco en el restaurante de Central Park. Al menos el follaje, los manteles adamascados, los baldes llenos de hielo, los hombros desnudos de las mujeres daban una impresión de frescura. Tomé uno tras otro dos Martinis, y gracias a eso, cuando Murray llegó pude articular decentemente algunas frases. En la época en que me gustaban los encuentros sin porvenir, seguramente me habría alegrado conocerlo. Era todo redondo, cabeza, rostro y cuerpo, quizá por eso uno tenía ganas de aferrarse a él como a un salvavidas; ¡Y qué agradable era su voz! Al oírlo me di cuenta lo seca que se había vuelto la voz de Lewis. Me habló de los libros de Roberto, de los de Enrique, parecía estar al corriente de todo, era fácil conversar con él. Pero los martillazos seguían en mi cabeza: "Prefiere venir a Nueva York, prefiere venir a Nueva York." Pero era una pesadilla que continuaba sin mí mientras yo comía un *cocktail* de langostinos y tomaba vino blanco. Murray me preguntó qué pensaban los franceses de las propuestas Marshall y se puso a discutir con Lewis sobre la actitud probable de la U. R. S. S.: pensaba que mandaría a Marshall a paseo y que tenía mucha razón. Parecía entender de política más que Lewis; en conjunto tenía la cabeza mejor organizada y una cultura más sólida. Lewis estaba encantado de encontrar sus propias opiniones en boca de un hombre que sabía defenderlas tan bien. Sí, en un montón de terrenos. Murray podía aportarle más que yo. Yo comprendía que Lewis tuviera ganas de hacerse amigo de él; en última instancia, hasta comprendía que tuviera ganas de pasar ese mes con él. Pero eso no explicaba la mentira de México; no explicaba lo esencial.

-¿Puedo dejarlos en algún lado? -preguntó Murray dirigiéndose hacia la playa de estacionamiento.

-No, tengo ganas de caminar -dije precipitadamente.

-Si le gusta caminar es absolutamente necesario que venga a Rockport -dijo Murray con una gran sonrisa-. Hay paseos magníficos en los alrededores. Estoy seguro de que el lugar le gustará. ¡Y me dará tanto placer tenerlos allí a los dos

¡Será estupendo! -dije con calor.

-Desde el lunes próximo pueden llegar cuando quieran -dijo Murray-. Ni siquiera es necesario que avisen.

Subió a su coche y nos fuimos a pie a través del parque.

-Creo que Murray tenía ganas de pasar la velada con nosotros -dijo Lewis con un leve reproche.

-Quizá -dije-. Pero yo no.

-Sin embargo, parecías entenderte muy bien con él -dijo Lewis.

-Lo encuentro muy simpático -dije-. Pero tengo cosas que decirte.

El rostro de Lewis se oscureció:

-¡No ha de ser tan importante!

-Sí -señalé una roca chata en medio del césped-. Sentémonos.

Las ardillas grises corrían por el pasto; a lo lejos los grandes edificios brillaban. Dije con voz neutra:

-Hace un rato, mientras te bañabas, dejaste tiradas unas cartas sobre la mesa -busqué la mirada de Lewis-. Tus editores no exigían que vinieras ahora a Nueva York. Fuiste tú quien lo propuso. ¿Por qué me dijiste lo contrario?

-¡Ah! ¡Lees mi correspondencia a mis espaldas! -dijo Lewis con voz irritada.

-¿Por qué no? Tú me mientes.

-Yo te miento y tú revisas mis papeles: estamos a mano -dijo Lewis con hostilidad.

De pronto todas mis fuerzas me abandonaron y lo miré con estupor; era él, era yo. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

-Lewis, no lo comprendo. Me quieres, te quiero, ¿qué ocurre? -pregunté desorientada.

-Nada -dijo Lewis,

-No comprendo -repetí-, explícame. ¡Éramos tan dichosos en México! ¿Por qué decidiste venir a Nueva York? Sabías muy bien que aquí casi no podríamos vernos.

-Siempre indios, ruinas, ya estaba hasta la coronilla -dijo Lewis. Se encogió de hombros-. Tuve ganas de cambiar de aire, no veo qué hay de trágico en todo esto.

No era una respuesta, pero decidí aceptarla provisoriamente:

-¿Por qué no me dijiste que estabas harto de México? ¿Por qué toda esa farsa? -pregunté.

-No me habrías dejado venir, me habrías obligado a quedarme allí -dijo Lewis.

Me impresionó como si me hubiera abofeteado: ¡qué rencor en su voz!

-¿Piensas lo que dices?

-Sí -dijo Lewis.

-Pero en fin, Lewis, ¿cuándo te he impedido hacer tu gusto? Sí, siempre tratabas de hacerme el gusto a mí, pero eso parecía alegrarte a ti también. Nunca tuve la impresión de tiranizarte.

Reviví nuestro pasado en mi cabeza: todo había sido amor, comprensión y la dicha de darnos la dicha el uno al otro. Era atroz pensar que tras la gentileza de Lewis se ocultaban agravios.

-Eres tan terca que ni siquiera te das cuenta -dijo Lewis-. Arreglas las cosas a tu gusto y luego no aflojas, hay que hacer la que quieres.

-¿Pero cuándo ocurrió eso? Dame ejemplos -dije.

Lewis vaciló: -Tengo ganas de ir a pasar este mes a casa de Murray y te niegas.

Lo interrumpí:

-Eres de mala fe. ¿Cuando ocurrió eso antes de México?

-Sé muy bien que si no hubiera hecho las cosas a la fuerza nos habríamos quedado en México -dijo Lewis-. Según tus planes debíamos pasar todavía un mes y me hubieras probado que había que hacerlo.

-En primer lugar, eran los planes de los dos -dije. Reflexioné-. Supongo que hubiera discutido; pero puesto que tenías tantas ganas de venir a Nueva York, yo hubiera: terminado por ceder.

-Es fácil decirlo -dijo Lewis. Me detuvo de un gesto-. En todo caso me hubiera costado mucho trabajo convencerte. Te dije una mentira para ganar tiempo: no es tan grave.

-A mí me parece grave -dije-. Creí que nunca mentías.

Lewis sonrió un poco molesto:

-En realidad sí, es la primera vez. Pero haces mal en impresionarte. Que uno mienta o no mienta, nunca se dice la verdad.

Lo miré con perplejidad. ¡Decididamente, pasaban cosas raras en su cabeza! No tenía el corazón liviano. ¿Pero qué le pasaba exactamente? Sacudí la cabeza.

-No lo creo -dije-. Uno puede hablarse. Puede conocerse. Basta un poco de buena voluntad.

-Sé que esa es tu idea -dijo Lewis-, pero justamente es la peor mentira; pretender que uno dice la verdad.

Se levantó:

-En fin, sobre este punto ya te lo he dicho; no tengo nada que agregar. Tal vez podríamos irnos de aquí.

-Vámonos.

Atravesamos el parque en silencio. Esa explicación no me había explicado nada. Había una sola cosa clara: la hostilidad de Lewis. ¿Pero de dónde venía? Estaba demasiado hostil para decírmelo; de nada servía interrogarlo.

-¿Adónde vamos? -preguntó Lewis.

-Adonde quieras.

-No tengo idea.

-Yo tampoco.

-Parecías tener planes para esta noche -dijo Lewis.

-Nada especial -dije-. Pensaba que iríamos a un barcito tranquilo y que conversaríamos.

-No se conversa así, por obligación -dijo malhumorado.

-Vamos a oír jazz al Café Society -dije.

-¿No has oído bastante jazz en tu vida?

La ira se me subió al rostro.

-Bueno, vamos a dormir -dije.

-No tengo sueño -dijo Lewis con aire inocente.

Se divertía haciéndome bromas, pero sin cordialidad. "Está estropeándome la noche a propósito", pensé con rencor. Dije secamente:

-Entonces vamos a Café Society, puesto que yo tengo ganas y tú no tienes ganas de nada.

Tomamos un taxi: recordé lo que Lewis me había dicho un año antes: que no se entendía con nadie por su culpa. ¡Entonces era verdad! Tenía buenas relaciones con Teddy, Felton, Murray porque los veía raramente. Pero no soportaba mucho tiempo una vida en común. Me había querido atolondradamente y ya el amor le parecía una carga. De nuevo la ira se me subió a la garganta; era más bien reconfortante. "Debió prever lo que le ocurre -pensé-. No debió dejar que me jugara cuerpo y alma en esta historia. No tiene derecho a conducirse como lo está haciendo. Si le peso que lo diga. Puedo volver a París, estoy dispuesta a irme."

La orquesta tocaba una música de Duke Ellington; pedimos whisky. Lewis me miró con inquietud:

-¿Estás triste?

-No -dije-. No estoy triste, estoy enojada.

-¿Enojada? Tienes una manera muy tranquila de estar enojada.

-No te fíes.

-¿En qué piensas?

-Pienso que si esta historia te pesa no tienes más que decirlo. Mañana mismo puedo tomar un avión para París.

Lewis sacudió la cabeza.

-Es grave lo que me propones.

-Por una vez que salimos solos parece que te resulta insoportable -dije-. Supongo que esa es la clave de toda tu conducta: te aburres conmigo-: Es mejor que me vaya.

Lewis sacudió la cabeza:

-No me aburro contigo -dijo con voz seria.

Mi rabia me abandonó como había venido y de nuevo me sentí sin fuerzas.

-¿Entonces qué hay? -dije-. Hay algo: dilo.

Hubo un silencio y Lewis dijo:

-Pongamos que de tanto en tanto me irrites un poco.

-Me doy muy bien cuenta -dije-. Pero quisiera saber por qué.

-Me explicaste que el amor no es todo para ti -dijo Lewis con una brusca volubilidad-. Lo admito; pero entonces, ¿por qué exiges que lo sea todo para mí? Si tengo ganas de venir a Nueva York, de ver amigos, te enojas. Te gustaría contar tú sola, que ninguna otra cosa existiera, que te subordine toda mi vida, mientras tú no sacrificas nada de la tuya. ¡No es justo!

Guardé silencio. Había mucha mala fe en esos reproches y mucha incoherencia; pero ese no era el problema. Por primera vez en la noche entreveía un rayo de luz: no era nada tranquilizador.

-Te equivocas -murmuré-. No exijo nada.

-¡Oh, sí! Te vas y vienes cuando se te antoja. Pero mientras estás aquí tengo que asegurarte la dicha perfecta. ..

-Eres injusto -dije.

Mi voz se ahogó en mi garganta. De pronto resultaba claro como el agua. Lewis me guardaba rencor porque yo me había negado a quedarme para siempre con él. ¡Esa estadía en Nueva York, los proyectos hechos con Murray eran represalias!

-¡Me tienes rabiar! -dije-. ¿Por qué? Nada es culpa mía, bien lo sabes.

-No te tengo rabia. Pienso solamente que no hay que pedir más de lo que se da.

-¡Me tienes rabia! -repetí. Miré a Lewis con desesperación-: Sin embargo, cuando hablamos en Chichicastenango estábamos de acuerdo, me comprendías. ¿Qué pasó después?

-Nada -dijo Lewis.

-¿Entonces? Decías que no me habrías querido tanto si yo hubiera sido distinta. Decías que seríamos tan felices. ..

Lewis se encogió de hombros:

-Dije lo que querías que dijera.

De nuevo tuve la impresión de recibir una bofetada en pleno rostro. Balbucí: -¿Cómo es eso?

-Quería decirte muchas otras cosas, pero te echaste a llorar de alegría, eso me cerró la boca.

Sí, me acordaba. Las llamas crepitaban y yo tenía los ojos llenos de lágrimas; es verdad que me había apresurado a llorar de alegría sobre el hombro de Lewis; le había forzado la mano, es verdad.

-¡Tenía tanto miedo! -dije-. Tanto miedo de perder tu amor.

-Ya sé. Parecías aterrorizada. Eso también me cortó el habla -dijo Lewis. Agregó con rencor-: ¡Qué aliviada te sentiste cuando comprendiste que aguantaría lo que tú quisieras!

El resto no te importaba.

Me mordí el labio; esta vez no debía llorar a ningún precio. Y sin embargo, era atroz lo que me ocurría. Las llamas, las alfombras, la lluvia contra los vidrios, Lewis en su salida de baño blanca: todos esos recuerdos eran falsos. Me veía llorando sobre su hombro, estábamos unidos para siempre; pero sólo yo estaba unida. Él tenía razón: debí preocuparme de lo que ocurría en su cabeza, en vez de contentarme con palabras que le arrancaba. Había sido cobarde, egoísta y cobarde. Estaba bien castigada. Junté todo mi coraje; ahora ya no podía eludirlo:

-¿Qué habrías dicho si yo no hubiera llorado? -pregunté.

-Habría dicho que no se puede querer de la misma manera a alguien que es completamente nuestro y a alguien que no lo es.

Me encabrité y traté de defenderme:

-Me dijiste justo la contrario: dijiste que si fuera distinta no me querrías tanto.

-No es contradictorio -dijo Lewis. Se encogió de hombros-. O si no, es porque los sentimientos pueden contradecirse.

Inútil discutir; la lógica no tenía nada que ver en esto; sin duda los sentimientos de Lewis habían sido al principio confusos y para ganar tiempo me había dicho palabras tranquilizadoras; o quizá, después, empezó a tomarme rabia.

Poco importaba. Hoy ya no me quería de la misma manera que antes: ¿cómo podría yo resignarme?

-¿Ya no me quieres como antes?

Lewis vaciló:

-Pienso que el amor es menos importante de lo que creía.

-Ya veo -dije-. Puesto que, de no irme, que esté aquí o que no esté no hace diferencia.

-Es algo así -dijo Lewis. Me miró de pronto y su voz cambió-. ¡Sin embargo, te he esperado tanto! -dijo con emoción-. Durante todo el año no pensé en ninguna otra cosa. ¡Cómo te he deseado!

-Sí -dije tristemente-. Y ahora. ..

Lewis pasó su brazo alrededor de mis hombros:

-Ahora todavía te deseo.

-¡Oh, de esa manera! -dije.

-No solamente de esa manera -la mano se crispó sobre mi brazo-. Me casaría contigo hoy mismo.

Bajé la cabeza. Recordé la exhalación arriba del lago. Él había expresado un deseo; ese deseo no había sido otorgado; yo, que me había prometido no decepcionarlo nunca, lo había decepcionado irremediablemente. Yo era la única culpable. Nunca más podría reprocharle nada.

No hablamos más. Escuchamos jazz y volvimos al hotel. No dormí. Me preguntaba con angustia si lograría salvar nuestro amor; todavía podía triunfar de la ausencia, de la espera, de todo, pero a condición de que ambos lo deseáramos. ¿Lewis lo desearía? "Por el momento vacila -me dije-; quiere evitarse las nostalgias, el sufrimiento, el vacío; pero a él, que le repugna tirar su vieja salida de baño, no le resultará tan fácil liberarse de nuestro pasado; es más generoso que orgulloso, seguía repitiéndome para alentarme; es más ávido que prudente, desea que le ocurran cosas." Pero yo también sabía qué valor le daba a su seguridad, a su independencia, y cómo se jactaba de vivir con mesura y razón. Puede parecer una locura amar a través del océano. Si, eso es lo que me parecía más temible en Lewis: esa locura por ser juicioso que se apodera de él de pronto. Eso es lo que yo debía combatir. Había que demostrarle a Lewis que en esta historia tenía más para ganar que para perder. Mientras tomábamos el desayuno ataqué:

-¡Lewis! He, pensado en nosotros toda la noche.

-Hubiera sido mejor que durmieras.

Su voz era cordial, tenía un aspecto sereno; sin duda lo había aliviado decirme lo que pensaba.

-Anoche me dijiste que te irritabas porque pido más de lo que doy -dije-. Sí, es un error; no lo haré más: Tomaré lo que quieras darme y no exigiré nunca nada.

Lewis quiso interrumpirme pero continué. Iríamos primeramente a casa de Murray, era un asunto resuelto. Y luego no quería que se creyera obligado a esa fidelidad que hasta ahora se había impuesto: en mi ausencia debía sentirse tan libre como si yo no existiera. Si alguna vez se sentía tentado de enamorarse de otra mujer, peor para mí, no protestaría. Puesto que nuestro amor no le había traído lo que él hubiera deseado, por lo menos no lo privaría de nada.

-Entonces no pienses más que te he tendido una trampa -dije-. ¡No arruines las cosas por el solo placer de arruinarlas!

Lewis me había escuchado con aire atento; sacudió la cabeza:

-¡No es tan sencillo! -dijo.

-Ya sé -dije-. Desde el momento en que uno quiere ya no es libre. Pero, sin embargo, no es lo mismo querer a alguien que se cree con derechos sobre uno o a alguien que no se cree con ningún derecho.

-¡Bah! Me daría lo mismo que una mujer se creyera con derechos sobre mí si yo no se los reconociera -dijo Lewis. Agregó-: No hablemos de todo esto. Cuando uno habla de las cosas no hace más que embarullarlas.

-Uno también las embarulla cuando se calla -dije. Me incliné hacia él-: Hay una cosa que quiero preguntarte: ¿lamentas haberme conocido?

-No -dijo-. Puedes estar tranquila. No lo lamentaré jamás.

Su acento me dió valor:

-Lewis, volveremos a vernos, ¿verdad?

Sonrió:

-No hay nada más seguro en el mundo.

La esperanza volvió a mi corazón. Yo sabía que mis palabras sólo lo habían convencido a medias; y en realidad era falaz hablarle de libertad mientras le pedía que no me expulsara de su corazón. "Pero bastará -me dije- que no se empecine en el rencor y le probaré que nuestro amor puede ser feliz." Sin duda yo ya había tocado en él un punto sensible, o acaso sus agravios se habían desvanecido en el momento en que los había formulado: me llevó a Coney Island a la tarde y estuvo tan alegre, tan tierno como en los mejores días. De pronto tenía mil cosas que contarme: sobre la vida literaria de Nueva York, sobre la gente, sobre los libros; hablaba, hablaba como si acabáramos de conocernos. Y si solamente hubiera dicho: "Te quiero", yo habría podido creer esa noche que todo era exactamente como antes.

-¿Verdaderamente no te molesta ir a casa de Murray? -me preguntó el lunes con una voz un poco vacilante.

-En absoluto: me divierte.

-Entonces salgamos esta noche.

Lo miré con sorpresa:

-Creía que todavía tenías muchas cosas que hacer aquí.

Lewis se echó a reír:

-No las haré.

A la mañana siguiente tomábamos el café con los Murray en un estudio de anchos ventanales; la casa estaba un poco apartada del pueblo, encaramada sobre unos peñascos; el azul del cielo y el ruido del mar entraban por las ventanas. Lewis hablaba hasta quedarse sin aliento mientras se llenaba de tostadas con manteca: se podía creer al ver su rostro dichoso, que por fin alcanzaba el más acariciado de sus sueños. Había que reconocer que todo era perfecto: el lugar, el tiempo, el desayuno, la sonrisa de nuestros anfitriones; yo sin embargo me sentía incómoda. A pesar de su gentileza, Ellen me intimidaba; su discreta elegancia, el encanto de su casa, sus dos chicos deslumbrantes de salud, demostraban que era una joven matrona triunfante: las mujeres que saben concertar con tanta perfección todos los detalles de su existencia siempre me asustan un poco. Y ahora yo iba a caer en la malla apretada de esa vida donde no había lugar para mí: tenía la impresión de estar aprisionada y de flotar a la deriva.

El chico tenía ocho años, se llamaba Dick; en seguida se hizo muy amigo de Lewis; nos llevó por un sendero escarpado hasta una playita al pie de las rocas. Lewis pasó la mañana jugando a la pelota con él en el agua y sobre la arena, yo nadé, leí; no me aburría, pero seguía preguntándome: "¿Qué diablos estoy haciendo aquí?" Por la tarde Murray nos llevó a dar un paseo en auto a lo largo de la costa; Ellen no nos acompañó. Cuando volvimos y nos quedamos solos un largo rato Lewis y yo en el estudio, ante los vasos de whisky, comprendí de pronto que muy a menudo nos ocurriría quedarnos solos juntos: Murray pensaba pasar sus días ante su máquina de escribir y Ellen visiblemente no disponía de un minuto libre. Tomé un trago de whisky y empecé a sentirme bien.

-¡Qué lindo es este país! -dije-. ¡Y qué simpático es Murray!

Estoy contenta.

-Sí, se está bien aquí -dijo Lewis.

La radio emitía una musiquita antigua y durante un rato la escuchamos en silencio. El hielo tintineaba en nuestros vasos, se oían las risas de los chicos, y un delicioso olor a pasteles se mezclaba con el olor del mar.

-¡Es así como habría que vivir! -dijo Lewis-. Una casa propia, una mujer a la que uno no quiera ni demasiado ni demasiado poco, chicos.

-¿Piensas que es eso lo que siente Murray por Ellen? ¿Ni demasiado ni demasiado poco? .-pregunté con curiosidad.

-Es evidente -dijo Lewis.

-Y ella, ¿cómo lo quiere?

Lewis sonrió:

-Demasiado y demasiado poco, supongo, como todas las mujeres.

"Está nuevamente en contra de mí", pensé con un poco de tristeza. Era sin duda a causa de ese sueño de dicha familiar que acababa de cruzársele por la cabeza. Pregunté:

-¿Crees que serías feliz así?

-Por lo menos nunca sería desgraciado.

-Eso no es seguro. Hay personas a las cuales no sentirse dichosas las vuelve desdichadas. Creo que eres uno de ellos.

Lewis sonrió.

-Quizá -dijo. Reflexionó-: Sin embargo, envidio a Murray por tener hijos. Uno se cansa de vivir siempre solo, para uno mismo. Termina por parecer muy vano. Me gustaría tener hijos.

-Y bueno, un día te casarás y tendrás hijos -dije.

Lewis me miró con aire vacilante.

-No será ni mañana ni pasado mañana -dijo-. Pero más adelante, dentro de algunos años, ¿por qué no?

Le sonreí.

-Sí -dije-. ¿Por qué no? Dentro de algunos años. ..

Es todo cuanto yo pedía: algunos años; para juramentos de eternidad yo vivía demasiado lejos, era demasiado vieja; sólo era necesario que nuestro amor viviera lo bastante para apagarse suavemente, dejándonos en el corazón recuerdos sin mancha y una amistad que no terminaría jamás.

La comida fué tan generosa y Murray tan cordial que terminé por aclimatarme. Yo estaba de buen humor cuando al café llegó gente. En ese principio de estación todavía había pocos veraneantes en Rockport, todos se conocían, estaban ávidos por ver caras nuevas; nos festejaron mucho. Lewis se retiró pronto de la conversación, ayudó a Ellen a hacer *sandwiches* y a batir *cocktails*. Yo puse la mejor buena voluntad posible en contestar a todas las preguntas con que me abrumaban. Murray inició una discusión sobre las relaciones del psicoanálisis y del marxismo; sobre ese tema yo sabía más que todos ellos, y como él me alentaba, hablé mucho. Cuando nos encontramos en nuestro cuarto, Lewis me miró con aire intrigado.

-Voy a terminar por creer que hay un cerebro en esa cabecita -me dijo.

-Estaba bien imitado, ¿verdad? -dije.

-No; tienes verdaderamente un cerebro -dijo Lewis. Seguía mirándome y había un leve reproche en sus ojos-: Es raro; nunca pienso en ti como en una mujer de cabeza. ¡Para mí eres tan otra cosa!

-¡Contigo me siento tan otra cosa! -dije yendo a sus brazos. ¡Con qué fuerza me oprimió! Ah, de pronto ya no se hacía ninguna pregunta. Estaba ahí, eso bastaba. Yo tenía las piernas entrelazadas con las suyas, su aliento, su olor, sus, manos violentas sobre mi cuerpo, y decía: "¡Ana!", con su voz de antes, y como antes, su sonrisa me daba su corazón con su carne.

Cuando nos despertamos el cielo y el mar brillaban. Tomamos prestadas las bicicletas de los Murray y nos fuimos al pueblo; paseamos sobre el puente, pasamos un largo rato mirando las barcas, los pescadores, las redes, los peces; yo respiraba el fresco olor de la marea, el sol me acariciaba, Lewis me llevaba del brazo, reía.

Dije en un impulso:

-¡Qué linda mañana!

Librodot

-Pobre francesita -dijo Lewis con voz tierna-. ¡Qué poco necesita para sentirse en el paraíso!

-El cielo, el mar, el nombre que quiero: no es tan poco.

-Tienes razón -dijo Lewis-. Hay que contentarse con lo que se tiene.

El cielo estaba todavía más azul, el sol más caliente y oí en mi misma un gran carillón alegre: "¡Gané!", me dije. Había tenido razón de aceptar venir aquí. Lewis se sentía libre, comprendía que mi amor no lo privaba de nada. En la playa jugó de nuevo con Dick durante una parte de la tarde y admiré su paciencia. Hacía tiempo que no lo veía contento. Murray nos llevó a casa de unos amigos después de la comida y esta vez Lewis no trató de apartarse: se gastó con exuberancia. Decididamente, nunca terminaría de asombrarme; yo no creía que en sociedad pudiera ser brillante: lo era. Contó nuestro viaje con cortes tan hábiles y una inventiva tan feliz que su Guatemala era más verdadero que el verdadero; todo el mundo tenía ganas de ir. Cuando imitó a los indios trotando bajo sus fardos, las mujeres exclamaron:

-¡Usted sería un actor maravilloso!

-¡Qué bien cuenta!

Lewis calló de pronto.

-¡Qué paciencia tienen! -dijo sonriendo. Agregó-: ¡Yo detesto oír contar viajes!

-Oh, siga -dijo una rubia.

-No, he terminado mi número -dijo yendo hacia la mesa.

Vació un gran vaso de Manhattan mientras las hermosas muchachas de hombros dorados y mujeres menos lindas con ojos cargados de alma se ajetreaban a su alrededor. Me disgustó un poco comprobar que gustaba a las mujeres. Yo creía que me había seducido sutilmente por su ausencia de seducción: y descubría que era seductor. De todos modos, lo que él era para mi no lo era para nadie más. "Para mí sola es único", pensé con una especie de orgullo.

Yo también bebí, bailé, conversé con un guitarrista que acababa de ser expulsado de la radio por sus ideas avanzadas, y luego con músicos, pintores, intelectuales, literatos. Rockport en verano es un anexo de Greenwich Village, está lleno de artistas. De pronto noté que Lewis había desaparecido. Le pregunté a Murray:

-¿Adónde está Lewis?

-No sé -me dijo Murray con su voz plácida.

Sentí una angustia en el corazón: ¿había ido a dar una vuelta por el jardín con una de sus preciosas admiradoras?

En ese caso no le alegraría mucho verme aparecer: ¡paciencia! Eché una mirada en el hall, en la cocina, y salí de la casa. No se oía sino el canto paciente de los grillos. Di algunos pasos y vi la brasa de un cigarrillo; Lewis estaba sentado en una silla del jardín, solo.

-¿Qué haces ahí? -pregunté.

-Descanso.

Sonreí:

-Creí que esas hembras iban a comerte vivo.

-¿Sabes lo que habría que hacer? -dijo Lewis en tono vengativo-. Habría que embarcarlas a todas en un barco, echarlas a todas al mar y traer en lugar de ellas una carga de indiecitas. ¿Recuerdas a las indiecitas de Chichicastenango, juiciosamente sentadas en el suelo a los pies de sus maridos? Cómo eran de silenciosas y tenían rostros que no se movían.

-Recuerdo.

-Siguen teniendo sus caras bonitas, sus trenzas negras y nunca más volveremos a verlas -dijo Lewis. Suspiró -.¡Qué lejos ha quedado todo eso!

Había en su voz la misma nostalgia que cuando en la jungla de Chichen-Itza me hablaba de la casa de Chicago. "Si me convierto en un recuerdo en su corazón pensará en mí con esa ternura", pensé. Pero no quería convertirme en un recuerdo.

-Quizá un día volvamos a ver a las indiecitas.

-Creo que no -dijo Lewis. Se puso de pie-. Vamos a pasear, la noche huele bien.

-Hay que volver a casa de esa gente, Lewis; van a notar nuestra ausencia.

-¿Y qué hay con eso? No tengo nada que decirles, ni ellos a mí.

-Pero son amigos de Murray; no sería amable desaparecer así.

Lewis suspiró:

-¡Cómo me gustaría una mujercita india que me siguiera sin protestar a todos lados donde yo quisiera!

Volvimos a la casa. Lewis ya no estaba nada alegre. Bebió mucho y no contestaba sino por gruñidos a las preguntas que le hacían. Se sentó a mi lado y escuchó la conversación con aire de crítica. Le dije a Murray que en Francia muchos escritores se preguntaban qué sentido tenía hoy escribir. Sobre eso, todo el mundo se puso a discutir con pasión. El rostro de Lewis se ponía cada vez más sombrío. Detesta las teorías, los sistemas, las generalizaciones. Sé muy bien por qué: para él, una idea no es una reunión de palabras, es algo vivo; las que acepta, se mueven en él, lo desarreglan todo, está obligado a efectuar un duro trabajo para poner orden en su cabeza: entonces eso lo asusta un poco; en ese terreno, también le gusta la seguridad, odia sentirse perdido; a menudo se cierra. Visiblemente se cerraba. En un momento dado explotó:

-¿Por qué se escribe? ¿Para quién se escribe? ¡Si uno empieza a preguntarse eso no escribe más! Uno escribe, eso es todo y la gente lo lee. Uno escribe para la gente que lo lee. Los que se hacen esas preguntas son los escritores que nadie lee.

Nos dejó fríos. Tanto más que allí había bastantes escritores que nadie leía ni leería jamás. Felizmente, Murray arregló las cosas. Lewis volvió a hundirse en su caparazón. Un cuarto de hora después nos despedimos.

Durante todo el día siguiente Lewis anduvo malhumorado; cuando Dick vino a la playa empuñando revólveres, lanzando gritos, lo miró con una mirada negra; sin nada de ganas le dió una lección de box y lo llevó a nadar. A la noche mientras yo conversaba con Ellen y Murray se absorbió en la lectura de los diarios. Yo sabía que Murray no se impresionaría por tan poco, pero me mortificó a causa de Ellen. "Anoche bebió demasiado, mañana estará de mejor talante", me dije esperanzada al dormirme.

Me equivocaba. A la mañana siguiente Lewis no me dirigió ni una sonrisa. Ellen se quedó conmovida porque le tomó la aspiradora de las manos y limpió la casa del sótano al granero; pero ese afán de trabajo casero era sospechoso. Lewis trataba de silenciar algo en él: ¿de que huía? Se mostró relativamente amable durante el almuerzo, pero en cuanto estuvo solo conmigo en la playa me dijo con voz violenta:

-Si ese mocoso del cuerno vuelve a molestarme le retuerzo el pescuezo.

-¡Es culpa tuya! -dije con irritación-. No tenías por qué ser tan afectuoso el primer día.

-El primer día siempre me dejo conquistar -dijo Lewis con una voz cargada de rencor.

-Sí; pero también los demás existen -dije apasionadamente-. Tienes que tener eso en cuenta.

Unos guijarros rodaron sobre nuestras cabezas, Dick corría por el sendero; llevaba un pantalón a cuadros blancos y negros, una camisa inmaculada y un cinturón de cowboy; corrió hacia Lewis:

-¿Por qué viniste aquí? Te esperaba allí arriba. Anoche dijiste que después de almorzar iríamos a pasear en bicicleta.

-No tengo ganas de ir a pasear -dijo Lewis.

Dick lo miró con aire de reproche:

-Ayer dijiste: mañana iremos. Mañana es hoy.

-Si es hoy no es mañana -dijo Lewis-. ¿Qué te enseñan en el colegio? Mañana es mañana.

Librodot

Dick abrió la boca con aire desdichado; tomó a Lewis del brazo: -¡Vamos! ¡Ven! -dijo.

Lewis soltó su brazo con un ademán brusco: era más o menos la misma cara que tenía el día en que le había dado un puntapié al dragón de piedra. Puse la mano sobre el hombro de Dick:

-Escucha, yo voy a llevarte a pasear en bicicleta. Iremos al pueblo, miraremos los barcos y comeremos helados.

Dick me consideró sin entusiasmo:

-Me prometió que vendría -dijo señalando a Lewis.

-Está cansado.

Dick se volvió hacia Lewis:

-¿Te quedas aquí? ¿Vas a bañarte?

-No sé -dijo Lewis.

-Me quedo contigo. Vamos a boxear -dijo Dick-. Y luego nadaremos.. .

Alzaba de nuevo hacia Lewis un rostro confiado:

-¡No! -dijo Lewis.

Apoyé mi mano sobre el hombro de Dick:

-Vamos -dije-. Hay que dejarlo. Tiene cosas en que pensar. Yo tengo que ir a Rockport y me aburriría sola: acompáñame. Me contarás cuentos. ¡Yo te compraré revistas, te compraré todo lo que quieras! -dije con la energía de la desesperación.

Dick le volvió la espalda a Lewis y se puso a subir el sendero. Yo estaba furiosa contra Lewis: ¡Uno no se conduce así con un chico! Para colmo no me divertía nada ocuparme de Dick. Felizmente, por profesión sé hacer que un chico se sienta en confianza; no tardó en recobrar su alegría. Hicimos una carrera de bicicletas en la que me dejé ganar por muy poco; llené a Dick de helados, subimos a una lancha de pesca, en fin, hice tanto y tan bien que no quiso soltarme hasta la hora de la comida.

-¡Y bien, puedes agradecerme! -le dije a Lewis al entrar al cuarto-. Te libré del mocoso. Estuviste atroz con él.

-Es él quien puede agradecerte -dijo Lewis-. Un minuto más y le rompía los huesos.

Estaba acostado sobre su cama con su viejo pantalón de brin y su camiseta de mangas cortas, y fumaba mirando el cielorraso. Pensé con rencor que verdaderamente hubiera debido agradecerme. Me saqué mi vestido de playa y empecé a peinarme:

-Es hora de que te vistas -dije.

-Estoy vestido -dijo Lewis-. ¿No ves que tengo ropa sobre el cuerpo? ¿Parezco desnudo?

-No pensarás bajar así, ¿no?

-Claro que pienso. No veo por qué tengo que cambiar de traje so pretexto de que se puso el sol.

-Murray y Ellen lo hacen y tú estás en casa de ellos -dije-. Para colmo hay gente a comer.

-¡Otra vez! -dijo Lewis-. No he venido aquí para continuar la vida idiota de Nueva York.

-¡No has venido aquí para ser desagradable con todo el mundo! -dije-. Ya anoche Ellen empezaba a mirarte con un aire rarísimo -me detuve bruscamente-. ¡Oh, y después de todo me tiene sin cuidado, qué me importa lo que hagas!

Lewis terminó por vestirse rezongando. "Él me ha impuesto esta estadía, y ahora hace todo lo posible para hacerla insoportable", me dije con rabia. Yo ponía toda mi buena voluntad y él lo estropeaba todo. Decidí que esa noche no me ocuparía de él, era demasiado cansador espiar sin cesar sus humores.

Hice lo que me había prometido: conversé con todo el mundo e ignoré a Lewis. En conjunto encontraba a los amigos de Murray simpáticos: pasé una noche agradable; alrededor de medianoche casi todos los invitados se fueron, Ellen se retiró, Lewis también; me quedé con Murray, el guitarrista y otros dos tipos y

Librodot

seguimos hablando hasta las tres de la mañana. Cuando entré a nuestro cuarto, Lewis encendió la luz y se enderezó en la cama:

-¿Y entonces? ¿Has terminado de hacer ruido con tu boca? Nunca pensé que una mujer pudiera hacer tanto ruido ella sola, excepto quizá la señora de Roosevelt.

-Me gusta mucho conversar con Murray -dije empezando a desvestirme.

- ¡Eso es lo que te reprocho! dijo Lewis. Su voz subió-.Teorías, siempre teorías. ¡No es a golpe de teorías como se hacen los buenos libros! Hay personas que explican cómo se hacen los libros y hay otros que los hacen: nunca son las mismas.

-Murray no pretende ser un novelista; es un crítico; un excelente crítico, tú mismo lo reconoces.

-¡Es un gran charlatán! y tú estás ahí, escuchándolo, con sonrisas inteligentes. ¡Dan ganas de romperte la cabeza contra la pared para volver a ponerte un poco de sentido común!

Me metí en la cama.

-Buenas noches -dije.

Él apagó sin contestar.

Yo conservaba los ojos abiertos. Ya ni siquiera estaba enojada; ¡no comprendía nada! Esas reuniones aburrían a Lewis, muy bien, pero en fin, durante el día entero nos dejaba totalmente en paz, y en verdad, Murray no tenía nada de pedante; hasta ahora Lewis también había encontrado placer en la conversación. ¿Por qué esa brusca hostilidad? Sin duda alguna Lewis lanzaba sus flechas contra mí cuando elegía estropear esa estadía; sus rencores continuaban vivos; pero entonces debería reservarme sus malos humores. Debía estar enojado contra él mismo para agarrárselas así contra el mundo entero; quizá se reprochaba esos momentos en que había parecido volver a darme toda su ternura: esa idea me resultó tan insoportable que quise llamarlo, hablarle. Pero mi voz se quebró contra mis dientes. Yo oía su soplo parejo, dormía, no tuve valor de despertarlo. Es conmovedor un hombre que duerme, es tan inocente: todo se vuelve posible; todo puede empezar, o renovarse por completo. Abriría los ojos, diría: "Te quiero, mi francesita." Y justamente no, no lo diría, esa inocencia era sólo un espejismo: mañana sería igual a hoy. "¿No habría ningún medio de salir de esto?", me pregunté con desesperación. Me sublevé. "¿Qué quiere?, ¿qué hará?, ¿qué piensa?" Yo estaba ahí torturándome con preguntas mientras él descansaba tranquilamente, lejos de sus pensamientos: ¡era demasiado injusto! Traté de crear el vacío en mí, pero no, no podía dormir. Me levanté sin hacer ruido. Dick me había impedido bañarme esa tarde y de pronto ansiaba la frescura del agua. Me puse mi malla de baño, mi vestido de playa, tomé la vieja bata de Lewis y bajé descalza a través de la casa dormida. ¡Qué vasta era la noche! Me puse mis alpargatas, corrí hasta la playa y me acosté en la arena. Hacía casi calor, cerré los ojos bajo las estrellas y el ronroneo del agua me durmió. Cuando desperté un gran astro rojo emergía del agua; era el cuarto día de la Creación: el sol acababa de nacer, el sufrimiento de los animales y de los hombres todavía no había sido inventado. Me mezclé al mar; acostada de espalda, flotaba, los ojos llenos de cielo, y no pensaba más en nada.

-Ana.

Miré a la costa: una tierra habitada, un hombre que llamaba; era Lewis en pantalón de pijama, el torso desnudo; recobré el peso de mi cuerpo y nadé hacia él:

-¡Aquí estoy!

Caminó a mi encuentro, el agua le llegaba a las rodillas cuando me tomó en sus brazos.

-¡Ana! -repetía-. ¡Ana!

-¡Vas a mojarte todo! Déjame secarme -dije arrastrándolo hacia la playa.

No aflojó su brazo:

-¡Ana! ¡Qué miedo tuve!

-¿Te asusté? ¡Me tocaba a mí!

-Abrí los ojos, la cama estaba vacía y tú no volvías. Bajé, no estabas en ninguna parte de la casa. Vine aquí y al principio no te vi...

-Sin embargo, ¿no habrás creído que me había ahogado?-dije.

-No sé lo que creía. Era como una pesadilla -dijo Lewis.

Recogí la salida de baño blanca:

-Fricciónname y sécate.

Él obedeció y me puse el vestido; él se envolvió en la bata.

-¡Siéntate a mi lado! -dijo. Me senté y de nuevo me abrazó-. Estás aquí, no te he perdido.

Dije en un impulso:

-Nunca me perderás por mi culpa.

Durante un largo rato acarició mi pelo en silencio; bruscamente dijo:

-¡Anal ¡Volvamos a Chicago!

Un sol se había alzado en mi corazón, más deslumbrante que el que subía en el cielo:

-¡Me gustaría mucho!

-Volvamos -dijo-. ¡Tengo tantas ganas de estar solo contigo! La noche misma de nuestra llegada comprendí qué tontería había cometido.

-¡Lewis! Me gustaría tanto estar de nuevo sola contigo -dije. Le sonreí-. ¿Es eso lo que te puso de tan mal humor? ¿Lamentabas haber venido aquí?

Lewis meneó la cabeza:

-Me sentía apresado en una trampa; no veía ningún medio de salir de ella: ¡era terrible!

-¿Y ahora ves alguno?-pregunté.

Lewis me miró con aire inspirado:

-Duermen: hagamos nuestras valijas y vámonos.

Sonreí:

-Trata más bien de explicarte con Murray -dije-. Comprenderá.

-Y si no comprende, paciencia -dijo Lewis.

Lo miré con inquietud:

-¡Lewis! ¿estás seguro de que quieres volver? ¿No es un capricho? ¿No lo lamentarás?

Lewis hizo una sonrisita:

-Sé muy bien cuando obro por capricho -dijo Te juro sobre tu cabeza que no es uno.

De nuevo busqué sus ojos:

-¿Y cuando hayamos recobrado nuestra casa piensas que recobraremos el resto? ¿Será igual al año pasado? ¿O casi?

-Igual al año pasado -dijo Lewis con voz grave. Tomó mi cabeza entre sus manos y me miró largamente-: He tratado de quererte menos: no he podido.

-¡Ah, no vuelvas a intentarlo!-dije.

-No lo intentaré más.

No sé muy bien lo que Lewis le contó, pero Murray sonreía cuando nos acompañó al aeródromo la noche siguiente. Lewis no había mentido: en Chicago todo me fue devuelto. Cuando nos separamos en la esquina de la avenida me apretó entre sus brazos diciendo:

-Nunca te he querido tanto.

CAPITULO IX

La secretaria abrió la puerta:

-Un mensaje.

-Gracias -dijo Enrique tomando el papel celeste. Pensó: "Paula se ha matado." Por más que Mardrus le afirmara que no alimentaba ninguna idea de suicidio y que estaba casi curada, ahora había algo maléfico en la campanilla del teléfono y sobre todo en los mensajes. Se sintió aliviado al descifrar la firma de Lucía Belhomme: "Tengo que verlo con urgencia. Pase por mi casa mañana por la mañana." Releyó

con perplejidad el mensaje imperioso. Nunca Lucía había tomado ese tono con él. Josette estaba bien de salud, estaba encantada con el papel que representaba en *La hermosa Susana*, iba a bailar a la noche en la gran velada de gala de los encajes con un magnífico vestido firmado Amaryllis; Enrique no veía verdaderamente lo que podía querer Lucía. Metió el mensaje en el bolsillo: seguramente un disgusto en perspectiva, pero uno más o menos, ¿qué importaba? Su pensamiento volvió a Paula y tendió la mano hacia el teléfono, pero la dejó caer nuevamente: "La señorita Mareuil está muy bien"; la respuesta nunca variaba, ni la entonación de la enfermera. Le habían prohibido ver a Paula, él la había vuelto loca, todos estaban de acuerdo en ese punto: mejor; le evitaban la tarea de acusarse a sí mismo. Hacía tanto tiempo que Paula le había infligido el papel de verdugo que sus remordimientos se habían petrificado en una especie de tétanos: ya no los sentía. Además, desde que había comprendido que uno siempre tiene la culpa, haga lo que haga, y sobre todo si uno ha creído obrar bien, tenía el corazón asombrosamente liviano. Tragaba como leche tibia su ración cotidiana de insultos.

-¿Soy el primero en llegar? -dijo Lucas.

-Como ves.

Lucas se dejó caer sobre una silla; venía a propósito en mangas de camisa y en zapatillas porque sabía que Trarieux aborrecía el desaliño.

-¿Dime, qué hacemos si Lambert nos larga? -dijo.

-No nos largará -dijo Enrique precipitadamente.

-Está cien por ciento con Volange -dijo Lucas-. Estoy seguro que por eso Samazelle propuso esos artículos: para decidir a Lambert a dejarnos en minoría.

-Lambert me prometió su voto -dijo Enrique.

Lucas suspiró:

-Me pregunto qué juego está jugando; yo en su lugar habría plantado hace rato.

-Supongo que uno de estos días se irá -dijo Enrique-, pero no les hará el juego a los otros; he cumplido mis compromisos, él cumple los suyos.

Enrique había adoptado como regla defender a Lambert contra Lucas y a Lucas contra Lambert en toda oportunidad; pero el hecho es que la situación era equívoca; Lambert no iba a continuar indefinidamente votando contra sus convicciones.

-¡Silencio! ¡He aquí al enemigo! -dijo Lucas.

Trarieux entró primero, seguido de Samazelle y de Lambert, cuyo rostro estaba retobado; nadie sonreía, salvo Lucas. Sólo a él le divertía esta guerra de cansancio donde todavía nadie se había cansado.

-Antes de discutir el punto que nos reúne hoy quisiera hacer un llamado a la buena voluntad de cada uno -dijo Trarieux clavando en Enrique una mirada insistente-. Todos estamos encariñados con *L'Espoir* -agregó con voz cálida-, y sin embargo, por falta de entendimiento, lo estamos conduciendo a la ruina. Un día Samazelle dice blanco, al día siguiente Perron dice negro: el lector se desorienta y compra otro diario. Es urgente que más allá de nuestros desacuerdos establezcamos una plataforma común.

Enrique sacudió la cabeza:

-Repito por centésima vez que no haré ninguna concesión; sólo les queda renunciar a contrariarme. Mantengo *L'Espoir* en la línea que siempre fué suya.

-Es una línea que el fracaso del S. R. L. ha condenado y que se ha vuelto anacrónica -dijo Samazelle-. Hoy ya no se trata de seguir siendo neutros frente a los comunistas: hay que estar decididamente en pro o en contra -ensayó sin convicción una risa jovial-. Dada la manera en que lo tratan me extraña que usted se empeñe en andar con miramientos.

-A mí me extraña que hombres que se decían de izquierda sostengan el partido de los capitalistas, de los militares y de los curas -dijo Enrique.

-Distingamos -dijo Samazelle-. He luchado toda mi vida contra el militarismo, contra la Iglesia y contra el capitalismo. Pero hay que reconocer que de Gaulle es

algo más que un militar; el apoyo de la Iglesia resulta necesario para defender los valores que nos importan; y el degaullismo puede ser un régimen anticapitalista si los hombres de izquierda toman los puestos claves.

-Es mejor oír esto que ser sordo -dijo Enrique-, pero apenas mejor.

-Sin embargo, creo que sería interesante para usted buscar con nosotros un terreno de entendimiento -dijo Trarieux-. Porque, en fin, podría ocurrirle caer en la minoría.

-Me sorprendería -dijo Enrique; le dirigió una sonrisita a Lambert, que no sonrió; evidentemente, su lealtad le pesaba y quería marcarlo-. En todo caso, si me ocurriera, renunciaría, pero no aceptaría compromisos -agregó con impaciencia-. Inútil discutir hasta mañana; tenemos que tomar una decisión, tomémosla. Por mi parte, me niego categóricamente a publicar los artículos de Volange.

-Yo también -dijo Lucas.

Todas las miradas se habían vuelto hacia Lambert, que dijo, sin alzar la vista:

-Su publicación no me parece oportuna.

-¡Pero los encuentra excelentes! -dijo Samazelle-. Se está dejando intimidar.

-Acabo de decir que su publicación no me parece oportuna, es claro, ¿no? -dijo Lambert con altura.

-¿Esperaban bombeamos? Les falló el golpe -dijo Lucas en tono suficiente.

Trarieux se levantó bruscamente y fulminó a Enrique con la mirada:

-Uno de estos días *L'Espoir* se declarará en quiebra. ¡Será la recompensa de su terquedad!

Se dirigió hacia la puerta; Samazelle y Lucas salieron detrás de él.

-¿Puedo hablarte? -preguntó Lambert con voz apagada.

-Iba a hacerte la misma pregunta -dijo Enrique.

Sentía sobre sus labios una sonrisa falsa. Hacía meses, hacía casi un año que no tenía con Lambert una conversación verdaderamente amistosa; no era por no haberlo intentado, pero Lambert se había sentado en la retranca; Enrique no sabía en qué tono hablarle;

-Sé lo que vas a decirme -dijo-. ¿Te parece que la situación es insostenible?

-Lo es -dijo Lambert. Miró a Enrique con reproche-. Tienes derecho a no apreciar a de Gaulle, pero podrías observar respecto a él una neutralidad benévola. En esos artículos que rechazaste, Volange separaba luminosamente la idea de degaullismo y la de reacción.

-Disociar las ideas es un juego de niños -dijo Enrique; agregó-: ¿Entonces quieres vender tus acciones?

-Sí.

-¿Y trabajarás en *Les Beaux Jours* con Volange?

-Exactamente.

-Paciencia-dijo Enrique. Se encogió de hombros-. ¿Ves?, yo tenía razón. Volange predicaba la abstención; pero acechaba su hora. No tardó en meterse en política.

-¡Es culpa tuya! -dijo Lambert ardorosamente-. ¡Tú pusiste la política en todo! Si uno quiere impedir que el mundo esté completamente politizado, está obligado a hacer política.

-De todas maneras no impedirán nada -dijo Enrique-. En fin, es inútil discutir: ya no hablamos el mismo idioma -agregó-. Vende tus acciones. Pero se crea un problema; si las repartimos entre los cuatro la situación vuelve a ser la que me ayudaste a evitar. Tendríamos que conseguir Lucas y yo un tipo capaz de comprarlas.

-Elige a quien quieras, me da lo mismo -dijo Lambert-. Trata solamente de encontrarlo pronto; lo que he hecho hoy no quiero tener que volver a hacerlo.

-Voy a buscar; pero déjame tiempo -dijo Enrique-. No se te puede reemplazar así no más.

Había lanzado esas últimas palabras al azar, pero Lambert pareció conmovido; se sentía herido por frases inocentes y le ocurría prestar calor a palabras indiferentes.

-Puesto que no hablamos el mismo idioma, el primer venido vale más que yo -dijo con voz resentida.

-Sabes muy bien que al lado de las ideas de un tipo, está el tipo mismo -dijo Enrique.

-Ya sé, es lo que complica las cosas -dijo Lambert-. Tú y tus ideas son dos cosas distintas -se puso de pie-. ¿Vienes conmigo al festival Lenoir?

-Quizá fuera mejor ir al cine -dijo Enrique.

-Ah, no. ¡No quiero perder eso!

-Y bueno, pasa a buscarme a las ocho y media.

Los diarios comunistas habían anunciado la lectura de la obra maestra en cuatro actos y seis cuadros donde Lenoir "conciliaba las exigencias de pureza de la poesía con la preocupación de entregar a los hombres un mensaje ampliamente humano". En nombre del viejo grupo para-humano, Julián se proponía sabotear esa sesión. En los artículos publicados por Lenoir desde su conversión había un fanatismo tan servil, había hecho el proceso de su pasado y de sus amigos con un fervor tan cargado de odio que Enrique encaraba sin disgusto la idea de verlo liquidado. Y además era una manera como otra de matar esa noche: desde que Paula se había enfermado soportaba mal la soledad. Para colmo estaba el mensaje de Lucía Belhomme que lo intrigaba desagradablemente.

La sala estaba llena; la *intelligenzia* comunista se había juntado toda: los antiguos y una cantidad de nuevos reclutas; un año antes muchos de esos neófitos denunciaban con indignación los errores y las culpas del comunismo; y de pronto, en noviembre, habían comprendido; habían comprendido que podían utilizar al partido. Enrique siguió el pasillo del centro en busca de un lugar y a su paso los rostros se cargaban de un odio desdeñoso. En eso Samazelle tenía razón: no le agradecían en nada su honestidad. Durante todo el año se había extenuado defendiendo *L'Espoir* contra las presiones degaullistas, había tomado partido violentamente contra la guerra de Indochina, contra el arresto de los diputados malgaches, contra el plan Marshall: después de todo había sostenido exactamente sus puntos de vista. Eso no impedía que lo trataran de falsario y de vendido. Se adelantó hasta las primeras filas. Scriassine esbozó una sonrisa, pero los jóvenes reunidos alrededor de Julián miraban a Enrique con hostilidad. Volvió sobre sus pasos y se sentó en el fondo de la sala en un peldaño de la escalera.

-Debo de ser un personaje tipo Cyrano de Bergerac -dijo-.No tengo sino enemigos.

-Es culpa tuya -dijo Lambert.

-Verdaderamente cuesta demasiado caro hacerse de amigos.

Le había gustado la camaradería, el trabajo de equipo; pero era en otra época, en otro mundo; hoy en día era lo mismo estar radicalmente solo; así no había nada que perder; no mucho que ganar tampoco, ¿pero quien gana algo sobre esta tierra?

-Mira a la Bizet -dijo Lambert-. Esa chica captó en seguida el género de la casa.

-Sí, un lindo tipo de militante -dijo Enrique alegremente.

Cuatro meses antes le había rechazado un artículo sobre los problemas alemanes y ella había lloriqueado: "Decididamente, para triunfar en el periodismo hay que venderse al *Figaro* o a *L'Humanité*." Y había agregado: "No puedo llevar este artículo a *L'Enclume*." Y luego, al cabo de una semana, había telefoneado: "Terminé por llevar esos papeles a *L'Enclume*." Y ahora escribía cada semana y Lachaume decía con emoción: "Nuestra querida María Ángel Bizet." Zapatos chatos, mal maquillada, remontaba el pasillo central dando apretones de mano con aire importante. Pasó ante Enrique, que se levantó y la tomó del brazo:

-¡Qué tal!

Librodot

-¡Qué tal! -dijo ella sin sonreír. Quiso desprenderse.

-Estás muy apurada. ¿El partido te prohibe hablarme?

-No creo que tengamos gran cosa que decirnos -dijo María Ángel, cuya voz pueril se había vuelto ácida.

-Déjame al menos felicitarte: has hecho camino.

-Tengo sobre todo la impresión de hacer un trabajo útil.

-¡Bravo! Ya tienes todas las virtudes comunistas.

-Espero haber perdido algunos defectos burgueses.

Se alejó con dignidad y en ese momento estallaron aplausos. Lenoir subía al escenario, se sentaba ante la mesa mientras una *claque* disciplinada imitaba el entusiasmo. Dispuso las hojas sobre la carpeta y empezó a leer una especie de manifiesto; leía con voz entrecortada, tomando en cada palabra un impulso desesperado, como si hubiera visto abrirse entre las sílabas grietas vertiginosas; visiblemente se asustaba a sí mismo; sin embargo, no decía sobre la misión social del poeta y sobre la poesía del mundo real sino los lugares comunes más gastados. Cuando calló hubo una nueva salva de aplausos: el campo enemigo no parpadeó.

-¡Te das cuenta! -dijo Lambert-. ¡Adónde han caído para aplaudir esto!

Enrique no contestó. Por supuesto, bastaba mirar de frente a esos intelectuales de mala fe para desarmar su desprecio; era por arrivismo, o por miedo, o por comodidad moral por la que se habían convertido y no había límite a su servilismo; pero también había que ser de mala fe para satisfacerse con esa victoria demasiado fácil. Enrique no pensaba en esa gente cuando se decía con el corazón oprimido: "Me odian." Eran sinceros esos millares de hombres que habían leído *L'Espoir*, que no lo leían más y para quienes el nombre de Enrique era el de un traidor; lo ridículo de aquella noche no disminuiría en nada su sinceridad ni su odio.

Lenoir había atacado con voz apacible una escena en alejandrinos; un muchacho se quejaba de sentir una gran desazón; quería dejar su ciudad natal; parientes, queridas, compañeros, lo exhortaban a la resignación, pero él rechazaba las tentaciones burguesas mientras el coro comentaba su partida en estrofas sibilinas. Algunas imágenes oscuras y algunas palabras sabias subrayaban la chatura cuidada de las tiradas. De pronto se oyó una voz estentórea:

-¡Mistificador!

Julián se había puesto de pie; gritaba:

-Nos han prometido poesía, ¿dónde está la poesía?

-¿Y el realismo? -gritó otra voz-. ¿Dónde está el realismo?

-¡La obra maestra; queremos la obra maestra!

-¿Para cuándo la reconciliación?

Se pusieron a repetir, golpeando con el pie: "¡Reconciliación!", mientras se oían gritos a través de la sala: "¡Afuera!¡Llamen a la policial ¡Provocadores! ¡Hablen de los campos!¡Viva la paz! ¡Los fascistas al cadalso! ¡No insulten a la resistencia! ¡Viva Thorez! ¡Viva de Gaulle! ¡Viva la libertad!"

Lenoir desafiaba con la mirada a sus verdugos; uno tenía la impresión de que iba a caer de rodillas descubriéndose el pecho o iba a ponerse a bailar una danza convulsionaria. Sin que se supiera por qué el tumulto se calmó y se reanudó la lectura. Ahora el héroe se paseaba a través del mundo buscando una evasión imposible. Una musiquita de armónica ligera e insolente corrió a través de la sala; poco después se oyó una trompeta. Julián puntuaba cada alejandrino con un ataque de risa que hacía estremecerse espasmódicamente la boca de Lenoir. La risa se propagaba de butaca en butaca, se reía por todos lados, y Enrique también se puso a reír: después de todo había venido para eso. Alguien le gritó: "Crápula", y rió más fuerte. Los aplausos estallaron entre las risas y los silbidos. Alguien gritó: "¡A Siberia! ¡A Moscú! ¡Viva Stalin! ¡Espía! ¡Vendido!" Hasta hubo una voz que gritó: "¡Viva Francia!"

-Esperaba que fuera más divertido -dijo Lambert al salir de la sala.

Librodot

-En verdad no era nada divertido. -dijo Enrique. Se volvió al oír a sus espaldas la voz jadeante de Scriassine:

-Te vi en la sala, y después desapareciste, Te busqué por todos lados.

-¿Me buscabas? -preguntó Enrique. Se le anudó la garganta. "¿Qué quiere de mí?" Lo había sabido durante toda la noche: algo terrible iba a ocurrir.

-Sí, vamos a tomar una copa al New Bar -dijo Scriassine-, hay que regar esta fiestita. ¿Conoces el New Bar?

-Lo conozco -dijo Lambert.

-Entonces hasta dentro de un rato -dijo Scriassine, que desapareció precipitadamente.

-¿Qué es el New Bar? -preguntó Enrique.

-Es verdad que ya nunca pones el pie en este barrio -dijo Lambert, sentándose en el auto de Enrique-. Desde que los comunistas se anexaron al Bar Rojo, los clientes que no están con ellos se han refugiado en un nuevo boliche.

-Vaya por el New Bar -dijo Enrique.

Subieron al auto y unos instantes más tarde doblaban la esquina de una callecita.

-¿Es aquí?

-Es aquí.

Enrique detuvo bruscamente su coche; reconocía la luz sangrienta del Bar Rojo. Empujó la puerta del New Bar.

-Es más bien feo este boliche.

-Sí, pero está mejor frecuentado que al lado -dijo Lambert.

-Oh, lo dudo mucho -dijo Enrique; se encogió de hombros-. Felizmente no me asustan las malas frecuentaciones.

Se sentaron a una mesa; mucha juventud, mucho ruido, mucho humo; Enrique no conocía ninguna de esas caras; cuando salía con Josette iba a lugares completamente distintos y además ya no le ocurría a menudo.

-¿Whisky? -preguntó Lambert.

-De acuerdo.

Lambert pidió dos whiskies con ese tono elegantemente displicente que le había copiado a Volange; esperaron sus copas en silencio; era verdaderamente triste, Enrique no encontraba nada más que decirle a Lambert. Hizo un esfuerzo:

-Parece que el libro de Dubreuilh apareció.

-¿Ese del que salieron algunos capítulos en *Vigilance*?

-Si.

-Tengo curiosidad por leerlo.

-Yo también -dijo Enrique.

Antes, Dubreuilh siempre le pasaba las pruebas de galera; este libro Enrique lo compraría en la librería y lo comentaría con quien quisiera, pero no con Dubreuilh: la única persona con quien le hubiera gustado comentarlo.

-Encontré ese artículo que me rechazaste sobre Dubreuilh -dijo Lambert-. ¿Recuerdas? No estaba tan mal, ¿sabes?

-Nunca te he dicho que estuviera mal -dijo Enrique.

Recordaba esa conversación; era la primera vez que había sentido en Lambert una especie de hostilidad.

-Voy a usarlo para hacer un estudio de conjunto sobre Dubreuilh -dijo Lambert. Vaciló imperceptiblemente-. Volange me lo pidió para *Les Beaux Jours*.

Enrique sonrió: -Trata de no ser demasiado injusto.

-Seré objetivo -dijo Lambert-. También tengo un relato que va a aparecer en *Les Beaux Jours* -agregó.

-¡Ah! ¿Has escrito otros relatos?

-He escrito dos. A Volange le gustan mucho.

-Me gustaría verlos -dijo Enrique.

-No te gustarán -dijo Lambert.

Julián apareció en el marco de la puerta y se adelantó hacia ellos. Había pasado su brazo bajo el de Scriassine; sus odios comunes les formaban provisoriamente una amistad.

-¡Al trabajo, camaradas! -dijo con voz estentórea-. Por fin ha llegado la hora de reconciliar al hombre con el whisky.

Se había puesto en el ojal un clavel blanco y su mirada había recobrado un poco de su antiguo brillo: quizá porque todavía no había bebido nada.

-¡Una botella de champaña! -gritó Scriassine.

-¡Champaña aquí! -dijo Enrique escandalizado.

-¡Entonces vamos a otra parte! -dijo Scriassine.

-¡No, no, aceptamos el champaña, pero nada de cíngaros!-dijo Julián sentándose precipitadamente. Sonrió-. Lindo acto, ¿verdad? ¡Hemos pasado una noche verdaderamente cultural! Lo único que lamento es que no haya corrido un poquito de sangre.

-Una linda noche, pero tendría que traer consecuencias -dijo Scriassine. Miró a Julián y a Enrique con aire apremiante.

-Se me ha ocurrido una idea durante la sesión: habría que organizar una liga para bombear en toda oportunidad y de todas maneras a los intelectuales que traicionan.

-¿Y si organizáramos una liga contra todas las ligas? -dijo Julián.

-Vamos, ¿no te estarás volviendo un poco fascista? -le dijo Enrique a Scriassine.

-¡Cuándo no! -dijo Scriassine-. Por eso nuestras victorias no tienen eco.

-¡Al cuerno los ecos! -dijo Julián.

El rostro de Julián se había entristecido:

-Sin embargo, hay que hacer algo.

-¿Por qué? -dijo Enrique.

-Escribiré una nota sobre Lenoir -dijo Scriassine-. Es un caso admirable de neurosis política.

-¡Vamos! Conozco a otros que le siguen de cerca.

-Todos somos neuróticos -dijo Julián-. Pero por lo menos ninguno de nosotros escribe alejandrinos.

-¡Está bien! -dijo Enrique; se echó a reír-. Dime, ¿qué cara hubieras puesto si la pieza de Lenoir hubiera sido buena?

-E imagina que Thorez hubiera venido a bailar el french cancán, ¿qué cara habrías puesto? -dijo Julián.

-Después de todo, Lenoir ha escrito buenos poemas -dijo Enrique.

Lambert se encogió de hombros con aire excitado.

-Antes de haber abdicado su libertad.

-La libertad del escritor habría que saber lo que quiere decir -dijo Enrique.

-No quiere decir nada -dijo Scriassine-. Tampoco quiere decir nada ser un escritor.

-Exactamente -dijo Julián-. Hasta me dan ganas de volver a escribir.

-Deberías hacerlo -dijo Lambert con una repentina animación-. Son tan pocos hoy los escritores que no se creen cargados de una misión.

"Eso es por mí", pensó Enrique; pero no dijo nada. Julián se echó a reír:

-¡Y ya está! En seguida me da una misión: demostrar que el escritor no tiene ninguna misión.

-Pero no -dijo Lambert.

Julián puso un dedo sobre sus labios:

-Sólo el silencio es seguro.

-¡Dios mío! -dijo Scriassine-. ¡Acabamos de asistir a un espectáculo conmovedor, hemos visto a un hombre que fue nuestro amigo reducido a la abyección por el partido comunista, y hablan de literatura! ¿No son hombres ya?

-Tomas al mundo demasiado en serio -dijo Julián.

-¿Ah, sí? Pues si no hubiera hombres como yo, para tomar el mundo en serio, los stalinistas estarían en el poder y no sé dónde estarías tú.

-Bien tranquilo, bajo algunos pies de tierra -dijo Julián.

Enrique se echó a reír:

-¿Te imaginas que los comunistas quieren tu pellejo?

-Pero mi pellejo no los quiere a ellos -dijo Julián-. Soy muy sensible -se volvió hacia Scriassine-: No pido nada a nadie. Me divierto viviendo mientras la vida me divierta. Cuando se haga imposible pondré punto final.

-¿Te liquidarías si los comunistas llegaran al poder? -preguntó Enrique con voz divertida.

-Sí. Y te aconsejaría encarecidamente que hicieras otro tanto -dijo Julián.

-Eso es una enormidad -dijo Enrique. Miró a Julián con estupor-. ¡Uno cree que está bromeando entre amigos y advierte de pronta que uno de ellos se cree Napoleón! Y dime: ¿Qué harías en caso de una dictadura degaullista?

-No me gustan los discursos ni la música militar. Pero me las arreglaría con un poco de algodón en los oídos.

-Ya veo. Y bueno, voy a decirte una cosa: terminarías por sacarte el algodón y por aplaudir los discursos.

-No se me puede sospechar de que me guste de Gaulle, lo sabes muy bien -dijo Scriassine-. Pero no se puede comparar lo que sería una Francia degaullista con una Francia stalinizada.

Enrique se encogió de hombros:

-Oh, tú también pronto vas a gritar: ¡Viva de Gaulle!

-No es por mi culpa si las fuerzas anticomunistas se han juntado alrededor de un militar -dijo Scriassine-. Cuando yo quise reagrupar una izquierda contra los comunistas, te negaste.

-Para ser anticomunista, ¿por que no ser militar? -dijo Enrique. Agregó irritado-: ¡Vaya una izquierda! Decías: está el pueblo americano, los sindicatos. Y en tus artículos defiendes a Marshall y compañía.

-A la hora actual la división del mundo en dos bloques es un hecho: uno está obligado a aceptar en bloque a Estados Unidos o a la U. R. S. S.

-¡Y eliges los Estados Unidos! -dijo Enrique.

-No hay campos de concentración en Estados Unidos -dijo Scriassine.

-¡Otra vez esos campos! ¡Me hacen lamentar haber hablado! -dijo Enrique.

-No digas eso: es el acto más estimable que hayas hecho jamás -dijo Lambert. Tenía la voz un poco pastosa; estaba en su segundo vaso y soportaba mal el alcohol.

Enrique se encogió de hombros:

-¿De qué ha servido? ¡La derecha los utilizó para crear una mala conciencia comunista como si eso la justificara! En cuanto uno habla de explotación, de desocupación, de hambre, ellos contestan: y los campos de trabajo. Si no existieran los habrían inventado.

-El hecho es que existen -dijo Scriassine-; es molesto, ¿eh?

-¡Compadezco a la gente que no se siente molesta! -dijo Enrique.

Lambert se levantó bruscamente:

-Discúlpenme, tengo una cita.

-Salgo contigo -dijo Enrique, levantándose a su vez-. Me voy a dormir.

-¡Dormir, a esta hora, una noche como ésta! -dijo Julián.

-Es una gran noche -dijo Enrique-, pero tengo sueño -hizo un saludito y se dirigió hacia la puerta.

-¿Dónde es tu cita? -le preguntó a Lambert.

-No tengo ninguna cita. Pero estaba harto. No son divertidos -dijo Lambert; agregó con rencor-: ¿Cuándo podremos pasar una noche sin hablar de política?

-No hemos hablado: hemos paveado.

-Hemos paveado sobre la política.

-Te había propuesto ir al cine.

Librodot

-¡La política o el cine! -dijo Lambert-. ¿Verdaderamente no hay otra cosa en este mundo?

-Supongo que sí -dijo Enrique.

-¿Qué?

-¡Quisiera saberlo!

Lambert golpeó con el pie el asfalto de la acera; preguntó con un tono vagamente reinvindicador:

-¿No vienes a tomar una copa?

-Tomemos una copa.

Se sentaron en una terraza; era una noche magnífica, la gente reía alrededor de las mesitas: ¿de qué hablaban? Unos autitos iban en zigzag por la calzada, muchachos y chicas pasaban enlazados, en los sótanos bailaban parejas, se oían los ecos de un jazz excelente. Por supuesto, había muchas otras cosas en la tierra que la política y el cine; pero para otra gente.

-Dos scotchs dobles -pidió Lambert.

-Dobles, ¡qué entusiasmo! -dijo Enrique-. ¿Tú también te pones a beber?

-¿Por qué: tú también?

-Julián bebe, Scriassine bebe.

-Volange no bebe y Vicente bebe -dijo Lambert.

Enrique sonrió:

-Ves en todo un doble sentido político; yo decía eso en el aire.

-Nadine tampoco quería que yo bebiera -dijo Lambert, cuyo rostro expresaba ya una terquedad brumosa-, no me creía capaz de nada: lo mismo que tú. Es gracioso: no inspiro confianza-concluyó con voz sombría.

-Siempre he confiado en ti -dijo Enrique.

-No; durante un tiempo sentiste indulgencia por mí, nada más-Lambert tomó la mitad de su vaso de whisky y agregó con rabia-: En el grupo de ustedes si uno no es un genio tiene que ser un monstruo; Vicente, de acuerdo, es un monstruo. Pero yo no soy ni un escritor, ni un hombre de acción, ni un gran calavera; sólo un hijo de familia, y ni siquiera sé emborracharme como se debe.

Enrique se encogió de hombros:

-Nadie te pide que seas un genio ni un monstruo.

-No me pides nada porque me desprecias-dijo Lambert.

-¡Estás completamente chiflado!-dijo Enrique-. Lamento que tengas las ideas que tienes, pero no te desprecio.

-Piensas que soy un burgués-dijo Lambert.

-Y yo, ¿no lo soy acaso?

-Oh, pero tú eres tú -dijo Lambert con rencor-. Dices que no te sientes superior a nadie, pero en verdad desprecias a todo el mundo, Lenoir, Scriassine, Julián, Samazelle, Volange y todos los demás, y a mí también. Evidentemente -agregó con una voz a la vez admirativa y hosca-, ¡tienes una moralidad tan alta! ¡Eres desinteresado, honesto, leal, valiente, eres consecuente contigo mismo: ni una falla! ¡Ah, debe de ser formidable sentirse intachable!

Enrique sonrió:

-¡Puedo jurarte que no es mi caso!

-¡Vamos! Eres impecable y lo sabes -dijo Lambert en tono descorazonado-, Pero yo sé muy bien que no soy impecable-agregó con cólera-; no me importa nada: soy como soy.

-¡Quién te lo reprocha?-dijo Enrique. Miró a Lambert con un poco de remordimiento. Le había reprochado ceder a la facilidad, pero Lambert tenía muchas excusas: una infancia dura, Rosa había muerto cuando él tenía veinte años y Nadine no lo había consolado. En el fondo lo que pedía era muy modesto: que le permitieran vivir un poco por su cuenta. "Y yo sólo le ofrecí exigencias", pensó Enrique. Por eso Lambert se pasaba al bando de Volange. Quizá no fuera demasiado tarde para ofrecerle otra cosa. Dijo con voz afectuosa-: Tengo la

Librodot

impresión que alimentas un montón de agravios contra mí; sería mejor que me los dijeras de una vez por todas: nos explicaríamos.

-No tengo agravios; eres tú que siempre me llevas la contra; te pasas la vida llevándome la contra -dijo Lambert con voz lúgubre.

-Te equivocas completamente. Cuando tengo otra opinión que tú no es por llevarte la contra. Para empezar no tenemos la misma edad. Lo que vale para mi no vale necesariamente para ti. Por ejemplo: yo he tenido una juventud; comprendo muy bien que tengas ganas de aprovechar un poco de la tuya.

-¿Comprendes eso? -dijo Lambert.

-Claro que sí.

-Oh, y además, si me juzgas mal me importa un pito -dijo Lambert.

Su voz vacilaba, había bebido demasiado para que una conversación fuera posible, y además nada apremiaba; Enrique le sonrió:

-Escucha, es tarde y ambos estamos un poco reventados. Pero salgamos juntos una de estas noches y tratemos de tener una verdadera conversación. ¡Hace tanto tiempo que no nos ha ocurrido!

-Una verdadera conversación, ¿crees que es posible? -dijo Lambert.

-Si uno quiere, puede -dijo Enrique. Se puso de pie ¿Te llevo?

-No, voy a ver si encuentro a unos amigos -dijo Lambert con aire vago.

-Entonces hasta una noche de éstas -dijo Enrique.

Lambert le tendió la mano: -Hasta una noche de éstas.

Enrique volvió a su hotel; había un paquete en su casillero: el ensayo de Dubreuilh. Mientras subía la escalera hizo saltar los cordeles y abrió el volumen en la primera página: por supuesto, estaba en blanco, ¿qué había esperado? Mauvanes le mandaba ese libro como le mandaba tantos otros.

"¿Por qué? -se preguntó-. ¿Por qué estamos mal?" A menudo se lo había preguntado. Los artículos de Dubreuilh en *Vigilance* tenían exactamente el mismo tono que los editoriales de Enrique: en verdad nada los separaba. Y estaban enemistados. Era uno de esos hechos sobre los cuales no se puede volver, pero que no se explican. Los comunistas aborrecían a Enrique, Lambert dejaba *L'Espoir*, Paula estaba loca, el mundo corría a la guerra; el disgusto con Dubreuilh no tenía ni más ni menos sentido.

Enrique se sentó ante su escritorio y se puso a cortar las páginas del libro; conocía largos pasajes. Saltó en seguida al último capítulo: un largo capítulo que sin duda había sido escrito en enero, después de la liquidación del S. R. L. Se sintió un poco desconcertado. Lo bueno que había en Dubreuilh es que nunca vacilaba en volver a poner sus ideas sobre el tapete; cada vez volvía a partir a la aventura. Pero esta vez había virado en forma radical: "Un intelectual francés, hoy, no puede nada", declaraba. Evidentemente: el S. R. L. había fracasado; los artículos de Dubreuilh en *Vigilance* eran muy comentados, pero no ejercían ninguna influencia sobre nadie; tan pronto Dubreuilh era acusado de ser un criptocomunista, tan pronto de ser un producto de Wall Street, no tenía sino enemigos: no debía estar en un lecho de rosas. Enrique estaba más o menos en el mismo caso que él, tampoco estaba en un lecho de rosas, pero no era lo mismo, vivía al día, se arreglaba; Dubreuilh, con su lado fanático, sin duda no sabía arreglárselas. Además iba más allá que Enrique. Condenaba hasta la literatura. Enrique seguía leyendo. Dubreuilh iba aun más lejos: condenaba su propia existencia. Oponía al viejo humanismo, que había sido suyo, un humanismo nuevo, más realista, más pesimista, que daba un amplio campo a la violencia y casi ninguno a las ideas de justicia, de libertad, de verdad; demostraba victoriosamente que esa era la única moral adecuada a las relaciones actuales de los hombres entre sí; pero para adoptarla había que arrojar tantas cosas por encima de la borda que personalmente él no era capaz. Era muy raro ver a Dubreuilh predicar una verdad que podía ser la suya: eso significaba que se consideraba como un muerto. "Es mi culpa -pensó Enrique-; si yo no me hubiera empecinado, el S. R. L. seguiría existiendo, Dubreuilh no se creería definitivamente vencido." Ineficaz, aislado, dudando de que su obra tuviera un sentido, separado

Librodot

del porvenir, dudando de su pasado, el corazón se estrujaba al pensarlo. Bruscamente Enrique se dijo: "¡Voy a escribirle!" Quizá Dubreuilh no contestará o contestará con ira: ¿qué importancia tenía? Ya Enrique no sabía lo que era el amor propio. "Mañana le escribo", decidió mientras se acostaba, y también se dijo: "Mañana tendré una verdadera conversación con Lambert." Apagó. "Mañana. ¿Por qué la Belhomme quiere verme mañana temprano?", se preguntó.

La mucama se hizo a un lado y Enrique entró al salón; pieles de oso, alfombras, divanes bajos, era el mismo silencio cómplice que en la época en que encontraba aquí a una Josette tácitamente ofrecida; Lucía no lo habría llamado, sin embargo, para ofrecerle sus encantos quincuagenarios. “¿Qué quiere de mí?", se repitió; trataba de esquivar las respuestas.

-Gracias por haber venido -dijo Lucía. Llevaba un vestido de interior, severo, estaba bien peinada, pero no se había dibujado las cejas y esa especie de calvicie la envejecía increíblemente; le señaló un asiento-. Gracias por haber venido -repitió Lucía-; tengo que pedirle un favor: no tanto por mí como por Josette. Usted la quiere, ¿verdad?

-Sabe muy bien que sí -dijo Enrique. El tono de Lucía era tan normal que se sentía vagamente aliviado: quiere que me case con Josette o que entre en alguna combinación, ¿pero porqué tenía en su mano derecha un pañuelo de encajes? ¿Por qué lo apretaba tan fuerte?

-No sé hasta dónde usted sería capaz de llegar para ayudarla -dijo Lucía.

-Pero dígame de qué se trata.

Lucía vaciló; amasaba entre sus manos el trapo usado: "Voy a decírselo, no me queda otro remedio." Esbozó una sonrisa:

-¿Deben de haberle dicho que durante la guerra no fuimos precisamente resistentes?

-Me lo han dicho.

-Nadie sabrá nunca lo que he pagado para que la casa Amaryllis fuera mía y para convertirla en una gran casa -dijo Lucía-; por otra parte, eso no interesa a nadie y no pretendo enternecerlo sobre mi suerte. Pero usted tiene que comprender que después de eso yo hubiera preferido jugarme la cabeza antes que dejarla periclitar. Sólo podía salvarla utilizando a los alemanes: los utilicé y no le diré que lo lamento. Evidentemente, no se consigue nada sin dar algo; los recibí en Lyon, di fiestas; en fin, hice lo necesario. Eso me valió algunos disgustos después de la liberación, pero ya está lejos, está olvidado.

Lucía miró a su alrededor y miró a Enrique; él murmuró con voz tranquila:

-¿Y entonces? -Le parecía que esa escena ya había ocurrido: ¿cuándo?, quizá en sueños; desde que había recibido ese mensaje sabía lo que Lucía iba a decirle; desde hacía un año esperaba ese minuto.

-Hay un tipo que se ocupaba conmigo de mis negocios, un tal Mercier; venía a menudo a Lyon: nos robó fotos, cartas, recogió chismes; si lo obligan a hablar caemos en la indignidad nacional, Josette y yo.

-¿Entonces era verdad la historia de ese legajo? -dijo Enrique. Sólo sentía un gran cansancio.

-Ah, ¿usted estaba al corriente? -dijo Lucía con sorpresa; su rostro perdió un poco su tensión.

-¿También utilizó a Josette? -dijo Enrique.

-¡Utilizar! Josette no me sirvió para nada -dijo Lucía con amargura-, se comprometió de una manera perfectamente inútil; se enamoró de un capitán, un hermoso muchacho sentimental y sin ninguna influencia que le mandó cartas inflamadas antes de que lo mataran en el frente Este; las dejaba tiradas por todos lados y también fotos donde se lucían los dos; preciosos documentos, se lo aseguro. Mercier comprendió en seguida el provecho que podía sacar.

Enrique se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana. Lucía lo observaba, pero a él lo tenía sin cuidado. Recordaba el rostro indolente de Josette

aquella mañana, la primera mañana, y esa voz tan verdadera que mentía: " ¿Yo enamorada? ¿De quién?" Había amado: había amado a otro: a un apuesto muchacho que era alemán. Se volvió hacia Lucía y preguntó con esfuerzo: -¿La hace cantar?

Lucía tuvo una risita:

-¿No se imagina que voy a pedirle dinero? Hace tres años que le pago y estaba dispuesta a seguir. Hasta le ofrecí una gruesa suma a Mercier para comprarle el legajo, pero es pícaro, mira el porvenir. -Miró a Enrique en los ojos y dijo en tono provocador:- Fué un espía de la Gestapo y acaban de detenerlo. Me ha mandado a decir que si no lo saco de ahí nos mezcla a nosotras en su asunto.

Enrique guardaba silencio; las puercas que se acostaban con los alemanes pertenecían hasta ahora a otro mundo con el cual una sola relación era posible: el odio. Pero ahora Lucía hablaba; el la escuchaba; ese mundo abyecto era el mismo que el suyo, hay uno solo. De los brazos del capitán alemán Josette había pasado a sus brazos.

-¿Se da cuenta lo que esta historia representa para Josette? -dijo Lucía-. Con el carácter que tiene no se levantará más, abrirá la llave del gas.

-¿Qué quiere que yo haga? ¿Qué espera de mí? -dijo él con voz irritada-. No conozco a ningún abogado que pueda sacar a flote a un espía de la Gestapo. El único consejo que puedo darle es que se escapen a Suiza lo más rápido posible.

Lucía se encogió de hombros.

-¡A Suiza! Le digo que Josette abriría el gas. Estaba tan contenta estos días, la pobre querida -dijo con un enternecimiento repentino-, todo el mundo dice que en la pantalla sale en forma sensacional. Siéntese -agregó con impaciencia- y escúcheme.

-Escucho -dijo Enrique sentándose.

-Yo tengo a un abogado a mano. El doctor Truffaut; ¿no lo conoce? Es un amigo muy seguro que me debe algunos favores -dijo Lucía con una semisonrisa: Clavó su mirada en los ojos de Enrique-. Estudiamos el asunto juntos. Dice que la única solución es que Mercier diga haber sido agente doble; pero, por supuesto, eso sólo se tiene en pie si un resistente serio lo sostiene.

-¡Ah, comprendo! -dijo Enrique.

-Es fácil de comprender -dijo Lucía fríamente.

Enrique tuvo una risita:

-¡Usted cree que es tan sencillo! La desgracia es que todos los compañeros saben que Mercier nunca ha trabajado conmigo.

Lucía se mordió el labio; de pronto perdió seguridad y él tuvo miedo que se echara a llorar; debía ser un espectáculo asqueroso. Él observaba con un placer cruel el rostro caído y en su cabeza algunas palabras corrían como el viento: enamorada de un capitán alemán, me engañó como a un chico: ¡imbécil! ¡Pobre imbécil! Él se creía seguro de su placer, de su ternura: ¡imbécil!, sólo lo había considerado como a un instrumento. Lucía era una mujer cerebral, calculaba bien; si había tomado entre manos los intereses de Enrique; si le había arrojado a Josette en sus brazos, no era para asegurar la carrera de una hija de la que nada le importaba: era para tener un aliado útil; y Josette había jugado su juego; le contaba a Enrique que nunca había querido para disculpar la reserva de su corazón; pero todo el amor de que era capaz ese corazón fútil se lo había dado al capitán alemán que era tan apuesto. Tenía ganas de insultarla, de pegarle y le pedían que la salvara.

-¿Acaso ese trabajo no era clandestino? -preguntó Lucía.

-Sí, pero entre nosotros nos conocíamos.

-¿Y el juez de instrucción no creerá en su palabra? Si lo confrontan con sus compañeros, ¿lo desmentirán?

-No sé y no quiero correr el riesgo -dijo Enrique irritado-. Usted no parece sospechar que es grave un falso testimonio. A usted le importa su casa de costura; a mí también me importan algunas cositas.

Librodot

Lucía había recobrado su calma; dijo con voz neutra:

-El cargo más grave que hay contra Mercier es que delató a dos muchachas el 23 de febrero en el puente de Alma -alzó hacia Enrique una mirada interrogadora-: en la clandestinidad se llamaban Lisa e Yvonne, pasaron un año en Dachau, ¿no le dice nada?

-No.

-Lástima; podría sernos útil que las hubiera conocido. En todo caso, evidentemente, ellas lo conocen. Si afirma que ese día Mercier estaba en otra parte con usted, ¿no dudarán un poco? Y si usted declara que solía utilizar secretamente a Mercier como espía, ¿alguien se atreverá a contradecirlo?

Enrique reflexionó; sí, tenía mucho crédito, una mentira audaz podía resultar. Lucas estaba en Bordeaux en el 44; Chancel, Varieux, Galtier habían muerto. Lambert, Sézenac, Dubreuilh, si tenían dudas se las guardarían para ellos. Pero no iba a levantar un falso testimonio por una yegüita cuya piel le había gustado. ¡Qué bien había guardado su secreto la inocente!

-¡Apresúrese a escapar a Suiza! -dijo-. Encontrará a un montón de gente bien. A Suiza, al Brasil, a la Argentina: el mundo es grande. Es un prejuicio creer que no se puede vivir sino en París.

-Usted conoce a Josette, ¿no? Empezaba apenas a tomarle nuevamente gusto a la vida. Nunca soportará el golpe -dijo Lucía.

Enrique pensó con una punzada en el corazón: "Tengo que verla ¡En seguida!, y se levantó bruscamente:

-Voy a reflexionar. Voy a pensarlo.

-Aquí tiene la dirección del doctor Truffaut -dijo Lucía sacando de su bolsillo un pedazo de papel-. Si se decide, póngase en contacto con él.

-Suponiendo que yo acepte -dijo Enrique-, ¿cómo estar seguros de que el tipo nos restituirá las pruebas?

-¿Qué quiere que haga con ellas? Para empezar no tiene interés en enemistarse con usted. Y además, el día en que el legajo se hiciera público, su testimonio se volvería sospechoso. No. Si usted la saca de apuros, queda atado de pies y manos.

-Le telefonearé esta noche -dijo Enrique.

Lucía se levantó; durante unos segundos permaneció plantada ante él con aire vacilante, él tuvo miedo que se echara a llorar o que se tirara a sus pies; se limitó a lanzar un suspiro y lo acompañó hasta la puerta.

Él bajó precipitadamente la escalera. Se instaló al volante de su coche y se dirigió hacia la calle Gabrielle. Siempre llevaba en su bolsillo la llavecita que Josette le había dado un año antes, en una hermosa noche; abrió la puerta del departamento y entró al cuarto sin golpear.

-¿Qué hay? -dijo Josette; abrió los ojos y sonrió vagamente-. ¿Eres tú? ¿Qué hora es? Hiciste bien en venir a darme un beso.

Él no la besó; descorrió las cortinas y se sentó en un taburete con volados. Entre esas paredes tapizadas, esos adornos, ese raso, esos almohadones costaba creer en el escándalo, en la prisión, en la desesperación. Un rostro sonreía, muy rosado bajo el cabello rojizo.

-Tengo que hablarte -dijo.

Josette se irguió sobre sus almohadas:

-¿De qué?

-¿Por qué no me dijiste la verdad? Tu madre acaba de contármelo todo; y esta vez quiero la verdad -dijo con voz violenta-. ¿Es porque pensaba que un día podría serles útil por lo que te arrojó en mis brazos?

-¿Qué ocurre? -dijo Josette mirando a Enrique con aire asustado.

-Contéstame: ¿fué para obedecer a tu madre por lo que aceptaste acostarte conmigo?

-Hace mucho tiempo que mamá me dice que te plante -dijo Josette-. Ella quisiera que me arrimase a un viejo. ¿Qué te pasa? -preguntó con aire suplicante.

-El legajo -dijo-. ¿Has oído hablar de ese legajo? El tipo que lo tiene entre las manos ha sido detenido y amenaza con contarlo todo.

Josette ocultó su rostro en la almohada.

-¡No terminaremos nunca! -dijo con desesperación.

-¿Recuerdas?, la primera mañana, aquí mismo, me dijiste: que nunca habías querido a nadie; más tarde me hablaste vagamente de un muchacho muerto en América: era un capitán alemán, tu muchacho. ¡Ah, cómo te burlaste de mí!

-¿Por qué me hablas así? -dijo Josette-. ¿Qué te he hecho? Cuando estaba en Lyon no te conocía.

-Pero cuando te interrogué me conocías; ¡y me mentiste con aires tan inocentes!

-¿De qué servía decirte la verdad? Mamá me lo había prohibido; y después de todo eras un extraño.

-¿Y durante un año seguí siendo un extraño para ti?

-¿Para que íbamos a hablar de todo eso? -se puso a llorar suavemente entre sus manos-. Mamá dice que si me denuncian iré a la cárcel; ¡no quiero! Prefiero matarme.

-¿Cuánto tiempo duró tu historia con el capitán?

-Un año.

-¿Fué él quien te instaló este departamento?

-Sí; todo lo que tengo me lo ha dado él.

-¿Y lo querías?

-Él me quería, me quería como ningún hombre me querrá jamás: sí, yo lo quería -dijo sollozando-. No es una razón para que me encierren en la cárcel.

- Enrique se levantó, dió algunos pasos en medio de los muebles elegidos por el apuesto capitán. En el fondo, siempre había sabido que Josette era capaz de haberse entregado a soldados alemanes. "No comprendía nada de esta guerra", había confesado; él había supuesto que les sonreía y hasta que flirteaba vagamente con ellos y la disculpaba; un amor sincero debería parecerle todavía más disculpable. Pero el hecho es que no soportaba imaginar en ese sillón un uniforme verdoso y al hombre acostado con ella, piel contra piel, boca contra boca.

-¿Y sabes lo que espera tu madre? Que haga un falso testimonio para sacarlas del pantano. Un falso testimonio: supongo que eso no te dice nada -agregó.

-No iré a la cárcel, me mataré -repitió Josette entre sus lágrimas-. ¡Además, me da lo mismo, me da lo mismo matarme!

-No se trata de que vayas a la cárcel -dijo Enrique con una voz dulcificada.

¡Vamos! Inútil jugar al justiciero: estaba celoso, sencillamente. En buena justicia no podía reprocharle a Josette que hubiera querido al primer hombre que la había querido. ¿Y con qué derecho podía reprocharle su silencio? No tenía ningún derecho.

-En el peor de los casos tendrán que salir de Francia -dijo-. Pero se puede vivir en otras partes como en Francia.

Josette continuaba sollozando; evidentemente no tenía ningún sentido lo que él acababa de decir. La vergüenza, la huida, el exilio: nunca Josette soportaría eso; ya estaba poco atada a la vida. Miró a su alrededor y la angustia le subió a la garganta. La vida parecía muy frívola en ese decorado de comedia; pero si un día Josette abría el gas, entre esas paredes tapizadas, acostada sobre esas sábanas rosa moriría; la enterrarían con su camisón vaporoso; la frivolidad de ese cuarto era un engaño; las lágrimas de Josette eran lágrimas verdaderas, un verdadero esqueleto se ocultaba bajo la piel perfumada. Él se sentó al borde de la cama.

-No llores -dijo-. Te sacaré de esto.

Ella apartó las mechas de pelo que caían sobre su rostro mojado.

-¿Tú? Pareces tan enojado. ..

-Pero no, no estoy enojado -dijo él-, Te prometo que te sacaré de este lío -repitió con fuerza.

-¡Oh, sí! ¡Sálvame, por favor! -repitió Josette arrojándose en sus brazos.

Librodot

-No tengas miedo. No te ocurrirá nada malo -dijo él suavemente.

-¡Eres bueno! -dijo Josette. Se pegó a él y le tendió la boca; él apartó el rostro-. ¿Te doy asco? -preguntó ella con una voz tan humilde que bruscamente Enrique sintió vergüenza: vergüenza de estar del buen lado.

¡Un hombre frente a una mujer, un tipo que tiene dinero, un nombre, cultura, y sobre todo moral! Un poco marchita desde hacía algún tiempo la moral, pero todavía podía ilusionar; si se presentaba la ocasión, él mismo se dejaba engañar.

Besó la boca salada de lágrimas:

-Me doy asco a mí mismo.

-¿Tú?

Ella alzó hacia él unos ojos que no comprendían nada y lo besó de nuevo con un apasionamiento apiadado. ¿Qué armas le habían dado? ¿Qué principios? ¿Qué esperanzas? Había tenido las bofetadas de su madre, la grosería de los hombres, la humillante belleza, y ahora habían instalado en su corazón un remordimiento asombrado.

-Debí ser cariñoso en seguida en vez de gritarte -dijo.

Ella lo miró ansiosamente:

-¿Es verdad que no me guardas rencor?

-No te guardo rencor. Y te sacaré de esto.

-¿Cómo harás?

-Haré lo que haya que hacer.

Ella lanzó un suspiro y puso la cabeza sobre el hombro de Enrique; él le acarició el pelo. Un falso testimonio: le horrorizaba la idea. ¿Pero qué? Al ser perjuro no le haría daño a nadie. Salvaría la cabeza de Mercier, eso era lamentable; pero tantos otros merecen reventar y gozan de perfecta salud... Si se negaba, Josette era capaz de suprimirse; o en todo caso su vida estaría arruinada. No, no podía vacilar: de un lado estaba Josette y del otro los escrúpulos de conciencia. Envolvió un mechón de pelo alrededor de su dedo. De todas maneras no aprovecha mucho la conciencia limpia. Ya lo había pensado antes: más valía estar francamente en falta. Ahora se le presentaba una magnífica ocasión de mandar la moralidad al diablo: no iba a perderla. Liberó su mano y se la pasó sobre la cara. No le sentaba jugar al malvado. Haría ese falso testimonio porque no podía hacer otra cosa, eso era todo. ..¿Cómo he llegado a esto?" Le parecía a la vez muy lógico y perfectamente imposible; nunca se había sentido más triste.

Enrique no le escribió a Lambert, no conversó corazón a corazón con Lambert. Amigos, eso significa tener que rendir cuentas; para hacer lo que iba a hacer tenía que estar solo. Ahora que su decisión estaba tomada se prohibía los remordimientos. Tampoco tenía miedo. Evidentemente, corría un gran riesgo, siempre puede filtrarse algo, ¡Y qué escándalo sería si llegaba a ser convicto de falso testimonio! Aderezado en la salsa degaullista o en la salsa comunista, sería un guiso sabrosísimo. Pero no se hacía ilusiones sobre la importancia de su acción y en cuanto a su porvenir personal lo tenía sin cuidado; combinó con el doctor Truffaut la supuesta carrera de Mercier; y tenía el corazón apenas un poco turbado el día en que entró al despacho del juez de instrucción. Ese escritorio, semejante a mil otros escritorios, parecía menos real que un decorado de teatro; el magistrado, el secretario, no eran sino actores de un drama abstracto: representaban su papel, Enrique representaba el suyo, la palabra verdad aquí no significaba nada.

-Evidentemente, un agente doble está obligado a dar alguna prenda al enemigo -explicó con voz serena-; usted lo sabe tan bien como yo. Mercier no podía ayudarnos sin comprometerse; pero siempre hemos planeado antes los informes que iba a proporcionar, al enemigo; nunca hubo la menor indiscreción concerniente a las verdaderas actividades de la red; y si estoy hoy aquí, si tantos camaradas han escapado de morir, si *L'Espoir* ha podido vivir clandestinamente es gracias a él.

Hablaba con un fervor que sentía convincente; y la sonrisa de Mercier corroboraba sus palabras; era un muchacho bastante buen mozo, de unos treinta

Librodot

años, con aire modesto, de rostro más bien simpático. "Y sin embargo -pensaba Enrique-, quizá él delató a Borel o a Fauchois; ha delatado a otros; sin amor, sin odio, por dinero; los han matado, se han matado, y él seguirá viviendo, honrado, rico, dichoso." Pero entre esas cuatro paredes uno estaba tan lejos del mundo donde los hombres viven y mueren, que no tenia gran importancia.

-Siempre es delicado decidir el momento en que un agente doble se convierte en traidor -dijo el juez-; lo que usted ignora es que, desgraciadamente, Mercier cruzó esa frontera.

Hizo una señal al ujier y Enrique se crispó; sabía que Yvonne y Lisa habían pasado doce meses en Dachau, pero nunca las había visto; ahora las veía; Yvonne era la morena, parecía curada; Lisa tenía pelo castaño, estaba todavía flaca y pálida como una joven resucitada; la venganza no le habría devuelto sus colores; pero ambas eran bien reales e iba a ser duro mentir bajo sus ojos. Yvonne repitió la acusación y su mirada no se apartaba del rostro de Mercier:

-El 23 de febrero de 1944, a las dos de la tarde, yo estaba citada en el puente de Alma con Lisa Peloux, aquí presente; en el momento en que me acercaba a ella, tres hombres se adelantaron hacia nosotras, dos alemanes y éste que nos señaló a ellos; llevaba un abrigo marrón, no llevaba sombrero, estaba afeitado como hoy.

-Hay un error respecto a la persona -dijo Enrique con firmeza-. El 23 de febrero, a las dos de la tarde, Mercier estaba conmigo en La Souterraine; habíamos llegado juntos la víspera; unos compañeros debían comunicarnos el plan de los depósitos que los americanos tomaron dos días después, y pasamos el día con ellos.

-Sin embargo, es él -dijo Yvonne. Miró a Lisa, que dijo:

-¡Claro que es él!

-¿No se habrá equivocado de fecha? -dijo el juez.

Enrique sacudió la cabeza:

-El bombardeo tuvo lugar el 26; las indicaciones fueron transmitidas el 24 y yo pasé el 22 y el 23 allí; esas fechas no se olvidan.

-¿Ustedes fueron detenidas el 23? -dijo el juez volviéndose hacia las jóvenes.

-Sí, el 23 de febrero -dijo Lisa. Parecían estupefactas.

-Ustedes han visto al delator sólo un instante y en un momento en que estaban espantadas -dijo Enrique-; yo he trabajado dos años con Mercier, no puedo confundirlo con otro. Todo lo que sé de él me hace afirmar que nunca hubiera delatado a dos resistentes: esto es sólo una opinión. Pero lo que afirmo bajo juramento es que el 23 de febrero del 44 estaba en La Souterraine conmigo.

Enrique miraba gravemente a Yvonne y a Lisa y ellas se miraban entre sí, desorientadas. Estaban tan seguras de la identidad de Mercier como de la lealtad de Enrique, y había pánico en sus ojos.

-Entonces es su hermano mellizo -dijo Yvonne.

-No tiene hermano -dijo el juez.

-Era alguien que se le parecía como un hermano.

-Mucha gente se parece con dos años de distancia -dijo Enrique.

Hubo un silencio y el juez preguntó:

-¿Mantienen su acusación?

-No -dijo Yvonne.

-No -dijo Lisa.

Por no desconfiar de Enrique consentían en dudar del más seguro de sus recuerdos; pero el pasado, el presente, vacilaba alrededor de ellas y la realidad misma; a Enrique le horrorizó esa perplejidad enloquecida en el fondo de sus ojos.

-Si tienen la bondad de releer y firmar -dijo el magistrado.

Enrique re leyó la página escrita a máquina; traducido en ese estilo inhumano su declaración perdía todo peso, no le molestaba firmar; pero su mirada siguió con incertidumbre la salida de las dos jóvenes; sentía ganas de correr tras ellas, pero no tenía nada que decirles.

Era un día semejante a todos los demás y nadie descifraba en su rostro que acababa de perjurar. Lambert lo cruzó en el corredor sin sonreírle, pero era por

Librodot

otros motivos: se sentía herido de que Enrique no le hubiera propuesto salir a conversar. "Mañana lo invitaré a comer." Sí, la amistad estaba de nuevo permitida; terminadas las precauciones y los escrúpulos: las cosas se habían desarrollado tan bien que se podía suponer que no había pasado nada. "Supongámoslo", se dijo Enrique instalándose ante su escritorio. Recorrió su correspondencia. Una carta de Mardrus: Paula estaba curada, pero era preferible que Enrique no tratara de volver a verla; perfecto. Pierre Leverrier escribía que estaba dispuesto a comprar las acciones de Lambert; mejor; era honesto y austero, no le devolvería a *L'Espoir* su juventud perdida, pero se podría trabajar con él. Ah, habían traído informes suplementarios sobre el asunto de Madagascar. Enrique leyó las páginas dactilografiadas. Cien mil malgaches asesinados contra ciento cincuenta europeos, el terror reina en la isla, todos los diputados han sido detenidos, aunque han desaprobado la rebelión, y son sometidos a torturas dignas de la Gestapo; hubo un atentado con granadas contra un abogado, el proceso está falseado de antemano y no hay un diario que denuncie el escándalo. Sacó su estilográfica. Había que mandar a alguien allí: Vicente estaría encantado. Entre tanto iba a cuidar su editorial. Acababa de escribir las primeras líneas cuando la secretaria abrió la puerta: -Hay una visita.

Tendió una ficha: el doctor Truffaut. Enrique sintió un pellizco en el corazón. Lucía Belhomme, Mercier, el doctor Truffaut: algo había ocurrido; había cómplices.

-Hágalo pasar.

El abogado llevaba en la mano un gran portafolio de cuero.

-No le tomaré mucho tiempo -dijo; agregó con voz satisfecha-: Su declaración hizo sensación; el no ha lugar está asegurado. Estoy profundamente contento. Los errores, que ese joven haya podido cometer no los rescataría en la cárcel. Usted le ha dado la posibilidad de convertirse en un hombre nuevo.

-¡Y de hacer nuevas porquerías! -dijo Enrique-. Pero ese no es el problema. Todo cuanto espero es no volver a oír hablar de él.

-Le he aconsejado que se vaya a Indochina -dijo el doctor Truffaut.

-Excelente idea -dijo Enrique-. Que mate a tantos indochinos como ha hecho matar franceses, y será un héroe famoso. Entretanto, ¿ha devuelto el legajo?

-Justamente -dijo el doctor Truffaut. Extrajo de su portafolio un grueso paquete envuelto en papel madera-. Quise entregárselo en manos propias.

Enrique tomó el paquete:

-¿Por qué a mí? -dijo con una vacilación-. Había que entregárselo a la señora de Belhomme.

-Usted hará lo que quiera con él. Mi cliente se comprometió a entregárselo a usted.-dijo el doctor Truffaut con voz neutra.

Enrique arrojó el paquete en el cajón; el abogado tenía misteriosas obligaciones hacia Lucía: eso no significaba que la llevara en su corazón. Quizá se pagaba el placer de una venganza:

-¿Está seguro de que está todo?

-Con toda seguridad -dijo el doctor Truffaut-. Ese joven ha comprendido perfectamente que un enojo suyo podría costarle caro. Ya no oiremos hablar más de él, estoy convencido.

-Gracias por haberse molestado -dijo Enrique.

El abogado no se puso de pie:

-¿No cree que podamos temer un desmentido?

-No lo creo -dijo Enrique-; además no ha habido ninguna publicidad alrededor de esta historia.

-No, felizmente la paramos a tiempo -hubo un silencio que Enrique no trató de romper y el doctor Truffaut terminó por decidirse-. Bueno, lo dejo trabajar. Espero que volveremos a vernos uno de estos días en casa de la señora Belhomme -se puso de pie-: Si llega a tener la menor molestia avíseme.

-Gracias -dijo Enrique secamente.

Librodot

En cuanto el abogado hubo salido Enrique abrió el cajón: su mano se inmovilizó sobre el papel madera. No tocar nada; llevar el paquete a su cuarto y quemarlo sin una mirada. Pero ya arrancaba los cordeles, desparramaba sobre la mesa los documentos: cartas en alemán, en francés, informes, declaraciones; fotografías: escotada, cubierta de joyas, Lucía en medio de alemanes uniformados; sentada entre dos oficiales, ante un balde de hielo con champaña, Josette reía ampliamente; estaba de pie, con un vestido claro en medio del césped, el apuesto capitán la enlazaba y ella le sonreía con ese aire de confianza feliz que a menudo había impresionado tanto a Enrique; su pelo caía libremente sobre sus hombros, parecía más joven que ahora y tanto más alegre. ¡Cómo reía! Al volver a dejar las fotos sobre la mesa, Enrique advirtió que sus dedos habían dejado rastros húmedos sobre la superficie brillante. Siempre había sabido que Josette reía mientras millares de Lisas y de Yvonnes agonizaban en los campos: pero era historia antigua, bien oculta tras la cómoda cortina que confunde el pasado, la ausencia y el vacío. Ahora veía; el pasado había sido el presente: era el presente.

"Mi amor querido." El capitán escribía en un francés aplicado, cortado por frasecitas en alemán, frasecitas apasionadas. Parecía muy tonto, muy enamorado y muy triste. Ella lo había querido, él había muerto, ella habría llorado mucho. Pero primeramente había reído; ¡como había reído!

Enrique volvió a hacer el paquete y lo arrojó en un cajón que cerró con llave. "Mañana lo quemaré." Por el momento debía terminar su artículo. Tomó su estilográfica. Iba a hablar de justicia, de verdad, protestar contra los asesinatos y las torturas. "Es necesario", se dijo con fuerza. Si renunciaba a hacer lo que tenía que hacer era doblemente culpable; pensara lo que pensare de sí mismo, allí estaban esos hombres que había que tratar de salvar.

Trabajó hasta las once de la noche sin perder tiempo para comer; no tenía hambre; como las demás noches fué a buscar a Josette a la salida del teatro, y la esperó en el auto; ella llevaba un abrigo vaporoso color bruma, estaba muy maquilada y muy bonita. Se sentó a su lado y arregló cuidadosamente a su alrededor la nube que la envolvía.

-Mamá dice que todo anduvo bien: ¿es verdad? -preguntó.

-Sí, puedes estar tranquila -dijo-. Todos los papeles han sido quemados.

-¿Es verdad?

-Es verdad.

-¿No sospecharán que has mentido?

-Creo que no.

-Tuve tanto miedo durante todo el día -dijo Josette-. -Estoy extenuada, llévame a casa.

-De acuerdo.

Se dirigieron en silencio hacia la calle Gabrielle. Josette puso su mano sobre su manga:

-¿Quemaste los papeles?

-Sí.

-¿Los miraste?

-SI.

-¿Qué había exactamente? Seguramente no había feas fotos mías -dijo con voz inquieta-. Nunca me han sacado fotos feas.

-No sé lo que llamas fotos feas -dijo él con una semisonrisa-. Estabas con el capitán alemán y estabas muy bonita.

Ella no contestó nada. Era la misma Josette; pero a través de ella él volvía a ver a la linda muchacha demasiado alegre que reía en una foto, indiferente a todas las desdichas; en adelante, siempre estaría entre ellos.

Detuvo el coche y siguió a Josette hasta la puerta.

-No voy a subir -dijo-. Yo también estoy cansado y tengo un montón de cosas que hacer.

Ella abrió grandes ojos asustados:

Librodot

-¿No subes?

-No.

-¿Estás enojado? -dijo ella-. El otro día dijiste que no, pero ahora estás enojado.

-No estoy enojado; ese tipo te quiso y tú lo quisiste, eras libre -se encogió de hombros-. Quizá sean celos; no tengo ganas de subir esta noche.

-Como quieras -dijo Josette.

Le sonrió tristemente y apretó el botón; cuando hubo desaparecido él permaneció largo rato mirando el zaguán iluminado. Sí, quizá fueran simplemente celos: le hubiera resultado insoportable esa noche tomarla entre sus brazos. "Soy injusto", se dijo. Pero la justicia no tenía nada que ver en esto, uno no se acuesta con una mujer por justicia. Se alejó.

Cuando al día siguiente Enrique lo invitó a comer, Lambert conservó su aire refunfuñado:

-Lo lamento, estoy comprometido.

-¿Y mañana?

-Mañana también. Esta semana no tengo una sola noche libre.

-Entonces será la semana próxima -dijo Enrique.

Imposible explicarle a Lambert por qué no lo había invitado antes; pero Enrique decidió algunos días más tarde volver a la carga; a Lambert sin duda le conmovería esa insistencia. Subía la escalera del diario formando una frasecita persuasiva cuando se cruzó con Sézenac.

-¡Hola, qué tal! -dijo cordialmente-. ¿Qué es de tu vida?

-Nada especial -dijo Sézenac.

Había engordado, estaba mucho menos buen mozo que antes.

-¿No subes un minuto? Hace siglos que no nos vemos -dijo Enrique.

-No, hoy no -dijo Sézenac.

Bruscamente bajó corriendo la escalera. Enrique subió los últimos peldaños. En el corredor, Lambert, apoyado contra la pared, parecía esperarlo.

-Vengo de cruzarme con Sézenac -dijo Enrique-. ¿Lo has visto?

-Sí.

-¿Sueles verlo? ¿Qué es de su vida? -preguntó Enrique empujando la puerta de su escritorio.

-Creo que es espía de la policía -dijo Lambert con voz extraña. Enrique lo miró con asombro: tenía la frente transpirada.

-¿Qué te hace suponer eso?

-Cosas que me dijo.

-Un drogado necesita dinero: evidentemente es el tipo de muchacho que puede volverse espía -dijo Enrique. Agregó con curiosidad-: ¿Qué te contó?

-Me propuso una extraña combinación -dijo Lambert-.Me prometía venderme a los canallas que liquidaron a mi padre a cambio de algunos informes.

-¿Qué informes?

Lambert miró a Enrique en los ojos:

-Informes sobre ti.

Enrique sintió un espasmo en el estómago.

-¿Y en qué puedo interesar a la policía?

-Interesas a Sézenac -la mirada de Lambert no largaba a Enrique-. Parece que el otro día declaraste en favor de un tal Mercier, un muchacho que hacía mercado negro cerca de Lyon y que frecuentaba a las Belhomme. Pretendiste que en el 43-44 trabajaba en nuestra red y que te acompañó a La Souterraine el 23 de febrero del 44.

-Es exacto -dijo Enrique-. ¿Y qué hay con eso?

-Nunca habías visto a Mercier antes de este último mes -dijo Lambert con voz triunfante-; Sézenac lo sabe perfectamente y yo también. Yo te seguía como una sombra aquel año: no había ningún Mercier. Tu viaje a La Souterraine tuvo lugar el

29 de febrero, se pensó en que yo te acompañara y la fecha me quedó. Llevaste a Chancel.

-¡Estás completamente chiflado! -dijo Enrique; se sentía tan indignado como si Lambert lo hubiera sospechado injustamente-. Hice dos viajes a La Souterraine, el primero con Mercier, que nadie conocía, salvo yo -agregó con voz irritada-. No mereces que te conteste, porque en resumen me estás acusando de un falso testimonio, ¡nada menos!

-El 23 estabas en París -dijo Lambert-, tengo todo anotado en mi libreta, verificaré, pero sé que hiciste un solo viaje, lo discutimos bastante. ¡No, no me cuentes cuentos; la verdad es que Mercier tiene en su mano a las Belhomme de una manera o de otra, y para salvar a esas dos rapadas declaraste en favor de un espía de la Gestapo!

-Otro que yo te rompería la cara -dijo Enrique-. Sal de este escritorio en seguida y no vuelvas a poner los pies en él.

-Espera -dijo Lambert-. Todavía tengo algo que decirte. No le largué nada a Sézenac; sin embargo, te juro que tenía ganas de hacerlo hablar. No le largué nada -agregó-, entonces, ahora estamos a mano. ¡Recobro mi libertad!

-Hace tiempo que esperabas un pretexto -dijo Enrique-. Terminaste por inventarte uno: ¡te felicito!

-No he inventado nada -dijo Lambert-. ¡Dios mío! -agregó-: ¡Qué tonto he sido! Te creía tan honesto, tan desinteresado, ¡me intimidabas! Me imaginaba que tenía que ser leal contigo. ¡Hablemos de lealtad! Juzgas a todo el mundo; pero los escrúpulos no te incomodan más que a cualquier otro.

Se dirigió hacia la puerta con tanta dignidad que Enrique casi tuvo ganas de sonreír; su rabia había caído; no sentía sino una vaga angustia. ¿Explicarse francamente? No, Lambert era demasiado inestable, demasiado influible; hoy se había negado a proporcionarle informes a Sézenac, pero mañana una confesión podría convertirse en sus manos, en las de Volange, en un arma temible. Había que negar: el peligro ya era bastante grande así. "Sézenac busca pruebas contra mí, sabe que podría venderlas caras", pensó Enrique. Dubreuilh nunca había oído hablar de Mercier, quizá recordara que el 23 de febrero del 44 Enrique estaba en París; si Sézenac lo tomaba de sorpresa no tenía ninguna razón de disfrazar la verdad. "Tendría que advertirlo." Pero a Enrique le repugnaba reclamar una complicidad antes de haber tratado siquiera de reconciliarse con él; además, no podía encarar confesarle la verdad. Era extraño, se decía: "Si tuviera que volver a hacerlo, lo haría", y sin embargo no hubiera soportado que alguna otra persona estuviera al corriente de la que había hecho; entonces tendría vergüenza. Sólo se sentiría justificado mientras no lo hubieran descubierto: ¿Durante cuánto tiempo? "Estoy en peligro", se repitió. Alguien más lo estaba: Vicente. Aun si no era su grupo el que había ejecutado al viejo, Sézenac sabía mucho sobre él; había que prevenirlo. Y había que ver enseguida a Lucas, que estaba cuidándose en su casa de un ataque de gota, y redactar con él una carta de renuncia. Lucas esperaba una crisis desde hacía rato, no se impresionaría demasiado. Enrique se levantó. "Nunca volveré a sentarme a esta mesa -pensó-. Se acabó, ¡*L'Espoir* ya no es mío!" Lamentaba abandonar la campaña que había iniciado sobre los acontecimientos" de Madagascar: evidentemente, los otros iban a echarle tierra. Pero aparte de eso, estaba mucho menos conmovido de lo que hubiera creído. Al bajar las escaleras se dijo vagamente: "Es el precio." ¿El precio de qué? ¿De haberse acostado con Josette? ¿De haber querido salvarla? ¿De haber pretendido tener una vida privada cuando la acción exige a un hombre por entero? ¿De haberse empecinado en la acción dándose con reservas? No lo sabía. Y aun si lo hubiera sabido, no habría cambiado nada.

La noche en que las rotativas imprimieron su carta de renuncia Enrique le recomendó al portero del hotel: "Mañana no estoy para nadie, no acepto ni visitas ni golpes de teléfono." Empujó sin alegría la puerta de su cuarto: no había vuelto a acostarse con Josette, ella no parecía estar muy afectada y todo estaba muy bien

así; no impide que esa cama en que dormía solo le pareciera a Enrique austera como una cama de hospital. Era tan bueno mezclar el sueño propio con el de otro cuerpo, cálido, confiado: uno despierta alimentado. Ahora al despertar se sentía vacío. Le costó dormirse; estaba excitado por anticipado con todos los comentarios que suscitaría su renuncia.

Se levantó tarde; acababa de vestirse cuando le trajeron un mensaje: sintió un golpe en el corazón al reconocer la letra de Dubreuilh. "Acabo de leer su despedida a *L'Espoir*. Verdaderamente es absurdo que nuestra actitud subraye tan sólo nuestros desacuerdos cuando tantas cosas nos unen. En lo que a mí respecta sigo siendo su amigo." Había un post-scriptum: "Me gustaría hablarle lo antes posible a propósito de alguien que parece quererlo mal." Largamente, Enrique conservó los ojos fijos sobre las líneas azul negro; había pensado en escribirle; y Dubreuilh lo había hecho antes. Su generosidad podía llamarse orgullo; pero es porque el orgullo era en él una virtud generosa: "Voy a ir en seguida", se dijo Enrique; le parecía que acababan de lanzar sobre su pecho un ejército de hormigas rojas. ¿Qué había dicho Sézenac? Si había hecho nacer sospechas en Dubreuilh, ¿cómo mentir con bastante pasión para disuadirlo? No era demasiado tarde para la mentira puesto que Dubreuilh le ofrecía su amistad; pero era odioso responder a semejante ofrecimiento con un abuso de confianza. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Hasta a Dubreuilh le escandalizaría la verdad y entonces Enrique se sentiría culpable. Subió a su coche. Por primera vez le pesaba tener un secreto: exige que se engañe al otro o que uno se traicione a sí mismo; la amistad ya no es posible. Vaciló largamente ante la puerta de Dubreuilh sin resolverse a golpear.

Dubreuilh le abrió sonriendo.

-¡Cómo me alegra verlo! -dijo en un tono natural y apresurado como si tuvieran cosas importantes que discutir después de una corta ausencia.

-¡El que se alegra soy yo! -dijo Enrique-. Cuando recibí su mensaje sentí un enorme placer -entraban al escritorio y agregó-: A menudo pensé en escribirle.

Dubreuilh lo interrumpió:

-¿Qué ha pasado? ¿Lambert lo largó?

La vieja curiosidad brillaba en sus ojos, sus ojos rapaces y pícaros que no habían cambiado.

-Hace meses que Samazelle y Trarieux quieren pasarse al degaullismo -dijo Enrique-. Lambert terminó por unirse a ellos.

-¡Canallita! -dijo Dubreuilh.

-Tiene excusas -dijo Enrique, molesto.

Se sentó en el sillón habitual y encendió como de costumbre un cigarrillo; las verdaderas excusas de Lambert tenía que guardarlas secretas. Dubreuilh no había cambiado, ni el escritorio ni los ritos, pero él ya no era el mismo. Antes habrían podido degollarlo, disecarlo sin sorpresas: ahora ocultaba bajo su piel un tumor vergonzoso. Dijo rápidamente:

-Nos disgustamos y lo puse fuera de sí.

-¡Tenía que terminar de esa manera! -dijo Dubreuilh. Se echó a reír-. Y bueno, el círculo está cerrado. El S. R. L. ha muerto, le han robado su diario: hemos vuelto a fojas uno.

-Es por mi culpa -dijo Enrique.

-No es por culpa de nadie -dijo rápidamente Dubreuilh. Abrió un placard-. Tengo coñac; ¿quiere?

-Con gusto.

Dubreuilh llenó dos vasitos y le tendió uno a Enrique. Se sonrieron:

-¿Ana está todavía en Estados Unidos? -preguntó Enrique.

-Vuelve dentro de quince días. ¡Cómo va a estar de contenta! -agregó alegremente Dubreuilh-. Le parecía tan estúpido que no nos viéramos más.

-Era estúpido -dijo Enrique.

Hubiera querido explicarse, le parecía que esa pelea no quedaría verdaderamente liquidada sino cuando hablaran claramente; estaba dispuesto a reconocer sus culpas. Pero de nuevo Dubreuilh cambió el tema:

-Me han dicho que Paula está curada. ¿Es verdad?

-Así parece. No quiere volver a verme y lo prefiero; va a instalarse en casa de Claudia de Belzunce.

-En realidad ahora usted está libre como el aire -dijo Dubreuilh-. ¿Qué piensa hacer?

-Voy a terminar mi novela. Para el resto no sé. Todo esto ha pasado tan pronto que todavía estoy aturdido.

-¿No le alegra pensar que por fin va a disponer de su tiempo?

Enrique se encogió de hombros:

-No especialmente. Quizá lo sienta después. Por el momento tengo sobre todo remordimientos.

-¡Me pregunto por qué! -dijo Dubreuilh.

-Por más que usted diga lo contrario soy responsable de todo lo que ha ocurrido -dijo Enrique-; si no me hubiera puesto terco, usted hubiera comprado las acciones de Lambert, *L'Espoir* sería nuestro y el S. R. L. soportaría el golpe.

-El S. R. L. estaba perdido de todas maneras -dijo Dubreuilh-. *L'Espoir*, sí podíamos haberlo salvado. ¿Y qué hay con eso? Resistir a los dos bloques, seguir siendo independiente, es lo que intento en *Vigilance*; pero no veo qué se gana con eso.

Enrique miró a Dubreuilh con perplejidad ¿Era por delicadeza que se apresuraba a disculpar a Enrique? ¿O quería evitar poner en tela de juicio sus propias conductas?

-¿Usted cree que en octubre el S.R.L. ya no tenía posibilidades?-dijo Enrique.

-Creo que nunca las tuvo -dijo Dubreuilh con voz brusca.

No, no hablaba así por cortesía: estaba convencido y Enrique se sintió desconcertado. Le hubiera gustado decirse que no tenía nada que ver en el fracaso del S.R.L.; sin embargo, esa declaración de Dubreuilh lo ponía incómodo. En su libro Dubreuilh comprobaba la impotencia de los intelectuales franceses; pero Enrique no había supuesto que diera a sus conclusiones un alcance retrospectivo.

-¿Desde cuándo piensa usted eso? -preguntó.

-Hace ya tiempo -Dubreuilh se encogió de hombros-. Al Principio la partida se jugaba entre la U.R.S.S. y los EE.UU.; nosotros estábamos fuera.

-Sin embargo, lo que usted decía no me parece tan falso -dijo Enrique-. Europa tenía que representar un papel en Francia y en Europa.

-Era falso; estábamos entre la espada y la pared. En fin, dése cuenta -agregó Dubreuilh con voz impaciente-, ¿qué pesábamos? Nada.

Decididamente, era siempre lo mismo; lo obligaba a uno impetuosamente a seguirlo y luego de pronto lo plantaba a uno ahí para precipitarse hacia una nueva dirección. A menudo Enrique se había dicho: "No podemos nada." Pero le molestaba que Dubreuilh lo afirmara con tanta autoridad.

-Siempre supimos que no éramos sino una minoría -dijo-, pero usted admitía que una minoría puede ser eficiente.

-En ciertos casos, no en éste-dijo Dubreuilh. Se puso a hablar muy rápidamente; visiblemente tenía mucho que decir desde hacia mucho tiempo-. La resistencia, perfecto, un puñado de hombres bastaba, todo lo que queríamos, en realidad, era crear agitación; agitación, sabotaje, resistencia, eso es cuestión de minoría. Pero cuando se pretende construir es otro cantar. Creímos que bastaba aprovechar nuestro impulso: cuando en realidad había un corte radial entre el período de la ocupación y el que siguió a la liberación. Negarnos a colaborar dependía de nosotros; lo que vino después ya no nos incumbía.

-Sin embargo, nos incumbía un poco -dijo Enrique. Veía muy bien por qué Dubreuilh pretendía lo contrario; el viejo no quería pensar que había tenido posibilidades de obrar y que las había explotado mal: prefería acusarse de un error

en su juicio que confesar un fracaso. Pero Enrique seguía convencido que en el 45 el porvenir todavía estaba abierto: no era sólo por placer que se había metido en política; había sentido con evidencia que lo que ocurría a su alrededor no le incumbía-. Hemos errado el golpe -añadió-. Eso no prueba que haya sido un error intentarlo.

-¡Bah! No le hemos hecho daño a nadie -dijo Dubreuilh-, y es mejor ocuparse de política que emborracharse, es menos malo para la salud. ¡No impide que nos hayamos equivocado en forma! Cuando uno relee lo que escribíamos en el 44-45, dan ganas de reír: haga la prueba y verá.

-Supongo que éramos demasiado optimistas -dijo Enrique-, es comprensible...

-¡Nos concedo todas las circunstancias atenuantes que usted quiera! -dijo Dubreuilh-. El éxito de la Resistencia, la alegría de la Liberación, eso nos disculpa ampliamente; el derecho sano triunfaba, el porvenir estaba prometido a los hombres de buena voluntad; con nuestro viejo fondo de idealismo sólo deseábamos creerlo -se encogió de hombros-. Éramos unos chicos.

Enrique calló; amaba ese pasado, justamente como uno ama los recuerdos de la infancia. Sí; esa época en que uno distinguía sin vacilar a sus amigos de sus enemigos, el bien del mal; esa época en que la vida era simple como una imagen de Épinal se parecía a una infancia. Hasta su repugnancia en renegarla le daba la razón a Dubreuilh.

-Según usted, ¿qué hubiéramos podido hacer? -preguntó. Sonrió-: ¿Afiliarnos al partido comunista?

-No-dijo Dubreuilh-; como usted me lo decía un día, uno no puede dejar de pensar lo que piensa: imposible salir de su pellejo. Hubiéramos sido muy malos comunistas -agregó bruscamente-. ¿Y qué hicieron ellos? Nada. También estaban entre la espada y la pared.

-¿Entonces?

-Entonces, nada. No había nada que hacer.

Enrique llenó de nuevo su vaso. Quizá Dubreuilh tuviera razón, pero entonces era cómico. Enrique volvió a ver ese día de primavera en que contemplaba con nostalgia a los pescadores aficionados; él le decía a Nadine: "No tengo tiempo." Nunca tenía tiempo: demasiadas cosas que hacer. Y en verdad no había tenido nada que hacer.

-Lástima que no lo hayamos sabido antes. Nos hubiéramos evitado muchos disgustos.

-¡No podíamos saberlo antes! -dijo Dubreuilh-. Admitir que uno pertenece a una nación de quinto orden y a una época pretérita no se hace en un día -meneó la cabeza-. Es necesario un largo trabajo para resignarse a la impotencia.

Enrique miró a Dubreuilh con admiración; ¡qué linda prueba de prestidigitación! No había habido fracaso, solamente un error; y hasta el error estaba justificado, por lo tanto; abolido. El pasado estaba pelado como un hueso de jibia y Dubreuilh era una víctima impecable de la fatalidad histórica. Sí, y bueno, a Enrique eso no lo satisfacía en absoluto; no le gustaba pensar que de un extremo al otro de ese asunto habían jugado con él. Había tenido grandes luchas de conciencia, dudas, entusiasmos, y, según Dubreuilh, todo estaba resuelto de antemano. A menudo se preguntaba quién era y he aquí lo que le contestaban: era un intelectual francés embriagado por la victoria del 44 y obligado por los acontecimientos a una conciencia lúcida de su inutilidad.

-¡Cómo se ha vuelto de fatalista! -dijo.

-No. No digo que la acción por lo general sea imposible. Lo es en este momento para nosotros.

-He leído su libro -dijo Enrique-. En realidad usted piensa que sólo se puede hacer algo marchando resueltamente con los comunistas.

-Sí. No es que su posición sea brillante, pero el hecho es que aparte de ellos no hay nada.

-¿Y sin embargo usted no está con ellos?

No puedo rehacerme -dijo Dubreuilh-, su revolución está demasiado alejada de la que yo esperaba antaño. Me equivocaba; desgraciadamente no basta comprobar los propios errores para convertirse bruscamente en otra persona. Usted es joven, usted quizá sea capaz de saltar la valla: yo no.

-Oh, yo hace tiempo que no tengo ganas de mezclarme en nada -dijo Enrique-. Quisiera retirarme al campo o hasta disparar al extranjero y escribir -sonrió-: ¿Según usted, uno ni siquiera tiene derecho a escribir?

Dubreuilh sonrió también:

-Quizá haya exagerado un poco. Después de todo la literatura no es tan peligrosa como todo eso.

-¿Pero a usted le parece que ya no tiene ningún sentido?

-¿A usted le parece que lo tiene? -preguntó Dubreuilh.

-Sí, puesto que sigo escribiendo.

-No es una razón.

Enrique miró a Dubreuilh con sospecha:

-¿Sigue escribiendo o no escribe más?

-Nunca se ha curado una manía probando que no tiene sentido. Entonces los manicomios estarían vacíos.

-¡Ah, bueno! -dijo Enrique-. No ha logrado convencerse a sí mismo: lo prefiero así.

-Quizá lo logre algún día -dijo Dubreuilh con aire pícaro. Deliberadamente fué al grano-. Oiga, quería prevenirle, tuve una extraña visita ayer. El chico Sézenac. No sé lo que usted le ha hecho, pero no lo quiere bien.

-Lo eché de *L'Espoir* hace ya tiempo de esto -dijo Enrique.

-Empezó por hacerme un montón de preguntas sin pie ni cabeza -dijo Dubreuilh-, si yo conocía a un tal Mercier, si usted estaba en París ya ni sé qué día del 44. En primer lugar, no lo recuerdo. Y además, ¿qué puede importarle a él? Lo despedí más bien secamente, entonces se puso a inventar no sé qué historia increíble.

-¿Sobre mí?

-Sí; es un mitómano, ese chico; puede ser peligroso. Me contó que usted había hecho un falso testimonio para blanquear a un espía de la Gestapo; parece que lo hicieron cantar por intermedio de la chica Belhomme. Hay que impedirle que ande repartiendo semejantes cuentos.

Enrique se sintió aliviado al oír a Dubreuilh que no había supuesto ni por un instante que Sézenac decía la verdad; bastaba tirarle, sonriendo, una frase displicente y el incidente quedaba terminado; no encontraba la frase. Dubreuilh lo miró con cierta curiosidad:

-¿Usted sabía que lo detestaba hasta ese punto?

-No me detesta especialmente -dijo Enrique. Agregó bruscamente-: El hecho es que su historia es verdadera.

-¿Ah, es verdadera? -dijo Dubreuilh.

-Sí -dijo Enrique. De pronto lo humillaba la idea de mentir. Después de todo, puesto que él soportaba la verdad, los demás no tenían más que hacer otro tanto: lo que era bastante bueno para él lo era también para ellos. Continuó con un poco de desafío-. Hice un falso testimonio para salvar a Josette, que se había acostado con un alemán. Usted que me ha reprochado tan a menudo mi moralismo verá que estoy progresando -agregó.

-¿Entonces es verdad que Mercier era un espía? -preguntó Dubreuilh.

-Es verdad, merecía perfectamente ser fusilado -dijo Enrique. Miró a Dubreuilh-. ¿Le parece que hice una porquería? Pero no quería que destruyeran la vida de Josette. Si ella hubiera abierto la llave del gas no me lo habría perdonado. En cambio, un Mercier más o menos en la tierra confieso que no me impide dormir.

Dubreuilh vaciló:

-Es, sin embargo, mejor uno menos que uno más -dijo.

Librodot

-Evidentemente -dijo Enrique-. Pero estoy seguro que Josette se habría liquidado. ¿Podía yo dejarla reventar? -preguntó con vehemencia.

-No -dijo Dubreuilh. Parecía perplejo-. ¡Debe de haber pasado un mal momento!

-Me decidí casi en seguida -dijo Enrique. Se encogió de hombros-. No digo que estoy orgulloso de lo que hice.

-¿Sabe lo que prueba esta historia? -dijo Dubreuilh con repentina animación- Que la moral privada no existe. Es otra de esas macanas en las que hemos creído y que ya no tienen ningún sentido.

-¿Usted cree? -dijo Enrique. Decididamente, no le gustaba el tipo de consuelo que Dubreuilh le dispensaba hoy. Agregó-: En verdad me encontraba entre la espada y la pared. En ese momento no podía elegir. Pero nada habría ocurrido si yo no hubiera tenido ese lío con Josette. Supongo que en eso está el error.

-Ah, uno no puede privarse de todo -dijo Dubreuilh con una especie de impaciencia-. El ascetismo está muy bien si es espontáneo; pero para eso hay que tener en otros terrenos satisfacciones positivas: en el mundo, tal como está, no se tienen muchas. Voy a decirle una cosa: si usted no se hubiera acostado con Josette lo habría lamentado y eso lo habría llevado a cometer otras tonterías.

-Eso es posible -dijo Enrique.

-En un espacio encorvado no se puede trazar una línea recta -dijo Dubreuilh- No se puede llevar una vida correcta en una sociedad que no lo es. Uno vuelve a caer en una u otra trampa. Una ilusión más que tenemos que abandonar -concluyó-. No hay salvación personal posible.

Enrique miró a Dubreuilh con indecisión:

-Entonces ¿qué nos queda?

-No nos queda gran cosa, creo -dijo Dubreuilh.

Hubo un silencio. Enrique no se sentía satisfecho por esa indulgencia generalizada.

-Yo quisiera saber qué habría hecho usted en mi lugar -dijo.

-No se lo puedo decir, puesto que no estaba en su lugar -dijo Dubreuilh, y agregó -. Debería contarme todo detalladamente.

-Voy a contárselo todo-dijo Enrique.

CAPÍTULO X

El avión voló sin escalas de Gander a París y llegó con dos horas de anticipación. Dejé mi equipaje en la estación de los inválidos y tomé el autobús. Era una mañanita gris, desierta, en que mi llegada clandestina, cuando me creían todavía muy lejos, entre las nubes, lindaba con la indiscreción; un hombre barría la acera ante la puerta de calle todavía cerrada; los tachos de basura todavía no habían sido vaciados: llegué antes de que el decorado y los actores estuvieran preparados. Evidentemente, uno no es una intrusa cuando entra a su propia vida; sin embargo, cuando abría y cerraba suavemente la puerta del departamento para no despertar a Nadine, mis ademanes furtivos me daban una vaga impresión de culpa y de peligro. Ningún ruido en el escritorio de Roberto; hice girar la falleba de porcelana: casi en seguida levantó la cabeza, apartó su sillón sonriendo y me rodeó con su brazo:

-¡Mi pobre animalito! ¡Llegas así, solita! Iba a salir a buscarte.

-El avión llegó dos horas antes -dije. Besé sus mejillas mal afeitadas; estaba en batón, hirsuto, con los ojos hinchados por el insomnio-. ¿Trabajaste toda la noche? Está muy mal.

-Quería terminar algo antes de tu llegada. ¿Tuviste un buen viaje? ¿No estás cansada?

-Dormí todo el tiempo. ¿Y tú? Cuando no te vigilo no eres nada juicioso.

Conversamos alegremente, pero cuando Roberto pasó al cuarto de baño volví a encontrar ese silencio que me había sofocado en el momento en que por la puerta entreabierta lo había visto con la cabeza gacha, escribiendo, muy lejos de mí. ¡Qué plenitud en ese escritorio donde yo no estaba! El aire estaba saturado de humo y de trabajo; un pensamiento omnipotente convocaba aquí a su antojo el pasado, el porvenir, el mundo entero: todo estaba presente; ninguna ausencia. Sobre una repisa mi fotografía sonreía, una foto ya vieja, y que no envejecería jamás; ella estaba en su lugar; pero yo. ..Roberto había pasado la noche en vela para hacerme un lugar en sus días repletos; había algo que no estaba terminado porque yo había llegado demasiado temprano. Me levanté. Los días de regreso, de partida, uno hace descubrimientos que no son más verdaderos que la verdad cotidiana, ya lo sé; y por más que uno lo sepa, por más que uno conozca todas las trampas, uno cae en ellas tontamente; pero, justamente, tampoco me bastaba decirme eso para salir de ellas: no salía. ¡Qué vacío estaba mi cuarto! y se quedó igualmente vacío mientras erraba con incertidumbre entre la cama y el diván. Sobre mi mesa había correspondencia; la gente me preguntaba cuando volvía a abrir mi consultorio; Paula había salido de la clínica, me invitaba a ir a verla. Noté que su letra era menos infantil que antes y que ya no hacía faltas de ortografía; unas líneas de Mardrus me aseguraban que estaba curada. Fuí a abrazar a Nadine, que me recibió con indulgencia; tenía mil cosas que contarme y le prometí dedicarle la noche. Roberto, Nadine, los amigos, el trabajo: y sin embargo, permanecí inmóvil en el corredor preguntándome: "¿Qué estoy haciendo aquí?"

-¿Me esperabas? -dijo Roberto-. Estoy listo.

Yo estaba contenta de salir de ese departamento y de pasearme por las calles, que no estaban ni llenas ni vacías; los muelles, los Gobelins, la plaza de Italia: caminamos largo rato, deteniéndonos aquí y allí en algunas terrazas de café y almorzamos en el restaurante del parque Montsouris.

Roberto sintió que yo no tenía ganas de hablar y él tenía un montón de cosas que contarme: contaba. Estaba mucho más alegre que antes de mi partida: no es que la situación internacional le pareciera brillante, pero había vuelto a tomarle gusto a la vida. Para él era muy importante haberse reconciliado con Enrique; y su libro había despertado tantos ecos que, contra toda lógica, había empezado otro. La acción política seguía siendo imposible; pero decididamente no renunciaba a pensar; hasta tenía la impresión que apenas empezaba a ver claro. Yo lo escuchaba. Estaba tan imperiosamente vivo que me imponía ese pasado de que me hablaba: era mi pasado, yo no tenía otro ni ningún otro porvenir que el que me anunciaba. Pronto volvería a ver a Enrique y me alegraría mucho yo también; esas cartas que Roberto había recibido a propósito de su libro, yo no tardaría en leerlas con él y me sentiría divertida o conmovida como él; me alegraría como él de que nos fuéramos pronto a Italia.

-¿No te cansa volver a viajar después de tantos viajes? -me preguntó.

-En absoluto. No tengo ninguna gana de quedarme en París.

Yo miraba el césped, el lago, los cisnes; un día cercano volvería a gustarme París; tendría disgustos, placeres, preferencias, mi vida emergería de la bruma, mi vida de aquí, la verdadera, y me ocuparía por entero. Tomé bruscamente la palabra, tenía que afirmar que era real también ese mundo del que me separaba un océano, una noche; conté mi última semana. Pero era aun peor guardar silencio; como el año anterior, me sentí culpable odiosamente. Roberto comprendía todo demasiado bien. Allí Lewis se despertaba en un cuarto devastado por mi ausencia, callaba; ya no tenía a nadie. Estaba solo, y en su cama, en sus brazos, mi lugar vacío. Nada redimiría jamás la desolación de esta mañana: el mal que yo le hacía era inexpiable.

Cuando volvimos por la noche Nadine me dijo:

-Paula llamó para saber si habías llegado.

Es la tercera vez -dijo Roberto-, tienes que ir a verla.

-Iré mañana. Mardrus afirma que está curada -agregué-, ¿pero no sabes como está en verdad? ¿Enrique no ha vuelto a verla?

-No -dijo Nadine.

-Mardrus no la habría dejado salir si no estuviera verdaderamente curada -dijo Roberto.

Yo dije:

-Hay curación y curación.

Antes de acostarme conversé largamente con Nadine; salía de nuevo con Enrique, estaba muy satisfecha; me bombardeó a preguntas. Al día siguiente llamé a Paula para anunciarle mi visita: su voz era breve y tranquila. Llegué alrededor de las diez de la noche a esa calle que me parecía tan trágica el invierno pasado y me desconcertó su aspecto tranquilizador; las ventanas estaban abiertas sobre la dulzura de la noche, la gente se interpelaba de una casa a la otra, una chica saltaba a la cuerda. Bajo el cartel CUARTO AMUEBLADO apreté un botón y la puerta se entreabrió, normalmente. Demasiado normalmente. ¿De qué sirven esos delirios, esas muecas, si todo había vuelto al orden, si la razón y la rutina habían triunfado? ¿Para qué mis remordimientos apasionados si algún día iba a despertarme en la indiferencia? Casi deseé ver a Paula aparecer en el umbral del estudio, hostil, desencajada.

Pero me recibió una mujer sonriente y gorda que llevaba un elegante vestido negro; me devolvió mi beso sin impulso y sin reticencia; la habitación estaba perfectamente ordenada, los espejos habían sido reemplazados y por vez primera desde hacía años las ventanas estaban abiertas de par en par.

-¿Cómo estás? ¿Hiciste un lindo viaje? Estás muy mona con esa blusa. ¿La compraste allí?

-Sí; en México; te gustaría ese país -le puse un paquete entre los brazos-: Toma, te he traído telas.

-¡Qué amor eres! -hizo saltar el cordel, abrió la caja- ¡Qué colores maravillosos!

Mientras desembalaba las telas bordadas me acerqué a la ventana; se veía, como siempre, Notre Dame y sus jardines: a través de una cortina de seda amarillenta y caduca la pesada terquedad de las piedras; a lo largo del parapeto las cajas de los libreros estaban cerradas con candado, una música árabe subía del café de enfrente, un perro ladraba y Paula estaba curada; era una noche muy antigua, yo nunca había conocido a Lewis; no podía echarlo de menos.

-Tienes que hablarme de esos países -dijo Paula-; me contarás todo; pero no nos quedemos aquí; voy a llevarte a una *boîte* muy divertida: el Ángel Negro, acaba de abrirse, se encuentra a todo el mundo.

-¿Quién es todo el mundo? -pregunté con cierto temor.

-Todo el mundo -repitió Paula-; no es tan lejos; podemos ir a pie.

-De acuerdo.

-¿Ves? -dijo Paula-; hace seis meses en seguida me hubiera preguntado: ¿Por qué me ha dicho "¿Quién es?", y habría encontrado un montón de respuestas.

Sonreí con esfuerzo: -¿Lo lamentas?

-Es demasiado decir. Pero no puedes imaginarte qué rico era el mundo en aquel tiempo; la menor cosa tenía diez mil facetas. Me habría interrogado sobre el rojo de tu falda; ¿ves ese atorrante?, lo hubiera tomado por mil personas a la vez- había una especie de nostalgia en su voz.

-Entonces, ¿ahora el mundo te parece más bien chato?

-¡Oh, en absoluto! -dijo ella en tono cortante-; estoy satisfecha de tener esa experiencia detrás de mí, eso es todo. Pero te prometo que mi existencia no va a ser chata: tengo mil proyectos en ebullición.

-Dime rápido, cuáles.

-Primero voy a mudarme de ese estudio, me desagrada. Claudia me propuso que me instalara en su casa y acepté; y decidí hacerme célebre; quiero salir, viajar, conocer gente, quiero la gloria y el amor; quiero vivir. -Había espetado esas últimas palabras en tono solemne como si estuviera pronunciando votos.

-¿Piensas cantar o escribir? -pregunté.

-Escribir; pero no el tipo de tonterías que te mostré. Un libro verdadero donde hablaré de mí. Ya lo he pensado mucho; no tendrá nada de divertido, pero creo que será una sensación.

-Sí -dije-. Tienes una enormidad de cosas que decir; debes decirlas.

Yo había hablado con calor, pero era escéptica. Paula estaba curada sin lugar a duda, pero su voz, sus gestos, sus mímicas, me inspiraban la misma molestia que esos rostros falsamente jóvenes que vuelven a ser tallados en viejas carnes; probablemente representaría hasta la muerte el papel de una mujer normal, pero era un trabajo que no la disponía a la sinceridad.

-Es aquí -dijo Paula.

Bajamos a un sótano caliente y húmedo como la jungla de Chichen Itza; estaba lleno de bullicio, de humo, de muchachos y de chicas en pantalones, toda gente de otra edad. Paula eligió junto a la orquesta una mesa expuesta a todas las miradas y pidió con autoridad dos whiskies dobles. No parecía sentir que estábamos totalmente fuera de lugar.

-No quiero volver a cantar -dijo-. No tengo complejos de inferioridad; físicamente, si ya no tengo los mismos encantos que antes, sé que tengo otros; pero en una carrera de cantantes uno depende demasiado de la gente -me miró alegremente-. En este punto tenías razón; es atroz la dependencia. Quiero una actividad viril.

Meneé la cabeza; me parecía que ya no tenía ninguna de las cualidades necesarias para cautivar a un público; era mejor que intentara cualquier otra cosa.

-¿Piensas novelar tu historia o contarla tal cual? -pregunté.

-En este momento estoy buscando una forma -dijo-, una forma nueva; es justamente lo que Enrique nunca logró inventar; sus novelas son mortalmente clásicas -vació su vaso de un trago-. Esta crisis ha sido dura; ¡pero si supieras qué alegría es para mí haberme encontrado por fin!

Yo habría querido decirle algo afectuoso, que estaba contenta de verla feliz, cualquier cosa; pero las palabras se congelaban en mis labios. Paula me parecía más lejana que cuando estaba loca. Dije confusa:

-¡Debes de haber cruzado por horas muy extrañas!

-Más bien -miró a su alrededor con una especie de asombro-, ¡algunos días me parecía tan cómico! ¡Me reía a morir!

En otros momentos era el horror; tuvieron que ponerme la camisa de fuerza.

-¿Te hicieron electro shocks?

-Sí; me hallaba en un estado tan raro que en el momento ni siquiera tuve miedo; pero la otra noche soñé que me pegaban un tiro de revólver en la sien y sentí un dolor intolerable; Mardrus me dijo que era sin duda un recuerdo.

-Es bueno Mardrus, ¿no es verdad? -dije en tono incierto.

-¡Mardrus! ¡Es un tipo extraordinario! -dijo Paula con vehemencia-. Es asombroso con qué seguridad encontró la clave de toda esta historia; hay que decir que por mi parte no le resistí -agregó.

-¿Se acabó el análisis?

-No del todo, pero lo esencial está hecho.

No me atreví a hacerle ninguna pregunta, pero ella continuó por sí misma:

-¿No te hablé nunca de mi hermano?

-Nunca. No sabía que tenías un hermano.

-Murió a los quince meses; yo tenía cuatro años; es fácil comprender por qué mi amor hacia Enrique cobró en seguida un carácter patológico.

-Enrique también tenía dos o tres años menos que tú -dije.

-Exactamente. Mis celos infantiles engendraron cuando la muerte de mi hermano un sentimiento de culpabilidad que explica mi masoquismo frente a Enrique; me hice la esclava de ese hombre, acepté renunciar por él a todo triunfo personal, elegí la oscuridad, la dependencia: para redimirme; para que a través de él mi hermano muerto consintiera por fin en absolverme -se echó a reír-. ¡Pensar que hice de él un héroe, un santo! ¡A veces me río sola!

-¿Has vuelto a verlo? -pregunté.

-Ah no, no volveré a verlo -dijo con impulso-. Ha abusado de la situación.

Guardé silencio; conocía bien la clase de explicaciones que había empleado Mardrus; yo también las empleaba en caso de necesidad, las apreciaba en su valor. Sí; para liberar a Paula había que arruinar su amor hasta en el pasado; pero yo pensaba en esos microbios que sólo se pueden exterminar destruyendo el organismo que devoran. Enrique había muerto para Paula, pero estaba muerta ella también; yo no conocía a esa mujer gorda con la cara sudorosa, ojos bovinos, que tomaba whisky a mi lado. Me miró fijamente.

-¿Y tú? -dijo.

-¿Yo?

-¿Qué hiciste en Estados Unidos?

Vacilé:

-No sé si recuerdas. Te dije que había tenido un asunto allí.

-Recuerdo. Con un escritor americano. ¿Volviste a verlo?

-He pasado estos tres meses con él.

-¿Lo quieres?

-Sí.

-¿Qué vas a hacer?

-Volveré a verlo el verano próximo.

-¿Y después?

Me encogí de hombros. ¿Con qué derecho me hacía esas preguntas cuyas respuestas yo deseaba tan desesperadamente ignorar? Apoyó su barbilla sobre su puño cerrado y su mirada se volvió aun más insistente.

-¿Por qué no vuelves a hacer tu vida con él?

-No tengo ninguna gana de rehacer mi vida -dije.

-¿Y sin embargo lo quieres?

-Sí; pero mi vida está aquí.

-Eres tú quien lo decides -dijo Paula-. Nada te impide rehacerla en otra parte.

-Sabes muy bien lo que Roberto significa para mí -dije con desgana.

-Sé que te imaginas no poder vivir sin él -dijo Paula-; pero ignoro de dónde viene ese poder que tiene sobre ti: y tú también lo ignoras -seguía escrutándome-. ¿Nunca pensaste en hacerte analizar de nuevo?

-No.

Me encogí de hombros:

-En absoluto. ¿Pero para qué?

Por supuesto, un análisis habría podido enseñarme un montón de cositas sobre mí misma, pero no veo qué hubiera ganado; si hubiera pretendido llegar más a fondo me habría revelado; mis sentimientos no son enfermedades.

-Tienes muchos complejos -dijo Paula en tono pensativo.

-Quizá; pero mientras no me molesten...

-Nunca admitirás que te molestan: eso forma parte precisamente de tus complejos. Tu dependencia respecto a Roberto proviene de un complejo. Estoy segura que un análisis te liberará.

Me eché a reír:

-¿Por qué quieres que deje a Roberto?

El camarero había puesto sobre la mesa otros dos vasos de whisky y Paula vació la mitad del suyo.

-No hay nada más pernicioso que vivir a la sombra de una gloria -dijo-, uno se marchita. Tú también debes encontrarte a ti misma. ¡Pero bebe!-dijo bruscamente, señalando mi vaso.

-¿No crees que estamos bebiendo demasiado? -dije.

-¿Por qué demasiado? -preguntó ella.

En efecto, ¿por qué? A mí también me gusta ese barullo que el alcohol desencadena en mi sangre. Un cuerpo es tan estrecho, hasta nos queda chico, dan ganas de hacer reventar las costuras; nunca revientan, pero por momentos uno

tiene la ilusión de que va a saltar fuera de su piel. Bebí al mismo tiempo que Paula; dijo con fuerza:

-¡Ningún hombre merece la adoración que ellos exigen de nosotras, ninguno! Tú también te engañas; dale a Roberto papel y tiempo para escribir: ya no le falta nada.

Hablaba en voz muy alta para cubrir el estruendo de la orquesta y me parecía que las miradas se volvían hacia nosotras con sorpresa; felizmente la mayoría de la gente bailaba, perdida en un helado frenesí.

Murmuré irritada:

-No es por abnegación que me quedo con Roberto.

-Si es solamente por costumbre no tiene mucho más valor -dijo ella-. Somos demasiado jóvenes para la resignación- su voz se exaltaba, sus ojos se nublaban-Yo voy a tomar mi revancha; no puedes imaginarte lo feliz que me siento.

Las lágrimas trazaban pesados surcos en su carne húmeda; ella las ignoraba; quizá había vertido tantas que su piel se había vuelto insensible. Yo tenía ganas de llorar con ella sobre ese amor que había sido durante diez años el sentido y el orgullo de su vida y que acababa de transformarse en un chancro vergonzoso. Tomé un trago de whisky y apreté mi vaso en mi mano como si fuera un talismán: "Más bien sufrir a muerte -me dije-, que arrojar al viento, riendo, las cenizas de mi pasado."

Mi vaso golpeó brutalmente el platillo; pensé: "¡Yo también terminaré así! Uno ríe más o menos, pero siempre termina así, jamás se salva todo el pasado; yo quiero ser fiel a Roberto; entonces un día mis recuerdos traicionarán a Lewis; la ausencia i me matará en su corazón y yo la enterraré en el fondo de mi memoria." Paula seguía hablando y yo ya no escuchaba: " ¿Por qué he condenado a Lewis?" "No", le contesté, y en el momento otra respuesta me parecía inconcebible; ¿pero por qué? "Dale a Roberto papel, tiempo y ya no le falta nada", habla dicho Paula; yo volvía a ver ese despacho tan lleno de mí. A veces, el año pasado entre otros, yo había querido darme importancia, pero aun ahora sabía que en todos esos terrenos que contaban para Roberto yo no le era de ninguna utilidad; frente a sus verdaderos problemas él siempre estaba solo. Allí había un hombre que tenía sed de mí, yo tenía mi lugar entre sus brazos, mi lugar que quedaba vacío: ¿por qué? Yo quería a Roberto con todas mis fuerzas, habría dado mi vida por él, pero él no me la pedía, en el fondo nunca me había pedido nada; la alegría que me traía su presencia sólo se refería a mí; quedarme o irme: la decisión no concernía a nadie sino a mí. Vacié mi copa. Instalarme en Chicago, venir aquí de tanto en tanto: no era tan imposible, después de todo; Roberto me sonreiría cada vez que llegara como si nunca nos hubiéramos separado, apenas advertiría que yo ya no respiraba el mismo aire que él. ¿Qué gusto tendría mi vida sin él?: era difícil imaginarlo; pero yo no conocía demasiado el de mis días venideros si los pasaba aquí: un gusto de remordimiento y de absurdo perfectamente intolerable.

Volví muy tarde, había bebido mucho, dormí mal; mientras tomábamos el desayuno Roberto me consideró con aire severo:

-¡Tienes mala cara!

-Dormí mal; bebí demasiado.

Se puso atrás de mi silla y colocó sus dos manos sobre mis hombros: -¿Lamentas haber vuelto?

-No sé -dije-. Por momentos me parece absurdo no estar allí, donde alguien me necesita; una verdadera necesidad, como jamás nadie tuvo de mí. Y no estoy allí.

-¿Crees que podrías vivir allí tan lejos de todo? ¿Crees que serías feliz?

-Si tú no existieras, la intentaría -dije-. Sin duda lo intentaría.

Las manos se desprendieron de mis hombros; Roberto dió algunos pasos y me miró con perplejidad:

-No tendrías ya oficio, ni amigos, estarías rodeada de gente que no tiene ninguna de tus preocupaciones, que ni siquiera habla tu idioma, estarías separada

de todo tu pasado y de todo lo que cuenta para ti. ..No creo que lo soportaras mucho tiempo.

-Quizá no -dije.

Sí, mi vida junto a Lewis hubiera sido muy estrecha; extranjera, desconocida, ni siquiera habría podido hacerme una existencia personal ni mezclarme a ese gran país que nunca sería el mío; sólo habría sido una enamorada abrazada al hombre amado. No me sentía capaz de vivir exclusivamente para el amor. ¡Pero cómo estaba de cansada de levantar cada mañana el peso tan vano de un día en que nadie exigía mi presencia! Roberto no me había contestado que me necesitaba. Nunca me lo había dicho. Pero antaño no se posaban interrogantes; mi vida no era ni necesaria ni gratuita: era mi vida. Ahora Lewis me había interrogado: "¿Por qué no te quedas para siempre? ¿Por qué?" y yo, que me había jurado no decepcionarlo nunca, había contestado: "No." Había que justificar ese no; y no le encontraba justificación. ¿Por qué? ¿Por qué? Su voz me perseguía. En un sobresalto pensé: "¡Pero nada es irreparable!" Lewis todavía vivía, yo también; podíamos hablarnos a través del océano. Él había prometido escribirme primero, después de una semana; si en su carta volvía a llamarme, si sus nostalgias tenían el acento de un llamado, yo encontraría la fuerza de renunciar a la vieja seguridad; contestaría: "Sí, voy. Voy para quedarme junto a ti mientras quieras guardarme."

Roberto y yo organizamos nuestros planes de viaje, hice cálculos cuidadosos y le telegrafié a Lewis que enviara su carta a Casilla de Correo, Amalfi: durante doce días mi destino quedaría en suspenso. Dentro de doce días, quizá decidiera arriesgarme locamente en un porvenir desconocido, donde me instalaría de nuevo en la ausencia, en la espera. Por el momento no estaba ni aquí ni allí, no era ni yo misma ni otra, sólo una máquina para matar el tiempo, el tiempo que por lo general muere tan rápido y que no terminaba de agonizar. Tomamos un avión, ómnibus, barcos, volví a ver Nápoles, Capri, Pompeya, descubrimos Herculanum, Ischia; yo seguía a Roberto, me interesaba en lo que él se interesaba, recordaba sus recuerdos; pero en cuanto me dejaba sola, ¡qué idiotez!, apenas fingía leer o mirar el paisaje que ahí estaba plantado; por momentos resucitaba con una precisión de esquizofrénica mi llegada a Chicago, la noche de Chichicastenango, nuestra despedida; por lo general, dormía; nunca he dormido tanto.

A Roberto le gustó Ischia, nos detuvimos allí y llegamos a Amalfi tres días después de la fecha prevista: " Al menos estoy tranquila -me decía bajando del autobús-, la carta me espera." Planté a Roberto y nuestras valijas en la plaza y me dirigí hacia el correo tratando de no correr; como todos los correos, éste olía a polvo, a goma, a aburrimiento; ni había luz ni era oscuro, los empleados se movían apenas en sus jaulas, era verdaderamente uno de esos lugares donde los días se repiten a lo largo del año y los mismos gestos a lo largo del día sin que nada ocurra jamás; yo comprendí mal que mi corazón pudiera latir hasta quebrarse mientras hacía cola ante una ventanilla; una mujer joven desgarró un sobre, una gran sonrisa iluminó su rostro: eso me alentó. Mostré mi pasaporte con aire convincente; el empleado desdeñó las casillas alineadas detrás de él, tomó de un armario un paquete, lo hojeó y me tendió un sobre: una carta de Nadine. Dije:

-Hay otra.

-Nada más.

La carta de Nadine probaba que el correo funcionaba, que las cartas llegan cuando son enviadas. Insistí:

-Sé que hay otra.

Con una gentil sonrisa italiana puso el paquete ante mí:

-Puede revisar usted misma.

Denal, Dollincourt, Dellert, Despeux; volví atrás, examiné el paquete de A hasta Z. ¡Todas esas cartas! Había algunas que esperaban desde hacía semanas y que nadie reclamaba: ¿por qué ninguna transacción era posible? ¿Ningún intercambio?

Dije con desesperación:

-¿Y en el casillero D, no hay nada a mi nombre?
-Todas las cartas para los extranjeros están en este paquete.
-De todas maneras fíjese.
Miró, sacudió la cabeza:
-No, nada.

Salí del correo y me quedé sobre la acera, los brazos caídos. ¡Qué atroz escamoteo! Ya no estaba segura ni de la tierra que pisaba, ni del calendario, ni de mi propio nombre. Lewis había escrito y las cartas llegan; por lo tanto, la carta debía estar aquí: no estaba. Era demasiado tarde para telegrafiar: "Sin noticias, inquieta. " Demasiado tarde para echarme a llorar, después de todo sólo se trataba de una demora normal, no me dejaba el recurso de una vasta desesperación; yo había calculado mal, eso era todo: un error de cálculo, es raro que uno muera por eso. Sin embargo, mientras comía con Roberto en una terraza sobre el mar no me sentía ciertamente viva. Me hablaba de Nadine que salía asiduamente con Enrique, yo contestaba, tomábamos vino de Ravello, en la etiqueta un señor bigotudo sonreía; los faros de las lanchas de pesca brillaban sobre el mar; a nuestro alrededor había un enorme olor a plantas enamoradas, nada faltaba, en ninguna parte, sólo sobre una hoja amarilla signos negros y hubieran sido los signos de una ausencia; la ausencia de una ausencia: no es verdaderamente nada; lo devoraba todo.

La carta estaba ahí al día siguiente. Lewis escribía de Nueva York. Sus editores habían dado un gran "party" en honor de su libro, veía un montón de gente, se divertía mucho. Oh, no me había olvidado, estaba alegre, estaba tierno; pero imposible descifrar entre sus líneas el más mínimo llamado. Me senté en la terraza de un café, frente al agua; unas chiquilinas con delantales azules y sombreros redondos jugaban en la playa, las miré largamente con el corazón vacío. Durante quince días yo había dispuesto de Lewis, su rostro vacilaba entre el reproche y el amor, me apretaba contra él, decía: "Nunca te he querido tanto." Decía: "Vuelve." Estaba en Nueva York con un rostro desconocido, sonrisas que no se dirigían a mí, tan real como ese señor que pasaba. No me pedía que volviera, ¿deseaba mi regreso? Bastaba esa duda para sacarme la fuerza de desearlo. Esperaría como el año pasado; pero ya no sabía más por qué me había condenado a los horrores de la espera.

Hubo otras cartas en Palermo, en Siracusa; Lewis escribía una vez por semana, como antes; y como antes, todas terminaban con esta palabra: *Love*, que quiere decir todo y no significa nada. ¿Era otra palabra de amor o la más trivial de las fórmulas? La ternura de Lewis siempre había sido tan discreta que yo no sabía qué parte podía atribuir a su discreción. Antaño, cuando leía las frases que había inventado para mí, volvía a encontrar sus brazos, su boca: ¿era su culpa o la mía si ya no me confortaban? El sol de Sicilia tostaba mi piel, pero dentro de mí hacía siempre frío. Me sentaba en el balcón o me acostaba sobre la arena, miraba el cielo ardiente, el mar y tenía escalofríos. Algunos días detestaba el mar; era monótono e infinito como la ausencia; sus aguas eran tan azules que me parecían azucaradas; cerraba los ojos o huía.

Cuando me encontré nuevamente en París, en mi casa, con cosas, que hacer pensé: "Tengo que recobrarme." Recobrarse como se recobra una salsa cortada: se puede hacer, es factible. Uno retrocede, mira sus preocupaciones, sus disgustos, con una mirada de entendido. Yo me habría sentado junto a Roberto y habríamos hablado, o habría tomado whisky con Paula con el corazón en la mano. Además, yo era capaz de aleccionarme sola. Lewis no era en mi existencia sino un episodio al que las circunstancias me habían hecho darle un precio excesivo. Después de años de abstinencia, yo había deseado un nuevo amor, había provocado éste deliberadamente; lo había exaltado exageradamente porque sabía que mi vida de mujer tocaba a su fin; pero en el fondo podía vivir sin él. Si Lewis se apartaba de mí yo volvería fácilmente a mi antigua austeridad; o buscaría otros amantes, y todos dicen que cuando uno busca encuentra. Mi error era tomar mi cuerpo tan en serio:

necesitaba un análisis que me enseñara el desparpajo. Ah, es difícil sufrir sin traicionar. Una o dos veces traté de decirme: "Un día esta historia terminará y me encontraré con un lindo recuerdo tras de mí; lo mismo da resignarme en seguida. " Pero me sublevé. ¡Qué comedia irrisoria! Pretender tener nuestro amor entre mis solas manos: es sustituir a Lewis una imagen, es cambiarme en fantasma y hacer de nuestro pasado recuerdos exangües. Nuestro amor no es una anécdota que yo pueda extirpar de mi vida para contármela; existe fuera de mí; Lewis y yo lo llevamos juntos; no basta cerrar los ojos para suprimir el sol: renegar ese amor es sólo cegarme. No, rechacé la prudente reflexión, la falsa soledad y esos consuelos sórdidos. Y comprendí que ese rechazo era otro fingimiento: en verdad no disponía de mi corazón; era impotente contra esa angustia que se apoderaba de mí cada vez que abría una carta de Lewis; mis juiciosos discursos no llenarían ese vacío dentro de mí. Estaba sin recurso.

¡Qué larga espera! Once meses, nueve meses y siempre quedaba igual cantidad de tierra y de agua y de incertidumbre entre nosotros. El otoño reemplazó al verano. Nadine me dijo un día de octubre:

-Tengo una novedad que contarte.

Había en sus ojos una mezcla inquietante de desafío y de confusión.

-¿De qué se trata?

-Estoy embarazada.

-¿Estás segura?

-Sin lugar a duda; he visto a un médico.

Miré a Nadine; sabía protegerse y había un resplandor irónico en su mirada; dije:

-¿Lo hiciste a propósito?

-¿y qué hay con eso? ¿Es un crimen tener un hijo?

-¿Estás embarazada de Enrique?

-Lo supongo, puesto que me acuesto con él -dijo burlona.

-¿Está de acuerdo?

-Todavía no sabe nada.

Insistí:

-¿Pero deseaba un chico?

Vaciló: -No se lo pregunté.

Hubo un silencio y dije:

-Entonces, ¿qué piensas hacer?

-Qué quieres que haga con un chico, ¿pasteles?

-Quiero decir: ¿Piensas casarte con Enrique?

-Es cuestión de él.

-¿Tienes alguna idea?

-Mi idea es tener un chico. Para el resto no le pido nada a nadie.

Nunca Nadine me había dicho una palabra de ese deseo de maternidad. ¿Era la malevolencia la que me sugería que había deseado con esa maniobra obligar a Enrique a casarse?

-No tendrás más remedio que preguntárselo -dije-. Por un tiempo al menos tu padre o Enrique tendrán que soportar esa carga.

Se echó a reír con un aire de condescendencia divertida:

-Vamos, dame un consejo; veo que te mueres de ganas.

-Me lo reprocharás siempre.

-Dilo igual.

-No le sugieras a Enrique que se case sin estar segura de que tiene verdaderamente ganas; quiero decir que tenga ganas egoístamente, por sí mismo, y no solamente por el chico y por ti. Si no, será un casamiento desastroso.

-No le sugeriré nada -dijo con su voz más aguda-. ¿Pero quién te dice que no tiene ganas? Por supuesto, si le preguntas a un hombre si quiere un chico, le da miedo; pero cuando el chico está ahí, está encantado. Yo creo que le haría mucho

bien a Enrique casarse, tener un hogar. La vida bohemia está pasada de moda. -Se detuvo sin aliento.

-Me pediste un consejo; te lo di -dije-. Si crees sinceramente que el casamiento no les pesará ni a Enrique ni a ti, cásense.

Yo dudaba que Nadine pudiera encontrar la dicha en el interior de una vida de hogar; la veía mal, absorbida por un marido y un chico. Y si Enrique se casaba con ella por deber, ¿no le guardaría rencor? No me atrevía a interrogarlo. Él provocó una entrevista; una noche, en vez de entrar como siempre al escritorio de Roberto, vino a golpear a la puerta de mi cuarto:

-¿No la molesto?

-Claro que no.

Se sentó sobre el diván.

-¿Es aquí donde opera? -preguntó con aire divertido.

-Sí, ¿quiere probar?

-Quién sabe -dijo-. Necesitaría que me explique por qué me siento tan desesperadamente normal: es sospechoso, ¿no?

-¡No hay nada más sospechoso! -dije con tanto entusiasmo que me miró con un aire un poco sorprendido.

-Entonces, verdaderamente tengo que hacerme atender -dijo alegremente-. Pero no era de eso de lo que vine a hablarle -agregó; sonrió-. He venido en cierto modo a pedirle la mano de su hija.

Yo también sonreí:

-¿Será un buen marido?

-Trataré. ¿Desconfía de mí?

Vacilé y dije francamente:

-Si se casa únicamente porque le conviene a Nadine desconfío un poco.

-Comprendo lo que quiere decir -dijo-. No tengo miedo.

La historia de Paula me sirvió de lección. No. En primer lugar, quiero a Nadine; y además voy a sorprenderla, pero creo que tengo una vocación de padre de familia.

-Me sorprende ligeramente -dije.

-Sin embargo, es verdad; yo también me sorprendí, pero cuando Nadine me dijo que estaba embarazada sentí un golpe en el corazón. No sé cómo explicarle. Uno se da tanto trabajo para fabricar libros que todo el mundo critica o piezas que escandalizan a la gente: y después, simplemente; dejándome llevar por mi cuerpo, creo un ser vivo; no un personaje de papel, será un chico verdadero de carne y hueso; y tan fácilmente…

-Espero que no tardaré en descubrirme una vocación de abuela -dije-. ¿Supongo que se casarán lo antes posible? ¿Cómo van a organizarse? Necesitarán un departamento.

-No tenemos ganas de quedarnos en París -dijo Enrique-; me gustaría irme de Francia durante algún tiempo; parece que hay ciertos rincones de Italia donde uno puede alquilar casas muy baratas.

-¿Y entre tanto?

-En realidad, todavía no hemos tenido tiempo de hacer muchos planes.

-Siempre pueden instalarse en Saint-Martin -dije-; la casa es bastante grande.

La idea no disgustó a Nadine; no quiso habitar el pabellón porque tenía malos recuerdos, supongo; hizo arreglar dos grandes cuartos en el segundo piso. Abandonó su puesto de secretaria y se puso a leer libros de puericultura y a tejer batitas cuyos colores fuertes derrumbaban alegremente todas las tradiciones; se divertía mucho. Era un período fasto, al parecer, Enrique se felicitaba de haber huído de los tormentos de la vida política, Roberto tampoco parecía echarlas de menos. Paula se declaraba encantada con su nueva vida. Vivía ahora en la gran casa de los Belzunce, donde desempeñaba las funciones misteriosas de secretaria; Claudia le prestaba vestidos y la llevaba a todas partes; ella me hablaba golosamente de sus salidas, de sus amantes y quería arrastrarme en su gloria.

-En fin, cómprate un vestido de noche -me dijo-. ¿No tienes ganas de vestirte, de lucirte?

-¿Lucirme ante quién?

-En todo caso necesitas un vestido de tarde. ¿Qué hiciste con esa maravillosa tela india?

-No sé está en alguna caja.

-Hay que encontrarla.

Irrisoriamente se puso a buscar en mi armario el harapo principesco que en el otro extremo del mundo y del tiempo había cobijado los hombros de una vieja india.

-¡Aquí está! Podríamos hacer una blusa extraordinaria con esto.

Toqué con estupor la tela colores de vitral y de mosaico. Un día, en una ciudad lejana, donde se elevaban humos de incienso, un hombre que me quería la había arrojado en mis brazos. ¿Cómo había podido materializarse hoy aquí? Entre ese viejo sueño y mi vida real no había puentes. Y no obstante, el huipil estaba ahí, de pronto ya no sabía bien dónde estaba yo de veras: ¿aquí, presa de recuerdos delirantes, o lejos, soñando que estaba aquí, pero ya al borde del despertar que me devolvería a los mercados indios y a los brazos de Lewis?

-Confíamelo -dijo Paula-. Claudia lo hará cortar por un costurero; me las arreglaré para que te lo lleven antes del jueves. ¿Vendrás el jueves prometido?

-Verdaderamente no me divierte.

-Le prometí a Claudia llevarte. ¡Quisiera tanto devolverle un poco de todo lo que ha hecho por mí! -La voz de Paula era tan patética como en la época en que me pedía que la reconciliara con Enrique.

-Iré un rato -dije.

Para redorar sus jueves, Paula había inventado financiar un premio literario discernido por un jurado femenino que por supuesto ella presidiría; estaba ansiosa de anunciar ese gran acontecimiento al mundo y aunque el proyecto fuera todavía vago convocaba el jueves próximo a los periodistas y al Todo París. Podía habérselas arreglado muy bien sin mí, pero unas líneas imperiosas de Paula acompañaban la caja que recibí el miércoles por la noche y donde yacía, metamorfoseado, el viejo huipil. Era ahora una blusa a la moda, a mi medida, se infiltraba en ella un olor a pasado perdido y cuando me la puse sentí correr por mi sangre algo que se parecía a la esperanza; con mi piel tocaba la prueba que entre la dicha desvanecida y mi torpeza de hoy había un puente: por lo tanto podía haber un regreso. En el espejo, mi imagen, refrescada por mi vestido nuevo, era clemente: dentro de seis meses no habría envejecido mucho; volvería a ver a Lewis, él aún me querría. Al entrar al salón de Claudia no estaba lejos de pensar: "¡Después de todo soy todavía joven!"

-Tenía tanto miedo que no vinieras -dijo Paula; me arrastró hasta el fondo del vestíbulo-. Tengo que hablarte -dijo con aire ansioso e importante-. Quisiera que hicieses algo más por mí.

-¿De qué se trata?

-Claudia quiere a toda costa que seas miembro del jurado.

-Pero no soy competente; y no tengo tiempo.

-No tendrías nada, que hacer.

-¿Entonces por que se empeña en mi? -dije riendo.

-Y bueno, a causa del nombre -dijo Paula.

-El nombre de Roberto -dije-. El mío no vale mucho.

-Es el mismo nombre -dijo Paula apresuradamente. Me empujó al saloncito-. Tengo miedo de haberte explicado mal ese proyecto; no se trata de un juego de sociedad.

Me senté con resignación: desde que estaba curada, Paula hablaba, discurría a pérdida de vista sobre tonterías; era aterrador verla apasionarse por esa historia idiota tanto como antes por el destino de Enrique; largamente me alabó las virtudes del número siete: había siete miembros en ese jurado. Tuve un sobresalto de energía:

-No, Paula. No tengo nada que ver con todo eso. No.

-Escucha -dijo con aire inquieto-, al menos dile a Claudia que lo pensarás.

-Si quieres; pero no tengo nada que pensar.

Se levantó y su voz se hizo liviana:

-¿Es verdad lo que se dice: que Enrique va a casarse con Nadine?

-Es verdad.

Se echó a reír:

-¡Qué gracioso! -volvió a ponerse seria-. Desde el punto de vista de Enrique es gracioso. Pero compadezco a Nadine. Deberías intervenir.

-Ella hace lo que quiere, lo sabes muy bien -dije.

-Por una vez emplea tu autoridad -dijo Paula-. Va a destruirla, como quiso destruirme. Evidentemente, para ella, Enrique es un sustituto de Roberto -dijo soñadora.

-Es muy posible.

-En fin, me lavo las manos -dijo Paula. Se dirigió hacia la puerta-. ¡No debo acapararte! ¡Ven pronto! -dijo con súbita agitación.

El salón estaba lleno de gente; una pequeña orquesta tocaba sin animación música de jazz; algunas parejas bailaban; la mayoría de la gente estaba ocupada bebiendo y comiendo; Claudia bailaba con un joven poeta que llevaba un pantalón de terciopelo color lavanda, una tricota blanca y una argolla de oro en una oreja; hay que confesar que asombraba un poco; había muchos jóvenes: candidatos al nuevo premio literario sin duda, y todos se daban aires de agregados de embajada. Me causó placer ver una cara conocida: la de Julián; él también estaba correctamente vestido y no parecía borracho; le sonreí y se inclinó ante mí:

-¿Puedo invitarla a bailar?

-¡Oh, no! -dije.

-¿Y por qué?

-Soy demasiado vieja.

-No más que las otras -dijo, con una mirada hacia Claudia.

-No, pero casi tanto -dije riendo.

Él también rió, pero Paula dijo con voz seria:

-¡Ana está llena de complejos! -miró a Julián con coquetería-. Yo no.

-¡Qué suerte tiene! -dijo Julián alejándose.

-¡Demasiado vieja! ¡Qué ideal -me dijo Paula en tono descontento-. Yo nunca me he sentido más joven.

-Uno se siente como se siente -dije.

Ese golpecito de juventud que me había aturdido un instante no había tardado en disiparse. Los espejos de cristal azogado son demasiado indulgentes: ese era el verdadero espejo, el rostro de esas mujeres de mi edad, esa piel floja, esos rasgos confusos, esa boca que cae, esos cuerpos que uno adivina llenos de rollos bajo sus cinchas. "Son unos vejestorios -pensé-, y tengo la edad de ellas." La orquesta se detuvo y Claudia cayó sobre mí:

-¡Le agradezco tanto que haya venido! ¿Parece que se interesa mucho en nuestros proyectos? Me encantaría que fuera una de las nuestras.

-A mí también me encantaría -dije-. Pero tengo tanto trabajo en este momento.

-Así parece; está convirtiéndose en la psicoanalista de moda. Déjeme que le presente a alguno de mis protegidos.

Yo estaba contenta pero un poco desconcertada de que no hubiera insistido más: no le importaba tanto mi colaboración, Paula se había hecho ideas. Apreté un montón de manos: algunos jóvenes, otros menos jóvenes. Me traían copas de champaña, acaramelados, me atendían, algunos manejaban el piropo con delicadeza; todos me confiaban entre dos sonrisas algún pequeño sueño: obtener una entrevista con Roberto, algún artículo de él para una revista joven que iban a lanzar, una recomendación para Mauvanes, una crítica amable en *Vigilance,* ¡o sino, deseaban tanto ver en ella su nombre impreso! Algunos, más ingenuos o más cínicos, me pidieron consejos: ¿cómo arreglárselas para obtener un premio o de una manera general para triunfar? Según ellos, yo debía saber cómo se mueven los

hilos. Yo dudaba del porvenir de ellos; no se adivina a primera vista si alguien tiene o no talento, pero uno no tarda en darse cuenta si tiene verdaderas razones de escribir: todos esos pilares de salón sólo escribían porque difícilmente se puede dejar de hacerlo cuando uno quiere llevar una vida literaria, pero a ninguno de ellos le gustaba la intimidad con el papel en blanco; deseaban el éxito en su forma más abstracta, y a pesar de todo, no es la mejor forma de obtenerlo. Me parecían tan ingratos como sus ambiciones. Uno de ellos casi me dijo: "Estoy dispuesto a pagar." A muchos, Claudia les hacía pagar en especies; no cabía en sí de gozo mientras se explicaba con los periodistas en medio de un círculo de admiradores de carne fresca. Paula aprovechaba mal la oportunidad; había elegido a Julián, sentada junto a él, las piernas cruzadas, piernas todavía muy lindas, había puesto toda su alma en sus ojos y hablaba hasta perder el soplo; a un novicio, aturdido por tantas palabras, le hubiera costado negarse, pero Julián conocía todas las canciones. Yo escuchaba la voz apremiante de un anciano alto cuyo cráneo pelado imitaba la imagen tradicional del genio, y me hacía promesas a mí misma: si alguna vez pierdo a Lewis, cuando haya perdido a Lewis renunciaré en seguida y para siempre a creerme todavía una mujer; no quiero parecerme a ellas.

-Comprenda, señora de Dubreuilh -decía el viejo-, no se trata de una ambición personal, pero las cosas que digo deben ser oídas, nadie se atreve a decirlas: es necesario un viejo loco como yo para atreverse. Y hay un solo hombre bastante valiente para sostenerme: su marido.

-Seguramente le interesará mucho -dije.

-Pero es necesario que su interés sea activo -dijo él con vehemencia-. Todos me dicen: ¡es notable, es apasionante! Y en el momento de publicarlo tienen miedo. Si Roberto Dubreuilh comprende la importancia de esa obra, a la cual he consagrado, puedo decirlo sin mentir, años de mi vida, tiene el deber de imponerla. Bastaría un prefacio de él.

-Le hablaré -dije.

Me cansaba ese viejo, pero me daba lástima. Cuando uno triunfa tiene un montón de problemas, pero también los tiene cuando no triunfa. Ha de ser triste hablar y hablar sin despertar nunca un eco. Antaño había publicado dos o tres libros oscuros, éste representaba su última oportunidad y yo temía que tampoco fuera muy bueno: desconfiaba de toda la gente que estaba aquí. Me deslicé entre la muchedumbre y toqué el brazo de Paula:

-Creo que ya he cumplido con mi deber. Me voy. Llámame por teléfono.

-¿Tienes un minuto? -tomó mi brazo con aire de conspiradora-. Tengo que pedirte un consejo a propósito de mi libro; me ha atormentado durante todas estas noches. ¿Crees que sería una buena política publicar el primer capitulo en *Vigilance*?

-Depende -dije- del capítulo y del conjunto del libro.

-Sin duda alguna -dijo-, el libro está hecho para noquear al lector de un solo golpe; debería recibirlo en el estómago sin tener tiempo para recobrarse. Pero, por otra parte, una publicación en *Vigilance* es una garantía de seriedad. No quiero que me tomen por una mujer de mundo que escribe libros de señora. ..

-Pásame el manuscrito -dije-. Roberto te dará su opinión.

-Mañana por la mañana haré dejar una copia en tu casa -dijo. Me plantó y corrió hacia Julián-. ¿Ya se va?

-Lo lamento, tengo que irme.

-¿No se olvidará de telefonearme?

-Nunca olvido nada.

Julián bajó la escalera al mismo tiempo que yo y me dijo con su voz civilizada:

-Una mujer encantadora, Paula Mareuil; pero le gustan demasiado los hombres; advierta que en sí un hombre no es una cosa mala; pero aburren los coleccionistas.

-Usted también tiene sus colecciones -dije.

-¡No! Lo que define al coleccionista es el catálogo. Yo nunca he llevado un catálogo.

Yo estaba de mal humor al despedirme de Julián: me hería que Paula hiciera hablar de ella en ese tono. Pero mientras me cambiaba mis elegancias por un batón me preguntaba: "Después de todo, ¿por qué?" No le importa lo que piensen de ella, sin duda tiene razón. Yo quería ser diferente de esas ogras demasiado maduras: en verdad, empleaba otras astucias que no valían más que las de ellas. Me apresuro a decir: estoy terminada, estoy vieja; así anulo esos treinta o cuarenta años en que viviré vieja y terminada, en la nostalgia del pasado perdido; no me privarán de nada puesto que ya he renunciado: hay más prudencia que orgullo en mi severidad; y en el fondo oculta una burda mentira: niego la vejez al negarme al regateo. Bajo mi carne menos fresca afirmo la supervivencia de una mujer joven de exigencias intactas, rebelde a todas las concesiones, y que desdeña los tristes pellejos de cuarenta años; pero ya no existe, no renacerá jamás, ni siquiera bajo los besos de Lewis.

Al día siguiente leí el manuscrito de Paula: diez páginas tan vacías e insulsas como un texto de *Confidences*. Inútil impresionarme: en el fondo no le importaba tanto escribir, un fracaso no sería trágico; se había asegurado de una vez por todas contra lo trágico, ya se había resignado a todo. Pero yo me resignaba mal a su resignación. Hasta me sentí tan entristecida que cada vez me asqueó más mi oficio: a menudo tenía ganas de decirles a mis enfermos: "No traten de curarse, uno siempre se cura demasiado." Tenía muchos clientes y justamente ese invierno conseguí algunas curas difíciles; pero ya no la hacía con amor.

Decididamente, ya no comprendía por qué es bueno que la gente duerma de noche, que hagan el amor con facilidad, que sean capaces de obrar, de elegir, de olvidar, de vivir. Antaño me parecía urgente liberar a todos esos maniáticos encerrados en sus estrechas desdichas cuando el mundo es tan vasto; ahora no hacía sino obedecer a viejas consignas cuando trataba de arrancarlos a sus obsesiones: ¡había empezado a parecerme a ellos! El mundo seguía siendo igualmente vasto y yo ya no lograba interesarme en él.

"Es escandaloso", me dije aquella noche. Discutían en el escritorio de Roberto, hablaban del plan Marshall, del porvenir de Europa, de todo el porvenir, decían que los riesgos de una nueva guerra aumentaban, Nadine los escuchaba con aire asustado; la guerra nos concierne a todos y yo no tomaba a la ligera esas voces inquietas; sin embargo, sólo pensaba en esa carta; en una línea de esa carta: "A través del océano, los brazos más tiernos resultan fríos." ¿Por qué al confesarme aventuras sin importancia Lewis escribía esas palabras hostiles? Yo no le había pedido que me fuera fiel, habría sido estúpido con toda esa agua y toda esa espuma entre nosotros. Evidentemente no me perdonaba mi ausencia: ¿me la perdonaría alguna vez? ¿Recobraría yo, algún día su verdadera sonrisa? A mi alrededor se interrogaban sobre la suerte que amenazaba a millones de hombres, era también mi suerte; y a mí sólo me importaba una sonrisa, una sonrisa que no detendría las bombas atómicas, que no podía nada contra nada, ni por nadie: pero me ocultaba todo. "Es escandaloso", me repetí; verdaderamente yo no comprendía. Después de todo, ser amada no es un fin ni una razón de ser, no cambia nada de nada, no conduce a nada; ni a mí me conduce a nada. Estoy aquí, Roberto habla con Enrique, lo que piensa Lewis allí ¿en qué me atañe? Hacer depender mi destino de un corazón que es sólo un corazón entre millones de otros, ¡tengo que haber perdido la razón! Traté de escuchar, pero en vano; me decía: Mis brazos son fríos. "Después de todo -pensé- bastará un espasmo de mi corazón que no es sino un corazón entre millones de otros para que este vasto mundo deje de incumbirme para siempre. La medida de mi vida es lo mismo una sola sonrisa que el universo entero; elegir lo uno o lo otro es igualmente arbitrario." Por otra parte no podía elegir.

Le contesté a Lewis y, sin duda encontré las palabras propicias, pues su carta siguiente era serena y confiada. En adelante fué en ese tono de amistad cómplice

que me tuvo al corriente de su vida. Había vendido su libro a Hollywood. Tenía dinero, alquilaba una casa al borde del lago Michigan. Parecía dichoso. Era la primavera. Nadine y Enrique se casaron: ellos también parecían felices. ¿Por qué yo no? Junté todo mi coraje; escribí: "Quisiera conocer la casa del lago." Él podía pasar por alto esa frase o decirme: "El año próximo verás la casa." O bien: "No creo que nunca la veas." Cuando tuve entre las manos el sobre que encerraba su respuesta, me contraje como si estuviera frente a un piquete de ejecución. "No tengo que hacerme ilusiones -me decía-. Si no dice nada es porque no quiere volver a verme. “Desplegué el papel amarillo y las palabras me saltaron en seguida a los ojos: "Ven a fin de julio, la casa estará recién preparada. " Me dejé caer en el diván: a último momento me habían perdonado la vida. Había tenido tanto miedo que al principio no experimenté ninguna alegría. Y luego brutalmente sentí las manos de Lewis contra mi piel y me ahogué: Lewis. Sentada junto a él en el cuarto de Nueva York yo había dicho: "¿Volveremos a vernos?" Él contestaba: "Ven." Entre nuestras dos réplicas nada había ocurrido, ese año fantasma estaba abolido, y yo recobraba mi cuerpo vivo. ¡Qué milagro! Lo festejé como a un hijo pródigo; yo, que por lo general me ocupo tan poco de él, durante un mes lo quise; lo deseaba cuidado, liso, adornado; me hice vestidos de playa, soleras; en los algodones estampados ya poseía el lago azul, los besos; aquel año se veían en los escaparates absurdas enaguas largas y sedosas: compré algunas; acepté que Paula me regalara el perfume más caro de París. Esta vez creí en las agencias de viaje, en el pasaporte, en la visación y en las rutas del cielo. El avión, cuando subí, me pareció tan seguro como un tren de suburbio.

Roberto se las había arreglado para procurarme dólares en Nueva York. Volví al hotel donde había parado cuando mi primer viaje y me dieron, con pocos pesos de diferencia, la misma habitación. En los corredores con olor a alfombra, iluminados por una lucecita roja, encontré el mismo silencio que en la época en que la curiosidad era mi única pasión; durante algunas horas conocí nuevamente la despreocupación. París había dejado de existir, Chicago aun no había empezado, caminaba por las calles de Nueva York y no pensaba en nada. A la mañana siguiente trajiné sin nerviosidad por oficinas y bancos. Y luego subí a mi cuarto para buscar mi maleta. Miré en el espejo a la mujer que esta noche Lewis tomaría entre sus brazos. Despeinaría ese pelo, yo arrancaría bajo sus besos la blusa hecha en un huipil indio; me puse la rosa que dentro de un rato sería pisoteada, toqué mi nuca con el perfume que me había dado Paula: tenía vagamente la impresión de preparar para un sacrificio a una víctima que no era yo; por última vez la contemplé: me parecía que era posible amarla si me habían amado.

Aterricé en Chicago cuatro horas después. Tomé un taxi y esta vez encontré la casa sin dificultad; el decorado era exactamente el mismo; él aviso *Schiltz* brillaba frente al gran letrero; Lewis, sentado en el balcón, ante una mesa, leía. Me hizo una señal sonriendo, bajó corriendo, me tomó entre sus brazos y dijo las palabras previstas: "Has vuelto. ¡Por fin!" Acaso la escena se desarrollaba con una fidelidad demasiado fatal: no parecía totalmente real, era como una copia un poco borrosa de la del año pasado. O quizá yo estaba desconcertada por la desnudez del cuarto: ni un grabado, ni un libro. Dije:

-¡Qué vacío!

-He mandado todo a Parker.

-¿La casa está lista? ¿Cómo ha quedado?

-Ya verás -dijo-, verás muy pronto -me acunaba contra él-. Qué olor raro -dijo con una sonrisita asombrada-, ¿es esa rosa?

-No, soy yo.

-¿Pero antes no tenías ese olor?

De pronto sentí vergüenza por el perfume más caro de París, por el corte estudiado de mi blusa y por mis enaguas sedosas: ¿para qué todos esos artificios? No los había necesitado para desearme. Yo busqué su boca; no tenía tantas ganas de hacer el amor, pero quería estar segura de que él todavía me deseaba. Sus

manos arrugaron la seda de las enaguas, la rosa cayó al suelo, mi blusa también y no pregunté más.

Dormí mucho; cuando me desperté eran más de las doce. Mientras yo tomaba el desayuno, Lewis se puso a hablarme de los vecinos que tendríamos en Parker, y entre otros de Dorothy, una antigua amiga que se había divorciado después de un casamiento desdichado y que vivía, con sus dos chicos, en casa de su hermana y de su cuñado a dos o tres millas de nuestra casa. No me interesé mucho en Dorothy y quizá lo sintió, pues me preguntó bruscamente:

-¿Te molestaría si oyera por radio un match de base-ball?

-En absoluto. Leeré los diarios.

-Te guardé todos los *New Yorkers* -dijo Lewis atentamente-, y señaló los artículos interesantes.

Puso sobre el velador una pila de revistas y abrió la radio. Nos recostamos sobre la cama y empecé a hojear los *New Yorkers*. Pero me sentía incómoda. Nos había ocurrido a menudo en los años anteriores leer o escuchar la radio sin hablar; pero hoy yo acababa de llegar, me parecía extraño que Lewis sólo pensara en el base-ball cuando yo estaba acostada a su lado. El año pasado habíamos pasado todo el primer día haciendo el amor. Di vuelta una página, pero no lograba leer. Anoche, antes de poseerme, Lewis había apagado la luz, no me había dado su sonrisa, no había pronunciado mi nombre, ¿por qué? Yo me había dormido sin interrogarme, pero olvidar una pregunta no es contestarla. "Quizá todavía no me haya encontrado -pensé-. Encontrarse después de un año es difícil. Paciencia, me encontrará." Empecé a leer un artículo y lo interrumpí, la garganta seca; me importaba un rábano del último Faulkner y de todo lo demás; yo debería estar entre los brazos de Lewis y no lo estaba. ¿Por qué? Ese partido de base-ball no terminaba más. Pasaron horas; Lewis seguía escuchando; si al menos hubiera podido dormir, pero estaba harta de sueño; me resolví.

-¿Sabes, Lewis, que tengo hambre? -dije alegremente- ¿No tienes hambre?

-Ten diez minutos más de paciencia -dijo Lewis-. Aposté tres botellas de whisky escocés a que ganaban los Gigantes: es importante tres botellas de whisky, ¿no?

-Muy importante.

Reconocía la sonrisa de Lewis y esa voz irónica y tierna; todo eso habría sido normal otro día. Después de todo quizá fuera normal que hoy se pareciera a cualquier otro día; pero el hecho es que esos últimos minutos me parecieron horriblemente largos.

-¡Gané! -dijo Lewis alegremente. Se levantó, dió vuelta al dial-. ¡Pobrecita la hambrienta, vamos a alimentarla!

Me levanté también y me pasé el peine:

-¿Adónde me llevas?

-¿Qué te parecería el viejo restaurante alemán?

-Es una buena idea.

Me gustaba ese restaurante, tenía buenos recuerdos. Conversamos alegremente comiendo salchichas con repollo. Lewis me contó su estada en Hollywood. Luego me llevó al bar de los atorrantes y al pequeño dancing negro donde antes tocaba Big Billy; él reía, yo reía, el pasado resucitaba. Bruscamente pensé: "Sí, todo esto está bien imitado." ¿Por qué pensé eso? ¿Qué es lo que fallaba? Nada; absolutamente nada. Debía ser que me trabajaba la cabeza, el viaje en avión me había cansado, y también la emoción de la llegada. Evidentemente yo deliraba. Lewis me había dicho un año antes: "Ya no haré fuerza por no quererte. Nunca te he querido tanto." Me lo había dicho, era ayer, yo seguía siendo yo, él seguía siendo él. En el taxi que nos llevaba hacia nuestra cama me instalé entre sus brazos; era él; yo reconocía el calor áspero de su hombro; no encontré su boca, no me besó; y sobre mi cabeza oí un gran bostezo.

No me moví; pero me sentí naufragar en el fondo de la noche; pensé: "Debe ser así cuando uno está loco." Dos luces enceguecedoras desgarraban las tinieblas, dos

Librodot

verdades igualmente seguras y que no podían ser verdades juntas: Lewis me quiere; y cuando me tiene entre sus brazos bosteza. Subí la escalera, me desvestí. Tenía que hacerle una pregunta a Lewis, una pregunta muy simple; de antemano desgarraba mi garganta, pero todo era mejor que ese horror confuso. Me acosté. Se acostó a mi lado y se envolvió en las sábanas:

-Buenas noches.

Ya me daba la espalda; me aferré a él:

-¿Lewis, qué pasa?

-Nada. Estoy cansado.

-Quiero decir: ¿durante todo el día qué ha pasado? ¿No me encontraste?

-Te he encontrado -dijo.

-¿Entonces, ya no me quieres? -Hubo un silencio, un silencio decisivo y me quedé estúpida. Durante todo el día había tenido miedo, pero no había creído seriamente que mi miedo pudiera estar justificado; y de pronto, ya ninguna duda era posible. Repetí: -¿No me quieres más?

-Te quiero siempre, mucho; tengo mucho afecto por ti,-dijo Lewis con voz cuidadosa-. Pero ya no es amor.

Ya estaba, lo había dicho; yo había oído esas palabras con mis oídos y nada podría borrarlas jamás. Guardé silencio. Ya no sabía que hacer conmigo. Yo era exactamente la misma; y el pasado, el provenir, el presente, todo tambaleaba. Me parecía que ya ni siquiera mi voz me pertenecía.

-¡Ya lo sabía!-dije-. Sabía que te perdería. Desde el primer día lo supe. En el club Delisa por eso lloré: sabía. Y ahora ha ocurrido. ¿Cómo ha ocurrido?

-Es más bien que no ha ocurrido nada-dijo Lewis-. Te esperé sin impaciencia este año. Sí, una mujer es agradable, uno conversa, se acuesta con ella, y luego se va: no hay pro qué perder la cabeza. Pero me decía que quizá cuando volviera a verte algo ocurriría...

Hablaba con una voz indiferente, como si esta historia no me incumbiera.

-Comprendo-dije débilmente-. No ha ocurrido nada...

-No.

Pensé enloquecida: "Es causa de ese olor raro, de esas sedas, hay que volver a empezar: me pondré el traje sastre del año pasado..." Pero, evidentemente, mis enaguas no tenían nada que ver. Oí mi voz de muy lejos.

-Entonces ¿qué vamos a hacer?

-Pues supongo que vamos a pasar un verano agradable-dijo Lewis-. ¿No hemos pasado un lindo día?

-Un día de infierno.

-¿Verdaderamente?-parecía desolado-. Yo creí que no habías notado nada.

-Noté todo.

Mi voz me abandonó, ya no podía hablar, y además ¿para qué? El año pasado, cuando Lewis se había esforzado por dejar de quererme, yo había sentido a través de sus rencores y de sus malos humores que no lo conseguía: siempre había conservado esperanzas. Este año no se esforzaba: ya no me quería, saltaba a la vista. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? Poco importaba, todas las preguntas eran vanas; comprender es importante cuando uno todavía espera y yo estaba segura que ya no tenía nada que esperar.

Murmuré:

-Bueno, buenas noches.

Durante un instante me retuvo contra él.

-No quisiera que estés triste-dijo. Acarició mi pelo-. No vale la pena.

-No te preocupes por mí-dije-. Voy a dormir.

-Duerme-dijo-. Duerme bien.

Cerré los ojos; sí, seguramente iba a dormir. Me sentía más agotada que después de una noche de fiebre. "Ya está-pensé fríamente-: no ha ocurrido nada; es normal; lo anormal es que un día haya ocurrido algo. ¿Qué? ¿Por qué? En el fondo nunca había comprendido: el amor es siempre inmerecido; Lewis me había querido

sin razón valedera; a mí no me había sombrado: ahora ya no me quería, tampoco era asombroso, hasta era natural. De pronto las palabras explotaron en mi cabeza: "Ya no me quiere" Se trataba de mí, debía aullar a muerte. Me puse a llorar. Cada mañana decía: "¿Por qué ríes? ¿Por qué eres tan rosada, tan tibia? "Ya no volvería a reír. Decía. "¡Ana!" Nunca más lo diría con ese acento. Nunca más volvería a ver su rostro de placer y de ternura. "Tendré que pagarlo todo -pensé a través de mis sollozos-; todo lo que me ha sido dado sin que yo lo haya pedido, tendré que pagarlo con su peso en lágrimas." Una sirena gimió a lo lejos, los trenes silbaban. Yo lloraba. Mi cuerpo se vaciaba de su calor con grandes escalofríos, me volvía fría y blanda como un viejo cadáver. ¡Si hubiera podido suprimirme por completo! Al menos, mientras lloraba ya no tenía más porvenir, ya no tenía otra cosa en la cabeza: me parecía que podría sollozar sin aburrirme hasta el fin del mundo.

La noche se cansó antes que yo; la cortina de la cocina se fue poniendo amarilla, una sombra tupida se imprimió con rasgos decididos. Pronto tendría que mantenerme de pie, articular palabras, hacerle frente a un hombre que había dormido sin lágrimas. Si al menos hubiera podido guardarle rencor, eso nos habría acercado. Pero no, era simplemente un hombre al que no le había ocurrido nada. Me levanté; en la cocina la mañana era silenciosa y familiar, semejante a tantas otras mañanas. Me serví un vaso de whisky, que tomé con una pastilla de benzedrina.

-¿Dormiste?-dijo Lewis.

-No mucho.

-Hiciste mal.

Empezó a trajinar en la cocina, me daba la espalda, eso me ayudó a hablar.

-Hay una cosa que no comprendo -dije-¿Por qué me dejaste venir? Debiste prevenirme.

-Pero tenía ganas de verte-dijo Lewis vivamente. Se volvió y me sonrió con inocencia-. Estoy contento de que estés aquí, me alegra pasar este verano contigo.

-Olvidas una cosa -dije-. Es que yo te quiero. No es alegre vivir junto a alguien que uno quiere y que no nos quiere.

-No me querrás siempre -dijo Lewis en tono superficial.

-Tal vez. Pero por el momento te quiero.

Sonrió.

-Tienes demasiado sentido común para que esto dure mucho tiempo. Seriamente -agregó-, para querer a alguien con amor hay que trabajarse la cabeza; cuando los dos juegan el juego, puede valer la pena; pero si uno juega solo se vuelve estúpido. Lo miré con perplejidad. ¿Era verdaderamente inconsciente o fingía serlo? Quizá hablaba sinceramente: quizá el amor había perdido toda importancia para él desde que ya no me quería. En todo caso, deliberado o aturdido, su egoísmo me probaba que yo ya no contaba para él. Me extendí sobre la cama. Me dolía la cabeza. Lewis se puso a guardar libros en unos cajones y me di cuenta de pronto que aún no había tocado fondo. Estaba acostada sobre la manta mexicana, miraba la cortina amarilla, las paredes: y no era amada, pero todavía me sentía en mi casa; y quizá todo eso pertenecía a otra. Quizá Lewis amaba a otra mujer. Había habido mujeres en su vida este año; me había hablado de ellas y ninguna me había parecido muy inquietante; pero quizá había encontrado una de la cual precisamente no me había hablado. Lo llamé:

-¡Lewis!

Alzó la cabeza: -¿Sí?

-Tengo que hacerte una pregunta: ¿hay otra mujer?

-¡Oh, Dios mío, no! -dijo con convencimiento-. ¡Ya no me enamoraré nunca más!

Suspiré. ¡Lo peor me había sido evitado! Ese rostro que ya no vería, esa voz que ya no oiría, no existían para nadie más.

-¿Por qué dices eso? -pregunté-. Nunca se puede saber.

Lewis sacudió la cabeza.

-Pienso que no estoy hecho para el amor -dijo con una voz un poco vacilante-. Antes de conocerte, ninguna mujer había contado. Te conocí en un momento en que mi vida me parecía muy vacía: por eso me arrojé en ese amor con tanta precipitación; y después acabó por terminar -me miró en silencio-. Sin embargo, si había alguien que estaba hecha para mí eras tú. Después de ti no puede haber nadie.

-Ya veo -dije.

La voz afectuosa de Lewis terminó de desesperarme. Si hubiera sido agresivo, injusto, yo habría tratado sin duda de defenderme; pero no; parecía casi tan desolado como yo de lo que nos ocurría. Mi cabeza me dolía cada vez más y renuncié a seguir interrogándolo. La única pregunta decisiva: "Lewis, si me hubiera quedado, ¿habrías seguido queriéndome?", era inútil, puesto que precisamente no me había quedado.

Lewis fué a comprarme unas pastillas calmantes, tomé dos, dormí. Me desperté sobresaltada. "¡Acabó por terminar!", me dije en seguida. Me senté junto a la ventana; a mis espaldas Lewis embalaba platos; hacía mucho calor; unos chicos jugaban a la pelota entre las ortigas, una chiquita tambaleaba sobre un triciclo rojo y yo me mordía los labios para no echarme a llorar. Seguí con la mirada un largo automóvil lujoso que rozaba la acera y aparté la cabeza: la misma vista, el mismo cuarto; sobre la cortina amarilla se dibujaba una sombra negra; Lewis llevaba uno de sus viejos pantalones zurcidos, silbaba; el pasado me hacía burla, yo no podía soportarlo más. Me levanté.

-Voy a dar una vuelta -dije.

Tomé un taxi, me hice llevar hasta el Loop y caminé largamente: caminar, eso ocupa casi tanto como llorar. Las calles me parecían hostiles. Yo había querido a esa ciudad, había querido a ese país; pero las cosas habían cambiado en dos años y el amor de Lewis ya no me protegía. Ahora Estados Unidos significaba bomba atómica, amenazas de guerra, fascismo naciente; la mayoría de la gente con que me cruzaba eran enemigos: yo estaba sola, desdeñada, perdida. "¿Qué estoy haciendo aquí?", me pregunté. Al final de la tarde me encontré al pie del aviso de *Schiltz*; en la cortada, los tachos de basura desprendían un buen olor a otoño. Subí la escalera de madera, miré fijamente el damero rojo y blanco que disfrazaba el tanque de gas; un tren pasó a lo lejos y el balcón tembló. Era así exactamente el primer día, los otros días. "Haría mejor en volver a París", me dije. Veía la esquina de la avenida donde ya me esperaba mi partida; el taxi que me llevaría corría ahora por alguna calle de la ciudad; Lewis lo detendría con un ademán que yo conocía, la puerta golpearía al cerrarse, ya había golpeado una vez, dos veces, tres veces; y esta vez sería para siempre. ¿Para qué tres meses de agonía? "Mientras vea a Lewis, mientras me sonría, nunca tendré la fuerza de matar en mí nuestro amor; pero matar a distancia, todo el mundo es capaz." Me aferré a la balaustrada. "No quiero matarlo." No, no quería que un día Lewis estuviera para mí tan muerto como Diego.

-¡Espero que te gustará la casa de las dunas! -dijo Lewis a la mañana siguiente.

-Oh, sin duda -dije.

Él seguía amontonando los últimos libros en los cajones, y las últimas latas de conserva. Yo estaba contenta de dejar Chicago. Al menos en Parker las cosas no se empeñarían en parodiar el pasado; habría un jardín y tendríamos dos camas, sería menos sofocante. Me puse a hacer mi valija; metí en el fondo el huipil indio: nunca más lo usaría, me parecía que llevaba algo maléfico en sus bordados; toqué con repugnancia todas esas faldas, esas blusas, esas soleras que yo había elegido con tanto cuidado. Cerré la valija y me serví un gran vaso de whisky.

-No deberías beber tanto -dijo Lewis.

-¿Por qué no?

Tomé una pastilla de benzedrina; necesitaba ayuda para atravesar esos días en que debía aprender hora tras hora que ya no me quería. Y hoy venían a

buscarnos unos amigos en auto, yo no tendría ni un minuto para llorar en un rincón.

-Ana. Evelyne. Ned.

Di apretones de mano. Sonreí. El auto atravesó la ciudad y luego parques y suburbios; Evelyne me hablaba, yo contestaba. Atravesamos una inmensa pradera erizada de altos hornos, loteos, bosques bien peinados, y luego nos detuvimos al extremo de una ruta cortada por pastos gigantes; un camino de granza conducía hacia una casa blanca; adelante había un césped que bajaba en pendiente suave hacia un estanque. Miré ávidamente las dunas brillantes, el agua florecida de nenúfares, las cortinas de árboles tupidos; iba a vivir aquí durante dos meses como si estuviera en mi casa y luego me iría: para no volver jamás.

-¿Y? -dijo Lewis.

-Es magnífico.

En el extremo del césped, al lado de un horno de ladrillos, cuya chimenea humeaba, había gente sentada; gritaron alegremente: "¡Bienvenida a los nuevos inquilinos!"

Apreté manos: Dorothy, su hermana Virginia, su cuñado Willle, que trabajaba en los altos hornos vecinos, y Bert, que era profesor en Chicago. Las salchichas alemanas se tostaban sobre una parrilla negra, había un olor agradable a cebolla frita y a fuego de leños. Alguien me tendió un vaso de whisky y lo tomé de un trago: lo necesitaba.

-¿No es verdad que la casa es una joya? -dijo Dorothy-. El lago está justo detrás de las dunas; hay un bote para atravesar el estanque: en cinco minutos se está en la playa.

Era una mujer negrita Con un rostro duro y curtido, Con voz exaltada. Había amado a Lewis; quizá aún lo amaba; sin embargo, había un calor sincero en su mirada.

-A la noche -dijo-, será maravilloso hacer la comida al aire libre; los bosques están llenos de ramas secas, no hay más que recogerlas.

-Te compraré un hacha -dijo alegremente Lewis- y cuando no seas juiciosa te condenaré a ir a cortar leña -me tomó del brazo-. Ven a ver la casa.

Volví a encontrar en su rostro el fuego alegre de la impaciencia. Antes me había mirado Con esa sonrisa de orgullo.

-Los últimos muebles llegan mañana. Aquí pondremos las camas; la habitación del fondo será la biblioteca.

Cualquiera hubiera dicho que se trataba de una pareja de enamorados que preparaban su nido; y cuando volvimos al jardín sentí en todas las miradas una curiosidad cómplice:

-¿Conservan su departamento de Chicago? -preguntó Virginia.

-Sí, conservamos el departamento.

Sus miradas nos confundían y yo decía: "Lewis y yo", "nosotros", él también. Hablaba con animación; habíamos hablado, muy poco desde mi llegada y era la primera vez que lo veía alegre; ahora necesitaba de los demás para estar alegre. Hacía mucho más fresco que en Chicago y el olor a hierba me aturdía. Tenía ganas de arrojar lejos de mí ese peso que me oprimía el corazón y de estar alegre yo también.

-Ana, ¿quieres dar una vuelta en bote?

-Me gustaría mucho.

Las luciérnagas se encendían en el crepúsculo mientras bajábamos la escalerita; me senté en el bote y Lewis lo apartó de la orilla; lianas gelatinosas se enroscaban a sus remos. En el estanque, en las dunas, era una verdadera noche de campo; pero encima del puente el cielo era rojo y violeta, un cielo sofisticado de gran ciudad: los fuegos de los altos hornos lo quemaban.

-Es tan lindo como los cielos del Mississippi -dije.

-Sí, dentro de algunos días tendremos luna llena.

Librodot

La hoguera de un campamento crepitaba en el flanco de las dunas; de tanto en tanto una ventana brillaba a través de los árboles; una de ellas era la nuestra. Como todas las ventanas que brillan a lo lejos en la noche prometía la felicidad.

-Dorothy es simpática -dije.

-Sí -dijo Lewis-. Pobre Dorothy. Trabaja en un *drug store* en Parker y su marido le pasa una rentita; dos chicos, toda la vida aquí, sin ni siquiera un hogar para ella: es duro.

Hablábamos de los demás entre nosotros, el agua negra nos aislaba del mundo, la voz de Lewis era tierna, su sonrisa cómplice; me pregunté de pronto: "¿Todo está verdaderamente terminado?" Yo había caído en seguida en la desesperación por orgullo, por no parecerme a todas las mujeres que se mienten, y también por prudencia, para evitarme los suplicios de la duda, de la espera, de la decepción: quizá me había apresurado demasiado. La naturalidad de Lewis, sus excesos de franqueza no eran naturales: en verdad no es ni frívolo ni brutal, no ostentaría crudamente su indiferencia si no fuera el efecto de una decisión. Había decidido no quererme más, sea; pero tomar una decisión y mantenerla son dos cosas distintas.

-Habrá que bautizar nuestro botecito -dijo Lewis-. ¿Qué te parecería llamarlo Ana?

-¡Me enorgullecería mucho!

Ahora me miraba con una de sus expresiones de antaño; era él quien había propuesto este paseo de enamorados. Quizá empezaba a cansarse de ser falsamente juicioso; quizá vacilaba en arrojarme de su corazón. Volvimos a tierra y nuestros invitados no tardaron en irse. Nos acostamos el uno junto al otro en la cama angosta instalada provisoriamente. Lewis apagó la luz.

-¿Crees que te encontrarás bien aquí? -preguntó.

-Estoy segura.

Apoyé mi mejilla contra su hombro desnudo; él acarició suavemente mi brazo y me apreté contra él. Era mi mano sobre mi brazo, era su calor, su olor y yo ya no tenía ni orgullo ni prudencia. Volví a encontrar su boca y mi cuerpo se derretía de deseo mientras mi mano se arrastraba sobre el vientre tibio; él también me deseaba y entre nosotros el deseo siempre había sido amor; algo volvía a empezar esta noche, yo estaba segura. De pronto se acostó sobre mí y me poseyó sin una palabra, sin un beso. Ocurrió tan ligero que me quedé sorprendida. Fui la primera en decir:

-Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Lewis volviéndose hacia la pared.

Una rabia desesperada me subió a la garganta. "No tiene derecho", murmuré. Ni por un momento me había dado su presencia, me había tratado como máquina de placer. Aun que no me quisiera no debía hacer eso. Me levanté; odiaba su calor. Fuí a sentarme al *living-room* y lloré cuanto quise. Ya no comprendía nada. ¿Cómo nuestros cuerpos se han vuelto tan extraños, ellos que se han querido tanto? Él decía: "Soy tan feliz, estoy tan orgulloso"; él decía: "¡Ana!" Con sus manos, sus labios, su sexo, con toda su carne me daba su corazón: era ayer. Todas esas noches cuyo recuerdo todavía me quemaba: bajo la manta mexicana, sobre la cucheta acunada por el Mississippi, a la sombra de los mosquiteros, ante un fuego con olor a resina, todas esas noches. ..¿no resucitarían jamás?

Cuando volví a la cama, agotada, Lewis se levantó sobre un codo; me preguntó con fastidio:

-¿Es tu programa para el verano pasar días agradables y llorar toda la noche?

-¡Ah, no tomes ese tono superior! -dije con violencia-. Lloro de rabia. Acostarse así, en frío, es horrible: no debiste.

-No puedo dar un calor que no siento -dijo Lewis.

-Entonces no debías acostarte conmigo.

-Tenías tantas ganas -dijo apaciblemente-, no quise negarme.

Librodot

-Hubiera sido mejor negarte. Prefiero que decidamos no volver a acostarnos nunca juntos.

-Es mucho mejor si después de eso tienes que pasarte la noche llorando. Trata de dormir.

No había hostilidad en su voz, solamente indiferencia. Su calma me desconcertaba; me quedé acostada de espaldas, los ojos fijos; el lago rugía a lo lejos con un ruido de usina. ¿Lewis decía la verdad? ¿Era yo la culpable? Sí, sin lugar a duda yo era culpable: no tanto por haber mendigado sus caricias como por haberme inventado falsas esperanzas. Seguramente Lewis no estaba completamente de acuerdo consigo mismo, es lo que explicaba sus cambios de conducta; pero para un hombre como él no hay ninguna distancia entre la negativa de amar y la ausencia de amor; había decidido deliberadamente no quererme más: el resultado es que no me quería más. El pasado estaba bien muerto. Una muerte sin cadáver, como la de Diego: es lo que hacía difícil creer en ella. Si al menos yo hubiera podido llorar sobre una tumba, eso me hubiera ayudado.

-¡Es una estadía que comienza mal! -dijo Lewis a la mañana siguiente con aire inquieto.

-¡Pero no! -dije-. No ha pasado nada grave. Déjame habituarme y todo andará muy bien.

-¡Desearía tanto que todo anduviera bien! -dijo Lewis-. Me parece que podríamos pasarlo agradablemente juntos. Cuando no lloras me entiendo bien contigo.

Su mirada me interrogaba; había mucha mala fe en su optimismo; Lewis pasaba por alto mis propios sentimientos; sin embargo, su ansiedad era sincera; le desesperaba apenarme.

-Estoy segura que pasaremos un lindo verano -dije.

Se parecía a un lindo verano. Cada mañana atravesábamos en bote el estanque de hierbas gelatinosas, escalábamos las dunas de arena que me quemaban los pies; a la derecha, la playa desierta se extendía al infinito; a la izquierda, iba a morir a los pies de los altos hornos, empenachados de llamas. Nadábamos, nos bronceábamos al sol mirando los pájaros blancos erguidos sobre altas patas que picoteaban la arena; y volvíamos hacia la casa, cargados como indios con gavillas de ramas secas. Yo pasaba horas leyendo sobre el césped en medio de las ardillas grises, de los grajos azules, de las mariposas y de los grandes pájaros pardos de pecho rojo; a lo lejos oía tabletear la máquina de escribir de Lewis. Por la noche encendíamos fuego en el horno de ladrillos, yo ponía a derretir un bloque de hielo en el cual estaba momificado un pollo desarticulado, o Lewis cortaba con un serrucho un bife petrificado y cocíamos bajo las cenizas choclos envueltos en hojas húmedas. Juntos oíamos música o mirábamos en la pantalla de la televisión un viejo film, un match de box. Nuestra felicidad estaba tan bien imitada que a menudo me parecía que de un momento a otro iba a volverse verdadera.

Dorothy había caído en esa mentira, la fascinaba; solía llegar de noche en su bicicleta roja, olfateaba el olor de las salchichas, respiraba el humo de los sarmientos: "¡Qué noche magnífica! ¿Ven las luciérnagas? ¿Ven las estrellas? ¿Y esas hogueras de los campamentos sobre las dunas?" Me describía ávidamente esa vida que nunca sería suya y que no era verdaderamente mía. Me aturdía con halagos, consejos y devoción.

Ella había amueblado la casa, ella nos aprovisionaba, y además nos hacía un montón de pequeños servicios inútiles. Siempre llegaba cargada de mensajes milagrosos: una receta de cocina, una nueva clase de jabón, un prospecto alabando una máquina de lavar último modelo, un artículo crítico anunciando un libro sensacional; podía soñar durante semanas en las ventajas de una nevera perfeccionada, capaz de conservar durante seis meses un tonel de crema fresca; no tenía un techo propio y estaba abonada a una costosa revista de arquitectura donde contemplaba con fruición las fabulosas mansiones de los millonarios. Yo escuchaba

pacientemente sus proyectos in continuidad, sus gritos de entusiasmo, toda su charla interminable de mujer que ya no espera nada. Lewis solía exasperarse: " ¡Nunca hubiera podido vivir con ella! ", me decía. No, él no hubiera podido casarse con Dorothy y yo no había podido casarme con él, y él ya no me quería; ese jardín, esa casa, prometían una dicha que no era para ninguno de nosotros.

Naturalmente, fue Dorothy quien nos arrastró un domingo a la feria de Parker: adoraba las expediciones colectivas. Bert vino a buscarnos en su coche y Dorothy transportó en su viejo auto a Virginia, Willie y Evelyne. Lewis no había sabido negarse, pero iba sin entusiasmo. En cuanto a mí, la perspectiva de esa tarde de regocijo, seguida por una comida en casa de Virginia, me consternaba. Siempre temía, cuando estaba demasiado tiempo expuesta a las miradas, no sostener hasta el final mi papel de mujer feliz.

-¡Dios mío! ¡Cuánta gente! ¡Cuánto polvo! -dijo Lewis entrando al parque de atracciones.

-Ah, no empieces a rezongar -dijo Dorothy; se volvió hacia mí-, Cuando se pone desagradable parece que quisiera apagar el sol.

Su rostro brillaba de una esperanza un poco loca mientras se precipitaba hacia un *stand* de tiro al blanco; de barraca en barraca, parecía esperar extraordinarias revelaciones. Yo me esforzaba por sonreír; contemplé con toda la curiosidad que pude juntar, a los monos sabios, las bailarinas desnudas, el hombre foca, la mujer tronco; prefería los juegos que exigían la atención de todo mi cuerpo: con pasión derrumbé quillas y latas de conserva, dirigí alfombras giratorias, automóviles enanos, y guié aviones a través de cielos pintados. Lewis me observaba con malicia:

-¡Es bárbaro cómo te tomas las cosas en serio! Parece que te estás jugando la cabeza.

¿Había que ver dobles sentidos en su sonrisa? ¿Pensaba que yo había puesto en el amor la misma seriedad fútil, el mismo falso ardor? Dorothy replicó con vivacidad:

-Es mejor que ostentar todo el tiempo grandes aires de superioridad -me tomó del brazo con autoridad. Cuando pasamos ante el *stand* de un fotógrafo acarició con su mano ruda la seda de mi vestido-: Ana, hágase fotografiar con Lewis. ¡Tiene un vestido tan bonito y ese peinado le queda tan bien!

-Oh, sí. Quisiéramos una foto tuya -dijo Virginia.

Yo vacilé; Lewis me tomó del brazo:

-Vamos a inmortalizarnos -dijo alegremente-. Puesto que parece que eres tan seductora.

"Para otros -pensé tristemente- y nunca más para él. " Me senté a su lado en un aeroplano pintado y me costó mucho sonreír; él no veía mis vestidos, para él sólo tenía cuerpo y apenas un rostro. ¡Si al menos hubiera podido pensar que un cataclismo me había desfigurado! Pero soy yo tal como me quiso y ya no me quiere. El impulso de Dorothy lo demostraba y por eso había trastornado todo mi equilibrio; me derretía, me derrumbaba. Y tendría que estar erguida y sonreír hasta media noche.

-Lewis, tendrías que hacerle compañía a Evelyne -dijo Dorothy-, el sol la cansa. Quiere sentarse a la sombra; cuando vuelva del *toilette* ofrécele una copa mientras vamos a ver las figuras de cera.

-¡Ah, yo no! -dijo Lewis.

-Pero necesitamos a un hombre que se ocupe de ella. No conoce a Bert y no puede soportar a Willie.

-Pero yo no puedo soportar a Evelyne -dijo Lewis.

-Bueno, me quedaré con ella -dijo Dorothy con rabia. Hizo un gesto y dijo-: No, Ana, usted no. Vaya, vaya, ya me contará.

Cuando nos alejábamos le dije a Lewis:

-¿Por qué no eres más amable con Dorothy?

-Pero ella invitó a Evelyne; nadie le pidió que la invitara.

Librodot

Renuncié a discutir y me absorbí en la contemplación de los asesinos petrificados en sus asesinatos junto a sus víctimas petrificadas en su muerte; sentada sobre la cama en que acababa de dar a luz, una mexicanita de cinco años acunaba a un recién nacido; Goering agonizaba sobre una camilla y unos ahorcados vestidos con uniformes alemanes colgaban de la horca. Detrás del alambre de púa cadáveres de cera se amontonaban en un enorme osario. Yo los contemplaba estupefacta.

Buchenwald y Dachau retrocedían al fondo de la historia, tan lejos como los cristianos comidos por los leones en el Museo Grévin. Cuando me encontré afuera, en el aturdimiento del sol, Europa entera se había ido a los confines del espacio. Miré a las mujeres de hombros desnudos, a los hombres con camisas estampadas que comían *hot-dogs* o lamían helados: nadie hablaba mi idioma, yo misma lo había olvidado; había perdido todos mis recuerdos y hasta mi imagen; no había ni un espejo en casa de Lewis que estuviera a la altura de mis ojos; me pintaba como podía ante un espejo de cartera; apenas recordaba quién era y me preguntaba si París todavía existía.

Oí que Dorothy decía con voz enojada:

-Ustedes deciden volver sin siquiera pedirle a Ana su opinión. Parece que a las siete van a dar viejas películas mudas; me hablaron de un prestidigitador extraordinario.

Su voz suplicaba, pero a su alrededor todos los rostros se habían cerrado.

-¡Ah, vámonos! -dijo Willie-. Hay unos Martinis que nos esperan y todo el mundo tiene hambre.

-Los hombres son tan egoístas -murmuró.

Me senté entre ella y Willie en su viejo automóvil; estaba tan decepcionada que no habló durante todo el trayecto: yo tampoco. Al bajar del auto me tomó del brazo y dijo bruscamente: -¿Por qué no te quedas aquí? Deberías quedarte.

-No puedo.

-¿Pero por qué? ¡Es una lástima!

-No puedo.

-¿Al menos volverás? Vuelve en primavera: aquí es la estación más linda.

-Trataré.

"¿Con que derecho me habla así?, me decía irritada entrando a la casa. ¿Por qué tanta amabilidad inútil cuando Lewis no me había dicho una sola vez: volverás?" Acepté con gusto el vaso de Martini que me ofrecía Willie. Tenía los nervios a flor de piel. Contemplé desesperanzada la mesa cubierta de fiambres, de ensaladas, de tortas: ¡sería largo comer todo eso! Dorothy había desaparecido; volvió empolvada de blanco, vestida con un viejo y florido vestido largo. Bert, Virginia, Evelyne, Lewis, llegaron a su vez riendo. Hablaban todos juntos y yo no traté de seguir la conversación; miraba a Lewis, que estaba de nuevo alegre, y me preguntaba: "¿Cuándo estaré sola con él?" Así había acechado la partida de Teddy, la de María, pero hoy mi impaciencia era estúpida: lejos de los demás, Lewis no estaría más cerca de mí. Bert puso sobre mis rodillas un plato de sandwiches, me sonreía y oí que me preguntaba:

-¿Usted estaba en París el 24 de agosto del 44?

-Ana pasó toda la guerra en París -dijo Lewis con una especie de orgullo.

-¡Qué día! -dijo Bert-. Pensábamos encontrar una ciudad muerta: y en todos lados mujeres con vestidos floreados, con espléndidas piernas tostadas, tan distintas de las francesas que uno se imagina aquí.

-Sí -dije-, sus corresponsales quedaron decepcionados por nuestra buena salud.

-¡Oh, qué imbéciles! -dijo Bert-. Era fácil comprender que los enfermos y los viejos no estaban en las calles; ni los deportados ni los muertos -su cara redonda se tornó soñadora-: ¡de todas maneras fué un día extraordinario!

-Cuando llegué -dijo Willie con tristeza-, ya no nos querían nada.

Sí, nos hicimos odiar muy pronto -dijo Bert-. Nos portamos como brutos.

Librodot

-Forzosamente -dijo Lewis.

-Habría podido evitarse; hubiera bastado un poco de disciplina.

-¿Te parece que no colgaron a bastantes tipos? -dijo Lewis vivamente-. Arrojan a los hombres a la guerra y luego a la primera violación los cuelgan.

-Han colgado demasiados, de acuerdo -dijo Bert-; pero justamente por no haber tomado desde el principio las medidas necesarias.

-¿Qué medidas? -dijo Willie.

-Ah, si se ponen a hablar de su guerra, no terminamos más -dijo Dorothy.

Los rostros de los tres soldados brillaban de animación, se arrancaban locuazmente la palabra; su simpatía por Francia no era dudosa, no tenían ninguna complacencia por su propio país y, sin embargo, yo los escuchaba con molestia: se contaban su guerra, una guerra de la que nosotros no habíamos sido sino el pretexto un poco irrisorio; sus escrúpulos respecto a nosotros se parecían a los que un hombre puede sentir por una mujer débil o una bestia pasiva; y ya con nuestra historia fabricaban leyendas de cera. Cuando por fin callaron, Evelyne me preguntó con voz languidesciente:

-¿Y cómo está París en este momento?

-Invadido por americanos -dije.

-¿No parece gustarte? -dijo Lewis-. ¡Qué pueblo ingrato! ¡Los llenamos de leche en polvo, vamos a inundarlos de coca-cola y de tanques y no caen de rodillas ante nosotros! -se echó a reír-. Grecia, China, Francia; ayudamos, ayudamos, es bárbaro: una nación de boy-scouts.

-¿Te parece gracioso? -dijo Dorothy con voz agresiva-. ¡Es lindo el ingenio! -se encogió de hombros-. Cuando hayamos largado bombas atómicas sobre toda la tierra, Lewis seguirá obsequiándonos todavía con algunos chistes bien negros.

Lewis me miró alegremente:

-¿No fué un francés quien dijo que era mejor reír de las cosas que llorar?

-No se trata de llorar o de reír sino de obrar -dijo Dorothy.

El rostro de Lewis cambió: -Voto por Wallace, hablo para él, ¿qué más quieres que haga?

-Sabes lo que pienso de Wallace -dijo Dorothy-; nunca ese hombre creará un verdadero partido de izquierda; sirve apenas de pretexto a los que quieren comprarse barato una conciencia limpia...

-¡Dios mío, Dorothy! -dijo Willie-. Un verdadero partido de izquierda no puede crearlo Lewis ni ninguno de nosotros. ..

-Sin embargo -dije-, son muchos los que piensan lo que ustedes piensan, ¿no hay manera de unirse?

-En primer lugar somos cada vez menos numerosos -dijo Lewis - y además estamos aislados.

- Y sobre todo les parece mucho más confortable burlarse que intentar algo- dijo Dorothy.

A mí también la fría ironía de Lewis me exasperada a veces; era lúcido, crítico; a menudo hasta se indignaba; pero tenía con los errores y las taras que le reprochaba a los Estados Unidos la misma intimidad que el enfermo con su enfermedad, que el atorrante con su mugre: eso bastaba para que me pareciera vagamente cómplice. Me dije de pronto que me reprochaba que no hubiera adoptado su país, pero que él nunca se habría radicado en el mío: era mucha arrogancia. "¡Por nada del mundo me habría vuelto americana!", protesté en mi interior. Y mientras seguían discutiendo me pregunté divertida de dónde venía a surgir en mí esa Colette Baudoche irritada.

El auto de Bert nos llevó a casa y Lewis me tomó tiernamente entre sus brazos;

-¿Pasaste un día agradable?

.-Muy agradable -dije. Agregué-: ¡Qué agresiva estaba Dorothy!

-No es feliz -dijo Lewis; reflexionó-. Virginia tampoco, ni Willie ni Evelyne. Es una gran suerte la que tenemos tú y yo de sentirnos más o menos bien en nuestro pellejo.

-Yo no me siento tan bien.

-Tienes malos momentos, como todo el mundo; pero no es crónico.

Hablaba con tanta seguridad que no encontré nada que contestar.

Él agregó:

-Todos son más o menos esclavos: de su marido, de su mujer, de sus hijos; esa es su desgracia.

-El año pasado me dijiste que deseabas casarte -dije.

-A veces lo pienso -Lewis se echó a reír-. Pero en cuanto estuviera encerrado en una casa con una mujer y unos chicos ya no tendría más que una idea: escapar.

Su voz alegre me dió valor:

-Lewis. ¿crees que volveremos a vernos?

Bruscamente, su rostro se oscureció.

-¿Por qué no? -dijo en tono frívolo.

-Porque vivimos muy lejos el uno del otro.

-Sí. Vivimos lejos.

Desapareció en el cuarto de baño; siempre era así: en cuanto me acercaba a él se escurría; sin duda tenía miedo de que yo le reclamara un calor, o mentiras o promesas que no podía darme. Empecé a desvestirme. Yo había previsto que ese momento de intimidad sería decepcionante; no por eso estaba menos decepcionada. Era una suerte que mi carne estuviera tan exactamente armonizada a la de Lewis que adoptaba sin dificultad su indiferencia; dormíamos en nuestras camas gemelas, separadas por un abismo de hielo, y yo ya ni siquiera comprendía el sentido de la palabra deseo.

Yo habría deseado que mi corazón fuera igualmente conciliador: Lewis pretendía que para amar había que trabajarse la cabeza; ¿supongamos que yo deje de trabajármela? Lewis dormía, yo escuchaba su respiración pareja y por primera vez trataba de verlo con otros ojos que los míos: con los ojos malévolos de Dorothy. Es verdad que era egoísta. Había decidido sacar de nuestra historia el mayor placer y el menor fastidio posible y lo que yo sentía le era indiferente. Me había dejado ir a Chicago sin advertirme de nada, porque le agradaba verme; una vez que me había tenido a su merced, me había anunciado sin miramientos que ya no me quería; para colmo exigía que yo pusiera buena cara: verdaderamente sólo le importaba de sí mismo. Después de todo, ¿por qué se defendía tan ásperamente contra las nostalgias, las emociones, el sufrimiento? Había mucha avaricia en esa prudencia. Yo trataba a la mañana siguiente de fortalecerme en la severidad. Miraba a Lewis regar con aire reflexivo el césped del jardín y me dije: "Es un hombre entre otros. ¿Por qué voy a empeñarme en mirarlo como a único?" Oí el coche del correo. El cartero arrancó la banderita roja plantada sobre el buzón y la arrojó al interior con la correspondencia. Subí el sendero de granza. No había cartas, sólo había un montón de diarios. Iba a leer los diarios, luego elegiría un libro en la biblioteca, iría a nadar, por la tarde escucharía discos: podía hacer un montón de cosas agradables sin seguir torturándome la cabeza ni el corazón.

-¡Ana!- gritó Lewis-. Ven a ver: he atrapado un arco iris -regaba el césped y un arco iris bailaba en el chorro de agua-. ¡Ven pronto!

Yo reconocía esa voz apremiante y cómplice, ese rostro feliz: un rostro que no se parecía a ningún otro. Era Lewis, era él. Había dejado de quererme pero seguía siendo él mismo. ¿Por qué iba a pensar mal de él de pronto? No, no podía arreglármelas tan barato. En verdad lo comprendía. Yo también aborrezco la desdicha y me repugnan los sacrificios: yo comprendía que se negara a la vez a sufrir por mí ya perderme; comprendía que estuviera demasiado ocupado en arreglárselas con su propio corazón para inquietarse mucho de lo que ocurría en el mío. Y luego recordaba su acento cuando me había dicho crispando su mano sobre mi hombro: "Me casaría contigo en seguida." En ese momento yo había repudiado

Librodot

todo rencor para siempre. Cuando verdaderamente uno ya no quiere amar no ama más; pero uno no lo quiere a voluntad.

Seguí por lo tanto queriendo a Lewis: no era muy descansado. Bastaba una inflexión de su voz, para que en un impulso lo encontrara todo entero; un minuto más tarde lo había perdido de nuevo. Cuando fué a pasar un día a Chicago aquel fin de semana me sentí más aliviada: veinticuatro horas de soledad serían una tregua. Lo acompañé a la parada de ómnibus y volví lentamente hacia la casa, a lo largo de la ruta bordeada de jardines y de casas de veraneo. Me senté sobre el césped entre libros. Hacía mucho calor, ni una hoja se movía; a lo lejos el lago callaba. Saqué de mi cartera la última carta de Roberto; me contaba detalladamente el proceso de Madagascar; Enrique había escrito un artículo que aparecería en el próximo número de *Vigilance*, pero eso no bastaba; hubiera habido que tener entre manos un diario o un semanario de gran tiraje para influir en la opinión; habían pensado en organizar un mitin, pero les faltaba tiempo. Volví a doblar la carta. Seguí con los ojos un avión que pasaba en el cielo: pasaban todo el tiempo; hubiera podido llevarme a París. ¿Para qué? De haber estado yo junto a él, Roberto en vez de escribirme me habría hablado, pero eso no hubiera solucionado nada; yo no podía nada por él y él no me reclamaba, no tenía ninguna razón de irme de aquí; miré a mi alrededor: el césped estaba bien peinado, el cielo liso, las ardillas y los pájaros parecían animales domésticos; tampoco tenía ninguna razón para quedarme. Tomé un libro: *La literatura en Nueva Inglaterra*; un año antes me hubiera apasionado; pero ahora, el país de Lewis, su pasado, habían dejado de incumbirme; todos esos libros que yacían sobre el césped eran mudos. Me desperecé: ¿qué hacer? No tenía absolutamente nada que hacer. Me quedé plantada ahí, inmóvil, durante un tiempo que me pareció muy largo, y de pronto fui presa de pánico. Estar paralizada, ciega, sorda, con una conciencia despierta, a menudo me he dicho que no hay suerte peor: era la mía. Terminé por levantarme y entré en la casa. Me bañé, me lavé la cabeza, pero nunca he sabido ocuparme mucho tiempo de mi cuerpo. Abrí la heladera: una jarra de jugo de tomate, otra llena de jugo de naranja, ensaladas preparadas, carnes frías, leche; no tenía más que extender la mano, y las alacenas estaban repletas de conservas, de polvos mágicos, de arroz-minuta que basta con hacer hervir: en un cuarto de hora había terminado de comer. Hay seguramente un arte de matar el tiempo, pero me es desconocido. ¿Qué hacer? Escuche algunos discos y luego abrí la televisión; me divertía saltando de un canal al otro, mezclando películas, comedias, aventuras, noticiosos informativos, dramas policiales, historias fantásticas. Pero en un momento dado algo ocurrió allí en el mundo; por más que yo hiciese girar el dial la pantalla continuaba en blanco. Pensé en dormir. Pero por primera vez en mi vida tuve miedo de los malhechores, de los ladrones, de los escapados del manicomio, tenía miedo del sueño y miedo del insomnio. Ahora el lago rugía, los animales hacían crujir las ramas secas; en la casa el silencio era sofocante. Atranqué todas las puertas, fui a buscar a mi cuarto una manta y una almohada, me acosté vestida sobre el diván y dejé la luz encendida. Me dormí; entonces por las ventanas entraron hombres que me mataron. Cuando me desperté un pájaro silbaba, otro auscultaba los árboles a picotazos. Yo prefería mis pesadillas a la realidad, cerré los ojos, pero era de día bajo mis párpados. Me levanté. ¡Qué vacía estaba la casa! ¡Qué desnudo estaba el porvenir! Antes yo hubiera mirado con emoción la salida de baño blanca tirada a través de un sillón y las viejas zapatillas olvidadas bajo el escritorio; ahora ya no sabía lo que esos objetos significaban. Pertenecían a Lewis, sí Lewis siempre existía; pero el hombre que me quería había desaparecido sin dejar rastros. Era Lewis: no era él. Yo estaba en su casa y en casa de un extraño.

Salí, recorrí el sendero de granza: la bandera del buzón había desparecido, el cartero había pasado. Tomé la correspondencia: había una carta para mí: Myriam viajaba a México con Philipp; a la vuelta pensaban detenerse en Chicago; esperaban verme. Yo no los había visto desde el 46, pero Nancy había ido a París en el pasado mes de mayo y yo les había dado mi dirección en Estados Unidos; no tenía nada de

Librodot

extraordinario que Myriam me hubiera escrito y, sin embargo, miré la carta con estupor. Me recordaba un tiempo en que Lewis no existía para mí: ¿cómo su ausencia se había convertido en ese vacío devorador? Un vacío en el cual se hundía todo. El jardín estaba muerto, mis recuerdos también; imposible interesarme ni por un minuto en Myriam, en Philipp, en nada. Solamente contaba ese hombre que yo esperaba y ni siquiera sabía quién era. No sabía quién era yo misma. Di vueltas por el jardín caminé de una punta a la otra de la casa, llamé: "¡Lewis, vuelve, ayúdame!" Tomé whisky y benzedrina: en vano. Siempre ese vacío insoportable. Me senté junto al ventanal y aceché.

"¡Lewis! Era alrededor de las dos cuando oí su paso sobre la granza; me precipité; tenía los brazos cargados de paquetes: libros, discos, té de China, una botella de Chianti; parecían regalos, era un día de fiesta. Le tomé la botella de las manos.

-Chianti: ¡qué buena idea! ¿Te divertiste? ¿Ganaste al póker? ¿Qué quieres comer? ¿Un bife? ¿Pollo?

-Ya almorcé-dijo Lewis. Dejaba los paquetes, se sacaba los zapatos, se ponía las zapatillas.

-Tuve miedo toda la noche sin ti: soñé que me asesinaban unos malhechores.

-Supongo que habías tomado demasiado whisky.

Fué a sentarse en el sillón, junto al ventanal, y me instalé en el diván.

-Cuéntame todo.

-No ha pasado nada extraordinario.

Yo lo había recibido en la forma desairada común a las mujeres que ya no son queridas: demasiado calor, demasiadas preguntas, demasiado fervor. Él contaba, pero sin ganas. Sí, había jugado al póker, no había ganado ni perdido. Teddy estaba preso por los motivos de siempre. No había visto a Marta. Había visto a Bert, pero no habían hablado de nada en especial. Parecía fastidiado en cuanto yo reclamaba un detalle. Para terminar tomó un diario y yo abrí un libro que fingí leer; yo no había almorzado, pero no podía comer.

"¿Pero qué es lo que esperaba?", me pregunté. Había renunciado a la esperanza de recobrar el pasado; ¿entonces, qué esperaba? ¿Una amistad capaz de reemplazar al amor perdido? Pero no sería gran cosa un amor si algo pudiera reemplazarlo: No, era tan definitivo como una muerte. De nuevo pensé: "¡Si al menos me quedara un cadáver entre los brazos!" Hubiera querido acercarme a Lewis, ponerle las manos sobre el hombro y preguntarle: "¿Cómo semejante amor ha podido hacerse humo?, explícame." Pero él me contestaría: "No hay nada que explicar."

-¿No quieres dar una vuelta por la playa? -propuse.

-No, no tengo ganas de nada -dijo sin alzar la vista.

Habían pasado sólo dos horas; todavía me quedaba por vivir todo el resto del día, la tarde, la noche y otro día más, y otros días más. ¿Cómo matarlos? ¡Si al menos hubiera habido un cine cercano o un verdadero campo, con bosques, praderas, donde yo pudiera caminar hasta agotarme! Pero esas rutas rectas bordeadas de jardines eran patios de prisión. Llené un vaso. El sol brillaba y, sin embargo, la luz no tenía bastante vigor para mantener las cosas a distancia, me aplastaban; las letras de mi libro se pegaban a mis ojos y me cegaban: no había caso de leer; yo trataba de pensar en París, en Roberto, en el pasado, en el porvenir; imposible; estaba encerrada en ese instante, atada, con un collar al cuello. Mi peso me ahogaba, mi soplo envenenaba el aire; hubiera querido escapar de mí misma; y justamente es lo que nunca volvería a serme dado. "Acepto renunciar a hacer el amor -pensé-, a vestirme de vieja, a tener pelo blanco, pero nunca más a salir de mí, ¡qué tortura!" Mi mano tocó la botella, la abandonó; estaba demasiado entrenada; el alcohol me hacía daño al estómago sin aturdirme ni reconfortarme. ¿Qué iba a ocurrir? Era necesario que algo ocurriera: ese suplicio inmóvil no podía eternizarse. Lewis seguía leyendo y tuve una brusca iluminación: "¡Ya no es el mismo!" El hombre que me quería había desaparecido y Lewis también.¡Cómo había

Librodot

podido equivocarme! ¡Lewis! ¡Lo recordaba tan bien! Decía: "Tienes una linda cabecita, redonda. ¿Sabes cuánto te quiero?" Me daba una flor, me preguntaba: "¿En Francia comen flores?" ¿Qué se había hecho de él? ¿Y quién me había condenado a esa fúnebre intimidad con un impostor? De pronto oí el eco de un recuerdo aborrecido: un bostezo.

-¡Ah, no bosteces! -dije echándome a llorar.

-¡Ah, no llores! -dijo.

Caí cuan larga era sobre el diván. Caía a pique; discos naranjados giraban ante mis ojos y yo caía en las tinieblas.

-Cuando empiezas a llorar tengo ganas de irme para no volver más -dijo Lewis con rabia.

Oí que salía de la habitación; yo lo exasperaba, terminaba de perderlo, hubiera debido detenerme; luché un instante: y luego me fuí al fondo. Muy lejos oí pasos; Lewis caminaba abajo, regó el jardín, volvió a casa. Seguí llorando.

-¿No has terminado?

No contesté. Estaba agotada, pero seguía llorando. Es bárbaro la cantidad de lágrimas que pueden contener los ojos de una mujer. Lewis fué asentarse a su escritorio, la máquina de escribir tableteó. "A un perro no lo dejaría sufrir -pensé- Yo lloro a causa de él y no hará un solo gesto." Apreté los dientes. Me había prometido no odiar jamás a ese hombre que me había abierto sin reservas el corazón. "¡Pero no es él!", me repetí. Mis dientes castañeteaban; no me hubiera resultado difícil tener un ataque de nervios. Hice un esfuerzo que me desgarró de pies a cabeza, abrí los ojos, pegué mi mirada a la pared.

-¿Qué quieres que haga? -grité-. Estoy aquí encerrada, encerrada contigo. No puedo irme a acostar en la zanja.

-¡Dios mío! -dijo con una voz un poco más amistosa-. ¡Cómo te obstinas en sufrir!

-Eres tú -dije-. Ni siquiera tratas de ayudarme.

-¿Qué se puede hacer contra una mujer que llora?

-A cualquier otra persona la ayudarías.

-Detesto verte perder la cabeza.

-¿Crees que lo hago a propósito? ¿Crees que es fácil vivir con alguien a quien una quiere y que ya no la quiere a una?

Seguía sentado en su sillón, ya no trataba de huir, pero yo sabía que no conseguiría pronunciar la palabra que necesitábamos para terminar esa escena; yo tenía que inventarle un final. Lancé palabras al azar:

-¡Estoy aquí sólo por ti, no tengo más que a ti! Cuando te resulto pesada, ¿qué puedo hacer?

-No hay por qué sollozar porque no tengo ganas de conversar justo cuando tú lo deseas -dijo-. ¿Hay que hacer todas tus voluntades?

-¡Ah, eres demasiado injusto! -dije. Me enjugué las lágrimas-. Tú me invitaste a pasar el verano aquí, me dijiste que estabas contento de que yo estuviera aquí. Entonces, no deberías tomar esos aires hostiles.

-No soy hostil. Cuando empiezas a llorar, tengo ganas de irme, eso es todo.

-No lloro tan a menudo -dije. Apreté mi pañuelo entre mis manos-: No te das cuenta. En ciertos momentos parecería que soy una enemiga, que desconfías de mí, me resulta odioso.

Lewis hizo una sonrisita:

-Desconfío un poco.

-¡No tienes derecho! -dije-. Sé muy bien que no me quieres; nunca más te he pedido nada que se parezca al amor; hago lo posible por que tengamos buenas relaciones.

-Sí, eres muy buena -dijo Lewis-, pero justamente por eso desconfío de ti -su voz subió-. ¡Tu gentileza es la más peligrosa ge las trampas! ¡Así me convenciste el año pasado! Parece absurdo defenderse contra alguien que no nos ataca, entonces

uno no se defiende y cuando vuelve a estar solo, tiene de nuevo el corazón todo revuelto. No. No quiero que eso se repita.

Me levanté, di algunos pasos para tratar de calmarme. ¡Reprocharme mi gentileza era de todas maneras el colmo!

-No puedo ser desagradable a propósito -dije-. Tú no me haces las cosas fáciles. Si es así, veo una sola solución: irme.

-¡Pero no tengo ganas de que te vayas! -dijo Lewis. Se encogió de hombros-. Las cosas tampoco son fáciles para mí.

-Ya sé-dije.

Decididamente, no podía enojarme con él. Había deseado guardarme a su lado para siempre y yo me había negado: si hoy sus humores eran caprichosos y sus deseos incoherentes, no tenía que asombrarme; uno se contradice forzosamente cuando está obligado a querer otra cosa de lo que quiere.

-No tengo ganas de irme -dije-. Pero no tienes que ponerte a detestarme.

Él sonrió: -¡No hemos llegado a eso!

-Hace un rato me hubieras dejado morir sin levantar un dedo.

-Es verdad -dijo él-. No habría podido levantar un dedo; pero no era por mi culpa: estaba paralizado.

Me acerqué a él. Por una vez que habíamos empezado a hablar, yo quería aprovechar esa oportunidad.

-Haces mal en desconfiar de mí -dije-. Hay una cosa que debes saber: no tengo nada contra ti, nunca te reproché que dejaras de quererme; no hay razón para que te resulte desagradable pensar que pienso en ti; no hay nada en mí que pueda serte desagradable.

Me interrumpí; me miraba con un poco de inquietud; tenía miedo de las palabras; yo también. He visto a demasiadas mujeres tratar de calmar con palabras las nostalgias de su carne; conozco a demasiadas que han conseguido tristemente tratar de llevar hasta la cama a un hombre aturdido de frases; es atroz una mujer que trabaja en atraer hasta su piel las manos de un hombre dirigiéndose a su cerebro. Agregué únicamente:

-Somos amigos, Lewis.

-¡Por supuesto! -me rodeó con su brazo y murmuró-: Lamento haber sido tan duro.

-Lamento haber sido tan tonta.

-¡Sí, qué tonta! Sin embargo, tuviste una buena idea: ¿por qué no fuiste a dormir a la zanja?

-Porque no hubieras ido a buscarme.

Rió:

-Pasado mañana avisaría a la policía.

-Siempre saldrás ganando -dije-, no es justo: nunca podré hacerme sufrir durante dos días, ni tratar de hacerte sufrir durante una hora.

-Es verdad. No hay mucha maldad en ese pobre corazón. ¡Ni mucho juicio en esa cabeza!

-Por eso debes ser bueno conmigo.

-Trataré -dijo apretándome alegremente contra él.

Después de eso hubo menos distancia entre nosotros. Cuando paseábamos por la playa, cuando nos acostábamos al sol, o bien por la noche escuchando discos, Lewis me hablaba con abandono. Nuestro entendimiento resucitaba; ya no temía abrazarme, besarme. Hasta hicimos el amor dos o tres veces. Cuando sentí mi boca que volvía a encontrar su boca, mi corazón se puso a latir locamente: los besos del deseo se parecen tanto a los besos del amor! Pero mi cuerpo no tardó en recobrarse. Sólo se trataba de un breve acto conyugal, un acto tan insignificante que se comprende mal cómo las grandes ideas de voluptuosidad y de pecado han podido asociársele jamás.

Los días pasaban sin demasiada dificultad; las noches sobre todo me resultaban penosas. Dorothy me había regalado una colección de cápsulas

amarillas: poseía toda clase de píldoras, sellos, comprimidos, cápsulas para diferentes usos; yo me tomaba dos o tres hipnóticos antes de meterme en la cama, pero dormía mal y tenía malos sueños. Y pronto sufrí de un nuevo mal: dentro de un mes, de quince días, de diez días iba a irme. ¿Volvería alguna vez? ¿Volvería a ver a Lewis? Sin duda él mismo no conocía la respuesta: preveía mal su corazón.

Habíamos resuelto pasar la última semana en Chicago. Una noche Myriam me llamó desde Denver para preguntarme si podíamos vernos. Dije que sí y convinimos con Lewis que yo iría a Chicago un día antes que él: nos encontraríamos en nuestra casa al día siguiente a eso de medianoche. En el momento parecía muy sencillo. Pero la mañana de mi partida sentí que me faltaba valor. Paseábamos a lo largo de la playa; el lago era de un verde tan duro que parecía posible caminar sobre las aguas. Mariposas muertas yacían sobre la arena; todos los chalets estaban cerrados, salvo la cabaña de los pescadores que hacían secar sus redes junto a una barca negra. Yo pensaba: "Es la última vez que veo el lago. La última vez de mi vida." Miraba con todas mis fuerzas, no quería olvidar. Pero para que el pasado continúe vivo hay que alimentarlo con nostalgias y lágrimas. ¿Cómo conservar mis recuerdos y proteger mi corazón? Dije bruscamente:

-Voy a telefonear a mis amigos que no voy.

-¿Por qué? -dijo Lewis-. ¡Qué idea!

-Prefiero quedarme aquí un día más.

-¡Pero estabas tan contenta de verlos! -dijo Lewis con reproche, como si nada en el mundo le resultara más extraño que un capricho.

-Ya no tengo ganas -dije.

Se encogió de hombros:

-Te encuentro absurda.

No telefoneé. En efecto, era absurdo quedarme si a Lewis le parecía absurdo. Verme un día más o un día menos, para él no contaba; entonces, ¿qué podía traerme el arrastrarme un día más sobre esa playa? Me despedí de todo el mundo. "¿Volverás?", dijo Dorothy, y dije: "Sí." Preparé mis maletas, se las confié a Lewis y sólo llevé una maletita para la noche. Cuando cerró tras de nosotros la puerta de la casa me preguntó: " ¿No quieres decirle adiós al estanque?" Sacudí la cabeza y caminé hacia la parada de ómnibus. Si me hubiera querido no habría sido un drama separarme de él por veinticuatro horas, pero hacía demasiado frío en mí: necesitaba su presencia para calentarme. En esa casa me había hecho un nido desagradable, pero por lo menos era un nido, me las arreglaba. Tenía miedo de aventurarme en el aire desnudo.

El ómnibus se detuvo. Lewis puso sobre mi mejilla un beso de rutina: "Diviértete mucho", y la portezuela se cerró con un golpe seco, él desapareció. Pronto se golpearía otra portezuela, él desaparecería para siempre; ¿cómo podría soportar lejos de él esta certidumbre? Cuando me instalé en el tren caía la noche; había una rosa té en el cielo y yo comprendía ahora que uno pudiera desmayarse respirando una rosa. Atravesamos la pradera. Y luego el tren entró en Chicago. Yo reconocía las fachadas de ladrillos negros flanqueadas de escaleras y de balcones de madera: era en un tiraje de millares de ejemplares, la casa de mi amor que ya no era mi casa.

Bajé en la estación central. Las ventanas de los edificios se encendían, los carteles al neón empezaban a brillar. Los faros, los escaparates iluminados, el enorme ruido de las calles me aturdían. Me detuve al borde del río. Sus puentes estaban levantados, un barco de carga con chimeneas negras hendía en dos con solemnidad a la ciudad entregada. Lentamente bajé hacia el lago, a lo largo de las aguas oscuras donde brillaban luces cautivas. Esas piedras transparentes, ese cielo pintado, esas aguas de las que subían las luces y los rumores de una ciudad hundida no era un sueño soñado por otro: era humana, hirviente, real, una ciudad de la tierra por la que yo caminaba en carne y hueso. ¡Cómo era de hermosa bajo sus brocatos de plata! Yo la miraba con avidez y algo zumbaba tímidamente en mi corazón. Uno cree que lo que le da todo su brillo al mundo es el amor; pero también

el mundo viste al amor con todas sus riquezas. El amor estaba muerto y la tierra estaba todavía ahí, intacta, con sus cantos secretos, sus olores, su ternura. Yo me sentía conmovida como el convaleciente que descubre que durante su fiebre el sol no se ha apagado.

Ni Myriam ni Philipp conocían Chicago; pero habían encontrado la manera de citarme en el restaurante más sofisticado de la ciudad. Al atravesar el hall lujoso me detuve ante un espejo: era la primera vez desde hacía semanas que me miraba entera; me había peinado y pintado para la ciudad, había sacado a relucir mi blusa de tela india; sus colores eran tan admirables como en Chichicastenango, yo no había envejecido, no estaba desfigurada; no me resultaba desagradable recobrar mi imagen. Me senté en el bar, recordé con sorpresa, mientras tomaba un Martini, que existen esperas apacibles y que la soledad puede ser liviana.

-¡Querida Anal -Myriam me abrazaba. Bajo su pelo de ébano y de plata parecía más joven y más decidida que nunca. El apretón de manos de Philipp estaba cargado de inefables dobles sentidos. Había engordado un poco; pero había conservado su encanto de adolescente y su elegancia distante. Hablamos con incoherencia de Francia, del casamiento de Nancy, de México; y fuimos a mendigar una mesa en el gran comedor, cuyo cielorraso chorreaba de caireles, a un *maître* desdeñoso Era -Dios sabe por qué capricho- la reconstitución exacta de la sala de Bath llamada "Pump-room", donde los ingleses elegantes del siglo XVIII iban a tomar las aguas. Unos camareros negros, disfrazados de marajás hindúes, blandían sobre picas pedazos de cordero llameantes; otros, disfrazados de lacayos del siglo XVIII, paseaban pescados gigantes.

-¡Qué carnaval! -dije.

-Me gustan estos lugares ridículos -dijo Philipp sonriendo con su sonrisa delicada. Por fin le concedieron la mesa que había reservado y compuso escrupulosamente nuestros menús. Cuando empezamos a hablar advertí con sorpresa que no estábamos de acuerdo, sobre casi nada. Habían leído el libro de Lewis, no les parecía bastante hermético; en México las corridas de toros los habían espantado; en cambio, las aldeas indias de Honduras y de Guatemala les parecían edenes poéticos.

-¡Poéticos para el turista! -dije-. ¿Pero no vieron todos esos chicos ciegos y las mujeres con sus vientres hinchados? ¡Extraño paraíso!

-No hay que juzgar a los indios por nuestra manera de vivir -dijo Philipp.

-Cuando uno se muere de hambre, se muere de hambre: es igual para todo el mundo.

Philipp levantó las cejas.

-Es extraño -dijo-. Europa acusa a los americanos de ser materialistas; pero ustedes conceden mucha más importancia que nosotros a los aspectos materiales de la vida.

-Quizá sea necesario haber gozado del confort americano para comprender hasta qué punto el confort cuenta poco -dijo Myriam.

Devoraba con desprendimiento su porción de pato con cerezas; su vestido,. de un azul eléctrico, descubría hermosos hombros maduros: era seguramente capaz de dormir en el remolque de un trailer y de seguir durante un tiempo un régimen vegetariano cuidadosamente dosificado.

-No se trata de confort -dije un poco demasiado ásperamente-; verse privado de lo necesario cuenta; ninguna otra cosa cuenta

Philipp me sonrió:

-Lo que es necesario para uno no es necesario para otros. Usted sabe mejor que yo hasta qué punto la felicidad es una cosa subjetiva -sin dejarme el tiempo de contestarle continuó-: Estamos tentados de ir a pasar uno o dos años en Honduras para trabajar en paz; estoy seguro de que esas viejas civilizaciones tienen mucho que enseñamos.

-No veo verdaderamente qué -dije-. En la medida en que usted condena lo que ocurre en este momento en los Estados Unidos sería mejor hacer algo contra eso.

Librodot

-Usted también cae en esa psicosis -dijo Philipp-. Obrar es la obsesión de todos los escritores franceses. Eso revela curiosos complejos: puesto que saben perfectamente que no cambiarán nada de nada.

-Todos los intelectuales americanos alegan su impotencia -dije-, eso es lo que parece un extraño complejo. No tendrán derecho a quejarse el día en que Estados Unidos sea completamente fascista y provoque una guerra.

Myriam dejó caer sobre su plato la croqueta que estaba pinchada en la punta de su tenedor.

-Está hablando como una comunista, Ana -dijo secamente.

-Los Estados unidos no quieren la guerra, Ana -dijo Philipp, clavando en mí una mirada cargada de reproche-. Dígaselo a sus amigos franceses. Si la preparamos activamente es justamente para no tener que hacerla. Y nunca seremos fascistas.

-No es lo que usted decía hace dos años -dije-. Pensaba que la democracia americana estaba seriamente amenazada.

El rostro de Philipp se puso serio:

-Lo que comprendí después es que no es posible defender la democracia con métodos democráticos. El fanatismo de la U.R.S.S. nos obliga a un endurecimiento simétrico; eso provoca excesos que soy el primero en deplorar; pero no significa que hayamos elegido el fascismo. Expresan el drama general del mundo moderno.

Lo miré con asombro; Dos entendíamos bien dos años atrás; él reivindicaba entonces firmemente la independencia de su pensamiento, ¡y se había dejado convencer con tanta facilidad por la propaganda oficial! Sin duda Lewis tenía razón cuando me decía: "Somos cada vez menos numerosos.... "

-En otras palabras -dije-, ¿la política oficial del State Department le parece exigida por la situación?

-Aun si se pudiera imaginar una distinta, querida Ana -dijo con dulzura-, no soy yo el que sería capaz de imponerla. No, si uno desea deslindar toda complicidad con esta época desoladora, la única solución es retirarse a algún lugar perdido y vivir apartado del mundo.

Querían seguir llevando sin preocupación su confortable vida de estetas, ningún argumento mellaría sus egoísmos distinguidos. Decidí no insistir.

-Creo que podríamos discutir toda la noche sin convencernos -dije-. Es tiempo perdido, las discusiones no conducen a nada.

-¡Sobre todo cuando hemos estado privados de usted tanto tiempo y estamos tan contentos de volver a verla! -dijo Philipp con una sonrisa. Se puso a hablar de un nuevo poeta americano.

-Ana, nos ponemos esta noche en sus manos. Estoy seguro de que es usted una guía admirable -dijo Philipp saliendo del restaurante.

Subimos al auto y los llevé a orillas del lago. Philipp aprobó:

-Es el más lindo de los *sky-line* de Estados Unidos; es más lindo que el de Nueva York.

En cambio, los burlescos le parecieron inferiores a los de Boston, los bares de los atorrantes menos pintorescos que los de San Francisco. Esas comparaciones me asombraban: ¿con qué podían compararse esos lugares que una noche Lewis había sacado de la nada? ¿Tenían su lugar en la geografía? El hecho es que yo descubría con agrado, a través de mis recuerdos, los caminos que conducían a ellos. El club Delisa pertenecía a un pasado difunto, no se situaba en ninguna parte del mundo; y ahora se me aparecía en la esquina de una calle que cruzaba otra, las dos tenían un nombre, estaban marcadas sobre un mapa.

-El ambiente es excelente -dijo Philipp con aire satisfecho.

Y mientras mirada a los malabaristas, a los bailarines, a los acróbatas, yo me preguntaba con malestar qué habría ocurrido si dos años antes en el teléfono él me hubiera contestado: "Voy". Sin duda hubiéramos pasado algunas lindas noches; pero yo no lo habría querido mucho tiempo, no lo habría querido nunca con verdadero amor. Me parecía tan extraño que el azar decidiera por mí con tanta

seguridad. Sin duda no era un azar que Philipp hubiese preferido pasar un fin de semana en Cape Cod antes que conmigo; si por deferencia hacia su madre no había venido a mi cuarto; más apasionado, más generoso, también hubiera pensado, sentido y vivido de otra manera: hubiera sido otro. No impide que las circunstancias un poco distintas habrían podido arrojarme en sus brazos, privarme de Lewis; esa idea me sublevaba. Nuestra historia me había costado muchas lágrimas; sin embargo, por nada del mundo consentiría en arrancarla de mi pasado. Y de pronto era un consuelo pensar que aun terminada, condenada, seguiría viviendo para siempre dentro de mí.

Cuando salimos del club, Philipp volvió a llevarnos al lago; los grandes edificios se habían evaporado en las brumas de la madrugada. Detuvo el coche en medio del planetárium, bajamos los peldaños del promontorio para oír lo más cerca posible el gemido de las aguas azuladas: ¡cómo eran de nuevas bajo el cielo con reflejos color pizarra! "Yo también -me dije esperanzada-", mi vida también va a volver a empezar, y será también una vida mía." Al día siguiente, de tarde, paseé con Myriam y Philipp por los parques, las avenidas, los mercados, que pertenecían con toda evidencia a una ciudad terrestre donde yo sabía manejarme sin tutela. Si el mundo me era devuelto, el porvenir no era completamente imposible.

Sin embargo, cuando en el crepúsculo el auto rojo partió hacia Nueva York, vacilé en volver a casa: tenia miedo del cuarto abandonado y del duelo de mi corazón. Me senté en un cine; y luego caminé por las calles. Nunca todavía había paseado sola por Chicago de noche; bajo sus gasas con lentejuelas, la ciudad había perdido su aire hostil, pero yo no sabía qué hacerme con ella. Rondaba desamparada a través de una fiesta a la cual no estaba invitada, y mis ojos se humedecían. Apreté los labios. No, no quiero llorar. En verdad, no lloro; me dije, son las luces de la noche que tiemblan en mí, y su centelleo se condensa en gotas saladas al borde de mis pestañas. Porque estoy aquí, porque no volveré más, porque el mundo es demasiado rico, demasiado pobre, el pasado demasiado pesado, demasiado liviano; porque no puedo fabricar felicidad con esta hora demasiado hermosa, porque mi amor ha muerto y porque yo le sobreviviré.

Tomé un taxi; me encontré nuevamente en la esquina de la calle jalonada de tachos de basura; en el zaguán oscuro golpeé el primer peldaño de la escalera; alrededor de un tanque de gas brillaba una corona roja a lo lejos el tren silbaba. Abrí la puerta; el cuarto estaba con luz, pero Lewis dormía; me desvestí apagué, me deslicé en esa cama donde había llorado tanto. ¿De dónde había sacado todas esas lágrimas? ¿Por qué? De pronto ya no había nada que mereciera un sollozo. Me aplasté contra la pared; hacía tanto tiempo que no estaba acostada en el calor de Lewis que me pareció que un desconocido me había cedido por piedad un pedazo de su cama. Él se movió, extendió la mano:

-¿Volviste? ¿Qué hora es?

-Medianoche. No quise llegar antes que tú.

-Oh, yo estaba aquí a las diez -su voz estaba completamente despierta-. Qué triste está esta casa, ¿verdad?

-Sí. Una funeraria.

-Una funeraria desafectada -dijo-. Está lleno de espectros: la mujerzuela, la loca, el ratero, toda esa gente que nunca volveré a ver. No irán allí: me gusta la casa de Parker, pero es muy razonable. Aquí. ..

-Aquí hay una magia -dije.

-¿Una magia? No sé. Pero al menos venía gente, ocurrían cosas.

Acostado de espaldas en la oscuridad, evocaba en voz alta los días y las noches pasadas en ese cuarto y mi corazón se oprimía, Su vida me había parecido poética, como a Philipp la de los indios, pero para él, ¡qué existencia austera! ¡Cuántas semanas y meses sin un encuentro, sin una aventura, sin una presencial ¡Cómo debió desear a una mujer que le perteneciera por entero! Por un momento creyó escapar a la soledad, se atrevió a desear algo más que la seguridad: se había decepcionado, había sufrido, se había recobrado. Pasé la mano sobre mi rostro, en

Librodot

adelante mis ojos estarían secos; comprendía demasiado que no pudiera ofrecerse el lujo de las nostalgias ni de la espera; yo no deseaba ser un cabestrillo en su vida. Ni siquiera tenía derecho a lamentarlo, no me quedaba una queja; no me quedaba absolutamente nada. De pronto encendió, me sonrió:

-Ana, ¿no pasaste un verano demasiado desagradable?

Vacilé: -No fué el mejor dé mi vida.

-Ya sé -dijo él-, ya sé. Y hay muchas cosas: que lamento.

A veces creíste que me sentía superior u hostil; no era verdad. Pero a ratos tengo un nudo en el pecho. Dejaría morir a todo el mundo ya mí mismo antes de hacer un gesto.

-Yo también lo sé -dije-. Supongo que se remonta a muy lejos; debe provenir de que tuviste una juventud muy dura y sin duda también de tu infancia.

-Ah, no vas a psicoanalizarme -dijo riendo; pero ya a la defensiva.

-No, no tengas miedo. Pero recuerdo cuando en el club Delisa, hace dos años, quise devolverte mi anillo e irme a Nueva York, me dijiste después: "No hubiera podido pronunciar una palabra..."

-¿Dije eso? ¡Qué memoria tienes!

-Sí, tengo buena memoria -:-dije-. Eso no ayuda; No recuerdas que esa noche hicimos el amor sin una palabra; parecías casi hostil y yo dije: " ¿Sientes al menos amistad por mí?" Entonces te aplastaste contra la pared y contestaste: "¿Amistad? Pero te quiero."

Yo había imitado su voz y Lewis se echó a reír:

-¡Parece absurdo! -Lo dijiste en ese tono.

La mirada fija en el cielorraso, murmuró con tono liviano:

-Quizá todavía te quiero.

Algunas semanas antes yo me habría apoderado ávidamente de esa frase, habría tratado de hacer germinar una esperanza; pero no tuvo eco en mí. Era natural que Lewis se interrogara sobre sus estados de ánimo. Y siempre se puede jugar con las palabras; pero de todas maneras nuestra historia había terminado, él lo sabía y yo también.

No hablamos del pasado, ni del porvenir, ni de nuestros sentimientos durante los últimos días: Lewis estaba allí, y yo junto a él, eso bastaba. Como no pedíamos nada, nada nos era negado: habríamos podido creernos privilegiados. Quizá lo éramos. La noche de mi partida dije:

-Lewis, no sé si dejaré de quererte, pero sé que toda mi vida estarás en mi corazón.

Me apretó contra él:

-Y tú en el mío toda mi vida.

¿Volveríamos a vernos? Yo ya no quería interrogarme. Lewis me había acompañado al aeródromo. Me dejó ante las ventanillas con un beso rápido y yo hice el vacío en mí. Justo antes de subir al avión un empleado me entregó una caja en la cual descansaba bajo una mortaja de papel de seda una enorme orquídea. Cuando llegué a París todavía no estaba marchita.

CAPÍTULO XI

Una abeja zumbaba alrededor del cenicero. Enrique levantó la cabeza y respiró el olor azucarado de las madreselvas. De nuevo su mano se deslizó sobre el papel, terminó de copiar la página tachada. Les gustaban esas mañanas a la sombra del tilo. Quizá era porque no hacía nada más que escribir. Le parecía de nuevo algo importante un libro. Y además estaba contento que a Dubreuilh le hubiera gustado su novela; seguramente este relato también le gustaría. Enrique tenía la impresión de que por una vez había hecho exactamente lo que se había propuesto hacer: es agradable estar en paz consigo mismo.

La cabeza de Nadine apareció en una ventana entre dos postigos azules.

-¡Qué aspecto estudioso! Pareces un colegial que hace sus deberes de vacaciones.

Enrique sonrió; se sentía una conciencia limpia y feliz de colegial.

-¿María está despierta? -preguntó.

-Sí, ya bajamos -dijo Nadine.

Ordenó sus papeles. Las doce. Era hora de irse si quería evitar a Charlier y a Méricaud. Iban a volver a insistir junto a Dubreuilh respecto a ese semanario, y Enrique estaba cansado de repetir: "No quiero mezclarme en eso."

-Aquí estamos -dijo Nadine.

Llevaba en una mano una bolsa con provisiones y en la otra un aparato del que se enorgullecía mucho: era algo entre una valija y una cuna. Enrique se apoderó de ella.

-¡Cuidado! ¡No la sacudas! -dijo Nadine.

Enrique le sonrió a María; estaba muy asombrado de haber sacado de la nada una chiquita nueva, una chiquita de ojos celestes, de pelo negro, que era suya. Ella miraba el vacío con confianza mientras él la instalaba en el fondo del coche.

-Vamos rápido -dijo.

Nadine se sentó al volante; le gustaba manejar.

-Paso primero por la estación a comprar los diarios.

-Si quieres.

-Por supuesto, quiero. Sobre todo hoy jueves.

El jueves aparecían *L'Enclume* y *L'Espoir-Magazine* que se había fusionado con *Les Beaux Jours*. Nadine no quería perder tan esplendidas oportunidades de indignarse.

Compraron un montón de diarios y se dirigieron hacia el bosque. Nadine no hablaba cuando conducía, era muy aplicada. Enrique miró con amistad su perfil terco. La encontraba conmovedora cuando se fascinaba en una tarea con esa seriedad apasionada. Eso sobre todo lo había conmovido cuando había vuelto a verla, su buena voluntad desordenada. "¿Sabes?, he cambiado", le había dicho ella el primer día; No había cambiado tanto; pero se había dado cuenta que algo en ella no andaba bien y trataba de reformarse: él había querido ayudarla. Se había dicho que si la hacía feliz la liberaría de ese resentimiento confuso que le envenenaba la vida; puesto que ella tenía tantas ganas de casarse con él, él había resuelto casarse: la quería bastante para tentar la experiencia. ¡Qué chica extraña! Siempre tenía que conseguir en la lucha lo que uno estaba dispuesto a darle. Enrique estaba seguro que ella había maquinado su embarazo con toda clase de trampas para forzarle la mano. Y después de eso, estaba segura que poniéndolo ante el hecho consumado sólo lo había ayudado a cobrar conciencia de sus verdaderos deseos. La miró con perplejidad. Poseía tesoros de mala fe, pero también mucha lucidez; seguramente en el fondo de sí misma dudaba que él hubiera obrado por su propia voluntad; en gran parte por eso no había logrado hacerla verdaderamente dichosa: se decía que él no estaba enamorado de ella y no se lo perdonaba. "Quizá fuera mejor que le explicara que siempre me sentí libre porque nunca logró engañarme", se dijo Enrique. Pero eso humillaría penosamente a Nadine, saberse descubierta; estaría convencida de que Enrique la desdeñaba y se había apiadado de ella: nada podía herirla más; ella detestaba que la juzgaran y también que la abrumaran de regalos demasiado generosos. No, de nada serviría decirle la verdad.

Nadine detuvo el coche al borde del estanque.

-Es un lindo rincón: los días de semana no hay nadie.

-Va a estar linda el agua -dijo Enrique.

Ella verificó la instalación de María y se desvistieron; bajo su vestido de brin, Nadine llevaba un bikini verde, muy exiguo. Tenía las piernas menos gruesas que antes y los pechos igualmente jóvenes. Él dijo alegremente:

-¡Eres un lindo animal!

-¡Oh, tú tampoco estás tan mal! -dijo ella riendo.

Librodot

Corrieron hacia el estanque. Ella nadaba de pecho y mantenía con majestad su cabeza erguida fuera del agua; parecía que la llevaba en una bandeja. A él le gustaba su rostro, "La quiero -se dijo-, hasta la quiero mucho, ¿por qué no es del todo amor?" Algo lo helaba en Nadine, sus rencores, su mala fe, la soledad hostil en la cual se encerraba. Pero quizá si él la quisiera más ella sería más abierta, más floreciente, más amable. Había en eso un círculo vicioso. El amor no se manda, ni la confianza. Ninguno de los dos podía empezar.

Nadaron largamente y se extendieron al sol. Nadine sacó de la bolsa de provisiones un paquete de sandwiches. Enrique tomó uno.

-¿Sabes? -dijo al cabo de un rato-; he vuelto a pensar en lo que me contaste ayer de Sézenac. No consigo creerlo. ¿Es seguro que se trata de Sézenac, Vicente está seguro?

-Absolutamente seguro -dijo Nadine-. Le tomó un año, pero terminó por encontrar a la gente y por hacerlos hablar Sézenac hacía el golpe del paso de la línea, entregó un montón de judíos a los alemanes, es indudablemente él.

-¿Pero por qué? -dijo Enrique.

Oía la voz entusiasta de Chancel: "Te traigo a mi mejor amigo." Veía el hermoso rostro duro y puro que inspiraba inmediatamente confianza.

-Por dinero, supongo -dijo Nadine-. Nadie lo sospechaba, pero debía drogarse.

-¿Y por qué se drogaba?

-Que sé yo -dijo Nadine.

-¿Dónde está ahora?

-¡Vicente quisiera saberlo! Lo echó el año pasado cuando supo que era un espía; y desde entonces ha perdido su rastro. Pero lo encontrará -agregó.

Enrique mordió en su sandwich. No deseaba que encontraran a Sézenac. Dubreuilh le había prometido que en caso de un mal trago juraría haber conocido muy bien a Mercier; los dos juntos ganarían seguramente la partida; pero de todas maneras era mejor que esa historia no volviera a salir a flote.

-¿En quién piensas? -dijo Nadine.

-En Sézenac.

Él no le había contado a Nadine el caso Mercier. Por supuesto, ella nunca hubiera traicionado un secreto; pero no inspiraba a las confidencias: demostraba demasiada curiosidad y demasiada poca simpatía. Simpatía, se necesitaba mucha para tragar esta historia; a pesar de la indulgencia de Dubreuilh y de Ana, Enrique nunca volvía a recordarla sin malestar. En fin, había obtenido lo que quería. Josette no se había matado, se había convertido en una estrella de la que se hablaba mucho; todas las semanas se veía su foto en uno u otro diario

-Ya encontrarán a Sézenac -repitió Nadine.

Abrió un diario; Enrique también tomó uno. Mientras estuviera en Francia no podía evitar de mirarlos y sin embargo: hubiera preferido no hacerlo. América ponía su mano sobre Europa, éxito del R.P.F., regreso masivo de los colaboracionistas: era más bien deprimente; en Berlín las cosas no se arreglaban, la guerra podía estallar cualquiera de estos días. Enrique se dejó caer de espaldas y cerró los ojos. En Porto Venere no abriría un diario.

¿Para qué? Puesto que uno no puede remediar nada es mejor aprovechar la vida alegremente- "Eso escandaliza a Dubreuilh; pero le parece razonable vivir como si nunca debiéramos morir; es lo mismo -pensó Enrique-. ¿Para qué prepararse? De todos modos uno nunca está listo o lo está demasiado."

-Es increíble el éxito con que rodean ese miserable libro de Volange -dijo Nadine.

-Por supuesto, a la hora actual toda la prensa es de derecha -dijo Enrique.

-Aun a la derecha no son todos idiotas.

-¡Pero tienen tanta necesidad de una obra maestra! -dijo Enrique.

El libro de Volange era una gran tontería; pero había lanzado un *slogan* muy ingenioso: "Integrar el mal." Haber sido colaboracionista era haber mamado en las fuentes fecundas del error; un linchamiento en el Missouri era el pecado, por lo

tanto, la redención; bendita sea América por todos esos crímenes y viva el plan Marshall. Nuestra civilización es culpable: es su mal alto título de gloria. ¡Querer formar un mundo más justo, qué grosería!

-¡Dime, mi alma, cuando aparezca tu novela qué felpeada te van a sacudir! -dijo Nadine.

-Lo supongo -dijo Enrique. Bostezó-. ¡Ah, no es alegre! Puedo prever anticipadamente el artículo de Volange y también el de Lenoir. Hasta sé lo que dirán los demás, los que se pretenden imparciales.

-¿Qué? -dijo Nadine.

-Me reprocharán no haber escrito *La guerra y la paz* o *La princesa de Clèves*. Advierte que las bibliotecas están llenas de todos los libros que yo no he escrito -agregó alegremente-. Pero siempre nos sacuden esos dos.

-¿Cuándo piensa Mauvanes sacar tu libro?

-De aquí a dos meses; a fin de setiembre.

-Ya no estaremos lejos de la partida -dijo Nadine. Se desperezó-. Ya quisiera estar allí.

-Yo también -dijo Enrique.

No hubiera estado bien dejar a Dubreuilh solo, él comprendía que Nadine quisiera esperar el regreso de su madre para mandarse a mudar. Y además, Enrique se encontraba bien en Saint-Martin. Pero estaría aun mejor en Italia. Esa casa al borde del mar, en medio de las rocas y de los pinos, era justo el tipo de lugar en el que había soñado a menudo sin creer en él antes cuando se decía: plantar todo, irse al Sur, escribir.

-Llevaremos un buen fonógrafo y muchos discos -dijo Nadine.

-Y también muchos libros -dijo Enrique-. Verás qué linda vida llevaremos.

Nadine se levantó sobre un codo.

-Es raro. Vamos a instalarnos en casa de Pimienta y él vuelve a París. Langstone no quiere volver a poner los pies en América...

-Estamos los tres en el mismo caso -dijo Enrique-. Escritores que han hecho política y que están hartos. Irse al extranjero es la mejor manera de quemar sus naves.

-Yo tuve la idea de esa casa -dijo Nadine con aire satisfecho.

-Fuiste tú -Enrique sonrió. A veces tienes buenas ideas.

El rostro de Nadine se oscureció; durante un rato miró el horizonte con aire duro y se levantó bruscamente:

-Voy a darle la mamadera a María.

Enrique la siguió con los ojos. ¿Qué había pensado exactamente? Lo seguro es que se resignaba mal a ser tan sólo una madre de familia. Se sentó en un tronco de árbol con María entre sus brazos; le daba su mamadera con autoridad, con paciencia, ponía su punto de honor en ser una madre competente, había adquirido serios principios de puericultura y un montón de objetos higiénicos; pero nunca Enrique había sorprendido una verdadera ternura en sus ojos cuando se ocupaba de María. Sí, eso es lo que hacía difícil quererla: aun con ese bebé conservaba sus distancias, seguía siempre encerrada en sí misma.

-¿Vuelves al agua? -preguntó ella.

-Vamos.

Nadaron un rato más, se secaron, se vistieron y Nadine volvió a tomar el volante.

-Espero que se hayan ido -dijo Enrique cuando el auto se detuvo ante la reja.

-Voy a ver -dijo Nadine.

María dormía. Enrique la llevó hasta la casa y la colocó sobre el arcón del vestíbulo. Nadine pegó la oreja a la puerta del escritorio; la abrió:

-¿Estás solo?

-Sí, entra -gritó Dubreuilh.

-Voy a acostar a la chica -dijo Nadine.

Enrique entró al escritorio y sonrió:

Librodot

-Es una lástima que no haya podido venir con nosotros: se estaba espléndido en el agua.

-Iré uno de estos días -dijo Dubreuilh. Tomó un papel sobre su escritorio-. Tengo un mensaje para usted: hay un tal Jean Patereau, hermano del abogado que usted conoce, que telefoneó pidiendo que lo llame con urgencia. Su hermano le hizo llegar desde Madagascar informes que quiere comunicarle.

-¿Por qué quiere verme? -dijo Enrique.

-A causa de sus artículos del año pasado, supongo -dijo Dubreuilh-. Usted es la única persona que reveló la verdad -Dubreuilh tendió el papel a Enrique-. Si el tipo le da detalles sobre lo que allí se cocina, tiene tiempo de hacer un artículo para *Vigilance*, demorando un poco el número.

-Voy a llamarlo dentro de un rato -dijo Enrique.

-Méricaud me decía que no tiene precedentes eso que hacen allí de juzgar a los acusados en el acto -dijo Dubreuilh-. En todos los casos análogos los procesos tienen lugar en Francia.

Enrique se sentó.

-¿Fué agradable el almuerzo?

-Ese pobre Charlier dice cada vez más disparates -dijo Dubreuilh-. Es triste envejecer.

-¿Hablaron del semanario?

-Por eso venían. Parece que Manheim quiere absolutamente verme.

-De todos modos es gracioso -dijo Enrique-. Cuando tuvimos necesidad de dinero nunca pudimos encontrarlo: y ahora que no pedimos nada a nadie ese tipo nos persigue para que tomemos sus billetes.

Manheim era el hijo de un banquero que murió deportado; él también había sido deportado y había pasado tres años en Suiza en un sanatorio; había escrito un libro muy malo, pero lleno de buenas intenciones. Se le había metido en la cabeza crear un gran semanario de izquierda y quería que Dubreuilh lo dirigiera.

-Voy a ir a verlo -dijo Dubreuilh.

-¿Y qué va a decirle? -preguntó Enrique. Sonrió-. ¿Empieza a sentirse tentado?

-Reconozca que es tentador -dijo Dubreuilh-. Aparte de los pasquines comunistas, no existe un semanario de izquierda: Si verdaderamente uno puede tener algo importante con gran tiraje, fotos, reportajes, etc...valdría la pena de todos modos.

Enrique se encogió de hombros:

-¿Se da cuenta del trabajo que significa un gran semanario de éxito? Nada que ver con *Vigilance.* Hay que ocuparse día y noche, sobre todo el primer año.

-Ya sé -dijo Dubreuilh. Buscó la mirada de Enrique-. Por eso, sólo puedo pensar en aceptar si usted me ayuda.

-Sabe muy bien que me voy a Italia -dijo Enrique con impaciencia-. Pero si verdaderamente esa historia le interesa no le costará mucho encontrar colaboradores -agregó.

Dubreuilh sacudió la cabeza.

-No tengo ninguna experiencia de periodismo -dijo-. Si ese semanario se hace, necesito un especialista a mi lado; y usted sabe cómo ocurren las cosas: prácticamente él lo manejará todo. Tengo que poder confiar en él como en mí mismo; para eso no hay más que usted.

-Aun si no me fuera, nunca cargaría con semejante trabajo -dijo Enrique.

-¡Qué lástima! -dijo Dubreuilh con reproche-. Porque esa clase de trabajo es justo a nuestra medida. Podíamos haber hecho algo bueno.

-¿Y qué hay con eso? -dijo Enrique-. Hay más dificultades que el año pasado. ¿Qué acción se puede tener? Ninguna.

-Sin embargo, hay ciertas cosas que dependen de nosotros -dijo Dubreuilh-. Estados Unidos quiere armar a Europa: ese es un punto sobre el cual podemos organizar una resistencia; y para eso un diario sería muy útil.

Enrique se echó a reír.

-¿En resumidas cuentas, usted sólo busca una oportunidad de volver nuevamente a la política? -dijo-. ¡Qué salud!

-¿Quién tiene salud? -preguntó Nadine entrando al escritorio.

-Tu padre: todavía no se asqueó de la política. Quiere volver a empezar.

-Alguien tiene que ocuparse -dijo Nadine.

Se arrodilló ante la discoteca y se puso a buscar discos. "Sí -pensó Enrique-; Dubreuilh se aburre, por eso tiene ganas de agitarse."

-Nunca he sido tan feliz como desde que he largado la política -dijo Enrique-. No reincidiría por nada del mundo.

-Sin embargo, es feo este marasmo -dijo Dubreuilh-. La izquierda completamente dispersada, el partido comunista aislado: habría que tratar de reagruparse.

-¿Piensa en un nuevo S.R.L.? -preguntó Enrique con voz incrédula.

-¡No, por supuesto que no! -dijo Dubreuilh. Se encogió de hombros-. No pienso en nada preciso. Compruebo que estamos empantanados y deseo salir de esto.

Hubo un silencio. Enrique recordaba una escena semejante: Dubreuilh lo presionaba, él se defendía y pensaba que pronto estaría lejos de París, en otra parte. Pero en aquel tiempo todavía- se creía con deberes. Hoy estaba bastante convencido de su impotencia para sentirse completamente libre. Que diga sí o que diga no, no se trata del porvenir de la humanidad: solamente de la manera en que yo uno mi destino con el de los demás. Dubreuilh quiere confundirlos, es cuestión suya; yo no. De todas maneras sólo se trata de él, de mí; nada más está en juego.

-¿Puedo poner un disco? -dijo Nadine.

-Por supuesto -dijo Dubreuilh.

Enrique se levantó:

-Yo voy a trabajar.

-No se olvide de telefonearle a ese tipo -dijo Dubreuilh.

-No lo olvido -dijo Enrique.

Atravesó el vestíbulo y descolgó el receptor. El tipo en el otro extremo del hilo parecía loco de importancia y de timidez; uno sentía que había recibido del más allá un mensaje imperioso que debía transmitir en seguida, a cualquier precio, a su destinatario. "Mí hermano me escribió: nadie hace nada, pero estoy seguro qué Enrique Perron hará algo", dijo pomposamente y Enrique pensó: No puedo nada. Dió una cita a Patureau para el día siguiente en París y volvió a sentarse bajo el tilo. Por eso tenía tanta prisa por irse a Italia; aquí él recibiría demasiadas cartas, demasiadas visitas, demasiados golpes de teléfono. Extendió sus papeles ante él. El fonógrafo tocaba el cuarteto de Franck, Nadine escuchaba sentada en el alféizar de la ventana abierta; las abejas zumbaban alrededor de las madreselvas; una carreta tirada por bueyes pasó por el camino con un ruido antiguo. "¡Qué paz!", se dijo Enrique. ¿Por qué lo obligaban a ocuparse de lo que ocurría en Tananarive? Ocurren sin cesar cosas horribles en la tierra; pero uno no vive a través de toda la tierra; meditar incesantemente sobre desdichas lejanas que uno no puede remediar es delectación morbosa. "Aquí vivo y aquí está la paz", pensó. Miró a Nadine; tenía un aire recogido que no era habitual en ella; ella, a quien le costaba concentrarse en un libro, podía escuchar largamente una música que le gustaba y en esos momentos se sentía que en su interior se hacía un silencio semejante a la felicidad. "Tengo que hacerla feliz", se dijo Enrique. Ese círculo vicioso debe poder quebrarse. Hacer feliz a alguien es algo concreto, sólido, nos absorbe lo suficiente para tomarlo a pecho. Ocuparse de Nadine, educar a María, escribir sus libros: no era completamente lo que soñaba antes. Antes creía que la felicidad era una manera de poseer el mundo: ahora, que es más bien una manera de protegerse contra él. Pero de todos modos ya era mucho escuchar esa música, mirar la casa, el tilo y ver sobre la mesa las hojas manuscritas, diciéndose: "Soy feliz."

El artículo de Enrique sobre Madagascar apareció el 10 de agosto. Lo había escrito con pasión. Ejecución ilegal del principal testigo, atentados contra los

Librodot

abogados, suplicios infligidos a los acusados para arrancarles confesiones falsas: la verdad era mucho más monstruosa de lo que él había imaginado. Y no era solamente en Tananarive donde esas cosas ocurrían: aquí, en Francia, todo el mundo era cómplice. Cómplices las cámaras que habían votado la inmunidad, cómplices el gobierno, los tribunales y el presidente de la República, cómplices los diarios que callaban y los millones de ciudadanos que aceptaban ese silencio. "Al menos ahora hay algunos millares que lo saben", se dijo cuando tuvo el número de *Vigilance* entre las manos. Y pensó con tristeza: "No es gran cosa." Había estudiado ese asunto tan detenidamente, lo había tomado tan a pecho, que se había convertido en un asunto personal. Cada mañana buscaba en los diarios los magros sueltos dedicados al proceso y pensaba en ellos durante todo el día. Le costaba mucho terminar su relato. Cuando escribía a la sombra del tilo, el olor de las madreselvas, los rumores de la aldea, ya no tenían el mismo sentido que antes.

Estaba trabajando aquella mañana distraídamente cuando llamaron a la verja. Atravesó el jardín para ir a abrir: era Lachaume.

-¡Tú! -dijo.

-Sí. Quisiera hablarte -dijo Lachaume con voz tranquila-. No pareces contento de verme, pero de todas maneras déjame entrar -agregó-. Lo que tengo que decirte te interesará.

Lachaume había envejecido durante esos dieciocho meses y había ojeras bajo sus ojos.

-¿De qué quieres hablarme?

-Del asunto malgache.

Enrique abrió la puerta:

-¿Qué puedes tener que hablar con este fascista inmundo?

-¡Bah, olvídate! -dijo Lachaume-. Sabes lo que es la política. Cuando escribí ese artículo tenía que fusilarte. Es una vieja historia.

-Tengo buena memoria -dijo Enrique.

Lachaume lo miró con aire apenado.

-Guárdame rencor si quieres. ¡Aunque verdaderamente deberías comprender! -dijo con un suspiro-. Pero por el momento no se trata de ti ni de mí: hay vidas humanas que salvar. Entonces puedes escucharme cinco minutos.

-Te escucho -dijo Enrique, señalándole una de las sillas de mimbre. En realidad, no experimentaba ningún odio por Lachaume: todo ese pasado estaba demasiado lejos de él.

-Acabas de escribir un artículo muy bueno, hasta diré un artículo conmovedor -dijo Lachaume con decisión.

Enrique se encogió de hombros.

-Desgraciadamente no conmovió a mucha gente.

-Sí, esa es la desgracia -dijo Lachaume. Buscó la mirada de Enrique-. Supongo que si te ofrecieran la posibilidad de una acción más amplia no la rechazarías.

-¿De qué se trata? -dijo Enrique.

-En dos palabras es la siguiente: estamos organizando un comité de defensa de los malgaches. Hubiera sido mejor que tomaran la iniciativa otros en vez de nosotros; pero los burguesitos idealistas no siempre tienen la conciencia quisquillosa; en caso de necesidad son capaces de aguantar mucho sin parpadear. El hecho es que nadie levanta un dedo.

-Hasta aquí ustedes tampoco han hecho gran cosa.

-No podemos -dijo vivamente Lachaume-. Todo este asunto se armó para liquidar el M. D. R. M.; a través de los parlamentarios malgaches apuntan al partido. Si los defendemos demasiado ruidosamente les haremos más mal que bien.

-De acuerdo -dijo Enrique-. ¿Y entonces?

-Entonces se me ocurrió la idea de un comité, en el cual entraran dos o tres comunistas y una mayoría de no comunistas. Cuando leí tu artículo me dije que nadie está mejor calificado que tú para presidirlo -Lachaume interrogó a Enrique

Librodot

con la mirada-. Los compañeros no están en contra. Pero antes de hacerte una proposición oficial, Lafaurie quiere estar seguro de que aceptarás.

Enrique guardó silencio. Fascista, vendido, puerco, espía: le habían endilgado todas las traiciones; y de pronto volvían, la mano tendida. Eso le daba un pequeño sentimiento de triunfo muy agradable.

-¿Quién habrá exactamente en ese comité? -preguntó.

-¿Quiénes estarán exactamente en ese comité? -preguntó. -dijo Lachaume-. No son una legión -se encogió de hombros-. ¡Tienen tanto miedo de contagiarse! Dejarían torturar a muerte a veinte inocentes antes que comprometerse con nosotros. Si tomas el asunto entre manos todo cambiará. A ti te seguirán -dijo con voz apremiante.

Enrique vaciló:

-¿Por qué no le piden más bien a Dubreuilh? Su nombre tiene más peso que el mío y seguramente dirá que sí.

-Estará bien tener a Dubreuilh -dijo Lachaume-, pero el nombre tuyo es el que hay que poner a la cabeza. Dubreuilh está demasiado cerca de nosotros. Lo principal es que ese comité no parezca tener una inspiración comunista, o sinó estamos liquidados. Contigo no hay equívoco.

-Ya veo -dijo Enrique secamente-. Yo puedo serles útil en la medida en que soy un social traidor. ¿Qué crees? ¿Qué tenemos que ganar con esta historia?

-Te das cuenta -agregó mirando a Enrique con reproche-. Todos los días, esta misma mañana, recibimos de Madagascar cartas y telegramas desgarradores: "¡Hablen! ¡Alerten la opinión! Digan a la gente de la metrópoli lo que ocurre aquí." Y estamos atados de pies y manos. ¿Qué nos queda por hacer sino tratar de obrar disimuladamente?

Enrique sonrió; la vehemencia de Lachaume lo conmovía. Es verdad que era capaz de ejecutar faenas bajas, pero no de aceptar tranquilamente la tortura y el degüello de los inocentes.

-¡Qué quieres! -dijo en tono conciliador-. Todo está tan mezclado entre ustedes: las mentiras políticas y los sentimientos verdaderos, que a uno le cuesta ver claro.

-Si no empezaran por acusarnos de maquiavelismo entenderían mejor -dijo Lachaume-. Siempre parecen creer que el partido sólo trabaja para sí mismo. Recuerda en el 46, cuado intervinimos en favor de Cristino García, nos reprocharon que hubiéramos vuelto inevitable la ejecución. Hoy ponemos sordina y vienes a decirme: "No hacen gran cosa."

-No te excites. Te has vuelto muy susceptible.

-No te das cuenta: esa desconfianza que uno encuentra en todas partes termina por ser exasperante.

Enrique tuvo ganas de contestarle: "Es culpa de ustedes", pero no dijo nada; no se sentía con derecho a adoptar superioridades fáciles. A decir verdad, no le guardaba rencor a Lachaume. Lachaume le había dicho un día en el Bar Rojo: "Yo aguantaría cualquier cosa con tal de no dejar el partido." Estimaba que su propia persona no pesaba mucho al lado de los intereses en juego. ¿Por qué le hubiera concedido más precio a la de Enrique? Por supuesto, en esas condiciones la amistad ya no era posible. Pero nada impedía trabajar juntos.

-Escucha, yo estoy encantado de trabajar contigo -dijo-. No creo que tengamos muchas posibilidades de triunfar, pero vamos a intentarlo.

El rostro de Lachaume se iluminó.

-¿Puedo decirle a Lafaurie que aceptarás?

-Sí. Pero explícame un poco cómo lo encaran.

-Vamos a discutirlo juntos -dijo Lachaume.

"¡Y ya está! -se dijo Enrique-. Lo verifico una vez más: cada cosa correcta que uno hace acarrea nuevos deberes." Sus editoriales del 47 lo habían llevado a escribir el artículo de *Vigilance*, cosa que lo llevaba a organizar ese comité: otra vez lo habían atrapado. "Pero no por mucho tiempo", se dijo.

Librodot

-Deberías ir a acostarte, pareces deshecha -dijo Nadine con voz enojada.

-Me cansó el viaje en avión -dijo Ana-. ¡Y además esa diferencia de horas! Anoche dormí mal.

El escritorio tenía un aspecto de fiesta. Ana había vuelto la víspera y Nadine había cortado todas las flores del jardín para llenar la casa. Pero nadie estaba muy alegre. Ana había envejecido seriamente y tomaba demasiado whisky; Dubreuilh, que estaba tan animado, últimamente parecía preocupado: sin duda a causa de Ana. Nadine, enfurruñada, tejía algo escarlata. El cuento de Enrique los había entristecido aun más.

-Entonces, ¿qué? ¿Se acabó? -dijo Ana-. ¿Ya no hay ninguna esperanza de salvar a esos tipos?

-No veo ninguna -dijo Enrique.

-Se daba por descontado que la Cámara echaría tierra -dijo Dubreuilh.

-Si hubieran asistido a la sesión se habrían quedado asombrados -dijo Enrique-. Yo creía estar blindado; pero en ciertos momentos tuve ganas de matar.

-Sí, exageraron -dijo Dubreuilh.

-De los políticos no me sorprende -dijo Ana-. Lo que no llego a comprender es que la gente en conjunto haya reaccionado tan poco.

-Como reaccionar, no reaccionaron -dijo Enrique.

Gérard Patureau y los otros abogados habían venido a París, decididos a mover cielo y tierra; el comité los había ayudado en la medida de sus fuerzas; pero habían tropezado con la indiferencia general.

Ana miró a Dubreuilh: -¿No te parece desalentador?

-Pero no -dijo él-. Todo lo que prueba es que la acción no se improvisa. Salimos de cero, entonces evidentemente...

Dubreuilh había entrado al comité pero no se había ocupado nada. Lo que le había interesado en esa historia es que había retornado contactos políticos. Se había afiliado al movimiento de los "Combatientes de la libertad", había tomado parte en uno de sus mitines e iba a volver a hacerlo pocos días después. No insistía para que Enrique lo siguiera, no le hablaba tampoco del semanario, pero de tanto en tanto dejaba escapar un reproche más o menos disfrazado.

-Improvisada o no, ninguna acción conduce a ninguna parte en la hora actual -dijo Enrique.

-Es usted quien lo dice -dijo Dubreuilh-. Si hubiéramos tenido a nuestras espaldas un grupo ya constituido, un diario, fondos, quizá habríamos logrado conmover la opinión.

-No es seguro-dijo Enrique.

-En todo caso, puede estar seguro de que para tener posibilidades de lograr un poco mejor nuestros fines cuando vuelva a presentarse la oportunidad, hay que prepararlo de antemano.

-Para mí la oportunidad no volverá a presentarse -dijo Enrique.

-¡Vamos!-dijo Dubreuilh-. Me hace reír cuando dice que la política y usted han terminado. Usted es como yo. Ha hecho demasiada para no seguir haciéndolo. Volverán a atraparlo.

-No, porque voy a ponerme a cubierto -dijo Enrique alegremente.

Los ojos de Dubreuilh se encendieron:

-Le hago una apuesta: no se quedará ni un año en Italia.

-Acepto la apuesta -dijo Nadine vivamente. Se volvió hacia su madre-. ¿Qué crees?

-No sé -dijo Ana-. Depende de cómo se encuentren allí.

-¿Cómo quieres que no nos encontremos bien? Viste la foto de la casa: ¿no es bonita?

-Parece muy bonita -dijo Ana. Se levantó bruscamente-. Discúlpenme. Me caigo de sueño.

-Subo contigo-dijo Dubreuilh.

Librodot

-Trata de dormir esta noche-dijo Nadine besando a su madre-. Te juro que tienes mala cara.

-Dormiré -dijo Ana.

Cuando hubo cerrado la puerta, Enrique buscó la mirada de Nadine:

-Es verdad que Ana parece cansada.

-Cansada y siniestra-dijo Nadine con rencor-. Si echa tanto de menos a su América, que se quede.

-¿No te contó cómo le fué allí?

-¡Estás loco! Es demasiado tapujera -dijo Nadine-. Además, a mí nunca me dicen nada -agregó.

Enrique la miró con curiosidad:

-Tienes relaciones muy raras con tu madre.

-¿Por qué raras? -dijo Nadine picada-. La quiero mucho, pero a menudo me fastidia; supongo que a ella le pasa lo mismo. No tiene nada de raro, así son las relaciones de familia.

Enrique no insistió; pero siempre le había impresionado: esas dos mujeres se hubieran hecho matar la una por la otra y, sin embargo, había entre ellas algo que no andaba. Nadine se volvía mucho más agresiva y mucho más terca cuando su madre estaba presente. Ana hizo esfuerzos por parecer alegre los días siguientes y Nadine se serenó; pero uno siempre tenia la impresión que de un momento a otro podía estallar una tempestad.

Aquella mañana Enrique las vió desde su cuarto salir al jardín del brazo y riendo; cuando atravesaron el césped, dos horas después, Ana llevaba bajo el brazo un pan flauta, Nadine diarios, y parecían discutir.

Era la hora de almorzar. Enrique ordenó sus papeles, se lavó las manos y bajó al *living-room*. Ana estaba sentada en el borde de una silla con aire ausente; Dubreuilh leía *L'Espoir*-Magazine y Nadine, de pie a su lado, lo espiaba.

-¡Salud! ¿Qué hay de nuevo? -dijo Enrique sonriendo.

-¡Esto! -dijo Nadine señalando el diario-. Supongo que irás a romperle la cara a Lambert -agregó secamente.

-¿Ah, ya empezó? ¿Lambert me arrastra por el piso? -dijo Enrique con una sonrisa.

-¡Si sólo te arrastrara a ti!

-Tome -dijo Dubreuilh tendiendo el diario a Enrique.

Se llamaba: "Pintados por ellos mismos." Lambert empezaba por lamentar una vez más la nefasta influencia ejercida por Dubreuilh; era por su culpa si después de un brillante comienzo Enrique había perdido todo talento. Luego, Lambert resumía la novela de Enrique con ayuda de citas truncas y pegadas en forma burlesca. Bajo pretexto de proporcionar las claves de un libro, que no las tenía, daba sobre la vida privada de Enrique, de Dubreuilh, de Ana, de Nadine, un montón de detalles semiverdaderos, semifalsos, elegidos de manera de volverlos tan odiosos como ridículos.

-¡Qué cochino! -dijo Enrique-. Recuerdo esa conversación sobre nuestras relaciones con el dinero; y esto es lo que sacó en limpio; este párrafo inmundo sobre "la hipocresía de los privilegiados de izquierda". ¡Qué cochino! -repitió.

-¿No vas a dejar pasar esto? -dijo Nadine.

Enrique interrogó a Dubreuilh con la mirada:

-Me gustaría romperle la cara. Por otra parte, no sería muy difícil, ¿pero qué ganaremos? Un escándalo, comentarios en todos los diarios, un nuevo artículo peor que éste...

-Golpea fuerte y se callará la boca -dijo Nadine.

-Seguramente no -dijo Dubreuilh-. Lo que está pidiendo es hacer hablar de él: saltará sobre la oportunidad. Mi opinión es que Enrique se quede quieto -concluyó.

-Entonces, el día en que se le ocurra, ¿quién le impedirá hacer un nuevo artículo y exagerar todavía más? -dijo Nadine-. Si cree que no tiene nada que temer, no andará con miramientos.

Librodot

-Eso pasa en cuanto uno se mete a escribir -dijo Enrique-. Todo el mundo tiene derecho a escupir sobre uno: muchos hasta miran eso como un deber.

-Yo no escribo -dijo Nadine-. No tienen por qué escupirme a la cara.

-Sí, al principio indigna -dijo Ana-. Pero ya verás: uno se acostumbra -se levantó-. ¿Si almorzáramos?

Se sentaron en silencio alrededor de la mesa. Nadine pinchó una tajada de salchichón y su rostro se serenó.

-Me da rabia pensar que va a triunfar en paz -dijo en tono perplejo.

-No triunfa tanto -dijo Enrique-. Soñaba con escribir relatos, novelas; y aparte de sus artículos, Volange no ha publicado nada de él desde ese famoso cuento que era tan malo.

Nadine se volvió hacia Ana:

-¿Te dijeron la que se atrevió a escribir la semana pasada?

-No.

-Declaró que los petainistas habían querido a Francia a su manera, y que están más cerca de los degaullistas que un resistente separatista. ¡Nadie se había atrevido a llegar a tanto! -dijo Nadine con aire satisfecho-. ¡Ah! ¡Han dado cada viraje los viejos camaradas! ¿Leíste la nota de Julián sobre el libro de Volange?

-Roberto me lo mostró -dijo Ana-. ¡Julián! ¿Quién lo hubiera creído?

-No es tan asombroso -dijo Dubreuilh-. ¿Qué quieres que haga hoy un anarquista? Los jueguitos de destrucción, en la izquierda no divierten a nadie.

-No veo por qué un anarquista tiene que volverse fatalmente un R. P. F. -dijo Nadine.

Tomaba toda explicación por una excusa y a menudo se negaba a comprender para no estropearse el placer de indignarse: Hubo un silencio. Las conversaciones entre los cuatro nunca habían sido, fáciles: lo eran menos que nunca. Enrique se puso a hablar con Ana de una novela que ella había traído de Estados Unidos y que él acababa de leer. Dubreuilh pensaba en otra cosa, Nadine también. Todo el mundo se sintió aliviado cuando terminó el almuerzo.

-¿Puedo tomar el coche? -dijo Nadine levantándose de la mesa-. Si alguien quisiera ocuparse de María iría a dar una vuelta.

-Me ocuparé de María -dijo Ana.

-¿No me llevas? -dijo Enrique sonriendo.

-En primer lugar no tienes ninguna gana -dijo Nadine-. Y además prefiero estar sola -agregó sonriendo.

-Está bien, no insisto -dijo Enrique, la besó-. Pasea bien y sé prudente.

No tenia ganas de ir a pasear, pero tampoco de trabajar. Dubreuilh afirmaba que su primer relato era bueno, el que quería escribir ahora le importaba mucho; pero se sentía un poco desamparado estos días. Ya no estaba en Francia, todavía no estaba en Italia, el proceso de Tananarive estaba terminado sin estarlo, puesto que los acusados se negaban a defenderse y se preveía de antemano el veredicto; las actividades de Dubreuilh la exasperaban y, sin embargo, le envidiaba vagamente sus alegrías. Tomó un libro. Gracias al cielo, las horas, los días, ya no lo apremiaban, no estaba obligado a forzarse. Esperaría a estar instalado en Porto Venere para empezar un nuevo relato.

A eso de las siete Ana, la llamó para tomar el aperitivo, según un rito que ella había instaurado. Dubreuilh todavía estaba escribiendo cuando Enrique entró al escritorio. Dejó sus papeles.

-He hecho una cosa útil.

-¿Qué es? -preguntó Enrique.

-El plan de lo que diré el viernes en Lyon.

Enrique sonrió:

-Tiene verdaderamente coraje: Nancy, Lyon, ¡qué ciudades siniestras!

-Si, Nancy es siniestra -dijo Dubreuilh-, y sin embargo, guardo un buen recuerdo de esa noche.

-Estoy por creerlo un poco vicioso -dijo Enrique.

-Quizá -dijo Dubreuilh. Sonrió-. No podría explicarle, después del mitin fuimos a un boliche a comer chucrut y a tomar cerveza, el lugar no tenía nada raro, yo apenas conocía a los tipos que estaban conmigo, casi no hablábamos. Pero habíamos hecho algo juntos, algo de lo que estábamos contentos: estaba bien.

-Ya sé, he conocido eso -dijo Enrique-. Durante la guerra, durante la resistencia, en el diario el primer año tuvimos esos momentos: nunca me ha ocurrido eso en el S. R. L. -agregó.

-A mí tampoco -dijo Dubreuilh. Tomó de manos de Ana un vaso de Martini y bebió un sorbo-. No éramos bastante humildes; para tener esas pequeñas dichas hay que trabajar en lo inmediato.

-Pero dígame, no me parece tan humilde querer impedir la guerra -dijo Enrique.

-Es humilde porque no venimos con ideas preconcebidas que queremos imponer al mundo -dijo Dubreuilh-. El S. R. L. tenía un programa constructivo: forzosamente era una utopía. Lo que hago ahora se parece mucho más a lo que hice en el 36. Tratamos de defendernos contra un peligro dado, utilizando los medios a nuestro alcance. Es mucho más realista.

-Es realista si sirve para algo -dijo Enrique.

-Puede servir -dijo Dubreuilh.

Hubo un silencio. "¿Qué será exactamente lo que está tramando?", se dijo Enrique. Había aceptado demasiado fácilmente el punto de vista de Nadine: "Se agita porque se aburre." Era limitado ese cinismo. Ya había aprendido a no tomar ciegamente a Dubreuilh en serio: eso no autorizaba a tomarlo como a un aturdido.

-Hay algo que no comprendo -dijo Enrique-. Usted decía el año pasado que personalmente no podía soportar lo que llamaba "el nuevo humanismo", y ahora se mete a fondo con los comunistas. ¿Lo que le molestaba ya no le molesta?

-¿Sabe? -dijo Dubreuilh-, ese humanismo es exactamente la expresión del mundo de hoy. No se le puede rechazar, como no se puede rechazar al mundo. No se le puede dar la espalda, eso es todo.

"Eso es lo que piensa de mí -se dijo Enrique-. Doy la espalda." Hasta la muerte Dubreuilh seguiría tomando superioridades sobre su propio pasado y sobre el de los demás. "En fin, soy yo el que fuí a buscarlo", se dijo Enrique. Quería comprenderlo y no defenderse contra él. Inútil defenderse: se sabía seguro. Sonrió:

-¿Por qué dejó de darles la espalda?

-Porque un día me sentí de nuevo interesado -dijo Dubreuilh-. Oh, es muy sencillo. El año pasado me decía: "Todo está mal, el menor mal es todavía demasiado duro de tragar para mirarlo como un bien." Pero la situación se ha agravado. El peor mal se ha vuelto tan amenazador que mis reticencias respecto a la U. R. S. S. y al comunismo me parecieron muy secundarias. Lo que me asombra es que usted no sienta esto como yo.

Enrique se encogió de hombros:

-Este mes he visto a muchos comunistas, he trabajado con Lachaume. Comprendo bien el punto de vista de ellos; pero no coincidimos: con ellos no coincidiré nunca.

-No se trata de entrar al partido -dijo Dubreuilh-, pero no hay necesidad de estar de acuerdo en todo para luchar juntos contra los Estados Unidos y contra la guerra.

-Usted es más abnegado que yo -dijo Enrique-. Yo no voy a sacrificar la vida que tengo ganas de llevar a una causa en la que creo a medias.

-¡Ah, no me dé esa clase de argumentos! -dijo Dubreuilh-. Me hace pensar en Volange cuando dice: "El hombre no merece que uno se interese en él."

-¡No tiene nada que ver! -dijo Enrique vivamente.

-Más de lo que cree -Dubreuilh interrogó a Enrique con la mirada-. ¿Está convencido de que entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos hay que elegir la U.R.S.S.?

-Evidentemente.

Librodot

-Y bueno, con eso basta. Hay una cosa de la que debe convencerse -dijo con fuego-: es que no hay otra adhesión que la elección, no hay otro amor que la preferencia. Si uno, para comprometerse, espera encontrar la perfección absoluta, nunca quiere a nadie y nunca hace nada.

-Sin reclamar la perfección, uno puede encontrar que las cosas son más bien lamentables y no tener ganas de mezclarse en ellas -dijo Enrique.

-¿Lamentables respecto a qué? -dijo Dubreuilh.

-Con respecto a lo que podrían ser.

-Es decir, a ideas que usted se hace -dijo Dubreuilh. Se encogió de hombros- La U. R. S. S. tal como debería ser, la revolución sin lágrimas, todo eso son ideas puras, es decir, cero. Evidentemente, comparada a la idea, la realidad siempre es pobre; en cuanto la idea se encarna, se deforma; solamente la realidad de la U.R.S.S. sobre todos los socialismos posibles, demuestra que existe.

Enrique miró a Dubreuilh interrogativamente:

-Si lo que existe siempre tiene razón, es mejor cruzarse de brazos.

-En absoluto. La realidad no es estática -dijo Dubreuilh-, tiene un porvenir, posibilidades. Pero para influir en ella y aun para pensarla hay que instalarse en ella y no divertirse en vagos sueños.

-Mire, lo que es yo no sueño -dijo Enrique.

-Cuando uno dice: "Las cosas son lamentables", o como yo el año pasado: "Todo anda mal", es que uno sueña con un bien absoluto -miró a Enrique en los ojos-. Uno no se da cuenta, pero se necesita mucha arrogancia para colocar sus sueños por encima de todo. Si uno fuera modesto comprendería que de un lado está la realidad y del otro nada. No conozco peor error que preferir lo vacío a lo lleno -agregó.

Enrique se volvió hacia Ana, que tomaba silenciosamente un segundo Martini:

-¿Usted qué cree?

-Personalmente, siempre me ha costado mirar un mal menor como un bien -dijo-. Pero es porque durante demasiado tiempo creí en Dios. Creo que Roberto tiene razón.

-Quizá -dijo Enrique.

-Hablo con conocimiento de causa- dijo Dubreuilh-. Yo también traté de justificar mis humores por la indignidad del mundo.

Enrique llenó de nuevo su vaso. ¿No estaba Dubreuilh justificando sus humores a golpes de tonterías? "Pero por ese camino yo también trato, por humor, de desvalorizar lo que me dice", pensó. Decidió darle crédito, al menos hasta el final de la conversación.

-Sin embargo, su manera de ver las cosas me parece más bien pesimista -dijo.

-Ahí también sólo es pesimismo en relación a las ideas que me hacía antes -dijo Dubreuilh-; ideas demasiado sonrientes; la historia no es sonriente. Pero como no hay ninguna posibilidad de escapar de ella hay que buscar la mejor manera de vivirla: a mi modo de ver no es la abstención.

Enrique habría querido hacerle otras preguntas, pero se oyó en el hall un ruido de pasos y Nadine empujó la puerta.

-¡Salud, banda de borrachos! -dijo alegremente-. Pueden beber a mi salud; ¡merezco un brindis de honor! -los miró con aire triunfal-. ¿Adivinen lo que hice?

-¿Qué? -dijo Enrique.

-Fuí a París y os vengué: abofeteé a Lambert.

Hubo un corto silencio.

-¿Dónde lo encontraste? ¿Cómo ocurrió? -preguntó Enrique.

-Y bueno, subí a *L'Espoir* -dijo Nadine con orgullo-. Entré a la sala de redacción; estaban todos allí, Samazelle, Volange, Lambert y un montón de nuevos, con caras asquerosas. ¡Les causó una impresión verme! -Nadine se echó a reír-. Lambert se quedó sin habla, farfulló cosas, pero no lo dejé explicarse: "Tengo una vieja deuda contigo -le dije-. Me alegro que me hayas dado la ocasión de pagártela." y le mandé mi mano a la cara.

-¿Qué hizo? -dijo Enrique.

-¡Oh, se hizo el digno! -dijo Nadine-. Tomó grandes aires. Me apresuré en salir.

-¿No te dijo que mis mandados podría hacerlos yo mismo? Es lo que yo hubiera dicho en su lugar -dijo Enrique. No quería reprender a Nadine, pero estaba muy descontento.

-No -dijo Dubreuilh-, no me parece muy brillante lo que has hecho

-A mí me parece muy brillante -dijo Nadine-. Vi a Vicente al salir de allí y me dijo que era una gran muchacha -añadió en tono vengativo.

-Si buscabas publicidad lo conseguiste -dijo Dubreuilh-. Los diarios van a despacharse a gusto.

-¡Qué me importan los diarios!

-¡La prueba que te importan!

Se miraron con animosidad.

-Si les gusta que los cubran de estiércol, mejor para ustedes -dijo Nadine con rabia-; a mí no me gusta -se volvió hacia Enrique-. Todo esto es culpa tuya -dijo bruscamente-. ¿Por qué fuiste a contarle nuestras cosas a todo el mundo?

-Vamos: yo no hablé de nosotros- dijo Enrique-. Sabes muy bien que todos los personajes están inventados.

-¡Ajá! Hay cincuenta cosas en tu novela que se aplican a papá o a ti, y reconocí muy bien tres frases mías -dijo.

-Son dichas por gente que no tienen nada que ver contigo -dijo Enrique; se encogió de hombros-. Evidentemente he pintado tipos de hoy que están más o menos en la misma situación que nosotros; pero hay millares así; no es ni tu padre, ni yo en particular; al contrario, en la mayoría de los puntos mis personajes no se nos parecen nada.

-No protesté porque hubieran dicho que hago líos -dijo Nadine agriamente-, ¿pero crees que es agradable? Uno conversa con ustedes tranquilamente, se cree entre amigos, y entre ustedes observan, toman notas por dentro y un buen día uno encuentra impresas palabras que había dicho para que fueran olvidadas, gestos que no contaba. ¡Yo a eso la llamo abuso de confianza!

-No se puede escribir una novela de otra manera -dijo Enrique.

-Quizá, pero entonces no habría que frecuentar escritores -dijo Nadine rabiosamente.

Enrique le sonrió: -¡Has caído bien mal!

-Búrlate de mí ahora -dijo poniéndose muy roja.

-No me burlo de ti -dijo Enrique. Rodeó con su brazo los hombros de Nadine- No vamos a hacer un drama con esta historia.

-¡Son ustedes los que hacen un drama! -dijo Nadine-. ¡Ah, tienen un aspecto muy brillante, los tres así, mirándome con aire de jueces!

-Vamos, nadie te juzga -dijo Ana con voz conciliadora. Buscó la mirada de Dubreuilh-. Es agradable de todos modos pensar que Lambert recibió una buena bofetada.

Dubreuilh no contestó nada. Enrique trató de cambiar el tema:

-¿Viste a Vicente? ¿Qué hace de su vida?

-¿Qué quieres que haga? -dijo en tono exasperado.

-¿Siempre trabaja en la radio?

-Sí -dijo Nadine. Vaciló-. Tenía que contarles un cuento lindísimo, pero ya no tengo ganas.

-¡Vamos, cuenta! -dijo Enrique.

-Vicente encontró a Sézenac -dijo Nadine-. En un hotelito del lado de Batignolles. En cuanto consiguió su dirección fue a llamar a su cuarto; quería decirle su manera de pensar. Sézenac se escapó por una escalera de socorro. Durante tres días no volvió a aparecer: ni en el hotel, ni en el restaurante, ni en los bares donde se provee de drogas, en ninguna parte -agregó con voz triunfante-: Es una confesión, ¿no? Si tuviera la conciencia limpia no se ocultaría.

Librodot

-Depende de la que Vicente le haya dicho a través de la puerta -dijo Enrique- Aun inocente, pudo sentir miedo.

-Pero no, un inocente habría tratado de explicarse -dijo Nadine. Se volvió hacia su madre y dijo en tono agresivo-: No parece interesarte. Sin embargo, lo conociste a Sézenac.

-Sí -dijo Ana-. Me pareció drogado al último grado. Cuando uno llega a ese punto es capaz de cualquier cosa.

Hubo un pesado silencio. Enrique pensaba con inquietud. "Vicente verá a Sézenac, ¿y entonces?" Si Sézenac hablaba, si Lambert estaba bastante furioso contra Enrique para confirmar su historia, ¿qué pasaría? Quizá Ana y Dubreuilh estaban haciéndose la misma pregunta.

-Y bueno, si les impresiona tan poco, hubiera podido guardarme mi historia -dijo Nadine con despecho.

-Pero no -dijo Enrique-. Es una historia divertida: por eso pensamos en ella.

-No trates de ser cortés -dijo Nadine-. Ustedes son personas mayores y yo soy sólo una chica. Lo que me divierte, no les divierte, es normal -se dirigió hacia la puerta-. Voy a subir a ver a María.

Estuvo enfurruñada toda la noche. "Esta vida de cuatro no le sienta -pensó Enrique-. En Italia andará mejor." y pensó con un poco de angustia: "Sólo diez días." Todo estaba arreglado: Nadine y María se iban en tren dormitorio y él las precedía en coche. Diez días. A ratos ya sentía sobre su rostro un viento tibio y un olor a sal ya resina, y una oleada de dicha le subía al corazón. En otros momentos sentía una nostalgia que se parecía al rencor: como si lo desterraran contra su voluntad.

Durante todo el día siguiente Enrique pensó en la conversación que había tenido con Dubreuilh y que se había prolongado hasta muy entrada la noche. El único problema, afirmaba Dubreuilh, era decidir entre las cosas que existen las que uno prefiere. No se trata de resignación: uno se resigna cuando entre dos cosas reales acepta la que vale menos; pero más allá de la humanidad, tal cual es, no hay nada. Sí, en algunos casos Enrique estaba de acuerdo. Preferir lo vacío a lo lleno es lo que le había reprochado a Paula: ella se aferraba a viejos mitos en vez de tomarlo tal como él era. Inversamente, él nunca había buscado en Nadine a la "mujer ideal"; había elegido vivir con ella conociendo sus defectos. Sobre todo, al pensar en los libros y en las obras de arte, la actitud de Dubreuilh parecía justificada. Uno nunca escribe los libros que quiere y puede divertirse mirando toda obra maestra como un fracaso; sin embargo, no soñamos con un arte supraterrestre: las obras que preferimos las queremos con un amor absoluto. En el plan político Enrique se sentía menos convencido; porque allí el mal interviene; no es solamente un bien menor: es lo absoluto de la desdicha, de la muerte. Pero si uno le da importancia a la desdicha, a la muerte, a los hombres uno por uno, no basta decirse: "De todas maneras la historia es desdichada", para sentirse autorizado a lavarse las manos: es importante que sea más o menos desdichada. La noche caía; Enrique rumiaba a la sombra del tilo cuando Ana apareció en el umbral.

-¡Enrique! -lo llamaba con una voz tranquila pero apremiante y él pensó disgustado: "Otro drama con Nadine." Se dirigió hacia la casa.

-¿Sí?

Dubreuilh estaba sentado junto a la chimenea y Nadine de pie frente a él, las manos metidas en los bolsillos de su pantalón con aire enfurruñado.

-Sézenac acaba de llegar -dijo Ana.

-¿Sézenac?

-Pretende que van a matarlo. Hace cinco días que se anda ocultando, pero no puede aguantar más: cinco días sin droga, está deshecho -señaló la puerta del comedor-. Está ahí acostado sobre el diván, enfermo como un perro. Voy a darle una inyección.

Tenía una jeringa en la mano y había una caja sobre la mesa.

-Le pondrás una inyección, cuando haya hablado -dijo Nadine con voz dura. Él esperaba que mamá sería bastante tonta como para ayudarlo sin hacerle preguntas -agregó-: Pero no tuvo suerte, yo estaba presente.

-¿Habló? -preguntó Enrique.

-Va a hablar -dijo Nadine. Se dirigió rápidamente, hacia la puerta y la abrió; con una voz casi amable llamó-: ¡Sézenac!

Enrique permaneció inmóvil en el umbral, junto a Ana, mientras Nadine se acercaba al diván; Sézenac no, se movió; yacía de espaldas, gemía, sus manos se abrían y se crispaban espasmódicamente.

-¡Rápido! -dijo-. ¡Rápido!

-Te van a dar tu inyección -dijo Nadine-. Mamá te trae tu morfina, mira.

Sézenac volvió la cabeza, su rostro estaba cubierto de sudor.

-Pero eso sí, vas a contestarme -dijo Nadine-. ¿En qué año empezaste a trabajar para la Gestapo?

-Voy a morir -dijo Sézenac; las lágrimas corrían por sus mejillas y lanzaba puntapiés en el vacío. Era un espectáculo difícil de soportar y Enrique hubiera querido que Ana lo terminara en seguida, pero parecía paralizada; Nadine se acercó al diván.

-Contesta y tendrás tu morfina -dijo. Se inclinó sobre Sézenac-. Contesta o te va a ir mal. ¿En qué año?

-Nunca -murmuró en un soplo. Dió otro puntapié y volvió a caer sobre la cama, inerte; había un poco de espuma blanca en la comisura de sus labios.

Enrique dió un paso hacia Nadine:

-¡Déjalo!

-No, quiero que hable -dijo con violencia-. Hablará o reventará. ¿Oyes? -dijo volviéndose a Sézenac-. Si no hablas te dejaremos reventar.

Ana y Dubreuilh estaban petrificados; el hecho es que si querían saber a qué atenerse sobre Sézenac era el momento o nunca de interrogarlo; y era mejor saber.

Nadine tomó a Sézenac por el pelo:

-Sabemos que has entregado judíos, muchos judíos: ¿cuándo empezaste? Dilo. -Le sacudía la cabeza y él gimió:

-Me haces daño.

-Contesta, ¿a cuántos judíos entregaste? -dijo Nadine.

Lanzó un gritito de dolor:

-Los ayudaba -dijo-. Los ayudaba a pasar.

Nadine lo soltó:

-No los ayudabas; los entregabas. ¿Cuántos entregaste?

Sézenac se puso a sollozar contra la almohada.

-A uno, de tanto en tanto, para salvar a los demás, era necesario -dijo Sézenac. Se levantó y miró a su alrededor con aire perdido-. Ustedes son injustos. He salvado a muchos.

-Al contrario -dijo Nadine-. Salvabas a uno sobre veinte para que te enviara clientes, y entregabas a los demás. -¿Cuántos entregaste?

-No sé -dijo Sézenac. De pronto gritó-: No me dejen morir.

-¡Basta! -dijo Ana caminando hacia el diván; se inclinó sobre Sézenac y levantó su manga; Nadine volvió hacia Enrique-. ¿Estás convencido?

-Sí -dijo-. Sin embargo, todavía no consigo creerlo.

A menudo había visto a Sézenac con la mirada vidriosa, las manos húmedas, ahora lo veía postrado sobre ese diván; pero todo eso no borraba la imagen del joven héroe con corbata roja que se paseaba de barricada en barricada con un gran fusil al hombro. Volvieron a sentarse al escritorio y Enrique preguntó:

-Y entonces, ¿qué vamos a hacer?

-No se plantea la cuestión -dijo Nadine-. Merece una bala en la cabeza.

-¿Tú vas a tirarla? -dijo Dubreuilh.

-No; pero voy a telefonearle a la policía -dijo Nadine, que tendía una mano hacia el teléfono.

-¡La policía! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? -dijo Dubreuilh.

-¿Entregarías un tipo a la policía? -dijo Enrique.

-¡Por supuesto! ¡Crees que voy a andar con miramientos con un tipo que entregó a docenas de judíos a la Gestapo!

-Deja ese teléfono y siéntate -dijo Dubreuilh con impaciencia-. No se trata de llamar a la policía. Pero de todas maneras hay que tomar una decisión: no podemos cuidarlo, cobijarlo y devolverlo felizmente a su bonito oficio.

-Sería lógico -dijo Nadine. Se había apoyado a la pared y miraba a los demás con aire sombrío.

Hubo un silencio. Cuatro años antes todo habría sido tan sencillo: cuando la acción es una realidad viva, cuando uno cree en los fines, la palabra justicia tiene un sentido; un traidor, se le mata. ¿Qué hacer de un antiguo traidor cuando uno ya no espera nada?

-Guardémoslo aquí dos o tres días, el tiempo para que se reponga -dijo Ana- está verdaderamente muy enfermo. Y luego lo despacharemos a alguna colonia lejana: en A.O.F., por ejemplo, conocemos gente. Nunca volverá: tiene demasiado miedo de que lo maten.

-¿Y qué será de él? No vamos a darle cartas de recomendación -dijo Dubreuilh.

-¿Y por qué no? Pásenle una renta, ya que están -dijo Nadine. Su voz temblaba de pasión.

-¿Sabes?, nunca podrá desintoxicarse, es un verdadero harapo -dijo Ana-. De todos modos la vida que tiene por delante es bastante horrible.

Nadine golpeó el suelo con el pie:

-¡No se las va a llevar tan barato!

¡Hay tantos otros que se las llevaron barato! -dijo Enrique.

-No es una razón -miró a Enrique con una sospecha-. ¿No será que tienes miedo de él?

-¿Yo?

-Parecía saber cosas sobre ti.

-Supone que Enrique forma parte de la banda de Vicente -dijo Dubreuilh.

-Pero no -dijo Nadine-. No lo oíste. Me dijo: "Si yo hablara le acarrearía a tu marido los mismos disgustos que a mí"

Enrique sonrió:

-¿Crees que he sido agente doble?

-No sé lo que debo pensar -dijo ella.- A mí nunca me dicen nada. ¡No me importa! Pueden guardarse sus secretos. Pero quiero que Sézenac pague. Se dan cuenta de lo que ha hecho, ¿no?

-Nos damos cuenta -dijo Ana-. ¿Pero qué ganarías haciéndolo pagar? Uno no resucita a los muertos.

-Hablas como Lambert, no se les resucita, pero esa no es una razón para olvidarlo. Nosotros no estamos muertos, todavía podemos pensar en ellos y no besar los pies de los que los han asesinado.

-Pero no los hemos olvidado -dijo Ana con voz brusca-. Quizá no sea culpa nuestra; pero ya no tenemos ningún derecho sobre el pasado.

-Yo no he olvidado nada -dijo Nadine-. Yo no.

-Tú como los demás; tienes tu vida, tienes una hija; has olvidado. Y si deseas tanto que castiguemos a Sézenac es para probarte lo contrario; pero es de mala fe.

-Negarse a entrar en los enjuagues de ustedes es mala fe -dijo Nadine; se dirigió hacia la puerta de vidrios-. Y bueno, a loS escrúpulos de ustedes yo los llamo cobardía -gritó con violencia. Cerró la puerta tras sí.

-La comprendo -dijo Ana-; cuando pienso en Diego la comprendo -se puso de pie-. Voy a prepararle una cama en el pabellón; duerme, no tienen más que llevarlo. -Salió bruscamente y Enrique tuvo la impresión de que estaba al borde de las lágrimas.

-Antes hubiera sido capaz de matarlo yo mismo -dijo Enrique-. Hoy ya no tendría ningún sentido. Y sin embargo, es escandaloso ayudar a que viva semejante tipo.

-Sí, toda solución sería forzosamente mala -dijo Dubreuilh. Miró a Sézenac-. El único momento en que los problemas tienen una solución es cuando no se plantean. Si estuviéramos en la lucha no habría problema. Pero ahora estamos afuera; entonces nuestra decisión sería forzosamente arbitraria -se levantó-. Vamos a acostarlo.

Sézenac dormía; tenía el rostro sereno; los ojos cerrados; había recobrado algo de su antigua belleza. No pesaba mucho. Lo llevaron al pabellón y lo acostaron vestido sobre la cama. Ana extendió una manta sobre sus piernas.

-¡Parece tan inofensivo!; alguien que duerme -murmuró.

-Quizá no sea tan inofensivo-dijo Enrique-. Seguramente sabe un montón de cosas sobre Vicente y sobre los muchachos. Y actualmente hay muchos que harían pasar por inocente a un ex gestapista por poder liquidar a un ex maquisard.

-¿No cree que si supiera cosas sobre Vicente ya hubiera tenido disgustos?-dijo Ana.

-Escucha-dijo Dubreuilh-, cuando lo cuides trata de hacerlo hablar: los drogados hablan fácilmente; quizá sabremos lo que lleva adentro-reflexionó-. Creo que de todas maneras lo mejor será embarcarlo.

-¿Por qué tuvo que venir aquí?-dijo Ana.

Parecía tan impresionada, que Enrique pensó que era mejor dejarla sola con Dubreuilh. Subió a su cuarto diciendo que no tenía hambre y que comería un poco más tarde con Nadine.

Se asomó a la ventana; veía a lo lejos la masa oscura de una colina, y muy cerca el pabellón donde yacía Sézenac: así yacía en el estudio de Paula una alegre noche de Navidad. Todos reían, se felicitaban de la victoria, gritaban con Preston: "¡Viva Estados Unidos!" y bebían a la salud de la U.R.S.S. Y Sézenac era un traidor, la servicial América se preparaba a esclavizar a Europa, y en cuanto a lo que ocurría en U.R.S.S. era mejor no mirarlo demasiado de cerca. Vacío de las promesas que nunca había encerrado, el pasado no era sino un atrapabobos. En la colina negra los faros de un auto cavaron un largo surco brillante. Largamente Enrique permaneció inmóvil mirando serpentear en la noche esas rutas de luz. Sézenac dormía y sus crímenes dormían con él. Nadine caminaba por el campo; el no deseaba una explicación. Se acostó sin esperar su regreso.

A través de un sueño confuso, Enrique creyó oír de pronto un ruido insólito, un ruido de granizo; abrió los ojos bajo la puerta se veía una raya de luz: Nadine había vuelto y su ira velaba, pero el ruido no venía de su cuarto; hubo una lluvia de piedritas contra los vidrios. "Sézenac ", pensó Enrique saltando de la cama. Abrió la ventana y se inclinó: Vicente. Se puso rápidamente alguna ropa y bajó al jardín.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Vicente se había sentado en el bando de madera verde, apoyando contra la pared de la casa; tenía el rostro tranquilo, pero su pie izquierdo golpeaba el suelo conun movimiento convulsivo, la pierna de su pantalón temblaba.

-Te necesito. ¿Tienes tu auto?

-Sí. ¿Por qué?

-Acabo de matar a Sézenac: hay que sacarlo de aquí.

Enrique miró a Vicente con estupor:

-¿Lo mataste?

-No hubo lucha-dijo Vicente-. Dormía, empleé mi silencioso, no hice ningún ruido-hablaba con una voz neta y rápida; agregó-: Pero ese cochino no quiso quemarse.

-¿Quemarse?

-Robamos tabletas de fósforo a los Shleubs en el maquis; por lo genera, marchan muy bien; pero tal vez ya estén demasiado viejas, aunque puse mucha

atención en guardarlas en lugar seco; esperé tres horas y el estómago está apenas tocado; empieza a hacerse tarde; vamos a meterlo en el auto.

-¿Por qué hiciste eso? -murmuró Enrique. Se sentó en un banco; sabía que Vicente era capaz de matar, que había matado; pero era un convencimiento abstracto; hasta ahora Vicente era un asesino sin víctima; su manía, como la bebida o la droga, no hacía peligrar más que a él, y resulta que había entrado al pabellón con un revólver en la mano, había puesto el caño contra una sien viva y Sézenac había muerto; durante tres horas Vicente se había quedado frente a un compañero al que acababa de matar y al que no podía quemar. ¡Lo hubiéramos mandado a alguna jungla de donde nunca habría vuelto!

-¡Vamos!-dijo Vicente. Su pierna se calmaba, pero su palabra parecía menos segura-. ¡Sézenac, un entregador, te das cuenta! ¡Cómo nos engañó! ¡Cancel, que decía: es mi hermanito! ¡Y yo, pobre infeliz, si no hubiera desconfiado por la droga me entregaba a la policía!, e hice cosas por él que nunca hice por nadie. Aunque hubiera estado seguro que me costaría el pellejo, me habría dado el gusto de costearme el suyo.

-¿Cómo supiste que estaba aquí?

-Seguí su pista-dijo Vicente con aire vago. Agregó-; Vine en bicicleta, pensaba poner los restos en una bolsa, atarle una piedra ala bolsa y echar todo al río; me las habría arreglado muy bien solo. ¡No comprendo por qué no se quemó! -repitió con aire perplejo. Meditó un instante en silencio y se levantó-. Tendríamos que apresurarnos

-¿Qué quieres hacer?

-Vamos a hacerle tomar un baño, un bañito de eternidad; tengo visto un lugar perfecto.

Enrique no se movió; le parecía que le pedían que matar a Sézenac con sus propias manos.

-¿Qué te pasa? -dijo Vicente-. No podemos dejarlo ahí, ¿no? Ahora, si no quieres ayudarme, paciencia; préstame el coche y trataré de arreglármelas sin ti.

-Voy a ayudarte -dijo Enrique-. Pero te pido una cosa en cambio: prométeme dejar esa banda.

-Lo que acabo de hacer es un trabajo personal -dijo Vicente-, y en cuanto a mi banda, te repito lo que te dije antes: no tienes nada mejor que ofrecerme. ¿Qué hacen ustedes contra todos estos cochinos que vuelven? Entonces déjanos defendernos.

-No es una manera de defenderse.

-No tienes ninguna mejor que proponerme. Ven o no vengas -agregó Vicente-, pero decídete.

-Está bien -dijo Enrique-. Voy.

No era el momento de discutir; además, no sabía de qué hablaba, nada le parecía verdad; una brisa jugaba con las ramas del tilo, el olor de las rosas que se marchitaban subía hacia la casa de postigos azules, era una de esas noches como todas las noches en que no ocurre nada. Siguió a Vicente hasta el interior del pabellón y entonces lo que se hundió en el vacío fué el mundo cotidiano; el olor era irrefutable, espeso, triunfal, el olor que llena las cocinas cuando queman las plumas de un pollo. Enrique miró la cama y retuvo una exclamación: un negro. El hombre acostado sobre la sábana blanca tenía un rostro totalmente negro.

-Es el fósforo -dijo Vicente. Apartó la sábana-. ¡Mira esto!

El agujerito en la sien estaba tapado con algodón, ni un rastro de sangre. Vicente era prolijo. El cuerpo de costillas salientes tenía el color del pan quemado y el fósforo había cavado una hendidura profunda; no había ninguna relación entre Sézenac y ese yacente negruzco.

-¿Y la ropa?- dijo Enrique.

-La meto en mi bolsa; yo me encargo -tomó el cadáver por debajo de los brazos-. Cuidado que no se rompa en dos; sería un desastre -dijo con una voz

Librodot

competente de enfermero. Enrique tomó el cadáver de los pies y lo transportaron hasta el garaje.-Espera que tome mi equipo -dijo Vicente.

Había ocultado su bicicleta en un matorral; trajo una cuerda y una bolsa con una gran piedra.

-No cabrá en la bolsa; pero vaya arreglármelas -dijo Vicente. Ligó sólidamente contra el vientre de Sézenac la piedra envuelta en la bolsa que amarró con un nudo corredizo alrededor del cuerpo-. Así está seguro de irse al fondo -dijo con satisfacción.

Acostaron la cosa en el asiento trasero y la cubrieron con una manta. La casa parecía dormir; sólo la ventana de Nadine continuaba iluminada: ¿sospechaba algo? Empujaron el coche hasta el camino y Enrique trató de arrancar en silencio; el pueblo también parecía dormir, pero seguramente había insomnes que espiaban todos los ruidos.

-¿Entregó a muchos judíos? -preguntó Enrique. La justicia no tenía mucho que ver en esta historia, pero necesitaba convencerse de los crímenes de Sézenac.

-¡Centenares! Era trabajo al por mayor esos pasajes de línea. ¡Cochino! ¡Cuando pienso que casi se me escapa! -dijo Vicente-. Es culpa mía; cometí una torpeza; cuando encontré su pista, tuve la tontería de correr a su hotel, lo hubiera matado en su cuarto, cosa que no habría sido nada inteligente; se negó a abrirme y se me escurrió de entre los dedos. ¡Pero lo pesqué!

Hablaba con una voz que farfullaba un poco mientras el coche se deslizaba por la ruta dormida; costaba creer, bajo ese cielo silencioso, que un poco en todas partes había hombres que morían, que mataban, y que esa historia era verdadera.

-¿Por qué trabajaba con la Gestapo? -dijo Enrique.

-Necesidad de dinero -dijo Vicente-. Yo creía que se drogaba solamente desde la muerte de Chancel, desde que todo empezó a volverse roñoso; pero no, se remonta a mucho tiempo. ¡Pobre Chancel! Decía que a Sézenac le gustaba la vida peligrosa y admiraba eso: no sospechaba que eso significaba droga y billetes a cualquier precio.

-¿Pero por qué se drogaba? Era un burguesito bien de su casa.

-Era una bala perdida -dijo Vicente-, una bala perdida que se convirtió en un canalla-. Calló y al cabo de un instante hizo una seña.- Ahí está el puente.

La ruta estaba desierta, el río desierto; en un segundo tiraron por encima del parapeto esa cosa que había sido Sézenac; hubo un ruido de agua, un remolino, algunas arrugas y de nuevo un río ingenuo, la ruta desierta, el cielo, el silencio. "Nunca sabré quién acaba de hundirse", pensó Enrique; esa idea lo molestaba como si al menos le hubiera debido a Sézenac una exacta oración fúnebre.

-Te agradezco -dijo Vicente cuando hubieron dado media vuelta.

-Guárdate tus agradecimientos -dijo Enrique-; te ayudé porque no había más remedio; pero estoy en contra, más que nunca.

-Un cochino menos es un cochino menos -dijo Vicente.

-Comprendo que hayas querido arreglar cuentas con Sézenac -dijo Enrique-, pero no me digas que tienes verdaderos motivos para liquidar a tipos que no conoces: es una especie de droga que encontraste ahí, tú también, una manía.

-Te equivocas -dijo Vicente vivamente-; no me gusta matar; no soy un sádico, detesto la sangre. Había tipos en el maquis para quienes liquidar a un miliciano era un placer: lo cortaban en tajadas con sus ametralladoras; a mí me horrorizaba. Soy un tipo normal, lo sabes muy bien.

-Debe haber algo que te falla -dijo Enrique-; no es normal matar por matar.

-Yo no mato por matar, sino para que ciertos cochinos revienten.

-¿Y por qué te importa tanto que revienten?

-Es normal desear que reviente un tipo al que detestas de veras; en el caso contrario, uno sería anormal -se encogió de hombros-. Son macanas esas historias de que los criminales son obsesionados sexuales y todo lo demás; yo no digo que en la banda no haya uno o dos chiflados; pero los más desatados son buenos padres de familia que hacen el amor cuando quieren y sin historias.

Anduvieron un momento en silencio.

-¿Comprendes? -dijo Vicente-. Hay que saber de qué lado se está.

-No es necesario matar para eso -dijo Enrique.

-Hay que jugarse.

-Cuando Gerardon Patureau defiende a los malgaches a riesgo de hacerse linchar, se juega, y eso tiene un sentido. Arréglatelas para jugarte haciendo algo útil.

-¿Qué quieres hacer de útil cuando vamos a reventar todos en la próxima guerra? Podemos arreglar cuentas, eso es todo.

-Quizá no haya guerra.

-¡Vamos! ¡Estamos apresados! como ratas! -dijo Vicente.

Llegaban ante el jardín y Vicente agregó:

-Escucha: si llegara a haber un lío, no sabes nada, no has visto nada, no has oído nada. Sézenac desapareció y ustedes creen que se mandó mudar. Si te cuentan que he hablado, puedes estar seguro de que es una mentira. Niega todo.

-Si hay un lío no te dejaré solo -dijo Enrique-. Por el momento desaparece en silencio.

-Desaparezco.

Enrique guardó el coche en el garaje; cuando volvió a salir, Vicente había desaparecido; se podía suponer en efecto que Sézenac se había volado; Vicente no había puesto los piel en Saint Martin; no había ocurrido nada.

Había ocurrido algo; en la mañanita gris estaban sentados los tres en medio del *living-room*; Ana y Dubreuilh en sus saltos de cama, y Nadine vestida; lloraba; alzó la cabeza y dijo con voz desesperada: -¿De dónde vienes?

Él se sentó junto a ella y pasó su brazo alrededor de sus hombros.

-Es culpa mía -gimió Nadine.

-¿Qué el culpa tuya?

-Yo le telefoneé a Vicente. Le hablé del café. Con tal que no hayan oído nada.

Ana dijo precipitadamente:

-Lo único que quería era que Vicente denunciara a Sézenac a la policía.

-Le expliqué que no viniera -dijo Nadine-, pero no hubo nada que hacer. Lo esperé en el camino, tenía miedo. Me juró que quería conversar con Sézenac, me mandó de vuelta a mi cuarto. Mucho más tarde tiró piedritas en mi ventana, me preguntó cuál era la tuya. ¿Qué pasó? -preguntó con voz aterrorizada.

-Sézenac está en el fondo del río con una gran piedra al cuello -dijo Enrique- no lo encontrarán tan pronto.

-¡Oh, Dios mío! -Nadine lloraba con sollozos que conmovían todo su cuerpo vigoroso.

-Sézenac merecía una bala en el cuerpo, tú misma lo dijiste -dijo Dubreuilh-; y creo que es lo mejor que podía ocurrirle.

-¡Estaba vivo y ahora está muerto! -dijo Nadine-. Es tan horrible.

La dejaron llorar un largo rato sin decir nada ella alzó la cabeza:

-Y ahora, ¿qué va a pasar?

-Nada.

-¿Si lo encuentran?

-No lo encontrarán -dijo Enrique.

-Su desaparición va a extrañar; ¿quién sabe si no dijo a su amiga o a los muchachos que venía aquí? ¿Nadie en el pueblo notó las idas y venidas tuyas y de Vicente? ¿Si alguien cerca de Vicente lo adivina todo?

-No te inquietes. Si lo peor ocurre, me defenderé.

-Eres cómplice de un asesinato.

-Estoy seguro que con un buen abogado saldré absuelto -dijo Enrique.

-No, no es seguro -dijo Nadine.

Lloraba con una pasión de remordimientos que consternaba a Enrique; por rencor contra sus padres y contra él mismo había entrado en la cabina telefónica,

¿era verdaderamente imposible arrancar de ella ese resentimiento testarudo del que era la primera víctima? ¡Cómo se hacía sufrir!

-¡Te meterán en la cárcel durante años! -dijo.

-¡Pero no! -dijo Enrique. Tomó a Nadine de un brazo-. Ven a descansar. No has dormido en toda la noche.

-No podría dormir.

-Vas a intentarlo. Yo también.

Subieron la escalera y entraron al cuarto de Enrique; Nadine se secó los ojos y se sonó ruidosamente.

-Me odias, ¿verdad?

-¡Estás loca! -dijo Enrique-. ¿Sabes lo que pienso? Que tú detestas un poco a todo el mundo. A los demás no me importa; pero a mí no debes detestarme: porque yo te quiero, métete eso en la cabeza.

-Pero no, no me quieres -dijo Nadine-. Y tienes razón, no hay por qué quererme.

-Siéntate ahí -dijo Enrique. Se sentó junto a ella y puso su mano sobre la suya. Tenía muchas ganas de volver a estar solo, pero no quería abandonar a Nadine con sus remordimientos; él también los tenía por no haber logrado conquistar su confianza-. ¡Mírame! -dijo.

Ella volvió hacia él un pobre rostro de ojos hinchados y él sintió un gran impulso de ternura. Si, lo que uno prefiere a todo lo demás, uno lo quiere; le importaba de ella más que de nadie: la quería y tenía que convencerla de eso.

-¿Crees verdaderamente que no te quiero? ¿Es en serio?

Nadine se encogió de hombros.

-¿Por qué vas a quererme? ¿Qué te doy? Ni siquiera soy bonita.

-¡Ah!, deja esos complejos idiotas -dijo Enrique-. Me gustas como eres. Y me das a ti misma: es todo lo que te pido puesto que te quiero.

Nadine lo miró con aire desolado:

-Quisiera creerte.

-Inténtalo.

-No -dijo ella-. Me conozco demasiado.

-Yo también te conozco, ¿sabes?

-Justamente.

-Te conozco y no pienso sino bien de ti; ¿entonces?

-Entonces me conoces mal.

Enrique se echó a reír:

-¡Vaya un razonamiento!

-Soy fea -dijo Nadine-. Y todo el tiempo hago cosas feas.

-Pero no. Esta noche estabas enojada y se comprende. No podías prever lo que iba a ocurrir. Deja de desgarrarte.

-Eres bueno -dijo Nadine-. Pero no lo merezco- volvió a llorar-. ¿Por qué seré así? Me doy asco.

-Es un error -dijo Enrique tiernamente.

-Me doy asco -repitió.

-Eso no está bien, mi querida -dijo Enrique-. Mira, todo andaría mucho mejor si no hubieras decidido que nadie te quiere: le tienes rencor a la gente por supuesta indiferencia; entonces, de tanto en tanto les mientes, les haces un golpe feo por represalias. Pero nunca es muy grave y no parte de un alma muy negra.

Nadine sacudió la cabeza:

-¡No sabes de lo que soy capaz!

Enrique sonrió:

-Lo sé muy bien.

-No -dijo ella con una voz tan desesperada que Enrique la tomó entre sus brazos.

-Escucha -dijo-, si tienes algo que te pesa es mejor que me lo digas. Te parecerá menos terrible cuando me lo hayas dicho.

-No puedo -dijo Nadine-. Es demasiado feo.

-No lo digas si no quieres -dijo Enrique-. Pero si es lo que pienso no es muy grave.

Nadine lo miró con inquietud:

-¿Qué piensas?

-¿Se trata de algo que nos concierne a ti y a mí?

-Sí -dijo ella sin apartar los ojos. Sus labios temblaban.

-¿Te embarazaste a propósito? ¿Es eso lo que te atormenta?

Nadine bajó la cabeza:

-¿Cómo lo adivinaste?

-Tenías que haber hecho trampa: era la única explicación.

-¡Habías adivinado! -dijo-. ¡No me digas que no te doy asco!

-Pero Nadine, ¡nunca hubieras aceptado que me casara contigo sin ganas, nunca me hubieras hecho un chantaje! Es sólo un jueguito que has jugado contigo misma.

Ella alzó los ojos hacia él con aire suplicante:

-No, nunca hubiera hecho un chantaje.

-Lo sé muy bien. Sin duda tuviste una crisis de hostilidad contra mí por una u otra razón, entonces maquinaste esa historia; te divertía imponerme una situación que yo no había querido; pero corrías más riesgos que yo, puesto que nunca tuviste la intención de forzarme la mano.

-¡De todas maneras era feo! -dijo Nadine.

-Pero no. Era sobre todo inútil: un poco antes o un poco después nos hubiéramos casado y hubiéramos tenido un chico.

-¿Es verdad eso? -dijo Nadine.

-Evidentemente. Nos casamos porque nos gustaba a los dos. Yo no me sentía con deberes para contigo, puesto que sospechaba que habías buscado lo que te pasaba.

Nadine vaciló:

-Supongo que si te hubiera disgustado vivir conmigo no lo hubieras hecho -dijo.

-Trata de hacer otro esfuerzo -dijo Enrique alegremente-. Comprende que si no te quisiera me disgustaría.

-Eso es otra cosa -dijo Nadine-. Uno puede estar bien con alguien sin quererlo.

-Pero yo no -dijo Enrique-. En fin, ¿por qué no quieres creer que te quiero? -agregó con un poco de impaciencia.

-No es culpa mía -agregó Nadine suspirando-, soy desconfiada.

-No lo has sido siempre -dijo Enrique-. Con Diego no lo eras.

Nadine se puso dura:

-Era distinto.

-Diego era mío.

-No más de lo que yo lo soy -dijo Enrique vivamente-. La diferencia es que era un chico; pero hubiera envejecido. Y si no decidieras a priori que todo adulto es un juez, por lo tanto un enemigo, mi edad no te molestaría.

-Contigo nunca será como con Diego -dijo Nadine firmemente.

-No hay dos amores que sean iguales -dijo Enrique-. ¿Pero por qué comparar? Evidentemente, si buscas en nuestra historia otra cosa de lo que es, no lo encontrarás.

-Nunca olvidaré a Diego -dijo Nadine.

-No lo olvides. Pero no emplees tus recuerdos contra mí. Es lo que haces. Por un montón de razones le vuelves la espalda a la vida presente; entonces te refugias en el pasado; en nombre del pasado tomas superioridades sobre todo lo que te ocurre.

Nadine lo miró con un aire un poco vacilante.

-Sí, quiero mi pasado-dijo.

-Te comprendo muy bien -dijo Enrique-. Pero tienes que darte cuenta de una cosa: no es porque tienes recuerdos muy fuertes por lo que pones mala voluntad en vivir; es lo contrario: utilizas tus recuerdos para justificarte.

Nadine guardó un momento de silencio; se mordía el labio inferior con aire concentrado:

-¿Por qué tengo mala voluntad?

-Por resentimiento, por desconfianza. Es un círculo vicioso -dijo Enrique-. Dudas de mi amor, entonces me tienes rabia y quieres castigarme, desconfías de mí y te alejas. Pero reflexiona -dijo con voz apremiante-, si te quiero merezco tu confianza y eres injusta al no dármela.

Nadine se encogió de hombros con aire desolado:

-Si es un círculo vicioso no puedo salir.

-Puedes -dijo Enrique-, si quieres, puedes. -La apretó contra él-. Resuelve darme tu confianza aun si no estás segura de que la merezco. La idea de caer en un engaño te horroriza: pero es mejor ser engañada que ser injusta. Y verás: la mereceré.

-¿Me encuentras injusta contigo?

-Sí. Eres injusta cuando me reprochas que yo no sea Diego. Injusta cuando me miras como a un juez, cuando soy un hombre que te quiere.

-No quiero -dijo Nadine con voz ansiosa-. No quiero ser injusta.

Enrique sonrió:

-No lo seas más. Si pones un poco de buena voluntad terminaré por convencerte -dijo besándola.

Ella le echó los brazos alrededor del cuello.

-Te pido perdón -dijo.

-No tengo nada que perdonarte. Ven. Ahora vas a tratar de dormir. Hablaremos de todo esto mañana.

La ayudó a acostarse y la acomodó en la cama. Volvió a su cuarto. Nunca había hablado tan francamente con Nadine y le parecía que algo en ella había cedido. Había que perseverar. Suspiró. ¿Y entonces? Para hacerla feliz hubiera sido necesario que él lo fuera. Esta mañana ya no sabía lo que esa palabra podía querer decir.

Dos días después los diarios no habían señalado la desaparición de Sézenac. A Enrique todavía le parecía sentir alrededor del pabellón un olor a quemado; la imagen del rostro hinchado, del vientre carcomido, no se borraba; pero esa pesadilla ya estaba cubierta por otra angustia: los Tres acababan de romper con Moscú, la situación estaba tan tensa entre el Este y el Oeste que la guerra parecía inminente. Aquella tarde Enrique y Nadine llevaron a Dubreuilh en auto hasta la estación de Lyon: estaba tan triste como todo el mundo. Enrique lo miró de lejos dar apretones de manos en el hall de la estación: debía pensar que era irrisorio irse justamente hoy a defender la paz a golpes de discursos. Sin embargo, cuando se dirigió hacia el andén en compañía de otros tres tipos, la mirada con que los siguió Enrique encerraba una especie de nostalgia. Tenía la impresión de estar excluido.

-¿Qué hacemos? -dijo Nadine.

-Primero vamos a buscar tu billete y el tríptico.

-¿Vamos igual?

-Sí -dijo Enrique-. Si vemos que la situación se agrava, demoraremos nuestra partida. Pero quizá afloje. Hemos fijado una fecha; por el momento la mantenemos.

Hicieron compras, compraron discos, pasaron por *Vigilance* y luego por *L'Enclume* a ver a Lachaume: los comunistas habían resuelto tomar oficialmente entre sus manos el asunto malgache, en cuanto se hubiera dictado el veredicto; la oficina política haría una declaración, se harían circular peticiones, organizarían mítines; Lachaume trataba visiblemente de ser optimista, pero sabía que no obtendrían nada; respecto a la situación internacional tampoco estaba alegre. Enrique llevó a Nadine, al cinematógrafo. A la vuelta, cuando iban por la carretera a través de un crepúsculo húmedo, ella lo acosó a preguntas a las cuales él no podía

Librodot

contestar: "Si quieren movilizarte, ¿qué harás? ¿Qué pasará si los rusos ocupan Paris? ¿Qué será de nosotros si gana Estados Unidos?" La comida fué triste y enseguida después Ana subió a su cuarto. Enrique permaneció en el escritorio con Nadine. Ella sacó de su cartera dos sobres hinchados y el cupón de su camarote:

-¿Quieres ver tu correspondencia?

-Si, dámela.

Nadine le pasó uno de los sobres y examinó su billete:

-¡Te das cuenta, voy a viajar en un vagón dormitorio: me dará vergüenza!

-¿No estás contenta? Antes tenías tantas ganas de viajar en un tren dormitorio.

-Cuando viajaba en tercera envidiaba a la gente de los vagones dormitorios; pero no me gusta pensar que ahora van a envidiarme a mi -dijo Nadine, Volvió a guardar el boleto en su cartera-. Desde que tengo este boleto en las manos me parece terriblemente real esta partida.

-¿Por qué dices terriblemente?

-Siempre es un poco terrible una partida, ¿no?

-A mi lo que me molesta es la incertidumbre -dijo Enrique-. Quisiera estar seguro de que podremos irnos.

-De todas maneras hubiéramos podido dilatar la fecha -dijo Nadine-. ¿No te disgusta no tomar parte en ese mitin de que hablaba Lachaume?

-Puesto que los comunistas van a dar el frente ya no me necesitan -dijo Enrique-. Si empezamos a postergar esa partida no hay razón para pararse. Y cuando hayamos terminado con Madagascar pasarán otras cosas. Hay que cortar de cuajo.

-Bah, es cuestión tuya -dijo Nadine.

Se puso a revisar los *Argus* y él abrió una carta: una carta de un joven, muy amable. Había muchas cartas amables. Por lo general, eso lo alegraba. Pero esa noche, sin que supiera por qué, le irritaba pensar que mucha gente lo consideraba como a un hermoso espécimen humano. El reloj dió las diez. Dubreuilh estaba hablando contra la guerra. Enrique pensó de pronto que hubiera querido estar en su lugar. Se había dicho a menudo: "La guerra es como la muerte, de nada sirve prepararse." Pero cuando un avión se viene abajo, es mejor ser el piloto que trata de enderezarlo que el pasajero aterrorizado. Hacer algo, aunque sólo fuera hablar, era mejor que quedarse sentado en su rincón con ese peso oscuro sobre el corazón. Enrique imaginó la sala llena de gente, los rostros tendidos hacia Dubreuilh, Dubreuilh tendido hacia ellos lanzándoles palabras: no había lugar en ellos para el miedo, para la angustia; esperaban juntos. A la salida, Dubreuilh iría a comer salchichón y a beber beaujolais: sería en un boliche cualquiera, nadie tendría gran cosa que decir a los demás, pero se sentirían bien. Enrique encendió un cigarrillo. No se detiene una guerra con palabras; pero la palabra no pretende forzosamente cambiar la historia: es también una cierta manera de vivirla. En el silencio de ese escritorio, abandonado a sus pesadillas íntimas, Enrique sentía que la vivía mal.

-El último número tiene buena prensa -dijo Nadine-. Dicen mucho bien de tu novela.

-Se sostiene esa revista -dijo Enrique con indiferencia.

-Su único error es ser una revista -dijo Nadine-. Evidentemente, para la actualidad sería otra cosa si fuera un semanario.

-¿Por qué tu padre no se decide? -dijo Enrique-. Se muere de ganas. Los tipos de su movimiento estarían encantados y los comunistas ven el proyecto con muy buenos ojos. ¿Que lo detiene?

-Sabes muy bien -dijo Nadine-. No quiere meterse sin ti.

-Es absurdo -dijo Enrique- Encontrará todos los colaboradores que quiera.

-No es lo mismo -dijo Nadine vivamente-. Tendría necesidad de alguien sobre quien pudiera descansar con los ojos cerrados. Ha cambiado, lo sabes -agregó-. Ha de ser la edad. Ya no se cree capaz de cualquier cosa.

Librodot

-Creo que de todos modos terminará por decidirse -dijo Enrique-. Todo el mundo lo empuja.

Nadine buscó la mirada de Enrique:

-Si no nos fuéramos a Italia, ¿te gustaría ocuparte?

-Nos vamos justamente para huir de esa clase de cosas.

-Yo no -dijo ella-. Yo me voy para vivir al sol en un lindo lugar.

-Por supuesto, también hay eso -dijo Enrique.

Nadine tendió la mano hacia las cartas:

-¿Puedo leer?

-Si te divierte.

- Él se puso a hojear los *Argus*, pero sin convicción; ya no se ocuparía de *Vigilance*, todo eso no le incumbía.

-Es linda la carta del estudiante -dijo Nadine.

Enrique se echo a reír:

-¿El que dice que mi vida le sirve de ejemplo?

-Cada cual sigue los ejemplos que puede -dijo Nadine con una sonrisa-. Pero seriamente ha comprendido cosas.

-Sí. Pero es idiota ese ideal del hombre total. En realidad, soy un burguesito escritor que se las arregla mal o bien, y más bien mal que bien, entre sus obligaciones y sus gastos: nada más.

El rostro de Nadine se oscureció:

-¿Y yo qué soy?

Enrique se encogió de hombros:

-La verdad es que no hay que ocuparse de lo que uno es. En ese terreno no hay remedio.

Nadine lo miró con aire indeciso:

-¿En qué terreno quieres que me ponga?

Enrique no contestó nada. ¿Y él en qué terreno iba a situarse cuando estuviera en Italia? Volvería a apasionarse por lo que escribiera; entonces ya no estaría tentado de ponerse en tela de juicio como escritor. Sea. Pero no todo se salva por ser un escritor. No veía muy bien cómo lograría pensar en sí mismo.

-Tienes a María, tienes tu vida, tienes cosas que te interesan -dijo blandamente.

-Me sobra también mucho tiempo -dijo Nadine-. En Porto Venere nos sobrará mucho tiempo.

Enrique miró a Nadine:

-¿Te da miedo?

-No sé -dijo ella-. Me doy cuenta que antes de tener este boleto en el bolsillo no había creído verdaderamente en esa partida. ¿Tú creías en ella?

-Evidentemente.

-No es tan evidente -dijo Nadine con voz un poco agresiva-. Uno habla, cambia cartas, hace preparativos, pero mientras no ha subido al tren podría muy bien ser un juego. ¿Estás tan seguro de que tienes ganas de irte?

-¿Por qué me preguntas eso? -dijo él.

-Una impresión que tengo -dijo ella

-¿Crees que tengo miedo de aburrirme contigo?

-No, me has dicho veinte veces que no te aburría y he decidido creerte -dijo en tono grave-. Pienso en el conjunto...

-¿Qué conjunto? -dijo Enrique.

Estaba un poco irritado. Era muy de Nadine: deseaba algo más ásperamente que nadie y cuando lo obtenía se enloquecía. A ella se le había ocurrido la idea de esa casa y parecía importarle tanto que ni por un momento Enrique había pensado en volver a estudiar ese proyecto. De pronto lo dejaba solo ante un porvenir que ya no era obligatorio.

-Dices que no leerás más los diarios; pero los leerás -dijo Nadine-. Será raro cuando recibamos *Vigilance* o ese semanario si algún día aparece.

Librodot

-Escucha -dijo Enrique-, cuando uno se va así, por mucho tiempo, siempre hay que pasar un mal momento. No es una razón para cambiar bruscamente todos nuestros planes.

-Sería tonto irnos solamente por no cambiar nuestros planes -dijo Nadine con suavidad.

-¿Oíste lo que decía tu padre el otro día? Si me quedara, todo volvería a empezar como antes, cuando me reprochabas que no tuviera tiempo para gozar de la vida.

-He dicho muchas tonterías antes -dijo Nadine.

-Este año me di tiempo y fuí feliz -dijo Enrique-. Me voy a Italia para que eso continúe.

Nadine lo miró con aire vacilante:

-Si crees que serás verdaderamente feliz allí. ..

Enrique no contestó. Feliz: el hecho es que la palabra ya no tenía sentido. Uno nunca es dueño del mundo: tampoco es posible protegerse contra él. Uno está en él, eso es todo. En Porto Venere, como en París, toda la tierra estaría presente a su alrededor con sus miserias, sus crímenes, sus injusticias. Podía emplear el resto de su vida en huir, nunca estaría protegido. Leería los diarios, oiría la radio, recibiría cartas. Todo lo que ganaría sería decirse: " No puedo hacer nada." Bruscamente, algo explotó en su pecho. No. La soledad que lo ahogaba esta noche, esa muda impotencia, no es eso lo que quería. No. No aceptaría decirse para siempre: " Todo ocurre sin mí." Nadine había visto claro: ni por un instante había elegido verdaderamente ese exilio. De pronto se daba cuenta que desde hacía días soportaba la idea con horror.

-¿Estarías contenta si nos quedáramos aquí? -preguntó.

-Estaré contenta en todos lados si tú lo estás -dijo con pasión.

-¿Tenías ganas de vivir al sol en un lugar bonito?

-Sí -dijo Nadine; vaciló-. ¿Sabes?, las personas que sueñan con el paraíso, cuando los emplazan no están tan apresurados por irse.

-En otras palabras, ¿lamentarías irte?

Nadine lo miró con aire serio:

-Te pido una cosa: que hagas lo que tú tengas ganas. Supongo que soy tan egoísta como antes, pero estoy menos obtusa. Si creo haberte forzado la mano me envenenará la existencia.

-Ya no sé bien lo que deseo -dijo Enrique.

Se levantó y puso en el fonógrafo uno de los discos que acababa de comprar. Si no se iba no dispondría a menudo de tiempo para escucharlos. Miró a su alrededor. Si no se iba sabía lo que le esperaba; esta vez estaba prevenido: "Al menos evitaré ciertas trampas", se dijo; y pensó con resignación: "Caeré en otras."

-¿Quieres que escuchemos un poco de música? -dijo-. No tenemos necesidad de decidirnos esta noche.

Pero sabía que ya estaba decidido.

CAPÍTULO XII

¿Acaso ya presentía que llegaría a esto? Cuando robé ese frasco de la cartera de Paula pensaba tirarlo: y lo oculté en el fondo de mi cajón de guantes. Me bastaría subir a mi cuarto, me bastaría un gesto y habría terminado. Me tranquiliza pensar eso. Apoyo mi mejilla contra el pasto tibio y digo en voz baja: "Quiero morir." Mi garganta se desanuda y me siento de pronto muy serena.

No es a causa de Lewis. Hace quince días que la gran orquídea se marchitó, la tiré, asunto arreglado. Ya en Chicago empecé a curarme: me curaré, no puedo

impedirlo. No es a causa de esos hombres que asesinan en todos lados, ni a causa de la guerra que amenaza: ser matado o morir no hace tanta diferencia, y todo el mundo muere, más o menos a la misma edad, con unos cuarenta años de diferencia. No. Nada de todo eso me importa; si las cosas me importaran me sentiría viva, no desearía dejar de ser. Pero de nuevo, como en esa noche de mis quince años en que grité de miedo, la muerte me acorrala. Ya no tengo quince años. Ya no tengo la fuerza de huir. Por unos días de espera, el condenado a muerte se cuelga en su celda: ¡y quieren que yo tenga años de paciencia! ¿Para qué? Estoy cansada. La muerte parece mucho menos terrible cuando uno está cansado. Si puedo morir del deseo que siento por ella, aprovechémoslo.

Hace quince días que esto dura: desde el momento en que llegué a París. Roberto me esperaba en la estación de los Inválidos. No me vió enseguida. Caminaba a lo largo de la acera con pasitos de anciano y pensé de pronto: "¡Es viejo" Me sonrió; su mirada era siempre igualmente joven; pero su rostro empezó a descomponerse, se descompondrá hasta el día en que se descomponga del todo. Desde entonces no dejo de pensar: " Tiene para diez o quince años, para veinte quizá: ¡es corto veinte años! Y luego morirá. Morirá antes que yo." De noche me despierto sobresaltada, me digo: "Morirá antes que yo." Esta mañana hablaban con Enrique, decían que había que volver a empezar, que uno siempre vuelve a empezar, que no se puede hacer otra cosa, hacían planes, discutían. Y yo miraba sus dientes; sólo eso es leal en un cuerpo: los dientes, donde el esqueleto se descubre; yo miraba el esqueleto de Roberto y me decía: "Espera su hora." La hora llegará. Nos dejan languidecer durante un tiempo más o menos largo, pero no hay perdón. Veré a Roberto acostado sobre una cama, la tez de cera, una falsa sonrisa en los labios, estaré sola ante su cadáver. ¡Qué mentira los tranquilos yacentes de piedra que duermen el uno junto al otro en las criptas, y esos esposos enlazados sobre sus urnas funerarias! Se puede mezclar nuestras cenizas: no confundirán nuestras muertes. Durante veinte años creí que vivíamos juntos; pero no; cada uno está solo encerrado en su cuerpo con sus arterias que se endurecen bajo la piel que se seca, con su hígado, sus riñones que se gastan y su sangre que palidece, con su muerte que madura sordamente en él y que la separa de todos los demás.

Sé la que Roberto me diría, ya me la ha dicho: "No soy un muerto postergado. Soy un vivo." Me había convencido. Pero entonces le hablaba a una viva y la vida es la verdad de los vivos. Yo jugaba con la idea de la muerte: con la idea solamente: yo pertenecía todavía a ese mundo. Hoy es otra cosa. Ya no juego. La muerte está ahí; oculta el cielo celeste, ha devorado el pasado y devora el porvenir; la tierra está helada, el vacío la recobró. Un mal sueño flota todavía a través de la eternidad: una pompa de jabón que voy a reventar.

Me levanto sobre un codo; miro la casa, el tilo, la cuna donde duerme María; es un día como los demás y en apariencia el cielo está azul. ¡Pero qué desierto! Todo calla. Quizá ese silencio es únicamente el silencio de mi corazón. Ya no hay amor en mí para nadie, para nada. Yo pensaba: "¡El mundo es vasto, inagotable, no nos basta una existencia para gozarlo!" Y lo miro con indiferencia, ya no es más que un inmenso exilio. Qué me importan las lejanas galaxias y los millares de hombres que me ignoran para siempre. Sólo tengo mi vida, sólo ella cuenta y justamente ella ya no cuenta. Ya no veo qué puedo hacer sobre la tierra. ¡Mi oficio, qué irrisión! ¿Cómo puedo impedirle a una mujer que llore, obligar a un hombre a que duerma? Nadine quiere a Enrique, ya no cuento para ella. Roberto ha sido dichoso conmigo, pero también lo hubiera sido con otra o solo. "Dale papel y tiempo y no le falta nada." Me echará de menos, por supuesto; pero no está dotado para la nostalgia y además él también estará pronto bajo tierra. Lewis tenía necesidad de mí; pensé: "Es demasiado tarde para empezar, demasiado tarde para volver a empezar." Me di razones, todas las razones me han abandonado; ya no me necesita. Tiendo la oreja: ni un llamado, en ninguna parte. Nada me defiende contra ese frasquito que me espera en el fondo del cajón de guantes.

Librodot

Me erguí, miré a María. Sobre su carita firme vuelvo a ver mi muerte. Un día tendrá mi edad y yo ya no estaré aquí. Duerme, respira, es bien real: es la realidad del porvenir y del olvido. Será el otoño, paseará por este jardín tal vez, o por otra parte; si por casualidad pronuncia mi nombre nadie contestará: y mi silencio se perderá en el silencio universal. Pero ni siquiera lo pronunciará; mi ausencia será tan perfecta que todo el mundo la ignorará. Ese vado me da vértigo.

Sin embargo, recuerdo, la vida fué hermosa como una feria, a veces, y el sueño tierno como una sonrisa. En Gao dormíamos en la terraza del hotel, a la madrugada la brisa se engolfaba en el mosquitero y la cama bailaba como un barco; era en el puente de un barco con olor a alquitrán, una gran luna naranjada se levantaba detrás de Egina; el cielo y la tierra se mezclaban en las aguas del Mississippi, la hamaca se mecía en el patio donde croaban los patos y yo veía las constelaciones apretujarse sobre mi cabeza. Dormí en la arena de las dunas, en el heno de las granjas, sobre el musgo, sobre agujas de pino, bajo carpas, en el estadio de Delfos y en el teatro de Epidauros con el cielo por techo, sobre el piso de las salas de espera, sobre banquetas de madera, en viejas camas de baldaquines, en grandes camas campesinas rellenas de plumas y en balcones, en bancos, en los techos. Dormí también entre unos brazos.

¡Basta! Cada recuerdo despierta una agonía. ¡Cuántos muertos llevo en mí! Muerta la chiquita que creía en el paraíso, muerta la joven que creía que los libros eran inmortales, y las ideas y el hombre a quien amaba eran inmortales, muerta la mujer joven que paseaba feliz por un mundo que ella creía prometido a la felicidad, muerta la enamorada que despertaba riendo entre los brazos de Lewis. Están tan muertas como Diego y como el amor de Lewis; ellas tampoco tienen tumba: por eso se les prohibe la paz de los infiernos; ellas todavía recuerdan débilmente y gimen pidiendo el sueño. Piedad para ellas. Enterrémoslas todas a la vez.

Caminé hacia la casa, pasé sin hacer ruido ante la ventana de Roberto. Está sentado a su mesa, trabaja; ¡cómo está de cerca! Cómo está de lejos. Bastaría llamarlo, me sonreiría: ¿y después? Me sonreiría a distancia, una distancia infranqueable. De su vida a mi muerte no hay puente. Subí a mi cuarto, abrí el cajón de guantes: tomé el frasco. La muerte que está en mí la tengo en la mano: sólo un frasquito oscuro; de pronto ya no me amenaza, depende de mí. Me acosté sobre la cama, apretando el frasquito, cerré los ojos.

Tenía frío y sin embargo transpiraba: tenia miedo. Alguien iba a envenenarme. Era yo, ya no era yo, era noche cerrada, todo estaba muy lejos. Apreté el frasco, tenía miedo. Pero con toda mi alma quería vencer al miedo. Lo venceré. Beberé. Si no todo volverá a empezar. No quiero. Todo volverá a empezar; volveré a encontrar mis ideas en orden, siempre en el mismo orden y también las cosas y la gente, María en su cuna, Diego en ninguna parte, Roberto dirigiéndose apaciblemente hacia la muerte, Lewis hacia el olvido, yo hacia la razón, la razón que mantiene el orden: el pasado atrás, el porvenir adelante, invisible, la luz separada de las tinieblas, ese mundo emergiendo victoriosamente de la nada y mi corazón justo ahí donde late, ni en Chicago, ni junto al cadáver de Roberto, sino en su jaula, bajo mis costillas. Todo volverá a empezar. Me diré: "Tengo una crisis de depresión." Explicaré con la depresión la evidencia que me clava sobre esta cama. ¡No! Ya he renegado bastante, he olvidado bastante, he huido bastante, he mentido bastante; una vez, una sola vez y para siempre quiero que triunfe la verdad. La muerte ha vencido: ahora ella es verdadera. Basta un gesto y esa verdad será eterna.

Abrí los ojos. Era de día; pero ya no había diferencia entre la noche y el día. Yo flotaba sobre el silencio: un gran silencio religioso como en el tiempo en que me acostaba sobre mi acolchado esperando que un ángel me llevara. El jardín, el cuarto, callaban. Yo también. Ya no tenía miedo. Todo aceptaba mi muerte. Yo la aceptaba. Mi corazón ya no late para nadie: es como si ya no latiera en absoluto, es como si todos los demás hombres ya hubieran caído hechos polvo.

Subieron ruidos del jardín: pasos, voces; pero no turbaban mi silencio. Veía y estaba ciega, oía y estaba sorda. Nadine dijo en voz muy alta e irritada. "Mamá no

debió dejar a María sola." Las palabras pasaron por encima de mi cabeza sin rozarme: las palabras ya no pueden alcanzarme. De pronto hubo en mí un débil eco: un ruidito que me roía: " ¿Habrá pasado algo?" María sola en el césped: un gato podía arañarla, un perro morderla. No; reían en el jardín; pero el silencio no había vuelto a cerrarse. El eco repetía: "No debí." E imaginé la voz de Nadine enorme e indignada: "¡No debiste! ¡No tenias derecho!" La sangre me subió al rostro y algo vivo me quemó el corazón: "¡No tengo derecho!" La comezón me despertó. Me erguí, miré las paredes medio atontada; tenía el frasco en la mano, el cuarto estaba vacío, pero ya no estaba sola. Entrarán a mi cuarto; no veré nada pero me verán. ¿Cómo no lo pensé? No puedo infligirles mi cadáver y todo lo que seguirá en sus corazones: Roberto inclinado sobre esa cama. Lewis en la casa de Parker con palabras que bailan ante sus ojos, los sollozos furiosos de Nadine. No puedo. Me levanté, di algunos pasos, caí sentada ante mi espejo. Es raro. Moriré sola; sin embargo, mi muerte la vivirán los otros.

Me quedé largo rato ante el espejo mirando mi rostro de resucitada. Los labios se hubieran puesto azules, la nariz exangüe; pero no para mí: para ellos. Mi muerte no me pertenece. El frasco está todavía aquí al alcance de mi mano, la muerte está siempre presente: pero los vivos lo están aun más. Por lo menos mientras viva Roberto no podré escaparles. Guardo el frasco. Condenada a muerte; pero también condenada a vivir. ¿Cuánto tiempo? ¿Diez años? ¿Veinte años? Yo decía veinte años es poco. Ahora diez años me parece infinito; un largo túnel negro.

-¿No bajas?

Nadine golpeó, entró, está de pie a mi lado. Me siento palidecer. Hubiera entrado, me hubiera visto sobre la cama, el cuerpo convulsionado: ¡qué horror!

-¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? -preguntó con voz inquieta.

-Me dolía la cabeza. Subí a tomar aspirina.

Mi voz sale sin esfuerzo de mi boca, me parece normal.

-Y dejaste a María sola -dijo Nadine en tono de reproche.

-Iba a bajar en seguida, pero te oí. Entonces me quedé a descansar un rato -agregué-: Ahora estoy mejor.

Nadine me mira con aire desconfiado: pero lo único que sospecha es que tengo penas sentimentales.

-¿Es verdad? ¿Te sientes mejor?

-La aspirina me hizo bien -me levanté para escapar a su mirada inquisidora-. Bajemos.

Enrique me tendió un vaso de whisky. Miraba papeles con Roberto, que se puso a explicarme cosas con aire alegre. Me pregunté con estupor: "¿Cómo he podido ser tan aturdida?

¿Cómo no he pensado en los remordimientos sin fin que le preparaba?" No, no era aturdimiento. Durante un instante estuve verdaderamente del otro lado, allí donde ya nada cuenta, donde todo es igual a nada.

-¿Me escuchas? -me dijo Roberto-. ¿Adónde estás?

-Aquí -dije.

Estoy aquí. Ellos viven, me hablan, estoy viva. De nuevo salté a pies juntillas en la vida. Las palabras entran a mis oídos, poco a poco cobran un sentido. Aquí están los presupuestos del semanario y los formatos que propone Enrique. ¿No tengo alguna idea para el nombre? Ninguno de los que han pensado hasta ahora conviene. Busco un nombre. Me digo que puesto que han sido bastante fuertes para arrancarme a la muerte quizá sepan ayudarme a vivir de nuevo. Seguramente lo sabrán. O uno cae en la indiferencia o la tierra vuelve a poblarse; yo no caí. Puesto que mi corazón sigue latiendo, tiene que latir por algo o por alguien. Puesto que no soy sorda, oiré que me llaman de nuevo. ¿Quién sabe? Tal vez un día vuelva a ser feliz. ¿Quién sabe?

FIN